

MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

- Luis Orrego Luco*: DE SUS MEMORIAS INÉDITAS ● *Alberto Edwards*: LA EXTREMIDAD AUSTRAL DEL MUNDO Y LA AUDAZ
 AVENTURA DE SIR ERNESTO SCHACKLETON ● *Hernán Romero*: LA CIUDAD, ORGANISMO VIVO ● *Alejandro Sieveking*:
 EL CHERUYE ● *Fernando Uriarte*: JULIO CORTÁZAR, NOVELISTA DE BUENOS AIRES ● *Alejandro Méndez*
García de la Huerta: INCONSTITUCIONALIDAD DE LAS LEYES Y LA CORTE SUPREMA DE LOS ESTADOS UNIDOS ● *Juan Uribe*
Echevarría: TIPOS Y CUADROS DE COSTUMBRES EN LA POESÍA POPULAR DEL SIGLO XIX ● *Félix Denegri Luna*: LOS PRIMEROS
 AÑOS DEL MARISCAL ANDRÉS DE SANTA CRUZ ● *Fernando Debesa*: LOS NETZUKES ● *Lewis Hanke*: LA HISTORIA
 DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ Y BARTOLOMÉ ARZÁNS DE ORSÚA ● *Atropos*: EL INQUILINO EN CHILE. SU VIDA. UN
 SIGLO SIN VARIACIONES, 1861-1966 ● *Emil Staiger*: EL ESTILO ÉPICO ● *Héctor Fuenzalida*: USLAR PIETRI. RE-
 PORTAJE A UNA PASIÓN VENEZOLANA ● *Raúl Rivera*: POEMAS ● *Benjamín Vicuña Mackenna*: LOS ÁRBOLES IN-
 DÍGENAS DE CHILE Y LOS ÁRBOLES ACLIMATADOS DE EUROPA ● EXTENSIÓN CULTURAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ●
 NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ● BIBLIOGRAFÍA CHILENA ● *Notas Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista*

Organo de la Extensión Cultural

Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos

Guía de los Servicios

y

Publicaciones del Servicio para el
Canje Internacional y Bibliografía
de las obras editadas por la
Biblioteca Nacional
1854 - 1965

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

GUIA DE LOS SERVICIOS

Director de los Servicios y de la
Biblioteca Nacional:

Prof. GUILLERMO FELIU CRUZ

Av. B. O'Higgins 651. Teléfonos: 380461
381151. Santiago de Chile

Secretario Abogado de la Dirección:

ERNESTO GALLIANO MENDIBURU

I

REVISTA MAPOCHO

Director: *Guillermo Felú Cruz*

Secretario de Redacción:
Juan Uribe Echevarría
1.er piso. Teléfono 381922

1. VISITACION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS

Dependen de este servicio
511 bibliotecas asistidas por
la misma visitación.

Visitador: *Ulises Bustamante Gallardo*

Encargada: *Teresa García Ortiz*
Pabellón Moneda, 2º piso
Teléfono 383373

BIBLIOTECA PARA LA ENSEÑANZA MEDIA

Encargada: *Eliana Cerda Kreff*
Compañía 1579. Teléfono
67484

Horario de atención: Lunes
a viernes, de 13 a 20,30 hrs.
y sábado de 9 a 12,30 hrs.

2. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL

Jefe: *Ernesto Galliano M.*
Encargado: *Francisco Benimeli Ubilla*
1.er piso

3. EXTENSION CULTURAL

Encargado: *Armando González R.*
2º piso. Teléfono 380676

4. OFICINA DEL PRESUPUESTO

Encargada: *Luisa Acevedo Gatica*
2º piso. Teléfono 381891

II

BIBLIOTECA NACIONAL

(Fundada el 19 de agosto
de 1813)

Av. B. O'Higgins 651. Pabellón Moneda: Moneda 650. Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 20,30 hrs. y sábado, de 9 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 18 horas.

SERVICIOS DEPENDIENTES:

1. SALON CENTRAL DE LECTURA

2. SECCION CHILENA
Jefe: *Augusto Eyquem Biat*

3. ANEXO: DIARIOS, PERIODICOS Y REVISTAS CHILENAS
Encargado: *Mario Medina Acuña*
1.er piso. Teléfono 380676

4. SECCION AMERICANA
Jefe: *Maria Silva Portales*
Encargada: *Silvia Cumplido Ponce*
2º piso

5. ANEXO SALA AMERICANA

Encargada: *Joyce Pye*
2º piso. Sec. Americana

6. SECCION DE FONDO GENERAL

Jefe: *Julia Parga Rojas*
2ª Encargada: *Fredes Alegria Rodríguez*
2º piso. Teléfono 380676

7. ANEXO: SALA EUROPA (Diarios y revistas franceses, ingleses, alemanes e italianos).

8. SECCION DE LECTURA A DOMICILIO

Jefe: *Juan Cavada Bórquez*
Encargado: *Luctno Fariña Ortega*
1.er piso. Teléfono 381301

9. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARROS ARANA

(Seminarios para las investigaciones de historia de Chile y de América)
Conservador: Prof. *Guillermo Felú Cruz*
Encargado: *Manuel Cifuentes Arce*
2º piso. Teléfonos 380461-381151

10. SEMINARIO ENRIQUE MATTA VIAL (Sala para investigadores en general)

Encargada: *Zulema Arancibia.*
1.er piso

11. SEMINARIO DE LECTURA
EN MICROFILM GERMAN
TERPELLE
Encargado: *Ricardo
Dartnell*

12. OFICINA DE CONTROL,
CATALOGACION Y REFERENCIAS
BIBLIOGRAFICAS
Jefe: *Eloira Zolezzi
Carniglia*
Encargada: *Inés Escobar
Castillo*
1.er piso. Teléfono 383206

13. OFICINA DE CANJE
INTERNACIONAL
Encargada: *Marta Bustos*
Pabellón Moneda. Moneda
650, 3.er piso.

14. TALLER DE REPROGRAFIA
Encargado: *Rodolfo
Bustamante*
Pabellón Moneda, 4º piso

III

BIBLIOTECAS DE PROVINCIAS:

BIBLIOTECA PUBLICA
SANTIAGO SEVERIN
Conservador: *Guillermo
Garnham López*
Encargada: *Mariana
Martínez Contreras*
Plaza Victoria. Teléfono
3375. Valparaíso

Horario de atención: Lunes
a viernes, de 9 a 12,30 y de
14,30 a 20 hrs. Sábado, de
9,30 a 12 y de 15,30 a
20 horas.

IV

ARCHIVOS

ARCHIVO NACIONAL
Conservador: *Juan
Eyzaguirre Escobar*
Encargada: *Estela Iturriaga
Donoso*
Av. B. O'Higgins 651. 1.er
piso. Teléfono 381922
Horario de atención: Lunes
a viernes, de 9 a 12 y de
15 a 18,30 hrs. Sábado, de
9 a 12 hrs.

V

MUSEOS

a) *De Santiago de Chile:*
1. MUSEO NACIONAL DE
HISTORIA NATURAL
Conservador: *Grete Mostny
Glaser*

Encargado: *Rodolfo A.
Philippi B.*
Quinta Normal. Teléfono
91206

Horario de atención: Martes
a sábado de 9 a 12 y de
14,30 a 18 hrs. Domingos
y festivos de 15 a 18 hrs.

2. MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Conservador: *Luis Vargas
Rosas*
Encargado: *Ernesto
González Correa*
Palacio de Bellas Artes,
Parque Forestal. Teléfono
30655. Horario de atención:
Martes a sábado, de 9,30 a
12,30 y de 15 a 18,30 hrs.;
Domingos y festivos de 15
a 18 hrs.

3. MUSEO HISTORICO NACIONAL

Conservador: *Carlos Larrain
de Castro*
Encargado: *Walterio Millar
Castillo*
Miraflores 50. Teléfono
381411
Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12,30 y de
15 a 18 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 18 hrs.

4. MUSEO PEDAGOGICO DE CHILE Y BIBLIOTECA INFANTIL

Conservador: *Luis Morales
Gallegos*
Encargado: *Raúl Viscarra S.*
Dieciocho 145. Teléfono.
80850. Horario de atención:
Lunes a Jueves, 12,30 a 20
hrs. Viernes, 12,30 a 20,30
hrs. Sábado de 8 a 13 hrs.

5. MUSEO BENJAMIN VICUÑA
MACKENNA
Conservador: *Germán
Orrego Vicuña*
Av. Vicuña Mackenna 94.
Teléfono 392996

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 hrs. y
de 15 a 18 hrs. Domingos,
10 a 13 horas.

b) *De provincias:*

6. MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA SERENA

Conservador: *Jorge Iribarren
Charlín*

Encargada: *Hilda Vera
Quiroga*
Cordovez s/n. Teléfono 778,
La Serena

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

7. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE VALPARAISO Conservador: *John Jüger Silver*

Encargada: *Deolina Ocalde
Escobar*
Gran Bretaña 1083. Teléfono
3877. Playa Ancha.
Valparaíso

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

8. MUSEO DE LA PATRIA VIEJA

Conservador: *Héctor
González Valenzuela*
Calle Estado, Rancagua.
Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

9. MUSEO DE BELLAS ARTES DE TALCA

Conservador: *Bernardo
Mandiola Cruz*
Talca
Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

10. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE CONCEPCION

Conservador: *Eduardo
Brousse Soto*
Casilla 1054. Teléfono
25691. Concepción
Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

11. MUSEO ARAUCANO DE TEMUCO

Conservador: *Eduardo Pino
Zapata*
Andrés Bello 785. Teléfono
33616. Casilla 481. Temuco.
Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

Bibliografía de las Publicaciones de la Biblioteca Nacional

1854 - 1965



Año 1854

García Huidobro, Francisco. *Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. Santiago, 1854. (Primer catálogo publicado por la institución).

Año 1860

Arlégui, Vicente. *Catálogo alfabético y por orden de materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional Egaña*. Santiago, 1860. (Segundo catálogo editado por la Biblioteca).

Biblioteca Nacional. Primer suplemento al Catálogo General impreso. Anexo 2º al expresado suplemento, comprensivo únicamente de las obras que pasaron de la biblioteca del Gobierno a la Nacional en 1872. Santiago. Imprenta Nacional. 1873.

Biblioteca Nacional. Segundo suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1873. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Tercer suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1874. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Octavo suplemento anual a los

dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1876.

Biblioteca Nacional. Noveno suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1877.

Biblioteca Nacional. Décimo suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1878. En su parte primera contiene el catálogo de las obras legadas por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales, p. 3-114.

Año 1877

Anuario de la Prensa Chilena (Libros, folletos y hojas sueltas).

- 1877 - 1885. Santiago, 1952.

- 1886. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1887.

- 1887. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1888.

- 1888. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1889.

- 1889. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1890.

- 1890. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1891.

- 1891. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1892.

- 1892. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1894.

- 1893. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1895.

- 1894. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1895. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1896. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1899.

- 1897. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1900.

- 1898. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1899. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1900. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1901. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1904.

- 1902. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1903. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1904. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

1905. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1906. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1907. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

1908. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1909. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1910. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1911. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1912. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1913. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1914.

- 1914. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1915. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1916. Santiago, 1927.

- 1917-1921. Stgo., 1963.

- 1922-1926. Stgo., 1963.

- 1927-1931. Stgo., 1963.

- 1932-1936. Stgo., 1963.

- 1937-1941. Stgo., 1963.

- 1942-1946. Stgo., 1963.

- 1947-1951. Stgo., 1963.

- 1952-1956. Stgo., 1963.

- 1957-1961. Stgo., 1963.

- 1962. Stgo., 1963.

- 1963. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Stgo., 1964.

- 1964. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas, Inscripciones en el Conservatorio de la Propiedad Intelectual (1964). Publicaciones Oficiales (1964). Santiago, 1965.

Año 1886

Biblioteca Nacional. *Cuadro sinóptico periodístico completo de los diarios y periódicos en Chile publicados desde el año de 1812 hasta el de 1884 inclusive, que la Biblioteca Nacional conserva empastados.*

Tirada aparte de los *Anales de la Universidad*. Completa hasta 1884 la bibliografía de los periódicos chilenos que trae la *Estadística Bibliográfica* de Briseño.

Año 1887

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo primero de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1887.

Año 1889

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo segundo de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1889.

Año 1891

Frontaura y Arana, José Manuel. *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos Jesuitas de Chile,*

que se custodian en la Biblioteca Nacional. Santiago, 1891.

Año 1892

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo tercero (por orden alfabético de autores) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona. 1892.

Año 1897

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo cuarto (por orden de materias) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

Año 1898

Laval, Ramón A. *Biblioteca Nacional. Bibliografía musical chilena.* Santiago, 1898.

Biblioteca Nacional. *Bibliografía musical. Composiciones impresas en Chile.* 2.a parte. 1886-1896. Santiago, 1898.

Salas Errázuriz, Juan y Pizarro, Baldomero. *Biblioteca Nacional. Catálogo de autores griegos y latinos.* Santiago, 1898.

Año 1901

Boletín de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. *Correspondiente a los años de 1901-1911.* Santiago, 1901. Director: Luis Montt.

Año 1902

Biblioteca Nacional. *Catálogo de la Sección Americana. América en general.* Santiago, 1902.

Año 1903

Henrion, Hipólito y Thayer Ojeda, Tomás. *Biblioteca Nacional. Catálogo del Archivo de la Real Audiencia.* Santiago, 1903. 3 vols.

Año 1910

Laval, Ramón A., *Memoria del Subdirector del Servicio*. Santiago, 1910. Anexo al Boletín de la Biblioteca correspondiente a 1909.

Año 1912

Blanchard-Chessi, Enrique. *Catálogo de la Exposición retrospectiva de la Prensa Chilena*. Santiago, 1912.

Revista de la Biblioteca Nacional. Continuación del Boletín. Director: Carlos Silva Cruz. Santiago, 1912.

Año 1913

Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera. (1913-1918). Director: Emilio Vaisse. 7 vols. Santiago, 1913.

Homenaje de la Biblioteca Nacional de Chile al ex Director de la de Madrid Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo, Discurso de Dn. Juan Agustín Barriga. Santiago, Imprenta Universitaria, 1913.

Biblioteca Nacional. *Sección Lectura a Domicilio. Catálogo de los libros y músicas existentes en la Sección. Primera parte. Lista alfabética de autores con enumeración completa de sus obras*. Santiago de Chile. Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1913.

Año 1914

Thayer Ojeda, Tomás. *Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos*. Santiago, 1914.

Biblioteca Nacional de Chile. *Estadística Bibliográfica de 1913. (Extracto del "Anuario de la Prensa Chilena")*. Santiago de Chile. Imprenta de Meza Hnos. 1914.

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chi-*

lenas recibidas en 1914. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1913.

Año 1915

Laval, Ramón A. *Bibliografía de bibliografías chilenas*. Santiago, 1915.

Vaisse, Emilio. *Bibliografía General de Chile*. Primera Parte: Diccionario de Autores y Obras (Biobibliografía y bibliografía.) Santiago, 1915.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Extranjeras que se reciben en la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1915.

Año 1916-1963

Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas. (Diarios, periódicos y revistas).

- Año 1916 - Santiago, 1916.

- Año 1917 - Santiago, 1917.

- Año 1918 - Santiago, 1918.

- Año 1919 - No se publicó.

- Año 1920 - Santiago, 1921.

- Año 1921 - Santiago, 1922.

- Año 1922 - No se publicó.

- Año 1923 - Santiago, 1923.

- Año 1924 - Santiago, 1925.

- Año 1925 - Santiago, 1926.

- Año 1926 - Santiago, 1927.

- Año 1927 - Santiago, 1928.

- Año 1928 - Santiago, 1930.

- Año 1929 - Santiago, 1930.

- Año 1930 - Santiago, 1931.

- Año 1931 - Santiago, 1932.

- Año 1932 - Santiago, 1933.

- Año 1933 - Santiago, 1934.

- Año 1934 - Santiago, 1934.

- Años 1935 y 1936. No se publicaron.

- Años 1937 y 1938. No se publicaron.

- Años 1939 a 1951. No se publicaron.

- Año 1952 - Santiago, 1952.

- Año 1953 - Santiago, 1954.

- Año 1954 - Santiago, 1955.

- Año 1955 - Santiago, 1956.

- Año 1956 - Santiago, 1957.

- Año 1957 - Santiago, 1958.

- Año 1958 - Santiago, 1959.

- Año 1959 - Santiago, 1960.

- Año 1960 - Santiago, 1961.

- Año 1961 - Santiago, 1962.

- Año 1962 - Santiago, 1963.

Música de autores chilenos que existen en la Sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional. Santiago, 1916. Atribuido a Rafael Larrain, Jefe de dicha sección entonces.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1916. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1916.

Año 1917

Biblioteca Nacional. *Sección Canje.* Santiago, Imprenta Universitaria, 1917.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1917. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1917.

Año 1918

Allende, Pedro Humberto. *Conferencias sobre música.* Santiago, 1918.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1918. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1918.

Año 1921

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1920. Con un anexo que comprende la nómina de las Recistas, Diarios y Periódicos chilenos que se publicaban el 31 de diciembre del mismo año.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1921. Con un anexo que comprende la nómina de las obras depositadas en la Biblioteca para obtener propiedad literaria durante el año 1920.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Año 1922

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1921. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1922.

Año 1923

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1923. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1923.

Año 1924

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1924.

Año 1925

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1925.

Año 1926

Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina. 9 vols. Distribuidos en la siguiente forma:

— *Libros Impresos.* por José Toribio Medina. 2 vols. Santiago, 1926.

— *Suplemento.* por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1953-1954.

— *Manuscritos.* Tomo preliminar. Índice general de la Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, por Victor M. Chiappa. Santiago, 1930.

— *Manuscritos.* Tomo I. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1535-1720), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1928.

— *Manuscritos.* Tomo II. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1720-1827), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1930.

— *Manuscritos Originales.* Tomo III, por José Toribio Medina. Santiago, 1929.

— *Manuscritos.* Tomo IV, Documentos inéditos para la Historia de Chile (1501-1900), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1951.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1925. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones Sección Imprenta. 1926.

Año 1927

Revista de Bibliografía Chilena (1927-1929). Director: Emilio Vaïsse. Santiago, 1927.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1926. Imprenta Nascimento. Santiago - Chile. Concepción. 1927.

Año 1928

Biblioteca Nacional. *Indices del año 1918 de la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera.* Tirada aparte de la Revista de Bibliografía Chilena. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1928.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1927. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones, Taller Imprenta. 1928.

Año 1929

Boletín de la Biblioteca Nacional (1929 - 1937). Segunda época. Directores: Raúl Silva Castro y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Feliú Cruz, Guillermo. *Informe presentado al Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*

sobre la organización de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, por el Conservador de ella don Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Año 1930

Colección de Historiadores de la Independencia de Chile. 1930-1966.

Vols. publicados por la Biblioteca Nacional.

Vol. 27.— Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisioneros. Taller de Imprenta. 1930. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. *El Monitor Araucano*. Tomo I.— Tomo II.

Vol. 28.— Santiago de Chile. En la misma Imprenta. *Ultimos Días de la Reconquista Española*. (Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco). Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 29.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos Cónдор. Manuel Antonio Talavera. *Revoluciones de Chile*. Discurso histórico. Diario Imparcial de los sucesos memorables acaecidos en Santiago desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811. Con un Apéndice que contiene la descripción del baile en la Casa de Moneada en septiembre de 1812. Lo publica completo por primera vez, precedido de una biografía del autor escrita sobre documentos inéditos, Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 30.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos La Nación. *Proceso seguido por el Gobierno de Chile en 25 de mayo de 1810, contra don Juan A. Ovalle, José A. Rojas y el doctor don Bernardo de Vera y Pintado, por el delito de conspiración*. Lo publica por primera vez cotejado el original con la copia de dicho proceso existente en el Archivo de Indias de Sevilla, Guillermo Feliú Cruz. Con una Introduc-

ción acerca del principio de la Revolución de 1810 y el proceso de la idea de la emancipación de Domingo Amunátegui Solar.

Vol. 31.— Santiago de Chile. Imprenta de los Talleres Gráficos de La Nación. *Expediente relativo al desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo el 5 de abril de 1818*. Lo publica por primera vez, copiado del original. Existente en el Archivo de la Biblioteca Diego Barros Arana de la Nacional de Santiago, Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 32, 33, 34.— Santiago de Chile. Imp. Cultura. *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*. Por don José Rodríguez Ballesteros, Coronel de los Ejércitos en las Campañas de Ecuador, Alto Perú, Chile y Chiloé. Introducción biográfica de Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 35, 36 y 37.— Santiago de Chile. Imprenta Cultural, 1950-1953 y 1954. *Escritos y Documentos del Ministro de O'Higgins, doctor José A. Rodríguez Aldea, y otros documentos concernientes a su persona*. Publicados Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 38, 39 y 40.— Santiago de Chile. Imprenta Cultural, 1955; para el Vol. 38. Editorial Nascimento para los Vols. 39-40, 1957 y 1959, respectivamente. *Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea*. Publicados con una Introducción y una Bibliografía concerniente a este mismo individuo, por Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 43.— Santiago de Chile, 1966:

— *Procesos instaurados a los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera y contra otros miembros de la familia y sus parciales*, tomo LXIII. Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Volúmenes en preparación:

— *Memoria Histórica de la Revolución de Chile, de Fray Melchor Martínez*; tomos LXI y LXII.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1928. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1930.

Biblioteca Nacional. *Revistas, diarios y periódicos chilenos que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1929. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1930.

Chiappa, Víctor M. *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Índice Bibliográfico. Santiago, 1930.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones vigentes*. Santiago, 1930.

Elgueta de Ochsenius, Herminia. *Suplemento y adiciones a la Bibliografía de Bibliografías chilenas*, que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Barros Arana, erudito y bibliógrafo*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Bibliografía de los libros, folletos y artículos de revistas publicadas por don Gabriel René - Moreno*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a don Diego Barros Arana en el centenario de su nacimiento*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Notas bibliográficas. Bibliografía de don José Toribio Medina*. Santiago, 1930.

Silva, Luis Ignacio. *La Imprenta en la América Española*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Rubén Darío en Chile*. Santiago, 1930.

Año 1931

Biblioteca Nacional. *Anuario de las Publicaciones Periódicas Chilenas que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1930. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1931.

Chiappa, Víctor M. *Una página para la biografía de don José Toribio Medina. Los Honores*. Santiago, 1931.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria del servicio* 1930. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Interpretación de Vicuña Mackenna, el Historiador*. Santiago, 1931.

Looser, Gualterio. *Don José Toribio Medina y las Ciencias Naturales y Antropológicas*. Stgo., 1931.

Thayer Ojeda, Tomás. *Relaciones entre Chile y Uruguay. Discurso del Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*. Santiago, 1931.

Año 1932

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario* 1931. Santiago de Chile. Imprenta "Cervantes". 1932.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna. 1851-1931*. Santiago, 1932.

Año 1933

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario* 1932. Santiago de Chile. Imp. Lagunas & Quevedo, Ltda. 1933.

Año 1934

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario* 1933. Santiago de Chile. Imp. Lagunas, Quevedo y Cia. Ltda. 1934.

Año 1935

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario* 1934. Santiago de Chile. Imp. "La Tarde". 1935.

Mayorga Uribe, Luis. *Biografía de las obras sobre Socialismo, Comunismo y Fascismo, existentes actualmente en la Sección Fondo General*. Santiago, 1935.

Año 1936

Biblioteca Nacional. *Don Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936)*. Stgo., 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje a la memoria de don Rafael Díaz Lira*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a D. Emilio Vaisse*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Inauguración de la Sala Norteamericana*. Santiago, 1936.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General, sobre la marcha de los servicios de su dependencia durante el año 1935, enviada al Ministerio de Educación Pública, por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1936.

Año 1937

Biblioteca Nacional. *Publicaciones periódicas chile-*

nas. Anuarios de 1935 y 1936. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1937.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1936, elevada al Ministro de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1937.

Año 1938

Archivo Nacional. *Índice del Archivo Hidrográfico "Vidal Gormaz"*. Santiago, 1938.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General sobre la marcha de los servicios de su dependencia, durante el año 1937, enviada al Ministerio de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1938.

Año 1939

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuarios de 1937 y 1938*. Santiago de Chile Imp. y Lit. Universo S. A. 1939.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1938 que eleva a conocimiento del señor Ministro de Educación Pública el Director del Servicio Gabriel Amunátegui Jordán*. Santiago, 1939.

Oviedo Martínez, Benjamín. *Bibliografía masónica chilena*. Santiago, 1939.

Año 1940

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones legales y reglamentarias vigentes para el servicio de la Visitation de Imprentas y Bibliotecas*. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitation de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N° 1.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Visitation de Imprentas y Bibliote-*

cas correspondiente a 1939. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N° 1.

Año 1943

Cruzata Vera, Manuel. *Ensayo de una bibliografía de la Historia de Francia*. Santiago [1943].

Año 1944

Archivo Nacional. *Catálogo de la Colección de Manuscritos de D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre*. Santiago, 1944.

Año 1946

Archivo Nacional. *El Archivo Nacional. Antecedentes de su fundación y reseña de la labor realizada desde 1927 a 1945*. Santiago, 1946.

Año 1949

Egaña, Juan. *Escritos inéditos y dispersos*. Reunidos por Raúl Silva Castro. Santiago, 1949.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de don Juan Egaña (1768-1836)*. Santiago, 1949.

Año 1950

Feliú Cruz, Guillermo. *Cervantes en la Biblioteca Nacional*. Ensayo bibliográfico. Santiago, 1950.

Año 1951

Colección de Antiguos Periódicos Chilenos. 1951-1966. 18 vols.:

Vol. 1. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Ilustración araucana sacada de los Arcanos de la Razón. El Augurio Feliz. 1813-1817. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo I. Santiago, 1952.

Vol. 2. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo II. Santiago, 1954.

Vol. 3. *¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*. N.os 1 a 16.

Semanario de Policía. Clamor de la Justicia. El Amigo de la Ilustración. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1817. Santiago, 1951.

Vol. 4. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 1-37. 1817. Santiago, 1952.

Vol. 5. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 38-72. 1818. Santiago, 1952.

Vol. 6. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 73-100. 1819. Santiago, 1954.

Vol. 7. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 1-55. 1819-1820. Stgo. 1958.

Vol. 8. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 56-78. 1820-1821. Santiago, 1963.

Vol. 9. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 79-100 y Tomo III. N.os 1-68. 1821. Santiago. 1964.

Vol. 10. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo III. N.os 17-38. 1821-1822. Santiago, 1966.

Vol. 11. *El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Chileno. El Sol de Chile*. 1818. Santiago. 1955.

Vol. 12. *El Telégrafo. Cartas Pehuenches*. 1819. Santiago, 1958.

Vol. 13. *El Censor de la Revolución*. 1820. *Colección de Noticias*. 1821. *La Miscelánea Chilena*. 1821. *El Independiente*. 1821. *El Mercurio de Chile*. 1822-1823. Santiago, 1960.

Vol. 14. *El Cosmopolita-Diario de la Convención de Chile. El Observador Chileno*. 1822. *El Tizón Republicano. El Clamor de la Patria*. 1823. *Apéndice: Correspondencia seguida entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo D. Ramón Freire*. 1823. Santiago, 1962.

Vol. 15. *El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corres-*

pensal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. 1823. *Apéndice: Respuestas a varios periódicos*. Santiago, 1963.

Vol. 16. *El Liberal. El Redactor de Sesiones del Soberano Congreso. Notas de las operaciones del Congreso de Chile 1823-1824*. Santiago, 1965.

Vol. 17. *El Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa*. 1824-1825. Santiago, 1965.

Vol. 18. *Examen instructivo sobre la Constitución Política de Chile. El Avisador Chileno. El alcornoque sin hojas, a la sombra del Avisador Chileno. Cartas familiares de C., a un amigo residente en... Redacción concisa de las Actas y Diarios del Congreso de Chile. Boletín de Policía. El Pensador Político - Religioso*. 1824-1825. Santiago, 1966.

Archivo Nacional. *Catálogo fondo varios*. Santiago, 1952.

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica de las obras de José Toribio Medina*. Santiago, 1952.

Año 1953

Archivo Nacional. *Censo de 1813. Levantado por don Juan Egaña, de orden de la Junta de Gobierno formada por los señores Pérez, Infante y Eyzaguirre*. Santiago, 1953.

Feliú Cruz, Guillermo. *José Toribio Medina, historiador y bibliógrafo de América*. Santiago, 1953.

AÑO 1957

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana con motivo del cincuentenario de su muerte. 4 de noviembre de 1957*. Santiago, 1957.

AÑO 1959

Barrios, Eduardo y Feliú Cruz, Guillermo. *Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Alejandro Humboldt*. Santiago, 1959.

AÑO 1961

Exposición Bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico (1879-1884). Santiago, 1961.

Vaisse, Emilio. *Estudios críticos de Literatura Chilena. Homenaje de la Biblioteca Nacional al autor en el Centenario de su nacimiento (1860 - 1960)*. Santiago, 1961.

AÑO 1962

Gay, Claudio. *Correspondencia de Claudio Gay*. Recopilación, prólogo y notas de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz. Santiago, 1962.

AÑO 1963

Archivo Nacional. *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Chile: su futura alimentación*. Ciclo de conferencias. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Impresos chilenos. 1776 - 1818*. Edición Monumental de los incunables chilenos, hecha para conmemorar el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Introducción y Bibliografía sobre la imprenta, de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1963, 2 vols.

Biblioteca Nacional. *Lista de publicaciones del Servicio de Canje Internacional*. Lista N° 1. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Sesquicentenario de la Fundación. 1813 - 19 de agosto 1963*. Homenajes. Historia. Crónica. Recuerdos. Album de la Biblioteca. Edición de la revista "Mapocho". Santiago, 1963.

Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación. Santiago, 1963.

Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario. Cartilla N° 2. Santiago, 1963.

Castillo, Homero. *La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América*. Santiago, 1963.

Feliú Cruz, Gmo. *El Problema Bibliotecario Nacional*. Santiago, 1963.

García Lyon, Virginia, y Vicuña Fuentes, Carlos. *Centenario de "Los Miserables" de Victor Hugo. (1862 - 1962)*. Conferencias. Santiago, 1963.

AÑO 1964

Cejador y Frauca, Julio. *Epistolario de Escritores Hispanoamericanos*. Recopilación y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo "La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana", por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1964.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 1. *Guía de los servicios*. 2. *Publicaciones de la Biblioteca Nacional*. 3. *Publicaciones del Servicio de Canje Internacional*. 4. *Publicaciones del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina*. Santiago, 1964.

Feliú Cruz, Guillermo. *Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. 1854-1963*. Informe elevado al Ministerio de Educación. Santiago, 1964.

Rivas Vicuña, Manuel. *Historia política y parlamentaria de Chile. 1891-1920*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. 3 vols. Santiago, 1964.

Revista "Mapocho". *Organó de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. Director de la Revista: Guillermo Feliú Cruz. Secretario de Redacción: Juan Uribe Echevarría. Concesionario y Distribuidor: Editorial Universitaria, San Francisco 454. Tomo I: 3 números, 1963. Agotado. Tomo II: 3 números, 1964. Tomo III: 3 números, 1965. Tomo IV: 2 números, 1965.

Ediciones de la Revista "Mapocho":

Ciudad, Mario. *"La Repetición Creadora" en Pascual*. 1963. Tomo I, N° 1.

Díaz G., Jorge. *El velero en la botella*. 1963. Tomo I, N° 1.

Martínez Chacón, Elena. *Una comedia "chilena" de Lope de Vega*. 1963. Tomo I, N° 1.

Rukser, Udo. *Heine en el Mundo Hispánico*. 1963. Tomo I, N° 1.

Uriarte, Fernando. *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala*. 1963. Tomo I, N° 1.

Araya, Guillermo. *Hombre y lenguaje*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Catalán de Arnedo, Hilda. *Censura cinematográfica*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Concha, Jaime. *Interpretación de "Residencia en la tierra" de Pablo Neruda*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Lastra, Pedro. *Notas sobre el Cuento Hispanoamericano del siglo XIX*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Rojas Piña, Benjamín. *La Sociedad y la Educación de Chile según los viajes del período 1740 a 1850*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Sieveling, Alejandro. *Animas de día claro*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

- Uribe Echevarría, Juan. *La Tirana de Tarapacá*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.
- Bande, Jorge. *¿Adán, dónde estás?* Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Escudero, Alfonso M. *Pedro Antonio González. Bibliografía*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Neruda, Pablo. *Poesía. Oda al Mapocho*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Orellana Rodríguez, Mario. *Las pinturas rupestres del alero de Ayquina*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Rivano, Juan. *Dialéctica y situación absoluta*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Sabella, Andrés. *Retratos quiméricos*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Sievers, Hugo K. *La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Silva, Jaime. *La princesa Panchita. Teatro*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Uriarte, Fernando. *Xavier Zubiri en el problema de la realidad*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Uribe Echevarría, Juan. *El romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Vial E., Carlos. *Radioescopia de una enferma. La Alianza para el Progreso*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Abalos, Carmen. *Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Meireles, dos poetas del Brasil*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Aguirre, Isidora. *Los papeles. Teatro*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Araya G., Guillermo. *Dimensiones semánticas del lenguaje*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Barros, Raquel y Danne-mann, Manuel. *Guía metodológica de la investigación folklórica*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Camurri, Antonio. *La estructura física del Universo*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Ferreccio P., Mario. *La Real Academia Española. Teoría e historia*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- González Ginouvé, Ignacio. *Reflexiones acerca de la misión universitaria*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Labarca, Amanda. *El arte y la ciencia de ser maestro*.
- Pereira Salas, Eugenio. *Amanda Labarca, maestra*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Orrego Barros, Carlos. *Alberto Orrego Luco. Pintor Chileno*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Rivano, Juan. *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Bindis, Ricardo. *La pintura contemporánea chilena*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Fernández Larrain, Sergio. *Algo de Unamuno a través de un epistolario*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Morales, José R. *Prohibida la reproducción. Teatro*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Muñoz, Luis. *La muerte, tema poético de Antonio Machado*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Salas Viu, Vicente Tomás Luis de Victoria. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Segall, Marcelo. *Biografía de la Ficha Salario*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Stahl, Gerold. *Análisis científico de la religión*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Teillier, Jorge. *Los trenes de la noche y otros poemas*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Tienken, Arturo. *Las obras históricas de Shakespeare*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Uribe Echevarría, Juan. *Arturo Alcajaga Vicuña: Poesía y pintura del supercosmos*. Tomo II, N° 2, de 1964.
- Carvalho, Victor. *Camilo Mori*. Tomo II, N° 3, de 1964.
- La Biblioteca Nacional y Pablo Neruda*. (Discursos de Guillermo Feliú Cruz y Pablo Neruda. Artículos de: Diego Muñoz, Fillebo, Hugo Montes, Jaime Giordano, Nelson Osorio T., Mario Rodríguez Fernández, Alfonso M. Escudero. Tomo II, N° 3, de 1964.
- Marín Madrid, Alberto. *Un viejo problema: el caso fronterizo del río Encuentro*. Tomo II, N° 3, de 1964.
- Rousseau, Pierre. *En las avanzadas de la vida*. Traducción de Carlos Krum S. Tomo II, N° 3, de 1964.
- Uribe Echevarría, Juan. *Cancionero de Alhué*. Folklore. Tomo II, N° 3, de 1964.
- Vodanović, Sergio. *Los fugitivos*. Tomo II, N° 3, de 1964.
- Feliú Cruz, Guillermo. *El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amunátegui Solar, 1892-1922*. Tomo III, N° 1, de 1965.
- La Biblioteca Nacional y Miguel de Unamuno*. (Artículos de Paulino Caragorri, Fernando Uriarte, Carla Cordua, Eladio García, Guillermo Ferrada, Armando González Rodríguez). Tomo III, N° 1, de 1965.
- Latham, Ricardo A. *Una crónica del barroco his-*

- panoamericano: "El Carnero" de Juan Rodríguez Freile. Tomo III, N° 1, 1965.
- Mac Hale, Tomás P. Notas sobre Luis Alberto Heiremans. Luis Alberto Heiremans Buenaventura. Tomo III, N° 1, 1965.
- Hourton P., Jorge. *Teilhard de Chardin: ¿Ciencia o Filosofía?* Tomo III, N° 2, 1965.
- Jaramillo Barriga, Rodolfo. *El abate Juan Ignacio Molina, primer evolucionista y precursor de Teilhard de Chardin.* Tomo III, N° 2, 1965.
- Oroz, Rodolfo. *El Instituto de Chile.* Tomo III, N° 2, 1965.
- Sáez Sáez, Raúl. *El ingeniero y el desarrollo de los pueblos.* Tomo III, N° 2, 1965.
- Terpelle P., Germán. *El asilo diplomático en la historia de Chile.* Tomo III, N° 2, 1965.
- Zapater Equioiz, Horacio. *Las culturas indígenas de América durante la dominación española.* Tomo III, N° 2, 1965.
- Anzoátegui, Víctor y Sanhueza Beltrán Enrique. *Vulgarización de Lacunza y el Lacuncismo.* Tomo III, N° 3, 1965.
- Decker, Donald M. *Raúl Silvea Castro Historiador-Crítico de las letras chilenas.* Tomo III, N° 3, 1965.
- Díaz, Jorge. *El lugar donde mueren los mamíferos.* Tomo III, N° 3, 1965.
- Kayser, Wolfgang. *Origen y crisis de la novela moderna.* Tomo III, N° 3, 1965.
- Rousseau, Pierre. *¿Está habitado el universo?* Traducción de Carlos Krumm S. Tomo III, N° 3, 1965.
- Bultmann, Rudolf. *Mitología y Nuevo Testamento.* Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Debesa, Fernando. *El Guardapelo.* Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Del Río, Sótero. *La medicina social en Chile.* Guzmán, Leonardo. *Labor social de la medicina en Chile y la contribución del Dr. Sótero del Río.* Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- García, Lautaro. *Romanceo de pájaros.* Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Ortega y Gasset, José. *Temas del Escorial.* Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Romero, Hernán. *La salud mental en la vida social contemporánea.* Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Salas Errázuriz, Juan R. *El primer canto de la Divina Comedia.* Tomo IV, N° 1, Vol. 10 de 1965.
- Zamorano, Manuel y Barria, Myriam. *El crimen como destino.* Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Encina, Francisco Antonio. *Estudios.* I. *Cien años de la vida económica e independiente de Chile (1912).* II. *La capital de Chile y las provincias.* Tomo IV, N° 2 Vol. 11 de 1965.
- Eyzaguirre, Jaime. *Breve historia de las fronteras de Chile.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Felhi Cruz, Guillermo. *Francisco Antonio Encina historiador.* Tomo IV, N° 2 vol. 11 de 1965.
- Oyarzún, Luis. *Rafael Mañuel.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Ruiz Urbina, Antonio. *Las clases sociales en América Latina.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Uriarte, Fernando. *La novela proletaria en Chile.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Uribe Echevarría, Juan. *Folklore de Colliguay.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Vodanovic P., Sergio. *El delantal blanco.* Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.

MAPOCHO

DIRECTOR: GUILLERMO FELIU CRUZ

SECRETARIO DE REDACCION: JUAN URIBE ECHEVARRIA

COLABORADORES:

- | | | |
|-------------------------------------|----------------------------------|---------------------------|
| Abalos, Carmen | Garagorri, Paulino | Orellana Rodríguez, Mario |
| Abascal Brunet, Manuel | Garbarino, Humberto | Orrego Barros, Antonio |
| Aguirre, Isidora | García C., Eladio | Orrego Barros, Carlos |
| Aicardi L., Raúl | García, Lautaro | Oyarzún, Luis |
| Aldunate Phillips, Arturo | Giannini, Humberto | Palazuelos, Juan Agustín |
| Alliende González, Felipe | Giordano, Jaime | Pereira Salas, Eugenio |
| Alvarez, Roberto | González Ginouvés, Ignacio | Petit, Magdalena |
| Anzoátegui, Víctor | González Rodríguez, Arman-
do | Reyes, Salvador |
| Araya Goubet, Guillermo | Guzmán, Leonardo | Rivano, Juan |
| Araya Novoa, Luis | Guzmán, Marta Rosa | Rojas, Benjamín |
| Arriagada Herrera, Julio | Herrera Cajas, Héctor | Rosenthal, M. L. |
| Assunção, Fernando O. | Huerta, Eleazar | Rosset, Milton |
| Balbín Lucas, Rafael de | Ibérico, Mariano | Rousseau, Pierre |
| Bande, Jorge | Ibáñez L., José Miguel | Rukser, Udo |
| Barrenechea, Julio | Iglesias, Augusto | Sabella, Andrés |
| Barros, José Miguel | Jaramillo, Hernán | Salas, Adalberto |
| Barros, Raquel | Kayser, Wolfgang | Salas Viú, Vicente |
| Bindis, Ricardo | Keller, Carlos | Sandoval Grünberg, Noemí. |
| Briseño González, Roberto | Krumm S., Carlos | San Martín, Hernán |
| Bueno, Salvador | Labarca, Amanda | Santiván, Fernando |
| Camurri, Antonio | Lafin Entralgo, Pedro | Segall, Marcelo |
| Camus, Emilio | Lamberg, Fernando | Sieckeving, Alejandro |
| Carvacho, Víctor | Lastra Salazar, Pedro | Sievers, Hugo K. |
| Castelli, Enrico | Lavín Cerda, Hernán | Silva Castro, Raúl |
| Catalán de Aranceda, Hilda | Leavitt, Sturgis E. | Silva, Jaime |
| Ciudad, Mario | Lefebvre, Alfredo | Sinicropi, Giovanni |
| Concha, Jaime | Lihn, Enrique | Solar, Claudio |
| Cordua, Carla | Lira, Germán | Soler, Francisco |
| Chaigneau, Raimundo | Loyola, Hernán | Stahl, Gerold |
| Dannemann, Manuel | Mac Hale, Tomás | Teillier, Jorge |
| Délano, Poli | Marchant, Patricio | Tienken, Arturo |
| Díaz, Jorge | Márquez B., Bernardo | Uriarte, Fernando |
| Doddis, Antonio | Martínez Chacón, Elena | Uribe Arce, Armando |
| Edwards, Jorge | Matte, Ester | Uribe Echevarría, Juan |
| Escudero, Alfonso M. | Muñoz, Diego | Varas, José Miguel |
| Feliú Cruz, Guillermo | Muñoz G., Luis | Vial E., Carlos |
| Ferrada Partarrieu, Guillerm-
mo | Murena, Héctor A. | Vial Izquierdo, Alfredo |
| Ferrecio Podestá, Mario | Navarro, Eliana | Vicuña Fuentes, Carlos |
| Fuenzalida, Héctor | Neruda, Pablo | Vodanovic, Sergio |
| Gallardo, Manuel F. | Neves, Eugenia | Yankas, Lautaro |
| Galliano, Ernesto | | Zamudio, José |

La revista solicita las colaboraciones.

No es responsable de las ideas emitidas por los autores.


Las colaboraciones deben ser dirigidas a la Dirección de la Biblioteca Nacional, Avenida Bernardo O'Higgins N° 651, lo mismo que los impresos que se le remitan.

No se devuelven los originales.

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

San Francisco 454

Santiago de Chile



**Está a cargo de la distribución nacional e
internacional de Revista Mapocho**



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

Benjamín Viel: ALGUNOS CAMBIOS SOCIALES DERIVADOS DEL CRECIMIENTO POBLACIONAL

- *Carlos Krumm S.*: VIAJES ESPACIALES: TIEMPO Y RELOJES ● *Fran-*
- cisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo*
- Larrain*: LA SUBDIVISIÓN DE LA PROPIEDAD RURAL EN CHILE EN 1919 ● *Hilda*
- Ortiz Veas*: CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DEL SURREALISMO EN CHILE ● *Juan*
- Godoy*: SOMBRAS ● *Eleazar Huerta*: SEMANA SANTA EN TOBARRA ●
- Oscar Espinosa Moraga*: EL PRECIO DE LA PAZ CHILENO-ARGENTINA ● *Oreste*
- Plath*: FOLKLORE ALIMENTARIO ● *Fernando Uriarte*: EL CRIOLLISMO ALUCI-
- NANTE DE ALEJO CARPENTIER ● *Enrique Molleto*: LA CONFESIÓN ●
- Guillermo Quiñónez Alvear*: BALADA DE LA GALLETA MARINERA ● *Patricio*
- Marchant*: ESENCIA Y EXISTENCIA EN LA ONTOLOGÍA DE NICOLÁS HARTMANN ●
- Jorge Guillermo Llosa*: DANTE EN SU TIEMPO Y EN EL NUESTRO ● *Arturo*
- Givovich*: EL VALDIVIANO ● *Guillermo Feliú Cruz*: PATRIA Y CHILENIDAD
- Abraham Quiroz*: EPISTOLARIO INÉDITO DE SU CAMPAÑA COMO SOLDADO RASO DURANTE
- TODA LA GUERRA DEL PACÍFICO, 1879-1884 ● *Pedro Grases*: LAS IDEAS FUNDA-
- MENTALES DE MARIANO PICÓN-SALAS ● *David D. Anderson*: LA LITERATURA
- NORTEAMERICANA EN SU CONTEXTO CULTURAL ● *Lutfi Abdel Badi*: UN DRAMA-
- TURGO EGIPCIO: TAWFIK AL-HAKIM ● *Daniel Cohen*: DEBATE SOBRE LA LUNA
- Y LOS PLANETAS. OPINIÓN DE DOSCIENTOS ASTRÓNOMOS ● *Extensión Cultural*
- de la Biblioteca Nacional* ● *Notas Bibliográficas* ● *Bibliografía*
- chilena* ● *Noticias Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de este*
- número de la revista

Organo de la Extensión Cultural

...penetró el gobernador hasta el valle de Mapocho, que halló poblado de infinita jente, por ser tan anchuroso, tan capaz y apacible, y regarse casi todo él con el río de su nombre, tan liberal y pródigo con la tierra que, desangrándose por varias partes, por regarla y fertilizarla se desustancia y deshace, de manera que a pocas leguas desaparece, no para hundirse del todo, sino para repararse y salir más pujante y caudaloso, como sale, dos o tres leguas más adelante y mejorado en sus aguas, porque trayéndolas de ordinario turbias de su nacimiento, en su renacimiento sale claro y puro como de cristal.

¹ Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Historia Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo 1, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, pág. 263.



...por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se enoja, como lo hace algunos años cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajamar donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del oriente un brazo o arroyo, el cual dividido en otros tantos cuantas son las cuadras que se cuentan de norte a sur, entra por todas ellas, de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales va atravesando por todas las que se le siguen a la hila y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en éstas sus puentes para que puedan entrar y salir las carretas que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua y muy copioso que barre y lleva toda la basura e inmundicia del lugar dejándolo muy limpio; de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan

en otras partes, porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte, y la agua que sobra pasa a regar los sembrados o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos; no beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos, porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la jente, y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca, y los que quieren beberla más regalada, se proveen de los manantiales y fuentes, que hay muchas en la vecindad y comarca regaladísimas y suavísimas.

² Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Historia Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo 1, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, págs. 266-267.



...plantó Valdivia su campo en el valle de Mapocho, que propiamente se llama Mapuche, que quiere decir Valle de gente, por la mucha que en él avia, y de ay tomó el Río ese nombre: mas los españoles y el tiempo a corrompido el vocablo y en lugar de Mapuche le llaman Mapocho. Dio vuelta al valle mirando los asientos y la hermosura de sus campañas y llanura, que es de los mejores y más fértiles valles del Reyno, fecundado de un río que liberal reparte sus aguas por diferentes sangrías para que todos rieguen sus sembrados.

³ *Historia General de el Reyno de Chile*, Flandes Indiano, por Diego de Rosales. Edición de Benjamín Vicuña Meckenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877 pág. 384.



Río de tierras libres, caudillo mal domado, / preso te ves de pronto; piensas que es un mal sueño, / y entre tus vencedores pasas precipitado, / prietos los puños, turbia la cara, duro el ceño.

⁴ *Imagen del Mapocho*, por Enrique Díez Canedo.

Benjamín Viel: Algunos cambios sociales derivados del crecimiento poblacional

NADIE QUE haya alguna vez mirado las cifras de crecimiento de la población del mundo a partir de la era cristiana tiene la menor duda que nos encontramos afrontando una grave crisis de expansión numérica. Los especialistas calculan que al comenzar la era cristiana la especie humana no sobrepasaba la cifra de 250 millones, cifra que demoró 1.600 años en doblarse a sí misma llegando a 500 millones a mediados del siglo XVII. Una progresiva mejora de los niveles de vida, de la producción de alimentos, de la higiene ambiental y de la atención médica ha permitido un desarrollo progresivo y cada vez más rápido de esta especie triunfadora, que amenaza hoy con convertirse en una especie única, que destruyendo toda rivalidad pueda encontrarse sin más frenos biológicos a su crecimiento que los derivados del hambre y de la guerra. Lo que en un comienzo demoró 1.600 años en duplicar su número se dobla hoy en el corto espacio de 45 años y muy probablemente a partir de 1970 volverá a duplicarse en sólo 35 años. Una población total cercana a 8.000 millones al finalizar el siglo no extraña hoy día a ningún demógrafo.

Los recursos alimenticios así como las fuentes de energía que el hombre de hoy conoce parecerían suficientes para afrontar el crecimiento poblacional esperado al finalizar el presente siglo y tal vez llegar más allá del año 2.000; pero también se sabe que la gran mayoría de tales recursos existen hoy sólo en forma potencial y que su aprovechamiento exige grandes inversiones y alto nivel tecnológico, que sólo pueden obtenerse si el ritmo de crecimiento de la población permite la formación de un capital de explotación más allá del creciente gasto que demanda el aumento de la educación, de la atención médica, de la habitación y de otros innumerables factores que disminuyen la posibilidad de ahorro necesaria para invertir en empresas que aumentarían la producción.

Es evidente que tiene que existir un punto de saturación entre población y alimento. Ese punto no se ha alcanzado aún y no parece estar muy cercano. Bajo el punto de vista económico el problema demográfico no es aún el del número total de habitantes, es simplemente el problema de ritmo de crecimiento, de un ritmo de tal especie que permita a los países subdesarrollados de hoy crear capital de explotación o importarlo razonablemente cuando su creación sea demasiado lenta, pero sin disminuir los servicios que la población demanda, sino por el contrario aumentándolos hasta cambiar la actual calidad poblacional a través de la disminución de las muertes innecesarias del niño y del joven, hasta lograr que en dicha población no haya analfabetos y no exista el hambre. Si el ritmo de crecimiento impide la capitalización que ha de generar a su vez la mayor producción, el mundo subdesarrollado lejos de disminuir tenderá a aumentar y mañana un

*Recursos
alimenticios*

mayor número de seres que hoy serán víctimas del hambre, la miseria y la ignorancia.

*Conflicto
de
Generaciones*

Las sociedades humanas cambian presionadas por diversas circunstancias que condicionan su vida y sus distintas modalidades de organización; entre los factores que provocan tales cambios no hay la menor duda que el crecimiento poblacional es el más importante y el que determina en último término la organización de los conglomerados humanos. La sociedad romana no fue igual a la medieval. Tampoco la moral y las costumbres de la sociedad europea del siglo XVIII fueron similares a las que se observan en la sociedad europea de hoy. Con frecuencia tales cambios son temidos, la dificultad de comprenderlos crea el llamado "conflicto de generaciones" y muchos hay que se van marginando de ese mundo que ya son incapaces de entender y al cual abandonan prediciendo catástrofes. Cuando la presión poblacional que determina los cambios es la consecuencia de un mayor número de habitantes educados y poseedores de un conocimiento técnico que les permita sobrevivir, la revolución que determina la nueva organización social es de carácter ideológico y representa sólo un esfuerzo de adaptación a nuevas condiciones. Cuando tal presión deriva del aumento de una masa analfabeta y hambreada, la revolución es de naturaleza caótica y sólo es capaz de engendrar odio y destrucción. El temor a los cambios sociales es racional si ellos son la consecuencia de un crecimiento poblacional cuya rapidez sobrepasa las posibilidades de educación, pero no se justifica en ningún caso si es sólo la lógica consecuencia de la adaptación del hombre a un medio distinto del que lo vio nacer.

Un hombre nacido en la América Latina hace 50 años tiene necesariamente que afrontar un serio conflicto al recordar el mundo que lo vio nacer y contemplar el mundo que actualmente lo rodea. El siente claramente que pertenece a una generación de transición y que está obligado a adaptarse con rapidez a los cambios que determina la diversa organización social que tiene que irse dando a sí misma una población que dobla su número en el corto espacio de 30 años.

Su formación moral e intelectual es consecuencia de un medio muy diferente del que hoy lo rodea. Educación introducida en la escuela, junto al ejemplo familiar y ambiental de comienzos de siglo, crearon virtudes hondamente arraigadas que llegaron a formar en él un código de conducta: la unión familiar y dentro de ella la jerarquía nacida en el respeto y el cariño a los antecesores, la libertad individual y la libertad nacional manifestadas en el derecho de libre expresión y en el sentirse parte del ejercicio de la soberanía, la virtud del trabajo y del ahorro, la responsabilidad de educar a los hijos, etc... fueron parte integrante de la personalidad que se deseaba formar para mantener la dignidad y la propia estimación. Con una población superior al doble de la que fue hace 50 años ¿han sobrevivido tales virtudes? ¿Conservarán todas ellas igual valor? ¿Podrán seguir sobreviviendo a la creciente presión del aumento de población?

*El precepto
de honrar
padre y
madre*

La familia de hace 50 años estaba física, tradicional y moralmente unida alrededor de un tronco común; habitaba la casa familiar donde muchos acentuaban los lazos de parentesco con los de la amistad y cuando el abuelo no podía continuar el trabajo, eran los hijos los que respondían por él cumpliendo el precepto de "Honrar Padre y Madre" y dando expresión real a una forma de Previsión Social no escrita. Vino el aumento de población y la casa familiar fue destruida para edificar allí un edificio vertical que en vez de albergar una familia fuera capaz

de albergar 40 de tamaño reducido, ¿pudo subsistir en esta nueva construcción el concepto de familia de antaño? Indudablemente no.

La nueva familia reducida a sus elementos esenciales, padre, madre e hijos pequeños, se disolvió en la ciudad y hoy los parientes se conocen en encuentros casuales, no siendo extraño que la amistad y los lazos de afecto sean más estrechos con vecinos o compañeros de trabajo que con miembros de la propia familia.

En las unidades habitacionales actuales raramente tienen cabida cómoda los hijos pequeños. Para resolver tal problema, los países industriales nos exhiben una tendencia creciente a las salas-cunas, en la edad preescolar a los jardines infantiles, y luego la escuela-club, que continúa actividades más allá de las horas de clases en el intento de evitar la vagancia del niño. Completa el contraste con el hogar de antaño la Universidad y sus dormitorios estudiantiles, donde el joven adulto termina concibiendo el hogar como el sitio donde pasar sus vacaciones.

Si en el moderno departamento caben los hijos un reducido número de horas al día casi podría decirse sólo por la noche ¿cuál es el sitio que en él ocupan los abuelos? La creciente tendencia a los hogares de ancianos es la respuesta a la pregunta formulada. En la unidad habitacional de hoy, expresión física de hogar en un mundo superpoblado, el anciano, de difícil convivencia por la arterioesclerosis cerebral propia de su edad, es pariente de sólo uno de los cónyuges, al otro lo unen lazos políticos y ello ha demostrado ser en numerosos estudios sociológicos frecuente causa de disturbios y aun divorcio, obligando así a incrementar el número de hogares de ancianos, que antes fueron creados por la caridad solamente para el despojo solitario de una vida ya hecha, y que hoy constituyen más y más el sitio final de los fundadores de familia normal. En la sociedad moderna "Honrar Padre y Madre" no tiene ya la misma expresión física de antaño, no significa una posición jerárquica en la vieja casona y muchas veces no se traduce ni siquiera en la seguridad financiera del anciano y el distanciamiento familiar ha dado paso obligado a la pensión de vejez, elemento básico de la previsión social moderna.

Estas pequeñas reflexiones no intentan demostrar que ha desaparecido la familia, núcleo básico de la civilización, sólo intentan señalar que se ha transformado. La familia de un mundo de producción agrícola poblado por 1.000 millones de hombres ha debido adaptarse a la familia propia de un mundo de producción industrial poblado por una cifra cuatro veces mayor y todo hace presumir que la desintegración del gran núcleo multicelular de ayer será día a día más y más acentuada, tendiendo a la formación del núcleo unicelular como expresión única de la vida familiar.

Si se observa la construcción habitacional de los Estados Unidos y de la Rusia Soviética, así como la de cualquier país moderno, se podrían anotar diferencias de calidad o de gusto, pero no de aprovechamiento del espacio. El conjunto habitacional se parece cada vez más a un barco grande: unidades familiares para tres o cinco personas y recibos y comedores colectivos para mantener la vida social; cada cierto número de unidades el número suficiente de salas-cunas, de jardines infantiles, de escuelas y de servicios médicos completan el cuadro de esta nueva forma de vivir. Adaptarse a ello es concebir otro tipo de familia, no construir a tiempo tales edificios fatalmente ha de producir que el sobrante de población revierta a las cavernas que, con el nombre de "Favela" en Brasil, "Callampa" en Chile o "Villa Miseria" en Argentina, representan una forma de vida tan destructiva de la civilización como la guerra.

Raciona-
miento
alimenticio

La preciada libertad individual que involucra para el ser humano tantos y tantos derechos ¿puede ser hoy igual que la que había conquistado el hombre hace 50 años? ¿Qué hubiera pensado un hombre en 1900 si el Estado le hubiera dicho que sólo podía consumir carne o frutas ciertos días a la semana? El que escribe estas líneas vivió en Inglaterra, cuna de la libertad individual y sin duda el país del mundo en que ella es más respetada, en una época en que si se consumía pan no había derecho a postre, en que sólo ciertos días a la semana se podía consumir carne y en que la leche y las naranjas estaban reservadas a los niños menores. El racionamiento alimenticio no se aviene con el derecho a consumir el alimento que uno desea y puede pagarse, y sin embargo la tendencia parece afirmar que su establecimiento en muchas regiones del mundo es más que una medida temporal y de emergencia, una necesidad social destinada a garantizar el derecho de todos sobre el derecho de algunos.

Cuando los hombres eran pocos no siempre era necesario el apellido, bastaba un nombre y la ciudad de origen, hoy es necesario una tarjeta de identidad, un certificado de nacimiento, un pasaporte, etc., ¿es igual entonces la libertad de desplazamiento de ayer y de hoy? ¿Es igual el derecho a coger el dinero legítimamente ganado e invertirlo en otros lugares del que uno ha nacido? ¿No son los controles financieros estatales limitadores de la libertad individual? Todos conocen la tendencia de tales procesos y sólo un momento de meditación los llevará a multiplicar los ejemplos para reconocer por último que las libertades individuales cambian y se restringen adaptándose a nuevas condiciones e intentando siempre garantizar el bienestar colectivo. Queda sin embargo una libertad intocada, para muchos la más esencial, la de pensar y expresar su pensamiento; para lograrla murieron miles de hombres, para mantenerla es esencial alejar la violencia y las tensiones que la engendran y de ellas ¿no será el crecimiento incontrolado de la población la más temible de todas? Si la libertad de comer, de desplazarse, de invertir el dinero ha sido limitada ¿por qué puede extrañar tanto el limitar la libertad de reproducirse en el intento de lograr la adaptación del número de individuos a las disponibilidades de habitación, de alimento y de educación?

Si se piensa ahora en la libertad nacional como se la miraba ayer, es indudable que sólo cabe aceptar que hay una creciente tendencia modificatoria que probablemente haría pensar a nuestros abuelos que el patriotismo de las actuales generaciones tiende a debilitarse o desaparecer.

Es un hecho demasiado comentado para insistir en él: el camino y la pólvora destruyeron el feudo e hicieron nacer el país y con él las fronteras y el patriotismo. ¿Puede este sentimiento conservarse intacto en un mundo en que día a día se acortan las distancias y las acciones de unos repercuten sobre el total? Bismarck solía decir, "los países son de dos clases: yunque o martillo, hay que elegir entre dar golpes o recibir golpes". Fue esa la filosofía de la época, se era patriota y ello justificaba hasta el ser agresor; todo estaba permitido para dejar de ser yunque y pasar a ser martillo.

El mundo
super-
poblado

El mundo de hoy tiene otros horizontes. El solo conocimiento que el trabajo esclavo produce mal y poco y por ende resulta caro, disminuye la ambición de ser martillo y explotar el yunque. Las necesidades de un mundo superpoblado hacen más laxas las fronteras y los países tienden a asociarse en mercados comunes, expresión clara de unión comercial, que está evidenciando la tendencia de futuras uniones políticas que serán alcanzables sólo en la paz y en el orden, siempre que el aumento de población se controle lo suficiente para permitir el alimento de

todos; si ello no ocurre, si el aumento se transforma en explosión, retornará el sentido del martillo, se volverá a hablar de pueblos que intentan conquistar por la fuerza lo que llaman su espacio vital y en él intentarán la supresión de razas humanas arbitrariamente elegidas como inferiores. Si tal filosofía de vida triunfara el mundo del mañana sería sólo una barbarie mecanizada y eficiente y por tanto más destructora aún que la antropofagia.

El dilema de hoy no está por tanto en ser yunque o martillo, en ser conquistador o conquistado, está solamente en permanecer en la civilización cristiana occidental a base de poner de acuerdo el aumento inevitable de nuestra población con el aumento alcanzable de nuestros recursos. Si la comprensión y los esfuerzos de los hombres de hoy logran triunfar, las fuentes de recursos serán de la humanidad y no de las naciones. El problema es demasiado importante para dejar que el orgullo nacional impida el uso de recursos naturales que pudieran alimentar a miles de hombres. El agresivo patriotismo de ayer es poco a poco reemplazado por el concepto de regiones más vastas que un país, unidas en común esfuerzo por coordinar y explotar mejor sus fuentes de producción.

Todos cuantos tuvimos una educación recibimos en el hogar y luego en la escuela la dignificación del trabajo y el desprecio al ocio, aprendimos a mirar el trabajo como una virtud esencial de cuyo ejercicio depende el futuro del hombre como individuo y el futuro del conjunto como especie. Así mientras más trabajara un individuo, mayor era la admiración que despertaba su sentido del deber. ¿Es ello comparable a lo que ocurre hoy en los países industriales? Evidentemente que no. El aumento de población obliga a tener mayor cantidad de alimento al mismo tiempo que mayores disponibilidades de ocupación, pero a ello se opone no sólo el gran número de individuos en busca de trabajo, sino también la gran cantidad de nueva maquinaria capaz de reemplazar al músculo. Los países altamente desarrollados saben de sobra que si el fenómeno no se controla con cuidado la respuesta es la cesantía, el quinto jinete de la apocalipsis, y para evitarlo disminuyen voluntariamente el excesivo automatismo del trabajo así como disminuyen el número de horas-trabajo de cada individuo. En esta nueva organización social el trabajador excesivo, lejos de ser un virtuoso, es un antisocial que crea cesantía para sus semejantes.

La observación del movimiento sindical en el mundo de occidente tiene dos tendencias claramente triunfadoras y que son expresión de la limitación de la cantidad de trabajo del individuo: la primera es el rechazo al pago por unidad de trabajo producida y su reemplazo por la remuneración según horas trabajadas, la segunda es la continua reducción de las horas semanales de trabajo. Tiempo hubo en que la jornada inglesa alcanzaba a 12 horas diarias, hoy fluctúa entre 6 y 8 según el tipo de trabajo. En Estados Unidos la tendencia a no trabajar los sábados es un fenómeno creciente y la Rusia Soviética rebajó en 1963 la semana de 48 a 42 horas de trabajo en igual forma que Alemania Occidental las redujo en 3 horas semanales sobre las 42 que tenía establecidas.

Hoy día producir más no significa necesariamente trabajar más, significa mayor número de individuos trabajando y ello, protección indudable contra la cesantía, hace prever como posible que el mundo industrial de mañana vea jornadas de 4 horas diarias. Surge entonces el problema ya visible ¿qué hace el hombre con las horas de ocio? Proporcionar actividad en las horas que han quedado libres va llegando a ser un problema de Estado que eleva a la categoría de profesión actividades que ayer fueron sólo diversión. Ejemplo claro de lo que se afirma es el interés mundial que está despertando el deporte. Las actividades que en el

*Movimiento
sindical
en el
mundo
occidental*

mundo de ayer eran consideradas como formas disimuladas de ocio y propias sólo de la infancia o la primera juventud, ocupan hoy buena parte de las horas de vida de los hombres, han conquistado un lugar preponderante en la prensa y reemplazan en buena parte el orgullo que antes los pueblos cifraron en sus hazañas guerreras.

Junto al deporte, el teatro, la gran diversión de la civilización helénica, invadida en forma de cine, o transformada a través de la radio, la televisión y cuantos inventos estén por venir, ocuparán las horas que la disminución del trabajo le deje libre al hombre del mañana, permitiéndole a los Estados las armas necesarias para una mayor educación y culturización de su gente.

Si este fenómeno de adaptación a nuevas condiciones no se produce a tiempo, si el aumento de población condiciona cesantía, es evidente que ello trae consigo tensiones que engendran destrucción. En las grandes ciudades industriales de hoy, junto a la civilización y el progreso que asombraría a los hombres de un siglo atrás, es posible observar jóvenes vestidos en forma agresiva, rebeldes, violentos, buscando cualquier forma de actitud antisocial que los afirme en su posición de "coléricos" como se les ha dado en llamar. Constituyen lo que un juez de Estados Unidos llamó muy gráficamente el "exceso de equipaje de una ciudad". Son los que no tuvieron salas-cunas, jardines infantiles, escuelas-clubes, trabajo apropiado a sus condiciones. Son los que vieron en el hogar un dormitorio estrecho o la incomunicabilidad con su mayores y afirmaron su personalidad en el matonaje callejero. ¿Adónde iría nuestra civilización si el "exceso de equipaje" aumentara? ¿Podría el mundo llamarse civilizado si esta forma de regresión mental dejara de ser la minoría de nuestra juventud? ¿No involucra el crecimiento de tales grupos el germen de la desintegración de nuestra civilización?

Si el concepto de trabajo ha cambiado bajo la presión de una población creciente ¿qué ha sido de la virtud del ahorro tan celosamente enseñada en nuestra infancia? Sin el propósito de discutir economía sólo cabe concluir que existe en el mundo una tendencia inflacionaria casi paralela a la tendencia de aumento de población, y esta inflación continúa, más acentuada en algunos países que en otros, tiene que hacer perder la fe en el ahorro, virtud que antes se enseñara como garantía de seguridad en la vejez y de educación y sustento de los hijos, y que de practicarse hoy en su forma primitiva, conduciría a la ruina de quien tenga la avaricia de intentarlo.

El fracaso creciente del ahorro individual lleva al hombre a practicar la capitalización colectiva e impone al Estado nuevos deberes con los cuales reemplaza a los que antes fueron de estricta y exclusiva responsabilidad individual. La educación gratuita por cuenta del Estado y la creciente Seguridad Social son movimientos esenciales del mundo de hoy que tienden a acentuarse día a día en una especie de círculo vicioso, pues mientras más aumentan los impuestos a los ingresos, menor es la disponibilidad de los hombres para capitalizar por su cuenta y menor la posibilidad de educar sus hijos y de hacer frente al período improductivo de la vejez, prolongado cada vez más por una mayor higiene y una medicina más eficiente.

Así como la especie humana sobrevive gracias a un equilibrio biológico con las otras especies vivas animales o vegetales, su organización y sus costumbres tienen también que ser la expresión de un equilibrio entre el ambiente y el número de hombres que lo habitan. Las costumbres, la moral, las leyes, etc., no pueden ser iguales en un mundo de 1.000 millones que en un mundo de 8.000 millones. Algunas costumbres elegidas al azar, la observación de sus tendencias de cambio permiten asomarse al mundo del mañana, a ese mundo que existirá sólo si la

especie humana aumenta en forma equilibrada al aumento de sus medios de subsistencia o que se destruirá en el caos y la violencia si aumenta más allá de lo que puede alimentar.

Derechos adquiridos con sangre como la libertad individual y nacional se transforman, nacen derechos nuevos como la educación gratuita y la seguridad social, la familia es otra que la que nos vio nacer y muchos más factores ni siquiera comentados aquí, cambian y cambian la manera de vivir de esta especie vencedora que está adquiriendo hasta la potencia para transformar el mundo físico que la rodea. Poco a poco se va perfilando ese mundo superpoblado y por ende distinto, en el cual muchas especies animales de hoy habrán desaparecido por la acción de la especie humana conquistadora de su ambiente, ese mundo que existirá si el hombre logra poblarlo en equilibrio, llevando su natalidad a las cifras compatibles con los requerimientos de alimento, techo y educación. El hombre tiene los medios de hacerlo y la esperanza de muchos es que lo logrará, tal como logró escapar de la barbarie, descubrir nuevas formas de energía que destruyeron la esclavitud y dominar especies rivales que ponían en peligro su vida o su hacienda. Sin embargo la lucha no es fácil y una montaña de prejuicios se opone a la labor de limitar la velocidad del crecimiento de la población, hasta hacerla paralela al crecimiento de los recursos.

América Latina contempla las transformaciones de lo que fue su forma tradicional de vida, se adapta poco a poco a sus nuevas condiciones y sin embargo, paradójicamente, el grupo que más desearía conservar sus tradiciones y forma de vida, es el que en general opone una barrera más fuerte a la planificación familiar.

La observación del Continente Latinoamericano permite delimitar 3 áreas claramente diferenciadas frente al problema del control de natalidad: una en que se acepta y se impulsa como cualquier otro programa de salud pública, otra en la que se permite la venta libre de anticonceptivos, pero nada se hace para difundir su uso, otra por fin, donde sólo hablar del problema es tabú y donde todo método de control es ilegal y por ende clandestino. Si se examina lo que ocurre en estas dos últimas, en las que hay venta libre sin educación anticonceptiva o ilegalidad para la venta, puede concluirse que en tales zonas el crecimiento incontrolado de la población afecta primordialmente a los grupos de menor standard cultural y económico, pues las clases más altas de la sociedad recurren a sus médicos privados y limitan su natalidad, aunque no deseen confesarlo y se opongan a que las clases más necesitadas las imiten. El promedio de 2 a 3 hijos por familia en las clases acomodadas de la América Latina contrasta violentamente con el promedio superior a 6 hijos de la clase obrero-campesina, sin que exista ninguna razón biológica que permita aceptar una mayor fertilidad de la mujer obrera.

La actitud de las clases altas frente a este problema se acerca más y más a la actitud europea. En España e Italia, países profundamente católicos, los índices de natalidad no sobrepasan un 20 por mil, aproximadamente las mismas que las de las clases de alto standard económico de Chile, donde la natalidad promedio alcanza a 37,3. Las clases educadas se han adaptado a la civilización occidental y ayudadas por un factor ancestral, que tiene su origen en la Hélade y el pueblo hebreo, y que responsabiliza al padre por la alimentación y educación de los hijos, planifican y controlan su familia. Las clases pobres no son debidamente informadas, carecen de facilidades para lograrlo y se ven obligadas a recurrir al aborto ilegal ejecutado por manos inexpertas cuando han llegado ya a un número de

*La natalidad
en el
mundo*

hijos que les es imposible mantener, aun en sus miserables condiciones actuales de vida.

Es de imaginarse la tensión política y social que tiene que crearse ante la existencia de dos países diferentes en los límites geográficos de uno solo. El país de alto standard, educado, adaptado a la civilización occidental y de crecimiento limitado, el otro, de bajo standard, de ínfimo nivel educacional y condenado al crecimiento ilimitado a menos que recurra a medios cruentos e ilegales que amenazan la vida de sus mujeres.

El crecimiento acelerado que se observa en el mundo subdesarrollado de hoy y muy en especial en la América Latina, se debe principalmente al grupo de más bajo nivel económico y cultural. El otro grupo, el culturizado, el que realmente pertenece a la civilización occidental, controla su crecimiento, ejerce su moral de paternidad responsable y aumenta por tanto en una proporción muy inferior a la de ese otro grupo humano que debe contentarse con el amargo destino de compartir su creciente miseria. ¿Será posible mantener la paz social y política en la vida interna de países que afrontan tan grave desigualdad de costumbres, comprensión y adaptación al medio de grupos humano que fatalmente han de convivir dentro de determinados límites geográficos? Este es el grave dilema que debe afrontar la América Latina de hoy. Dueña de recursos potenciales que hacen presumir posibilidades de desarrollo que solucionen su déficit alimenticio, no tiene por qué temer a un crecimiento de su población que la lleve a dos o tres veces su número actual, si tal fenómeno ocurre con la lentitud necesaria para lograr la incorporación del total de sus habitantes a la civilización occidental.

Sin temor a cambios sociales que destruyen una sociedad distinta, sin temor a una disminución de la producción de alimentos que la tecnología moderna es capaz de solucionar, tiene que tener un inmenso temor ante el deterioro proporcional y creciente de los niveles de vida de un grupo mayoritario de su población, que está determinado por la reproducción incontrolada de quienes no han sido educados en el concepto de la paternidad responsable, o que de haberlo sido, no son informados de la existencia de métodos que la hagan posible, sin recurrir a una abstinencia del todo impracticable en la promiscuidad de los pequeños hogares de la masa proletaria o campesina.

Carlos Krumm S.: Viajes espaciales: tiempo y relojes

LA REVISTA de Occidente suele publicar artículos de carácter científico escritos por las figuras más destacadas de la ciencia actual. Así han aparecido recientemente trabajos de Oppenheimer y de Edward Teller, dos grandes atomistas. Nos vamos a referir y comentar el artículo de Teller, titulado "Viajes por el Espacio Exterior, Posibilidades e Imposibilidades" que apareció en el Nº 13, abril de 1964, de la Revista.

Para comenzar, presentaremos brevemente a Edward Teller. Nació en 1908 en Hungría, llegó a Estados Unidos siendo aún un niño. Trabajó en el llamado Proyecto Manhattan para el desarrollo de la bomba atómica que se hizo estallar en la 2ª Guerra Mundial. El hecho ocurrió el 6 de agosto de 1945, sobre Hiroshima. Se ha cumplido, pues, el vigésimo aniversario de la destrucción de Hiroshima. Teller es, además, uno de los creadores de la poderosísima bomba H.

La primera parte del artículo de Teller se ocupa de las posibilidades de vida en los planetas y otros mundos espaciales. Recuerda que, sea el hombre, un chimpancé, un pez, un árbol, una bacteria o un virus, contiene proteínas y estas proteínas están formadas por cadenas de aminoácidos, eslabonados. Una función de los seres vivos es tomar y desprender oxígeno, o sea el mecanismo de oxidación-reducción. Intervienen ciertos pigmentos: el "hem" en la hemoglobina de la sangre y la clorofila en las hojas de las plantas. Hay en el centro de las estructuras: hierro en el "hem" de la hemoglobina, magnesio en la clorofila de las plantas. Me gustaría, dice, saber si esta peculiarísima estructura, una de las centenares de miles de estructuras orgánicas conocidas, es tan predominante entre los seres vivos de Marte como lo es en la Tierra. Luego, Teller, define así la vida: "La vida es un un poco de materia con mucho de complicación determinativa. Me gustaría saber si la complicación marciana es semejante a la terrestre. Si la respuesta es afirmativa, puede que tengamos un origen común. Si es negativa, tendremos un origen diferente. Teller está seguro de que en otras partes el Universo está lleno, plétórico de Vida¹.

Vivimos en una galaxia con más de cien mil millones de estrellas. Muchas de ellas tendrán planetas y algunos de ellos estarán habitados. ¿Y por qué no? —piensa Teller— si el Universo tiene, se dice, casi diez mil millones de años y la vida humana sólo abarca el último millón o medio millón de años, ha de haber otros que llegaron antes. Cree Teller que a fines del siglo habremos explorado nuestro sistema planetario, pero quedan aún las galaxias. Con ayuda de una fórmula de Einstein, llegamos a la posibilidad de realizar el viaje más increíble. Un viaje a la galaxia Andrómeda, situada a dos millones de años luz, o sea que la luz, con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo tarda ese tiempo en recorrer el

Viajes por el espacio exterior. Posibilidades e imposibilidades

¹Véase en la Revista Mapocho Nº 3, Vol. 9, 1965, el artículo de Pierre Rousseau, *¿Está habitado el Universo?*

espacio que nos separa de Andrómeda. Mediante Einstein y la antimateria, Teller cree que el viaje se podría realizar allá por el año 2.460. Los ingenieros para entonces, dice, habrán resuelto todos los problemas que implica la impulsión de un vehículo adecuado y tripulado por un hombre.

La fórmula de Einstein, que aplica Teller, es de esta forma².

$$(ct)^2 - R^2 = Q$$

Q es una magnitud invariable para todos los observadores

ct es la distancia recorrida por la luz en la diferencia de tiempo observada. Debe notarse que c , 300.000 km. por segundo, velocidad de la luz, en el vacío, es el límite de la velocidad que puede existir en el mundo físico, como el propio Einstein lo ha demostrado.

R es la distancia, en el caso de Andrómeda, dos millones de años luz.

Teller supone que el vehículo espacial será visto por un observador terrestre marchando a una velocidad un poco menor que la de la luz, ya que no es posible alcanzar esta velocidad. Si es así, el vehículo tardaría un poco más de dos millones de años en su viaje a Andrómeda y ct sería algo más de dos millones de años luz. R , ya dijimos, sería igual a dos millones de años luz. La diferencia entre $(ct)^2$ y R^2 será muy pequeña, porque el viaje ocurre a una velocidad casi igual a la de la luz. Sigamos a Teller que ya habla en primera persona, embarcado en la nave cohete. Para él la llegada y salida han ocurrido en el mismo lugar: tras el nado de mando de la nave. Que yo sepa, continúa, R , la distancia entre los dos sucesos de mi salida y de mi llegada es cero. Pero la diferencia $Q = (ct)^2 - R^2$ será la misma, para mí, viajero, que para el observador terrestre. Y como la diferencia Q es pequeña para él, tendrá que serlo para mí. Y por consiguiente, el tiempo que haya pasado me parecerá corto. Al observador terrestre le habrá parecido de más de dos millones de años; a mí puede parecerme como unos veinte años.

Teme ser aniquilado al entrar a Andrómeda que estaría cargada de antimateria. Si no fuera así se propone andar explorando de aquí para allá durante unos diez años. Vuelve por fin a Nueva York donde espera un gran recibimiento. El, Teller, habría envejecido unos 50 años, pero la Tierra en más de cuatro millones. Todo habría cambiado. Habría una nueva raza, otro idioma, todo distinto. Termina: "Y lo que harían conmigo, ejemplar de una antigua, fabulosa, irrazonable y extinguida raza, es evidente: Me encerrarían en un parque zoológico".

El maravilloso viaje del Mariner IV

Entre los viajes espaciales, ha habido muchos, tripulados o no, merece citarse el maravilloso viaje a Marte que realizó el Mariner IV. Tan finos y tan complejos eran sus mecanismos que parecían tripulado por un ser humano. Partió de la Tierra el 28 de noviembre de 1964. Debía cumplir la misión de enviar informaciones diversas durante la travesía y acercarse a Marte para fotografiarlo y mandar a la Tierra noticias sobre el planeta. Impulsado por un cohete Atlas-agera y con un peso de 287 kg., el Mariner IV atravesó la atmósfera terrestre y siguió por su cuenta. Ya tenía el aspecto de un molino de viento que volaba con las aspas desplegadas. Medía unos siete metros de extremo a extremo de las aspas y unos tres metros desde la base hasta el extremo de su antena. Los cuatro paneles en las aspas brillaban con una luz púrpura debido a un recubrimiento protector de vidrio-zafiro que evitaba el daño de radiaciones a las minúsculas celdas solares que, en número de 28.224, transforman directamente la radiación solar en corriente eléctrica que

²Si el lector no tiene conocimientos matemáticos, deberá hacer fe en la conclusión.

sirve para operar una pequeña radio transmisora de 10 1/2 watts y otros aparatos electrónicos, incluso un computador. El cuerpo de la nave contiene la enorme cantidad de 138.000 piezas. Con todo este equipo el Mariner IV se comunica con el JPL (Caltech's Jet Propulsion Laboratory), es decir, recibe órdenes y manda informaciones.

El viaje a Marte demoró 228 días y en ellos recorrió 325 millones de millas (520 millones de kilómetros). La velocidad media en este recorrido fue de 9.500 kms. por hora, o sea, 2,64 kilómetros por segundo, velocidad modestísima comparada con la de la luz, que es de 300.000 kms. por segundo. La misión del Mariner IV se cumplió el 14 de julio de 1965 al fotografiar de cerca a Marte. Sin embargo, ha seguido funcionando y a mediados de septiembre su vida útil se había excedido en 500 horas. Ha seguido enviando informaciones sobre polvo cósmico, campos magnéticos, radiaciones y sobre el estado de funcionamiento de sus propios mecanismos. En la actualidad y conforme a las leyes de Newton y Kepler, ha pasado a ser un satélite más del Sol. La órbita elíptica que describe tiene un afelio de 234 millones de kilómetros y un perihelio de 165 millones de kilómetros respecto del sol³. La rotación dura 567 días.

¿Hasta cuando continuará viviendo el Mariner IV? La NASA (Estación de rastreo de satélites) que sigue la pista a los cuerpos celestes, tratará de restablecer contacto con el Mariner en un año más, y así tendremos noticias frescas del pequeño satélite.

Edward Teller supone que, al paso acelerado con que se desarrolla la ciencia, allá por el año 2460, se podrá hacer el viaje a Andrómeda, usando antimateria.

Dos científicos, Edward Purcell y Sebastián von Hoerner, han estudiado las posibilidades de un viaje más modesto: a una estrella situada a 12 años luz⁴. Supongamos que el viaje, ida y vuelta, se haga en 28 años de tiempo terrestre. Esto implica que el vehículo espacial debe marchar a una velocidad aproximada de 99 por ciento de la velocidad de la luz. Según la teoría especial de la relatividad, el viajero envejecería sólo unos 10 años. Si partió de 20 años de edad desde la Tierra, regresaría de 30 y no de 48, según la cuenta que haría la gente de la Tierra.

Pero veamos las posibilidades de impulsión, según las leyes de la mecánica.

Es necesario establecer una cierta relación entre la masa inicial y la masa final del cohete. El propelente que se usaría debe tener una gran velocidad de escape. La relación queda dada por esta ecuación:

$$\frac{\text{masa inicial}}{\text{masa final}} = \left[\frac{c + V_{\max}}{c - V_{\max}} \right]^{c/2 V_{\text{ex}}}$$

En la ecuación, c es la velocidad de la luz, o sea 300.000 km./segundo. V_{\max} la velocidad máxima del vehículo o cohete; V_{ex} es la velocidad de escape del propelente. Si V_{\max} es una velocidad próxima a la de la luz, el denominador de la ecuación será una cantidad muy pequeña, en tanto que el exponente $c/2 V_{\text{ex}}$ será muy grande.

Supongamos que sea posible usar un propelente de fusión nuclear que quema hidrógeno para transformarlo en helio con un rendimiento de ciento por ciento. La velocidad del escape resulta alrededor de un octavo de la velocidad de la luz. Purcell calcula que para alcanzar una velocidad de 99 por ciento de la velocidad de la luz usando el propelente se necesita una masa inicial, principalmente com-

Posibilidades de impulsión de un vehículo espacial a velocidades próximas a la de la luz

³Afelio es la mayor distancia al sol, situado en el foco de la elipse, y perihelio la menor distancia al sol.

⁴Interstellar Communication. Editada por A. G. W. Cameron.

bustible, un poco superior a un billón⁵ de veces la masa final del cohete. Para lanzar una tonelada se debe partir con un millón de toneladas. Cosa imposible. Habrá que recurrir al propulente antimateria. Para alcanzar una velocidad de 99 por ciento de la de la luz se necesita una relación de 14 entre la masa inicial y final. Pero como se trata de detenerse, cambiar rumbo, tomar de nuevo velocidad para el retorno, el 14 se transforma en 14⁴, más o menos 40.000. Purcell calcula que para llevar una carga útil de 10 toneladas, en el viaje de 28 años luz, se necesita un cohete de 400.000 toneladas, mitad materia y mitad antimateria. Pero la antimateria, difícil de llevar en estanques, presenta inconvenientes de carácter realmente cósmico. Para adquirir la aceleración requerida, el cohete tendrá que irradiar unos 10¹⁸ watts al comienzo del viaje. Tal cifra resulta "ligeramente superior a la potencia total que la tierra recibe del sol". Purcell observa también que la radiación del cohete no es luz solar, sino rayos gamma. Surgen entonces dos problemas de protección contra esos rayos: proteger a los ocupantes del vehículo y proteger a la Tierra misma de las radiaciones del cohete. La segunda de las protecciones es imposible y no parece juicioso exponer a la humanidad a los peligros atómicos para satisfacer una curiosidad.

Von Hoerner nos ofrece cálculos más complicados y llega a conclusiones como esta: Para producir la antimateria necesaria para impulsar el cohete de 10 toneladas se necesitarían 40 millones de plantas atómicas de 150.000 kilowatts c/u.

Parece, pues, muy difícil que, aun en un futuro lejano se puedan realizar viajes espaciales a estrellas o galaxias que estén a distancias tan grandes que se miden en años luz. Una meta más modesta es posible alcanzar: explorar nuestro sistema planetario. Ya se ha llegado a Venus y a Marte con vehículos no tripulados. No hablemos de la Luna, ¡nuestro satélite, que ya está al alcance de la mano!

Veamos algo que puede ser más accesible a la técnica y que podría satisfacer la insaciable curiosidad de saber si efectivamente hay mundos lejanos poblados por habitantes inteligentes. Purcell, citado antes, dice "buscamos gentes que sean capaces de recibir nuestras señales pero que no nos hayan sobrepasado tecnológicamente, es decir, gentes que no estén atrasadas más de 20 años respecto de nosotros, pero que tampoco estén más adelantados. Estamos explorando una porción muy delgada de historia".

Giuseppe Cocconi y Morrison, en un artículo publicado en Nature en 1959, creen que hay otros mundos con sociedades civilizadas. Suponen que están más adelantados científicamente que nosotros y que han estado enviando señales de las cuales esperan respuesta para hacerles saber que "una nueva sociedad ha entrado a la comunidad de la inteligencia". Es posible que el canal que han estado usando sea tal que las limitaciones del detector terrestre, en cuanto a frecuencia y discriminación angular, sean mínimas". Podrían transmitirnos el equivalente de grandes letras, palabras fáciles, etc. La pregunta es: "¿a qué frecuencia debemos buscar señales?". Al respecto los autores dicen: "En la región más favorecida de la radio hay un standard objetivo único de frecuencia que debe ser conocido por todo observador en el Universo: la línea de emisión radial a 1.420 mc/seg⁶ ($\lambda = 21$ cm. largo de onda) del hidrógeno neutro. Es razonable esperar que receptores sensibles para esta frecuencia se hagan en los comienzos del desarrollo de la radio astronomía. Esta sería la esperanza de los operadores de la supuesta fuente extraterrestre, y el presente estado de los instrumentos terrestres justifica esa esperanza.

⁵Un billón equivale a mil millones, o sea 10⁹.

⁶Mc/seg = megaciclos por segundo.

Por consiguiente, creemos que es muy promisor buscar en las vecindades de 1.420 Mc/seg".

Cocconi y Morrison propusieron examinar ciertas estrellas dentro de quince años luz en dirección de zonas de bajo ruido de fondo. Un año después se llevó a efecto un programa llamado Proyecto Ozma (reina del país de OZ). Durante tres meses se trabajó con un radiotelescopio de 26 m. desde el National Radio Astronomy Observatory. Dos estrellas, Tau Ceti y Epsilon Eridani fueron escudriñadas. No se percibieron signos de comunicación extraterrestre. Pero después de un minuto de dirigir la antena hacia Tau Ceti se captaron fuertes señales. Pronto se esfumaron y no pudieron ser redescubiertas. Falsa alarma. El astrónomo Frank D. Drake llegó a la conclusión de que eran señales terrestres.

Se habla de los lasers como posibles instrumentos para la comunicaciones. Pero esto, por ahora, es pura especulación y fantasía.

El viaje del Mariner iv, aquí descrito, parece que puede ser el origen de soluciones más realistas de las exploraciones espaciales. Por lo menos de los planetas. Se puede concebir un Mariner perfeccionado, con fina cibernética, capaz de acercarse lo suficiente al cuerpo celeste y captar, si las hubiera, señales reveladoras de vida.

El hombre primitivo debió acomodar sus actividades al ritmo de la sucesión de los días y de las noches. De esta suerte, se fue creando en el medio millón a un millón de años de existencia del hombre sobre la Tierra, un ritmo en los procesos del sistema nervioso central regulado por la sucesión de día y noche, y en último término por la rotación de la Tierra que tarda 24 horas en dar una vuelta completa.

A medida que el hombre se civiliza el tiempo y su medición adquieren más y más importancia. Los pueblos de las civilizaciones egipcias y orientales median el tiempo con cierta exactitud observando las sombras arrojadas por un estilo expuesto al sol. Los griegos y los romanos perfeccionaron los relojes de sol, agregando al estilo una esfera donde hay líneas marcadas con las horas, variables según la estación del año. Luego para independizar la medida del tiempo de las sombras solares se inventan las clepsidras, que marcan el escurrimiento de un líquido de un vaso graduado. Los relojes de arena, que se usan aún hoy, se basan en el mismo principio: el escurrimiento de partículas, sólidas esta vez.

Demos un gran salto en el tiempo al hablar de los relojes mecánicos regulados por péndulos, de los relojes de las catedrales medievales que aún resuenan en los campanarios de las viejas ciudades de Europa. Luego los cronómetros de los astrónomos y de los marinos, etc. La civilización va exigiendo al hombre el uso cada vez más riguroso del tiempo y los relojes adquieren más precisión. Hay que aprovechar bien el tiempo que es un factor económico según el socorrido "Times is money".

La ciencia, por su parte, necesita relojes de gran precisión. Citaremos algunos. El reloj de cuarzo. Está basado en el llamado fenómeno piezo-eléctrico. Al vibrar un cristal de cuarzo se produce una diferencia de potencial eléctrico entre dos de sus caras. El cristal tiene una frecuencia de vibración que depende de su tamaño y forma. Si se introduce en un circuito eléctrico oscilante que tenga aproximadamente la misma frecuencia del cristal, dos efectos tienen lugar simultáneamente: el cristal vibra a su frecuencia natural y la frecuencia de todo el circuito llega a ser la misma de la frecuencia natural del cristal. La frecuencia del circuito alterno hace marchar un reloj. La precisión de este reloj de cuarzo es de un segundo en tres años. Otro reloj que citaremos, en esta brevísima revista de relojes, es el ató-

*Tiempo y
relojes*

*Relojes de
gran preci-
sión*

mico. Es un reloj eléctrico cuya frecuencia de regulación es proporcionada por la frecuencia natural de átomos o moléculas excitadas, de sustancias tales como el cesio. Estos relojes son de una enorme precisión. En el Bureau of Standard de EE. UU. se ha instalado recientemente, para controlar el tiempo y frecuencia de las emisiones radiales, un reloj cuya precisión es de un segundo en 3.000 años.

*Relojes
biológicos*

Existe un tiempo interior que se relaciona directamente con la conciencia y con la fisiología de los individuos. Se ocupó de él Pierre Lecomte de Nouy en una obra fascinante "Le Temps et la Vie", aparecida hace unos treinta años⁷. Las investigaciones partieron del estudio del desarrollo de los fenómenos de cicatrización de las heridas y de cultivo de tejidos "in vitro".

Los estudios de cicatrización de las heridas se originaron durante la guerra europea (1914-1918) a instancias de Alexis Carrel, quien había observado que las heridas cicatrizaban según una ley geométrica desconocida cuantitativamente y que sería interesante establecer. Se podría conocer también el efecto de los tratamientos y el rol de los desinfectantes para acelerar o retardar la curación. Al efecto pidió su colaboración a Lecomte de Nouy del Instituto Pasteur.

Manteniendo las heridas completamente asépticas y siguiendo un ingenioso procedimiento, Lecomte de Nouy trazó calcos de las heridas de cuatro en cuatro días y teniendo en cuenta numerosos casos logró encontrar una relación matemática entre la velocidad de cicatrización y la edad del individuo. Es decir, y creo que por primera vez, se llegó a expresar la idea de un tiempo fisiológico interior e individual. El hombre poseía un reloj biológico propio.

El estado actual de los estudios del tiempo biológico

En los últimos años la biología ha realizado grandes y espectaculares progresos. Existe un conocimiento íntimo de la célula. El descubrimiento del ácido ribonucleico⁸ ha permitido realizar investigaciones que establecen, de manera clara, la existencia de cambios diurnos persistentes en los procesos fisiológicos o bioquímicos en células u organismos. Estos cambios dependen de la capacidad de la célula para continuar la síntesis normal del ácido ribonucleico. Estos procesos obedecen a mecanismos que se les ha dado el nombre de relojes biológicos al controlar rítmicamente procesos tales como actividad motriz, fotosíntesis, etc. Cuando se efectúan observaciones con ciertos organismos vivos llamados rítmicos se comprueba que si se les mantiene las 24 horas sometidos al ciclo día-noche, el período rítmico es exactamente de 24 horas. Si el experimento se realiza en el ambiente del laboratorio, con luz y temperatura constantes el ritmo continúa, pero es ligeramente diferente del día solar de 24 horas.

Esto hace pensar que el organismo humano, por herencia ancestral obedece a un ritmo condicionado por la luz solar, o sea, a la rotación de la tierra en 24 horas. Hay muchos fenómenos rítmicos de la vida diaria fácilmente observables. Así, por ejemplo, la temperatura del cuerpo humano es más alta en las tardes y vuelve cada mañana a los 37 ó 36,80 centígrados. Y el ritmo febril se mantiene aun en los estados de enfermedad.

Otras dificultades

Las anteriores reflexiones hacen pensar en otras dificultades, que se presentarían a los cosmonautas en los viajes espaciales, particularmente a velocidades cercanas a las de la luz. Estas dificultades serían de orden biológico. El hombre posee un reloj interior que no se regula para aquellas velocidades. Los einsteinianos sos-

⁷El autor de este artículo publicó un extenso comentario aparecido en febrero de 1939 en los Anales del Instituto de Ingenieros de Chile, que posteriormente fue reimpresso por Nascimento.

⁸Mapocho = Tomo II, Nº 3, 1964 —Pierre Rousseau. *En las avanzadas de la vida.*

tienen que todos los mecanismos interiores del hombre se acomodarian al nuevo ambiente de las velocidades requeridas para posibilitar los viajes, como el propuesto por Teller, a las galaxias. Quedan otras objeciones. En los viajes recientes de los cosmonautas alrededor de la Tierra, no muy lejos de ella, con una duraci3n record de 7 d'as, con velocidades muy modestas, comparadas con los 300.000 km./seg. de la luz, se han notado descalcificaciones en los huesos de los pies de los tripulantes. Es peligroso atentar contra el metabolismo normal de la Tierra, donde existe una gravitaci3n de unos 9,8 m/seg.². La ausencia de gravitaci3n en el caso mencionado de los astronautas parece haber sido la causa de los trastornos del metabolismo del calcio. Adem'as se notaron deshidrataciones inexplicables porque los cosmonautas beb'ian l'quidos normalmente.

En suma, parece que hay imposibilidades y peligros insuperables para efectuar una exploraci3n del tipo de la propuesta por Teller.

En el curso de este art'culo se han debido usar f3rmulas y signos matem'ticos. El art'culo de Edward Teller en la Revista de Occidente, revista de alta cultura literaria, contiene una f3rmula de Einstein indispensable para explicar lo que pasa a velocidades pr3ximas a la de la luz. Luego, m'as adelante, he usado una f3rmula debida a v. Hoerner, que sirve para estudiar el problema de la impuls'3n de las aeronaves. Con esta f3rmula y un poco de destreza matem'tica, es posible hacer los c'culos que conducen a lo expresado en palabras.

Por 'ltimo, he aqu' una peque'na explicaci3n de esa verdadera taquigraf'ia matem'tica del uso de las potencias de 10. Por ah' se encuentra 10⁹, 10¹⁴, 10¹⁸. Veamos como se procede: Para escribir 500 usando potencias de 10, observamos que 500 = 5 × 10 × 10. El n'mero de veces que debemos multiplicar por 10 es 2 y escribimos en vez de 500 5 × 10². Este n'mero 2 escrito sobre 10 se llama un exponente. An'logamente podemos escribir 50.000 = 5 × 10 × 10 × 10 × 10, escrito en forma "taquigraf'ica":

$$50.000 = 5 \times 10^4$$

Haciendo la extensi3n a n'meros m'as grandes escribiremos un mill3n 1.000.000 = 10⁶, mil millones 1.000.000.000 = 10⁹ (Lo que en Estados Unidos se llama un bill3n).

$$14^4 \text{ se escribir'ia: } 1,4^4 \times 10^4.$$

Veamos qu' se hace cuando se trata de cantidades menores que 1, o sea, fracciones. Escribamos la cifra decimal 0,000005 que es igual a

$$5 \times \frac{1}{10} \times \frac{1}{10} \times \frac{1}{10} \times \frac{1}{10} \times \frac{1}{10} \times \frac{1}{10} = \frac{5}{10^6} = 5 \times 10^{-6}$$

En este caso se pone el signo - porque el 10 aparece repetido en el denominador.

Para que se vea la utilidad de los exponentes negativos, citemos un ejemplo de la f'isica nuclear. El radio de un n'cleo de hidr3geno tiene 10⁻¹³ cent'metros o sea

$$= \frac{1}{10 \text{ seguido de trece ceros}} \text{ cm} = \frac{1}{10^{13}} \text{ cm}$$

cantidad peque'nisima que se ha convenido en llamar fermi en honor del gran f'isico italoamericano Enrico Fermi (1901-1954).

*Notas sobre
las f3rmulas
y signos ma-
tem'ticos*

*Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux,
Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo
Larraín: La subdivisión de la propiedad
rural en Chile en 1919**

LA SOCIEDAD Agronómica de Chile, estudiando los medios de fomentar nuestra producción agrícola, insinuó como el más eficaz la división de la propiedad rural en lotes pequeños, destinados a cultivos intensivos.

Esta iniciativa se ha traducido en dos proyectos de ley, uno presentado a la Cámara de Diputados por la representación conservadora y otro de iniciativa del Ejecutivo, remitido a la misma Cámara con fecha 30 de junio del año en curso.

Coincidiendo ambos proyectos en la idea fundamental, la Comisión tomó el del Ejecutivo como base de estudio, sin perjuicio de considerar detenidamente las modificaciones de detalle que contiene el proyecto de los Diputados.

El proyecto del Ejecutivo consiste en sustancia en una autorización al Presidente de la República para que adquiera por intermedio de la Caja de Crédito Hipotecario, previas propuestas públicas, extensiones de terrenos regados para venderlos en lotes de 5 a 25 hectáreas a los particulares que deseen explotarlos.

Los terrenos se pagarán con el producto de cinco millones de pesos en vales de Tesorería a tres años plazo y con un interés de siete por ciento, o de bonos de la deuda pública por igual suma, con cinco por ciento de interés y uno de amortización.

Los adquirentes deberán pagar al contado el cinco por ciento del precio, y el resto mediante una amortización que se desarrollará en un período que no puede bajar de 30 años ni exceder de 50.

Entre los detalles del proyecto, merece anotarse la disposición que limita las adquisiciones de terrenos a un radio que no puede exceder de 12 kilómetros de las ciudades de Santiago, Talca y Concepción y no más de 4 de la línea férrea entre el pueblo de Llay-Llay y la ciudad de Valparaíso.

La extensión de la propiedad rural a elementos aptos para conservarla y cultivarla debidamente, es entre los problemas relacionados con nuestro desarrollo económico y social, uno de los que merece estudio más detenido, tanto por su complejidad, como por los benéficos resultados que serían consecuencia de su solución acertada.

El éxito de las medidas que se adopten depende, en primer término, de que se basen en un concepto exacto de las condiciones sociológicas que han determinado nuestro actual régimen de propiedad y de las dificultades con que tropieza su modificación.

Esta circunstancia sería suficiente para justificar el propósito de la Comisión de exponer, antes de entrar al estudio de los proyectos mismos, las bases sobre las cuales debe, a su juicio, plantearse el problema de la división de la propiedad. Pero hay otra circunstancia que hace necesaria esta tarea. El preámbulo del pro-

* (Informe presentado a la Asamblea de Agricultores celebrada en Santiago en septiembre de 1919).

yecto de la representación conservadora, es demasiado sucinto y no aborda el fondo del problema: y el mensaje del Ejecutivo contiene una confusión lamentable de hechos y de fenómenos económicos y sociológicos que revelan el más completo desconocimiento, no sólo de nuestra realidad social, sino también de nociones económicas y sociológicas fundamentales.

"Para los que estudian nuestra producción agrícola —dice el mensaje— es un fenómeno casi incomprensible que el país con una superficie cultivable igual a la de Alemania no alcance a alimentar a los 3.789.000 personas que en él habitan, siendo que aquella nación ha podido bastar para 70.000.000. Y buscando explicación al hecho, cree encontrarla en la circunstancia de estar la propiedad agrupada en un corto número de personas. En Alemania hay una propiedad por cada diez habitantes; y en Francia, una por cada siete; entre nosotros hay una por cada 41 habitantes; y puesto que la extensión de uno y otro país no son superiores al nuestro, la causa de su mayor producción, deriva indudablemente de la escasa división de la propiedad en Chile.

En otro terreno, en Nueva Zelandia, que es un país joven como el nuestro, el 75 por ciento de las familias radicadas ahí son propietarias; y se observa en el país un alto grado de bienestar, extendido a todas las capas sociales, y hábitos de vida a la altura de los pueblos más civilizados de Europa. En Chile, donde el número de propietarios es mucho menos "se han creado en el país una relativa prosperidad para una parte pequeña de su población y escasos elementos de bienestar para la gran masa de los habitantes, que no viven en las condiciones normales que el progreso social requiere, ni disfrutan, por consiguiente, de la cuota de felicidad a que son acreedores todos los seres humanos".

Hay en todo esto, al lado de algunas observaciones exactas y de anhelos justificados de progreso social, ingenuidades económicas y sociológicas, que casi no merecen el honor de detenerse en ellas. Pero la afirmación y la repetición acaban por propagar los errores y originar leyes que son un factor de perturbación antes que de mejoramiento social.

Comienza el razonamiento del Ejecutivo por un error geográfico. La relación de la superficie total y la superficie agrícolamente aprovechable de los países varía tanto, que mientras el área encerrada en los límites de Chile es una y media vez la de Francia, la potencia agrícola del territorio chileno, aun supuestos iguales el estado de cultivo y la aptitud económica de la población, apenas llega a la tercera parte de la de Francia.

Prescinde, en seguida, de la posición geográfica de los países que compara, de su proximidad o de su alejamiento de los grandes centros de consumo; y olvida que al paso que hay regiones del globo, como las que cupieron en suerte al Uruguay y a la Argentina, que por su configuración y sus condiciones climáticas, están adaptadas por la naturaleza misma al cultivo, hay otras, como la que a nosotros nos cupo, que sólo llegan a ser productivas mediante obras artificiales de regadío y de desmonte que consumen la laboriosidad tenaz de muchas generaciones.

Continúa luego discurriendo sobre el error económico y sociológico de prescindir de las aptitudes económicas de la población. Si 70.000.000 de alemanes han podido casi alimentarse en 540.000 kilómetros cuadrados relativamente pobres, esta maravilla es el resultado de su laboriosidad, de su frugalidad y de su destreza para obtener del suelo el máximo de su producción y de los productos el máximo de aprovechamiento. Si el tipo de vida social en Nueva Zelandia excede con mucho al nuestro, es sencillamente porque una población europea pura se radicó en un territorio nuevo, excepcionalmente fértil, llevando las aptitudes económicas y los

*El problema
habitacional
en el mundo*

*Aptitudes
económicas
de la
población*

hábitos necesarios para la vida civilizada ya adquiridos y fijados por la herencia en su país de origen. Esta civilización no es hija de la forma de la propiedad, sino que, por el contrario, la forma de la propiedad es reflejo de la uniformidad de civilización en todos los elementos sociales.

Pasando a nuestro país, la debilidad de la producción agrícola es la resultante de todos los factores ya apuntados y de la inferior aptitud económica de la población. Y esta inferioridad no deriva, como cree el mensaje, ni del régimen de propiedad, ni de los obstáculos opuestos por los grandes propietarios al desarrollo de la iniciativa y de las aptitudes del proletariado agrícola. Lo mismo que los hábitos inferiores de vida de que hace caudal, es la consecuencia del retroceso mental producido en Chile, como en toda la América española, por el cruzamiento del conquistador con la raza aborigen, aún muy atrasada en su evolución y por el aislamiento y las condiciones generales de la vida colonial.

Al constituirnos en nación independiente, lo mismo que las demás Repúblicas hispanoamericanas, carecíamos no sólo de la capacidad necesaria para el gobierno democrático, sino también de las aptitudes económicas que hacen posible la vida civilizada de nuestros días. Desde la independencia hasta hoy hemos avanzado mucho.

Basta comparar lo que éramos y lo que producíamos en 1830, con lo que somos y con lo que producimos hoy. Y este avance se ha debido, en parte principal, a la obra civilizadora de los elementos sociales superiores, entre los cuales es menester contar a los propietarios, según el Ejecutivo, causa de la estagnación agrícola y de la atrasada civilización de nuestro pueblo.

A juicio de la Comisión debe apartarse de los propósitos perseguidos con estos proyectos la idea de intensificar y de abaratar la producción agrícola, mediante la división artificial de la propiedad.

Las exageradas expectativas que en otra época se cifraron en la pequeña propiedad, han resultado dementidas por la experiencia. Por una parte los rápidos progresos de la maquinaria moderna, han aprovechado más a la propiedad media y grande que a la pequeña. Por otra parte, se ha visto que los resultados admirables de la pequeña propiedad en algunas regiones de Europa, es la consecuencia, no del régimen, sino de los hábitos y aptitudes del campesino; el fruto de una labor enorme, en la cual participa toda la familia, la mujer, los hijos, durante 12 o más horas del día.

No se puede afirmar hoy que un régimen de propiedad sea preferible a otro, desde el punto de vista de la producción. Depende de la población, de sus aptitudes para la organización del trabajo, de su laboriosidad, de sus hábitos, de las condiciones geológicas y climatéricas del territorio, que lo hacen más apto para determinadas explotaciones agrícolas, y de otros factores que sólo pueden apreciarse con relación a un pueblo dado.

En la generalidad de los países, los tres tipos de propiedad responden a necesidades efectivas de la producción. Cada uno se adapta mejor a ciertos cultivos y presenta inconvenientes para otros.

En cuanto al paralelismo que se creyó advertir entre la división de la propiedad y el aumento de la producción, hay que distinguir si la división es determinada por las necesidades del avance general de la civilización y de las mayores aptitudes económicas de los habitantes, o si es una división artificial que no refleja un aumento de eficiencia económica. En el primer caso, los resultados favorables sobre la producción son manifiestos; en el segundo, son generalmente nulos y hasta suelen ser contraproducentes.

En Chile la experiencia ha confirmado ampliamente estas observaciones de los sociólogos y de los economistas contemporáneos. La división de los latifundios de antaño en predios de 150 a 1.000 hectáreas en la zona regada, determinada por las exigencias del progreso y el desarrollo de las aptitudes económicas, ha sido benéfica para la producción. En cambio, la pequeña propiedad, en las regiones donde se ha constituido espontáneamente, no siempre ha determinado un aumento de la producción con respecto a terrenos de la misma clase explotados por el régimen de la propiedad grande y media.

Igual cosa ha ocurrido con los progresos agrícolas. Ha sido el gran propietario el que ha introducido todos los adelantos en la explotación agrícola. La transformación de los llanos eriazos del centro y centro norte, merced a las grandes obras de riego, y de los bosques impenetrables del sur, en campos de siembra y de pastoreo, ha sido obra suya. El estado de cultivo de los fundos que caen dentro del tipo que la economía política califica de gran propiedad es en líneas generales superior al de la propiedad pequeña.

Nuestra producción agrícola es susceptible de considerable aumento. La acción del Estado tiene en este terreno amplio campo donde desarrollarse. Pero sería un gran error esperar de la división artificial de la propiedad un acrecentamiento que sólo puede alcanzarse mediante estímulos de otro orden, como ser el fomento de las obras de riego, el mejoramiento de las vías de comunicación y de transportes, de la enseñanza agrícola, etc.

La Comisión no espera, pues, de la pequeña propiedad rurales grandes resultados económicos. Pero cree, en cambio, que todos los esfuerzos y sacrificios que haga el Estado para estimular su constitución, están justificados ampliamente por consideraciones de índole económico-social.

La propiedad es uno de los cimientos más sólidos de la estabilidad social.

Multiplicar el número de propietarios, es lastrar a un pueblo, es disminuir las probabilidades de trastornos y aumentar las de un desarrollo ordenado y progresivo. La Comisión está a este respecto en el más completo acuerdo con la representación conservadora y con la parte pertinente del mensaje del Ejecutivo.

Desde este punto de vista, nosotros lo mismo que la generalidad de los pueblos sudamericanos, estamos mal constituidos. Limitándose a la propiedad rural, según la estadística, en Chile existe un fundo por cada 41 habitantes. Habida cuenta de nuestra posición geográfica, de nuestras condiciones geológicas y climáticas, del número y del estado de las vías de comunicación y de la seguridad rural, el proceso de la división de la propiedad no está entre nosotros retrasado con relación a pueblos de igual grado de civilización. Pero la distancia que nos separa de la relación entre el número de propietarios y el de habitantes en las naciones de Europa occidental y central, es todavía considerable. Hemos avanzado bastante, pero no lo suficiente para alcanzar la relación media de los pueblos bien constituidos.

Si el aumento del número de propietarios rurales no hubiera de rendir en Chile más frutos que el de normalizar nuestra estructura social, los esfuerzos y sacrificios que impusiera la tarea de fomentarlo, estarían con exceso compensados.

Pero el fomento eficaz de la pequeña propiedad rural lleva implícita la solución de otros problemas que afectan profundamente nuestro desarrollo económico y social.

La extensión de los beneficios de la propiedad entre los habitantes capacitados para explotarla, es sin duda uno de los medios más eficaces de que podemos disponer para levantar las condiciones de vida de nuestro pueblo. La propiedad moraliza al individuo, contribuye a alejarlo de la disipación y de la embriaguez, a

condición de que se haya despertado en él el espíritu de adquisición y reúna las aptitudes necesarias para su cultivo. Si la propiedad no crea los buenos hábitos y las aptitudes, por lo menos consolida y conserva las que el individuo recibe por herencia o adquiere mediante la educación.

Nuestro pueblo, tan diferente de los europeos en su constitución social, casi carece de clase media. Uno de los problemas que preocupa en estos momentos a la opinión, es la necesidad de estimular el desarrollo de este elemento social, sobre el cual descansa la prosperidad y la solidez de algunas de las naciones que marchan a la cabeza de la civilización. Algunos de los miembros de la Comisión estiman, fundándose en razones sociológicas que no es éste el momento de exponer que la constitución de una clase media análoga a la de Francia es en Chile improbable; pero todos coinciden en que, si este progreso social es posible, la pequeña propiedad es el medio más enérgico para realizarlo.

Queda, todavía, una última consideración que ha pesado fuertemente en el ánimo de la Comisión.

Viene produciéndose desde años atrás una corriente de población, sin retorno, de los campos a la ciudad. Empujada por la inseguridad de la vida, los malos caminos, la falta de servicios médicos y de distracciones y las dificultades para educar la familia, el campesino abandona la vida rural y se concentra en la ciudad. El desdén por el trabajo manual y por la actividad económica en general que determina en el educando la enseñanza primaria y media, en la forma que actualmente se da, ha acentuado en el último tiempo el éxodo de la población rural. El hijo del mayordomo, no aspira a ser administrador, sino preceptor, escribiente y en último extremo, empleado en alguna actividad urbana. El hijo del administrador o del pequeño propietario, desdeña con igual intensidad la explotación agrícola; y aspira a graduarse de dentista, de contador, de profesor de Estado, de arquitecto, etc. El hijo del propietario de 100 o de 200 cuadras no desea ser agricultor más activo, más progresista, y más competente que el padre, y hace de la abogacía, de la medicina, de la ingeniería o de otra profesión liberal, y en su defecto, de los empleos públicos, el norte de su vida.

La concentración urbana determinada por las exigencias del industrialismo, es un fenómeno, cuyas consecuencias desde el punto de vista de la conservación física y moral de la raza, principian a alarmar a los sociólogos, aun en los pueblos de alta civilización.

Entre nosotros, las ventajas económicas de la concentración urbana, no existen por el momento. La población rural atraída a la ciudad por las causas apuntadas, en una proporción que excede las necesidades fabriles y comerciales, en buena parte no encuentra empleo a su actividad, y va a engrosar la enorme masa de parásitos que, como intermediarios inútiles, aspirantes a empleados o simples ociosos, pululan en las ciudades del centro del país. El fenómeno se manifiesta aun en la parte más movizada de nuestra población, el jornalero, siempre dispuesto a acudir allí donde abunda el trabajo. Durante los últimos años ha habido déficit de brazos en los campos y exceso permanente en las ciudades.

En cambio, los inconvenientes desde el punto de vista de la conservación física y moral de la raza, se agravan. Nuestro pueblo, reacio a los hábitos higiénicos que requiere la vida urbana, al agruparse en las ciudades, es víctima de las enfermedades sociales que socavan la vitalidad de nuestra raza. Basta ponerse en contacto con nuestra población rural y urbana para advertir la profunda perturbación moral que experimentan las familias campesinas con la trasplatación artificial a la ciudad.

Ahora bien, la política que persiga la constitución de la pequeña propiedad

rural lleva necesariamente implícita la remoción de las causas que hoy determinan el abandono de los campos. Sería tarea inútil la división de la propiedad, si la inseguridad, la falta de servicios médicos y de escuelas y las sugerencias determinadas por la enseñanza, continúan empujando al campesino hacia la ciudad.

Cualquiera que fuera la extensión que se diera a los ensayos de división que se piensa iniciar, sus resultados quedarían anulados por el proceso en sentido inverso que deriva de las causas apuntadas. Si por cada pequeño propietario que se forme artificialmente, otro abandona o enajena su propiedad para radicarse en la ciudad, el fin perseguido por los proyectos no se realizará jamás.

Más aún, con la experiencia de los ensayos ya realizados, no es aventurado predecir que, si conjuntamente con los nuevos ensayos no se modifican los factores de despoblación rural, los mismos pequeños propietarios, formados por la acción del Estado, a la vuelta de poco tiempo abandonarán, en su mayor parte, la propiedad, originándose un desperdicio de trabajo y de ahorro semejante al que han causado las poblaciones formadas en los alrededores de Santiago.

Pero si la Comisión está de acuerdo con los autores de los proyectos en cuanto a la conveniencia de extender a mayor número de personas la propiedad rural, no participa de la confianza que abrigan en la eficacia de la medida que proponen.

Estima que los fundamentos de nuestro actual régimen de propiedad son demasiado hondos para que pueda modificarlos apreciablemente la adquisición de terrenos destinados a ser vendidos en pequeños lotes con facilidades de pago.

Si el régimen de propiedad que hoy tenemos tuviera fundamento semejante al de Inglaterra, por ejemplo; si fuera el resultado de las trabas opuestas a la libre adquisición de la propiedad por la organización feudal, la constitución de los señoríos o las restricciones en provecho de las familias; si frente a un terrateniente que, por prohibición legal o por las exigencias señoriales, está en la imposibilidad de vender o dividir su propiedad, tuviéramos una población campesina sobria, económica, laboriosa y competente, ávida de ser propietaria, los dos proyectos realizarían ampliamente el fin que persiguen. Para formar la pequeña propiedad, bastaría remover las trabas que impiden la división y adquirir grandes extensiones de terrenos para enajenarlos en lotes pequeños.

Pero el caso nuestro es precisamente lo opuesto. Tenemos el régimen más libre que existe en el mundo en materia de propiedad. Cada individuo vende, compra, divide o agranda su predio, según sus aptitudes, sus gustos y sus recursos, sin más limitación que la indispensable para proteger a los incapaces o asegurar el resultado de las acciones judiciales. Ni siquiera estorban la libre circulación de la propiedad, prejuicios o exigencias nobiliarias o supervivencias de las organizaciones que las vicisitudes históricas de otra época crearon en Europa. En Chile es propietario todo el que desea y es capaz de serlo; y si sólo hay un propietario por cada 41 habitantes, es sencillamente porque de cada 41 habitantes sólo uno tiene el deseo y la capacidad necesaria para serlo. El número de propietarios está limitado por las aptitudes económicas y no por las restricciones artificiales hijas de la legislación o de supervivencias del espíritu señorial.

Es éste un hecho que se advierte desde el primer momento cuando se estudia la estructura de nuestra propiedad rural. La legislación civil estimula la división de la propiedad; de hecho se dividen no sólo los predios grandes sino los de mediana extensión; pero se observa que, mientras la división en lotes grandes se conserva, los lotes pequeños se reúnen de nuevo en una sola mano o sirven de asiento a una población ociosa, reacia a todo progreso. Experiencia que demuestra en forma irredargüible, que mientras la división de los latifundios en grandes propieda-

des responde a una necesidad de nuestras actuales aptitudes económicas, el fraccionamiento de la propiedad grande y media en pequeña, las excede. Otra observación no menos concluyente: los administradores, mayordomos, medieros y aun los inquilinos sobrios y laboriosos de los grandes fundos, tienen facilidades para invertir sus ahorros o en pequeñas propiedades rurales o en casas o sitios en los pueblos vecinos. Sin disputa son los elementos más capacitados agrícolamente de nuestro pueblo, puesto que han recibido la influencia de contacto de agricultores más inteligentes y más instruidos. Son ellos mismos una selección demostrada por el hecho de haber reunido un capital con su esfuerzo. Y sin embargo, atraídos por el incentivo del pueblo o por su género de actividad que se amolda más con sus gustos y con sus aptitudes, prefieren edificar o comprar casas, para convertirse en despacheros y más comúnmente en taberneros. Los pocos que adquieren predios rurales, salvo raros casos, despliegan en su cultivo una actividad y una competencia muy inferiores a las que desplegaban bajo la dirección del patrón.

El problema de la pequeña propiedad es, pues, entre nosotros un problema de capacitación económica, o sea de desarrollo del espíritu de adquisición, de formación de los hábitos de trabajo, de sobriedad y de economía inteligente en general y de vocación y competencia agrícola en especial.

Es éste un hecho capital, en el cual no han reparado los proyectos que penden de la consideración de la Cámara. Desconocerlo o no atribuirle toda la trascendencia que tiene, importa el fracaso anticipado de la política que se desea iniciar y la pérdida de esfuerzos y de recursos sustraídos a otras necesidades sociales.

Pasando ahora al estudio de las medidas legislativas o gubernamentales, la Comisión cree que la constitución de la pequeña propiedad sólo puede alcanzarse entre nosotros mediante una política desarrollada con perseverancia y firmeza en un largo período. El régimen de propiedad, como todos los fenómenos que reflejan el estado social, no es susceptible de ser modificado por leyes o por decretos aislados.

En el conjunto de medidas que sería necesario arbitrar, deben ocupar lugar preferente las que se refieren a la seguridad rural, al mejoramiento de las vías de comunicación, al desarrollo de las instituciones de crédito rural, de la asociación y de las cooperativas, al servicio médico, a los establecimientos de enseñanza y en general a extender, dentro de lo posible, a los campos las comodidades y atractivos de la vida urbana.

Pero estas mejoras en las condiciones de nuestra vida rural, para que contribuyan eficazmente a la formación de la pequeña propiedad, necesitan ser acompañadas con un cambio de dirección en nuestra enseñanza primaria y secundaria. Necesitamos adaptarnos a la necesidad de llenar nuestros defectos de aptitudes económicas; cambiar su índole literaria y científica en una preparación para la vida práctica. Es particularmente importante crear en el niño la vocación económica, que no recibe de la familia ni del medio precisamente por el mismo atraso de nuestra psicología económica. Para formar agricultores emprendedores y progresistas, para tener pequeños propietarios laboriosos, sobrios y económicos, lo primero es despertar el gusto por el campo, por las labores agrícolas y por el tipo de vida que esta rama de la actividad hace ineludible. Esta tarea presupone la formación del maestro en las escuelas normales y en el Instituto Pedagógico dentro de un ambiente y de un concepto de su misión muy diverso al que hoy impera.

Atribuye la Comisión tal importancia a este cambio de espíritu en nuestra enseñanza general que estima que, sin él, cuanto esfuerzo se haga por desarrollar nuestra eficiencia económica, resultará ineficaz. Mientras la enseñanza siga apartando al niño de la actividad productora con las sugerencias de índole científica y literaria que determina, poco podrán las medidas de fomento agrícolas en gene-

ral y de fomento de la pequeña propiedad en especial. Para ser propietario se necesita la voluntad y la capacidad de serlo, y nuestra enseñanza va hoy contra uno y otro requisito.

La modificación del espíritu de nuestra enseñanza, debe completarse con algunas innovaciones que harían más eficaz su influencia. Sin el ánimo de entrar al estudio minucioso de ellas, la Comisión cree oportuno insinuar algunas de las más necesarias.

Entre ellas se cuenta la enseñanza de nociones de agricultura seguida de alguna práctica agrícola, en las escuelas rurales. Por elementales que fueran las nociones y limitados los trabajos prácticos, contribuirían a despertar en el niño la vocación agrícola. Esta innovación supone naturalmente una preparación especial del maestro que se haría obligatoria en las escuelas normales, para todos los preceptores destinados a regentar escuelas rurales en las regiones agrícolas del país o en los pequeños pueblos enclavados en ellas.

*Enseñanza
de nociones
de agricul-
tura*

Otro de los complementos indispensables es el mejoramiento de la enseñanza agrícola especial. Necesitamos aumentar el número y la eficiencia de los institutos y escuelas de agricultura; adaptar más la indole de su enseñanza a las peculiaridades de la agricultura en nuestro país, a los hábitos de la población y a las necesidades actuales de nuestra economía. Anexo a las escuelas podrían desarrollarse, por vía de extensión, cursos especiales para pequeños propietarios, para chacareros y para otros gremios de agricultura, cuyo funcionamiento encontraría, sin duda, facilidades de parte de los propietarios progresistas de las diversas localidades.

Resumiendo el resultado de su estudio, la Comisión ha arribado a las conclusiones siguientes:

1^ª Que debe desecharse la idea de aumentar y abaratar nuestra producción mediante el fraccionamiento artificial de la propiedad. La división de la propiedad es la resultante y no la causa del aumento de la eficiencia productora del campesino, como se creía un siglo atrás.

2^ª Que, en cambio, el aumento del número de propietarios rurales responde a la necesidad de modificar nuestra peligrosa estructura social y al mejoramiento de las condiciones de vida material y moral de nuestro pueblo.

3^ª Que siendo el régimen actual de propiedad el resultado de la ausencia en la masa de nuestra población de las aptitudes necesarias para la propiedad y no de trabas artificiales opuestas a la libre división y transferencia, sólo podrá modificarse eficaz y ventajosamente desarrollando la capacidad económica en general y la agrícola en especial.

4^ª Que siendo, en consecuencia, la pequeña propiedad en Chile un problema de capacitación económica, o sea, de desarrollo del espíritu de adquisición, de formación de los hábitos de trabajo, de sobriedad y de economía inteligente, en general, y de vocación y de competencia agrícola en especial, el arbitrio propuesto por el Ejecutivo, o sea la adquisición de terrenos para venderlos en pequeños lotes con facilidades de pago, no puede dar resultados eficaces, como ya lo ha demostrado la experiencia.

5^ª Que la división de la propiedad debe buscarse por los medios indirectos de que se ha hecho caudal en el informe, o sean:

a) La remoción de las causas que hoy determinan el abandono de los campos, la inseguridad rural, la deficiencia de las vías de comunicación, las dificultades

para la educación de la familia, la falta de servicios médicos y de las comodidades y distracciones de la ciudad, etc.;

b) El cambio del espíritu de nuestra enseñanza primaria y secundaria y su adaptación a la necesidad de suplir nuestros defectos de aptitudes económicas, creando en el niño, si no la competencia técnica, que no es de su incumbencia, la vocación económica y la agrícola en especial;

c) La reforma y la extensión de la enseñanza agrícola;

d) El fomento del crédito agrario;

e) El desarrollo del espíritu de asociación y de la cooperación entre los pequeños agricultores.

La Comisión deplora que el Ejecutivo, al plantear un problema tan interesante como el de la constitución de la pequeña propiedad, se haya limitado a proponer un arbitrio que aisladamente no puede ser de gran eficacia. Pero ya que se desea repetir el ensayo de Graneros, es conveniente que se tengan en cuenta algunas observaciones sugeridas por el conocimiento práctico del país y la experiencia del ensayo anterior.

La determinación de iniciar el ensayo en terrenos que no disten más de 12 kilómetros de las ciudades de Santiago, Talca y Concepción y 4 kilómetros de la línea férrea entre Llay-Llay y Valparaíso, es feliz. Tratándose de pequeñas propiedades destinadas a cultivos intensivos, la proximidad a los grandes centros de consumo se impone.

La cabida asignada a las hijuelas en el proyecto del Ejecutivo (5 a 25 hectáreas) es preferible a la asignada en el proyecto de los Diputados. La mayor elasticidad permite la radicación en la colonia agrícola de elementos más cultos y de mayor iniciativa.

Conviene tener presente la circunstancia de que la división del terreno en pequeños lotes destinados principalmente al cultivo de chacarería y de hortalizas, exige un consumo de agua bastante mayor que el normal dentro de la explotación agrícola corriente. Las colonias necesitan, en consecuencia, terrenos abundantemente regados.

Es preferible elevar la cuota del precio que debe cubrirse al contado al 25 por ciento, propuesto en el proyecto de los Diputados. Esto importa, en la generalidad de los casos, una selección de los adquirentes y una probabilidad más de éxito.

Conviene concentrar en la administración todos los servicios, a fin de no recargar con gastos excesivos el establecimiento de la colonia. A ella se le podría confiar la sucursal de la Caja de Ahorros, el reparto de las aguas y otras funciones compatibles con el puesto.

La enseñanza agrícola por medio de cursos prácticos, adaptados al género de explotación que se desea desarrollar, es no sólo útil, sino que de ella depende la vida misma de la colonia. Si se lograra organizar estos cursos con un personal inteligente y de sentido práctico bastante desvuelto, las probabilidades de éxito aumentarían considerablemente.

La dificultad en que está el Gobierno de vigilar el funcionamiento de las colonias, se puede obviar confiándolo a una junta, compuesta del Intendente o Gobernador respectivo y de seis vecinos escogidos entre los agricultores más progresistas de la localidad. Esta junta podría vigilar al administrador e imprimir a los cursos el rumbo práctico de que carece nuestra enseñanza agrícola en general.

*Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira, Raimundo Larrain*¹.

Los señores Francisco A. Encina, que fue el redactor de este informe, y Guillermo Subercaseaux, le agregaron, después de firmarlo, la siguiente reserva:

Creemos un deber manifestar nuestras dudas respecto al éxito del proyecto. Las tierras recargadas en su valor por cierros, caminos y construcciones hechas en la forma proyectada, resultarán seguramente caras. Sería necesario que los colonos fueran agricultores y hortelanos de extraordinaria competencia, de gran fuerza de trabajo, muy sobrios y económicos para que, venciendo las dificultades que han de presentárseles, hagan producir a la tierra lo suficiente para pagar el valor de una propiedad que adeudan por completo, más los intereses que se estipulen, que seguramente no han de bajar del 6 por ciento, y para vivir con sus familias en medianas condiciones. Esto en el supuesto de eximirlos de toda contribución fiscal y municipal. En la práctica no será tan fácil encontrar esta clase de supercolonos y, en consecuencia, los que entren en la empresa correrán el riesgo de encontrarse al poco tiempo aplastados bajo el peso de los compromisos contraídos. *Guillermo Subercaseaux, F. A. Encina.*

Hilda Ortiz Veas: Contribución al estudio del Surrealismo en Chile

EL MARTES 12 de julio de 1938, suben a la tribuna de la sala de conferencias de la Universidad de Chile tres jóvenes escritores chilenos: Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez Correa. Van a leer manifiestos anunciando la aparición en el país de un movimiento poético designado con el nombre de *Mandrágora*. Leen también poemas de un nuevo estilo, y como han hecho circular previamente un programa anunciando el acto, en el que intercalan textos de esta novísima poesía, la sala se ve colmada por un público pocas veces visto en actos literarios, y que concurre a una *première* internacional poética. Es una lluviosa tarde de julio, y los espectadores llenan los dos pisos de la sala de conferencias.

En Santiago se combate ideológicamente sobre la revolución española, sobre el amenazante rumbo bélico de la política europea y sobre el advenimiento electoral del Frente Popular.

Esta atmósfera de fiebre colectiva comunica a la reunión del grupo *Mandrágora* un fervor nuevo, nunca entrevisto antes en nuestro medio literario.

Sin embargo, la posición asumida por estos tres jóvenes poetas chilenos no es política, sino poética. Dicen que es necesario que la poesía, es decir, aquella que brota en estado puro desde las profundidades de la conciencia humana tiene que ser reconocida, tiene que ser aceptada en un pie de igualdad que todas las manifestaciones de la realidad.

Tres son los textos capitales de este enunciado: *La transmisión del pensamiento* de Braulio Arenas, *Notas sobre la poesía negra en Chile*, de Enrique Gómez Correa —ambos publicados en el número 3 de la revista "Mandrágora" (1940)—, y *El surrealismo, pensamiento concreto*, de Teófilo Cid. Asimismo el primer número de esa revista se abre sobre el manifiesto leído por Arenas en la Universidad, en la citada reunión: *Mandrágora, poesía negra*, el que daremos a conocer en su totalidad, movidos por la razón de que la revista "Mandrágora", de pequeño tiraje, es una publicación prácticamente inencontrable, de tal modo que su consulta —una afirmación válida para todas las publicaciones del grupo surrealista chileno— es siempre sumamente difícil:

"La libertad —siendo nuestro único dominante poético—, gravita con feroz censura por encima de nuestros actos, sin interesarse por la comprobación de una conciencia demasiado finalista o excluyente. Quizás nosotros podemos tener la noción del espacio recorrido en una breve certidumbre de la poesía, si cerrando los ojos retrocedemos al mundo regular de las encantaciones alucinantes, para recoger ahí —con miradas ávidas de misterio—, las manifestaciones transitivas de su realidad. Y si fuera posible cerrar los ojos, con la misma resolución con que se toma un útil de labranza o un cuaderno, se pisaría la tierra firme por primera vez o se escribiría directamente del natural. Estos ejercicios ópticos, que en

cierto modo pueden evitar la pereza o el hambre, sirven para correr por un rayo de luz con afán retrospectivo. Entonces, ya no se sabe si se escribe o si se mira, dejando a la mano el cuidado de reproducir un informe ajeno, pero que nos pertenece. Casi seguramente estos informes pertenecen al género de los trasposos obligatorios, al cambio de una vida por otra. El hombre, entonces, o el poeta, se ve en la necesidad de ser dirigido, de ser absorbido, de ser inspirado por un representante suyo que actúa desde su propio interior".

Braulio Arenas, ya desde el comienzo de su artículo, *Mandrágora, poesía negra*, plantea el problema de la libertad como base de la poesía. Esta libertad, que no se interesa "por la comprobación de una conciencia demasiado finalista o excluyente", permitirá al poeta ingresar al mundo de las encantaciones alucinantes y transcribir ese mundo como si se escribiera directamente del natural. La libertad, pues, no sólo le permite un libre tránsito por el exterior, sino, además, le franquea el paso hacia el interior de sus pensamientos. Los pensamientos poéticos, en el mundo de las encantaciones alucinantes, son recogidos por el poeta en su estado más puro, de imágenes recién brotadas, y transcritas por él como un *informe ajeno*, debido a la extrañeza del texto revelado. Sin embargo, este informe le pertenece con entera propiedad. La inspiración del poeta, la inspiración absoluta agreguemos, la inspiración libre de toda traba, le ha revelado su doble identidad: la del hombre diurno y cotidiano, expuesto a todas las contingencias de la vida, y también la de un ser, que es él mismo, pero que actúa desde su propio interior, dirigiéndole, absorbiéndole e inspirándole. Gracias a este mensaje revelado de la poesía, el poeta se crea una más rica conciencia, una entidad total y reunida de su propio ser.

"Y es, sin embargo, por intermedio de semejante servidumbre poética que se trata de adivinar, de soñar o de escribir lo que se ha soñado, lo que se ha adivinado. El hombre, con desesperación, planea su propia fuga y, de semejante tensión de sus sentidos, deliberada o inconscientemente, nace la llama arrebatadora del dictado profético, es decir, la poesía. Donde se ve solamente el desborde de la naturaleza interior del hombre, o donde se habla de desarraigados internacionales, yo amo a los que el tormento de un enigma obligó a preferir las encantaciones, la poesía o el sobrenatural terror, como medios simples para conseguir arribar a los primeros atisbos de su verdadero ser. Más allá de eso existe el límite infranqueable del silencio y la palabra".

Completa Arenas su postulado anterior, afirmando que la aparente servidumbre poética, la de escribir un poema guiado solamente por nuestra realidad interior, ofrece al poeta ricas y múltiples posibilidades, entre ellas la de dar paso a "la llama arrebatadora del dictado profético". Por esos años el poeta tiene muy presente esta relación de la poesía con el vaticinio, y más adelante dirá: "He aquí una estrella boreal y un demonio tóxico que tratan de fusionarse, de mirar al pasado y al porvenir con la boca llena de profecías. Es la fábula constante de Tiresias". Volviendo a la primera afirmación, Braulio Arenas piensa que el mundo ve en los poetas surrealistas seres desbordados por la naturaleza interior, cuando no desarraigados "internacionales". El, en cambio, los observa como los depositarios del enigma, como los que han franqueado ese límite entre el silencio opresor de la realidad y la palabra libertadora de la poesía. Es a estos hombres videntes que Arenas se dirige, dándoles cuenta de la aparición de la mandrágora:

"Es para ustedes entonces —verdaderos camaradas situados en el nudo de las antinomias precisas de realidad y poesía—, y casi yo puedo agregar que está por

ustedes, los que sobreviven, realizada una de las primeras ideas que haya ambicionado yo: la de desenterrar con el propio esfuerzo, con la propia imaginación, esa ave marina; esa planta nupcial que da la muerte al que se apodera de ella; la fascinante hada de los suburbios; la que canta canciones de infancia a la puerta de los prostíbulos y al pie de las horcas; y que sin embargo sabe, con un gesto, apartar esa mediocre realidad que la rodea, para dar la vida, la poesía y el amor a los que cojan con verdadera desesperación frenética un útil de labranzas o un cuaderno para arrancarla o describirla; y es con ustedes que puedo exhibir y hacer girar —riesgo y fascinación aparte— esa planta nupcial, símbolo eterno de la poesía negra, la planta de la mandrágora”.

A continuación B. Arenas hace un acto de fe poético, eligiendo para ello el símbolo siempre tan querido de la luz:

“Arriba de nosotros sólo reluce esa lámpara ferozmente defensiva, cuya eterna coloración obliga a los ojos a contemplar una quimera proporcionada por sus rayos —quimera que para nosotros es la realidad—, una última manifestación de vida —vida que para nosotros es el primer fulgor—, un fenómeno de orden alucinatorio que no deja en paz ninguna de nuestras pasiones. Es ella la luz sin descanso de la poesía. Yo amo entrar a la zona de semejante paraíso, llevado por el imán que se orienta desde mi sueño hasta los aún inexplorados centros de sus capas más profundas. Un determinado sueño no podría sino favorecer las altas conquistas de lo irreal desperdiciadas hasta ahora”.

“Que el impulso de la sumersión en el hondo sueño sea la voz de partida, la voz de alarma. Ahí nuestra vida se desarrollará en una vuelta a través de una estatua, de un árbol inmenso. Hemos perdido el hilo conductor, el cuerpo auditivo, en la misma puerta de entrada. Sin provisiones, con sed y hambre moral, se recorre el desierto donde los camellos petrificados huelen a la distancia los horizontes sin aduar, sin oasis. Esas figuras privadamente amorosas, que nosotros vemos huir a cada corriente del agua, pueden ser reproducidas si nos albergamos provisoriamente en cualquier castillo errante. El sentido físico de la inestabilidad no es, por cierto, aquel que nos domina cuando intentamos la empresa poética de recoger algunos albos de esa luz irreconocible”.

Si en el párrafo anterior ha señalado al sueño como raíz originaria de poesía, en éste indicará el furor, y más adelante el terror —no precisamente en un sentido aristotélico— como raíz siempre constante de la poesía:

“Para referirse a la poesía es necesario que se apodere de nosotros ese furor sagrado inaprehensible por la memoria. Esto es lo que la hace ser dueña de un campo más ilimitado que los de la realidad. (Yo confieso que semejante afirmación no contradice la tesis dialéctica que yo defenderé siempre, la que se refiere a la primacía de la materia sobre el pensamiento). Por esa razón, coloco en primer término, y como base de su sustento no menos evidente, el sentimiento de vida y muerte; el terror cósmico de la imaginación; el impulso instintivo de cortar los puentes; y la obediencia ciega a la ley del desierto dictada por uno mismo. Y aunque si ni siquiera ella mereciera ser acatada, bien la podemos soportar por ser la única traída desde el país de origen. Es el destierro la no menos frecuente de las agonías, de las contiendas. Y si yo defiendo la validez del terror como sentido poético, es porque él nos permite vivir en pánico, es decir, vivir alerta, vivir despierto, vivir acechando lo desconocido a cada segundo”.

Y ahora el poeta antepone a la realidad otros conceptos: la profecía, el placer, la imaginación, la irrealidad misma, la magia, la pureza, el terror. Braulio Arenas

intenta un proceso a la realidad entera, es decir, a la realidad convencional, que no intenta asimilar esos y otros estados del alma humana, dejándolos vagar por una zona indeterminada, como si no fueran atributos de la realidad. Así, pues, no es tanto contra la realidad que el movimiento Mandrágora va a ensayar su puntería, sino en contra de esa parcelación antojadiza de ella que se ha pretendido establecer. Nos parecerá inútil insistir que estos principios aparentemente ajenos a la contingencia real se han ido asimilando lentamente a ella, gracias a los trabajos en el campo científico y en el campo humanístico. La moderna psicología, los trabajos del psicoanálisis, la teoría de la dialéctica materialista, el mundo de la física contemporánea, así como el universo de la poesía, ven en la realidad una sola entidad, una única estructura.

"Un aglutinante margen de realidad devora al misterio en lucha constante. He aquí una estrella boreal y un demonio tóxico que tratan de fusionarse, de mirar al pasado y al porvenir con la boca llena de profecías. Es la fábula constante de Tiresias. La poesía es nictálope, ya se recuerda. El placer entra en ella por derecho propio, y la menor valla puede aumentar su poder destructor.

La simple noción de semejante realidad hace retroceder al hombre hacia los ocultos sentidos de los fenómenos irreales. Un día, esta perpetua oscilación de los caracteres de la vida habrá de llegar a su punto de máxima ruptura, y se luchará dentro y fuera del organismo humano, como en una suerte de reflejo sobrenatural. Hasta ahora fracasaron ruidosamente las conciliaciones. Se volverá, pues, a elegir los nombres vanamente queridos y aborrecibles de poesía, libertad, unidad y placer, dándoseles otros significados, es decir, una clasificación verdadera. La conciencia no firmará ya nunca esos decretos de su capricho y de su tiranía. Y si aun se tratara de caprichos o movimientos inesperados de la razón, se podría ver ahí una suerte de inesperada renuncia. Pero no siendo el gran juego, para la realidad, otra cosa sino la orden imperativa, la adulteración y la masacre de la imaginación, se habrá de aceptar combatirla incluso con las armas que están a su servicio. Contraviniendo el principio matemático se puede afirmar que "la poesía pesa más que la memoria que desaloja".

Esta afirmación será un principio largamente sostenido por el autor y en su *Discurso del gran poder* lo reiterará varias veces.

"Pero la irrealidad, la magia, la pureza, el placer, la poesía, el terror, la libertad, la vida y la muerte, deben permanecer como enigmas constantes propuestos a los hombres. Que vuestra mano de medianoche tome convulsamente el lápiz veloz y no haya alivio para vuestros sentidos durante esa faena manual de la poesía. Que unas alas arrebaten vuestras espaldas, que unas huellas se apoderen de vuestros pies, y que el fuego incendie la epidermis de azufre del corazón para dejaros en una libertad interior. Suponed que todo ha terminado ya, y que en un páramo de hielos se alza, de improviso, la imagen acusadora de vosotros, en toda su desnudez, con sus horribles quimeras, con su pasado de ángel y demonio fugaces, con todo el fuego y todo el arco iris en la superficie. Aun en la soledad se temblaría, hombres. Aun en la opinión del hielo se buscaría una censura. Pero el poeta trabaja ahí, sitiado por el hielo y el fuego, con sus instintos de especie, con sus visiones sobrenaturales y afrodisíacas. Tanto a siglos de trabajo congelado le dieron la orientación y la videncia. Con regularidad caen sobre él las fuerzas desarraigadas del universo, pero él eligió la peor parte. Que vuestro lápiz corra por el pergamino del cerebro —un puño golpea en él con desesperada mudez. Nada importa que vuestra poesía sea el vocabulario del durmiente. He aquí el terror, la muerte por asfixia, la mujer amarrada a los cuatro horizontes y desgarrada físicamente. He aquí el nombre repentino de *poesía* con su fugacidad des-

garrante. Ella es *negra* como la noche, como la memoria, como el placer, como el terror, como la libertad, como la imaginación, como el instinto, como la belleza, como el conocimiento, como el automatismo, como la evidencia, como la nostalgia, como la nieve, como la capital, como la unidad, como el árbol, como la vida, como el relámpago.

Esa mujer que se desprende de la poesía, como una pluma del ala de una gaviota, cae al océano con apresurada serenidad, recorre los bajos fondos submarinos en afanosos trajín, y vuelve a la ribera convertida en la estatua de las alucinaciones.

Busquemos en su aire, en su luz, que el placer propaga como el más absorbente de los cielos, como el imán del terror. La posibilidad de los instintos que brotan puramente de su tierra de origen, se engrandece en esta libertad única. Seguramente la efervescente daga de la irrealidad, que recorre en implacable vigilancia las venas de los hombres, fue orientada a los centros nerviosos para exasperarlos y hacerlos tenderse con miradas y oídos activos, en un trabajo de compensación, donde se cambia terror por amor, sangre por poesía.

Un semejante grado de voluntad sin voluntad, una resolución franca y feroz, que arrastra todas las leyes convencionales de los hombres y anula éstas de la naturaleza, lleva a la poesía negra a su más alto límite, donde lo moral y lo inmoral, el crimen y la vida honesta, son palabras sin ideas, juego eterno, dualismo tenebroso y automatismo sin control. La vida misma se sale de la estatua que le asignaron por residencia, y vuela quemando las fronteras de la razón, en un viaje ciego pero alucinatorio, llevando tras sí a un muñeco de huesos y carne que nada sabía de la faz esotérica del subconsciente. Es un viaje de encantos que, afortunadamente, dura todavía. Esa guerra civil interior, en la que los vencidos vencen, rechaza los armisticios".

Braulio Arenas intenta una definición del principio del terror poético, materia que será una constante para su poesía de esos años, hasta 1944, aproximadamente, así como le sirvió de estímulo para su novela *El castillo de Perth*, y para múltiples pasajes de sus otros textos en prosa:

"He hablado cinco o seis veces aquí del terror. Si se pretendiera escribir un poema bajo su imperativo es necesario, durante el transcurso que dure su escritura, tener presente la definición de él: 'El terror es el sentimiento instintivo del hombre, que le empuja a buscar —alejándose de toda preocupación inmediata— la raíz genética de su destino en las fuentes secretas del subconsciente, y encontrar ahí, valiéndose del hilo conductor de la poesía, la relación estrecha entre su vida y los fenómenos del sueño, de la videncia, de la locura, etc., que se escapan a un control diario, empleando para ello, como *soluciones poéticas*, todos los recursos que tenga a su alcance, como ser el delirio, el automatismo, el amor, el azar, el crimen, y, en general, todos los actos sancionados por la ley, por la medicina y por la religión'.

El terror puede convertirse en un simple hecho anecdótico, más natural que la quema de un árbol por el rayo, si los hombres pretenden erigirle en símbolo de encrucijada diurna. Es preciso resguardarle de esas ficciones que son finalidades demasiado útiles o atrayentes. Se le prefiere, cuando dotado de los bebedizos sentidos del subconsciente, de los lapsus, de la maravilla, de la libertad, de la justicia, de la moral, de la subversión, se transforma en el ropaje más sensible, más ner-

vioso, más alucinante, tanto que nos es imposible desvestirnos de él, sin ponernos al desnudo completo, sin que haya la menor epidermis por defensa. No es el descanso después de la pelea, como se comprenderá. Antes bien, es necesario paralizar las cascadas para no aprovecharse de la electricidad por segunda vez, sacudir nuestro cuerpo hasta la náusea para que vuelen todos los pájaros anunciadores. *Adentro se sangra con trabajo*, he dicho en otra parte¹. El hombre perdido, deslumbrado, desterrado del paraíso (¿de qué paraíso?), proscrito por sus semejantes, llegado al punto de fusión de la muerte y de la poesía, no repara en medios para seguir adelante. Es la aparición de un espectro en la vía pública. Arriba de nosotros ya no relampaguea esa lámpara ferozmente defensiva de las dudas terrenas. Yo juro que esto se hace por necesidad”.

Braulio Arenas ve en el surrealismo un antecedente de la poesía negra proclamada en este primer manifiesto de Mandrágora, y termina su interesante texto buscando una firme anejiación entre la poesía y el sueño:

“Es fácil poner en evidencia los antecedentes de la poesía negra, si miramos hacia los fenómenos del surrealismo, el único enunciado que haya tenido hasta hoy la fuerza capaz de asimilar todas las manifestaciones del inconsciente, y rendir al hombre un servicio liberador.

¿Ese estímulo, ese sonar de llaves, no es lo que me convence ahora que nada me está prohibido, y me permite esperar todo de un mundo de grandes reparaciones?

Del misterio, que es al desorden lo que es el sol a una mancha de tinta, el surrealismo extrae la resolución de las antinomias del sueño y la vida, del terror y el placer. Pues, por mucho que hasta ahora se haya pretendido afianzar un sueño en la vida, dándole patente de transeúnte, siempre su acento será extranjero y su mirada será de recién llegado a una playa desconocida. Todos los bellos intereses de la realidad estarán en peligro —cuando hubiera sido tan simple una coordinación de ellos—, y en oposición a los del sueño.

Entonces, ¿de dónde proviene esa necesidad de hacer coincidir los pasos de la vida con las huellas de lo que se cree ser, equivocadamente por cierto, una falsa memoria? ¿Quién es el que duda de sus propias armas y da ventajas a las ajenas? Por supuesto que no es el sueño, ni la poesía negra, quienes, desinteresadamente, se han prestado para que se los convierta en símbolos de un símbolo, ni tampoco han permitido un empleo deformante de ellos. “Aun en la realidad yo prefiero caer”, asegura con toda oportunidad André Breton.

Sí, caer de un sueño a otro y otro, como por una suerte de caja de repetición, para encontrar en el fondo de ella —envueltas en telas negras y que son sin embargo fosforescentes— una pequeña planta nupcial, mandrágora mía”.

En líneas generales, en este manifiesto quedan planteados los conceptos básicos que servirán para la plataforma de lanzamiento del grupo. Dos son las ideas centrales que surgen de su lectura: la poesía debe llegar hasta las fuentes más secretas que generan el pensamiento y el lenguaje lírico, y buscar en esa raíz primera el documento y el testimonio de su existencia. Para llegar hasta esas fuentes, el poeta deberá convertirse en un elemento receptivo, consiguiendo un estado semejante al que nos somete el terror, cuando vacía nuestro cerebro hasta dejarlo en blanco. El fenómeno de la inspiración es pariente directo de la videncia,

¹En su breve prosa poética “Para memoria”, en *Poemas 1934-1959*.

y tiende a unificar las más contradictorias manifestaciones de nuestro ser. No interesa que el texto sea comprensible o no, sea o no poético, esté bien o mal escrito. La otra idea se refiere a la crítica de la realidad vigente, la que no considera como una realidad tangible o válida los estados del sueño, del delirio o de la locura. Los integrantes del grupo Mandrágora pretenden, por lo tanto, no desinteresarse por la realidad, sino incorporar a ella los personajes creados por la locura, el delirio o el sueño, incorporando, además, los textos que logren delinear a dichos personajes.

Buscan en el surrealismo una línea coincidente de acción poética. El surrealismo les ofrece su experiencia ya vivida, y creen los mandragoristas que la poesía negra, es decir, una poesía que baje hasta los sótanos del alma, vivificará su plenitud y su exaltación de videntes.

Eligen, para establecer esta coincidencia entre su poesía y las tinieblas de la realidad que la envuelven, el nombre de una raíz de antigua y famosa leyenda: *la mandrágora*. Esta planta crece al pie de los patibulos y desenterrarla es un verdadero proceso de iniciación mágica.

Esta raíz es blanca si es hombre, negra si es mujer. Poesía negra, mandrágora negra, he aquí el símbolo de la mujer y de la poesía dándonos, en su reunión, el contenido de una nueva forma de belleza: la belleza delirante, la belleza que vuela por la cabeza inspirada del poeta, la belleza que aparece y desaparece al menor capricho del amor, del sueño, de la locura.

La trayectoria del movimiento Mandrágora dura en nuestro país desde 1938, con la lectura de manifiestos y poemas en la Universidad de Chile el 12 de julio, hasta septiembre de 1941, mes en que se publica el último número de "Mandrágora". Tardíamente, en 1943, Gómez Correa agregó un séptimo número ocupado enteramente por un artículo suyo: *Testimonios de un poeta negro*. Pero sea cual fuere el año de iniciación de Mandrágora y sea cual fuere el año oficial de su término, la jornada realizada por estos poetas chilenos tuvo un alcance verdaderamente importante para las letras patrias, pues incorporaron a ellas un nuevo temblor poético.

Además de Arenas, Cid y Gómez Correa ya nombrados, participa desde el primer momento en el grupo un joven poeta, Jorge Cáceres, de diez y seis años en 1938 y muerto a muy temprana edad, en 1949. Ese año 38 fue presentado a Braulio por Gonzalo Rojas en los patios del Internado Nacional Barros Arana. Cáceres publicó varios pequeños libros: *René o la mecánica celeste*, *Pasada libre*, *Monumento a los pájaros* (en homenaje al título de Max Ernst) y *Por el camino de la gran pirámide polar*.

Sus amigos del grupo Mandrágora acostumbran a leer con verdadera emoción el *Collage* suyo, publicado en el número 1 de "Mandrágora":

*A la llegada de los pájaros ellas son víctimas del sol
ese sol que tú respetas sol de la costa*

*Que yo no he sabido gobernar
Vedme aquí junto a la llama*

*La llama de juego de tempestad
Donde se miran las arcillas lamparistas.*

*Estar entre las fieras de gritos de nieve
 Ellas me saludan
 Ellas son la llegada del océano de un gran día
 El más bello y el más orgulloso pájaro de uvas.*

Otros poetas chilenos que colaboran en "Mandrágora", aunque en forma tangencial, es decir, sin hacerse uña y carne de su doctrina, son Gonzalo Rojas (*La miseria del hombre*), Fernando Onfray (*Trillada fábula en pro de la abolición del colmillo*), Gustavo Ossorio (*Presencia y memoria*), el pintor Eugenio Vidaurrázaga, Mario Urzúa, el músico Renato Jara, Alejandro Gaete y Mario Medina. También en los primeros números se publican poemas de Vicente Huidobro.

Volveremos a los textos capitales para el conocimiento de Mandrágora, aparte del ya analizado de Braulio Arenas. Estos se recogen en el número 3 de la revista y son de Braulio Arenas, Enrique Gómez y Teófilo Cid.

El de Braulio Arenas se intitula *El pensamiento transmitido* y en algunas de sus partes dice así:

"El azar, en cuanto signifique la liberación, para no decir la emancipación total de la poesía, puede ser estudiado, antes que nada, en sus relaciones con la voluntad del hombre, y comprobar que de este choque de intereses, lo insólito, lo gratuito y lo maravilloso, salen fortificados. Pero el hombre desperdicia vanamente esas conquistas experimentales, sin pretender asociarlas al mundo particular que le rodea. El prefiere seguir un rumbo rutinario y, enardecido por las dificultades que a cada paso le solicitan, trata de explicarlas como debilidades suyas. Y es, sin embargo, sobre este desperdicio de energías, sobre este sobrante de los impulsos anímicos, que nosotros queremos insistir para extraer algunas experiencias útiles a nuestra empresa poética.

Así, pues, casi por una dialéctica sutil, se ofrece una nueva forma de oposición y de separación entre los intereses del hombre y de la poesía. Sin embargo, esta última necesita expresarse aunque sea en contra del mismo generador. En las horas en que la dictadura del espíritu parece triunfante, al poner una mordaza sobre el pensamiento, ésta se escurre latentemente por la mano que escribe sobre un papel, produciendo fortuitamente, una distensión de las ideas en un texto cualquiera y marcando su paso por breves períodos de frases, las que, sin el menor arreglo posterior de la memoria, pueden conducirnos a establecer fidedignamente aquello que para nosotros constituye la materia principal de toda observación poética: el azar como fuente imaginativo de lo real".

Interrumpimos el contexto para señalar cómo Arenas, en 1940, se mantiene fiel a su declaración formulada en el texto anterior (1938). Esta fidelidad a su pensamiento, va a apoyarse, casi a la letra, en el párrafo siguiente, en el que nuevamente insiste sobre la necesidad de unidad total del ser humano, y conferirle a esa parte nuestra, que parece alejarse de nosotros mismos durante la inspiración poética, la misma realidad, y concediendo, por lo tanto, la máxima creencia a esos documentos de la poesía automática:

"Se trata, pues, de restablecer un texto dictado por un representante nuestro que actúa desde la posición más extrema, desde la imaginación, desde el delirio, o desde el mismo azar. Puede objetarse, seguramente, que esta suerte de dictado no puede ofrecer sino un escaso interés, ya que este ser interviene desde una posición sobrenatural o artificial, es decir, falsa. Pero a esto podría explicarse que nosotros aceptamos la denominación de sobrenatural y maravilloso sólo en cuanto

esto nos fortifica en la creencia de que estos elementos, mal estudiados hasta el momento, tienen la validez de los objetos incorporados a una vida *real* desde el mismo momento que una convención semántica dio origen a estas palabras. Exigimos, pues, que ellas sean tomadas en cuenta, así como podrían serlo (y esto lo proponemos con la esperanza anticipada de no ser aceptados) aquellas emanaciones que un fuerte delirio hace brotar de un cerebro, o aquellas figuras que, en el sueño, se desenvuelven con tanta perfección natural.

Darle la importancia que estos términos se merecen ya significaría que se está dispuesto a llevar adelante la encuesta —sobre cuya puesta en marcha nosotros hemos insistido demasiado quizás— que se refiere a una aclaración definitiva a propósito de la separación antagónica y tan especial del bien y el mal, de la razón y la locura, etc., divisiones totalmente absurdas, sobre las cuales estamos dispuestos a mostrarnos intransigentes en su mayor grado y sobre las cuales hacemos recaer, en gran parte, la responsabilidad de la actual descomposición que gobierna al mundo, tanto en el campo social, como político y religioso, y cuyo origen hay que buscarlo en la arbitraria dualidad del destino humano.

Como demostración de lo expuesto anteriormente podríamos asegurar que en poesía nadie sabe para quien escribe. Esta afirmación ha sido la base de todas nuestras búsquedas durante los últimos años, atribuyéndole una importancia decisiva para la solución de los trabajos a que nos hemos dedicado.

Todos los descubrimientos de ella, toda su bella actividad mental, para la cual estaba dotada, no ha tenido otro valor para el hombre que el de hacerla ver como un refugio hacia el cual se precipitaba con ciega obstinación.

La poesía, con desinterés, actúa sobre el poeta, y éste, inconscientemente se ve forzado a elegir su propio camino, su propia salida. Esto mismo podría formularse a través de las contradicciones de un ser (el poeta) que hace un llamado a todas las fuerzas desencadenadas que le obligan a manifestarse, para saber, precisamente, si estas fuerzas corresponden a la voluntad de un dominador cruel. O si son únicamente la proyección de la realidad suya”.

Otra vez plantea el interrogante de si es el mismo ser (el poeta) quien es el dueño de la anotación de su propio documento poético, o si es este mismo ser, desprendido del control de la conciencia, el que va formando un fantasma suyo, hasta ahora separado del poeta, pero inseparable suyo. Así, pues, “nadie sabe para quien escribe” significaría: ignoramos esta dualidad humana en el instante de escribir, y pasivamente permitimos que un representante nuestro se desprenda de nuestra inspiración. Lo urgente, por tanto, es volver a reintegrarnos en poesía, ser uno el que escribe y para quien escribe.

“Hombres, para quienes un interrogante preciso es tan necesario como su respiración, se preparan, en virtud de haber formulado ese interrogante, a ser la presa de sus revelaciones. Pero esto que podría significar un acto pasivo a los ojos de los demás, es de la mayor fuerza siempre que sea evidente que un poeta a lo que se destina es a resolver un dilema de orden esencialmente dialéctico, al admitir, como primera condición, la afirmativa que la poesía es una verdad polémica, lo que hace suponer necesariamente la intervención de dos interlocutores, la del poeta y la de un ser que le reemplaza allí donde los sentidos del hombre no alcanzan a llegar. Este ser informa al primero, le guía, le alimenta, le hace vivir, amar, respirar y soñar, le pervierte y le contradice. El hombre defiende su propio postulado terrestre, pero es el mundo quien se alza con horror cuando le ve llegar a un acuerdo con

ese representante tenebroso y a admitir como exactos todos los problemas derivados de ese conocimiento.

La idea anterior se torna más y más evidente en el párrafo transcrito. El hombre, en la poesía, forma un todo con ese representante suyo, con ese representante que tiene la facultad de escurrirse hasta las profundidades de su alma, y que es el mismo hombre, el mismo ser, el mismo poeta. Braulio Arenas, por lo demás, ha puesto en acción a este personaje, en *La idea fija* y en *El ersatz*. Incluso este nombre de *ersatz* es muy significativo, si consideramos que podemos traducirlo por *sustituto*, *representante*. No abandonará el poeta esta idea, y al *ersatz* agregará el *horla* (título de una obra de Maupassant), personaje misterioso que parece ser la emanación del mismo autor francés, y que Arenas hará fluctuar como leit motiv de su artículo: *Bajo el signo del amor* (1948).

"Sin embargo son estos problemas "malditos" los que marcan la mayor fuerza de oposición y de libertad frente al hombre voluntariamente encadenado, como otro Ubu. (*Ubu* es el nombre de un personaje de Alfred Jarry). El poeta, entonces, elige su propia liberación mediante cualquier extremo, mediante cualquier palabra.

Pero las palabras, así como las ideas, no nacen solas sino que acompañadas de su contradictor, de su muerte. Aunque la poesía se expresa sin testigos (siendo ella misma un testigo), un desprendimiento, una emanación extraordinaria se produce físicamente en el poeta, quien, de pronto, como si una revelación maravillárale, como si un éxtasis le sobrecogiera, mira con ojos lúcidos, que muy poco le pertenecen, y que cada vez más van acentuando su poder emancipador, en una especie de acto —por parte del poeta— de entrega de armas, de vela de armas, frente a lo que él considera legítimo, seductor y maravilloso.

Esto no podría tener otra idea para su explicación que la imagen que algunos sueños proporcionan, en los que una mujer desprendida como una pluma del cuerpo de una gaviota (referencia a Beatriz, heroína del "*El castillo de Perth*") intenta desviar y dirigir el sueño. Estas imágenes del sueño tiene la validez del estado de maravilla frente a lo que el poeta admite como su realidad, la que se traduce en el estado de furor frente a la vida opaca. Este furor ha primado a lo largo de toda la poesía, y durará hasta que la oposición del mundo haya sido superada. El furor es una forma de conocimiento o de protesta.

El furor poético, que ha tenido su origen en la destrucción de los testigos, siempre para la validez de la poesía, ha sido el más exigente adversario del mundo podrido que le rodea, llegando a buscar las formas de la política revolucionaria para hacer más inmediato su ataque".

Ya en su manifiesto de 1938 Braulio Arenas había tenido ocasión de referirse al furor poético. Este furor ahora lo expresa más taxativamente, pensando que a través de él la poesía, para transformar la sociedad, puede aliarse a las formas de la política revolucionaria.

"Aparte de esto, es inútil pretender que la única manifestación de este conocimiento sea, siempre en su expresión poética, el lenguaje escrito. También (y así es a menudo), el hombre que no puede mantener en su cerebro la saturación de los elementos dispersos que le solicitan y que constituyen para él el centro de toda poesía, se siente impulsado a recurrir al lenguaje verbal, a los actos espontáneos, a miles de formas de aprehensión *real* de ellos, para formularlos según el grado de intensidad que alcancen. La muerte, el crimen, el suicidio, el sueño, el amor, el placer, la locura, la fuga, la revolución, el automatismo, el trasplante, la moral, no son vanos antecedentes para su búsqueda.

Ellos le permiten operar en un universo desconocido, donde las fuerzas instintivas no tiene que capitular frente a la realidad, donde los fenómenos que de ellos se derivan se desenvuelven ahí con precisión.

Estas ideas básicas para todo conocimiento de la poesía, puesta ella en su punto alto donde se la admite con amor o se la rechaza con violencia, casi no necesitan defenderse, aunque ya el simple hecho de ponerlas en circulación obliga al mundo a arrojar fuera de su seno a los hombres que las mantienen.

El hombre libre, el hombre que piensa poéticamente, es para la sociedad actual, por su inconformidad y su crítica adversa, el más latente de todos sus problemas, pues él plantea la investigación sincera del bien y el mal, de la virtud y el crimen, colocándose, por esto solo, automáticamente al margen de toda ley. Frente a ellos el mundo trata de vencerlos, con la adulación y la masacre.

Pero en la ilegalidad poética, que es donde nosotros trabajamos, todo es allí natural, alucinante y perfecto.

Las posibilidades de la poesía en ese terreno son numerosas. Ella debe obrar con el máximo poder subversivo, echando mano de todos los recursos para conseguir poner orden y vida sobre el mundo —sobre lo que nosotros creemos que es el mundo. Por esta razón, es con necesidad que debemos entrar a este presente, tomando para nosotros la tarea de su descubrimiento, de las maneras de vencerle y de las consecuencias que comporta, el abrir las puertas a esos elementos del terror y de la poesía”.

Todos estos puntos de vista aquí señalados, los ha hecho suyos el movimiento Mandrágora, y Braulio Arenas intenta a continuación una sistematización de sus esfuerzos:

“Necesitamos, por lo tanto, volver a exponer todos estos principios libertadores que, en una forma u otra, se han expresado por la boca del grupo de la Mandrágora. Este grupo, cuya actividad creadora se manifiesta históricamente desde 1935, ha creído oportuno sistematizar aquí sus postulados que hasta ahora corrían dispersos en folletos y revistas. Ellos son de índole poética, por coincidencia de pensamiento de sus autores... La poesía, en su carácter de relacionadora del ser con el mundo vuelve, por lo tanto a interesar a determinados hombres, los que, agrupados en torno de cierto programa realmente investigador, la anteponen como una protesta a un mundo que se organiza de la manera más detestable.

Por lo tanto, no creo que sea justo el reproche que se nos formula con respecto a la unilateralidad de nuestro grupo. Nacido él bajo el signo de la vida, debe aceptarla con todas sus transformaciones y todas sus consecuencias. Profundamente revolucionario (idea y acción que nosotros queremos reivindicar en toda su pureza) se ha preocupado de estudiar la forma en que se pueda hacer más certero y definitivo su ataque a la actual sociedad capitalista, encontrándola en las grandes disciplinas del marxismo y del materialismo dialéctico, a las cuales el grupo de la Mandrágora prestará siempre su más inquebrantable adhesión...

Digamos que el grupo Mandrágora tiene un lugar en la historia de nuestra literatura, y un lugar destacadísimo, por la obra poética creadora de sus componentes, así como por la introducción de ideas esencialmente revolucionarias en el campo de la poesía. Esta declaración de Arenas en torno al marxismo y al materialismo dialéctico no tendrá ninguna consecuencia en su actividad específicamente lírica. Asimismo, no encontramos resabios marxistas en las tareas del grupo mismo, salvo una enfática declaración aparecida en el número 6 de la revista “Mandrágora”, en torno a la invasión de la Unión Soviética por las tropas hitlerianas (1941).

“... Se nos podrá objetar que nosotros queremos circunscribir el alcance de la poesía a un triste rol documental, habiéndonos refugiados ahí nuestra propia in-

capacidad para expresarnos en otra forma. Pero están los trabajos de todos mis amigos de la Mandrágora para responder. Aún más, sin ánimo de entrar a polemizar con los que de esta manera nos tachen, diremos que acumular antecedentes sobre las propias experiencias poéticas ha sido una de las principales tareas a que todo verdadero poeta está destinado.

Hemos creído oportuno dedicar perseverantemente todos estos años a resolver y superar en nosotros todas las trabas con que la actual mentalidad burguesa pretende detener la marcha del pensamiento transmitido, del pensamiento liberador. Conseguido esto (y una vez más será necesario consignar que nuestro grupo de la Mandrágora jamás ha puesto su tónica en el éxito o en el fracaso como entidad), no nos queda sino apresurarnos a examinar otras materias derivadas de este problema que nos preocupa".

Hasta aquí las palabras de Braulio Arenas.

Examinemos ahora, brevemente, la actividad del grupo desde su fundación.

Nacido en 1938 a la luz pública —a raíz de la lectura del manifiesto de Arenas y de poemas suyos, de Cid y Gómez Correa en la Universidad de Chile—, publicaron un folleto con tres poemas. El de nuestro autor es *La noche representativa*, que volverá a reimprimirse en su primer libro, *El mundo y su doble* (1940), y corregido en la segunda edición de 1963. En diciembre de ese año 1938, el grupo publica el primer número de la revista "Mandrágora", con el manifiesto ya examinado de B. Arenas, poemas de Vicente Huidobro, Jorge Cáceres, Teófilo Cid; textos traducidos de Alfred Jarry (*La queja de la mandrágora*), Jerónimo Cardan, Hölderlin más un artículo, "Intervención de la poesía", de Gómez Correa.

También se hace crítica a los libros: *Sátiro*, de Vicente Huidobro; *Cours naturel*, de Paul Eluard; *L'amour fou*, de André Breton; y *Antología del verdadero cuento en Chile*, de Miguel Serrano.

Completa el número una *Loa*, de Pedro Calderón de la Barca, de asombrosas analogías con el *Soneto de las vocales*, de Rimbaud, y una página de acerba crítica a la Alianza de Intelectuales y a la Cooperación Intelectual.

En 1939 Arenas, Cid y Gómez Correa ocupan el Salón de Honor de la Universidad de Chile para contestar las afirmaciones de Raúl González Tuñón, escritor argentino. Interviene, además, Eduardo Anguita. Violentas contramanifestaciones de Miguel Serrano y de miembros de la Alianza de Intelectuales dan un dramatismo inusitado al acto. Las conferencias de los tres mandragoristas se publican en la revista "Multitud" y luego en separata con el título de "Defensa de la poesía". Se agrega a este folleto una hoja volante, "Defensa de la mandrágora", de extrema violencia, en respuesta a los ataques que habían sufrido los escritores del grupo.

Ese mismo año aparece el número dos de la revista, a la que se agregan, a las colaboraciones de los poetas antes nombrados, traducciones de Jacques Rigaut; *Lord Patchogue*, de Swift, y un texto de André Breton y Paul Eluard extraído de *L'immaculée conception*. El carácter pronunciadamente sexual de este texto, así como las citas del libro *L'amour et la mémoire*, de Dalí, que hace Jorge Cáceres, motivan un apasionado artículo en "Las Últimas Noticias" hecho por Raúl Cuevas.

Este artículo, así como otro de Ramón Gómez de la Serna, de ataque a los surrealistas europeos, aparecido en la "Revista Nacional de Cultura", de Venezuela, es respondido por Mandrágora, en el número 3 de la revista (junio de 1940). Este número agrupa el artículo de Arenas, que comentamos; otro de Gómez Correa, que veremos a continuación: "Fátima o el affaire del paraíso", de Teófilo Cid; más poemas de Jorge Cáceres, Vicente Huidobro, Mario Urzúa, Gonzalo Rojas y Fernando Onfray.

En julio de 1940, Arenas, Gómez Correa, Onfray y Urzúa interrumpen un acto

en homenaje a Pablo Neruda en la Universidad de Chile, y publican ese mismo mes el cuarto número de "Mandrágora" con el detalle de los incidentes.

Aparece el libro de Braulio Arenas, *El mundo y su doble* (terminado de imprimir el 2 de abril de 1940), y el libro de Enrique Gómez Correa: *Las hijas de la memoria*.

Asimismo, los mandrágoras publican un folleto con poemas: *Ximena*. Las poesías son de Arenas (*En el mejor de los mundos*), de Cáceres, de Cid y de Gómez Correa.

El número de diciembre de la revista "Atenea" publica la primera parte de *Gehenna*, cuya segunda, y última, había aparecido en la antología de Serrano.

Al año siguiente, junio de 1941, se publica el número 5 de "Mandrágora", y en septiembre, el número 6.

Aparecen nuevos libros de miembros del grupo: *Pasada libre*, de Jorge Cáceres; *La mujer mnemotécnica*, de Braulio Arenas, y *Trillada fábula en pro de la abolición del colmillo*, de Fernando Onfray (con tres collages de Braulio Arenas).

Don Gabriel Amunátegui, director de la Biblioteca Nacional, les concede a Arenas y a Cáceres una sala del establecimiento para que inauguren su exposición surrealista. La exposición permanece abierta desde el 22 al 31 de diciembre de 1941, y es visitada por miles de personas. Esta concurrencia era atraída por la novedad de los cuadros expuestos y por el carácter insólito de la experiencia surrealista. Se puede decir, verdaderamente, que tal acto constituyó una manifestación de masas, muy dentro del espíritu que animaba a sus realizadores.

El folleto con el catálogo de la exposición, contenía un artículo de Arenas: "Vida del surrealismo", otro de Gómez Correa: "La poesía negra y el collage", más dos ilustraciones de los exponentes.

El diario "El Siglo" publicó un suelto de prensa: "Surrealismo provinciano", que fue contestado por Arenas y Cáceres en una hoja volante: "El surrealismo internacional".

En 1942 Arenas recibe una carta de Benjamín Péret invitando al grupo a colaborar en la revista internacional del surrealismo, "vVV" (La triple v) que se edita en Nueva York. Arenas escribe una larga carta a André Breton, dando cuenta de la actividad del grupo Mandrágora.

Pero ya en septiembre de 1941, en el número 6 de "Mandrágora", Braulio Arenas anunciaba la publicación de una nueva revista: "Leit motiv", más fundamentalmente surrealista, cuyos alcances, por lo tanto, escapan a esta reseña de la actividad del grupo mandragórico.

Si se piensa en nuestro medio tan reducido literariamente, y tan particularmente circunspeto, el dinamismo de este grupo tuvo necesariamente que producir el asombro de un aerolito caído en tierra, con salvaje energía. Ya no se trataba del manifiesto "agu" de Alberto Rojas Giménez, o las simpáticas imágenes del runrunismo. Lo que traían estos poetas mandragóricos era la tela de juicio misma de la poesía en nuestra lengua, un fuego sagrado de poesía y una búsqueda ansiosa de un destino para la libertad, el sueño, el placer, la memoria, el automatismo, la poesía y el amor.

Escuchemos a Teófilo Cid:

"Yo sé, por eso, que para cada uno de los miembros del grupo surrealista en Chile el año 1938 es un año de gracia, donde se vuelven a encontrar las verdaderas conexiones con un entusiasmo que el mundo, en medio de la amenaza de la guerra, de la miseria o del derrumbe moral de los partidos revolucionarios, se niega a

ofrecer en otra parte o en otro lugar cualquiera de la tierra. Un viento seco de agrio desencanto cruza el planeta...

...Mandrógora constituyó, de acuerdo con la humorística expresión de Enrique Gómez Correa, *una camisa de once varas* para cada uno de sus componentes; pesó sobre ellos y dio a sus vidas el sello de un real espaldarazo. No tiene, pues, nada de extraño que en muchos de ellos el fuego de la poesía, al consumirse, los haya consumido a ellos también. No olvidemos que Breton decía: "La imaginación acompaña al hombre hasta sus veinte años...".

¡Imaginación, tú sigues cautivándome como en esos días de los veinte años cuando Braulio Arenas, Jorge Cáceres y yo, concebíamos el primer número de Mandrógora! ¡Yo sé que tú eres el reloj de arena que hay que dar vuelta cada cierto tiempo para que no interrumpa sus solemne y simple funcionamiento! ¡Yo sé que tú no perdonas a los que viven del poncif, ni amas que te repitan! Fue así como Mandrógora marcó indeleblemente a la gente del grupo con un signo de misterio, soledad o poesía. Zafarse de esa camisa de once varas, de ese clandestinaje poético, era tan difícil como empujar la roca de Sísifo.

Y más adelante, agrega:

"(Mandrógora) era, y me apena decirlo, más que nada y sobre toda otra definición, un grupo poético. Y tan lo fue, que muchos cuervos fueron allí a adornarse con vistosas plumas ajenas que ahora lucen en el boudoir de los burgueses. Como confesión personal, debo agregar que el día en que me convencí que los primitivos ideales del grupo se habían transformado en una propugnación poética frente a la de otros señores sin interés que en este país escriben versos, desde ese momento mismo abandoné Mandrógora a su suerte. No dudo que ésta habrá de suministrarle suficiente cabida en los textos literarios del porvenir. Personalmente, la literatura me parece condenable cuando no la asiste un auténtico deseo de perturbación, de frenesí o, como dijera Breton, en forma luminosa, de convulsión. "La belleza será convulsiva o no será".

Teófilo Cid ha escrito su artículo, "El surrealismo, pensamiento concreto", del cual hemos extraído las anteriores citas, en el catálogo de la Galería Dédalo, presentado la exposición internacional del surrealismo en 1948.

Volveremos ahora brevemente al artículo de Enrique Gómez Correa ("Mandrógora", núm. 3, junio de 1940). Con éste, con los anteriores párrafos de Cid y con los dos artículos de Arenas, tendremos un valioso cuadro de la exposición teórica del movimiento Mandrógora. El texto de Gómez Correa se intitula "Notas sobre la poesía negra en Chile":

"...En Chile, como en toda América, el problema de la tradición poética, adquiere caracteres desconocidos para las nuevas generaciones de occidente. Ellas, allá, han tenido algo en contra de lo cual lanzar gritos de protesta. En cambio, las generaciones americanas del presente, poco o nada hemos tenido hacia donde dirigir nuestra vista, en el sentido de una cultura autóctona. Dejando de lado la ilusoria gritería de algunos americanistas de segundo orden, durante los siglos anteriores, merecen sólo destacarse los nombres de Edgar A. Poe y bajo ciertas reservas y en otro sentido, los de Rubén Darío y Walt Whitman. (Naturalmente que excluyo el caso de Isidore Ducasse, cuyo nacimiento fortuito en tierras americanas, no modifican en manera alguna la índole de estas apreciaciones). Lo demás, falso clasicismo, falso romanticismo, academismo sin remedio...

...Yo amo a los que cegados por la cólera disparan a las cuatro direcciones. A los que de algún modo, y sin reservas de ninguna especie, lanzan el rayo fulminador contra el enemigo que se aproxima o que se escabulle en la sombra de su propia

infamia. Yo no me quedaré al lado de los pacíficos, al lado del animal doméstico, cuya disgregación en el mundo perturba la respiración de mis pestañas. Yo salto por una cadena de peligros, me siento, grito, respiro a grandes trancos, le arranco los cabellos a la noche.

...Es así como la trayectoria de la poesía es más o menos la misma, dentro de todos los países de América. Chile no logra tampoco escapar a esta generalización. Su siglo XIX y todo el tiempo hacia atrás, es realmente pobre. Es sólo a partir del presente siglo, cuando han empezado a formarse ciertos valores de alguna relativa significación, y cuya influencia, en un sector del público, ha logrado rebasar las fronteras nacionales. El juego sigue adelante, y mientras los más se ahogan en un mar de calumnias y de pequeñas discusiones de café, una parte de la juventud intelectual se levanta, desvinculada en forma absoluta de estos valores, no obstante los innumerables recursos agotados para hacerlos figurar bajo la sombra de ellos. Sus cabezas de *maestros* quedan repentinamente flotando en el aire. Esta desvinculación no ha podido ser sino una consecuencia lógica de las posiciones adoptadas por estos *maestros*, ya que unos —tal vez los de mayor valor— han dado una representación unilateral del mundo, mostrándolo únicamente en el aspecto afirmativo, bueno, blanco, en el sentido convencional vigente. Los otros, se han ahogado en un verbalismo ignorante y desenfrenado, o se han entregado en forma miserable a las exigencias de un público imbécil...

Hemos venido citando latamente esta documentación porque no es fácil encontrarla y la misma circulación de las publicaciones mandragóricas fue limitada a un escaso tiraje.

El grupo hizo definitivamente crisis al término de 1941 y en 1942, Arenas y Cáceres se situaron en la línea de un surrealismo ortodoxo, más y más comprometido con el pensamiento de Breton: es el momento de "Leit motiv", revista de mucho menos impacto en el ámbito poético chileno.

Situada históricamente la fecha de nacimiento y dispersión del grupo, se nos da justo en el breve período del gobierno de Aguirre Cerda, pues surgió a mediados del 38 y se disoció el 41.

Arenas sigue escribiendo con su fertilidad de siempre. Publica textos del surrealismo en ediciones minoritarias. Estamos en la segunda guerra mundial. Hasta 1945 sólo ha realizado un viaje a Buenos Aires con un año de permanencia allí, sin que le haya sido posible dirigirse a Europa por las dificultades inherentes al proceso bélico, lo que implica una restricción a su propio desarrollo. Tal vez, si hubiera podido alternar en París con los poetas y pintores del surrealismo, habría dado una nueva dimensión a lo suyo.

El 22 de noviembre de 1948, Arenas y Cáceres realizan una exposición internacional surrealista en la Sala Dédalo de Santiago de Chile. Publican un hermoso folleto con textos de distintos escritores, en el que sobresale un poema de André Breton casi desconocido. Es un canto intensísimo de amor a Chile en los ojos de Elisa, su mujer chilena, que conociera en Nueva York en 1944:

EL MENOR RESCATE

al país de Elisa

*Tú que roes la hoja más fragante del atlas
Chile*

Oruga de mariposa lunar¹

Tú cuya estructura total se desposa

Con la tierna cicatriz de la ruptura entre la luna y la tierra²

Chile de las nieves

Como las sábanas que una hermosa mujer echa hacia atrás al levantarse

He descubierto en un relámpago

Lo que eternamente a ti me predestina

Chile

Con la luna en séptima casa en mi tema astral

Veo a la Venus del Sur

Que nace no ya de la espuma del mar

Sino de una ola de azurita en Chuquicamata

Chile

Con aretes araucanos en pozos de luna

Tú que das a las mujeres los ojos de bruma más hermosos

Adornados con una pluma de cóndor

Chile

Y nada mejor se podría decir de la mirada de los Andes

Afina el órgano de mi corazón con las estridencias de los esbeltos veleros de estalactita

Que van al Cabo de Hornos

Chile

De pie sobre un espejo

Entrégame lo que sólo ella posee

La brizna de mimosa que todavía en el ámbar se estremece

Chile de cateadores

País de mi amor

Las dos notas del poema pertenecen a Breton:

En 1948 muere Huidobro, y Arenas es estremecido hasta la raíz, como todos los jóvenes de la proximidad del gran poeta. La relación entre ambos fue siempre de la mayor altura, pues aunque Arenas y los jóvenes de Mandrágora, no compartían los postulados creacionistas, respetaban y valoraban en lo justo la libertad que el gran Vicente le diera a la imagen poética. La larga vida compartida (visita casi diaria, discusiones incesantes, colaboración en las mismas revistas, vacaciones en la costa), hizo dramático este desprendimiento. De todo lo escrito a la muerte de Huidobro nos queda en *Luz adjunta* (1950) de Braulio Arenas, un documento humano de gran altura elegiaca.

El año 1952 es de intensa importancia literaria. Además de publicar el *Discurso del gran poder* (escrito en 1945), aparecen *El pensamiento transmitido* y *La gran*

¹Se trata de una gran mariposa color verde almendra, cuyo cuerpo termina en llave de sol, y que vive de noche. Antes de dirigirme a América no la conocía. Poco después de mi llegada me visitó en una casa en medio de la selva. Su aparición y su insistencia me parecieron augurales.

²Los geólogos han descubierto un hecho adicional que suministra un sólido fundamento a la hipótesis de que la cuenca del Pacífico es realmente el agujero dejado en la superficie de la tierra por la separación de su satélite. (George Gamow: *Biografía de la tierra*).

vida. No nos detendremos en los dos últimos títulos. Libros breves que mantienen sostenidamente la calidad poética de su autor.

Discurso del gran poder es uno de los mejores documentos poéticos de Arenas. La hondura de ese testimonio humano movió fuertemente a la crítica nacional Hernán del Solar ("La Nación", 13 de julio de 1961) describe la estructura del poema y lo enjuicia así: "No obstante, todo lo dicho brota de repente para que aparezca no dicho nunca. El poeta enumera entonces lo que va apareciendo —tan viejo, con siglos a la espalda— y le da una respiración joven, un latido nuevo, para que todo sea como el primer sueño que nace, como la primera esperanza, la primera amargura, la vida original que todavía no tiene conciencia de sí y ha de encontrarla en la palpitación de sus entrañas".

La segunda edición de este "paralelístico y acumulativo poema", como lo definió acertadamente Cedomil Goić, ("La Unión", Valparaíso, domingo 10 de julio de 1960) apareció en 1961, en Ediciones Revista Atenea, con una advertencia preliminar de su autor en que explica la técnica que usó en la composición de tan extenso poema. La mayoría de los críticos se valió posteriormente de esta aclaración. Es lo que hace al comienzo de su artículo Héctor Burgos Stone:

"En su advertencia preliminar del *Discurso del gran poder*, Braulio Arenas señala lo siguiente:

'El poema fue concebido según la técnica de "Las doce palabras redobladas", conjuro popular chileno (Ramón A. Laval: *Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916), común a la mayoría de los pueblos europeos, y conocido en España con el nombre de "Las doce palabras torneadas" (Sergio Hernández de Soto: *Juegos infantiles de Extremadura*). El ejemplo señalado por el señor Laval es el siguiente: "Una es una, y siempre la Virgen pura. Dos son las tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles y Jerusalén. Una es una, y siempre la Virgen pura. Tres son tres, las tres Marías. Dos son las tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles y Jerusalén. Una es una, y siempre la Virgen pura"... Y así sucesivamente hasta completar las doce palabras'.

Y agrega Stone más adelante: "...Luego se puede apreciar una razón de ser en tal estructura. El poema se desarrolla creando un climax de encantamiento, en que la forma ritual arcaica adquiere contornos de gran proceso de entroncamiento de culturas. Pero la forma tradicional no es tomada como un molde, en el cual se pudiera verter un contenido modernista; no es tampoco quebrantada por la substancia poética, sobrenadando sus trozos como una costra inútil. Por el contrario, ella es conservada con ternura, o con una ternura irónica, traspasada y sobrepasada por el ímpetu verbal demoníaco, del logos superrealista. ("Atenea", abril-junio de 1961).

El joven escritor peruano José Miguel Oviedo publicó en "El Comercio", de Lima, febrero de 1962, un calibrado estudio crítico que tituló "El mundo irracional de Braulio Arenas": "*Discurso del gran poder* es un canto único, continuo, perpetuo al amor, a un amor abstracto, casi totalitario". Después de esta presentación enjuicia el poema:

"No hay un rostro de mujer, una concreción sensual, individualizada: toda la alabanza erótica se hace en el plano de la contemplación alucinada o ebria, que va discerniendo maravillosas luces, criaturas encantadas, formas que se disuelven o se contradicen como imposibles fuegos artificiales. El amor, para Arenas, es un gran poder que cubre las cosas con una fuerza transfiguradora"...

Habría que agregar que el despliegue monótono de las imágenes, que se enriquecen a medida que se avanza en el poema con el silencio propio de los actos mágicos rituales, está cristalizado en dos símbolos que aparecen como los sumos sacerdotes de toda la composición: la lámpara y el espejo. Son ellos los dos grandes

testigos del juego poético que se desarrolla en torno al "gran poder". El oleaje rítmico del poema, que se ensombrece y lentifica a medida que se acerca a su consagración final, va perfilando cada vez más el sentido de estos dos elementos que se repiten junto a los otros que entran en el ritornello del consabido conjuro estructural de las doce palabras.

No haremos un análisis estilístico, ni nos detendremos a pormenorizar en el usual sistema de las disecciones escuetas que gastan todo su tiempo en contar y recontar adjetivos, imágenes y símbolos, entre otras cosas que se someten a los moldes estadísticos.

La obra se nos da como conjunto armónico, como ser viviente. El elemento "lámpara" inicia el poema con su sentido natural, como sucederá cuando una palabra es usada por vez primera en un contexto:

*La lámpara
enloquecida por el texto de la luz
para hacerse ya más denso de sentido en la reiteración
La lámpara
a la que el texto de la sombra ha roto en mil fragmento de alba
deja escapar palabras alquimistas*

El juego luz-sombra, enigma-revelación, está planteado. La lámpara no sólo está "enloquecida por el texto de la luz", sino rota en "mil fragmentos de alba", en mil fragmentos de claridad, en mil revelaciones. Está rota por el "texto de la sombra", ha sido rota desde la sombra, por lo oscuro, lo desconocido, lo misterioso. Esta 'segunda lámpara' "deja escapar palabras alquimistas". Ya se vislumbra aquí el sentido que irá adquiriendo a lo largo del contexto.

Debemos hacer un alcance: este poema, a pesar de su método reiterativo, pudo haber sido más corto. Pero su autor lo escribió concediendo más importancia al mecanismo del pensamiento poético, que al sentido de la palabra en sí.

A medida que los elementos se reiteran se van purificando. El que nos preocupa no queda enteramente mostrado como el impulso creador, la inspiración, el soplo de lo desconocido, sino en la última parte del texto:

*Siempre
una vez más
la última
adiós mi lámpara
te petrificas te desprendes de este discurso que para ti fue dicho
que te iluminó cuando tú lo iluminaste
anda a decir por mí las palabras que escribí bajo tu luz
el mensaje del amor el gran poder
.....*

Se ha cantado al amor: el gran poder, bajo el signo de esta lámpara, de este soplo sordo y confuso, desde cuya penumbra ha nacido siempre el fulgor de la palabra.

El proceso se repite en el símbolo "espejo", que nos es presentado con más intensidad desde el comienzo:

*El espejo es espejo en cuanto mundo
así como el mundo es mundo en cuanto espejo*

Este "espejo", este cristal azogado que deja pasar imperturbable y friamente las imágenes del mundo, se nos va perfilando como el tiempo al cual el poeta pide eternidad:

*Una vez más
la última
adiós mi espejo ustorio
espejo que siempre reflejas la juventud
que das al amor tu azogue a manos llenas
guarda de mi el recuerdo de mi imagen
para que alguien sepa después que yo he vivido*

Posteriormente, en 1955, nuestro poeta se traslada a México en compañía de Eduardo Anguita, el fundador de "David". Anguita cumple allí una misión diplomática. Ambos participan activamente en el ámbito poético mexicano: publican en diarios como "El Universal" y "Novedades", y revistas como "Cuadernos Americanos"; dan recitales con textos de su producción y conferencias en la Universidad Nacional Autónoma y en el Palacio de Bellas Artes; profundizan un trato crítico y a veces polémico con escritores del país, especialmente con Octavio Paz, coetáneo de ambos. En efecto, mientras Arenas nace en 1913 y Anguita en 1916, Paz es de 1914. Por otra parte la experiencia de los tres, en el proceso de su formación poética, es muy semejante. También debemos recordar la amistad de Arenas con Leonora Carrington, estrella del surrealismo residente en México.

Ese mismo año 1955, Arenas escribe *Versión definitiva* que aparecerá en 1956, donde sobresalen *El puente* —pieza antológica extraordinaria— y *México adiós*, poema dedicado a Octavio Paz.

En 1957 publica con Enrique Gómez Correa, *El AGC de la Mandrágora*. Esta sigla alude a los apellidos de Arenas, Gómez y Cáceres. El libro viene precedido de un vocabulario de palabras mandragóricas, situadas adentro de frases poéticas de los tres autores.

Pero es en 1958 cuando Arenas se nos muestra en un momento decisivo de su proceso creador. En diciembre de 1957 recibe una invitación urgente de Gonzalo Rojas, para que participe en un examen de la literatura nacional junto a otros veinte escritores de dos promociones, en la Universidad de Concepción. Braulio entra a esta guerra polémica de una semana entera, entre el 19 y el 26 de enero de 1958, con el mismo ímpetu de sus días mandragóricos. Presenta una ponencia ante el salón desbordante de público y toca el fondo estético y crítico del grupo que dirigiera veinte años atrás con su "Mandrágora siglo xx". Ahí le conocimos, invocando a la "mandrágora alucinante" con su poderosa voz y su imponente corpulencia.

Fernando Alegría, Miguel Arteche, Guillermo Atías, Efraín Barquero, Daniel Belmar, Armando Cassigoli, Fernando Debesa, Humberto Díaz Casanueva, Mario Espinosa, Nicomedes Guzmán, Luis Alberto Heiremans, Enrique Lafourcade, Alfredo Lefebvre, Carlos León, Juan Loveluck, José Ricardo Morales, Herbert Müller, Gonzalo Rojas, Luis Oyarzún, Nicanor Parra, Volodia Teitelboim, los participantes en este Primer Encuentro Nacional de Escritores, van analizando, en cuatro sesiones diarias de trabajo, la situación y realidad de nuestras letras más el problema de nuestra tradición, para citar sólo dos temas polémicos de los muchos que fueron examinados.

Braulio Arenas, siempre tan responsable ante sí mismo y ante su poesía, se ve de pronto frente a la realidad de su pueblo. La dicotomía sueño-realidad que había

sido el tema vital de su poesía, ahora lo solicita de otro modo, exigiéndole, literalmente, una respuesta en el orden del compromiso. Es como si se le diera la exclusiva: *o sueño o realidad*. Para quienes pensaron alguna vez que Arenas fue un obstinado soñador y un hermético en su torre, quedó ahora muy clara la dignidad de su conducta.

Afirmamos que este enero de 1958 fue el punto de partida de una conversión de Braulio a la más honda realidad de su pueblo y de su tiempo. En el capítulo próximo, dedicamos un párrafo a este último manifiesto que llegó a ser una confesión de su postura surrealista: "Mandrágora siglo xx".

Gonzalo Rojas, el presidente de este Encuentro Nacional, propuso al término de las sesiones que se formara un Taller de Escritores dependiente de la Universidad de Concepción, Fernando Alegría completó esta idea y la llevó a la práctica. Así, en los tres talleres de la universidad, siempre ha figurado como asesor Braulio Arenas, que desde 1958 quedó ligado activamente a la vida cultural de Concepción. En una publicación de 1959 *El cerro Caracol* y en otros cantos a la ciudad del Bio-Bío, muéstrase transido por este "cautiverio feliz".

Como su condición de guerrillero no se ha perdido, ha dedicado todos estos últimos años al conocimiento más profundo de su país y de su pueblo, pasando por sobre las inclemencias de las zonas más australes de nuestro territorio, y por los naturales desniveles ideológicos que se han de producir, cada vez que más de dos hombres pensantes se reúnan. Ha venido cumpliendo misiones culturales en Coyhaique, en Castro, en Punta Arenas. Le vimos este año en Chillán, Los Angeles y Lebu dirigiendo —siempre en su calidad de asesor— los debates públicos que el último Taller de Escritores celebraba como cierre de sus actividades.

Los últimos tres años: 1961, 1962 y el actual nos han seguido mostrando a un poeta excepcionalmente productivo, preocupado por una parte de revisar su obra anterior —empezando por *El mundo y su doble*, que tendrá segunda edición en los próximos días—, y por otra, vuelto hacia el descubrimiento más y más profundizado de la realidad inmediata. *La casa fantasma*, 1952, y *Ancud, Castro y Achaó*, 1963, son buenas muestras de esto último. Críticos hay que han pensado después de leerlas, que Arenas ha dado su adiós al surrealismo, sin alcanzar a ver claro que se trata de una integración y no de una apostasía.

Al cumplir en este 1963 sus cincuenta años, se ha desatado una valoración más honda y justiciera de su trabajo. Nadie niega ya que es heredero de la mejor tradición poética chilena y empieza a convertirse en uno de sus grandes.

El poeta Gonzalo Rojas escribe, en el prólogo de la segunda edición de *El mundo y su doble*, una imagen certera del espíritu tanto de Arenas como de su grupo:

"Pienso en la fidelidad de Braulio a la estrella de su poesía, y me es difícil re-
encontrar una caso semejante entre nosotros. Otro poeta, sin esa estrella, se hubiera
deslumbrado fácilmente por cualquiera posición confortable, o se hubiera perdido
en la tiniebla y en el bosque de los irracionalismos en boga. Pero lo salvó siempre
la grandeza de su ánimo y el surrealismo se le dio como un humanismo, pese a
todas las tormentas.

Visión ascética del mundo, en todo su torbellino, con un ojo inmediato que va
siempre al fondo del juego; estrategia de ajedrecista en el uso de la imaginación
y la palabra, y un aura de humor donde lo visible se junta con lo invisible, lo que
va con lo que viene: ¿quién podría negar en él su responsabilidad de testigo y cons-
tructor entre los hombres?

Juan Godoy: Sombras

SE INCENDIABA una población callampa del Zanjón de la Aguada.

Una inmensa hoguera, cual masa de toros bramando, con bufar de cuerno enloquecido, enrojecía las nubes y reventaba en lo alto en un chisperío como si los pijos innumerables de la miseria se suicidaran en el cielo.

Los cordones policiales sostenían a la muchedumbre apretujada, anhelante, acaso las llamas les purificaban en la desgracia de esos desdichados.

Aullaban las sirenas y bocinas de los carros bombas. Lenguas lívidas y voraces habían abrasado las barracas aledañas junto a la vía férrea.

Carreras de bomberos, desenrollar de mangueras, borbotar de grifos. Y el agua crepitando en los costados del fuego.

Por el aire enrarecido, fluctuaban ardiendo, tablas podridas, maderas de tapas, calaminas, camastros, navegando en el cielo, cansados de morir.

Desviado el tránsito de la Gran Avenida, se derrumbaron torres metálicas de corriente de alta tensión y se enroscaron sus cables en el asfalto. Huyeron en estampía, sorteándolos, las gentes. Todo era fuego y destrucción.

El tren de San Diego, con su carga de animales, mugiendo al sacrificio, jadeaba, detenido a la distancia.

Después, agua, humo, escombros, nada: sólo lágrimas.



Al día siguiente humeaban los escombros en los charcos. Los transeúntes volcaban vacías, estúpidas miradas en el solar siniestro. Como brazos de grúas, las torres metálicas yacían en la enrona.

En un claro, junto a unas latas retorcidas —brotada del suelo— se paró una perrilla temblorosa, el pelaje quemado, los párpados, la lengua. Quebrada sus patas traseras. Con lentos pasos, una pareja de carabineros se había aproximado al pobre bruto. El cabo desenfundó su revólver y le vi apuntar en la luz de sus ojos moribundos.

Los gritos de mi mujer arrebataron la perra a la muerte. Acostumbraba hacer sus compras en el Matadero y pasó al punto de librarla de esa garra. La cogió en sus brazos y la trajo a nuestra casa.

La había instalado en una pequeña pieza, al fondo de nuestra morada. El entablillado de las patas le fue moroso y prolijo; blandamente la recostó en un saco y le hizo beber leche tibia, abriéndole el hocico con los dedos, la azulencia llama de la lengua vagueando como viscera.

Mi mujer amaba entrañablemente a los animales y a los niños. No sé por qué misterio aparecía en nuestra casa algún perro o gato abandonado y se quedaba con nosotros. Mientras el silencio oía el rumor de su quehacer doméstico, una paloma revolaba por encima de su cabeza y se posaba en su hombro. Había sido un pichón herido, caído de la cornisa del palacio de Bellas Artes, donde una de mis hijas estu-

diaba. La paloma, en las mañanas, entraba volando por la ventana del dormitorio y, parada en su pecho, aleteando, se nutría de su boca.

Diana sanó pronto y creció lozana, y llegó a ser una preciosa perra danesa. Acompañaba a mi mujer al Matadero, al lado del Brasil, un perro de mediano porte, todo negro, de pelaje ondulado.

Diana era esbelta; los esguinces de su cuerpo llenos de elegancia; en sus saltos, el terciopelo gris de sus orejas, sonando; corriendo y retozando con el Brasil, que caía en redondo. Eran queridos por los pilastreros —como a la muchachita que solía hurtar entre los puestos desbordantes de verduras de apio y de lechugas, de perejil y de cilantro, rojeados de betarragas y zanahorias, y crujientes repollos, y coliflores de blanco grumo, con pestañas verdes, toda la hortaliza salpicada de rocío del agua; cada pilastra con una avanzada de zapallos calados, de anca poderosa y carne amarilla y blanca pepa, entre el olor macerado de la fruta— y la recibían, al divisarla, con débiles silbidos, que se prolongaban a su paso como ondas, anunciándola a los más lejanos; y se dejaban, gozosos, robar por ella.

Los perros se hundían al fondo, en el expendio de los puestos de los subproductos, donde nada de un animal se pierde, desde las carnes blanquecinas y cerosas, de tuétanos y tripales, hasta los bofes vinosos y las rosadas pajarillas. Luego volvían corriendo y deslizándose por entre la abigarrada clientela, para restregarse en las piernas de su ama, anunciando su presencia, en el momento de retornar a casa.

Llegó la época del celo. El Brasil se desgañitaba entre los perrazos que hacían el amor a Diana. Entonces aprendió a pelear y a no tener miedo.

A la hora de la siesta, en los días de su alta gravidez, Diana se echaba en el patio. El Brasil, parado al lado, con una pata sobre ella se disponía a una sesión de limpieza total. Le pasaba una máquina de blanquísimos dientes por toda la piel, matándole las pulgas y comiéndoselas. Después se echaba él también circunspeto, y reposaba su hocico en el lomo de la perra.

Diana parió una camada de doce daneses semejantes a ella. En largas horas los fue modelando su lengua, limando el brillo grasoso, metálico, de la sangre.

Cuando los amamantaba, apenas los cubrían sus patas y les lamía la piel espesa. Con el hocico ordenaba en sus tetas a sus mamonos ávidos. Y los miraba con sus grandes ojos maternos.

Una tarde volvía agostado de mi trabajo. Era un jueves (temblaba yo ante ese día). Me pesaban en el cuerpo y en la mente, ocho horas de clase, con un intervalo de una hora para almorzar. Aun hoy me estremezco ante el horario con que se tritura en los liceos la mente de los niños y se hace de un profesor un guñapo a los veinte años de servicio. Entonces, bajaba del micro en Franklin, y pasaba a beber una copa de vino en el bar Pelikan. Allí se reunían algunos industriales de la carne a conversar un par de botellas. Por ellos conocí las virtudes

del caldo de nuca del toro, tomado a la hora del alba. Después, me encaminaba a mi hogar, meditando en la vida profunda y su dolor de siglos para, empinado en mis días, vaciarla en mis escritos.

Se oscureció la tarde. El cielo arracimaba nubarrones goteantes, en que la urdimbre del agua apenas se sostenía. Huían remolinos de hojas secas, vibraba el varillaje de los árboles de las aceras, y cayó la lluvia en gruesos goterones. La cordillera, arrebujada de nieblas pardas, rasgadas por los picachos, tocados de herrumbes invernales.

Apresuré el paso y llegué a la línea del tren de San Diego.

De los rieles brotaba un reguero de sangre. Lo seguí consternado. Su huella, espesa y roja, iba junto a la muralla. Atravesó el barro de la calle. Se adentraba en mi propia casa. Seguí la ruta de sangre que se introdujo al fondo en la pequeña pieza donde Diana tenía su cubil.

Allí estaba ella, en un charco, mirando, dos de sus patas cruzadas, cortadas, desangrándose —los perros mamándole, colgados de sus tetas— en tanto las lágrimas, como gotas de agua cayendo de un caño roto en una noche negra, le surcaban la piel del hocico, y horadaban el suelo.

Ante mis desaciertos, mi mujer le vendó con tiras de sábanas los muñones, y corrió en busca de protección.

Nadie se encontraba en la casa, mustia y desolada. Sólo el gemir de los perros ciegos, extraviados en el cuarto. Tactando con el hocico, buscando, donde no hallaban sino sangre en el suelo, en vez del tibio licor maternal.

Llegó la protección: un hombrecillo enjuto, peludo, de tenebrosos dedos, que extrajo de un maletín una jeringa.

—No podrá pararse nunca —dijo—. Además, apenas si tendrá sangre.

Nos miró con una mirada fría, y se dispuso a la faena. Ajustó el líquido, y vimos cómo la luz se extinguió de los ojos de Diana para siempre.

A la llegada de mi hijo mayor, estábamos todos en el patio, rodeando a la perra. Quiso verla allí —inválida— viva, con sus muñones vendados, ¿por qué dejamos que la mataran? Una noche, encaramada sobre los hombros de una hez de agresores cogoteros, abiertas las poderosas mandíbulas, la lengua batiendo entre los grandes colmillos —sin herirlos— Diana lo había liberado de la muerte.

Mi mujer y yo cavamos un hoyo al fondo, cerca de la muralla, y sepultamos a Diana. Ahora sobre ella crece una parra, agarrada a su corazón y a sus huesos. La parra nos da sombra en el verano, a mis hijos y a mí —no a mi mujer, desaparecida ya... ella nos da sombra allá en el cielo— y se llena de racimos como pechos maternales.

Eleazar Huerta: Semana Santa en Tobarra

LOS DIAS se alargaban, marchábase el invierno. La gente reía y conversaba por la calle. Llegó la Semana Santa y me fui con mis padres al pueblo. Allí, tales fiestas eran religiosas de un modo especial, con mucho de *paganas* y de *tradicionales*, según se decía. Lo cierto es que en Tobarra se pasaba bien. Los nacidos en el pueblo acudían a la Semana Santa aunque viviesen en la mismísima Sevilla.

Un rasgo de dicho paganismo era gastronómico, opinaban el tío Jeromo y otros viejos guasones pero venía —por cierto— de la prohibición cristiana de comer carne. La Semana Santa, para las mujeres tobarreñas, consistía ante todo en guardar la vigilia y hacerla guardar a los hombres, siempre reacios. De ahí que año tras año, y para evitar protestas masculinas, ellas cocinasen platos cada vez más succulentos de pescado y marisco. Eso sin contar con las toñas, pasteles, mazapanes, frutas confitadas, arropes, mistelas, vinos generosos, licores de todas clases que se consumían incesantemente, como atención a las visitas o bien por los madrugones y trasnochadas a que obligaba el horario incierto de las ceremonias religiosas.

Pues sí, se comía muy bien, mejor que nunca, aprovechándose de la vigilia. Pero el desorden —pagano, cristiano o lo que fuese— culminaba con el constante ir y venir del género femenino, al estar las mujeres siempre en la calle o en casas ajenas, con el pretexto de ir a la iglesia o de ver pasar la procesión. No había horas fijas para nada.

La Semana Santa hacía evidente la división de las familias tobarreñas en dos categorías. Las familias de segunda, por pobres o postizas, veían pasar la procesión desde la calle, de pie en las aceras; y las otras, las tobarreñas de siempre, presenciaban el desfile sagrado desde su balcón, engalanado con colgaduras de seda. Vivir en la calle Mayor, que durante el resto del año no tenía importancia, convertíase entonces en un privilegio, pues por allí se hacían las procesiones.

Los parentescos lejanos, que de pequeño me habían dado risa, mostraban su solidez durante la Semana Santa. Daban derecho a instalarse en el balcón o balcones del supuesto pariente, sin que nadie lo criticara.

Las dos costumbres más tradicionales eran los tambores y la bendición del Nazareno. La más pintoresca, los *socios*.

Desde el miércoles santo hasta el domingo de resurrección, miles de tambores atronaban el pueblo sin cesar, porque todos los muchachos y bastantes hombres maduros tenían su tambor y lo tocaban. Desfilando calle arriba y calle abajo, en pandillas. Los de cada pandilla, solían mantener el mismo redoble, pero se cruzaban constantemente con otros grupos y entonces competían, tratando de hacerse oír por encima del ruido rival. De ahí resultaba un escándalo mayúsculo.

Los tamborileros usaban túnicas de nazareno, pero a diferencia de quienes iban en la procesión, solían echarse el capuz a la espalda, dejando la cara al descubierto.

Las túnicas más viejas y sucias, "las que sabían beber solas", eran las preferidas por la gente de tambor.

El tamborilero se ataba fuerte a la cintura el cordón de la túnica, dejando ésta holgada de la parte de arriba. Tal hueco —el *buche*— lo llenaba con varias libras de caramelos, que iba chupando sin cesar. Al cruzarse con un grupo de muchachas, el tamborilero se sacaba del buche un puñado de caramelos y lo tiraba a los pies de aquellas. Chiquillos y golfantes se lanzaban ávidamente a recogerlos y las muchachas gritaban al sentirse pellizcadas en las piernas, sofaldadas, invadidas.

El tambor, con la excitación que producía, ahuyentaba el cansancio, permitiendo beber locamente sin emborracharse del todo, haciendo posible el no dormir apenas durante aquellas jornadas. A quienes no lo tocaban, les sucedía casi lo mismo, por contagio.

La procesión quedaba reducida a un paréntesis de lo principal: la orgía de los tambores. Aun se les oía a lo lejos, por delante de la procesión, y ya empezaban a percibirse detrás, por el otro lado del pueblo.

La novedad de aquel año consistió en que las muchachas empezaron también, a tocar el tambor, la tarde del viernes santo. Pero lo hacían muy mal y llevaban calado el capuz, para no ser reconocidas. Las viejas se escandalizaban, con grandes aspavientos, de esta audacia que traían los tiempos nuevos.

Entre las tamborileras revolucionarias, figuraban mis vecinas, las enanas. Debí admitir que la Luz redoblaba tan bien como un hombre.

La novedad produjo, inevitablemente, conversaciones sobre el origen de la tradición tamborilesca. Mi padre y sus amigos la daban por antiquísima, de los siglos de los moros "por lo menos", sin descartar que fuese de antes, celtíbera. De tiempos recientes no podía ser, puesto que el tambor se tocaba en Hellín y en Tobarra, los dos pueblos vecinos que no se tragaban ni con azúcar. Imposible que algo inventado en Hellín se imitara en Tobarra o que un uso tobarreño lo hicieran suyo los hellineros. Luego tocar el tambor venía de antes que existieran ambos pueblos o, al menos, uno, seguramente Hellín, porque Tobarra era muy vieja. Hellín fue fundado por los cristianos para no vivir revueltos con los moros de Isso, que venía siendo el pueblo de entonces.

—¿Y tocan el tambor en Isso? —preguntó don Antonio del Aguila.

Pero nadie le contestaba ni le oía siquiera, atentos todos a las yemas en dulce y al jerez. Y aun más a las muchachas, que acababan de entrar: la Cleo, que era nuestra invitada, y la novia de Chavito, y algunas más, aunque las dichas eclipsaban a las restantes. En fin, que los viejos no sabían disimular, cuando sonaban los tambores. Se les veían las mañas. Y que el origen de la tradición tamborilesca les importaba un rábano. Además, si don Cristóbal Pérez Pastor no lo pudo averiguar o no quiso, no había que meterse en semejante aventura.

Aquel modo de conversar pasando el rato, renunciando a saber, me fastidiaba. ¡Qué cinicos eran los viejos! ¡Y qué tragones!

La Cleo, tan rubia, apenas disimulaba bajo la mantilla su condición de ninfa saltarina. La alegría de sus ojos azules, el ímpetu de su sangre, que le coloreaba las mejillas y le encendía la boca. La novia de Chavito, de pelo negrísimo y carne muy blanca, turbaba por el fuego interior que quería esconder tras sus largas pestañas sin conseguirlo, pues sus ojos lanzaban rayos o puñaladas o saetas encendidas.

Lo mismo la belleza rosada y rubia que la de carne de azucena recataban los hombros, la garganta, el busto, y a la vez los lucían a través de mantillas de blondas y trajes de gasa, todo muy negro pero muy sutil y enrejado. Cristianismo y paganismo, con huracán de tambores, daban lo divino-diabólico: la tentación.

Las dos eran sabrosas como toñas, cuajadas de almendras y piñones, untadas de miel. Y más aromáticas que el vino de pasas. Yo me dejaba tentar mientras calle arriba venía la Dolorosa, mostrando el corazón atravesado por puñales de plata.

Me defendía al dividir lo contemplado en dos espectáculos: la procesión, que era lo de otros años, lo tradicional, lo colectivo; y el martelo de la Cleo y Ernesto, lo singular, que llegaba por fin, pero enrevesado, con muchas complicaciones. Porque Ernesto, gallardo, elegante, mirada infantil, manos firmes, reinaba solo, sin que ningún otro galán pudiera comparársele. Tenía muchas atenciones con la Cleo, mirándola fijamente a los ojos, inclinándose para conversarle al oído, pero también le hacía cara a la Sagrario, la novia de Chavito, como sin darse cuenta o para que rabiase la Cleo, no podía saberse. Y la Sagrario también llevaba su juego, para que Chavito formalizara su noviazgo o se fuese al diablo, o porque Ernesto le gustaba más y la Cleo y ella lo habían conocido al mismo tiempo, de modo que si ella ganaba, estaba en su derecho. En tanto, Chavito procedía a su modo, paseando en la calle, piropeando a las muchachas de las aceras, fingiendo no mirar a nuestros balcones, haciendo el tonto. Aunque el pobre Chavito, en verdad, no podía hacer otra cosa, pues su familia no era de la calle Mayor y a nuestros balcones nadie lo había invitado.

Interesándome por tales escaramuzas, haciendo el detective, alejaba de mí la tentación, la rabia ciega de que hubiese tantas mujeres hermosas y ninguna fuera para mí. También podía mirar la procesión y compadecerla.

Pues decaía la procesión, año tras año. Cada vez menos hermanos en las cofradías. Y con túnicas viejas, hasta remendadas. Había imágenes deslucidas, sin restaurar. En la hermandad de Jesús Nazareno, se explicaba que quedasen pocos hermanos; la túnica resultaba carísima, de terciopelo violeta bordado en oro. Pero otras, más populares, estaban más decaídas aún. Los muchachos preferían tocar el tambor, divertirse, a desfilar encapuchados y santurrones.

Daba lástima, especialmente, la hermandad de San Juan, con túnicas blancas, de tela barata. Poco más de una docena de cofrades caminando tras una imagen modesta. Y cerraba la marcha "el carrico", una bocina larga, de cartón, muy ancha por la boca, así que ésta iba apoyada en dos pequeñas ruedas y un sanjuanino tiraba del carrico, asiendo la bocina del lado de la embocadura. A trechos se detenía y soplabla en el tubo, arrancando un sonido mísero, que hacía reír a los papanatas. Acostumbrados a ver "el carrico de San Juan", habían olvidado que tal turuta gangosa, casi afónica, simbolizaba la trompeta del apocalipsis, que había de sonar al fin del mundo.

Cruzando la calle Mayor, en la otra acera, estaba la casa de mi tío Juan José, desde donde se veía la Semana Santa de otro modo. Mejor aún, de dos modos. Arriba, saliendo al balcón, conversaba yo con mi prima Amparo, siempre tan alegre, que cazaba en el aire los gestos y la afectación de quienes desfilaban, desde los curas y el alcalde hasta Angel, un mentecato al que vestían de sacristán, para hacer bulto. Mi prima siempre veía la comedia, el tiparraco que cada cual llevaba dentro. En ciertos momentos, se retiraba del balcón, íbase al fondo de la pieza y poníase a imitar a los más ridículos. Yo me desternillaba de risa. Y más cuando mi prima Juana, ya tan formal, decía por lo bajo: —¡Qué estáis llamando la atención! Y la Amparo, en el acto, le hacía la parodia, repitiendo: —¡Qué estáis llamando la atención! Entonces, la Juana nos dejaba "por imposibles".

La Amparo hacía también la comedia de Ernesto. Mirábase al espejo, se acariciaba el pelo, se arreglaba el nudo de la corbata y sonreía con satisfacción. —¡Qué hermoso estoy! —decía—. Y las tengo a pares. Sí, sí, me adoras, lo reconozco (vol-

viéndose de un lado). Y tú (del otro lado) no tienes mal gusto, prefiriéndome al animal de tu novio...

Pues bien, en el piso bajo se desarrollaba otra comedia, ésta de intriga: mi primo y su pandilla entraban a descansar y tomar algo, en sus idas y venidas de tamborileros, pero con los capuces calados, lo cual les causaba un calor tremendo y mucha sed. Y aquello tenía su explicación; que Ramón, el viudo, le daba esquinazo al luto y tocaba el tambor con sus amigos. Éstos, para esconder mejor a Ramón, se calaban igualmente los capuces y así la pandilla entera resultaba un misterio.

En el comedor, cuando se descubrían la cara, estaban rojos, congestionados. Mi tía Soledad les obligaba a lavarse con agua fresca.

Se marchaban de nuevo y mi tía justificaba la travesura de Ramón. Con quedarse en la casa, el viudo no iba a resucitar a su mujer. Por lo demás, la muerta había sido bien desagradable; un geniázo de mil demonios. También me contaba mi tía el caso de un muchacho que emigró a América, tiempo atrás, y el día de su marcha, hasta la hora del correo, estuvo en el corral tocando el tambor sin descanso, despidiéndose de él y de Tobarra. Un presentimiento, porque en La Habana, al poco de estar allí, le dieron unas fiebres y se murió.

Yo me maravillaba de las muchas caras que presentaba la Semana Santa, según se viese desde un balcón u otro, en plan tradicional o beato, a lo tragón, enamorado, teatral o romántico. Había viejecitas que lloraban viendo al Nazareno cargado con la cruz, como si lo fueran a matar al día siguiente y no figurase una historia de hacía dos mil años. Afligidísimas, sin oír los tambores ni ver a su alrededor los borachines, las comadres chismosas, tanta carne que palpitaba de lujuria.

Cada cual tenía su propia Semana Santa.

Mas yo pasaba de unas a otras, las poseía todas. Así me lo decía con orgullo, íntimamente. Aunque ninguna fuese mía de veras, pensaba también, en seguida.

Los socios, es decir, los soldados romanos, desfilaban marciales, al son de sus propias trompetas y marcando el compás en el suelo con el regatón de sus picas. Hacían maniobras muy vistosas, como la del *prendimiento*, en la cual rodeaban al "Paso del Huerto", grupo que representaba al Señor en el Huerto de los Olivos, orando, mientras los apóstoles dormían. Un judío de expresión maligna —mentón prominente, brazos y piernas retorcidos, como de araña— descubría a Cristo y lo alumbraba con una linterna. La ceremonia del *prendimiento* se efectuaba dos veces, en la plaza de San Roque y en la plaza Mayor, para que todo el mundo pudiese verla.

Dicho judío era tan odioso que las madres amenazaban a los pequeñines, cuando no se querían dormir, diciéndoles que el judío de la linterna iba a venir por ellos. Del feo cuya cara reflejaba la fealdad de su alma, también se había hecho usual, en Tobarra, decir que era pariente del judío de la linterna.

Los socios debían ser forzudos, tener un brazo de hierro, pues picar sin descanso, durante las procesiones, fatigaba. Ellos hacían trampa, por su parte, cambiando de fila al hacer las maniobras. Los de la fila derecha picaban con el brazo derecho, los de la fila izquierda, con el izquierdo.

Los socios no formaban cofradía ni cotizaban. El capitán, que era un tipo rumboso, pagaba todos los gastos y además convidaba a los socios, dándoles una fiesta el lunes de *Pascua*.

Los socios, como soldados romanos, se apartaban de la fidelidad histórica en un detalle: usaban barba, una rizada y larga barba postiza, sujeta a la cabeza con cintas, como un antifaz. Por broma o quién sabe por qué, los socios se habían acostumbrado a ponerse la barba por debajo de la nariz, de modo que no se les veía la boca. A nadie le llamaba la atención tal absurdo y cuando un cura forastero, recién llega-

do, quiso que las barbas estuvieran en su sitio, fracasó. El disparate se había hecho tradición, algo intocable que afectaba a la dignidad de Tobarra.

Tratando de justificar aquello, unos afirmaban que así, con la boca bajo la barba, los socios podían chupar caramelos sin que se les notase. Otros, simplemente, aseguraban que la costumbre venía de años, tal vez de siglos, luego no se debía cambiar. Y añadían: ¿qué saldríamos ganando con que nuestros socios se parecieran a los de Murcia o Sevilla? Hacer el chimpancé, copiar, cuando lo bueno de nuestra Semana Santa era que no se asemejaba a la de ninguna parte.

Salvo a la de Hellín. Pero esto, mejor no decirlo.

Por la noche, después de la procesión, los tambores amainaban algo pero seguían sonando, desde luego. Y al amanecer, el estrépito recuperaba su furia. Por suerte, en la habitación del abuelo, donde yo dormía, no penetraban los ruidos de la calle, por ser una cripta medio subterránea. Además, con tantas Semanas Santas como yo estaba viviendo a la vez, quedaba cansadísimo y me dormía como un tronco.

Pero yo quería saberlo todo, todo. Que fuese bueno o malo, alegre o feo no tenía importancia. Ni que resultara cómodo o molesto. El toque estaba en saber. Que era un gozo en sí mismo, acaso el mayor. Y tenía derecho, porque quien no sabe por donde se anda hace el ridículo. En fin, que convencí a mi primo Eleazar, que nunca me negaba lo que le pidiese, y siendo con él, mis padres estuvieron conformes en que velara la noche del jueves en su compañía y la de su banda.

Esperé, pues, en casa de mi tío, y una de las veces que llegó mi primo con sus compañeros —en total siete— el viudo me dejó su túnica y su tambor y volvimos a salir siete encapuchados, mientras Ramón se escurrió por el postigo del huerto. La Amparo fue la inventora de este cambiazo, que nos puso alegres a todos.

¡Claro! La Semana Santa era también el Carnaval. Tanto monta una máscara que un encapuchado, como dijo mi primo pero mientras lo pensaba yo. Tan unidos estábamos que podíamos pensar a la vez. Porque la noche se puso mágica desde que habíamos escamoteado al viudo.

Serían las once, más o menos, cuando dejamos la calle Mayor y, por el Collado, cruzamos hacia San Roque el Viejo. Unas calles mal alumbradas, irreconocibles, bordeando el cerro. Por el cerro, dilatándose, cuevas de silencio oscuro. Una revuelta y nuevas callejuelas. Otra encrucijada. Hasta llegar ante una casa pequeña, que hacía esquina. Por fuera, como tantas otras de jornaleros: su piso bajo y su camaranchón, con el ventanuco para entrar la paja; la puerta de calle con la hoja partida, para que su parte superior, abierta, haga de ventana. Una mujer vieja, de buen aspecto, nos hacía pasar. Y dentro, la casa era cómoda, con su buen fuego en la chimenea y junto a ésta un amplio tarimón. Litografías con escenas de caza en las paredes y un aguilucho disecado planeando junto al techo, con una luz en cada pata. Para acabar pronto, la vivienda de un antiguo pastor o aniaguero de Gabriel. Y el pastor nos dejaba la casa "al niño Gabriel y sus amigos".

Después de explicar dónde se hallaba todo —la leña, los platos y fuentes, los viveres, el vino, los botellones de sifón, la cafetera— los viejos se metieron en su cuarto y nos dejaron de dueños. Porque la gracia de una noche de mojete está en que los trasnochadores se lo hacen todo y todo lo que hacen se lo deben comer, resulte bueno o malo. Ese es el riesgo. Pero equivocaciones y descuidos, con salsa de bromas, pueden ser lo mejor.

Pues sí, sabía tales usos de memoria y ahora sucedían ante mis ojos. Silvano cuidaba la lumbre, Gabriel freía huevos, Paquete ponía la mesa, mi primo preparaba el mojete en una fuente y yo le ayudaba a despizcar el atún. Esteban y

Chaparro traían de la despensa las almendras tostadas, un cofín de higos, la mojama, el queso.

*La cena de Juan Palomo:
yo me la guiso y yo me la como.*

Al desembarazarnos del tambor, el capuz, la túnica, habíamos quedado libres, en mangas de camisa. Entre aquellas paredes amigas, descansábamos también del combate con otras pandillas. Las almendras, las aceitunas, la mojama, el agua burbujeante del sifón nos devolvían el paladar, estragado de tanto caramelo.

Comer conversando, conversar comiendo.

Sin criadas ni otra gente postiza, que son un estorbo.

Higos secos y almendras, como Ulises.

Queso, como en el paraíso terrenal.

Mojete de atún, aceitunas y pimientos morrones. El de siempre.

Bien tobarreños. Guardando la vigilia. Porque nos da la gana.

Hablando con desprecio de los beatos.

Seguros de que nuestro Nazareno y nuestra Dolorosa son de Salzillo, mejores que los de Hellín.

Bebiendo vino con sifón, sifón con vino, sifón sin vino, cada cual a su gusto.

Amigos legítimos, bebe uno lo que quiere y los demás ni se fijan ni llevan la cuenta.

Sin mayores ni menores, pues todos somos iguales.

Y por eso me dan la alternativa. Paquete se acerca a la lumbre y arroja una brazada de carretillas y petardos.

Reventan y saltan por el aire los petardos, silban sinuosas las carretillas, al correr por el suelo.

Nos envuelve el humo de la pólvora, casi no nos vemos.

Cuando se desvanece el humo y nos miramos, estalla una ovación. Nadie se ha movido de su sitio.

Queda humo y hace toser. Aclaremos la garganta.

Bebemos refresco de café con unas gotas de coñac.

Veinte duros para los viejos, porque se han chamuscado las ropas del tarimón.

Mejor pongamos treinta duros y tiremos al cerro la alcuza, que es fea, los platos desportillados.

Los viejos son los dueños de este castillo y se merecen lo mejor.

Gabriel, mi primo y Chaparro se calan los capuces. Son la Inquisición. Les ponemos las cosas delante y ellos fallan.

—Al cerro —dicen, condenando. Y la alcuza va a estrellarse en las piedras.

—Es digna del castillo —afirman de la bombona. Y la colocamos con respeto en sitio de honor.

Así hasta que lo juzgamos todo.

Entonces los inquisidores se quitan los capuces y nos ponemos a cantar:

*Navajuelos arriba
está la Mancha,
Navajuelos abajo
está Tobarra,
y en el estrecho,
y en el estrecho
es donde nace el agua
de Navajuelos.*

*Mari, Mari,
 María la del molí,
 si te, si te,
 si te meas en la cá,
 no me, no me,
 no me casaré contí,
 aunque, aunque,
 aunque eres buena muchá.*

*Al cielo, al cielo,
 al cielo quiero ir.
 Rezando, rezando,
 rezando he de subir.*

*Si al cielo quieres ir
 montado en bicicleta,
 te harás la gran puñeta,
 que no podrás subir.*

*No, no, sí, sí,
 que no podrás subir.*

*El perro de San Roque, lará, lará,
 el perro de San Roque, lará, lará,
 no tiene rabo, lará, lará,
 no tiene rabo, lará, lará,
 no tiene rabo, lará, lará,
 lará, lará,
 no tiene rabo, lará, lará.*

*Porque Ramón Ramírez, lará, lará,
 porque Ramón Ramírez, lará, lará,
 se lo ha robado, lará, lará,
 se lo ha robado, lará, lará,
 se lo ha robado, lará, lará,
 lará, lará,
 se lo ha robado, lará, lará.*

Silvano era el más tragón, mi primo sobresalía en los chistes y ocurrencias, pero cantando, Chaparro se hacía el amo. Su repertorio no se acababa nunca. Un repertorio de cantares viejos, muy tobarreños, y de otros arreglados y hasta inventados por él pero del mismo corte que los tradicionales, así que no se les podía distinguir. ¡Qué notable! Y el don de Chaparro era natural, pues no tenía estudios, como Silvano o mi primo. Natural pero no heredado, pues no había hombre más descomunal ni más bruto que su padre, el verdadero Chaparro, de quien nuestro poeta continuaba el apodo. En cuanto a la madre, tiraba a insignificante. Pues a pesar de todo eso, ya cuando le decían Chaparrín, o sea, cuando era un mocoso, se asombró al ver los automóviles y compuso una copla que aprendió el pueblo entero:

*Tobarra ya no es Tobarra,
 que es un segundo Madrid...*

Etcétera. Y tuvo la suerte de que a su padre le hizo gracia aquello. No le pasó a Chaparrín como al pobre Juan Camueso, el novelista. Pues si Chaparro el viejo

le hubiese dado un puñetazo al poeta, más que dejarlo sordo, yo creo que lo habría matado. ¡Qué gigante era el tal Chaparro el viejo! Con decir que levantaba un saco de trigo con cada mano, ya sabemos lo suficiente, me parece.

Pues sí, el gigante se alegró mucho de que su vástago hiciera coplas. Y Tobarra volvió a tener coplero, como en los días de Juanillo el Tejedor, de quien nada sabían Chaparro ni los demás que velaban aquella noche pero yo sí, por mi afición de preguntarle a mi padre y al tío Jeromo las antiguallas tobarreñas. Así que, en ciertos momentos, yo veía en mi primo y los demás que no me acompañaban sino en parte. Miraba yo hacia la lumbre y me sentía, como ella, más tradicional.

Bueno, Juanillo el Tejedor fue sin igual improvisando. Y si se enojaba, con la rabia, mejor lo hacía. Tanto que a un individuo que vino a quejarse de que en casa del Tejedor habían amparado la fuga de una muchacha con su novio —una muchacha sobrina del que iba con las quejas— le respondió Juanillo en el acto:

*¡Más te valiera callar,
hombre escandaloso y vil!
¿A qué enciendes el candil
si lo tienes que apagar?
Ese oficio de alcahueta
quien lo ejerció fue tu madre,
a la que jamás tu padre
pudo mantener sujeta.*

Tras lo cual, se liaron a golpes. Pues el Tejedor, semejante a los trovadores medievales, tenía tan fuertes los puños como suelta la lengua.

O sea, que también en esto se decaía. Porque Chaparro ni heredó las fuerzas de su progenitor ni gustaba de las broncas y peleas. Muchacho más carifoso no se había visto nunca.

Total, que cuando terminamos la vela, porque aclaraba, y caminábamos por los cerros, acortando, yo iba con los pies por las piedras y la cabeza por la tradición. Reviviendo los tiempos de Juanillo el Tejedor, de Melendón el Sastre y su mujer la tía Toña. El cielo se abría a un nuevo amanecer pero en los barrancos y collados quedaban zonas oscuras, impenetrables. Llegamos al Calvario, donde soplaban un aire sutil, y ya la gente trepaba por todas partes y se extendía por las lomas. Gente conocida, del pueblo, y otra más aldeana y tímida, con el traje de fiesta recién sacado del arca, un traje de buen paño pero pasado de moda. Al rato, ya éramos tantos que parecíamos una tribu, más bien la ibérica Túrbura que la actual Tobarra. También venían los ganados, que se instalaban en cabezos y lomajes aparte pero donde les llegara visible la bendición del Nazareno. Como el hervor de una olla milenaria, sonaban los confusos rumores de hombres, corderos y tambores, siendo el total la voz de Túrbura. Y los tambores, unos repicaban alegres, mañaneros, pero otros, destemplados por el relente, quejábanse profundos, cual asordados enfermos. Mientras tanto, subía lentamente la procesión por el sendero de las estaciones, enroscándose y desenroscándose, con sus imágenes bamboleantes, pequeñas por la distancia, sus luces de juguete y las dobles hileras de encapuchados, duendecillos formales. ¡Qué triste la historia de Cristo, el que merecía ser Dios! Si no lo era, peor para el Dios padre, porque un hijo más bueno y más limpio de corazón no iba a encontrar. Y qué triste que sus discípulos no lo entendieran y para creer en él tuviesen que inventarle milagros, volverlo un mago de feria. Pero

yo me sentía cristiano de verdad, veía la diminuta procesión, oía el hervor de Túr-bura y notaba que no eran nada ante la inmensidad del cielo, del tiempo y de la muerte. Por eso resultaba burdo todo el teatro que vino después, como otros años: el apagar las luces la procesión, cuando llegó a la altura; el toque de silencio que dio el cornetín de los socios para los tambores; la música que empezó a tocar, invisible, en una hondonada; que la imagen del Nazareno, cuyo brazo estaba articulado, bendijese al pueblo a la luz indecisa del alba. Pues la verdad era más terrible todavía: que todos —no sólo el Cristo— habríamos de morirnos; y que Él, al morir, sólo nos pudo dejar como consuelo un consejo: el de amarnos los unos a los otros, para sentirnos menos solos.

Claro está que algunas viejas lloraban emocionadas, que ciertos chiquillos de las aldeas miraban, con ojos dilatados por el espanto, la mano alzada del Señor. Pero la mayoría del pueblo hallábase endurecida por la costumbre y asistía distraída o burlona. Como estábamos escalonados cerro arriba, las mujeres arrodilladas delante exhibían aun sin querer sus piernas, mostraban la rotundidad de sus traseros, y éste era para muchos el verdadero espectáculo. El mismo Chaparro, con ser poeta tradicional, no pudo menos de guiñarme un ojo y señalar con disimulo la apetitosa popa de una aldeana próxima a nosotros.

Al rato, ya bajábamos hacia el pueblo por donde todo el mundo. Al pasar frente al barranco de los alfareros —sus higueras, remedo de Jerusalén— caminábamos revueltos con los rebaños, entre nubes de polvo. Menos mal que mi primo y yo nos apartamos para ir a la casa de Manuel, el alfarero, y allí estaba su suegra, la María Paula, cuya dignidad añosa sobrecogía. La Vieja habitaba en Cordobilla y sólo iba una vez al año al pueblo, en la madrugada de viernes santo. Por eso estaba allí, en la puerta, y cuantos la conocíamos, nos acercábamos a saludarla. Y la anciana, con su voz cascada, pedía disculpas por no estar ya para ir haciendo visitas, de casa en casa. Pero aquel día pasaba por allí todo el pueblo, regresando del Calvario, donde ella ya no podía subir; así que se alegraba de vernos, un año más, y hasta el próximo, si era la voluntad de Dios. Esa tradición tenía la María Paula, mujer única en el gobierno de su casa, con tantos hijos e hijas, yernos, nuerras, nietos, biznietos, todos en paz bajo su gobierno. Porque Juan Pedro, su marido, más viejo aún, ya ni veía bien, ni oía, ni le funcionaba el caletre. En cambio, la María Paula, con sus cuatro duros y algunos reales más, o sea, sus ochenta y tantos, se mantenía inteligente y útil. Nadie predecía mejor el tiempo y no tenía par en lo de freír patatas. Cuanto más grande era la sartén, mayor seguridad mostraba para freír todas las patatas en su punto.

Allí, en la puerta de Manuel el alfarero, fuimos juntándonos el tío Jeromo y sus hijas, y la tía Isabel, la sorda, con Guano, su segundo marido, y la tía Dora, con sus hijos, tan chiquitines, y luego llegaron mis padres. Y la mañana de viernes santo, delante de la María Paula, antigua mayordoma de mis abuelos, todos saludábamos a la tía Isabel, perdonando que se hubiese casado con Guano, si bien ya no la veíamos hasta el año siguiente, en aquel mismo sitio. En fin, los de la familia no decíamos nada de perdonar pero hablábamos con ella. Hasta ahí llegaba la cosa. Con una chiflada que nos puso en ridículo, casándose con más de sesenta años a cuestras, ya estaba bueno. Mas aquella mañana, no sé por qué, me daba tanta lástima el Señor —que Juan Iniesta, el sacristán, le hiciese el milagro de levantarle el brazo— que compadecí a la tía Isabel. Aun cuando Ernesto y la Cleo estaban indecentes, comiéndose con los ojos, me dije para mí mismo que también los perdonaba de todo corazón. Y perdoné desde lejos a doña Natalia, que vendiese a la pobre Elvira por la finca de Talavera. ¡Y ojalá que tal anhelo irresistible de perdonar fuese un milagro del Nazareno y no una generosidad mía! Después,

porque también vinieron a saludar a la María Paula, perdoné a las enanas el que hubiesen envenenado a mi gato. Aunque en seguida me arrepentí y me indigné de este pensamiento; entiéndase bien, no de perdonarlas sino de mezclar al Señor en un asunto tan pequeño. Porque tal vez, si se me ocurría lo del gato ¡una tontería! yo no tomaba en serio al Nazareno. De modo que me enfurruñé, quedando confuso. Mas la verdad era la verdad, adentro, en la conciencia. Y mi verdad consistía en que yo amaba al Señor y no olvidaba a mi gato. En nombre del uno y del otro, yo quería perdonar egoísmos y crueldades.

Liberado del tambor y de la túnica, que dejaba en casa de Manuel, me puse la ropa que había traído la Catalina. La pobrecilla me cuidaba, estaba en todo, fea y buenísima. ¿Por qué no serían todas las mujeres como mi tía Dora, hermosas y alegres? ¿Por qué no serían venerables todas las viejas, al modo de la María Paula?

Mi tía Dora, tan pronto quería oír la música, donde iba su marido dirigiendo, como se volvía hacia mí y bromeaba sobre mi primera noche mojeteril. Daba por supuesto que mis compañeros y yo habíamos comido tocino y hecho otras heréjias. En vano le aseguraba, por mi parte, lo castiza que había sido nuestra reunión. De cualquier insignificancia tomaba pie para razonar con malicia. ¿No habíamos cantado las coplas de María la del molí y otras por el estilo? Pues eso era revolver el Carnaval con la Semana Santa, pro-mis-cuar. ¡Ah, perdularios! Revolver carne y pescado aun era peor que comer carne, en vigilia. Y ahora, bien se me notaba que escondía algo. Muy mal, por cierto, como todo mequetrefe que quiere dárseles de hombre. Por lo demás, no negaba ella que ya era yo más alto que mi padre. ¡Dios, qué modo de crecer!

Así me elogiaba mi tía Dora, fingiendo zaherirme. Con todo, yo ocultaba un secreto, algo que deseaba conservar íntimo y resplandeciente. De ahí lo torpe de mi conversación con ella. Mi tía Dora, pues, me sacaba ventaja. Además, se volvía hacia su acompañante, una forastera que alojaba en su casa, aquella Semana Santa, y la tomaba por testigo de que yo era un pillastre, advirtiéndole que no se fiase de mí. La llamaba Luisa. Total, que la forastera intervino y dijo:

—Lo único que me consta, porque lo estoy viendo, es que tu sobrino es muy buen mozo.

Eran unos ojos, los suyos, rasgados y sabios.

—Gracias, doña Luisa —le contesté, suponiendo vagamente que estaba casada.

Entonces, la forastera protestó de que la tratase con tanto respeto. ¿Tan vieja me parecía? ¿La encontraba gorda? En fin, que debía llamarle Luisa y de tú.

Tenía la voz dulce, melosa, y su boca, su cara, el cuerpo entero me parecieron de azúcar. ¡Qué suavidad de movimientos!

De pronto, comprendí que éramos amigos.

Nos pusimos a hablar y yo, como me sentía a gusto, hablaba de lo primero que se me ocurría. Además, empecé a distraerme, no la escuchaba bien, por atender más que a sus palabras al modo de decirlas. Se le pegaban las palabras a los labios mimosos, gorduzuelos. Era una voz besándose a sí misma.

El estrépito de los tambores nos aislaba de la gente, como el nimbo a los aparecidos. Ibamos entre los demás y no les hacíamos caso. Caminábamos despacio, con la familia, aquella mañana en que se saludaba sin cesar. En la puerta del tío Juan Antonio, de los Pont, de Patricio el comerciante —por fin sin blusa— de tantas casas conocidas, se detenía nuestro grupo. Y yo, encantado, oyendo el parloteo de la Luisa, dejándome acariciar por su murmullo. Al reír, se le percibía fugazmente la lengua. Pero en casa del tío Jeromo, las hijas de éste le hicieron entrar para mostrarle no sé qué. Me quedé solo, sin deseos de hablar con vejes-

torios ni chismosas. Y la mañana que avanzaba, el sol alumbrando fuerte, desca-
rado, mostraron su vaciedad. Las cosas eran absurdas, el mundo se volatilizaba.
Me invadía el cansancio. Claro, faltaba ella, pensé consolándome. Mas salió Luisa,
intenté sonreírle, volver a lo de antes, y se me escapó un bostezo. ¡Qué vergüenza!
De modo que caminé de nuevo a su lado y no me atrevía ni a disculparme. Con
todo, ella seguía con su charla dulce, que llegaba lejana, perdiéndose. Ahora in-
tentaba yo entender y apenas podía, la luz tornábase espectral, me dolían los
tambores. Hasta que surgió ante mí la tía Dora, se llevó a su invitada diciendo
algo extraño y me encontré en la puerta de mi casa.

No estaba yo para hacerle tertulia a nadie, de modo que me metí en mi ha-
bitación y me acosté, durmiéndome en el acto. Desperté avanzada la tarde, casi
al anochecer.

Oscar Espinosa Moraga: El precio de la paz chileno-argentina

PARA FORMARSE una imagen de la mística del rol preponderante en América que informa la actuación expansionista del pueblo argentino, forzoso nos será referirnos someramente a los antecedentes que la gestaron. Pero, antes, recordemos de paso que al momento de emanciparse de la corona española, 1810, Chile dominaba sobre el extenso territorio que se extendía desde el río Loa (al occidente de Los Andes) y desde el río de Diamante hasta tocar en el Atlántico en el actual balneario Mar del Plata (al oriente del macizo nevado), hasta la Antártida. Una y otra sección se dominaban cisandina y trasandina respectivamente. Estos límites figuraban claramente diseñados en el mapa de Juan de la Cruz Cano y Almedilla, que el Rey de España entregó al primer Virrey de Buenos Aires "para su gobierno".

*Virreinato
del
Río de la
Plata*

El mayor contacto con la Europa, la creación de Virreinato del Río de la Plata, que precipitó la decadencia del de Lima, las victorias sobre los portugueses del Brasil que entregaron a Buenos Aires el predominio indiscutido sobre la cuenca del Plata fueron generando en el pueblo argentino sin distinción de clases un sentimiento de superioridad sobre las demás secciones del continente que a la postre se habría de transformar en un verdadero delirio de grandeza y ambición de hegemonía hemisférica.

Dos factores coadyuvantes vinieron a remecer a los políticos bonaerenses del sueño invernal de la Colonia provocando el violento despertar libertario: a) Rotas las relaciones entre Gran Bretaña y España, el Gabinete de Londres planeó un golpe de mano sobre el Virreinato del Río de la Plata. En julio de 1806 apareció frente a Buenos Aires la poderosa escuadra inglesa. Sin experiencia ni medios de defensa la ciudad cayó al primer encuentro. Empero, hábilmente dirigidos por el capitán español de ascendencia gala Santiago Liniers y con el apoyo de los indios pampas, los porteños expulsaron a los invasores; b) Distraída España por la guerra con Napoleón el Virreinato de Buenos Aires quedó entregado a su propia suerte. Para salir de su asfixiante crisis económica, el Virrey rompió el estricto monopolio establecido por la metrópoli abriendo las puertas al libre comercio. Esta medida salvó al país de una segura bancarrota provocando un auge económico que hoy día se denominaría el "Milagro Argentino".

A la superioridad bélica frente a la escuadra más poderosa del momento, vino a sumarse ahora al íntimo convencimiento de que habían alcanzado la mayoría de edad para darse una administración propia sin tutelaje extranjero. El 25 de mayo de 1810 quedó constituida la primera Junta Nacional. Aun cuando go-

El presente estudio es un extracto del libro homónimo de Oscar Espinosa Moraga, autor de *La postguerra del Pacífico y la Puna de Atacama, El aislamiento de Chile, La cuestión del Lauca y Bolivia y el mar.*

bernaría el país a nombre del Rey de España, en el hecho la península no volvió a dominar en el Río de la Plata.

Las secciones del Virreinato reaccionaron de distinta manera frente al movimiento emancipador. Contrariamente a lo esperado, el Alto Perú (Bolivia), Paraguay y Uruguay no sólo no se plegaron a los porteños sino que se volvieron violentamente en su contra. Incapaces de cohesionarlos por la fuerza, los noveles gobernantes bonaerenses debieron resignarse a reconocerles su autonomía.

Paralelamente con sagaz golpe de vista se percataron de que era de vital importancia arrastrar al reino de Chile al carro libertario para distraer por el flanco las fuerzas realistas que el virreinato del Perú lanzaría a través del macizo andino para reconquistar el Río de la Plata. No se requería una mirada zahorí para percatarse que la victoria final necesariamente tendría que decidirse en Chile.

Sin práctica alguna en el manejo de los negocios exteriores que estaban entregados a la corona, en la mayoría de las secciones iberoamericanas los nuevos gobernantes debieron improvisar diplomáticos. Pero a diferencia de lo que aconteció en Chile esta ausencia de tradición fue suplida por un sentimiento de la racionalidad que irradió una fuerza magnética agudizándoles el ingenio para sacar el mejor partido posible por encima de consideraciones doctrinarias decadentes. Así, pues, no bien comenzaron a dibujarse los primeros síntomas de la emancipación los políticos bonaerenses despacharon activísimos emisarios a Chile para preparar el camino al triunfo final. Alvarez Jonte, Fretes Maza, Bauzá, Echagüe y Vera y Pintado realizaron con brillante talento esta labor de penetración en la sociedad santiaguina. Los apoyaba decididamente Juan Martínez de Rozas que aunque nacido en Mendoza cuando la Provincia de Cuyo pertenecía a Chile fue argentino de corazón hasta su muerte. El único que le opuso una sorda resistencia no bien pisó suelo patrio fue el General José Miguel Carrera, que previó las nefastas consecuencias de la infiltración rioplatense. Comentando airado las numerosas designaciones de argentinos en cargos directivos llegó a exclamar: "¿Ya no quedan más puestos que dar a los cuyanos?" No obstante, al igual que Manuel Rodríguez, pagó con su vida su ascendrado nacionalismo.

Emancipación de Chile

Sin descuidar el negocio apremiante de la independencia los líderes porteños acariciaban también la secreta esperanza de asumir la rectoría de los nuevos países que se formarían en América. Así se lo expresaron desembozadamente en junio de 1810 a Lord Strangford, Plenipotenciario inglés en Río de Janeiro al solicitarle el apoyo del Imperio Británico al movimiento emancipador.

A todo esto no bien le cerraron las puertas por el norte, los gobernantes argentinos, posaron sus miradas sobre los extensos territorios del sur pertenecientes al reino de Chile. Para estudiar su apropiación despacharon en octubre de 1810 una expedición exploratoria al interior de la Pampa a las órdenes del coronel Pedro Andrés García. Eran los primeros atisbos de una política expansionista que iba a tener un violento despertar medio siglo más tarde durante la presidencia del General Bartolomé Mitre.

Para comprender la indiferencia de la Moneda, por la región trasandina, cabe recordar que con el predominio de la sangre peninsular sobre la aborigen los chilenos heredaron el rudo espíritu individualista español en absoluto divorcio con el de conquista. Esta concepción política echó raíces más profundas bajo la influencia de una área territorial determinada por signos sensibles a los sentidos como los accidentes naturales (cordillera), al igual que en la Península Ibérica en que cada región especialmente Vasconia constituye un verdadero país dentro de otro. Esta manera de pensar simplista trasladada a los hombres públicos de 1810 per-

mitió, sin que incurramos en exageración, que la Patagonia, como dominio auténticamente chileno naciera muerto a la vida independiente. Si a lo anterior se agrega la ausencia de sagacidad, sentimiento de la nacionalidad e ignorancia de la estructura geográfica del país, que predominó en dichos gobernantes, fácilmente puede comprenderse por qué fructificaron a la postre las sugerencias interesadas de los agentes argentinos encabezados por Martínez de Rozas, tendientes a fijar en la Cordillera de los Andes el límite oriental de Chile, abandonando la rica región trasandina a la República del Plata.

Pero no sólo debe cargarse a la ignorancia e ingenuidad de nuestros Gobernantes el cercenamiento a plazo del territorio nacional. En dosis elevada influyó también en este fenómeno el apego suicida a doctrinas y principios desconectados de la realidad y cuya aplicación sólo era respetada por la Moneda. En efecto, profundamente compenetrado con los ideales de la Revolución Francesa, Francisco de Miranda había concebido la romántica quimera de reconstituir el Imperio colonial español bajo la fórmula de una gran confederación hispanoamericana fundada en el más puro amor fraternal. Traspasada a sus discípulos O'Higgins, San Martín y Bolívar, que había de darle el impulso vital, la idea se desparamó por las distintas secciones del nuevo continente con suerte disímil. En Chile alcanzó tal magnitud que se llegó a menospreciar por mezquinos el sentimiento de la nacionalidad ante la sacrosanta hermandad continental. El Libertador, que por extraña paradoja ha sido erigido en el símbolo de la integración iberoamericana, concluyó sus días convencido de la absoluta imposibilidad de cristalizarla en la realidad:

"Yo he mandado 20 años —le decía el 9 de noviembre de 1830 al General Flores, Jefe político del sur (Ecuador)—, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1º la América es ingobernable para nosotros; 2º el que sirve una revolución ara en el mar; 3º la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4º este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5º devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6º si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América". "La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban o más bien, los va a completar. Ud. verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos y desgraciados de los gobiernos!"

En cambio, en el resto del continente afloró un nacionalismo tan violento que degeneró en dramáticas luchas por el predominio continental.

Fijación de límites

Atrapado entre las redes sutiles de los agentes argentinos que dominaban sin contrapeso la logia Lautaro y que lo habían impuesto en el poder, O'Higgins, que por ironía del destino ha sido erigido en símbolo del patriotismo, no vaciló siquiera en incorporar en la Constitución de 1822 la fijación del límite oriental en la Cordillera de los Andes cediendo *motu proprio* a la Argentina la Patagonia. Sus sucesores, entre los cuales no escapó Bello ni Portales ni Egaña, no variaron ni un ápice la concepción entreguista del héroe de Rancagua. Por el contrario, el sabio caraqueño aplaudió desde "El Araucano" la disposición constitucional.

La crisis moral y política de Argentina salvó por el momento la Patagonia para Chile.

La fanfarronería jactanciosa de los argentinos después de Maipú volvió a estremecer el nacionalismo chileno. Se afianzó este sentimiento con Portales y tuvo una

notable eclosión después de Yungay. Con el ímpetu creador de las administraciones Prieto, Bulnes y Montt (1831-1861), junto con pasar Chile a ocupar el primer puesto entre las naciones del continente, el sentimiento nacionalista alcanzó también el cénit. Moral y políticamente más fuerte, Chile ocupó el Estrecho. Más tarde, trabada la disputa limítrofe con la Casa Rosada, impulsó a la Argentina el tratado de 1856 y cerró enérgicamente el paso a las pretensiones imperialistas del Palacio Quemado. Empero las revoluciones de 1851 y 1859, que inauguraron y despidieron la administración Montt-Torres, asesinaron en la cuna la fuerza expansiva de la nación, generando en el pueblo un espíritu derrotista que descansaba sobre el presupuesto de que estas crisis revolucionarias habían hipotecado el futuro del país.

A esta altura, la natural envidia que despertó la granítica organización portaliana que contrastaba con la degradación de las otras secciones hispanoamericanas, dio paso a un no encubierto odio a Chile que lo aisló peligrosamente dentro del continente.

Con la miopía y ausencia de imaginación que lo caracteriza, el político chileno no sólo no percibió este fenómeno, sino que, derretido de amor americanista, arrojó a los pies del altar sacrosanto de la confraternidad continental, todo cuanto tenía, incluso el futuro de la patria. La incursión de Walker a Nicaragua (1856), la intervención anglo-francesa en México (1861) y la ocupación de las chinchas por España (1866) provocaron el estallido histórico de este sentimiento sin que poder humano pudiera detenerlo.

Interpretando esta crisis moral, Matta, Gallo, Vicuña Mackenna, Arteaga Alemarte, Santa María, Isidoro Errázuriz, Barros Arana, Lastarria arrastraron a Chile por la pendiente de la guerra con España. La calaverada precipitó a Chile del sitial preponderante que ocupaba al de nación de tercer orden en el continente. Con el pie en el acelerador hasta el fondo, el país se enfiló a velocidad vertiginosa por la senda de la decadencia moral. Para obtener la adhesión de Argentina Lastarria no vaciló en ofrecer en cambio las tres cuartas partes de la Patagonia y la mitad del Estrecho.

A la postre la guerra con España concluyó con los últimos restos del sentimiento de la nacionalidad. Cual sucede en todo pueblo débil, afloró en su reemplazo un acendrado amor a la justicia, al derecho y a la confraternidad, que contrastó con el nacionalismo megalómano de las otras secciones del continente.

Por desgracia, con raras excepciones, los políticos de la Moneda sólo veían con los ojos del corazón y no del cerebro.

El desvinciamiento del resorte principal de la máquina durante la especie de acefalía presidencial del período de José Joaquín Pérez, que pensaba que el 90% de los problemas se resolvían solos y el saldo no tenían solución, hizo el resto.

La situación en la República del Plata era muy diferente. No obstante la grave crisis que debió soportar Argentina en su penoso camino a la estructuración del Estado en forma (1810-1862), el sentimiento de la nacionalidad salvó incólume los recios embates de la anarquía.

La violenta expansión económica estimulada por la poderosa inyección inmigratoria, actuó de soplador sobre este sentimiento aconchado en el fondo del subconsciente.

El acelerado ritmo de crecimiento permitió a la República, a pesar de sus quebrantos, no sólo alcanzar el desarrollo logrado por Chile a costa de tanto esfuerzo, sino sobrepasarlo a una distancia sideral.

Seguros de su destino y animados de un vivo nacionalismo, no bien lograron cierta estabilidad, trazaron una política expansionista que se ha respetado hasta

nuestros días: redondear sus fronteras por el norte con la absorción del Uruguay, parte de Bolivia y Brasil, salir al Pacífico por Antofagasta y cortar a Chile en el seno de Reloncaví, apoderándose de la Patagonia y del cono austral del continente.

Fácil resulta comprender, entonces, por qué el opio americanista rebotó en los cerebros eminentemente realistas de los políticos del Plata, determinando el estrepitoso fracaso de la misión Lastarria.

De ahí también que, cuando la Casa Rosada se orientó resueltamente a apoderarse de la Patagonia contó con el apoyo del pueblo Argentino, decididamente resuelto a defender lo que estimaba sus legítimos derechos.

Las campañas de Angelis, Vélez Sársfield, Trelles, Leguisamón, Quezada, y la prensa en general, agregada a la embestida de Frías, cargaron de electricidad el ambiente, provocando un violento despertar del sentimiento de la nacionalidad. El pueblo, enardecido, salió a la calle, pidiendo a gritos la guerra y poniendo en serio aprieto a los gobernantes porteños, que estaban conscientes de su inferioridad e indefensión.

Contrasta con esta recia estructura mental la trayectoria zigzagueante de los políticos de la Moneda, ora firme, ora débil, ora nacionalista, ora entreguista.

Puede sostenerse que con los americanistas, la imprevisión se erigió en institución nacional.

Tan honda fue la postración, que, cuando Cifuentes planteó la necesidad de armarse contra el cuadrillazo, todos se volvieron en su contra como si se tratara de un perro furioso.

La crisis se tradujo en los estratos inferiores en una profunda indiferencia del pueblo chileno por los destinos de la patria.

A nadie le importaba un ardite la región atacameña o la Patagonia.

Se comprenderá, entonces, la viva molestia que produjo en el elemento intelectual, político y financiero la valerosa actitud de Adolfo Ibáñez cuando resolvió oponerse a todo trance al expansionismo argentino. Salvo Amunátegui, Cifuentes, Guillermo Blest Gana, Viel, Lira, Morla, Hurtado, del Río, nadie lo acompañó en sus gestiones. El brusco viraje experimentado por la Moneda después de su caída, permite deducir que ni el mismo Presidente Errázuriz Zañartu estaba del todo de acuerdo con su Canciller. Sólo el temor al cuadrillazo lo determinó a conservarlo a su lado. Pero, una vez alejado el peligro, se deshizo del sagaz Ministro, como quien se desprende de un enorme peso.

Su salida fue unánimemente celebrada por la gente chilena *de peso*, que, sin querer ver el fondo del pensamiento argentino, creyó despejar el camino del único obstáculo que impedía la reconciliación entre dos pueblos hermanos.

La lucha por la supervivencia y la grandeza se les representaba propia de bárbaros.

Con una ausencia de sagacidad que sólo volvería a repetirse un siglo más tarde en los partidarios de integración americana, atribuían idénticos sentimientos a las demás secciones del continente. Para ellos la política agresiva de Perú, Bolivia y Argentina obedecían a causas transitorias derivadas de gobiernos que sólo pensaban egoístamente (Perú y Bolivia) u originada por nuestros propios yerros (Argentina). A unos y a otros se les neutralizaría con el antídoto americanista.

Igual que sus herederos espirituales, los integracionistas, con un candor angelical que aún abisma, creyeron que los argentinos, por el sólo hecho de haber comido el pan del destierro en Chile, estarían empapados de amor fraternal.

La espesa venda doctrinaria les impidió comprender que los gobernantes deben luchar con todas sus fuerzas por la grandeza de su patria, utilizando los recursos que les aconsejen su sagacidad y espíritu realista, para envolver al enemigo en su propia candidez e ingenuidad.

De nada valieron los vaticinios de Ibáñez, que veía venir el peligroso desequilibrio derivado del estagnamiento de Chile y el vertiginoso auge de Argentina.

Sus esfuerzos se estrellaron contra la muralla de granito de la estulticia, cobardía moral y ausencia del sentimiento de la nacionalidad de un gobierno que había malgastado sus energías en desvaríos doctrinarios.

Barros Arana, Lastarria, y los demás, confiaban en el potencial económico de Chile y en que tarde o temprano los fuertes regionalismos desintegrarían a la Argentina en varios pequeños países, retornándola a los días de la anarquía.

Por lo mismo, consideraban que la incorporación de la Patagonia en el hipotético caso de que tuviera algún valor, minaría el cuerpo orgánico de la nación, en circunstancias que aún no se había dominado la Araucanía siquiera.

Debilitado el sentimiento de la nacionalidad hasta su aletargamiento, Argentina penetró con ímpetu arrollador, imponiendo sin esfuerzos sus puntos de vista.

Alejado Ibáñez, la Casa Rosada vio expedito el camino para avanzar hacia el sur apoyado por los americanistas chilenos y a la sombra de las dificultades que comenzaban a vislumbrarse por el norte y que concluyeron en la Guerra del Pacífico. Al mando del General Roca las fuerzas argentinas corrieron la frontera sur hasta el margen del río Negro-Neuquén apropiándose de 436.300 km² de territorio chileno. De más está decir que el Gabinete de Santiago en homenaje a la paz guardó el más riguroso silencio, no obstante que este avance revestían los contornos de una verdadera provocación y por ende un *casus belli*.

No satisfecho aún el Gobierno de Buenos Aires siguió hostilizando con intrigas a la Moneda para obtener el saldo.

Y aun cuando la Guerra del Pacífico quedó definitivamente resuelta en enero de 1880, el Presidente Aníbal Pinto, hijo de Argentina, se allanó a entregar el resto de la Patagonia y la mitad de la Tierra del Fuego en el Tratado de Límites de julio de 1881, con un total 727.266 km². La línea limitrofe correría de norte a sur hasta el paralelo 52, por las cumbres más elevadas de la Cordillera de Los Andes que dividen las aguas y pasaría por entre las vertientes que se desprendieran a un lado y otro.

Así se creyó comprar la amistad y la paz con Argentina.

Producida la pérdida de la Patagonia y constatados los primeros resultados de la colonización de la zona que auguraban un promisorio futuro para la República Argentina, se generó en Chile un curioso movimiento de reacción decadente contra los que en suerte les cupo participar en la jibarización del territorio nacional. Para saciar una costumbre muy chilena se buscó una víctima propiciatoria. Y con la misma rara unanimidad con que el pueblo chileno acordó entusiastamente la entrega de la Patagonia, ahora se unían para atacar con igual pasión a Diego Barros Arana, sindicado como autor del cercenamiento territorial de Chile. Esta posición ideológica dominó por muchos años, y políticos y escritores majaderamente continuaron señalando con el dedo acusador al antiguo Rector del Instituto Nacional. Deliberadamente olvidaron que con Barros Arana viajó a Buenos Aires en 1876 todo el pueblo de Chile en estado delirante y obcecado por una sola idea, la entrega de la Patagonia a cambio del Estrecho de Magallanes y de la confraternidad americana. Aún más, en las instrucciones impartidas por la Moneda al historiador se contemplaba concretamente esta transacción.

Quiénes creyeron comprar la paz con Argentina muy pronto vieron aventadas sus esperanzas. El descubrimiento de los yacimientos auríferos de la costa oriental de la Tierra del Fuego tentaron nuevamente a los gobernantes rioplatenses que presionaron para correr más al oeste el límite de esa región.

*Pérdida de
la Patagonia*

Siempre dispuesto a satisfacer las exigencias de la Casa Rosada el Gabinete de Santiago se allanó a firmar el Tratado de 1893 que cedió a la Argentina 779 kms² más, abriendo las puertas a la pretensión bonaerense de desviar el curso del canal Beagle para apoderarse de las islas chilenas y controlar el cono austral del continente.

Porque contrariamente a los que con ingenuidad sostienen que la actual política imperialista argentina es inspirada por los sectores militares (gorilas), ya en los tiempos de Sarmiento, alrededor de 1870, a los estudiantes argentinos se les enseñaba que su país no sería grande y poderoso sino cuando contara con puertos en los dos océanos. Se argumentaba: Estados Unidos fue siempre una nación de segundo orden mientras estuvo bañada por el océano Atlántico; sólo vino a adquirir su verdadera importancia cuando inició su gran marcha al oeste hasta conquistar las costas del Pacífico; del mismo modo, Argentina no será grande y poderosa mientras no sea una nación bañada por los dos océanos. Este axioma, inculcado en las mentes de los educandos, había de transformarse en el correr de los años en una verdadera obsesión del hombre de la calle, del gobernante, del político, en una palabra del elemento pensante de la República del Plata. Estaban afianzados los cimientos de la mística del rol preponderante de Argentina en el continente y que hoy en día adquiere rasgos patológicos tanto en el canillita, como en el obrero, en el empleado, en el banquero, vale decir, en todo el pueblo argentino sin distinción de clases y cualquiera sea el régimen que gobierne. Basta rasguñar suavemente por la superficie de las palabras impuestas por el protocolo y los buenos modales para percatarse del profundo odio a Chile que anima el espíritu de todo argentino, en parte debido a la austeridad de nuestras costumbres, a la reciedumbre de nuestras instituciones y a nuestra inalterable tradición democrática.

Pero los desengaños de la Moneda no pararon allí.

No se secaba aún la tinta de los últimos tratados suscritos cuando fuerzas argentinas subrepticamente iniciaron "la gran marcha al oeste", sobre territorio definitivamente chileno. Entre 1898 y 1900 ocuparon el valle Lacar donde fundó San Martín de Los Andes.

Luego, corrieron sus fronteras hasta el Huahum, ocupando el Pirihueico.

Siguiendo su política tradicional la Casa Rosada contestó las reclamaciones de la Moneda afirmando invariablemente que dichos actos eran meras renovaciones de antiguas ocupaciones de territorios que se encontraban incuestionablemente dentro de sus fronteras. No admitía pues en absoluto, discusión sobre el particular constituyéndose en juez y parte a la vez del litigio limitrofe.

Simultáneamente, doblegó la voluntad del Presidente Errázuriz Echaurren obteniendo la entrega de 60.000 kms² de la Puna de Atacama bajo la fórmula del arbitraje del Plenipotenciario norteamericano en Buenos Aires William Buchanan con miras a redondear las fronteras de la provincia de Salta para acercarse al Pacífico por Antofagasta.

Este nuevo apetitoso presente no calmó la ambición geopolítica argentina. Por el contrario avivó sus apetitos, arrastrando a ambos países al borde de la guerra.

*Laudo
arbitral
Británico*

Una vez más la Moneda cedió en homenaje a la paz. El laudo arbitral de su Majestad Británica de 1902 entregó a la Argentina 39.915 kms² más.

En esta forma, Chile compró su paz con Argentina en 1.264.260 kms², cancelados como hemos visto en 5 cuotas.

Nuevamente la Moneda, creyó haber alcanzado la paz. Peregrina esperanza que sólo podían concebir aquellos que no conocían el verdadero pensamiento argentino,

ser potencia de dos océanos. Los dramáticos esfuerzos de Joaquín Walker Martínez, Alfredo y Galo Yrarrázaval Zañartu, Eliodoro Yáñez, Gonzalo Bulnes, Eduardo Phillips Huneeus y del diario "La Tarde" tendientes a arrancar el velo de la ignorancia que cubría los ojos de los políticos de la Moneda se estrellaron contra el muro de granito de un pacifismo enfermizo y derrotista. Sus detractores los motejaron despectivamente con el apodo de "internacionalistas", acusándolos de pretender provocar una "guerra fratricida". En honor a la verdad ellos se limitaron a sostener con energía el deber ineludible de defender hasta derramar la última gota de sangre el más insignificante pedazo del territorio nacional, que no puede ser mercancía sujeta a los vaivenes de la oferta y la demanda.

Y tal como lo profetizaron no acababan de extinguirse los ecos de los fraternales brindis en honor a los Pactos de Mayo, cuando la Casa Rosada volvió a la carga en 1904 pretendiendo esta vez tener derecho al dominio de las islas del Canal Beagle, sobre las cuales Chile tenía una soberanía incuestionable. Simultáneamente, en el correr de los años venideros continuó su avance imperceptible hacia el Pacífico pasando por encima de la letra y del espíritu del laudo, burlándose cruelmente de la tradicional buena fe, rectitud, incommovible respeto a la palabra empeñada de los gobernantes chilenos. Para arribar a este fin, cada operación de ubicación de los hitos fijados por el laudo había de estar precedida por verdaderas batallas diplomáticas en las cuales Argentina había de poner en juego su dialéctica tradicional tendiente a oscurecer la claridad meridiana de la ley con interpretaciones que dieran satisfacción a sus planes imperialistas.

Paralelamente atropelló nuestra soberanía para extraer azufre de la mina Julia II (Volcán Socompa, Antofagasta), para llevarla a los arsenales de Córdoba y fabricar pólvora; extrajo el agua pesada de alto valor estratégico en Volcán Copahue (altura de Angol) en pleno territorio chileno, extrajo carbón de la mina Río Turbio en el Cerro Dorotea (Frente a Puerto Natales) bajo tierra chilena, ocupó Palena, atropelló la integridad en Laguna del Desierto y continuará provocando incidentes arrastrándonos a tantos arbitrajes como kilómetros de frontera separan ambos países hasta llevarnos al rompimiento, confiados en nuestro aislamiento e indefensión. En verdad la paz descansa en el temor de la Casa Rosada del valor, energía y virilidad del sufrido pueblo chileno que en condiciones también precarias salvó la honra nacional en 1879. Por ello resulta un cruel sarcasmo afirmar que es admirable que no obstante tener 5.000 km. de fronteras comunes no haya habido una guerra entre Chile y Argentina.

A todo esto los chilenos de Mendoza y de la Patagonia eran perseguidos como fieras salvajes. La propaganda irreductible del Coronel Manuel Olascoaga, primer Gobernador del Neuquén (1884), alimentó un profundo odio hacia el chileno. Refiriéndose a la expedición de Roca hacia el sur afirmaba: "El gran valor de esa feliz operación está en haber cortado para siempre la escandalosa especulación chilena que nos arruinaba y humillaba a la vez; en haber vencido no indios, sino los elementos chilenos que estaban posesionados de esa rica zona territorial".

En nuestro libro "El Aislamiento de Chile", relatamos la degollina bajo la acusación de complot de 300 chilenos que se habían reunido en la noche del 18 de septiembre de 1896 en Neuquén para celebrar el aniversario patrio.

Pero la mentalidad eminentemente jurídica de los políticos chilenos ha constituido un arcano esta insaciable tendencia expansionista de la Casa Rosada. Al igual que Aníbal Pinto atribuyen a los gobernantes argentinos nuestra propia y *sui generis* manera de pensar, nuestra excepcional estructura moral granítica, nuestro respeto religioso a la palabra empeñada. Con una ausencia de imaginación y penetración psicológica que abisma no han logrado adentrarse en el alma argen-

*Dominio del
Canal de
Beagle*

tina. Y sin embargo, basta revisar su trayectoria para percibir la doblez y duplicidad características de los sagaces estadistas rioplatenses que no desperdician ocasión para envolvernos en sus intrigas con miras a completar sus planes expansionistas. Por otra parte, una rápida ojeada al mapa permite percibir el origen de esta conducta geopolítica. No se trata del *lebensraum* de Hitler. En una palabra Argentina se encuentra abocada a la dramática alternativa de o condenar sus ricas regiones interandinas que nos arrebató en cinco cuotas, a la asfixia económica y sociológica, o darles vida y respiración a través del Pacífico su salida natural como que pertenecían a Chile. Estas zonas enclavadas en los contrafuertes y faldeos cordilleranos son inmensamente ricas. Según sus propios técnicos (el General Sarobe) pueden alimentar una población de 100.000.000 de habitantes. Su población, en un 80% chilena (alrededor de 400.000 almas), se desplaza de uno a otro lado de los Andes. Al respecto, es necesario recordar que el F. C. de Antofagasta a Portezuelo Socompa en el macizo andino, recorre una distancia de 315 km. En cambio, desde este punto a la ciudad de Salta (Argentina) el tramo alcanza a 471 km. Y desde este importante centro comercial al puerto de Resistencia y Corrientes existen 740 y 150 km., a los de Santa Fe y Paraná, hay 945 y 960 km. y finalmente, a Buenos Aires 1.395 km. Su producción debe necesariamente salir al Pacífico para abaratar los costos de explotación. Hacia esta meta encaminó sus pasos la Casa Rosada cuando le dio el zarpazo a la Puna de Atacama, primer eslabón para llegar a Antofagasta. Mendoza se encuentra a 431 km. de Valparaíso y a 1.100 de Buenos Aires. El eje Constitución-Talca-Paso Pehuenche abarca 274 km., y de este último a Buenos Aires vía Mendoza 1.980 km. Siguiendo el desvío Malargue-San Rafael-Rufino-Buenos Aires hay 1.170 kms. De Puerto Montt a San Carlos de Bariloche hay 172 km. y de este punto a Puerto San Antonio en el Atlántico 630 km., a Bahía Blanca 1.035 km. y a Buenos Aires, 1.625 km. Estas cifras permiten comprender el marcado interés del Gobierno del Río de la Plata por adueñarse de la región de Palena a 105 km. de Chaitén en el Pacífico y a 360 km. de Comodoro Rivadavia en el Atlántico. De ahí también su intención de dominar en el Beagle y en la Antártida para asumir el control del cono austral del continente.

La integración chileno-argentina constituye, pues, el mejor camino para consumir la absorción de Chile, apoderándose de la región del sur de Chiloé y saliendo al Pacífico por Antofagasta.

Los 5 caminos internacionales ahora acordados en la reunión de Mendoza, son otras tantas vías de penetración tendientes a derribar la única barrera defensiva de Chile, la Cordillera de Los Andes. En efecto, si así lo deseara Argentina podría invadirnos en término de horas por las 5 autopistas en estudio. Desde otro ángulo dichas rutas asestarían un golpe mortal a nuestra agricultura que caería aplastada por la competencia argentina. A su turno la integración regional automotriz acordada tiende a favorecer los intereses de dos empresas argentinas que absorberán a las 18 chilenas que habían alcanzado a cobrar vuelo en Arica.

No se necesita haber leído a Ratzel para comprender que dado el caso de un encuentro armado, o en la mejor de las hipótesis de una imprevista suspensión de relaciones, las regiones abastecidas por la Argentina estarían condenadas a morir de inanición.

Por extraña paradoja los políticos chilenos son los únicos que confían ciegamente en los postulados de la integración americana y no quieren ver los fenómenos sociológicos que dejamos esbozados.

Los sucesivos atropellos a nuestra soberanía fueron calificados por el Presidente electo don Eduardo Frei de "problemitas" que no podían entorpecer la grandiosa misión de la integración americana.

Incluso más, en vísperas del trágico suceso de Laguna del Desierto, el Mandatario chileno declaraba a los periodistas en Mendoza:

"El Presidente Illia es un filósofo del cual tenemos mucho que aprender".

Y creyendo tal vez haber logrado realizar la quimera de Bolívar, sostenía enfáticamente al descender en los Cerrillos:

"Hay quienes desean hacer política exterior por 30 km. de frontera de Palena. Yo deseo hacer una política por los 5.000 km. restantes. Ello da una pauta de la dimensión mental de estos señores".

En esos mismos instantes una ráfaga de ametralladora argentina, cargadas por un siglo y medio de la miopía y debilidades de la diplomacia chilena, daba por tierra en Laguna del Desierto con un miembro de nuestra Fuerzas de Carabineros y con el castillo de ilusiones edificado sobre la arena movediza de la amistad argentina.

No obstante la campaña desatada en pro de la integración Iberoamericana, en lo más profundo del subconsciente el pueblo chileno está animado del más vivo sentimiento nacionalista como consecuencia de su recio individualismo de la más pura raigambre hispana. Obsesionados por su gran quimera los integracionistas chilenos olvidan que para arribar a una efectiva colaboración internacional se requiere previamente una idéntica formación moral, social, espiritual y económica entre las distintas secciones que pretenden fundirse con un solo haz. Ni la Europa con sus 15 siglos de ventaja que le han dado una cultura homogénea y un similar nivel de industrialización, ha logrado consolidar la unidad utópica. En efecto, el mercado común del viejo continente comienza a derrumbarse frente a los naturales intereses nacionalistas en pugna. En lo que a nosotros respecta como visionariamente viera Encina, las diferentes secciones hispanoamericanas tienden cada día a un nacionalismo más acentuado. Brasil quiere ser más Brasil, Argentina más Argentina, Perú más Perú, Bolivia más Bolivia. Sólo Chile quiere ser menos Chile.

"Las cesiones territoriales y la conducta contemporalizadora no han solucionado ni solucionarán jamás las diferencias con la República Argentina, que ve detrás de estas entregas no el espíritu altruista y de confraternidad americana que la ignorancia y la ingenuidad han permitido eche raíces en el alma de los chilenos sino el temor a su potencial bélico", advertíamos en 1958. El tiempo nos ha dado la razón...

El antiguo aforismo de que el débil constituye el manjar apetecido del poderoso tiene hoy día una fuerza incontrovertible. "Si la violencia —afirmaba Encina— sigue primando sobre la justicia, el derecho, y la confraternidad, con algunas atenuaciones, entre los europeos, ¿qué puede esperarse de los pueblos iberoamericanos que ignoran lo que es el derecho, la buena fe, el orden y la justicia y que se odian entre sí?".

Consciente de estos fenómenos geopolíticos, que hunden sus raíces en la Colonia, y de la peligrosa situación de aislamiento de Chile, hace 18 años iniciamos esta campaña, a insinuación de nuestro recordado amigo Encina, tendiente a crear la mística de nuestros derechos soberanos, a fortalecer el sentimiento de la nacionalidad debilitada peligrosamente por la campaña integracionista y a entregarle a los gobernantes una imagen fiel del pasado que les permitiera suplir su inexperiencia en estas materias de suyo delicada. Hasta entonces los chilenos dormitábamos mecidos al son de la melodía celestial de la confraternidad chileno-argentina "solemnemente sellada en los campos de Chacabuco y Maipú".

Con insistencia majadera sostuvimos la necesidad imperiosa de dotar a las

*Fenómenos
geopolíticos*

fuerzas armadas de los medios necesarios para prevenir cualquier evento y darles el tecnicismo acorde a la época moderna en que un proyectil cohete reemplace incuestionablemente las prácticas arcaicas de las guerras pretéritas. No tuvimos mejor suerte que nuestros antecesores, Bulnes, Phillips, Yrarrázaval, Rodríguez Mendoza, Encina, y del General Ramón Cañas Montalva.

Insistimos en la necesidad de crear una verdadera cadena de pueblos-fronteras, mediante una intensa inmigración seleccionada entre los pueblos nórdicos. Tampoco fuimos escuchados. Sugerimos estimular a los hombres de empresa mediante tratos preferenciales, para que instalaran industrias en las extremidades norte y sur del país como medio seguro de nacionalizar aquellas regiones abandonadas. Representamos la obligación imperiosa de abrir sendas, caminos y crear aeropuertos tendientes a romper el aislamiento de nuestras regiones cordilleranas y poner fin a la vergonzosa humillación que deben soportar madres chilenas que tienen que dar a luz sus hijos en establecimientos hospitalarios argentinos, y a pobladores que deben adquirir sus bienes de consumo en el país vecino.

Con excepción del valeroso diario "La Unión" de Valparaíso, de los Comités por Chile y su soberanía, y de los senadores Exequiel González y Hugo Zepeda y del diputado Almirante Pedro Espina, el resto del país recibió con sonrisa irónica nuestras sugerencias, sin comprender que la campaña del "silencio" no nos perjudicaba a nosotros, sino a Chile...

Fueron necesarios los sucesivos atropellos en Julia II, Volcán Copahue, Río Turbio, Palena, Beagle, la Antártida y Laguna del Desierto, para que nuestros políticos despertaran del opio americanista a la cruda realidad.

El devenir de la Humanidad nos indica que ni las declaraciones pacifistas ni las buenas intenciones unilaterales han puesto fin a los atropellos de la soberanía territorial. Por extraña ironía del destino, el equilibrio del potencial bélico entre Oriente y Occidente ha mantenido hasta el momento la paz mundial. Ni la Rusia, ni la China continental ni los Estados Unidos ceden un milímetro en sus pretensiones imperialistas en aras de una quimérica paz.

Los hechos parecen demostrar que no se justifica continuar manteniendo relaciones con Argentina pues no corresponden a los ideales en que descansa la convivencia internacional. Entretanto tonificamos nuestro poder defensivo debemos informar a la opinión de la verdadera trayectoria de nuestra accidentada amistad con Argentina para formar la mística de nuestros derechos. Si bien es cierto que el Presidente es el responsable constitucional del manejo de nuestras relaciones exteriores no es menos cierto que estando de por medio el destino del pueblo que le confirió los poderes para gobernarlo por un lapso determinado, una obligación elemental es exponerle claramente la situación. Esta es una norma democrática que no exige mayores comentarios pues rige en todos los países adelantados.

Chile se encuentra aislado y sólo debe resolver sus problemas. Ni las grandes potencias ni los organismos internacionales, al servicio de aquéllas, moverán un dedo para amparar nuestros derechos.

En esta forma, el americanismo trasnochado del siglo pasado y el decadente movimiento de integración de nuestros días ha sellado el destino de Chile, precipitando al país por el plano inclinado del entreguismo. Mientras en España la pérdida de Cuba originó la Generación del 98, en Chile la pérdida de la Patagonia, de la Puna de Atacama y de los ricos valles cordilleranos no sólo no inquietó a nuestros escritores sino que hasta hubo plumas que aplaudieron estos cercenamientos territoriales como grandes triunfos de la diplomacia chilena. Incluso hoy en día a nuestros intelectuales y políticos les preocupa más los problemas del Congo, del Vietnam o del Caribe que los continuos atropellos a nuestra soberanía territorial. Enardeci-

das momentáneamente las masas populares ante los actos vandálicos de nuestros inquietos vecinos, al cabo de pocas horas o de días a lo sumo, retornan a sus hogares seducidas por el canto de sirena de la propaganda que se empeña en exhibir como grandes triunfos nuestras humillaciones en aras de la paz y confraternidad americana.

En Argentina el fenómeno operará a la inversa y la unanimidad de la prensa estimulada por la Casa Rosada, da amplia publicidad al más mínimo incidente fronterizo:

"Desde su constitución como Nación independiente —dice el semanario de Buenos Aires *STOP*, el 17 de diciembre de 1965—, Chile inició un impulso expansivo, por una parte hacia el norte, en los territorios de Bolivia y del Perú, y por otra hacia el Este: la Patagonia argentina".

La "versión" acomodada de la Historia no tiene lamentablemente rectificación ni es combatida en nuestros medios...

"Ya en el orden puramente anecdótico —continúa la revista—, no es posible dejar de señalar que el pueblo chileno posee otra imagen falsa de la cuestión. El argumento esgrimido por la cancillería chilena sobre las posibles divergencias entre las FF. AA. (Ejército) y la cancillería argentina, divulgada a través de allegados a la Embajada chilena en Buenos Aires, es inconsistente y pueril. El pueblo chileno debe saber y luego entenderlo. NO HAY DIVERGENCIAS DE OPINION EN LA CONDUCCION DE NUESTRAS RELACIONES EXTERIORES, ENTRE LAS FF. AA. Y EL PODER EJECUTIVO. Por el contrario, el Secretario de Guerra, General de Brigada Eduardo Castro Sánchez —en exclusivas manifestaciones a *STOP*— ha dicho: "La coincidencia de opiniones y objetivos es total. Nuestras fronteras no litigiosas no admiten discusión alguna, razón por la cual Gendarmería Nacional no se retirará del territorio de Laguna del Desierto que ha ocupado".

Y *stop* finaliza:

"Estas declaraciones poseen el apoyo de todo el pueblo argentino, que sin diferencias ante estas situaciones lamentables, sin resentimientos para con ningún pueblo, especialmente para con el de Chile y sin pretensiones de extender su territorio hacia el mar de Valdivia —como inexcusablemente la prensa chilena pretende adjudicarnos— espera serenamente, pero con firmeza no exenta de voluntad para cualquier sacrificio, la solución dentro del marco de la ley y sin detrimento de los más caros sentimientos nacionales".

Estas revelaciones tienen una importancia esencial pues han sido dadas a luz una semana después de las reuniones de Balmaceda entre los Ministros de Defensa Nacional argentinos y chilenos.

Oreste Plath: Folklore alimentario

PESCADOS, MARISCOS Y ALGACEAS

El mar de Chile

LA EXTENSION del litoral chileno es de 4.500 kilómetros; el fondo de pesca abarca 200 km. cuadrados. Posee el privilegio a lo largo de su costa de tener agua de tres temperaturas medias diferentes, lo que determina medios distintos, y da lugar a que una variedad de especies se multipliquen en cantidades que no es posible determinar. Igualmente costas, islas, estuarios y canales del Sur, son abrigo incomparable para el refugio y reproducción.

Chile cuenta con productos marinos que faltan en el mercado mundial. El litoral chileno posee casi todas las variedades de peces y organismos marítimos que tienen importancia en el mercado mundial, debido a las diferentes temperaturas que bañan sus costas, pues en el Norte se tiene una temperatura acuática semitropical; en el centro, templada, y en el Sur, semifría, permitiendo el desarrollo de peces de especies semitropicales, templadas y polares.

Riqueza de la materia prima del mar. La riqueza de peces en el litoral se la divide en tres zonas: de Iquique a Coquimbo, rica; de Tongoy a Constitución, menos rica; de Talcahuano a Chiloé y Magallanes, muy rica.

Chile ofrece para muchos años, incalculables años, una mina interminable de pesquería. La pesca destaca cantidad, variedad y calidad. Asimismo el tamaño y peso de algunas de sus especies asombra. Los ejemplares más grandes de albacora (*Lichia albacora*) pescados hasta ahora en el mundo han sido todos cogidos en las afueras de Tocopilla, uno de ellos pesó 495 kilos. La albacora abunda en Arica, Iquique y Tocopilla.

Junto a la abundancia de peces, las aguas se prestan admirablemente para la reproducción de moluscos y crustáceos, de buena calidad. Abundan los mariscos de prestigio mundial, como la ostra (*Ostraca chilensis*), y la centolla (*Lithodes antarctica*). Todo esto, sin mencionar a la langosta (*Palinurus frontalis*) chilena, plato preferido y de alto precio en las mesas refinadas del mundo entero.

Algunos peces, equinodermos, moluscos, tunicados y algas comestibles. No se sabe cuántas especies se tienen. Por muchos años se ha hablado de 242 especies comestibles. Un catálogo moderno de los peces de Chile probaría una mayor abundancia. Se entrega una lista de los más conocidos con una distribución que no debe considerarse precisa, sino como una mera orientación. Los límites de las regiones no son infranqueables para los peces!

¹PESCES COMESTIBLES:

Mares litoral y territorial del Norte, Centro y Sur.

Anchoa o anchoveta (*Engraulis ringens*), atún (*Thyrstites atun*), Bagre (*Porichtheys porosus*), corvina (*Cilus montti*), furel o jurel (*Trachurus trachurus* y *Tr. picturatus*), jerguilla (*Haplodactylus guttatus*), lenguado (*Paralichthys kingüi*), machuelo (*Clupea maculata*), pescada común (*Merluccius gayi*), sardina (*Lycengraulis grossidens*), sardina español-

La ostra chilena (*Ostraca chilensis*) es famosa y su imperio es el archipiélago de Chiloé. Está entre los más finos y valiosos moluscos chilenos. La región que produce la mejor ostra es la del Golfo de Quetalmahue y la bahía de Ancud.

La fauna marítima de Juan Fernández que es riquísima, destaca el crustáceo, la langosta (*Palinurus frontalis*), del orden de los decápodos y que es ciertamente la de mayor tamaño en el mundo, llegando a medir hasta 80 centímetros, con 5 kilos de peso.

Con el fin del siglo pasado, Juan Fernández canaliza su vida económica con la organización de la pesca de la langosta. La industria langostera fue creada en el año 1893 y desde esta fecha han sido varias las compañías pesqueras que desempeñan sus actividades en la isla.

La primera remesa de langosta de Juan Fernández que se hizo a Buenos Aires, donde encontró inmediato y celebrado consumo, fue en 1903, según un cronista de banquetes de esa época.

En la Isla de San Ambrosio y en la lejana Isla de Pascua, también se produce la langosta.

Y en la zona austral, en Chiloé y Magallanes, la centolla (*Lithodes antarctica*)

La ostra, la langosta y la centolla

la (*Clupea sagar*), sierra (*Thyrsitops lepidopoides*), tollo (*Galeorhinus mento*), vieja colorada (*Sebastes chilensis*), Vieja negra (*Graus nigra*), lisa (*Mugil cephalus*, *Mugil rammelebergi* y *Mugil curema*) y blanquillo (*latilus jugularia*).

En los mares litorales se encuentran:

Cauque (*Atherrinchthys lactidavia*), pampanito (*Stromateus maculatus*), pejerrey de Iquique (*Atherinchthys affinis*), pichihuén (*Umbrina ophicephala*) y rollizo (*Pinguipes chilensis*).

En los mares territoriales del Norte, Centro y Sur, se encuentran:

Albacora (*Lichia albacora*), anguila de mar (*Ophichthus ocellatus* y *Ophichthus pacifici*), blanquillo y cabrilla (*latilus jugularis*), cabinza (*Isacia conceptionis*), congrio colorado (*Genypterus blacodes*), congrio negro (*Genypterus chilensis*), hacha (*Brama chilensis*), jerguilla (*Haplodactylus gattatus*), machuelo (*Clupea maculata*), peje gallo (*Callorhynchus callorhynchus*), robalo (*Eleginus maclovinus* y *Eleginus punctipensis*), raya (*Raja chilensis* y *raya steindachneri*).

En los mares territoriales del Norte y Centro:

Bilagay (*Cheilodactylus antonii*), bonito (*Sarda chilensis*), cabrilla común y española, machete (*Clupea nothacantha*) y mojarilla (*Serranus conceptionis*).

En los mares territoriales del Centro y Sur:

Cojinova (*Seriolaella porosa*), propias de los mares territoriales del Sur son las siguientes variedades de anguilas de mar: *Gymnelis pictus*, *Iluocotes fimbriatus*, *Maynea patagonica*, *Ophichthus ater*, *Phuocoetes latitans*, *Ph. platei* y *Ph. variegatus*, *Platea insignis*.

Lenguado falso (*Thysanopsetta naresi*), raya (*Raja brachyura* y *Raja magellanica*), robalo de piedra, robalo negro y trama (*Notothenia porteri*).

— CRUSTÁCEOS COMESTIBLES: *En los mares litorales.*

Camarón (*Rhynchocinetes typus*), jaiva blanca (*Platyonichus purpurea* y *Ovalipes bipustulatus*), jaiva común o jaiva mora (*Xantho planus*), jaiva morada (*Platycarcinus dentatus*), jaiva peluda grande (Cáncer piebejus), jaiva talicuna (*Epialtus dentatus* e *Inachus mitis*), pico grande (*Balanus psittacus*).

Propio del mar litoral del Sur:

Centolla (*Lithodes antarctica*).

En los mares territoriales del Norte, Centro y Sur:

Langostín (*Galathea monodon*), esquila (*Pseudosquilla lessona* y *Squilla monoceros*).

alicateada, rojiza, de gran peso y cuya pesca aumenta en forma progresiva. Este singular crustáceo se refugia en las aguas frías. De gran calidad es la centolla fueguina, por vivir en linfas muy frías.

Conservaría

La producción pesquera se utiliza en estado fresco y también se elabora industrialmente, ya sea en salmuera, en salsa de tomate, en aceite y jalea. Existen numerosas fábricas conserveras de pescado y marisco distribuidas en Arica, Iquique, Coquimbo, Quintero, Valparaíso, Viña del Mar, San Antonio, Santiago, Talcahuano, Valdivia, Calbuco, Porvenir y Punta Arenas.

Existe una demanda siempre creciente por el atún (*Thyrsites atun*) envasado. Entre las especies de atún, el "bonito" (*Sarda chilensis*) goza de gran aceptación en Europa.

En Chiloé la preparación de marisco ahumado y pescado salado es un capítulo de la industria conservera casera. Para la ahumazón del marisco recurren al método del "curanto". Hay "curantos" que tienen por objeto cocer y desconchar los mariscos para ensartarlos y en seguida secarlos al humo.

Los productos congelados se facturan por industrias establecidas en Iquique, Caldera, Quintero, Valparaíso, Viña del Mar y San Antonio, siendo mayor la cantidad que sale al extranjero, que la que se queda en el país.

Los mayores cargamentos congelados son de centollas (*Lithodes antarctica*), langostinos (*Galathea monodon*) y camarones (*Rhynchocinetes typus*), los que van hacia los Estados Unidos de Norteamérica.

En Chiloé, la industria aprovecha las valvas de almejas (choros) (*Mytilus chilensis*) y tacas (*Venus Thaca*) para la fabricación de cal y como conchuela en la fabricación de los alimentos para las aves.

Harina y aceite de pescado

La industria de la harina de pescado es importante en Chile, como rubro de producción y exportación.

En la zona norte hay dedicación a la pesca de la anchoa (*Engraulis ringens*) que algunos llaman anchoveta y otros, chioria.

— EQUINODERMOS COMESTIBLES:

En los mares litorales del Norte, Centro y Sur: Erizo (*Strongylocentrotus albus*).

En los mares del Centro y Sur: Pepino de mar (*Holothuria platei* y *Poliphorus chilensis*).

— MOLUSCOS COMESTIBLES:

En todos los mares litorales: Choro grande (*Mytilus coru* y *Mytilus conceptionis*). Loco (*Concholepas peruviana*). Macha (*Mesodesma donacia*). Ostión (*Pecten purpuratus*). Taca (*Venus peruviana*).

En los mares litorales del Norte: Chaperina o chape (*Fissurella picta*). Traquilla (*Mactra coquimbensis*).

En los mares litorales del Centro: Calamar (*Loligo gayi*). Caracol (*Monoceros crassilabrum* y *Trochus araucanus*). Jibia (*Ommastrotrepes gigas*). Melonhué (*Trochus ater*). Pulpo (*Octopus fontanei*).

En los mares litorales del Sur se encuentran las mismas especies de los del Centro y además: Cholga (*Mytilus magellanicus*). Comes (*Pholas chiloensis*). Navajuela o quivi (*Solenocurtus dombegi*). Palupalu (*Fusus sulcatus*). Quilmahue (*Mytilus dactyliformis*).

— TUNICADOS:

En los mares litorales de todo el país se encuentra: Piure comestible (*Ascidia chilensis*). Pyura Molinae).

— ALGAS COMESTIBLES:

Abunda en el litoral chileno una gran variedad de algas; entre ellas están las industriales, las algas coloradas pertenecientes a los géneros *Laurentia*, *Gigartina*, *Chondrus*, *Laminaria*, etc., y las comestibles, como las siguientes: Cochayuyo (*D'Urvillea utilis*). Luche (*Ulva latissima*).

En Chile juega un papel como ingrediente de forrajes, destinado principalmente a la alimentación de ganado porcino y a la avicultura, siendo muy pobre su aprovechamiento para fines de alimentación humana.

Las ventajas del consumo de harina de pescado como alimento humano, nadie lo discute. Hay países que producen galletas, pan y salchichas a base de harina de pescado (anchoveta). El pan que contiene un porcentaje de harina de pescado sirve para suplir la deficiencia de proteínas en la dieta diaria de muchas personas.

La industria de la harina de pescado se divide en dos grupos bien característicos:

- 1) Las industrias y empresas de Arica hasta Tocopilla producen harina de anchoveta para la exportación;
- 2) Las industrias y compañías pesqueras desde Antofagasta a Punta Arenas, producen harina de pescado para consumo interno.

En el segundo caso, las industrias elaboran harina de pescado solamente como subproducto de la industria conservera o de la pesca de arrastre para consumo humano (venta de pescado fresco en los mercados o ferias).

El aceite de pescado, subproducto de la fabricación de harina, se utiliza como aceite comestible, margarina, pinturas y productos químicos que cuentan con una demanda estable de los países europeos.

Entre las algas marinas, Chile posee una extensa y variada gama. Proliferan en mayor o menor cantidad, prácticamente todas las especies de algas explotadas con fines industriales y científicos en otras regiones del mundo.

Especial destaque tienen aquí las algas coloradas pertenecientes a los géneros "Laurentia", "Gigartina", "Chondrus" y "Laminaria".

En 1947 se inició en el país la industria del "Agar" y actualmente existen fábricas que entregan una gran producción al año.

La explotación más sostenida para la alimentación es la del cochayuyo y el luche que los pescadores venden a los intermediarios y éstos a su vez lo venden a los almacenes y mercados.

Las poblaciones costeras consumen de preferencia la parte fresca del cochayuyo, a la que se le da el nombre de "ulte" (*Macrocysti pyrifera*). Estudiosos han dicho que la configuración geográfica de Chile es ideal para una racional explotación de las algas con fines agrícolas, donde se destinarían tanto a fertilización de los campos como a la alimentación de los animales.

Y en la cosecha del océano falta la explotación de los "pastos flotantes" formados por plantas minúsculas (Plancton vegetal) y por miríadas de animales microscópicos (Plancton animal).

En lo referente a la ballena, Chile se encuentra entre los centros balleneros del mundo: está en el cuarto lugar, aventajándolo en este sentido sólo las islas Shetland, el África Ecuatorial Francesa y la Columbia Británica.

Es sabido que Chile es uno de los países que mayor interés tiene sobre el territorio antártico. Es dueño de 1.250.000 kilómetros cuadrados, y entre su fauna acuática, la principal riqueza es la ballena.

Pescadores chilenos fueron los primeros en cazar estos cetáceos en las proximidades del Polo.

Modernas y poderosas flotas balleneras con distintas banderas realizan fructíferas cacerías en la zona chilena antártica y los mares adyacentes.

En 1790, un ballenero norteamericano que capitaneaba una flota pesquera británica fracasó en su gira en el Atlántico y, presintiendo que había muchas ballenas en el Pacífico Sur, cruzó el Estrecho de Magallanes y empezó a recorrer la parte

*Las algáceas:
cochayuyo,
luche*

*La ballena
y centros
balleneros*

austral de Chile. Su cacería de ballenas azules, de cachalotes y otras especies valiosas le dio fama. En pocos años balleneros de varios países se jugaron la vida entre las costas de Australia y Tasmania y las tierras australes y antárticas de Chile.

Alrededor del año 1804, se estableció en Más a Tierra una estación de cazadores de ballenas y de lobos de mar. Años de continua persecución terminaron casi completamente con estos animales. Hoy en día, solamente en los meses de octubre hasta diciembre, un menor número de lobos marinos aparecen en algunas riberas solitarias de las islas.

En la historia del salitre y la minería del norte se menciona a los balleneros que llegaban a los puertos de Cobija, Arica e Iquique entre los años 1830 y 1860. Eran balleneros de diferentes países y algunos llevaron salitre y minerales que embarcaron en esos puertos.

Su pesca la hacían principalmente en los mares del sur y tenían como punto de arribo la Mocha, Talcahuano y Valparaíso, cuando perseguían las ballenas que nadaban hacia el Mar de Drake y otras regiones antárticas. Pero también las seguían hacia el norte en su viaje a las costas ecuatoriales y era así como recalaban en los puertos del norte en gran cantidad y recogían minerales y ayudaban al abastecimiento de agua y víveres.

Chile concedió en el siglo pasado algunos permisos a cazadores de ballenas en la Antártida. Entre las concesiones para la explotación de la ballena en la Antártida figura la que el gobierno otorgó a la Sociedad Ballenera de Magallanes en 1906. Dicha empresa ocupó la Isla Decepción.

*Explotación
industrial
de la ballena*

La ballena en Chile lleva una vida migratoria. Los rebaños viajan, según la temporada, desde los mares glaciales a los tropicales. Durante el estío austral, es decir, de noviembre a abril, los cetáceos se congregan en el Artico. Llegado el otoño, y con él el comienzo de los grandes fríos, las ballenas inician su migración hacia el norte, hacia las tibias aguas de los mares tropicales y ecuatoriales. Este viaje es llamado por los biólogos "la migración de la reproducción". Y regresan posteriormente al sur seguidas de sus crías.

De todas las especies, se prefiere para la explotación industrial la ballena verdadera, que produce las barbas de mejor calidad. Es la de más fácil caza, porque se acerca a las costas y se interna en los estuarios y canales del sur.

La ballena azul, que es la más grande de todas las conocidas, alcanza hasta treinta metros de largo y 87 toneladas de peso y por estas cualidades es una de las más apreciadas; la ballena de esperma o cachalote, que prefiere las corrientes frías que bañan el litoral chileno hasta 100 millas afuera, produce gran cantidad de blanco de ballena (espermaceti) y ámbar gris, de gran riqueza para la industrialización del aceite y harina de fibra y de solubles; y la ballena jibosa o jorobada, de la cual existen numerosas variedades.

Las especies que se capturan en el mar del norte son azules; la esperma o cachalote; la Finback, que se caracteriza por una aleta sobre el lomo, y la Seiwall, esta última de carne comestible.

La industrialización de la ballena se lleva a efecto en factorías terrestres, en Caleta los Molles, Iquique; Caleta Quintay, Valparaíso; y en el Golfo de Arauco; y en el extremo sur, mediante la utilización de buques-fábricas.

Las ballenas suministran aceite comestible, el aceite de ballena se utiliza en la fabricación de margarina, grasa de cocina, cosméticos, aceites lubricantes, jabón y muchos otros productos. También proporcionan muchos subproductos, como hormonas, insulina, carne y huesos en polvo, abonos, alimentos para el ganado y

volateria, extractos de vitaminas y barbas para la fabricación de cepillos y otros objetos.

La carne fresca de ballena se expende en el comercio, especialmente el filete, siendo en general su carne de escaso consumo.

En la actualidad, se constata la transmisión de conocimientos de pescadores indígenas a los actuales pescadores, los que ocupan las mismas caletas y cuyos procedimientos apenas han superado —embarcaciones, anzuelos— pero las especies son las mismas que pescaban los indígenas y se les nombra con los mismos nombres araucanos o quechuas.

Hay numerosas caletas en que los pescadores efectúan sus faenas en forma primitiva y otros que realizan la pesca pieza a pieza, lo que no puede influir en el abaratamiento, consumo ni en la alimentación.

Hay mariscadores que exponen su vida a mil peligros. Sus herramientas son: el "chape", un fierro curvo en una de sus puntas, arreglado para facilitar la extracción de los locos, erizos, lapas, jaivas y demás mariscos pegados en las rocas del fondo o paredes del mar junto a la costa; y el "chinguillo", red o canasto colgado a su cinturón o a una balsa formada por cámara de neumáticos inflada.

En Chiloé, los pescadores son en su mayoría por afición antes que de oficio. En muchos lugares, la pesca se hace por medio de corrales, esto es, que se levanta un cerco junto a la playa de la casa. Este corral es un cuadrilátero o círculo de piedras o ramas de árboles y arbustos. Cuando la marea está de alta, entran y cuando está de baja los peces quedan allí aprisionados. Este curioso sistema sólo se presenta en esta provincia.

Realizan las faenas de pesca en botes o chalupas dirigidas a remo o vela. Los implementos de pesca que usan son una lienza con tres o cuatro anzuelos.

Entre los sebos y carnadas que utilizan, está la carne de jibia. Las redes son muchas veces atacadas, destruidas por el lobo de mar de un pelo, los que a su vez consumen la pesca.

Los mariscadores trabajan con arpón de tres dientes para coger los mariscos que están en el agua. Pueden tener hasta diez metros de largo, según sea la profundidad. La parte de su extremo es más gruesa y está partida en cruz a fin de que ofrezca una especie de boca para coger las cholgas u otros mariscos.

Las mariscadoras descienden hasta la playa, con las polleras recogidas y atadas a la cintura, portando un canastito y un instrumento llamado "palde" que sirve de excavador. El palde es un instrumento primitivo consistente en una vara recia de 40 a 50 centímetros, aguzada en un extremo, que sirve para mariscar. Se aprovecha para revolver la arena o el fango en las playas, a fin de descubrir los mariscos. Cavan en la arena y sacan mariscos, especialmente quilmahues. Recogen lo necesario para su cena. Este trabajo se repite cotidianamente.

Está afectada por algunos problemas, los cuales se están enfrentando por organismos estatales, hombres de estudio del país y organismos preocupados de la agricultura y la alimentación.

No se puede decir que existe la clasificación de los peces para la pesquería. Falta el Catálogo de los Peces de Chile, con las clasificaciones modernas, la distribución geográfica, sus viajes migratorios y demás condiciones biológicas.

El conocimiento de las actividades pesqueras supone un dominio de la fauna marina; estaciones de Biología Marina, y barcos de estudios oceanográficos.

Supone, además, las investigaciones sobre la contaminación del medio marino, que es lugar de descarga de los depósitos de combustible de los navios; los petroleros lavan sus cisternas a pocas millas de la costa; capas flotantes de residuos pro-

*Pescadores
precolombi-
nos y
pescadores
del presente*

*Problemas
de la pesca*

ducen estragos en la fauna, y los peces abandonan las zonas contaminadas. Las aguas residuales, las alcantarillas, lanzan miles de gérmenes patógenos; los residuos industriales, minerales, destruyen el poder autodepurador de las aguas vivas.

Hay que hacer investigaciones sobre la contaminación del mar e intensificar los intercambios científicos sobre el tema. La imprevisión puede llegar a vaciar los océanos de su fauna y de su flora, y a destruir todas las virtudes terapéuticas.

No hay que olvidar que científicos de Europa están preocupados de los residuos radiactivos procedentes de las explosiones nucleares y de las fábricas y centros atómicos.

Falta un mayor número de Escuelas Técnicas de Pesca.

Astilleros que construyan embarcaciones apropiadas para la pesca y con equipos modernos de radio o radiosonda.

Habilitación de puertos pesqueros, conforme el litoral de pesca los necesite.

Frigoríficos en los puertos pesqueros para la regularización de excedentes de pescado.

Flota de transporte terrestre frigorizada para la distribución.

Construcción de caminos transversales, antes que longitudinales, ya que la distribución de pescado y marisco no se podría hacer a los pueblos del interior o se reduciría su reparto debido a la falta de condiciones de transporte.

Apertura de mercados de pescado y mariscos o habilitación de secciones de pescado y mariscos en las carnicerías.

En las áreas rurales, en los pueblos mediterráneos, no hay distribución, simplemente. En lo referente a los ribereños, los costeros gozan del pescado, porque como es lógico lo tiene más cercano; y los habitantes de pueblos interiores no comen por la irregularidad en el abastecimiento, por los precios altos a que llega y, lo que es más, debido a la falta de hábito de comer pescado y a la afición afincada a comer carne.

Fenómenos culturales

El pueblo que come pescado, innegablemente gusta de él. ¿Qué pescado conoce de los centenares que pueblan el mar chileno? Es decir, ¿cuál prefiere y qué se le ofrece?

Bastaría recorrer los barrios populares y ver las minutas de los restaurantes en las cuales se destacan especialmente el congrio y el marisco de más alto precio. El congrio es uno de los pescados más finos que se puede encontrar; no tiene nada de común con el de otros países.

No se consume pescado en relación con la producción de cada zona pesquera o a su zona de distribución.

Nuestro pueblo ignora que puede haber escasez momentánea de pesca, pero cuando una variedad de peces se aleja, otra llega. Rechaza una gran variedad de peces. Se resiste por presentación. Se opone a la carne de ballena, a pesar de la abundancia en el puerto de Iquique, por existir una Planta Ballenera. Se argumenta olor, gusto poco agradable, además de la consistencia hilada o fibrosa que toma cuando se hace frita.

"¡Quién va a comer pescado, si no se encuentra en ninguna parte!", se oye decir.

"Carnicerías hay en todas las esquinas, y pescado dos veces a la semana". Se refieren a las ferias libres.

Se dice que el pescado es un alimento "liviano". Se cree que la carne de pescado no "llena", no deja satisfecho.

Se cree que al freír el pescado hay que pasarlo por un batido de huevo. Conta-

das son las personas que lo pasan por harina, simplemente. Y muchas veces ignoran que hay que freirlo con el aceite bien caliente.

Naturalmente, que conocen varias formas de tipo popular para preparar el pescado, como la de atravesar el pescado en el asador, envolverlo en hojas de repollo, en huiros y enterrarlo en arena con piedras calientes.

El pueblo aprovecha del pescado lo que mucha gente tira, como las cabezas de pescado y gusta de los huevos de pescada y de las algáceas.

Las creencias, costumbres, tabúes y motivaciones de la cultura tradicional relacionadas con el mar son importantes para facilitar el proceso de comprensión que se debe tener del pueblo chileno.

El pueblo cuenta con una riqueza de creencias marítimas que conforman su status cultural.

Si se comienza con las mareas, en Chiloé, se sabrá que si una mujer encinta se siente con los síntomas del alumbramiento y la marea crece, se le anuncia a la paciente que debe tener resignación, porque el parto no tendrá lugar hasta tanto no repunte el reflujo.

Sin la marea, se dice, que tampoco se puede ir de este mundo un agónico.

Entre las prohibiciones, las mujeres embarazadas no deben acercarse al mar porque éste se agita.

El lanzar arena al mar lo enfurece.

Entre las creencias que dicen relación con la pesca, siempre en Chiloé, donde se emplea el sistema de corral para la pesca, se dice que hay que golpear el corral con ramas de laurel pasadas por el fuego y ahumadas con tabaco. Esta operación se llama "hacer cheputo" y se practica para atraer abundancia de peces. Con este mismo objeto, clavan dentro del corral unas ramitas de laurel.

Si se desea una buena pesca, no se debe quemar huesos de pescado.

Se cree que la "Pincoya", especie de Nereida, vive en los parajes donde se pesca o marisca.

La "Pincoya", vive en compañía del "Pincoy", su esposo, y atrae abundancia de peces y mariscos hacia el sitio o paraje del mar donde ambos habitan. La salida de la "Pincoya" a la orilla o el treparse sobre una roca, es indicio de abundancia de pescado o mariscos.

Cuando la "Yoca" entra en un corral, se malea la pesca. La "yoca" es la jibia.

El que tiene "Pagnihue" (erupciones cutáneas), aleja la pesca al entrar a un corral.

El "Cuchivilu", el cerdo-culebra, causa perjuicios en los corrales de pesquería hozándolos.

En Puerto Montt y Aisén, entre las creencias que hacen referencia a la pesca, se sabe que cuando pasa una bandada de gaviotas, es señal que hay abundancia de pescado.

En Iquique, para la procesión de San Pedro, los pescadores lanzan al agua un anzuelo y según la pesca que se recoja, esa será la que abundará durante el año.

La salud está en los baños de mar, en las frotaciones, en las compresas con agua de mar; en el enterrarse en la arena; en sus productos, como las algáceas y los huevos de pescado, y en los caldos de mariscos, considerados reconstituyentes.

Las creencias

Medicina en relación con el mar y sus productos

En la literatura popular, canciones, coplas, adivinanzas y expresiones hacen referencia al mar.

Refranes, frases y dichos en relación con pescado, mariscos y algáceas, corrientes en el habla popular:

Refranero del pescado, mariscos y algáceas

Del Pescado:

Los peces grandes se comen a los chicos. / La visita de la suegra es como el pescado que al 3.er día se descompone. / Listo el pescado, servido y pagado. / Qué le hace el agua al pescado. / Por la boca muere el pez. / ¡Caldillo!... el pescado. / Ojos de pescado. / Cara de pescado. / Es más resbaloso que un pescado. / Tiene más agallas que un pescado. / Más espinudo que una carpa. / Flaco como una anguila. / Colorado como un congrio. / Gorda como una ballena. / Más grasa que una albacora. / Fea como un bagre. / Es un tiburón. / Apretados como sardinas.

Del Marisco:

Más tranqueador que una jaiva. / Cocido como una jaiva. / Es una pata de jaiva. / Colorado como una jaiva. / Más quemado que una apancora. / Feo como cangrejo boca arriba. / Cerrado como una ostra. / Aburrido como ostra. / Se pega como lapa. / Tiene más púas que un erizo. / Se erizó. / No me saque los choros del canasto. / Rucio, caldo de choro. / Ahorado. / Chorear. / ¡Chitas, que chorea!

De las Algáceas:

Negro como cochayuyo. / Arrugado como luche. / Lo hicieron luche.

GUISOS DE PESCADO

Albacora

Albacora (Lichia albacora). También pez-espada.

Seviche de Albacora: Se pica fina, sacando las hilachas de carne. Se prefiere la carne de filete. Se le agrega ajo molido, en seguida, sal y se le rocía jugo de limón hasta cubrirla. Se revuelve aplastándola suavemente. Se deja que macere durante unas dos horas para que el limón proceda a la cocción. Se sirve con cogollos de lechuga, mayonesa o salsa verde.

Albacora escabechada: Se frien las presas de albacora en una porción de aceite bien caliente, previamente aderezadas con ajo y pimienta. En una cacerola se hace hervir una taza de aceite y vinagre, algunos granos de pimienta entera, varias hojas de laurel, cebollas cortadas en rodajas y un ramo de perejil. Se coloca la albacora frita en una fuente y se le vacía la salsa hecha con vinagre, hasta que quede bañada. Se sirve fría, adornada con aceitunas y huevo duro en torrijas.

Albacora frita: Se cortan presas de más o menos 10 a 15 centímetros; se revuelven a continuación en harina y se frien en aceite bien caliente. Se sirven con arroz, ensalada de verduras o en emparedados.

Albacora ahumada: Preparación industrial, de realización en el norte. Albacora al horno. Caldillo de albacora.

Ballena

Bistec de ballena: Se hace a la manera de un bistec de carne de vacuno.

Corvina

Corvina cocida: Se coloca la corvina (*Cilus montti*) ya limpia, en una olla y se le pone pedazos de zanahoria, cebolla y apio. Se salpimienta. Se le agrega un poco de agua, pero sin cubrir la corvina; se tapa, se deja cocer y se sirve con papas cocidas alrededor.

Congrio

Congrio colorado (*Genypterus blacodes*) o negro (*Genypterus chilensis*).

Chupe de congrio: Se frie cebolla con ají de color, se le agrega pan remojado bien estrujado, sal, pimienta y orégano. Se cubre esto con leche y se deja hervir a fuego lento para que forme una salsa espesa. Se coloca el congrio cortado en trozos. A la salsa se le pone ají peruano. Se sirve con huevos duros y papas cortadas en trocitos.

Chupín de congrio: Primero se limpia el congrio; luego se le coloca en una cacerola en la siguiente forma: Primero, media taza de aceite, luego una capa de cebolla cortada en forma de rodajas, una capa de congrio, encima una capa de tomate y dos hojas de laurel, unos granos de pimienta entera, y así sucesivamente, una tras otra, se van colocando las capas en la cacerola, colocando entre ellas también una capa de papas en rodajas. Todo esto se deja a fuego lento. Al tiempo de servirlo, se le agrega una copa de vino blanco.

Este preparado, en el norte, es conocido por Chupín; en el sur, por Caldillo.

Caldillo de congrio: Se prepara todo en crudo. El pescado se corta en pedazos y se coloca en la cacerola una capa de cebollas para espesar, luego una de pescado; en seguida las papas en rodajas, tomates, zanahorias, pimiento morrón y toda clase de olores; aceite, pimienta, orégano, perejil. Se le vacía una copa de vino blanco y se deja cocer a fuego lento por espacio de veinte minutos o media hora. Se le debe poner la cantidad precisa de agua para que no quede ni muy claro ni tampoco muy espeso.

Congrio frito: Se corta en trozos que se salan. Se revuelcan en harina blanca; se frien en aceite o manteca muy caliente y abundante. Se sirve inmediatamente frito. Se aliña con limón y se le acompaña con ensaladas crudas, pebre de papas o papas fritas.

Albóndigas de pescada: A los filetes de la pescada común (*Merluccius gayi*), se les da una breve cocción, se le sacan las espinas y trozos escamosos. Se aprietan hasta lograr hacer una pasta a la cual se le agregan acelgas cocidas molidas, leche, pan remojado en agua o en leche, huevo y la especiería. Se hacen pequeñas formas, albóndigas que se pasan por harina y se frien. Se sirven con pebre de papas o ensaladas.

Pescada

Pescado en fuente de barro: Se corta cebolla a la pluma; se frie en aceite y al estar medio frita, se le agrega la pescada limpia y en trozos, bastante tomate pelado y picado. Todo esto se deja freír un rato en el fondo de una cacerola, con sal y pimienta. Una vez el tomate bien cocido, se le agregan dos tazas de agua, salsa de ají y tres cucharadas de leche, más un medio pan anticipadamente remojado. Se deja que hierva un rato al vapor y luego se sirve con papas cocidas.

"Huatear"* el pescado es cocinarlo en un hoyo en la arena con fuego encima, preparación corriente en el norte de Chile.

Pescado

El pescado guateado o huateado es una corvina grande, destripada, limpia y aliñada, la que se envuelve en hojas de repollo y se coloca en un hoyo en la arena. Este hoyo se cubre con arena sobre la cual se enciende una fogata.

Guateado o Huateado

También esto se conoce por "Guatía". En Belén, extremo norte, una guatía, es a base de papas con pelo y carne de cordero. No faltan en esta ocasión las ensaladas y queso fresco y salsa de ají.

Pejerrey (*Atherinichthys regia microlepidita*). Pez plateado de carne blanca muy preciada. Vive en el mar o el río.

Pejerreyes

Pejerreyes fritos: Se abren, se destripan, sacándoles la espina central y se revuelcan en harina para en seguida freírlos. El pejerrey es de un gusto exquisito.

**Huatía*. En el Perú, papas, queso y recotos envueltos en pencas u hojas de achira (canna) o de chirimoya (anona), puestos dentro de una concavidad hecha en la tierra de labrantío y encima de la cual se hace una pirámide de pequeños trozos de tierra endurecida. Todo se calienta hasta tener un plato exquisito y sabroso. La huatía o guatía es una especie de curanto chileno.

GUISOS DE MARISCOS

- Almejas* *Entradas de almejas*: Se saca este marisco de la valva y se le coloca en una fuente en donde se le deja caer jugo de limón. Se deja macerar durante una o dos horas. Luego se sirve con salsa verde o sin ella.
Almejas con limón: Se sirven crudas con bastante jugo de limón y pimienta. Se le conoce por "la ostra del pobre".
- Camaronos* *Camaronos (Rhynchocinetes typus)*.
Chupe de camarones: Se frie cebolla con ají de color; se le agrega pan remojado bien estrujado, sal, pimienta y orégano. Se cubre esto con leche y se deja hervir a fuego lento para que forme una salsa espesa. Se le agrega queso rallado, las colas de los camarones y lo demás en trozos. A la salsa se le añade una cucharadita de ají peruano. Se sirve con huevos duros y papas molidas.
- Caracoles* *Caracoles (Monoceros crassilabrum y Trochus araucanus)*. Se lavan los caracoles y se enjuagan tantas veces como sea necesario. Luego se ponen a cocer, y una vez cocidos se saca cada caracol de su concha. Se aliñan con un picadillo de verduras, con un pebre de verduras en salsa.
- Choros* *Choros (Mytilus choru)*.
Caldillo de choros: Se cuecen los choros con toda clase de verduras, se sacan de las valvas y se frien con cebolla cortada a la pluma, bastantes olores y zanahorias cortada en rodajas. Una vez a medio freír, se echan al caldo donde se cocieron, se dejan un rato, se les añade tostadas de pan y jugo de limón.
Choros crudos: Los choros se gotean de limón y se cubren de cebolla y perejil picado, bien aliñado.
Choros asados: Los choros asados en brasas se sirven con "pebre caído", es decir, cebolla y perejil finamente picado y bien aliñado.
Choritos con arroz: Los choritos se echan a cocer con sus valvas y se preparan con arroz, lo que se aliña con toda clase de especiería.
Tortilla de choritos: Choritos bien lavados se colocan en un batido de huevo, al que se le agregan las especias y harina.
 Esto se frie en la sartén.
Emanaditas fritas de choritos: Se muelen los choritos hasta formar una pasta que se aliña con las especias corrientes. Esta pasta constituye el relleno de pequeñas empanaditas que se frien y se sirven calientes.
- Erizos* *Erizo (Strongylocentrotus albus)*.
Erizos al natural: Se sacan con cuidado las lenguas de los erizos y se lavan; luego se acomodan en un plato y se sazonan con sal, pimienta, limón, aceite, cebolla y perejil picado finamente.
Tortilla de erizos: Lenguas de erizo en un batido de huevo y harina con perejil y especiería. Se frien en la sartén.
- Jaivas* *Jaiva (Xantho planus)*.
Jaivas en su caparazón: Se frie cebolla; se le agrega la pulpa de las jaivas, huevos duros y pan rallado. Una vez frito, se le agrega un poco de caldo. Se rellenan las caparazones con este preparado, se espolvorean con pan rallado y queso y se colocan al horno por unos minutos. Se sirven calientes.
- Langostas* *Langosta (Palinurus frontalis)*: Se ponen a cocer amarradas para que no huyan y la cocción sea pareja. Si esto no se hiciera, la tapa de la cacerola saltaría, pues la

langosta en los primeros momentos trata de escapar y salta. Después de 20 minutos se encuentran en su justo medio. Es conveniente dejarla enfriar antes de cortarla, para evitar que se deshaga. Se puede dividir en cuatro partes o desmenuzarse. La cola se corta en rodajas.

Picante de lapas: Se cuecen las lapas durante un tiempo prudente, ya que éstas son bastante duras. Se lavan después de cocidas. En una salsa a base de ají molido, aceite, cebolla y tomate se vacían las lapas cocidas. A continuación se deja hervir durante media hora más. De antemano se cuecen papas, las que estiladas, se aprietan a medio moler y se agregan al guiso de lapas. Al servirse se adorna el plato con huevo duro cortado y perejil picado.

Lapas

Locos (Concholepas peruviána).

Locos

Perol de locos: Se limpian los locos, los que luego se muelen con todo cuidado y en seguida se aderezan con limón, pimienta molida y aceite.

Empanadas fritas de locos.

Machas (Mesodesma donacia): Cocidas se sirven con cebolla cruda picada en pequeños cuadrillos y aliñados con pimienta y jugo de limón. Este preparado es llamado "Entrada de machas".

Machas

Sopa de machas: Se ponen a cocer las machas bien lavadas, luego se frie cebolla a tajo pluma, la que se agrega al caldo conjuntamente con un poco de arroz, sal, pimienta, orégano y comino. Entre las variantes de su presentación, al momento de servir las se les pone dos yemas de huevo batidas con leche y bastante limón.

Locro de mariscos: Se eligen los mariscos que se quieran: jaivas, locos, ostiones (*Pecten puerpuratus*). Se cuecen papas, zanahorias, arvejas, zapallo; todo esto se pica menudo. Se añaden los mariscos elegidos, ya sin valvas. Si queda demasiado seca la mezcla, se le pone un poco de caldo o agua con sal y si por el contrario, ha quedado aguada, se le deshacen algunas papas para dejarla bien unida. Una vez lista, se prepara color en manteca o aceite y, agregándole ají picante, si es del gusto, se vierte sobre una fuente, añadiendo un huevo batido para aliñar mejor.

Mariscos

Gazuela de mariscos: Cocimiento de mariscos o Paila Marina: Caldo con choros, cholgás, almejas, locos picados, trozos de pescado (puede ser merluza), langostinos, picos (*Balanus psittacus*), papas en dados, arvejas, tomates reventados, cebolla a tajo pluma frita y toda clase de especias. Al cocimiento, al caldo, se le agrega ají de color y trozos de pan frito. Se condimenta con jugo de limón. Se sirve en paila o fuente de greda.

Chadupe: Guiso preparado con mariscos secos, especialmente piures (*Ascidia chilensis*), navajuelas (*Solenocurtus dombegi*) y cholgás (*Mytilus magellanicus*), se remojan los mariscos en agua fría por algunas horas, se lavan y se enjutan. Se ponen en una cacerola con un poco de caldo y se cubren con arroz preparado con los condimentos del caso. Se cuece a fuego lento.

Chupe de mariscos; Picante de mariscos: Salsa de pan remojado en leche, a la cual se le agrega sal, pimienta, ají, queso rallado, trozos de huevo duro, choritos, trocitos de locos y pulpa de camarones. Debe quedar espeso. Se sirve en fuente de greda.

Mariscal: Preparado de ulte (*Macrocyti pyriferá*), piures, cholgás, erizos, machas, cebolla a pluma, cilantro, ají y limón.

Sipay: Es un plato costino, especie de curanto en olla, que se prepara en Constitución. Se hace una masa delgada que se pone en el fondo de la olla. Encima de esta masa se echan mariscos, chorizos, chuletas de choncho y pollo. Todo esto

bien aliñado con ají, cilantro, comino, orégano. Se tapa, cubriendo todo con otro pedazo de masa delgada y se cuece a fuego lento.

Polmay o Pulmai: Se coloca toda clase de mariscos en una olla, en la que deben hervir en la misma agua que ellos arrojan. Se sazonan con ají, cebolla y toda clase de especiería.

- Ostras* Ostras (*Ostraca chilensis*): Las ostras vivas se aliñan con limón y pimienta.
- Ostiones* Ostiones (*Pecten puerpuratus*): Se sirven crudos con pimienta y bastante jugo de limón.

GUISOS DE ALGAS

- Cochayuyo* Cochayuyo (*Durvillea utilisima*). Esta alga una vez arrancada al mar, es extendida por los pescadores sobre rocas cercanas a la playa, dejándola durante 10 o más días sometida a la acción combinada del sol y del rocío de la noche. Después se corta formando con seis tiras un mazo de unos 60 cm. de largo. En las casas, el cochayuyo se remoja en agua con vinagre, o en agua sola el día anterior, o en el mismo momento de guisarlo se tuesta un tanto a la llama.

Caldillo de cochayuyo: El cochayuyo remojado desde el día anterior y trozado en pedazos chicos, se frie y se deja enfriar. Se tiene preparada el agua bien aliñada: sal, pimienta, orégano, trocitos de zanahoria, cebolla a pluma frita en color, y media hora antes de servir se le agrega el cochayuyo frito, dejándolo que se cueza unos 20 minutos. Antes de servirlo, se prepara aparte unas yemas de huevo batida y se vierten encima del caldillo.

Cochayuyo con leche: Se pica el cochayuyo y junto con una buena porción de zapallo, se pone a cocer; cuando ambas cosas estén medio cocidas, se les agrega tomate, dejando que termine la cocción a fuego lento. Se pone en una sartén un poco de manteca o aceite; se le echa una cucharada de harina cuidando que se dore; se le agrega una taza de leche y el cochayuyo y el zapallo cocidos, deshaciendo después todo en un mortero. En seguida se sazona, poniéndolo de nuevo a cocer un rato más. Se sirve con un huevo duro finamente picado encima, en cada plato.

Cochayuyo relleno: En trozos grandes se cuece en vinagre. Una vez cocido se corta en trozos chicos y se les saca la comida de adentro. Con huevo duro, perejil y cebolla finamente picados, sal y pimienta blanca se prepara un relleno que se frie en manteca. Con esta mezcla se rellena cada trocito de cochayuyo, se pasa por un batido de huevo y se frie. Listos los fritos se ponen en una fuente y se rocían con salsa de mantequilla frita con harina y aclarada con leche.

Cochayuyo con salsa: Se elige cochayuyo del rubio y del más fresco; se remoja desde la noche anterior y al día siguiente se cuece y se parte en pedacitos. Se frie en color o en un poco de aceite con tomate la cebolla picada; se le pone un poco de harina y se aclara con leche para que quede una salsa poco espesa; entonces se añade el cochayuyo y se deja hervir lentamente. Al servirlo, se mezclan una o dos yemas. Debe quedar cremoso. Se sirve con papas cocidas o fritas.

Cochayuyicán: Llamado actualmente "charquicán de cochayuyo". Toda clase de verduras cocidas se funden con el cochayuyo cocido hecho pasta. Se le agregan especias y al servirlo se le coloca perejil finamente picado.

Estofado de cochayuyo: Cochayuyo en regulares trozos y en el mismo caldo en que fueron cocidos, se colocan papas cortadas a lo largo, cebolla picada cuadrada e igualmente zanahoria. Se le colocan especias y color. En algunas partes es "Pavo negro", y en otras "Carbonada de cochayuyo".

Fritos de cochayuyo: Trozos de cochayuyo cocidos, cortados delgados se pasan por un batido de huevo con harina. Después, se frien en aceite y se sirven con alguna salsa o papas cocidas o saltadas.

Pastel de cochayuyo: Mezcla de cochayuyo cocido y molido con cebolla picada y papas molidas con huevo batido. Se asa al horno.

Tomaticán de cochayuyo: El cochayuyo se lava y se corta en pedacitos, dejándolo toda la noche remojando en vinagre. Al día siguiente se saca y se cuece en agua con sal, pimienta y olores. Se arma el guiso con papas, cebolla frita en color y tomates picados.

Ulte (*macrocyti pyrifera*). Es llamada la parte gruesa del cochayuyo, la que tiene un sabor diferente al resto de esta planta marítima. El tronco carnoso y de sabor a yodo se echa a cocer y luego se pica en trocitos, cuadrados pequeños, se le coloca cebolla picada finamente y se le agrega aceitunas. El todo, aliñado con sal, limón y aceite.

Ulte

Guiso de ulte: Del ulte cocido se hace una molienda con papas y verduras, llevando además especias. Se le conoce como "charquicán de ulte".

Luche (*Ulva latissima*): También llamado "luchi", alga, musgo o líquen que tapiza las rocas del mar y con el cual conforman unos bolos o moldes que los comerciantes venden y luego las dueñas de casa desmenuzan echándolos a remojar y dejándolos aptos para preparar guisos.

Luche

Luche con papas: El luche con cebolla frita con todos los aderezos y papas cocidas es llamado por las marinerías y el pueblo, "Mar y Tierra".

Luchicán: En una cacerola se ponen a cocer papas, un trozo de zapallo, porotitos verdes y choclo entero. Cocido todo, se desgrana el choclo, se muele el zapallo y se pica finamente la verdura. En una sartén se frien cebollas picadas en manteca y color. También se le agregan a la sartén, tomates pelados y cortados en rodajas. Listo esto, se le agrega el luche, que estará seco en el horno y finamente picado. Se revuelve y luego se agrega la verdura. Se muele un poco con la mano del mortero. Se sazona con sal, pimienta, laurel y comino. Entonces, se le echa una taza de caldo del cocido o puchero y se le deja dar un hervor antes de servirlo.

Fernando Uriarte: El criollismo alucinante de Alejo Carpentier

LA ALTERACION que padece la vida del hombre trasladado a tierras nuevas y extensas, ha ocupado la atención de pensadores y novelistas sensibles a la singularidad del fenómeno colonial. El examen en profundidad del complicado avatar, revela aspectos sorpresivos y sustanciales de la vida humana y de la historia.

El neopositivismo, que sostiene e informa un sector importante de la filosofía contemporánea, y que es afín a otras tendencias intelectuales como el existencialismo y el racio-vitalismo, concede significación extrema a la *situación* concreta en que el hombre se encuentra, como generadora de la perspectiva vital. Tal actitud intelectual ha resultado muy desafiadora, por cierto, de los esquematismos genéricos que, por uno u otro camino, recalcan en la abstracción.

La vida en tierras nuevas, o vida colonial —fenómeno histórico que coincide, en su iniciación, con toda clase de guerras y conquistas—, madura lentamente a través de un proceso de desarraigo irreversible, que deja al individuo desenfocado y conmovido por el panorama que percibe desde el nuevo mirador.

La metrópoli original deja de ser vivida, para tornarse objeto del recuerdo. Por otra parte, la inmediatez de la tierra nueva demora en constituirse en experiencia; su primera condición es la de mero objeto favorable o adverso. Equidistando el hombre de lo propio y de lo ajeno, una vida nueva, irrestricta, se abre ante sus ojos, ya para el pensamiento, ya para la acción.

Ortega ha señalado que el pensamiento griego fue asunto de las colonias; los pitagóricos y Aristóteles; éste, un colonial típico¹. En el colono, cuando lo es de verdad, predomina el drama y la aventura, rara vez la tragedia. Esta, tenue o poderosa, es ya característica del descendiente puro o mezclado, del criollo. En nuestra América vemos como el criollo puro, descendiente de europeo por ambos lados, lleva encajada en su alma una Europa larvaria, que le obstruye la existencia y se la colma de indecisiones.

¿Qué es él? ¿Europeo, americano? ¿Qué es ser americano? El primer emigrante no conoce este tipo de inquietudes. Sabe muy bien quién es: un europeo que ganó el premio gordo de la historia, un boleto de viaje para la vida nueva en uno de sus modos más genuinos.

El criollo, a la larga, deja de serlo; no se precisa para ello, y a lo sumo, más de dos o tres generaciones.

La captación de lo que hay de vida desbaratada y vacilante entre el colono inicial y el criollo en trance de extinción, resume, a mi juicio, el alto empeño que con deslumbrante originalidad va gastando el novelista cubano Alejo Carpentier.

El estrato básico de donde arrancan las torrenciales narraciones de este novelista, es su condición de criollo puro, próximo, por tanto, al hombre moreno o de

¹Origen y epílogo de la filosofía. Fondo de Cultura Económica, 1960.

blancura mendaz que fraguó en América, para quien parece escrita una página inolvidable de Spengler que extiende su concepto a lo largo de la historia universal, una página conmovida poéticamente por la magna realidad de los encuentros raciales y sus consecuencias en todos los órdenes de la vida y la cultura.

"En una roca están enclavados cristales de un mineral. Produciéndose grietas y fisuras. Chorra agua que va lavando los cristales, de manera que solo quedan sus cavidades. Más tarde sobrevienen fenómenos volcánicos que rompen la montaña; masas incandescentes se precipitan en el interior, se solidifican y cristalizan a su vez. Pero ya no pueden cristalizar en su forma propia; han de llenar las formas que aquellas cavidades les ofrecen; y así resultan formas mendaces, cristales cuya estructura interior contradice la construcción externa, especies minerales que adoptan apariencias ajenas". A continuación, Spengler compara el quimismo geológico descrito con los cataclismos de la historia humana, y obtiene su concepto de la *pseudomorfosis histórica*.

"Pseudomorfosis histórica llamo yo —escribe— aquellos casos en que una vieja cultura extraña yace sobre un país con tanta fuerza, que la cultura joven, autóctona, no consigue respirar libremente y no sólo no logra construirse formas expresivas puras y peculiares, pero ni siquiera llegar al pleno desenvolvimiento de su conciencia propia. Toda la savia que asciende de la profundidad del alma primigenia va a verterse en las cavidades de la vida ajena. Sentimientos jóvenes cuajan en obras caducas y en vez de erguirse con propia energía morfogenética, crece el odio al lejano poder en proporciones gigantescas"².

Alejo Carpentier, acota su tema principal en una de estas pseudomorfosis históricas: la hispanoamericana, la nuestra. A la novela compete conocer el momento más íntimo de la grandiosa confusión, que el novelista cubano recrea en narraciones sostenidas por la vivencia de su criollismo básico, categoría que opera como fundamento de todas las proyecciones imaginarias que intentan sus cuentos y novelas.

Esta condición abarcadora de lo criollo, capaz de determinar la totalidad de la vida, fue perspicazmente anotada por nuestro gran crítico y profesor Ricardo Latcham Alfaro, recientemente fallecido en Cuba. En su ensayo sobre *Historia del Criollismo*, afortunadamente recogido en la Antología de Alfonso Calderón y Pedro Lastra, Latcham expresa terminantemente: "No creo que el criollismo sea exclusivamente campesino".

No lo es, tampoco, para quien, como Alejo Carpentier, puede registrarlo en todo los planos de un gran choque histórico, en la novedosa turbulencia de situaciones imprevistas. La reacción de dos elementos históricos —americano y europeo—, precipita el nuevo compuesto, nuevo primer-hombre que se inicia en la encrucijada, cuyo carácter se identifica con el de todos los que inauguran algo en la vida. "Para mí lo criollo es algo que está llegando... es la autoconsciencia de la propia juventud", escribe Carlos Alberto Erro en su *Medida del Criollismo*³.

En el libro titulado *Guerra del Tiempo* (primera edición, 1958), compuesto por tres relatos y una novela corta, Carpentier da una variante especialmente significativa de su tema básico. El tomo está precedido por una sentencia de Lope finalmente alusiva, tomada de la obra *Servir a Señor discreto*: "¿Qué capitán es éste, qué soldado de la guerra del tiempo?"

Uno de los relatos —*El camino de Santiago*—, fantasea sobre la realidad histórica desmontando del hecho rutinario y mostrenco la porción alucinante que en él

²*La decadencia de Occidente*. Tomo 3º, pág. 267. Espasa-Calpe.

³Citado por Ricardo Latcham.

va infusa, y la levanta como esquemático símbolo de la situación del hombre en un recodo del pasado. La acción comienza en Amberes poco después que los descubrimientos geográficos franquearon sendas prometedoras al hombre europeo, detenido por siglos en la gleba que cubría pesadamente el severo formalismo de la cultura medieval. Los puertos se poblaban de ojos curiosos, expectantes. Los barcos traían retazos de lo desconocido, lejanías famosas que andaban de boca en boca; traían también enfermedades traicioneras de las que no se tenían noticias. Por ahí, a orillas del Escalda, andaba *Juan de Amberes* con sus dos tambores terciados: uno suyo, y el otro ganado a las cartas.

Cierto día, *Juan de Amberes* ve bajar de una nave arrimada a la orilla, la exótica carga que sólo un Alba podía ordenar traer de las fascinantes lejanías, para regalo de una dueña melindrosa y esquiva. "Sacados de las penumbras de un sollado, aparecieron naranjos enanos, todos encendidos de frutas, plantados en medio de toneles que empezaron a formar una olorosa avenida en la cubierta. Ante la salida de aquellos árboles vestidos de suntuosas cáscaras, quedó la tarde transfigurada, y un olor a zumos, a pimienta, a canela...".

Juan de Amberes queda atónito por lo que ve; se sienta en sus tambores complacido y ya soñador. Por otro lado del barco, solapadamente "bajaba a tierra una enorme rata, de rabo pelado, como achichonada y cubierta de pústulas". A los pocos días la rata se ha multiplicado; vienen fiebres, vómitos de sangre. La gente empieza a morir. *Juan de Amberes* enferma más de miedo que de peste y en su delirio nocturno levanta la vista al cielo y ve la Vía Láctea blanquear el firmamento.

"¡El camino de Santiago! —gimió el soldado, cayendo de rodillas ante su espada, clavada en el tablado del piso, cuya empuñadura dibujaba el signo de la cruz".

El hombre de los tambores, estremecido por la visión, deja de ser *Juan de Amberes* y se transforma en *Juan de Romero*, para emprender el camino que lleva a la tumba del Apóstol en la lejana Compostela. Por la larga ruta, *Juan de Romero* sabe de privaciones y fatigas. Duerme al amparo de devotos, se acoge a los arcos de las hospederías conventuales. El camino de Santiago no se desvanece en el cielo; le guía de Norte a Sur. "Y así caminando despacio... se llega a Bayona donde hay un buen hospital para espulgarse".

En esta fila de hermanos pijoños "hay quien carga lamparones que no sanaron ni con el tratamiento del Rey de Francia, y otro que jinetea un banco para descansar del estorbo de partes tan hinchadas que parecen las verijas del gigante Adamastor".

Bañado, descansado, "con pijoños de menos y copas de más", *Juan el Romero* entra en España, antesala de América, y recalca en Burgos. En vez de ir directamente a la Catedral, se queda en el alboroto de una feria, seducido "por el humo de las frutas en sartén, el olor de las carnes en parrilla, los mondongos con perejil, *el ajimójele*".

Unos ciegos le cantan "la portentosa historia de la *Harpía Americana*, terror del cocodrilo y el león, que tenía su hediondo asiento en anchas cordilleras e intrincados desiertos. Por ahí sabe de la *Isla de Jauja*, noticiada por los acompañantes de Pizarro en el Reino del Perú. Hay un ciego de gran estatura en la feria que tañendo su vihuela da fin al romance sobre la isla famosa:

—Hay en cada casa un huerto
de oro y plata fabricado
que es prodigio lo que abunda
de riquezas y regalos.

*A las cuatro esquinas de él
Hay cuatro cipreses altos:
El primero de perdices,
El segundo gallipavos,
El tercero cria conejos
Y capones cria el cuarto.*

*Al pie de cada ciprés
Hay un estanque cuajado
Cual de doblones de a ocho
Cual de doblones de a cuatro.*

La voz del ciego toma un empaque de pregonero de levas; su voz llega a los cuatro puntos de la feria:

*—¡Animo, pues, caballeros,
Animo pobres hidalgos,
Miserables, buenas nuevas,
Albricias, todo cuitado!
¡Que el que quiere partirse
A ver este nuevo pasmo
Diez navíos salen juntos
De Sevilla este año...!*

A poco, un indiano experto, "que lleva un mono en el hombro y un papagayo en la mano izquierda" asegura a Juan El Romero que lo de Jauja y lo de la Harpia y, sobre todo, lo de los doblones no son embustes de indiano. Que todavía hay más como esa "fuente de aguas milagrosas, donde los ancianos más encorvados y tullidos no hacían sino entrar, y al salirles la cabeza del agua, se les veía cubierta de pelos lustrosos, las arrugas borradas, con la salud devuelta, los huesos desentumecidos, y unos arrestos como para empreñar una Armada de Amazonas. Y más todavía era la pura verdad: el ámbar de Florida y la otra ciudad, hermana de Jauja donde todo era de oro— hasta las bacías de los barberos". El indiano tiente profundamente al romero Juan. Carpentier ha fijado con maestría la primera desviación de su personaje que "acaba por salirse a un callejón de las afueras, donde una moza lo acoge en su cama hasta la mañana, a cambio del permiso de besar las santas veneras, que comienzan a descocerse de su esclavina".

El romero Juan ha dejado de mirar el cielo donde unas nubes ocultan el Camino de Santiago. Es presa, ahora, de un embrujo más potente que el que ejerce la tumba gallega del apóstol Mayor. Ahora quiere llegar a la Casa de Contratación porque el indiano de la feria le ha advertido que "las conquistas a lo Cortés, yéndose en armada, no era ya lo que mejor aprovechara. Lo que ahora pagaba en Indias era el olfato aguzado, la brújula del entendimiento, el arte de saltar por sobre los demás, sin reparar mucho en Reales Cédulas, convenciones de bachilleres, ni griterías de Obispos..."

La Casa de Contratación, activa su barrido humano hacia los barcos. En el folio en que Juan quedó asentado, figuran "un pellejero de la emperatriz, un mercader genovés, varios chantres, dos polvoristas, el Deán de Santa María del Darién con su paje Francisquillo, un algebrista maestro en pegar huesos rotos, Clérigos, bachilleres, tres cristianos nuevos, y una Lucía, de color de pera cocha".

El laberinto andaluz era entonces un gran resumidero humano presto a la

evasión, un cuadro abigarrado con morenas del paracumbé, guineas alcojoladas, mulatas de Zofalá. Carpentier, afina su pluma barroca ante el espectáculo tornasolado "de telas gritonas, de abalorios y de plumas, donde no faltaban enuucos de Argel, y esclavas moras con las caras marcadas al hierro, que ponían un estupendo olor de aventuras en las narices de Juan de Amberes".

Ya tenemos la silueta del indiano emergiendo desde la entraña de la vida del tiempo. El romero se ha hecho indiano. El indiano a veces vuelve, como en este caso. Bien no le fue, ni siquiera razonablemente bien. Tocó Juan el tambor en el puerto de San Cristóbal de la Habana, y un buen día mató a otro. Huyó, maldiciendo al indiano que le hiciera embarcar, a través del alto matorral hasta dar con una playa que, según el fino apunte de Carpentier, le llena los ojos de lágrimas, "al olerle a Sanlúcar el día de la partida, y también a su desván de Amberes, con la pescadería de abajo..."

En esa playa hay un calvinista, salvado de una degollina de seiscientos de sus fe que hiciera en Florida Menéndez de Avilés, y un marrano cimarrón. El Lugar es un paraíso muy rebajado, de cuya espesura salen a atenderle dos negras a quienes llama *Doña Mandinga* y *Doña Yolofa*. Entre soledades y desnudeces Juan de Amberes, ex Juan el Romero, balancea su experiencia americana, él "que ha visto enterrar mujeres vivas y quemar centenares de luteranos en Flandes, y hasta ayudó a arrimar la leña al brasero y empujar las hembras protestantes a la hoya, considera las cosas de distinta manera... luego de haber padecido la miseria de estos mundos donde el arado es invento nuevo, espiga ignorada la del trigo, portento el caballo, novedad la talabartería, joyas la oliva y la uva, y donde el Santo Oficio, por cierto, mal se cuida de las idolatrías de negros que no llaman a los Santos por sus nombres verdaderos, del ladino que todavía canta areitos, ni de las mentiras de los frailes que llevan a las indias a sus chozas para adoctrinarlas de tal suerte que a los nueve meses devuelven el Páter por la boca del Diablo".

En sus largas conversaciones, los tres europeos cimarrones se dan, por capricho de la imaginación, o por autoengaño, a inflar y potenciar en conversaciones interminables, sus respectivos pasados en la patria original. Y hasta el negro que les sirve, "el negro que apenas si se acuerda, en cuanto a su nación, de un río muy ancho y muy enturbiado de raudales, a cuya orilla había chozas con paredes de barro embostado, habla de un mundo en que su padre, coronado de plumas, paseaba en carrozas tiradas por caballos blancos... Todos sueñan, malhumorados, entre cangrejos que hacen rodar cocos secos... Todos piensan en cosas que poco tuvieron en realidad, aunque las columbraron con apetito adivino..."

Esta curiosa picardía del colono añorante se viene repitiendo sin descanso desde los días de este Juan de Amberes, a quien la vida y su pícara mala fe le jugaron la baza contraria, cuando retornó, por mera casualidad, a la Castilla imperial convertido ya en *Juan el Indiano*. El relato de Carpentier, *El Camino de Santiago*, culmina cuando su personaje se entrega a todo trazo a las dulces mentiras del recuerdo.

Juan de Amberes, luego Juan el Romero y Juan el emigrante; ahora, Juan el indiano, última coloración de una vida tornasolada. Carpentier nos lo muestra pregonando a gritos por las ferias aldeanas, dos caimanes rellenos de paja que da por traídos del Cuzco, "cuando lo cierto es que los compró a un prestamista de Toledo. ...pregona novedades de indias. "Una noche cualquiera pide vino en una taberna y cuenta sus embustes a un hombre joven que resulta llamarse Juan y es Romero, como él antaño. Sin querer, dominado por un mecanismo oscuro e incontrolable, le cuenta de una fuente milagrosa donde los ancianos más encorvados entran, etc.; y quedan listos para empreñar una armada de Amazonas.

Suelta luego lo del ámbra de la Florida y de la Jauja cuajada de oro. Juan, El Romero nuevo, escucha ilusionado las nuevas y los consejos de *Juan el Indiano*. Y estos consejos, repétian, punto por punto, las razones del indiano anterior: "lo que ahora pagaba en las Indias era el olfato aguzado, la brújula del entendimiento, el saltar por sobre los demás, sin reparar mucho en ordenanzas de Reales Cédulas, reconveniones de bachilleres, ni griterías de Obispos..."

Lo sorprendente no es que el nuevo Juan el Romero regale al día siguiente su esclavina a la moza que le acompañó de noche, olvidado del Camino de Santiago por el de Sevilla, sino que el experto y actual *Juan el Indiano*, enredado en sus propias mentiras, sigue al nuevo "tosiendo y garraspeando, pues se ha resfriado con el viento que baja de la Sierra. Cuando tiritita en el camastro de una venta, añora el calor que Doña Yolofa y Doña Mandinga llevaban dentro de la piel demasiado dura..." Se está produciendo la sugestión colectiva. Se marchan pueblos completos. Los dos juanes, el romero y el indiano, llegan a la Casa de Contratación, con facha de pícaros.

El autor los hace postrarse a los pies de la Virgen de los Mareantes, que frunce el ceño. "—Dejadlos, Señora— dice Santiago, hijo de Zebedeo y Salomé, pensando en las cien ciudades nuevas que debe a semejantes truhanes".

Al final del relato aparecen momentáneamente los motivos esenciales. La última nota la da otra vez un enorme ciego con voz deregonero de levas que ofrece viajes a caballeros, hidalgos, miserables y cuitados.

Carpentier en esta pequeña y admirable obra ha enfocado el proceso de gestación del criollo, situando gran parte de la acción en la mayor cantera generadora de nueva vida de aquel tiempo: España. El proceso natural que conduce a las nuevas combinaciones humanas arranca del nomadismo profesional del hombre histórico: el cruzado, el descubridor, el romero, el conquistador, todas fórmulas probadas y capaces de engendrar el hombre nuevo. Una leve desviación, un cambio de ruta y el Romero se hace Indiano con el alma escindida por añoranzas de aquí y de allá, en cuyas volutas e indecisiones alienta la protoforma esencial del criollo.

Veamos a continuación el tema en una obra mayor: la novela *El Siglo de las Luces*.

El Siglo de las Luces

Con el novelista cubano nos sucede lo que con muy pocos escritores: al encajar en el curioso enredo que su modo de novelar consigue con las expresiones de la vida presente y pasada, el goce literario se torna necesidad que nos impulsa a leerle indefinidamente. Suerte muy señalada es iniciar la lectura del novelista cubano con *El Siglo de las Luces*, porque en esta novela lo sorprendemos en su momento de mayor esplendor, y entramos a su palacio por la puerta de honor. Alejo Carpentier resulta imprevisible, lo que no sucede con otros escritores tan valiosos, como Miguel Angel Asturias, que de mil maneras nos hacen sospechar su tema, su actitud frente a él y la línea más gruesa del tratamiento. Carpentier es la sorpresa total. No escribe para la humanidad, para un partido o para avalar una tendencia ideológica determinada. Su literatura deriva de su propia encrucijada vital, vértice incanjeable que explica y determina la rareza deliciosa de sus relatos pacientes, desbordantes de sugerencias y pormenores cultos y eruditos, dispensados en oleadas sobre una oscura incidencia del pasado histórico. Carpentier ha hecho con su obra una bonita isla literaria, tan ceñida, difícil y deslumbrante como la de Jorge Luis Borges.

En *El Siglo de las Luces* encontramos al criollo, asentado en su perspectiva normal, enfrentando otro gran reventón europeo, apremiante y confuso que se

echó a rodar hacia América en los años postreros del siglo XVIII y primeros del XIX. *El Siglo de las Luces* abre en canal la entraña de una situación límite de la historia, que culminó en Francia y repercutió, a través de España en América colonizada y reflejante, que digiere el remezón social y le da respuesta, soñolienta y turbia, en ecos deformados a lo largo de todo el continente.

Llama la atención el método narrativo de Carpentier. Empieza por desorientar. No es que proceda por medias noticias, porque Carpentier las da en abundancia. Entra narrando hechos con gran minuciosidad y, al mismo tiempo, evita caute-losamente toda referencia al lugar en que estos ocurren. Las entradas de los personajes no son preparadas, simplemente surgen en la escena sin preámbulo orientador. Transcurridas algunas pocas páginas ya tenemos un pequeño caos de fenómenos humanos que medio se sobreentienden. En *El Siglo de las Luces*, se termina la página 54 sin saber en qué lugar ocurren las cosas. Datos inconexos, desperdigados; alguna referencia repentina configura lentamente un ámbito caribeño. La impresión sólo se afirma cuando un ciclón barre la ciudad y la deja "puesta en el hueso de sus vigas desnudas".

No sólo esto ha conseguido el narrador en 54 páginas; ha presentado, de alguna manera imprecisable, a dos muchachos y una joven guarecidos en los fondos de una enorme casa principal, vecina al bien abastecido almacén del padre, rico, muerto y enterrado solemnemente por esos días. Se trata de tres criollos en superlativo, puestos que el almacén les pertenece por herencia.

Son tres evadidos de la realidad circunstante que se han sumergido en la vetusta mansión a jugar a mundos oníricos, como en un club de adolescentes fermentados. En la penumbra de los aposentos establecen rincones exclusivos para cada cual. No tienen horario regular; cenan al amanecer unos platos de fantasía, marginados de la vida de la ciudad ardiente y caliginosa, que baraja sus soles con entre actos de lluvia y lodo.

La casa está permanentemente cerrada. Los tres jóvenes la han dividido en numerosas alcobas y salas que llenan con objetos misteriosamente encargados, elegidos conforme a las apetencias de una cultura libresca: muebles, libros, cuadros, un laboratorio de física; arcones, sedas. Todo va quedando a medio desembalar, sin embargo, y para evitar problemas de circulación, suben unos muebles sobre otros, formando pasadizos. Este abandono lleno de cosas, como una casa de remate, con tres adolescentes dentro que están cada uno en *lo suyo*, resiste holgadamente una comparación con la *alcoba* que inventó Jean Cocteau para sus *niños terribles*.

Los objetos de la vieja Europa, como tirados por la resaca, se amontonan, a medio armar algunos, en los fondos de esta casa americana donde tres jóvenes, criollos y sensitivos los miran sin manejarlos, inhábiles y estupefactos, levemente sombrios por el luto reciente, en una atmósfera interior que se disputan el olor penetrante del tasajo del almacén contiguo, amortiguado por el aroma del café que apenas puede defenderse de las emanaciones de las especias, de los cueros, del bacalao y las sales húmedas.

Hasta ese momento Europa había volcado en América marquetaría fina y retor-cimientos, barrocos y empezaba ahora a ingresar un turbador repertorio de ideas triunfantes, sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad, la conducción del Estado, entreverando en el paquete las sociedades masónicas y, sobre todo, un curioso instrumento, perfilado adustamente en la cubierta de los barcos, que en París llevaba nombre de mujer: *madame Guillotine*.

Los tres adolescentes criollos, flotantes e irresponsables, continúan haciendo un gallardo montón con la variada juguetería material y espiritual que se les cue-
la

hasta el fondo del hogar antañón. La masonería los apasiona y la digieren con desenfado:

"La afición de los adolescentes por el disfraz, el santo y seña, los buzones ignorados, las criptografías particulares, los cuadernos íntimos guarnecidos de cerrojos...".

El romanticismo americano completó su sinfonía sentimental con las grandes proyecciones de la ilustración: derechos del hombre y un poco de misterio masónico.

Ese primer embrollo argumental del *Siglo de Las Luces*, deliberadamente oscuro y confuso, es aprovechado por Carpentier para simbolizar en el personaje central —Victor Hugues— las potencias iluminantes del siglo, tanto que hasta el relato se ordena en torno a él después de su súbita presentación. Victor Hugues, por sobre todo, es un aventurero, con facultades para la intriga; un hombre de acción de corte barojiano (se puede fácilmente perfilar una línea coincidente entre Hugues y el *Aviraneta* de *El Aprendiz de Conspirador*). Hugues es criollo de origen francés, un "creole". (Criollo es un vocablo que se origina en las colonias portuguesas donde se comenzó a llamar *crioulo* al nacido de padres europeos en las tierras nuevas. Del "crioulo" portugués nació el criollo castellano y de éste el *creole* francés, según advierte Ortega en su *Meditación del Pueblo Joven*).

El contacto de *Victor Hugues* con los tres jóvenes parece un choque de dos modos del criollaje que Carpentier concerta buscando integrarlos. Criollo reciente, el aventurero; criollos antiguos, los jóvenes.

Los adolescentes habían llegado a un muelle y extremado divertimento: "El desorden llegó a su colmo —escribe el autor— cuando llegaron los artefactos de un gabinete de Física que *Esteban* había encargado... Eran telescopios, balanzas hidrostáticas, brújulas imanes, tornillos de Arquímedes... botellas de Leyden... Así, ciertas noches, los adolescentes se afanaban en armar los más singulares aparatos, perdidos en los pliegos de instrucciones, trastrocando teorías, esperando el alba para comprobar la utilidad de un prisma... Poco a poco se habían acostumbrado a vivir de noche, llevados a ellos por *Esteban*... *Rosaura*, la mulata cocinera, aderezaba la mesa del almuerzo a las seis de la tarde, dejando una cena fría para la media noche. De día en día se había identificado un laberinto de cajas dentro de la casa, donde cada cual tenía su rincón, su piso, su nivel, para aislarse o reunirse en conversación en torno a un libro o un artefacto de física que se había puesto a funcionar, de pronto, de la manera más inesperada...".

La súbita irrupción de *Victor Hugues* barre con la bohemia, por lo demás exquisita, de los tres jóvenes; el hombre de acción resulta ser un destino para cada cual: *Carlos* llegará a regentar el comercio heredado de su padre; *Esteban*, seguirá a *Victor* a Francia y jugará su vida con escepticismo en la ruta de las nuevas ideas; *Sofía* se hace amante de *Victor* y conoce, a la larga, el abismo a la vera del intrigante.

La novela se desenvuelve entre contrastes que nadie supera, originados en el choque entre abstracción y realidad; realidades europeas que son abstracciones en las factorías americanas. Y exotismos intercambiados de los que Carpentier obtiene reflejos picarescos. Para el europeo, América es el *Gran Teatro de la Universal Devoración*, ¿Y qué es Para *Esteban* —criollo— el París Thermidoriano?

"Podían algunos haberse acostumbrado rápidamente a todo esto; pero él, sacado repentinamente de sus modorras tropicales, tenía la impresión de hallarse en un ambiente exótico —esa era la palabra— de un exotismo mucho más pintoresco que el de sus tierras de palmeras y azúcares, donde había crecido sin pensar que lo visto siempre pudiera resultar exótico para nadie. Exóticos —exóticos de verdad— le resultaban aquí los mástiles y banderolas, las alegorías y enseñas... Todo era singular, imprevisto, gracioso: el traje del barquillero y el muestrario de alfileres: los huevos

pintados de rojo, y los pavosregonados como *aristócratas* por una desplumadora del Mercado... emblemas revolucionarios hechos de mazapán... Todo era listado, encintado, adornado, en tintes de caramelo, de globo montgolfiero, de soldado de plomo, de estampa para ilustrar un Mambrú. Más que una revolución, parecía que se estuviera en una gigantesca alegoría de la revolución...".

Hay otros hechos que desvían el entusiasmo de Esteban y lo separan definitivamente de los hervores de la gran revolución. Sorprende defecciones secretas por debajo de las posturas oficiales hacia el exterior. Las gentes, al conocerlas mejor, lo habían decepcionado; es la decepción del criollo que empieza por creer a pie firme en lo importado, porque debajo no tiene nada muy seguro. Así "esos vascos de gestos pausados, con cuellos de toro y perfiles caballunos, grandes levantadores de piedras, derribadores de árboles y navegantes dignos de codearse con aquellos que, buscando la ruta de Islandia, fueron los primeros en ver el mar endurecido en témpanos, eran tenaces en la conservación de sus tradiciones".

Las figuras que advierte *Esteban* en la autenticidad de la revolución se revela en cosas, al parecer, subalternas como la resistencia de los aldeanos del sur de Francia a los cambios de nombre. Así, los mandarines municipales de la revolución dieron al pueblo de Baigorri el resonante nombre de "Las Termópilas". Por otra parte, nadie aventajaba a esos campesinos en "urdir tretas para oír misas clandestinas, llevar hostias en las boinas, ocultar campanas en pajares y hornos de cal, y armar altares a hurtadillas en una granja, en la trastienda de un figón, en una caverna custodiada por perros pastores...".

Conoce *Esteban* en Bayona al español Martínez de Ballesteros, logrofiés pintoresco, masón y libertario, que también está harto, y arroja una reproducción de la llave de la Bastilla porque "hay cerrajeros cabrones que las fabrican en enormes cantidades... y ahora tenemos más llaves de la Bastilla que pedazos de la cruz de Cristo...". Hasta la música se racionalizaba y se estimaba que quien escribía una sonata faltaba a sus deberes revolucionarios. Esteban vio a una prostituta disfrazada de Diosa Razon y supo que en la Bastilla se libertaron aquel 14 de julio en total dos estafadores, dos locos y un sodomita. El joven Esteban vuelve a las Antillas francesas en un barco de la revolución, al mando de *Victor* que tiene vara alta en la Convención.

Desde esta orilla Carpentier anota expresivas curiosidades: las luces del siglo y la revolución llegan a América en el mismo barco en que *Victor Hugues* trae la guillotina. En el puerto de La Guadalupe, donde recalán, comienzan los cambios de nombre. Instalado el nuevo gobierno con *Victor* a la cabeza, se inaugura la plaza de la Victoria y se instala la guillotina que trabaja de inmediato en el cuello de los resistentes y en parte de la gran masa manumisa, liberada por decreto, que no entendió bien el asunto porque "convencida de que ya no tenía dueño a quien obedecer, los antiguos esclavos eran remisos a cultivar los campos".

La guillotina debió cumplir jornadas extras por los poblachos del interior; y en estas excursiones por el interior de América del siniestro aparato se produjeron reacciones imprevistas y significativas de un modo de tomar la revolución no contemplado por la jefatura parisiense.

"Los campesinos deseosos de comprobar la fuerza de la máquina, ponían troncos de bananos en la báscula —nada se parece más a un cuerpo humano, con su haz de conductos porosos y húmedos, que un tronco de banano— para ver cómo quedaban cercenados. Y hasta llegóse a demostrar, por zanjar una porfía, que la cuchilla no era detenida por un mazo de seis cañas de azúcar. Luego —añade Carpentier— los festejados visitantes proseguían el viaje hacia el lugar de su destino, fumando y cantando al compás de la tambora, con los gorros fríos pasados de rojo a castaño

por el sudor. La báscula, al regreso, cargaba con tantas frutas que parecía llevada por la carreta de la abundancia".

América le arrancaba una sonrisa al gesto ceñudo de la revolución, transformando su máximo instrumento de castigo en un juego de palanquetas.

Las abstracciones sedimentan en la superficie como en un cristal que deforma el empaque de los decretos que no se digieren bien, y no pasan más allá de conseguir que a un niño recién nacido se le llame Licurgo o Leonidas y se le enseñe a recitar un nuevo catecismo revolucionario. "Por otro lado —apunta Carpentier—, las moscas cebadas revoloteaban sobre las tablas pringosas del patíbulo, en tanto que *Victor Hugues* y sus jefes militares se estaban mal acostumbrando a dormir largas siestas bajo mosquiteros de tul, entre mulatas que les velaban el sueño, abanicándolos con pencas de palmera".

La piratería cambia astutamente el nombre de sus embarcaciones para ponerse a cubierto de sospechas. De la noche a la mañana, una se llama *El amigo del pueblo* (*L'Ami du Peuple*), "y andaba por las islas un buque negrero, perteneciente a un armador filósofo, amigo de Juan Jacobo. ¿Y sabe Ud. cómo se llamaba ese buque negrero? *El Contrato Social*".

Carpentier da cuenta sistemáticamente de los barroquismos, lujos y despilfarros de la naturaleza americana, de este universo de las simbiosis, del mestizaje telúrico, continente criollo también por participar de varias esencias: "Ciertos árboles eran llamados *acacias-pulseras*, *ananás-porcelana*, *madera-costilla*, *escoba-las diez*, *primotrébol*". Los peces eran *peces-perros*, *peces-bueyes*, *peces-tigres*, *pez-vieja*, *pez-capitán*.

El tema de lo criollo, que perseguimos, va mostrándose progresivamente en la odisea de *Juan de Amberes*, variando a *Juan el Romero*, y recalando en *Juan el Indiano*. Alcanza, en seguida, su integridad en los pasos y recovecos que *El Siglo de las Luces* registra, como un ejemplo de las posibilidades que la novela tiene como forma de conocimiento antropológico. Desde luego, una novela hermética, exigente y minoritaria como ésta plantea otros problemas que merecen ser estudiados para completar un cuadro interpretativo adecuado a su alto valor.

Se pueden mencionar algunos antecedentes del tema en otros novelistas. Sin atender a cronologías, recuerdo el libro de Manuel Mur Oti, *Destino Negro*, que dramatiza las situaciones del criollismo cubano y bucea en la actividad negrera del Caribe en los comienzos del siglo XIX. Apunta con precisión el pliegue del europeo en la vida de los ingenios azucareros y nos ofrece un diseño de la naturaleza lujuriente, análogo al de Alejo Carpentier. Manuel Mur Oti, según dicen, dejó la literatura por la cinematografía, al no obtener el primer premio en un concurso al que su estupenda novela fue presentada.

El antecedente barojiano, evidente, ha sido señalado por el mismo Carpentier en una entrevista. Su padre era aficionado a lo español, y sostenía que Galdós y Baroja eran mejores que todos los novelistas franceses de su tiempo, con una sola excepción: Anatole France. Los gustos del padre pasaron al hijo Alejo. Para hacer *El Siglo de las Luces* tuvo presente los veintidós tomos que dedicó Baroja a un hombre de acción aliado y enemigo de gobiernos. Prescindiendo de detalles sin importancia, Eugenio de Aviraneta y Víctor Hugues son personajes análogos. Si bien *La estrella del capitán chimista* es novela descabellada e imaginativa, y *El Siglo de las Luces* se atiene con rigor a las sinuosidades de la historia real, ambas novelas se emparejan en el tratamiento del hombre de acción que se encumbra por sobre los pretextos iniciales que al parecer le empujan, y remata en el vértigo de la acción por la acción, en la acción pura. Valle-Inclán dio lugar y relieve en sus obras al tema del indiano y del criollo que tan hondamente compromete la literatura de Alejo Carpentier. No sólo en *Tirano Banderas*, cuajada íntegramente con reflejos de su experiencia sudamericana, y que puede considerarse como el

antecedente mayor de las aproximaciones europeas, nos ofrece la prueba de su auténtico criollismo intelectual. La vocación por nuestro exotismo se manifiesta en cualquier recodo de sus novelas estrictamente españolas, en imágenes relucientes de color a propósito de un paisaje o de una escena de factoría.

Como muestra típica de esta constante de la obra valleinclanesca, recordemos una viñeta maestra entretrejida en las páginas barrocas de su ciclo *El ruedo ibérico*. Se advierte en ella el mismo temple gustador y desenfadado de contrastes a todo color que ofrece Alejo Carpentier en la reconstrucción de aquellos mentideros sevillanos donde se arremolina la poblada emigrante de su relato *El camino de Santiago*.

El tomo primero del ciclo de Valle, *La corte de los milagros*, refiere por lo menudo los lances de cámara, antecámara y alcoba de la reina Isabel y sus palacios. Hay un viaje de señoritos a un cortijo. De vuelta a Madrid el tren se detiene en una estación que recibe pasajeros del Atlántico, vía Lisboa:

"—Alcázar ¡Veinte minutos!

"Jipi, guayabera de dril, zapatos de charol, un negro antillano corría el andén, abierto de zancas, y balanceaba una jaula de loro o cotorra en cada mano. Bajo la marquesina de cinc, ocupando el recuadro de sombra, se agrupaba en retablillo el familión de un militar que llegaba de Cuba. La coronela era joven, morocha, caída de pechos, aviejada, con la mata fosca de canas y azabaches; tenía en los ojos una tristeza de carnales fuegos, en insomne contraste con la ceniza de la crencha: Aturbulaba los ojos sobre los hombres, con un mirar sagrado, profundo de tinieblas y génesis. Las hijastras eran tres señoritas muy semejantes, con la semejanza de tres cirios que arden en un candelero, con igual angustia de apagarse.

"Las tres concertaban sobre la madrastra una mirada atenta y chismosa. La madrastra tenía para ellas perezoso despego: No era más extremada con los hijos, una tropa chamiza entregada al cuidado de mucamas y asistentes. La servidumbre negra y mulata se desplegaba por el andén, portando maletines, sombrereras, líos de mantas: ondulante, ceñida a la sierpe del tren, ceceaba tropicales cadencias. La coronela, bajo la marquesina, fumaba un largo veguero... Mocitas, abuelas y zagalones, se anonadaban en la verde maravilla de los loros y en el escándalo con que fumaba la mujer morena. El coronel *Sagastizábal*, alto, flaco, enfermo de calenturas, del hígado, de los remos, maniático, polemista, republicano, hereje, masón y poeta, volvía de las calientes islas antillanas. Desembarcado en Lisboa, pisaba tierra hispánica, en Alcázar. Retórico y buen patriota, frente al campo adusto, sin agua, sin pájaros, sin ramos, buscaba en el cofre de las divisas heroicas una sugestión para entusiasmarse, y se desolaba en la procura. El alma permanecía en un estado de sórdida sequedad. A la visión real del páramo manchego, se yuxtaponía la nostalgia memorosa del remoto archipiélago antillano, en una transposición de imágenes con luz tropical; maniguales espesos, campos de caña, vegas tabaqueñas, cafetales, vastos silencios, encendidas siestas. La hamaca, el esclavo, el rebenque. Cerró los ojos frente al páramo, y se recogió en sí mismo, envolviendo el alma friolera en un jirón de retórica rojo y gualda:

"—¡Qué hermosa es la patria!

"Ceceó perezosa y displicente la coronela:

"—¡No sea zonzo, Sagastizábal!"

La nostalgia del coronel *Sagastizábal* de los maniguales espesos, de la luz antillana, equivalen a las reminiscencias que sentía aquel *Juan el indiano* de Carpentier, de su doña Yolofa y su doña Mandinga.

El repaso de estos antecedentes revela la afinidad de Alejo Carpentier con cierto sector de la novelística española, que él mismo se encarga de reforzar con alusiones y citas, y con un despliegue estilístico saturado de enjundias barrocas. La literatura

del escritor cubano corresponde al momento del criollo entusiasmado que responde a la riqueza de la realidad con un amplio y suntuoso dibujo.

El ostensible predominio de un tema nos ha distraído de su mayor éxito internacional, *Los pasos perdidos* —premiado en París un año como el mejor libro extranjero.

A través de una entrevista, Carpentier ha dado cuenta de su método y propósito: "Sentí ardientemente el deseo de expresar el mundo americano... Por espacio de ocho años creo que no hice otra cosa que leer textos americanos..." Está convencido de que más abajo del nativismo de Güiraldes, Gallegos y José Eustasio Rivera están los contextos: el telúrico y el ético-político. A su juicio, el que halle la relación entre ambos, escribirá la novela americana.

Enrique Molleto: La confesión

Personajes:

CONFESOR.

HOMBRE.

-
- CONFESOR *(Desde el interior del confesionario)*. Ave María Purísima.
HOMBRE *(Anhelante)*. Repítalo.
CONFESOR Ave María Purísima.
HOMBRE Hace mucho tiempo que deseaba oír algo así. Ave María Purísima. Ave... ¡Padre!
CONFESOR Sin pecados concebida. Habla.
HOMBRE Es lo que quiero. Hablar, hablar...
CONFESOR Empieza.
HOMBRE ¡Oh! *(Apoya la frente contra el confesionario)*. Pudiera hacerlo.
CONFESOR ¡Hazlo!
HOMBRE Creí que era más fácil.
CONFESOR Di todo lo que quieras. Te escucho, hijo.
HOMBRE Hijo... Padre. Como cuando era niño. Hijo, padre. Nombres familiares. Pero no es igual. ¡Tengo miedo!
CONFESOR No te detengas.
HOMBRE Miedo... Miedo... Miedo.
CONFESOR Estás temblando. ¿Qué has hecho?
HOMBRE Nada. Debo estar loco. Es decir, de miedo. Es alto. Camina siempre a mi lado. Al principio no hablaba. Se parece mucho a nadie o a alguien que no recuerdo. A un amigo que se ha dejado de ver. Consentí su compañía. Lo dejé. Es natural permitirle a un amigo que camine al lado de uno. Lo curioso que sea al lado derecho. El prefiere. Me acostumbré a verlo de esa manera. Me pareció natural no oponer ninguna resistencia. Después de todo, se trata de un amigo. Siempre lo encuentro en la calle. Empiezo a extrañarlo si después de caminar un poco no aparece. Lo necesito. Mejor dicho, lo necesité al comienzo. Sentía verdadera nostalgia. Nunca acepta entrar a lugares cerrados. Supuse que por un asma. Me levanto temprano para verlo más rato. Empecé a llegar atrasado a la oficina y a la casa.
CONFESOR ¡Hum!
HOMBRE ¿Qué dijo?
CONFESOR ¡Hum!
HOMBRE El también hace así, a veces.
CONFESOR ¿Hum?
HOMBRE Sí. Después de todo es agradable que un desconocido como yo tenga una amistad tan asidua. Desde un principio me hizo sentir importante. Imagínese un oficinista como yo. Casado con otra oficinista.

Dedos sucios con cinta de máquina. "Muy señor mío... Me reitero de usted..." Ya sabe esas cosas. Frases huecas. Mujer hueca. El, en cambio, me pareció comprensivo. Tiene el porte de un caballero. Sabe escuchar.

CONFESOR Ya veo. Te es indispensable.

HOMBRE Sí... No, quiero decir no.

CONFESOR ¡Ah! El miedo...

HOMBRE Sí, eso. Miedo, miedo, miedo. Repito esa palabra mil veces por ver si queda despojada de sentido. Cuando niño repetía las palabras hasta dejarlas vacías. Quedaban los esqueletos, como esos caracoles secos. ¿Qué es una palabra? Nada.

CONFESOR ¿Y?

HOMBRE No.

CONFESOR ¿Qué, no?

HOMBRE El miedo es otra cosa. Ahora, por ejemplo, estoy temblando solo de repetir esa palabra. Si Ud. no estuviera al otro lado de la ventanilla, habría huido espantado de la iglesia. ¡Ah! Berensen no quiere entender.

CONFESOR ¿Berensen?

HOMBRE El doctor Berensen. Psiquiatra. Agustinas, octavo piso.

CONFESOR De modo que va donde el médico.

HOMBRE Berensen es el último. Nadie me recibe en los consultorios. Cuando la secretaria pregunta mi nombre y contesto Ramírez, cierra el libro. No quedan horas disponibles. Señor Ramírez, dice el doctor Blanco que no quedan horas disponibles. O bien, el doctor Naranjo se fue a Isla Negra... para qué seguir.

CONFESOR Pero, ¿qué no es tu amigo?

HOMBRE Eso creía. No sé por qué empecé a temerle. El doctor Pizarro recomendó que dejara el cigarrillo y los licores. Le aseguro, padre, que no es delirio. Existe y tanto es cierto que cuando deje la iglesia se me mirará al cabo de unos pasos. A no ser que... padre, usted es mi última chance. Puedo estar endemoniado. Si quiero sanar debo admitir eso. Ningún médico desea tratarme. El mío no es un caso psicopático. Estoy endemoniado.

CONFESOR Entonces, supones que él... tu amigo...

HOMBRE Era mi amigo. Durante mucho tiempo lo consideré eso. Como lo conozco, no necesito mirarlo a cada rato. Está a mi derecha, eso basta. A veces pasan horas sin que nos miremos. Creo que dejé trascurrir demasiado tiempo porque cuando lo miré, me pareció distinto. Lo conocí en el invierno. Mala luz. Ahora a pleno sol es natural que lo encuentre distinto.

CONFESOR ¿Muy grande el cambio?

HOMBRE Inmenso. Alto, color ceniza. Los dientes largos y el pelo... ¡Oh! Lo que más espanta en él, es su pelo. Seco, muerto, como de paja y de un color indefinido. A veces es rojizo, según la luz. Poca frente.

CONFESOR De modo que el cambio lo advirtió repentinamente.

HOMBRE Sí. Quizá cambie todo los días un poco. A veces parece un caballo. Los dientes, ¿sabe? Yo aparento naturalidad. Quiero que comprenda mi indiferencia ante esos cambios. Lo miro de reojo a ver si alcanzo a sorprenderlo mientras cambia. Pero ya sus ojillos están puestos en mí, un poco saltones y brillantes.

- CONFESOR *(Tras un corto silencio)*. ¿Te atreves a una pregunta, hijo?
 HOMBRE No sé.
 CONFESOR Hazte ánimo.
 HOMBRE Sí, padre.
 CONFESOR Dime... ¿Cómo es ahora?

(Se oyen los sollozos del hombre que se retuerce contra la pared del confesionario. A ratos, parecería que está riendo. Pero no).

- HOMBRE Ho-rrri-bleee, padre. ¡Ay! ¡Ay!
 CONFESOR ¿Y es el mismo?
 HOMBRE Sí.
 CONFESOR ¿Estás seguro?
 HOMBRE Sí, padre.
 CONFESOR Entonces, ¿realmente cambia?
 HOMBRE Sí, padre.
 CONFESOR ¿Admites esos cambios?
 HOMBRE Sí... sí...
 CONFESOR Entonces estás endemoniado.
 HOMBRE ¡Ay!
 CONFESOR ¡Cálmate!
 HOMBRE Lo peor es que él sabe que le tengo miedo. Sé que sabe. Sabe que sé. Ambos sabemos. Es horrible.
 CONFESOR ¿Crees que está afuera?
 HOMBRE Sí. Le dije. Nunca entra a un lugar cerrado.
 CONFESOR ¿Cómo sabes?
 HOMBRE Sé... sé...
 CONFESOR Pero, si cambia tanto bien puede ocurrírsele entrar.
 HOMBRE No, en eso es invariable.
 CONFESOR Entonces ahí tienes tu salvación.
 HOMBRE ¿Cuál... cuál, por los clav... ¡oh, no sé lo que digo!
 CONFESOR Tu salvación es permanecer encerrado.
 HOMBRE No es posible. He vivido en una oficina.
 CONFESOR Es fácil, sin embargo.
 HOMBRE Dígame cómo, luego...
 CONFESOR Yo paso encerrado.
 HOMBRE ¿Usted padre? Es natural.
 CONFESOR ¿Qué tú vivas suelto y yo encerrado?
 HOMBRE ¿Cómo sabe que vivo suelto? ¿Le conté acaso que me despidieron?
 CONFESOR Seguramente. Ya ves, yo paso encerrado. Todas las mañanas metido dentro del confesionario. Cuando mucho, extendiendo por la iglesia mi radio de acción. Y no es muy grande que digamos. Apenas una parroquia. A mí me gusta salir. Yo también tengo un amigo.
 HOMBRE ¡Ah, también!
 CONFESOR ¿Por qué no?
 HOMBRE No sé.
 CONFESOR ¡Hum!
 HOMBRE Usted dice a menudo hum, como él.
 CONFESOR Todo el mundo dice hum. A lo mejor él busca tu compañía porque está solo y pasa todo el día encerrado.

- HOMBRE Conforme, padre, conforme. No me quejo de eso. Son sus cambios. (*Empieza de nuevo a temblar*). ¿Por qué cambia tanto?
- CONFESOR Bueno, de todo hay en...
- HOMBRE No meta a Dios, padre.
- CONFESOR Iba a decir otra cosa.
- HOMBRE Es un demonio. Al principio, usted estaba de acuerdo que era un demonio. (*Se oye una risa contenida detrás de la rejilla*). ¿Usted se rió, padre? ¡padre!
- CONFESOR ¡Hum!
- HOMBRE No diga hum. (*Nuevamente la risa, esta vez más fuerte*). Creí que era un eco de la calle, pero usted acaba de reír.
- CONFESOR ¡Hum!
- HOMBRE Y de decir hum.
- CONFESOR ¿Entonces?
- HOMBRE Es igual al que está afuera.
- CONFESOR (*Con voz suave y burlona*). ¿Quién está afuera?
- HOMBRE ¡El... él...! (*Se oye la risa más fuerte. El hombre lanza un grito de incredulidad*). ¡Noo!
- El hombre se para y corre la cortina del confesionario. De adentro lo mira un rostro que para él es inconfundiblemente horroroso. Y para cualquiera.

F I N

Guillermo Quiñónez Alvear: Balada de la galleta marinera

Canto que a nadie ha de interesar es éste

Ahí, reside su júbilo.

Ni al predicador inútil y solitario; ni a mí.

Ni a esa joven morena, toda sollozos, por un sueño venido,
seguramente, desde los ojos de un santo, tan santo,
que nunca hizo un milagro;

Dos fantasmas le robaban los senos con las caricias de su amante.
Y nada de lo demás conmovió sus duros corazones:
ni la sortija china en la larga llama del dedo,
ni la tristeza latina de la boca.

A nadie ha de interesar: ni al bandido sin daga en el cinturón,
en el imprevisto instante en que le cortó el camino un ahorcado,
sin prisa, orinando, en su ancha soledad, desde un álamo,
por cuyas ramas bajaba el tiempo oro y cobre del otoño.
Y al intentar maldecir y volver por su puñal conoció la trágica
revelación: la voz y la palabra ya no eran él.

¿Cuántos ojos lloraron en su cara, entonces?

Toda historia de bandidos tendrá, siempre, menos interés
que la del mercader inclinado sobre el mostrador, hipnotizando a su víctima,
con la fuerza primaria de la víbora a su presa.

Schiller, el germano, ya sabía esto

A nadie ha de interesar este canto: ni al avaro suicida
al verificar en sus talegas una moneda de menos tomada por su hija.
El invierno ya está ahí, como la calle al otro lado de la puerta
vistiendo traje de bruma y gorra de frío.

Avanza, cargado como un dios mítico con los fardos del pasado desaparecido,
pero su agonía se queda trasnochando, para siempre, en nosotros.
Ha sepultado recién al príncipe encantado del otoño. Escenógrafo de los
suburbios del mundo, donde la lámpara de la tristeza jamás agotó su luz.
Y, también, los caminos rurales por donde van los arrieros
y vagamundos, con sus perros ladrando cansancio, sed y hambre antiguos
como el hombre desde siempre.

El invierno está ahí

Avizora que una de las olas destroce el faro, para entrar al puerto.
 Comodoro de alta-mar y archipiélago, su pericia y audacia
 rechaza brújulas y cartas.
 Su bitácora anota tempestades altas y naufragios profundos, únicamente.
 Los vendedores de tortillas y los de castañas calientes suben los cerros
 de la edad del mar-oceano.

En la niebla agoniza la luz de los faroles

Y detrás del pregonar fragante a aguardiente, viene la lluvia.
 El grillo levanta, entonces, su espiral de hielo.
 El sapo con su croar transforma el lodo en aéreo paisaje de cristal.
 Sí. Ahí está invierno. Viste traje de bruma y gorra de frío.
 Mi oído capta a través de los muros las toses de los ancianos,
 cuyos pechos suenan a carretas viejas o a engranajes mutilados.
 Y los ojos descubren la voracidad del tiempo en los rostros de las mujeres,
 ayer, solamente, admiradas.
 ¡Ah! pero los amores quedan dentro del corazón como el verde pasto
 o el relincho muerto en el cuero de la bestia.
 Y la gran luz negra en el fondo del ojo seco del cadáver.
 Y el tiempo en la maquinaria rota del reloj.
 Canto de días viejos, porque aún contengo juventud.
 Agrietado como históricas murallas.
 Siempre la prosapia supervive comentando el rostro desaparecido.
 Canto de abismos alucinados, precipicios y vértigos,
 semejante a esta latitud marinera de alma submarina,
 tal la de la jibia, el coral, el hipocampo y su amazona, la sirena.
 De arquitectura e ingeniería, idéntica, eres VALPARAISO,
 a la del océano en tempestad.
 Entre cerro y cerro anclan los huracanes a calafatear sus quillas
 de alta sombra, y a parchar las velas quemadas por la sal.

La obscuridad abre su párpado de aceite

Oficia un canto funeral a otra noche desaparecida y sin borrachos.

Tu profundidad la ignoro noche

La aventura de las anclas nunca ha subido el moho de tu fondo.
 El límite de tus dominios no lo ha cantado el viajero al partir
 ni el navegante al regresar, noche.

Me es extranjera tu cumbre

En ella, jamás, han graznado los pájaros nocturnos, noche.
 Ignoro entre qué puntos cardinales se desgarran tu corazón, noche.
 Sin embargo, como una ciudad blanca con mujeres de cabellera negra,
 llorando amores, o un mago crucificando el mar vivo tu magia, noche.
 Adentro de tus altos muros de alcohol los esqueletos en vigilia
 de los poetas encienden fuegos fatuos, noche.

Fuegos fatuos que acusan al mundo, noche

Espantado el caballo verde del relámpago se precipita en las tinieblas.
 Yo no explico la leyenda de Lucifer.
 Germina, también, el polvo y la carcoma en este canto, voluptuosamente.
 Canto, casi, sin euforia, pero algo del mar participa.
 Numerosos hombres lo hubiesen comentado.
 ¡Ya están todos muertos! ¡Todos!
 Muertos como el instante, ese, en que ellos y yo nacimos.
 Todos muertos con sus vientres secos, idénticos a toneles
 donde antiguamente hubo aguardiente.
 Sus rudos y hondos pechos, tempestuosos mapas sentimentales,
 tatuados con nombres de rubias y morenas, africanas y orientales,
 devorados fueron por las jaibas y los pulpos.
 Unos están sepultados en los cementerios de los puertos.
 Desde los mástiles las gaviotas les llevan noticias de zarpes.
 Y escuchan con las caracolas de sus orejas a las resacas
 morder guijarros cerca de sus pies.
 Otros, van con las corrientes por el fondo de los mares
 en desesperado afán de alcanzar alguna botella de ginebra,
 a todo trapo navegando hacia lo nocturno antiguo de las tabernas.
 De esa noche que se sienta con los bebedores a escuchar el monólogo
 subterráneo de la sangre de las cepas, en las mesas noctámbulas.
 Maderas fraternales, en ellas duermen en cerrado nudo los barbados vientos
 y la delgada lluvia y su armonía.
 Rito antiguo, logrado al conjuro de noches y noches
 como los ojos redondos del buho y su plumaje.
 Mesas mudas, leales; así como el traje del auriga funerario
 no comenta la condición del cadáver, ellas no delatan secretos.
 En vuestras cubiertas, por el amanecer, desembarca el júbilo
 de mis amigas y amigos.
 El mozo lo barre, siempre, junto con la ceniza de los cigarrillos
 como si fuera la pena, o la tristeza o la pobreza.
 Desde la popa de la noche, ya, en el horizonte un marinero ebrio grita.

Fósforos japoneses, mujeres alemanas, gin holandés¹.
Canto melancólico es éste.

El pretérito pasa entre luz y sombra, en desesperado galope.
 Pero el terror y el miedo genera en todo guerrero la hazaña y el heroísmo.
 Como de yodo la ola saturado está este canto de antigua melancolía.
 Resucitado un día fue por un vestido de terciopelo rojo,
 abotonado por mis manos, una tarde, en una casa ya destruida.
 Y cuando todo el olvido era se me apareció desvaldo, arrugado,
 en una ropavejería de barrio agresivo y con las alcantarillas rotas. Mis piernas
 retrocedieron, pero yo me quedé ahí, una larga jornada.
 Los botones me miraron con caras de viejos mendigos,
 en esquina donde se anunciara el fin del mundo.
 Algo de la alegría de mi infancia sale hecha tristeza
 por mis ojos, ahora, al cantarte,

¹Pregón holandés.

Galleta marinera.

Tristeza de quien regresa del ataúd para recibir a una amiga
a la que habíamos prometido un cesto de cerezas
cuidadas todo un invierno, y no la encontramos.

La elegí entre varias traídas por mi padre al hogar.

Mi ternura, abundante, la clavó a uno de los muros de mi cuarto.

Era de rostro desventurado como las heroínas de los folletines
del siglo XIX, que precipitaron en sollozos y suspiros
a las abuelas fragantes a azucenas e incienso.

Jamás las riberas de su origen me preocuparon; ni la lengua
en que las mujeres arrullaron su venida al mundo.

Sabía, solamente, su arribada en un velero,
cuya bandera ignorábamos todos.

Lo tripulaban marineros de jerseys azules.

Bajaban a tierra cantando y fumando pipas,
el humo les entregaba la dirección de los vientos.

El mascarón de proa glosaba la pasión y el lirismo pagano
de los arrogantes armadores.

Quizás, fuera nórdica, de alma profunda como los espejos antiguos,
en cuyos interiores desaparecieron hombres, mujeres y atavíos.

Italiana, lírica y religiosa; pecadora y penitente.

Francesa, gustadora de los licores color ámbar
y de los atardeceres perfumados de garúa.

Inglesa, rubia como una libra esterlina.

Española, apasionada y sensual; rojo cirio de misa negra.

Portuguesa, soñadora y sentimental.

Pálida eras, *Galleta Marinera*, como las manos de una doncella
regresando de las tinieblas del amor.

Distante de las jarcias donde los vientos aúllan, sangran y se doman
lejos de las tétricas sentinas, tumba de las iras
y de las maldiciones de los aparejos, espacio de terror
donde la muerte se asusta.

Destino de los capitanes posesos y de los marineros desertores
que enloquecían mordidos por la sal y el silencio,
y devorados eran por las grandes ratas ciegas.

Sepulcro del grito, de la voz, de la alarma,
del gemido, por ningún oído captados en las noches de zozobra
cuando las linternas de los entrepuentes
se apagaban y rompían como alas de zancudos.

Fuera del mar, del olor a breá y yodo,

alucinada por las rutas solitarias, la pereza de los pairos,

las islas negras, verticales y sonoras,

habitadas por fantasmas golpeando campanas altas de plomo,
llamando a los lentos buzos rezagados adentro de las escafandras,
con los ojos abiertos, llenos de sueño marítimo

de bancos de perlas y fabulosos galeones, se desgarraba sin voz.

Añorando el tráfico de playas enmohecidas

y las caletas de olas viejas, seguramente,

enfermó del mar y de sus maleficios.

Y, una noche o un día, leal a su tradición

se disolvió en la larga humedad del muro de mi cuarto.
 Día o noche en que el trueno reventaba y llenaba de terror
 el vacío corazón de los seres.
 La nostalgia del mar océano y sus horizontes
 le habían mordido el alma como a los perros de los veleros,
 que bajaban a tierra con las tripulaciones,
 y se quedaban dormidos debajo de los catres de los lenocinios,
 arrullados por la música febril de los somieres,
 y, después, morían en los malecones ladrándole a las velas,
 cargadas de vientos, de todos los barcos.
 En la épica y en las leyendas del mar
 flamean las banderas de todos los piratas.
 Se escucha el estampido de todas las culebrinas.
 Se coleccionan los cofres de todos los corsarios
 y la heráldica de la *Galleta Marinera* se perdió,
 en un silencio de agua y harina.
 Lentamente, el mundo crece y se hace redondo
 como una naranja adentro del invierno.
 En las travesías, los vigías envejecían en las cofas,
 sin lograr dejar en las cubiertas el grito augural
 que se rompería y repartiría de

¡Tierra! ¡Tierra!

En ese minuto.
 En esa hora hubo un millón de siglos en un día.
 En ese instante están todos los cojones de España
 encima de las olas o en el fondo de los mares,
 amortajados en la canción de cuna gris-azul.
 Y, en el puente de su carabela, el genial genovés

Don Cristóbal Colón,

liendres y piojos en su larga cabellera de almirante
 de los océanos y de las tierras, comenta a su corazón
 la órbita universal de su soledad.
 Los navegantes que regresan le han jugado a la brisca,
 a los dados, vida y destino a la muerte.
 Vuelven mascando tabaco, y con presentes de monos
 doctos en gestos obscenos y loros letrados en sucias palabras,
 fiesta de los escolares en sus pizarras y en los muros de las ciudades.
 Los reyes desairan a los embajadores.
 Antes, se hacen mostrar un indio todo cobre
 como la Cordillera de los Andes.
 Y consultan a los teólogos si es pecado mortal
 comer papas indígenas con costillas de cerdo
 y vinos cristianos.
 Los gentiles caballeros demuestran a su dama su valor y osadía
 acariciándoles la concha a la gran tortuga de las islas Galápagos.
 De la carcajada, Europa, se sumerge, hunde, en el espanto
 y la meditación.

En esa hora.

En ese tiempo, entra a la cámara de los capitanes
y a los putrefactos bodegones de las tripulaciones la mujer.

La mujer de goma.

Elástica, flexible; serpiente cazando insectos en el seco aire del verano.

Cintura delgada de madrigal.

Caderas largas de ola.

En los ojos la selva y el pasado del mundo.

Mujer de los equinoccios y de las auroras boreales.

Por ella, las quillas se internan en los golfos,
atravesan cabos, cruzan estrechos, alcanzan islas.

Por ella, la Cruz del Sur y los cuatro pétalos de la Rosa de los Vientos. Por
ella, las islas de azúcar, las de canela y vainilla.

Los países de almizcle y esmeraldas.

Las tierras de oro: América. Cipango. Catay.

Para ella, divinidad del mar,

Stela Maris.

Mi corazón se ha abierto como una mano planetaria
en afán de pintar todo el firmamento, para proyectarte
desde las estrofas de mi canto al otro lado de la leyenda,

Galleta Marinera.

Tu recuerdo se había hundido con las últimas fragatas,
bergantines y veleros de destinos deshechos y brújulas equívocas.
¡Bergantines! ¡Galeones! ¡Veleros! ¡Arboladuras!

¡Epifanías del espacio!

En el fondo de los océanos vuestra belleza singular y mágica
como las alas urgentes de la luz ignorada fue,
por el alma de los hombres, aptos, sólo,
para amarse sus rostros pintados de vanidad.

En las cuadernas los moluscos mudos y ciegos se reproducen alegremente
y se nutren de seculares maderas: roble, pino, teca.

Canto a lo desaparecido, a lo olvidado es. ¡Oh tristeza!

Canto que a nadie ha de interesar es éste.

Ahí, reside su júbilo.

Patricio Marchant: Esencia y existencia en la ontología de Nicolai Hartmann

"Temprano, en efecto, y sin antes ejercitarte, intentas, Sócrates, definir lo bello y lo justo y lo bueno y cada una de las formas... Hermoso y divino, has de saber, es el impulso que te lleva a pensar. Pero ejercitate más en estas cosas que parecen inútiles y que el vulgo llama vanas sutilezas; hazlo mientras seas todavía joven; de otro modo, la verdad te escapará" (*Parménides*, 135 c-d).

¿QUÉ INTERÉS especial tiene la concepción de Nicolai Hartmann acerca de la *Essentia* y de la *Existentia*? ¿Qué resultados importantes dependen de su esclarecimiento? Al parecer, nada hay en esta concepción que sea esencial. *Essentia* y *Existentia* no ocupan un lugar fundamental ni siquiera en la filosofía del propio Hartmann y no poseen tampoco una resonancia afectiva particular, como es el caso, por ejemplo, de la noción de existencia en el existencialismo. Verdad es que en ella se ponen en juego rigurosamente ciertos supuestos metafísicos generales, pero esto, para quien se interesa tan sólo por lo señaladamente decisivo, no parece ser importante ni constituye tampoco una razón que justifique un estudio. Sin embargo, de distinto modo podría pensarse si se reflexionase seriamente sobre el viejo consejo de Parménides al joven Sócrates, arriba citado. Pues la verdad no se obtiene sólo con buenas intenciones, sin sudor ni esfuerzos, y el ejercicio dialéctico, por más alejado que parezca estar de lo decisivo, es lo único que de verdad nos puede acercar a él. Pero, ¿en qué consiste tal ejercicio, tal gimnasia intelectual? Según el antecedente platónico, en el esclarecimiento de todos los caminos filosóficos posibles, en la discusión de las conexiones necesarias a partir de los diversos supuestos, en la clarificación de las posibilidades metafísicas. De lo que se desprende que si en una doctrina se pone de manifiesto una decisión acerca de los principios importantes, que si en ella se expresa con claridad una posibilidad filosófica efectiva y siempre presente, entonces, más allá del número de "verdades" por ella alcanzadas, su estudio resulta de marcada utilidad. ¿Es este el caso de la ontología de Hartmann? Que es así, trataremos de demostrarlo. Y demostrarlo significa aquí, por lo recién dicho, pensar las nociones de *Essentia* y *Existentia* desde los supuestos metafísicos generales que encierran y desde la decisión sobre los principios en que se mueven. Entonces, si abandonando su particularidad, a partir del problema de *Essentia* y *Existentia* alcanzamos un problema general, habremos logrado con eso realizar un ejercicio dialéctico que dará al estudio de estas nociones un interés mucho mayor que el de ellas por sí mismo pudiera tener: más allá de una curiosidad erudita, filosóficamente irrelevante, llegaremos a movernos en algo que, si no es decisivo, al menos nos prepara, dialécticamente, para su tratamiento. Justamente teniendo a la vista esta situación, comenzaremos por discutir la concepción que Hartmann tiene de la ontología y la estructura de su concepción del ente. Lo de este modo logrado nos servirá de base para el estudio de su doctrina sobre la *Essentia* y de la *Existentia*.

"¿Por qué debemos realmente retornar a la ontología" —pregunta Hartmann al comienzo de su obra fundamental. "¿No era en otro tiempo ontológico el fundamento de la filosofía entera? ¿Y no se ha derrumbado bajo ella este fundamento, arrastrando en el derrumbe a ella misma y a todo cuanto estaba en pie con ella?"¹. Pues bien, es la situación total del progreso y de la experiencia filosófica, tal como Hartmann la entiende, la que exige tal retorno: "Tenemos que retornar a la ontología, porque las cuestiones metafísicas fundamentales de todos los dominios de la investigación en que trabaja el pensar filosófico son de naturaleza ontológica, y porque estas cuestiones no se echan del mundo con ignorarlas "críticamente" o esquivarlas con toda aplicación"². El problema del ser que la ontología considera está presente —como un fondo ontológico— en el idealismo y en el relativismo y en las ciencias filosóficas particulares. Pues estas ciencias están llenas de problemas metafísicos. Problemas metafísicos son, para Hartmann, en sentido propio, los problemas últimos e irreductibles, no dependientes del estado momentáneo de la investigación ni de la voluntad de plantearlos y que no son nunca enteramente resolubles. Tales problemas existen en todos los campos del saber humano, no se limitan a ciertas regiones determinadas o especialmente sublimes, sino, al contrario, se presentan en el medio de la vida, en lo más cercano, en lo más humano: en todos los dominios está tan dado lo cognoscible como lo incognoscible. Hartmann fundamenta esta afirmación exponiendo la situación de las ciencias filosóficas particulares, el testimonio "de los dominios y materias del trabajo filosófico organizado por círculos de problemas"³. De este modo examina el fondo metafísico de la ciencia natural, la metafísica de la vida orgánica, de la vida psíquica, del espíritu objetivo, de las esferas lógicas, gnoseológica, ética y estética, la metafísica de los valores, etc. ¿Qué es lo problemático en estas ciencias? Examinemos el caso de la lógica.

De por sí parece estar esta ciencia libre de metafísica. Pero, ¿qué manera de ser tiene un juicio? Su ser no se agota en la formulación; al contrario, subsiste independiente de ella, pertenece a una esfera distinta de la esfera de la realidad de las cosas materiales y del alma. Se llama a esta esfera, esfera lógica. Pero, ¿cuál es su índole? No es idéntica sin más a la índole del ser ideal, pues existen también juicios erróneos, que no aciertan con ningún ente. Y la misma situación se repite en la conexión y secuencia de juicios, es decir, en los raciocinios; así, la filosofía no puede esquivar el problema ontológico que estas formas encierran. Y no sólo éste. Pues, ¿cómo es posible que las leyes de la esfera lógica tengan validez en la esfera de lo real, es decir, ¿cómo puede determinarlas? Sólo si las leyes lógicas son a la par leyes generales del ser, sólo si dominan tanto en su esfera como en la esfera ideal y la real. Pero esta identidad de esferas (que es, por lo demás, parcial) es una identidad de índole claramente ontológica⁴. Y lo mismo acontece en el campo de los problemas biológicos. Aquí se disputan la primacía el mecanicismo y el finalismo. Pero ambos hacen violencia a los fenómenos; suponen, los dos, una transferencia de categorías; uno, el mecanicismo, de categorías de un estrato inferior (el mundo físico) a uno superior (la vida);

¹Nicolai Hartmann: *Zur Grundlegung der Ontologie*, 3ª ed., Berlín, 1940, pág. 1. Traducción española de José Gaos con el título de *Ontología I. Fundamentos*, México, 1954, pág. 1. En adelante citaremos las páginas de la edición alemana entre paréntesis.

²*Id.*, pág. 2 (2).

³*Id.*, pág. 7 (6).

⁴*Id.*, págs. 14-16 (13 y 14).

el otro, la transferencia de categorías de un estrato superior (la finalidad sólo es propia del hombre) a uno inferior. Así, ni las conexiones causales ni las conexiones finales "convienen con justeza al proceso de la vida": el problema ontológico del tipo de determinación se hace, entonces, patente⁵.

Este estado de cosas se repite igualmente, según Hartmann, en los otros dominios de la investigación: el progreso positivo no ha anulado, ni mucho menos, el problematismo filosófico. Pero en éste ¿es todo incognoscible? Que no es así, lo prueba la existencia misma de los problemas, que implican de algún modo un cierto conocimiento de aquello buscado. Por cierto que hacia todos los lados y en todas las direcciones lo último se revela como incognoscible, pero también se da, por todos los lados y en todas las direcciones, lo cognoscible. ¿Cuál es el lado cognoscible de los problemas metafísicos? "A lo largo de toda la línea se ha mostrado —responde Hartmann— que en estos problemas hay una trama ontológica. Siempre se trató, ante todo, o bien directamente de la manera de ser, o bien del tipo de determinación, de la ley estructural, de la forma categorial. Este lado de los problemas no es, en absoluto, insoluble; es cosa sólo de atacarlo de la manera más apropiada. Sin duda puede haber también aquí límites infranqueables del conocimiento; pero esto no puede ponerse de manifiesto sino al ir avanzando"⁶. Apoyado en esto puede concluir el filósofo; "Debemos y tenemos que retornar a ella (a la ontología), porque así lo requiere la situación dada de los problemas en la filosofía: la trama ontológica de las cuestiones metafísicas fundamentales en todos los dominios de la investigación, se ha revelado como el lado manejable e investigable de ellas... la cuestión de la manera de ser y la estructura del ser, de la arquitectura modal y categorial, es lo menos metafísico de los problemas metafísicos, lo relativamente más racional del conjunto que contiene restos de problemas irracionales"⁷.

La ontología, de este modo justificada es, a la vez, *philosophia prima* y *philosophia ultima*. *Philosophia prima*, pues trata de lo en sí más fundamental; *philosophia ultima*, pues para constituirse presupone las ciencias filosóficas particulares: "la ontología sólo puede renovarse dando en ella por supuesto todo el trabajo de investigación de los otros dominios del saber"⁸. Son los problemas ónticos de estas ciencias los que la ontología examina. Por lo tanto, se distingue ella de la ontología antigua por su objeto y por su método. Por su objeto, pues no se limita a la consideración de algunos entes particulares, sino que se extiende a los problemas de la totalidad de la experiencia; por su método, pues no es deductiva ni a priori⁹, sino analítica y crítica (esencialmente, no especulativa), siendo su instrumento de trabajo el Análisis Categorial.

¿Cuál es la unidad de esta ontología? Preguntar por ella resulta fundado, si se piensa en la diversidad de sus datos. Pues bien, después de rechazar como injustificadas y especulativas las exigencias de ciertos tipos de unidad y de mostrar la necesaria convergencia de los problemas ontológicos —pues son problemas homogéneos dentro de un mundo único—, Hartmann concluye que "la idea de la nueva *philosophia prima* tiene su unidad metódica en su preguntar, en todos los dominios, por lo que es principal y fundamental según el orden del ser". La unidad de su objeto así entendida es el ente en cuanto tal, a cuyas especificaciones

⁵*Id.*, págs. 9 y 10 (8 y 9).

⁶*Id.*, pág. 33 (29).

⁷*Id.*, pág. 33 (30).

⁸*Id.*, pág. 38 (35).

⁹Así caracteriza Hartmann a la ontología antigua, lo que es, por cierto, sumamente discutible

corresponde la multiplicidad de categorías del ser. El sentido de la ontología queda así formulado¹⁰.

Pero, ¿es ésta una ontología no metafísica?¹¹. Este es, sin duda, el problema más importante. Si la ontología se apoya en las ciencias filosóficas particulares —y no parte de consideraciones “propias” y abstractas sobre el ser—, ¿no quiere decir esto que es una ontología sin supuestos metafísicos, una ontología crítica sin una teoría metafísica del ser en el sentido en que se podría sostener que lo es, por ejemplo, la teoría del ser del tomismo? Tal es la idea de Hartmann. La ontología, apoyándose en ese trabajo filosófico anterior no contendría —y esto sería lo esencial— supuestos metafísicos; de contener supuestos, serían éstos de otra índole. Pero, precisamente, esta idea es la que hay que rechazar con más fuerza. Pues no es demasiado difícil darse cuenta que los conceptos que esas “ciencias filosóficas particulares” utilizan —las cuales, por lo demás no existen como hechos sino como una idea o ideal de Hartmann— no representan datos objetivos sin más evidentes, ante los cuales el investigador tendría que inclinarse sin apelación, sino que dependen de una determinada interpretación del ser cuyo lugar en la historia de la filosofía occidental se deja claramente señalar. Así, la ética y la estética, en la concepción de Hartmann, utilizan el concepto de valor. Pero el concepto de valor no es nunca sin más un dato de la experiencia, sino por el contrario, una determinada interpretación de ella, dependiente de una idea sobre el ser que hace posible así su organización. Esta misma situación se repite —y es fácil convencerse de ello— en los supuestos de las otras “ciencias filosóficas particulares”; por ejemplo, en el problema del ser ideal, en la “descripción” que da Hartmann del conocimiento o en su teoría de la ciencia y del arte. De este modo, Hartmann parte de una concepción del ser que lo lleva co-originariamente a describir y construir esas “ciencias filosóficas particulares” y a intentar coronarlas por una ontología que encierra la misma decisión sobre el ser que hace posible la constitución de esas ciencias.

Ahora bien, intentar demostrar aquí todo esto con rigor resulta imposible. Basta, por eso, con dejar señalado el lugar donde la consideración crítica se debe aplicar; lo importante era mostrar, aunque fuese intuitivamente, los supuestos metafísicos encubiertos en la ontología “crítica” de Hartmann. Estudiemos ahora, conforme al plan establecido, la estructura de su concepción del ente.

La unidad del objeto de la ontología de Hartmann es, como se dijo, el ente en cuanto ente. Tenemos que exponer ahora lo que esta fórmula significa y lo que en ella se da por supuesto. Mostraremos cómo esta concepción no sólo difiere por su contenido de otras concepciones, sino que igualmente —y anteriormente a esa diferencia— por su estructura¹². Comencemos primero por exponerla.

Ente, según Hartmann, no es lo mismo que ser. “El ser y el ente se distinguen exactamente como la verdad y lo verdadero, la efectividad y lo efectivo, la realidad y lo real. Hay muchas cosas que son verdaderas, pero el “ser verdadero” mismo de estas cosas es uno y el mismo... Así es también con el ente y el ser... el ser del ente es uno, por múltiples que sea éste último”¹³. El ser es lo más general de los entes en sentido óntico, lo que hace que los entes sean entes. Preguntar por el ente en cuanto tal es entonces justamente preguntar por su ser. Este plan-

II
*Estructura
de la
concepción
de Hartmann
acerca del
ente en
cuanto ente*

¹⁰Hartmann, *Ontología I*. Ed. cit., págs. 34 a 37 (31 a 33).

¹¹Que una ontología sea metafísica quiere decir aquí, no que trate de lo irracional (incognoscible) último, sino que implique una determinada concepción del ser.

¹²Veremos más adelante que la estructura determina también al contenido.

¹³Hartmann *Ontología I*. Ed. cit., pág. 47 (40 y 41).

teamiento inicial de la *philosophia prima* que, como se sabe, proviene de Aristóteles, Hartmann lo considera "muy formal, pero a su manera insuperable". Pero, ¿cómo avanzar más allá de su neutralidad, sin falsear su sentido ni restringiendo su alcance precipitadamente (lo que hizo Aristóteles, según Hartmann)? "En ningún caso puede ser buscando y colocando una determinación más precisa tras de otra. Cada determinación sería más bien una restricción, que no apresaría el ser *in genere*, sino en la especificación. Mas si toda determinación más precisa yerra ya lo general, no puede menos de quedar, patentemente, indeterminado el ente en cuanto ente. Esto quiere decir que es necesario fijar puramente el ente en cuanto tal justo en su inasequibilidad e indefinibilidad"¹⁴. Por lo demás, esta situación no es propia sólo del ser; se da también en otros conceptos últimos, como los de espíritu y materia, que sólo se pueden separar y no definir. Cabe, eso sí, deslindar el ser de sus especificaciones y fijar la relación de éstas con su *genus*. Pero el problema se complica. Con el ser se trata de lo general, no de un contenido precisable, sino de lo general de las maneras de ser y éstas no se dejan apresar directamente. ¿Cómo proceder? La cosa no es imposible, pues no cabe duda que el ser en sus especificaciones está dado y por ellas puede y debe comenzar el análisis. Concluye Hartmann: "La consecuencia para la ontología es que ésta pudo, sin duda, empezar poniendo de relieve la fundamental cuestión general, pero no puede pasar directamente desde ella a la solución. Tiene que intercalar el planteamiento y resolución de cuestiones más especiales. La solución de la cuestión fundamental, hasta donde es dable, se produce de suyo en la medida en que progresa la visión del conjunto"¹⁵. Su modo de proceder, dirigido directamente a los entes, recibe su apoyo, afirma Hartmann, de la visión natural del mundo y de la actividad científica. Así, la aporía del ente en cuanto ente no queda negada, pero sí mitigada su dificultad si se la ve a la luz de la situación total del conocimiento humano¹⁶.

Pero aún hay algo más que en los preliminares de la ontología se puede hacer para aclarar la fórmula inicial. Pues toda filosofía —y también las imágenes populares del mundo— tienen una concepción del ente. "Aun dando por supuesto que en su pluralidad no aciertan con lo general del ente en cuanto ente, en su errorlo cabe aprender lo que no es lo general del mismo. Y esto tiene valor en una situación problemática en la que fracasa toda determinación positiva directa"¹⁷. Ahora bien, precisamente en esta confrontación con las teorías tradicionales se harán patentes los rasgos que llamamos estructurales de la concepción del ente en cuanto ente de Hartmann. ¿Cómo es esto así?

El error de las concepciones tradicionales, según Hartmann, reside en que no aciertan con lo general del ente en cuanto ente. Por ejemplo, si se identifica al ente como tal con las cosas materiales, o con lo dado a los sentidos, o con la substancia, Hartmann no tiene dificultad en señalar que aquello que no es cosa material, o es dado de un modo no sensible o que no es substancia, también es, y es en el mismo sentido. Idéntica situación se presenta si se pretende identificar al ente con la forma, con la materia, con el elemento o con el todo, o si se le caracteriza por las maneras del ser (por ejemplo, con el "actus ens"), o, más aún, desde una posición refleja (gnoseológica). El ente en cuanto ente, dice Hartmann, no se puede definir con estas categorías o modos de ser, que son ciertamente partes de él, pero que no lo agotan, pues todo lo que no está contenido en ellas no

¹⁴*Id.*, pág. 53 (46).

¹⁵*Id.*, pág. 55 (48).

¹⁶*Id.*, págs. 55 a 63 (48 a 55).

¹⁷*Id.*, pág. 65 (57).

deja de ser, sino que es igualmente y en el mismo sentido. Tanto es la sustancia como el accidente, tanto la forma como la materia, tanto lo uno como lo múltiple: "el más insignificante grano de polvo en el universo no es menos ente que el universo mismo". Las categorías particulares son todo lo importante que se quiera en otros respetos, pero no dan cuenta por sí mismas del ente en tanto que ente. El ser resulta indiferente a esas categorías particulares generalizadas de un modo erróneo; es imposible conceptualizarlo a partir de ellas¹⁸.

Pero esta universalidad e indiferencia del ser tiene límites. Que el ente en tanto que ente está más allá de ciertas categorías se comprueba cuando se ve que tanto lo que está comprendido por esas categorías como lo que no lo está es en el mismo sentido (o, al menos, no se ve la diferencia). Pues bien, en dos grupos de oposiciones esto no sucede: "El uno es el de la *Essentia* y la *Existentia*, o en una fórmula más general, del "ser así" y el "ser ahí". El otro es el de los modos del ser y las maneras de ser: la efectividad y la posibilidad, lo real y lo ideal. Aquí no existe la misma indiferencia. El ente en general sigue siendo lo que lo abarca todo, aquello en que se mueven también estas oposiciones. Pero el carácter de ser en cuanto tal carácter no es el mismo en ellas¹⁹. No se trata, entonces por cierto, que uno de los miembros de la oposición sea y el otro no, sino que su carácter de ser es distinto: hasta aquí llega la indiferencia. Ahora bien, todo esto, no pudiendo permanecer en un plano intuitivo, requiere de un análisis cuidadoso; sólo así la fórmula "el ente en cuanto ente" se llenará de un contenido positivo, deslindable del contenido de las fórmulas clásicas no únicamente por una crítica. Tal tarea la cumple Hartmann al estudiar las nociones de *Essentia* y *Existentia* y al elaborar su teoría modal, a la que le corresponde decir lo decisivo en estos problemas. En esta última Hartmann hará el intento más serio para definir "las maneras de ser". Ahora bien, los principios que guiarán esos análisis —en los cuales, pese a su importancia, no podemos entrar aquí— están determinados por su concepción general sobre el ser²⁰. Para conocer a ésta, sin embargo, no es necesario ir tan lejos. Pues ya en la crítica que Hartmann hace de las concepciones tradicionales está esta concepción actuando, aunque por cierto, veladamente. Nos toca ahora descubrirla. ¿Cómo hacerlo? Para eso, examinemos lo que está implícito en algunos caracterizados ejemplos tradicionales. Así, Leibniz escribe a Arnauld: "Para abreviar, tengo por un axioma esta proposición idéntica, que sólo se diversifica por el acento, a saber: lo que no es verdaderamente un ser, no es tampoco verdaderamente un ser". ¿Qué quiere decir esta fórmula? Veamos primero cómo la criticaría Hartmann. "La pluralidad de las cosas, y más aun de los acontecimientos —escribe al referirse al motivo de la unidad en la idea de substancia— parece ser una intrincada confusión, tiene en sí la inasequibilidad de lo múltiple y multívoco. Tan sólo lo que tiene unidad puede ser unívoco... Pero ¿es ontológicamente sostenible? ¿Por qué no habría de ser la pluralidad y multiplicidad tan ente como la unidad? ¿Tan sólo acaso por ser concebible? Pero tampoco lo inconcebible necesita ser menos ente que lo concebible. ¿O por ser unívoco? Pero ni lo singular es más unívoco que lo plural, ni lo unívoco es más ente que lo multívoco. El primado ontológico de la unidad es en el fondo un prejuicio racionalista"²¹. Es decir, Hartmann no ve

¹⁸*Id.*, Cap. 5 a 10.

¹⁹*Id.*, pág. 102 (89).

²⁰Entendemos aquí por concepción general del ser la "decisión previa" —el supuesto fundamental— acerca de lo que es posible "decir" sobre él. El sentido de esta afirmación se aclarará en lo que sigue.

²¹*Id.*, págs. 67 y 68 (59).

razón alguna por la cual lo uno deba ser en sentido eminente y propio frente a lo múltiple. Hay tanta univocidad en el uno con en el otro (y ni siquiera es la univocidad un criterio) y la razón de cognoscibilidad es una razón gnoseológica, no ontológica. Pero, ¿qué razones llevaron a ciertos filósofos —especialmente a los platónicos y neoplatonizantes— a identificar el ser con lo uno? El problema es tan difícil como importante y nadie podría jactarse de poder resolverlo con seguridad. Sin embargo, algo puede indicarse. Para eso, dejemos a un lado el problema de la idea y la decisión sobre el ser que la fórmula contiene y atengámonos al lado formal, estructural de ella. Pues bien: la afirmación "tanto lo uno como lo múltiple es en el mismo sentido" no tiene, en modo alguno, la estructura de la afirmación "sólo lo que es uno es". En el primer caso, lo uno (por ejemplo, un pensamiento) representa algo dado, que describo, respecto a caracteres suyos determinados, con el término uno; lo múltiple, por su parte, representa también algo dado, descriptible con el término multiplicidad. Al decir "tanto lo uno como lo múltiple es en el mismo sentido", digo que aquello que puede y debe ser considerado como uno, en su ser (es decir, desde otro punto de vista, respecto a otra categoría), no presenta diferencia alguna (a este respecto) con aquello que es múltiple. (Y, por lo demás, nada habría en la realidad que no sea a la vez uno y múltiple).

Al contrario, al decir: "sólo lo que es uno es" no señalo ni relaciono hechos que están a un mismo nivel, sino que afirmo que el sentido del *es* debe buscarse en lo implicado por la noción de lo uno; que el ser es idéntico a lo uno, porque la noción de unidad explica lo que el ser *es*. Ahora bien, este *es* no describe hechos sino que expresa un sentido interior. Formalmente, entonces, se utilizan en estas afirmaciones dos tipos de conceptualización diferentes. En la primera, una conceptualización que fija un contenido, deslindándolo rigurosamente de otros contenidos (conceptualización fija por delimitación); en el otro, una conceptualización que intenta expresar una comprensión del contenido (conceptualización por sentido); ahora bien, que Hartmann utiliza en su crítica a las concepciones del ente tradicionales, así como en toda su filosofía, el primer tipo de conceptualización, resulta algo evidente.

Examinemos otro ejemplo clásico. Como se sabe, la Escolástica medieval identificó el *ens* con el *bonum*. Pues bien, refutar esta idea le parece a Hartmann fácil: "Hay en el mundo lo imperfecto, lo malo, lo contrario al valor; hay la maldad. En nada es menos efectivo que lo perfecto y bueno". Como esto es evidente, "se ha buscado una y otra vez la salida inversa, de comprender ambos como valiosos dentro del orden total del mundo. Pero entonces... se da en el rostro al sentido unívoco del bien y del valor en general... (Pero) si el bien en cuanto tal no es de suyo unívoco, tampoco es unívoca la determinación del ente como bueno"²². Pero es patente que todas estas objeciones de Hartmann nacen de la aplicación de las exigencias de la conceptualización por delimitación ahí donde claramente se utiliza el otro tipo de conceptualización que hemos señalado; la bondad del ente, según la teoría aludida, no es una descripción de algunos caracteres de los entes (y en nada es idéntica, además, al moderno concepto de valor), sino que expresa su sentido.

La misma situación se repite si se dice, por ejemplo, que el ser, en sentido propio, es la sustancia. Si esta afirmación implicase la conceptualización por determinación, querría decir que lo no sustancial no es; y tal afirmación sería, por cierto, errónea. Así, refiriéndose a la idea que el verdadero ente tendría que ser lo autárquico, lo independiente, lo suficiente, escribe Hartmann: "Pero también aquí

²²*Id.*, págs. 70 y 71 (62 y 63).

descansa la apariencia de algo comprensible de suyo en un prejuicio. Pues patentemente no es lo sustentado menos ente, en nada, que sustente, lo dependiente menos, en nada, que lo independiente. De otra forma no sería la relación entera una auténtica relación de sustentación, una relación de dependencia. El ente entendido puramente como ente es patentemente indiferente a la distinción de primario y secundario, independiente y dependiente. Por fructífero que sea el principio de la sustancia en otro respecto, para la cuestión ontológica fundamental carece de importancia²³. Pero es otra cosa, en verdad, lo que se quiere decir al afirmar la prioridad de la sustancia, otra la conceptualización en la que esta afirmación se mueve. Pues con ella se quiere expresar que todo lo que es debe comprenderse desde la idea sobre el ser envuelta en la noción de sustancia, que el sentido del ser debe buscarse en la idea de sustancialidad; que todo lo que es y, en primer lugar, las sustancias mismas, deben comprenderse desde esa conceptualización del ser.

Ahora bien, lo que se acaba de señalar nos conduce, por lo demás, a una conclusión muy importante: que cuando una filosofía utiliza este tipo de conceptualización sus llamados conceptos "últimos" no son verdaderamente tales, pues son sólo indicaciones, signos que remiten hacia lo último (la idea sobre el ser que esos conceptos implican). Así, no es posible dar por terminado un análisis, como generalmente se hace, contentándose con señalar, por ejemplo, que el concepto fundamental de Aristóteles es el de sustancia, o que, según Platón, todas las cosas sensibles aspiran hacia su Idea; tampoco creer que el estudio del problema de la sustancia se limita al estudio de sus componentes o el problema de las Ideas platónicas a hacer cuadros y esquemas de los mundos intelectual y sensible. Por el contrario, se debe preguntar: ¿Qué idea sobre el ser implican los conceptos últimos empleados por estas doctrinas? ¿Qué decisión sobre el ser se da en ellos? ¿Por qué tal doctrina da de antemano una primacía, por ejemplo, a lo individual o a lo independiente? ¿Por qué todas esas valoraciones son algo evidente para esos filósofos? Hablar aquí, como hace Hartmann, de meros prejuicios, no conduce sino a cerrarse definitivamente el camino para comprender el sentido metafísico de estas doctrinas, permaneciendo en el nivel de lo que puede llamarse ontologías generales descriptivas. Pero es evidente que todo esto, que encierra una enorme tarea, aún por realizar, es ajeno a nuestro actual asunto central.

Pero, ¿a qué se debe que una doctrina utilice uno u otro tipo de conceptualización? Esta es sólo un recurso formal y en esa medida algo dependiente de un interés teórico general. Cual es éste, se pone de manifiesto atendiendo a lo que efectivamente ocurre en las filosofías que utilizan los tipos de conceptualización excluyentes ya citados. Y sobre esto ya algo se ha dicho en parte. La conceptualización fija por delimitación conduce a una clasificación, a una descripción del mundo, a su ordenamiento conceptual, no expresándose en ella sino lo fenoménicamente dado. Distinto es el caso de la conceptualización por sentido: expresamente se quiere en ella trascender sobre lo dado aquí y ahora, no buscando algo ajeno a esto, incognoscible en su lejanía, sino tratando de comprender su sentido. Los conceptos que utiliza no son clasificatorios ni descriptivos; son conceptos fluidificados a partir de una significación fundamental que se señala en los entes, no como un rasgo de ellos al lado de otros rasgos, sino como su ser interior: se trata con ello de comprender al ser, decir lo que el ser es, expresar su sentido. Se absolutiza una categoría, no para definir (delimitar) con ella al ser, sino para señalar su significado; las categorías pierden así su lugar fijo, para tomar parte en una lógica metafísica especial. Las distintas conceptualizaciones responden, por lo tanto, a intereses teóricos pro-

fundamente diferentes y con su esclarecimiento se abre un amplio e importante campo de investigación acerca del sentido y la construcción de la metafísica. Entre aquello que inmediatamente resulta posible revisar a su luz está, por ejemplo, el viejo problema tomista y escotista acerca de la analogía y univocidad del ser y el concepto, empleado en nuestro tiempo por Jaspers, de "transcendencia formal"²⁴. Pero su alcance es mucho mayor: apunta a la idea de una crítica de la metafísica (no a una crítica de los objetos de la metafísica, sino a una crítica de esta ciencia misma). Esta crítica ha sido concebida, cuando ha sido concebida, como una crítica de las diferentes ideas sobre el ser que la historia de la filosofía presenta, como un estudio del diverso contenido de esas ideas, lo que implica que se concibe, como elemento motor de esa historia, el sucederse de las distintas concepciones sobre el ente (sucederse cuya legalidad se trata de determinar). Pero se ha descuidado estudiar lo que aquí se llamó la estructura de esas concepciones, con lo que ella implica, es decir, la decisión fundamental acerca de si el ser es algo que se deba describir o, por el contrario, comprender en su sentido. Esta decisión es anterior al sucederse de esas ideas, ya que es una decisión siempre presente en la historia de la filosofía y no sólo un eslabón en ella. Así, la historia de la metafísica presenta una disyunción absoluta y "eterna": la imagen de un sucederse lineal continuo, de este modo, desaparece. Y, por cierto, el esclarecimiento de esta oposición primitiva resulta anterior al estudio de la historia, lo que muestra hasta qué punto la decisión estructural, justamente porque ella es dependiente de una decisión primaria sobre el ser, no se mueve en un plano neutral, sino que determina de un modo peculiar el contenido. (No podrían existir dos concepciones de idéntico o parecido contenido con una estructura diferente). Así, dos son las tareas de una crítica de la metafísica: el estudio de esta oposición primitiva y el estudio de las diversas ideas sobre el ser.

Y esto es lo que teníamos que decir acerca de la estructura de la concepción del ente de Nicolai Hartmann. Lo aquí señalado, junto a lo dicho sobre su concepción de la ontología, forma el trasfondo desde el cual está construido nuestro estudio acerca de su concepción de las nociones de *Essentia* y *Existentia*.

III El problema de *Essentia* y *Existentia*

Tratemos ahora directamente el problema de *Essentia* y *Existentia*²⁵. En qué sentido y qué significa el hecho que estas nociones rompan la indiferencia del ente en tanto que ente —si es una ruptura aparente o real— es lo que hay que determinar. Hartmann comienza su estudio apoyándose en lo ya discutido, y así escribe: "Si se parte de los resultados anteriores (Cap. 6 b y c): el ente en cuanto ente no es ni *Essentia* ni *Existentia*, es necesario beneficiar ahora positivamente estas negaciones. Esencia y existencia tienen que ser genuinos caracteres de ser, que convienen ambos al ente en cuanto ente. Esto querría decir que todo ente tiene necesariamente en sí un momento de esencia y un momento de existencia"²⁶. ¿Cuál es la relación entre estos momentos del ser? ¿Son momentos separables e independientes el uno del otro, como se desprende de una serie de argumentos? La manera tradicional de tomar estos conceptos, nos dice Hartmann, está en desacuerdo con este planteamiento del problema. Pues aquella consideró la oposición de las maneras de ser, la idealidad y la realidad, como paralela a la oposición de la *Essentia* y la *Existentia*, hasta acabar por identificarla con ésta"²⁷. Tal identificación le parece a Hartmann errónea: a la realidad le corresponde algo más que el nudo existir (pues las esencias

²⁴Jaspers. *Filosofía*. Libro Tercero. Capítulo II (trad. española de Fernando Vela, Revista de Occidente, Madrid, 1959, II volumen, pág. 391).

²⁵Para el conjunto del problema: Hartmann, *Ontología I*. Segunda Parte.

²⁶*Id.*, pág. 103 (90).

²⁷*Id.*, pág. 103 (90).

están contenidas en este mundo, "constituyendo su esencia y su repertorio de formas") y hay existencia en sentido lato fuera de lo real. Así, entonces, no se debe introducir el problema de las maneras de ser —las que poseen una temática propia— errónea y precipitadamente en el problema de la *Essentia* y la *Existentia*. Justamente para evitar estas ambigüedades, Hartmann substituye los términos tradicionales de *Essentia* y *Existentia* por los de "ser-asi" y "ser-ahí", conceptos que, aunque proceden de una orientación más bien lógica, "aciertan muy exactamente con la oposición ontológica de la que aquí se trata. En todo ente hay un momento de "ser ahí". Por éste hay que entender el nudo "que algo es". Y en todo ente hay un momento de "ser así". En éste cuenta todo lo que constituye su determinación o especificación, todo lo que tiene común con otros o aquello por lo que se diferencia de otros, en suma "qué es algo". Frente al "que", abarca este "qué" el contenido entero, y lo abarca hasta la diferenciación más individual. En la *Essentia* ampliada hasta ser la *quidditas*, en la que está acogido también todo lo accidental²⁸. Con esto espera Hartmann conquistar "una base más simple y ontológica mente más fundamental", en la que no se identifique el "que" con la realidad ni tampoco el "qué" con la idealidad. De hecho, ambos conceptos, "ser así" y "ser ahí", están referidos el uno al otro, pero a la vez en una cierta independencia que permite, dentro de ciertos límites, hablar del uno sin referirse al otro. Esta situación, nos dice Hartmann, "pertenece al fenómeno del ente en general. Pero justo por esto queda provisionalmente indeciso si existe también más allá del fenómeno, en sí, es decir, en el ente mismo, más allá de toda fenomenicidad. Y no queda menos indeciso si la distinción es una distinción absoluta o una distinción relativa que se desplaza con el punto de vista, análogamente a la distinción de lo esencial y lo inesencial. Esto quiere decir que es todavía una cuestión la de si el "ser ahí" y el "ser así" siguen siempre enfrentados, o bien pasan el uno al otro, en el ente mismo"²⁹.

Tal es la base de la cual parte Hartmann. Pero no es posible aceptarla sin más, si se repara en que contiene una afirmación errónea. Pues, como dijimos, Hartmann comienza afirmando que *Essentia* y *Existentia* no acaparan exclusivamente al ente en cuanto ente, el cual está más allá de su oposición; para probar esto se remite específicamente al Capítulo 6, párrafos b y c de *Fundamentación de la Ontología*. Luego, como igualmente vimos, define los términos de "ser así" y "ser ahí", que reemplazan a los de *Essentia* y *Existentia*. Pero si se examinan las cosas con cuidado, se verá que el contenido de las nociones de *Essentia* y *Existentia*, de las cuales se probó que no delimitaban al ser, no es idéntico al contenido de las nociones de "ser así" y "ser ahí", tales como posteriormente las define, y que, por lo tanto, la conclusión obtenida respecto a las primeras no vale sin más respecto a las segundas. En los capítulos citados, *Essentia* era sinónimo de lo general (y se probó que lo individual también era) y *Existentia* de lo singular (y se probó que lo general igualmente era); en cambio, después define "ser así" y "ser ahí" deslindando su contenido sobre una base distinta de la que permitía distinguir lo general de lo individual. De ningún modo es aplicable, pues, la demostración primera a la definición posterior. Ahora bien, mostrar esto resulta decisivo, si esa aplicación se da por base de la discusión. Los problemas que plantea esta última definición los veremos más adelante; pero, por ahora, para seguir el estudio del planteamiento de Hartmann, pasaremos por alto esta falsa asimilación y continuaremos la exposición tal como Hartmann la conduce.

²⁸*Id.*, págs. 106 (92 y 93).

²⁹*Id.*, pág. 107 (93).

Pues bien, según la última cita que hicimos, quedaba planteado el problema de si la distinción entre los momentos del ser era o no una distinción óptica. La situación general se presenta neutral frente a esto, pero esta neutralidad no se mantiene, nos dice Hartmann, en las concepciones usuales³⁰. Estas convierten la distinción en oposición de factores heterogéneos, en separación absoluta de momentos con nociones recíprocamente excluyentes, nociones que permanecen sin cambio en su definición abstracta, sin tránsito entre ellas: "Hasta que acaba por parecer que el mundo en su totalidad, así como todo lo que tiene lugar en él, se integra de dos factores heterogéneos del ser, con lo que la juntura resulta visible en cada parte y cruza como una raya el todo"³¹. Para justificar esta separación la historia de la filosofía presenta numerosos argumentos:

1. Argumentos ontológicos:

a) Todo "ser así" conviene a un "ente ahí". El "ser así" es lo cualitativo, en el sentido más amplio, que presupone un sustrato al cual está adherido, pues no puede flotar en el aire; este sustrato es "ser ahí". Ahora bien, ni el sustrato puede volverse cualidad ni la cualidad, sustrato. Así, entonces, el "ser así" y el "ser ahí" se mantienen separados sin confundirse jamás;

b) Al "ser así" le es indiferente que "lo que es así" exista o no. Y el "ser ahí" no se convierte en nada porque le falte un determinado "ser así". Ambos momentos son contingentes y externos entre sí. Así, según la antigua doctrina, necesaria es sólo la esencia, no la existencia, separando, entonces, una distinción modal a ambas esferas;

c) La esencia —el "ser así" es lo posible; el "ser ahí", lo efectivo: nuevamente se postula una separación modal;

2. Argumentos lógicos y gnoseológicos:

a) Lo definible de un ente es la serie de sus determinaciones; su "ser ahí" es indefinible y, además, en caso de querer añadirlo a aquéllas, en verdad nada les añadiría;

b) Existen juicios del "ser así" y "juicios del ser ahí" (existenciales). Ambos expresan al ser, pero entre ellos no hay transición, luego no hay tampoco transición entre el "ser así" y el "ser ahí";

c) El "ser así" es conocido *a priori* y *a posteriori*; pero el "ser ahí" sólo es conocido *a posteriori*. Como el conocimiento es conocimiento del ser, la heterogeneidad de estas vías cognitivas demuestra la heterogeneidad de los momentos del ser;

d) El conocimiento de lo general, de las leyes se refiere exclusivamente al "ser así", en él únicamente está el lugar vacío de posibles casos reales. Por eso "surge la apariencia de que el "ser así" de las cosas reales... no sería nada real en ellas. Para lo propiamente real quedaría sólo su "ser ahí"³².

Ahora bien, Hartmann critica estos argumentos. Como para ello se requiere ir a las cosas mismas, el estudio crítico se convierte directamente en desarrollo de la cuestión, resultando las conclusiones positivas que Hartmann obtiene de este estudio decisivas para la constitución de su propia doctrina. Por eso nos interesa mostrar el sentido y las implicaciones de éstas, pues, estando a distinto nivel (cosa que

³⁰Estas "concepciones usuales" no son "teorías tradicionales" sino argumentos que Hartmann encuentra en la tradición (lo que se explica por el hecho que el planteamiento de Hartmann es un planteamiento nuevo y no tradicional).

³¹*Id.*, pág. 107 (94).

³²Hartmann cita aún otros argumentos, cuyo extravío, dice, es "grosero": *Id.*, págs. 110 y 111 (96 y 97). Por otra parte, comprender cabalmente los argumentos y la crítica a ellos que aquí resumimos, exige remitirse al texto.

Hartmann no advierte), señalan posibilidades diferentes de desarrollo entre las cuales Hartmann (necesariamente a partir de sus principios) se decide.

Comencemos por la crítica a los argumentos gnoseológicos y lógicos, en los cuales ve Hartmann la última fuente del espejismo que oscurece la relación entre el "ser así" y el "ser ahí". En su crítica le interesa mostrar dos cosas: dónde está el prejuicio que conduce a afirmar la separación y cómo la situación real no permite deducir aquélla.

Así, frente al argumento que sostenía la separación de los momentos del ente basado en el hecho de que puede conocerse por medio de las leyes el "ser así" de las cosas sin su "ser ahí", Hartmann hace ver cómo en él se toma erróneamente el límite del conocimiento por un límite del ser. "Se piensa que porque no se puede conocer la existencia de una serie de casos que van hasta el infinito, tampoco tienen existencia los casos mismos". Con esto no se acierta tampoco con lo que la ciencia quiere decir, pues ésta no niega esos casos, sino, al contrario, está cierta de ellos (más allá de la accidentalidad de un determinado ahora): "No quiere decir, en absoluto, el "ser así" general de casos no existentes, sino de casos existentes"³³.

Estas mismas consideraciones valen para el argumento que se apoya en la distinción de las vías del conocimiento. A partir del hecho de que el conocimiento *a priori* alcanza sólo al "ser así" de los objetos y no al "ser ahí", se concluía, de este límite del conocimiento, un límite del ser. Pero, sólo inmediatamente es el conocimiento *a priori* puro conocimiento del "ser así". Mediatemente se extiende a todo lo cognoscible, así pues, también a la existencia en cuanto tal. No sólo no se puede afirmar una distinción ontológica a partir de una distinción gnoseológica, sino que tampoco esta última es tan absoluta como el argumento quisiera hacer creer³⁴.

Respecto al problema de la definibilidad del "ser así" y de la indefinibilidad del "ser ahí", Hartmann hace notar nuevamente cómo el criterio de la definibilidad no es, de por sí, un criterio ontológico, agregando algo que resulta aún mucho más importante: "No es precisamente que toda forma especial de "ser ahí" sea lógicamente indefinible. Si se toma el ejemplo kantiano de los cien táleros, su existencia en mi bolsillo puede muy bien entrar en la definición. Una manera especial de "ser ahí" se acerca justo al "ser así", y puede en principio incluirse en ésta; en este caso consiste en el ser mío". De hecho, no se da nunca el nudo "ser ahí"; éste es siempre de una determinada especie, está siempre en determinada relación a algo, y siempre es posible introducir en la definición el determinado "ser ahí" de lo *definiendum*. Concluye Hartmann: "parece que aquí se deja captar una especie de tránsito continuo del "ser así" al "ser ahí" (y a la inversa), tal como el ser mío puede considerarse sin dificultad perteneciente al "ser así". La única cuestión es la de si esto es un mero desplazamiento lógico u óntico. Si la verdad fuese esto último, se habría invertido de raíz la situación. El "ser así" y el "ser ahí" especial se habrían relativizado mutuamente en el ente mismo, y el "ser así" general formaría sólo un caso límite abstracto"³⁵.

Algo parecido se desprende también del estudio del último argumento gnoseológico, el que concluía, de la distinción de los tipos de juicios, la separación absoluta de los momentos del ser. Tal conclusión le parece a Hartmann errónea, pues los juicios mismos, es decir, el contenido de ser por ellos expresado, no implica tal

³³*Id.*, págs. 115 a 117 (101 y 102).

³⁴*Id.*, págs. 117 a 119 (102 a 104).

³⁵*Id.*, págs. 119 y 120 (104 y 105).

separación. Ateniéndose a ese contenido es posible la conversión mutua de los juicios. Por ejemplo: el juicio de "ser ahí": "el pizarrón es rectangular" puede convertirse en el juicio de "ser así", respecto al ser idéntico: "los cuatro ángulos del pizarrón son". En la primera proposición el "es" es cópula; en la última es predicado de la existencia, pero lo afirmado en ambos casos es lo mismo. Como los juicios se pueden convertir, cabe esperar, dice Hartmann, "que también en el ente en cuanto ente se reduzcan necesariamente una a otra las dos cosas que enuncian —el "ser ahí" y el "ser así". Y entonces surge la cuestión de qué sentido conserve aún propiamente la distinción del "ser ahí" y el "ser así"³⁶.

Los argumentos ontológicos no son tampoco, según Hartmann, impecables. El primer argumento, señalado más arriba, descansa en la confusión entre la sustratividad del ser y la manera de ser; en él se identifica equivocadamente el sustrato con el "ser ahí" y las cualidades con el "ser así". Ahora bien, se puede concebir el "ser así" como lo cualitativo, y la referencia de lo cualitativo a un sustrato es algo justo. Pero el "ser ahí" no es un sustrato, ni un soporte, ni una materia: "no es ningún ente junto a otros entes o tras de ellos, o bajo ellos; tampoco, pues, nada en que pudiera tener su existencia algo distinto. Es, antes bien, la manera de ser del ente entero, como quiera que éste se halle compuesto"³⁷. El "ser ahí" entonces no puede ser el sustrato de otro ente; un "ente ahí" puede, naturalmente, serlo, pero, entonces, sus cualidades son también "entes ahí": el punto de vista es, en definitiva, otro.

El segundo argumento ontológico, el de la indiferencia y contingencia de los momentos del ser tiene, nos dice Hartmann, una especial importancia, pues en él es posible ver el prejuicio fundamental sobre el cual se construyó casi entera la vieja ontología. Se decía que para el "ser ahí" no representa ninguna diferencia que el "ser así" sea tal o cual. Y para el "ser así" tampoco ninguna que lo que es así exista o no. Tal formulación de la cuestión depende del pensamiento de una esfera de la *Essentia* pura; frente a ellas "el ser ahí" era lo accidental. Pero el error fundamental consiste en hablar desde distintas esferas del ser: la *Essentia* pertenece al ser ideal, la *Existentia*, opuesta a ella, al ser real. Entre estas nociones hay indiferencia, pero no en tantos distintos momentos del ser sino en tanto elementos que pertenecen a distintas esferas ónticas. Dentro de una misma esfera, por el contrario, están los momentos vinculados: "pues ahora están incorporados a un orden real que causa el que justamente algo "ente así" tenga un "ser ahí" y no otro, o lo que es lo mismo, que justamente algo "ente ahí", o aquí, y ahora, esté cualificado así"³⁸. Con esto, la indiferencia aducida se volatiliza: "dentro de cada esfera del ser están indisolublemente vinculados uno a otro el "ser así" y el "ser ahí". En cada esfera están enlazados por necesidad y no ocurren aislados. Esta evidencia es la anulación del espejismo ontológico que ha conducido una y otra vez al *chorismós* de los momentos del ser"³⁹. Y esta consideración sobre la oposición de las esferas y la conjuntividad de los momentos del ser vale también, según Hartmann, para el tercer argumento ontológico, el error del cual, como el de los otros dos, se reduce "a la falsa localización de la oposición de las esferas de la realidad y la idealidad"⁴⁰. Demostrado el error, la distinción se vuelve dudosa: "tal como pasan uno a otro los tipos de juicios —sin alteración del contenido del ser predicativo—, de igual

³⁶*Id.*, págs. 121 a 125 (106 a 110).

³⁷*Id.*, págs. 126 a 128 (110 a 112).

³⁸*Id.*, pág. 129 (113).

³⁹*Id.*, pág. 131 (115).

⁴⁰*Id.*, pág. 135 (118). La interesante problemática de Hartmann acerca del "ser así neutral" la dejaremos a un lado. *Id.* Cap. 17.

manera pasan, en el ente en cuanto ente mismo, los momentos del ser, el "ser ahí" y el "ser así", y también igualmente —sin alteración del contenido óntico⁴¹. Esta es la conclusión general de Hartmann. Todo parece señalar, entonces, el pasar unas a otras —óntica y no sólo lógicamente— las nociones de "ser así" y "ser ahí". Pero, ¿es ésta una conclusión que se desprenda exactamente de la situación que Hartmann ha mostrado? Fundadamente se puede poner esto en duda, por lo siguiente: Hartmann afirma, a modo de conclusión, un pasar entre sí óntico de las nociones, pero, ¿no ha mostrado en los argumentos gnoseológicos sólo un pasar lógico y en los argumentos ontológicos sólo una vinculación de las nociones y no un pasar, lo que, ciertamente, no es lo mismo? Esta impresión se acentúa si se examina la continuación de su análisis. Pues escribe: el "ser ahí" y el "ser así" son ciertamente algo diverso, y no necesita impugnarse su oposición en un ente; pero el "ente ahí" y el "ente así" no son algo diverso, sino en absoluto un mismo ente. Su "ser ahí" y su "ser así" forman sólo distintos momentos de él. Si se permanece, según esto, rigurosamente dentro de una esfera del ser, no tiene esta tesis dificultad ninguna en sí⁴². Pero esta última frase no es sino una ilusión, pues, ¿qué significan estos distintos momentos? Hartmann, más aún, considerando de nuevo la conversión de los juicios, escribe: "La esencia de la cosa (que en esta conversión se deja intacto el contenido del ser predicativo) está más bien en que en el "ser así" mismo y en cuanto tal hay un carácter de "ser así"⁴³. Pero, ¿es que realmente sus argumentos han probado el darse en una noción el carácter de la otra? y ¿es el sentido de este carácter idéntico al sentido del "tránsito" de las nociones, al de su "vinculación" y al de su "pasar"? La no evidencia de esto nos obliga a estudiar nuevamente las conclusiones que Hartmann obtuvo de la crítica a los argumentos que sostenían la separación de los momentos del ser para ver si de ellas se desprende lo que Hartmann afirma como conclusión general (el pasar entre sí óntico de las nociones) y para ver si todas ellas se mueven a un mismo nivel. Veremos que Hartmann sólo ha mostrado un "tránsito lógico" y una "vinculación", que no implican un "pasar de las nociones" o "un existir en ellas un carácter de la otra" y que, metafísicamente, no están estas últimas conclusiones a un mismo nivel con las primeras. Veámoslo en detalle:

a) Primeramente, Hartmann afirmó la posibilidad de un tránsito continuo entre el "ser así" y el "ser ahí" (y viceversa). De esto deducía la posibilidad de que el tránsito no fuera sólo lógico, sino también óntico. Pero, ¿cabe esperar esta posibilidad? Parece que no, pues si bien resulta exacta la existencia de un tránsito lógico, justo lo que se afirma con él es que la situación objetiva mentada por el "ser así" y el "ser ahí" puede ser conceptualizada indiferentemente desde cualquiera de los momentos del ser, es decir, que la misma situación, conceptualizada desde la perspectiva de un momento, puede serlo también desde la perspectiva del otro; ahora bien, esto mostraría, al contrario, que el "ser así" y el "ser ahí" son sólo posibilidades de consideración y no representan como tales propiedades distintas del ente: el tránsito lógico probaría que el "ser así" y el "ser ahí" no señalan una distinción que se mueve en el plano del ente, sino en el plano de su conocimiento;

b) Después afirmó que los juicios de "ser así" y "ser ahí", pese a su distinta forma, podían reducirse el uno al otro, sin alteración en el contenido de ser por ellos expresado. De ahí puede esperarse, afirmaba Hartmann, que en el plano óntico se redujese igualmente lo enunciado por el "ser así" y el "ser ahí". Pero, más bien, de esto se desprende la exterioridad de los momentos de ser respecto al ente

⁴¹*Id.*, pág. 135 (118).

⁴²*Id.*, pág. 136 (119).

⁴³*Id.*, pág. 152 (132 y 133).

mismo, aunque permanece, por cierto, el grave problema de cómo es esto posible si la distinción entre el "ser así" y el "ser ahí" es una distinción cualitativa;

c) Al estudiar los argumentos ontológicos señalamos que Hartmann había probado sólo en ellos la vinculación de los momentos y no el pasar de las nociones. Ahora bien, la vinculación podría indicar, paradójicamente, una separación de las nociones, una mera contigüedad espacio-temporal y no un pasar del contenido de una noción al contenido de la otra;

d) Finalmente, recapitulando la situación general y apoyándose en las anteriores conclusiones, vimos que Hartmann sostenía el paso de una noción a la otra y el darse en una el carácter de la otra. Pues bien, la situación metafísica que esto implica difiere completamente de la implicada por las conclusiones que antes había alcanzado. Pues ahora se postula una relación positiva en el contenido de las nociones mismas, la combinación de su heterogeneidad cualitativa. Esta combinación requiere necesariamente la conceptualización por sentido, pues si la conceptualización fija por determinación sólo describe hechos particulares y separables, ¿cómo puede estar en un hecho el carácter de otro? Entonces, sólo en cuanto las nociones no son "cuadros" de rasgos aislados, sino la cosa misma, pueden combinarse en tanto nociones. Ahora bien, las nociones sólo pueden ser la cosa misma si están construidas estructuralmente sobre la base de la conceptualización por sentido. El darse en una noción el carácter de la otra y el pasar de las nociones implican una situación y un nivel metafísico nuevo frente al plano general en que se movían las consideraciones de Hartmann. Y la existencia de este darse y este pasar Hartmann no lo ha probado en ninguna parte. Pues lo "dedujo" de sus otras demostraciones, sin advertir que no es posible deducirlo a partir de aquéllos y que, además, se mueve en un distinto nivel metafísico.

Pero, ¿a cuál posibilidad acude Hartmann de hecho al desarrollar su propia doctrina? ¿Al tránsito lógico, a la vinculación o al pasar de las nociones (o, lo que es lo mismo, al darse en una el carácter de la otra)? La posibilidad que se trate de una implicación metafísica de las nociones, no puede, al parecer, tampoco descartarse, pues —y a pesar de todo—, ¿no podrían tener los conceptos de su doctrina acerca de la relación positiva de los momentos del ser una estructura distinta que la estructura general de los conceptos empleados en su ontología? La única manera de resolver estos problemas es examinando la posibilidad realmente elegida por Hartmann en el desarrollo de la cuestión. Pero, antes de eso, *a priori*, por el estudio de la definición que da Hartmann de "ser ahí" y "ser así", se puede excluir la posibilidad de que su teoría sea metafísica, pues esta definición, no siendo metafísica, impide una respuesta metafísica. Así, hablar de un paso de las nociones o de un darse en una el carácter de la otra no sólo es algo que no está probado, sino algo que va en contra los principios generales del mismo Hartmann. Para demostrar esto, refirámonos nuevamente a su definición del "ser así" y el "ser ahí".

Como vimos, estas definiciones proceden de una orientación más bien lógica; pese a esto, según Hartmann, caracterizan exactamente la situación ontológica. ¿Qué se afirma en ellas? Que en todo ente hay un momento de "ser ahí", el nudo "que algo es", y que en todo ente hay también un momento de "ser así", todo "lo que la cosa es". Se alude, por lo tanto, según Hartmann con ellas a fenómenos objetivos distinguibles cualitativamente, a una separación en lo dado y no sólo en nuestro entendimiento. Justamente esta separación es la que las concepciones usuales absolutizan hasta convertirla en separación absoluta. ¿Qué clase de fenómenos? El "ser así" y el "ser ahí", nos dice Hartmann, no existen como casos generales abstractos sino siempre en concreto; por ejemplo, la existencia de este lápiz, distinguible de su "ser así". Pese a esto la definición de las nociones es en un sentido

abstracta, en el sentido de no referir e integrar inmediatamente lo señalado por ellas al orden de lo real. Además, lo que es muy importante, en esta forma de ser abstractas, no caracterizan una situación total —unos hechos en relación a la relación de unos hechos— sino específicamente un y solamente un carácter aislado; son conceptos que describen un rasgo óptico y que, en su contenido, el uno respecto al otro, resultan opuestos.

Resulta ahora interesante comparar las definiciones dadas por Hartmann con otro tipo de definiciones (o más bien, de caracterizaciones en sentido general); por ejemplo, lo que dice Lavelle acerca de la esencia y de la existencia: "La existencia es, si se quiere, esa aptitud real y aun actual que poseo de darme a mí mismo mi esencia por un acto que depende de mí realizar. Tal es el único medio que tengo de concebir la inserción de mí ser particular en el ser total: ésta inserción es mi obra que me obliga, en vez de considerar mi esencia como una realidad ya formada, que se necesitaría en seguida no se sabe por qué hacerla descender en la existencia, a considerarla, al contrario, como el fin que yo debo producir y para el cual la existencia se me ha donado"⁴⁴.

¿Qué se afirma con esto? Patentemente no se está describiendo un hecho, recordándolo y limitándolo frente a otros hechos; al contrario, se conceptualiza ontológicamente una situación total, la totalidad del ser del hombre. No se trata, por lo tanto, de fijar determinados rasgos ópticos de ese ser, sino de poner de manifiesto su "estructura". Esencia y existencia en Lavelle son, entonces, conceptos explicativos de una visión fundamental del ser del hombre y, en su remitirse a ella son, de un modo peculiar, conceptos "provisorios", "dependientes" y "relativos"; absolutos sólo pueden ser los conceptos que pretenden fijar una realidad. Y sólo por esto las nociones de esencia y existencia pueden combinarse dialécticamente en su heterogeneidad cualitativa y ser la cosa misma. Lo afirmado por Hartmann y por Lavelle acerca de la esencia y la existencia difiere, por lo tanto, estructuralmente. De las dos condiciones para una combinación metafísica de conceptos, la distinción cualitativa de éstos y su referencia al ser total y no a rasgos ópticos, es decir, al ser y no a rasgos "pictóricos", los conceptos de "ser así" y "ser ahí" sólo cumplen con la primera.

¿Qué carácter tienen, entonces, en definitiva, las definiciones de Hartmann? Nos abocaremos a este problema más adelante; pero, por lo recién señalado, podemos excluir desde ya la posibilidad que la relación entre "ser así" y "ser ahí", tal como Hartmann la desarrolla, sea una relación metafísica. Pues, si bien es ésta, en general, una posibilidad real, sin embargo, no es posible realizarla a partir del tipo de definición que Hartmann ha dado del "ser así" y del "ser ahí". Entonces, como posibilidad, sólo queda que se trate de una vinculación de las nociones o de un tránsito lógico o también de una nueva forma de relación. Para resolver este problema, examinemos el texto de Hartmann.

Ahora bien, no olvidemos que en él va a tratar de mostrar en el ente en cuanto ente al darse en una noción el carácter de la otra; importa retener esto, pese a que su realización nos parece, por lo anteriormente dicho, imposible. Escribe Hartmann: "La tesis en que todo converge aquí puede formularse así: todo "ser así" de algo "es" de suyo también un "ser ahí" de algo, y todo "ser ahí" de algo "es" también un "ser así" de algo. Tan sólo no es el algo uno y el mismo en ambos casos. El "ser ahí" del árbol en su lugar "es" de suyo un "ser así" del bosque, que sin él sería distinto; el "ser ahí" de la rama del árbol "es" un "ser así" del árbol... Esta serie puede prolongarse por los dos lados; siempre es el "ser ahí" de lo uno

⁴⁴Lavelle. *De l'acte*, pág. 95, París, Aubier 1946.

a la vez "ser así" de lo otro. Pero también puede invertirse: el "ser así" de la hoja "es" el "ser ahí" del nervio, el "ser así" de la rama "es" el "ser ahí" de la hoja, etc.⁴⁵. Así, continúa Hartmann, la separación del "ser ahí" y del "ser así" existe sólo en un trozo aislado del ente; pero en el orden total del mundo llega una identidad y como en ella se trata de un continuo desplazamiento de contenido, se puede llamar entonces, una identidad continuamente desplazada.

Ahora bien, ¿qué significa esta afirmación: el "ser ahí" de algo "es" también un "ser así" de algo y viceversa? ¿Qué sucede en ella? Tomemos un caso concreto. Decimos: "la rama existe" "es" un "contenido" (un momento de la esencia) del bosque". ¿Queremos decir con esto que la cualidad de existir en ella "es" la esencia de otra cosa? De ningún modo, ya que el existir mismo no tiene aquí ninguna cualidad, sino que es sólo un hecho; cualidades y propiedades en sí mismas sólo pueden tener las nociones metafísicas y, como dijimos, éste no es el caso de las nociones de "ser así" y "ser ahí". Por esto, lo efectivamente dicho en la frase anterior es que el ente mismo por ella mentado en sí es sujeto también de predicados de la forma "ser así"; que sus propiedades le permiten recibir ambas clases de juicios; así, en "este" campo "esa" rama que "es", "es", además, parte del bosque. Para ver esto —y he aquí el punto esencial— se necesita resolver el contenido de la afirmación. ¿Cómo se le resuelve? Dirigiéndose al ente mismo mentado por la frase, concretizando a ésta en el orden real del ser; no refiriéndose al concepto general de existencia ni tampoco al concepto general, en este caso, de rama que existe, sino que ateniéndose a esta rama real; así y sólo así se puede ver que le es atribuible el predicado "que es" y el predicado "qué es". Por lo tanto, no se trata de que la noción de "ser ahí" "sea" la noción de "ser así", sino que el ente señalado por ella, desde distinta perspectiva, "da pie" para recibir al mismo tiempo los dos distintos predicados, esto es, puede ser conceptualizado desde esas dos nociones. Pero todo esto resulta posible sólo si se reflexiona, no en las nociones mismas, sino en el orden real del ser; quedándose con las puras nociones, resulta absolutamente imposible su combinación. Así, esta resolución de las nociones es el único modo de entender y comprender cómo Hartmann puede sostener la identidad (continuamente desplazada) de las nociones de "ser ahí" y "ser así"; esto es lo que, en tal afirmación, efectivamente ocurre. Ahora bien, por otra parte, no es difícil observar que esto mismo sucede en un ejemplo contrario a éste, es decir, uno en el cual el "ser así" "sea" el "ser ahí" de algo.

Pero, ¿no es una objeción contra esto el hecho que Hartmann afirme que en un ente aislado el "ser así" y el "ser ahí" son insuperablemente diversos?⁴⁶. Pareciera serlo, pues acabamos de afirmar que es en el ente mismo, esto es, en la situación óptica particular, donde se supera la diversidad de las nociones de "ser así" y "ser ahí". Sin embargo, examinemos el punto con más atención. Decimos: "la rama es"; su "ser ahí", definido lógicamente, es el hecho que la rama sea; su "ser así", lo que es. En cuanto se repara en su definición lógica son, entonces, el "ser así" y el "ser ahí" de un determinado ente, diversos. Pero este carácter lógico lo mantiene Hartmann sólo al comienzo de su análisis; hemos visto que para estudiar la relación de ambas nociones las concretiza de inmediato. Ahora bien, al concretizarlas, al resolverlas tenemos: el "ser ahí" de esta rama "es" el "ser así" de este bosque; el "ser así" de ella "es" el "ser ahí" de este nervio. Concretizadas ambas nociones aluden a situaciones ópticas que pueden recibir ellas también ambos tipos de juicios; es decir, la separación se mantiene en cuanto se respeta la definición lógica,

⁴⁵Hartmann, *Ontología I*, pág. 153 (133).

⁴⁶*Id.*, pág. 153 (133) y pág. 161 (140).

no en cuanto pasa al campo de lo real. Ahora bien, este pasar es necesario, pues las nociones, al no tener un contenido metafísico, sino sólo uno lógico, resultan estériles y vacías y no pueden dar cuenta, de este modo, de lo real. Así, pues, si en este punto se aplica también el mismo procedimiento que anteriormente hemos empleado, no hay aquí ninguna objeción, sino, más bien, una confirmación de nuestra tesis⁴⁷.

Pero, permanece el problema, ¿cómo puede el ente recibir estos distintos tipos de conceptualización? ¿Hay en él propiedades que justifiquen ambos tipos de atribución? ¿Son el "ser así" y el "ser ahí", de todos modos, principios reales? Para resolver este problema el texto mismo de Hartmann viene en nuestra ayuda. Pues Hartmann compara la situación de las nociones de "ser ahí" y "ser así" con la situación de las nociones de causa y efecto. No existe en el mundo, nos dice Hartmann, una serie de causas y al lado una serie de efectos, sino lo que es causa es a su vez efecto y viceversa; es tanto lo uno como lo otro, tratándose, entonces, también de una identidad continuamente desplazada como en las nociones de "ser así" y "ser ahí"⁴⁸. Ahora bien, causa y efecto son principios reales de las cosas. ¿Quiere decir esto, ya que su situación es análoga, que también son principios el "ser así" y el "ser ahí"? Dos consideraciones nos mueven a negar esta posibilidad. Primero, que causa y efecto son nociones distintas pero no opuestas en su carácter de ser, lo que no sucede con el "ser así" y el "ser ahí"⁴⁹. Segundo, lo que Hartmann entiende por "principios reales". La esencia de los principios, nos dice el filósofo, consiste en predeterminar lo *concretum*; para predeterminarlo realmente —con un tipo de predeterminación *sui generis* y no asimilable a ningún otro tipo— no debe estar separado de él ni serle homogéneo; por lo tanto, debe tener un contenido distinto de aquello que explica; así, el ente que es causa lo es porque se da en él el conjunto de condiciones que la noción de causa implica; así, el juicio que es verdadero lo es porque se da en él el conjunto de condiciones que constituyen el ser de la verdad (según Hartmann, la "concordancia" con el ente). Una cosa es el principio, otra lo *concretum*; si ambos no difieren por el contenido no puede ser uno principio del otro (en este caso tendríamos, en la terminología de Hartmann, una "homonimia")⁵⁰.

Ahora bien, Hartmann distingue, como vimos más arriba en una cita, el "ser ahí" y el "ente ahí", el "ser así", y el "ente así" agregando que el "ser así" y el "ser ahí" son diversos, pero que el "ente ahí" y el "ente así" no son algo diverso sino momentos de un mismo ente. Pero, ¿son distintos el "ser ahí" y el "ser así" (como principios), respectivamente, del "ente ahí" y el "ente así" (lo *concretum*)? ¿No es, patentemente, su contenido el mismo? ¿No hay, por lo tanto, una "homonimia"? Si fueran conceptos metafísicos, cabría hacer una distinción; como no es el caso, no habiendo ninguna diferencia entre el principio y lo *concretum*, el "ser así" y "ser ahí", entonces, no son principios reales, si nos atenemos a la concepción de los principios del propio Hartmann y a los resultados a los que en sus análisis de la relación del "ser así" y del "ser ahí" llega.

⁴⁷Una consecuencia más puede señalarse aquí de la distinta estructura de las concepciones: en la ontología de Hartmann las nociones de "ser ahí" y "ser así" se refieren al todo del ente (real o ideal), no al ente individual. La diferencia es patente, por ejemplo, con las teorías medievales de la existencia y la esencia, las que, con estas nociones, apuntaban al ser individual, querían señalar la dependencia y esencial diferencia entre el ser del Creador y el ser de la creatura.

⁴⁸Hartmann, *Ontología I*, pág. 159.

⁴⁹Y se trata aquí de la posibilidad de principios reales no metafísicos.

⁵⁰Hartmann estudia la naturaleza de los principios en *Ontología III*, Parte Primera.

Y esto concuerda con lo antes señalado. Pues, al examinar las distintas conclusiones que Hartmann obtuvo al criticar los argumentos que sostenían una separación de los momentos del ser, vimos que todo parecía indicar que el "ser así" y el "ser ahí" eran sólo modos del considerar, categorías del conocimiento, no, por lo tanto, principios reales. Ya antes, la posibilidad de un pasar metafísico de las nociones había quedado excluida y la vinculación, si bien estaba probada, no era idéntica al tránsito lógico²¹.

De todo esto se desprende, repetimos, que el "ser así" y el "ser ahí", tales como están desarrollados en la ontología de Hartmann, no son principios del ser sino principios lógicos. No señalan el "ser" de los entes ni tampoco nos dan un conocimiento "pictórico" de él, pues se reducen y se disuelven en lo que realmente es, que soporta esos atributos sin que éstos, propiamente, lo determinen; no alcanzan, entonces, a "pesar" efectivamente en el plano del ente en cuanto ente, cuyo estudio fundamental debe buscarse en el análisis modal.

Así, las conclusiones que hemos obtenido resultan contrarias a las que Hartmann pretende haber logrado. Pero, hasta donde los argumentos anteriores son válidos, la razón parece estar de nuestra parte. Y una consideración más viene a reforzar nuestra posición, y es la siguiente: que la justificación de los principios viene del conocimiento que ellos nos dan del ente. ¿Y qué propiedades del ente conocemos a través del "ser así" y el "ser ahí"? Es claro que ninguna, pues para estudiar estos momentos del ser tenemos que retroceder, como hemos visto a lo largo de este trabajo, al ente mismo, con lo cual, es claro que no se gana nada. ¿Qué hay del distinto carácter de ser del "ser así" y el "ser ahí"? Tras él no había nada metafísico; era un distinto carácter de ser originado en la consideración lógica del conocimiento, estéril y vacío en sí mismo —por no ser metafísico—, lo que obligaba a Hartmann, para poder tratar el problema, a abandonar la definición abstracta y a resolver el contenido de las nociones de "ser así" y "ser ahí" en el orden mismo del ser, abandonando el carácter primitivo con el que éstas habían sido definidas y perdiéndose con esto el sentido de la heterogeneidad cualitativa de los momentos y su posibilidad de ser verdaderos principios. Y, así, todas las consideraciones hechas aquí parecen demostrar que sólo la metafísica puede tratar las nociones de esencia y existencia de modo que éstas sean reales principios de las cosas; no sería, de este modo, el problema de esencia y existencia un problema al alcance de todos los tipos de filosofías, un problema que todas ellas pudieran recoger sin más. Por el contrario, su tratamiento sólo podría ser profundo si se le piensa desde una perspectiva metafísica. Pero una aclaración cabal de todo esto depende de un exhaustivo examen de la estructura y del sentido de los principios filosóficos; y tal examen no es, por lo demás, hasta ahora, sino un bello ideal.

²¹De hecho, la solución de Hartmann a la relación de las nociones de "ser así" y "ser ahí" implica la vinculación de las nociones como "consecuencia" de su origen lógico. Su opinión final respecto a ella se encuentra en la pág. 162 (141) del primer tomo de su *Ontología*, pero esta opinión hay que entenderla dentro de la ambigüedad de sus resultados.

Jorge Guillermo Llosa: Dante en su tiempo y en el nuestro

CUANDO AL OIR una campanada de siete siglos nos detenemos para mirar el largo camino de los hombres, sube a los labios la pregunta: ¿qué es, entonces, la vida? ¿Qué extraño prodigio es éste que nos hace revivir lo que un hombre soñó y pensó hace setecientos años? La arena que ha corrido entre las esferas cristalinas del reloj podría haber formado ya un arenal. El tiempo que es tan ingrato y tan fugaz, se ha dilatado ahora, hasta el extremo que vive en el presente lo que en pasado se vivió; luz remota que ante nosotros brilla cuando su fuente se extinguió hace ya tantas edades, cual fingida claridad de estrella tragada por la noche pero para nosotros estrella siempre, ornamento y confidente de nocturnales vigiliias. No es, pues, un fantasma el que ahora evocamos, ni precisa que desempolvemos papeles muertos con la ilusión de topar los vestigios de un hombre que amó. Estará vivo, aquí presente, mientras su fuego sea nuestra lumbre y el toque de su palabra sea capaz de estremecernos.

Bien poca cosa es la inmortalidad de la fama. Ya el poeta comentaba pesaroso que la de Giotto había oscurecido al hasta entonces brillante Cimabue y decía que una gloria dura mientras que no la oculta otra mayor. La suya ha sido, sin duda, una gloria sin eclipse, pero creemos que no es ésta la razón profunda de su sostenida pervivencia ni que la fama voluble pueda justificar por sí sola la actual claridad de su celeste visión y de su alta fantasía. No podemos engañarnos; lo que del pasado vive, es nuestra propia vida y si el artista es inmortal es porque otros hombres lo prolongan. El tiempo burlado pasa de una vida a otra, sin que la muerte pueda inmovilizarlo en un pasado definitivamente perdido. Con emoción sentimos que es Dante el que nos habla y él al cabo del septicentenario camino es su misma presencia la que habita aquí y ahora entre nosotros.

Porque es breve la existencia y no podemos realizar en ella todo lo que nuestra apetencia vital nos dicta, recurrimos a vidas ajenas, a aquellos ejemplares en las que nos cobijamos como en una nueva matriz que engrandece el ámbito de nuestra intimidad y nos multiplica en una personalidad siempre renovada. No es otro el secreto afán que explica los desvarios del Quijote y la necesidad interior del personaje de Pirandello que oculto tras la máscara de Enrique IV puede subsistir en un mundo que le era ya insoportable. Toda la afición a la historia es un reflejo de esa apetencia de dilatar la propia vida, asumiendo las que otras vivieron y recreando tiempos idos que siempre nos parecen más ricos de humanidad y más interesantes porque de ellos sólo conocemos lo que nos ha sido contado, lo memorable y maravilloso. Erasmo y el señor de Montaigne desdeñaban a sus contemporáneos y alejados de sus querellas se encontraban a sí mismos en el refugio del gabinete de trabajo al que acudían las sombras prestigiosas de la antigüedad clásica. En Dante queremos encontrar la respuesta a estos misterios. Saber por qué al mismo tiempo

*La
inmortalidad
de la fama*

nosotros lo immortalizamos insuflándole nuestra existencia y él nos hace vivir aco-
giéndonos a la sombra de su inmortalidad.

*El esplendor
del arte
renacentista*

A mediados del siglo XIII Florencia iniciaba el día de sus glorias, echando los fun-
damentos de superioridad política y riqueza económica sobre los cuales florecería
en los siglos inmediatos el esplendor del arte renacentista. Ciudad formada en el
propio esfuerzo de sus artesanos y comerciantes, tuvo celoso orgullo en la defensa
de sus fueros ciudadanos y por ello se opuso al partido del Emperador, llamado
guibellino y se plegó a la política de autonomía de las ciudades italianas que fo-
mentaba el Papa, o partido güelfo. Después de su fracaso en Montaperti, frente
a la liga de las ciudades guibelinas, Florencia obtuvo los triunfos decisivos de Val-
delsa y Campaldino, en lo que dobló a sus tradicionales rivales las ilustres ciu-
dades de Pisa y Arezzo. La lucha entre papales e imperiales, se transformó, o, me-
jor dicho, dejó el curso abierto para que afloraran conflictos sociales entre aristó-
cratas y populares, entre ciudades competitivas en el comercio, entre familias am-
biciosas, y aun entre germinales tendencias nacionalistas que enfrentan al papado
con las nacientes monarquías absolutas y que son un anuncio de la futura Reforma.
Más que de banderías políticas, la partición entre güelfos y guibelinos, es una cues-
tión decisiva frente al mundo feudal, y sus instituciones rígidas, y a la nueva rea-
lidad que como consecuencia de las cruzadas y del desarrollo de la burguesía se en-
frente con aquellas estructuras superadas. Florencia fue desgarrada en este conflicto
puesto que por una parte defendía la autoridad popular contra la oligarquía, pero
por otra su adhesión política al papado no fue incondicional ni significó una sumi-
sión del espíritu y del pensamiento. Ciudad progresista tanto en lo político como
en lo intelectual, chocó alternativamente y a veces en forma simultánea, con ambas
espadas, la del Emperador y la del Papa. En las riberas del Arno se hacía intensa-
mente la historia de su tiempo y la nativa vocación plástica de sus habitantes daba
color y figura sensible a las facciones contrastadas llamándolos "blancos" y "negros"
y situando la flor de lis del emblema de la ciudad sobre fondo blanco o rojo, según
el caso, así como las almenas tenían también formas "distintas" que permitían
reconocer desde lejos la ubicación política de sus murallas; la división de las almas
se reflejó también en la topografía urbana con barrios y palacios llamados de
"parte güelfa" y de "parte guibelina".

En ese entonces la potente y rica Florencia comenzaba a alzar la arquitectura del
gótico toscano, inspirada en modelos franceses y admirablemente hermanada a la
tradición románica y al gusto por la claridad de colores y sencillez de los trazos
que le venían de su stirpe clásica. En los años de la juventud de Dante comienza
a edificarse las grandes iglesias góticas de la ciudad que hasta entonces había con-
servado el monástico y recogido carácter de sus santuarios románicos. Se alzan la
Santísima Trinidad, la dominicana Santa María Novella y la franciscana Santa Croce
y se inician los trabajos de Santa María dei Fiore, la catedral afamada. El aire gótico
significa la presencia de las multitudes movidas por las órdenes mendicantes; en él
se refleja la plenitud de la fe, pero ésta ha comenzado a perder su antigua inocente
intimidad y se convierte en expresión de vida colectiva que parece querer tomar el
cielo por asalto, en algo así como una cruzada a la Jerusalén celeste. También la
edificación civil muestra el tránsito del pequeño burgo feudal a la ciudad libre y
próspera, cosmopolita y orgullosa. Surgen los Palacios, el de la Señoría que identi-
fica su perfil con la ciudad; el de Podestá, alzado para el capitán del pueblo, y que
parece conservar en su hermoso patio de piedra el eco de los nerviosos cascos; los
edificios para los gremios y "ordenamientos" en los que estaba distribuida la vida
económica y la autoridad política y que nos ha dejado, entre otros, aquella maravi-

llosa *Loggia dei Lanzi* que habría de cobijar más tarde al Perseo de Benvenuto Cellini. También la edificación privada anuncia la aparición de un principio de seguridad y bienestar que aleja la maraña de torres y murallas, abriendo espacios a la naturaleza y a la grata convivencia social. Aún hoy se muestra, pozo y aleros, donde nos imaginamos pudo transcurrir la juventud del poeta. También las artes plásticas despiertan de la rigidez bizantina y, bajo la influencia de los maestros pisanos, nace un mundo animado y humano en el que se establece una nueva relación, a través del arte, entre lo sobrenatural y lo terreno.

Los primeros años de Dante están impregnados en este ambiente de ciudad que evoluciona y se agita por nuevos ideales de vida. Cada barrio, cada monumento y cada rincón, tienen un lenguaje expresivo que el hombre sensible comprende e incorpora a su propia fluencia de vida personal. El recuerda en la *Comedia* a su ciudad que transcurre "tra Marte e 'l Batista", o sea, entre la estatua de Marte en el Ponte Vecchio y el Baptisterio de San Juan, el precioso octágono de estilo romántico, verdadero centro totémico de la antigua ciudad etrusca, romana y cristiana, donde fuera bautizado y en cuya bóveda brillan los mosaicos bizantinos en los que un Cristo griego reina sobre las jerarquías celestiales. Esta visión del cosmos trascendente hirió para siempre el alma del niño florentino que no olvidará nunca su "bel San Giovanni", hasta para tomar la pila bautismal como modelo de los llameantes sepulcros en los que recluyó a los Papas simoníacos.

Todo lo que conmovió a Florencia en esos años apasionados encontró en el joven Dante al actor y al intérprete. Como su ciudad, él se dio tiempo para el amor y la guerra, la poesía y la política, el trabajo y el arte. Combatió en Campaldino, intervino como miembro del gremio de los pintores en los debates del Consejo, celebró la alegría de la victoria en fiestas donde el amor cortés inspiraba la poesía del "dulce estilo nuevo", tuvo como amigos a los más grandes artistas y poetas de su tiempo, a Giotto, a Guido Cavalcanti, a los miniaturistas Franco y Oderisi, y a todos los potentes de la tierra. Giotto de Boldone nos ha dejado el retrato de este Dante juvenil en los frescos del Palacio del Podestá. Bien distinto es, por cierto, este rostro sereno y abierto a las esperanzas de la vida, al que nos ha perpetuado la imagen del autor de la *Comedia*, exilado de su patria, infortunado en el amor, prematuramente envejecido y con los rasgos acentuados en el rictus de los labios, la ganchuda nariz y la mirada centelleante de quien ha dialogado con los réprobos y ha visto a Dios.

Hay muchas maneras de acercarse y ver el mundo. La de Dante fue la visión poética. Su espíritu es eminentemente platónico idealizante, y transmite todas sus experiencias y sensaciones en materia de poesía. El es, antes que Petrarca, un descubridor del paisaje y de la pasión de conocimiento y de absoluto que caracterizan como Fausto al hombre llamado moderno. En su obra poética podemos encontrar un paralelismo exacto con la biografía del autor. Su juventud, alegre, cortesana y gentil, corresponden al florecimiento de la poesía del "dolce stil nuovo"; las Rimas escritas por el exilado que espiritualmente sigue viviendo en Florencia, revelan el tránsito desde el mundo ideal al del contorno áspero y real de la vida y de las cosas y, por último, como fruto de prematura senectud, la *Comedia* encierra en la armadura de tercetos endecasílabos la máxima potencia expresiva de pensamiento y de experiencia en la concisión de las palabras que parecen grabadas con ácido.

Dos circunstancias favorecieron la expansión de esta innata vocación poética. O tal vez sería mejor decir, que el Alighieri personificó, como poeta genial, lo que oscuramente venía pugnando por brotar en el seno de la Europa culta de su época. Quiero decir, la aparición de un nuevo sentimiento de aproximación a la naturaleza,

*Dante y el
"dulce estilo
nuevo"*

concebida como bella y buena, y el uso necesario del lenguaje cotidiano, la "vulgar elocuencia" para expresar un alma que era también de raíces distintas y que gozaba al mundo con ojos frescos de descubrimiento, ingenuamente concebido como un renacer de lo que habían visto clásicos.

En nuestros días se ha revelado la honda peripecia espiritual que encierra la historia de la poesía trovadoresca. No cabe duda de que el sentimiento del amor llamado cortés, que es servicio e idealización de la mujer, nace de una singular mixtión de corrientes culturales y sociales. El origen está en un arábigo deleitoso tormento ante la imagen siempre lejana y esquiva de la mujer celosamente guardada u oculta. Esta actitud fundamental se expresa con perfección lírica en el *zejel* andaluz, forma poética que se difundirá por la península y a su vez pasará los Pirineos, cuando la Provenza estaba unida con Aragón y Cataluña más que con el norte de Francia. En esta región amable florecen las primeras auténticas cortes, donde se ha olvidado la rudeza guerrera y se descubre el placer de vivir. La interna significación del sistema feudal se revela también en las relaciones amorosas; el caballero se rinde ante la dama, igual que el vasallo ante el señor. Y para completar la trilogía del ideal caballeresco, vemos que amor y lealtad se exaltan con un sentimiento religioso de devoción y pureza que llega hasta el extremo de hacer del Languedoc un foco de exaltada mística heterodoxa y herética. La poesía es el lenguaje de una nueva vida y se propaga irremediamente sin que nada pueda detenerlo. A la Toscana llegan estas corrientes por un doble camino. Uno, directamente desde el Mediodía francés, en el idioma provenzal que el propio Dante utiliza cuando en esta lengua dialoga en el purgatorio con los trovadores Arnaldo Daniello y Girault de Borneil; y el otro, desde Sicilia, puente de enlace con la cultura árabe y sede de la ilustradísima corte del genial Federico II Hohenstaufen.

El amor en Dante vive la misma doble naturaleza que le atribuye Platón; uno es celeste y el otro terrenal. En el primer caso el amor humano es una escala hacia el amor del bien y del bello absolutos. En sus confidencias de "La Vita Nuova", el poeta declara que la felicidad de su amor se colma con la visión de la amada, con su dulcísimo saludo, y con el decir, en versos, el elogio de su virtud y de su belleza. Este amor casi no tiene relación con el cuerpo o con los sentimientos; es una operación milagrosa del espíritu, semejante al éxtasis. Por lo tanto no vive sino de sí mismo; es una ilusión o una transfiguración de la realidad que se alimenta con sus propios pensamientos. Desde este interior transfigurado el poeta a su vez vuelve la mirada hacia la inspiradora Beatriz y la inviste de todas las posibles perfecciones. Un amor así, tan ajeno a la realidad, hace sufrir al poeta que tiembla, "mucho pauroso", lleno de miedo, sufre de vértigos, llantos y pesadillas.

La "gentileza", "il cuor gentile" es una condición necesaria para poder vivir aquel amor místico y sublime. Pero este sentimiento ya no es platónico ni religioso sino trovadoresco. Es una disposición que el vulgo o los espíritus vulgares no conocen. Sin ese corazón gentil no hay amor: "Amor e 'lcor gentil sono una cosa" dice Dante en un soneto de *La Vita Nuova*, y después pondrá en labios de Francesca de Rímíni aquella famosa confesión:

"Amor, ch'al cor gentil ratto s'apprende"; al corazón gentil se abraza rápido el amor.

Misticismo y cortesía, religiosidad y mundana gentileza, envuelven el clima amoroso de la juventud del poeta, tal como puede verse en el hermoso cuadro de amor y amistad que dibuja en aquel soneto:

*Guido i' vorrei che tu e Lapo ed io
fossimo pressi per incantamento*

*et messi in un vaso el ch'ad ogni vento
Per mare andasse al voler vostro e mio" ...*

El poeta quiere estar con sus amigos Guido Cavalcanti y Santiago a bordo de una nave que un buen encantador llevaría por los mares al gusto de ellos y en ese amable refugio vendrían a acompañarlos las bellas "monna Vanna", "Monna Lagia", así como aquella que está "sobre el número de los treinta", y ahí razonaría siempre de amor, en general contentamiento.

Este amabilísimo poema refleja muy bien la concepción de Dante sobre el amor que es un deseo de vida más alta y selecta, un *desideratum* de existencia entre amigos y mujeres amadas, en un mundo irreal y encantado libre del tiempo destructor. La imagen del fantástico barco y del "incantatore" nos sitúan en el ámbito de la poesía del ciclo bretón. Las leyendas de los Caballeros de la Corte del Rey Arturo y los trágicos amores de Tristán e Isolda habían hecho fortuna y circulaban por toda Europa. En el siglo XIII se leía en traducción italiana *L'istoria di Tristano* y aquella de Dancialotto cuyo amor por Ginebra precipitó la desgracia de Paolo Malatesta y y Francesca de Rímíni. Ante estas almas desgraciadas y en el Infierno eternamente unidas, el poeta se conmueve. Indulgentemente reconoce la fatalidad del Amor, que no consiente el no ser correspondido, "Amor, ch'a nullo amato amar perdona", y el verlos llorar del recuerdo de la felicidad pasada, se siente él mismo sacudido de piedad, hasta caer, "como cuerpo muerto cae".

Las canciones y rimas amorosas corresponden a la época alegre de la vida de Dante y a su viaje a la ciudad de Bolonia, célebre ya entonces por su sapiencia y por su buen vivir. En ella la Universidad congregaba a estudiantes de toda Europa, ansiosos de seguir las enseñanzas de los juristas que habían completado la elaboración de un derecho inspirado en el Corpus Juris Civilis de Justiniano, actualizado a los requerimientos de la sociedad medieval. Naturalmente que las lecciones de Irnerio y Acurzio alternaban con las fiestas estudiantiles, animadas por aquellos trotamundos, tabernarios y trovadores, llamados goliardos que nos han dejado la maravilla exaltada del Cármina Burana y de la poesía juglaresca.

El joven Dante fue sin duda uno de los animadores de este sentimiento festivo y báquico que concibe el amor como una astuta guerra en la que rigen los preceptos de Ovidio y de Cátulo. La colección de poemas dantescos llamada *La Flor* recoge el tema y la manera del célebre poema simbólico francés *Le Roman de la Rose*, pero el simbolismo utilizado por Dante es un disfraz bastante libre que deja al descubierto en su crudeza esencial el proceso de la conquista de la flor femenina por el galán que luce aquí el ropaje de peregrino y bordón de caminante. Basta para ejemplo el poema siguiente, que entregamos en traducción literal y que al oírlo despertará los ecos de la jocosa licencia del Archipreste de Hita y de su *Libro de Buen Amor*. Dice así:

*Y cuando estés a solas con ella
tómala entre los brazos y sobreseguro
mostrándole entonces si eres fuerte y duro
e inmediatamente métele la zancadilla.
No la respetes ya por lo que diga;
si ella pide merced, arrímalala al muro:
Tú le dirás: "Señora, yo me aseguro
en esta acción, que el amor me ha obligado
tanto de vos, que no puedo tener reposo
porque conviene que vos tengáis piedad*

*de mí, que tanto os estoy en torno:
que estéis segura que yo os amo a fe
y que de amaros jamás desistiré,
qué por vos mi corazón salvarse cree”.*

El joven Dante de estos poemas juglarescos es bastante distinto aunque no menos real que el grave pensador de la Comedia. En ambos casos la poesía es testimonio de vida. En un caso sentimental o alegre y despreocupada; después grave, trascendente. El poeta, sin dejar de serlo, fue además filósofo. Es que este cambio en la obra está también marcado por una profundísima fisura en la existencia personal del autor.

Dante lleva el signo trágico del exilio. El cae pesadamente sobre la existencia del joven poeta y transforma toda su concepción del mundo, su carácter y hasta su misma figura. Amantísimo de su ciudad fue condenado en ausencia a la pena del destierro y, después, a la de muerte por fuego en caso de ser habido; todo bajo la acusación de “baratiere” o traficante con cargos públicos. El gobierno apoyado por Carlos de Valois, representante del Papa Bonifacio VIII, logró desterrar a los adversarios del Pontífice, entre ellos el Alighieri y el padre de Petrarca. Así se encontró Dante con que no podía tornar a su patria. Buscó, entonces, refugio en la Corte de los Scaligeri de Verona, dinastía de ricos y victoriosos condotieros y no se cansó de asediar a su ciudad para abrirse el camino del regreso. Escribió a sus amigos florentinos, a los magistrados, a grandes señores y prelados, sosteniendo su derecho y exhalando su hondísima amargura. Sus epístolas son monumentos literarios brotados de un vívido dolor; en ellas se ha dicho, está esculpida el alma del poeta. Escribe a un “amigo florentino”: “¿No es así que no podré especular con dulcísimas verdades en cualquier parte bajo el cielo, si primero no me devuelven a mí, inglorioso y profundamente ignominioso, al pueblo florentino y a mi ciudad?”. En otro lugar pide que le señalen un camino para volver a la patria y que él lo aceptará “con tal que no perjudique en su honor la fama de Dante”. Las cartas no tuvieron resultados prácticos, más el exilado no se limitó a tentar estas vías literarias para obtener la reparación de su honor y el regreso al hogar. También conspiró con otros fugitivos en la intentona de un ingreso por la fuerza; el plan fracasó y Dante abandonó esta compañía vil a la que dedicó desabridos recuerdos. Después confió en la presencia del Emperador alemán Enrique VII, al que le dirigió esperanzadas cartas desde las fuentes del Arno en Casentino, donde sentía las aguas deslizarse hacia su ciudad amada y prohibida.

Ante el fracaso de todos sus proyectos y definitivamente desalentado por la inesperada muerte del Emperador, Dante inició esa existencia de la que ha dejado tan acerba memoria en el *Convivio* y en la Comedia: “peregrino, quasi mendicando”, anduvo mostrando la llaga de su fortuna, como madero sin vela y sin gobierno, movido “por el viento seco que exhala la dolorosa pobreza” y aprendiendo por experiencia propia “el amargo sabor del pan ajeno y la dura calle que es subir y bajar por ajenas escalas”.

*Dante en el
destierro*

Dante no sólo vive como desterrado, altanero en su pobreza, sino que radicalmente está fuera de esa existencia que él soñara como ideal de amor y de belleza. Beatriz se alejó definitivamente, dejando aún más sólo al atolondrado admirador refugiado en esa villa del Arno donde buscará inútilmente un nuevo amor que se estrella en un corazón de piedra. “Petrosa” es la mujer y “petrosas” las canciones que le dedica. Estas rimas escritas en la aldea montañesa muestran un espíritu distinto. Ya no es el clima idealizado de la Vita Nuova, sino la presencia tangible de la realidad que circunda al poeta, anunciando en sus versos la inminente forma lapidaria de la Divina Comedia. También el carácter ha variado. El amante dulce y soñador, el ale-

gre estudiante burlón y juglaresco, se ha convertido en aquella "alma desdofiosa" que la posteridad conoce. "Cosí del mio parlar voglio esser aspro", dice el poeta, "como es en los hechos esta bella piedra". Y su parlar se hizo efectivamente áspero, implacable, listo ya para servir a las sentencias que desde el más allá fulminaría contra malvados y adversarios. Sus contemporáneos han guardado para nosotros esta visión del poeta iracundo, como lo retrata el cronista Villani, presuntuoso y desdofioso y que "casi a guisa de filósofo agrio no sabía conversar con los laicos". Pero poeta al fin, nos sorprende diciéndole a su añorada Florencia que aunque le abriera sus puertas ya no regresaría a ella, pues una cadena de amor lo retiene; de aquel amor "que fulgurando abre el camino a la muerte".

La vida coloca a Dante en una situación totalmente precaria y desamparada. "El exilado es una sombra", nos dice Ortega, recordando el adagio latino, "exul umbra". Como tal la figura del poeta debió borrarse hasta perderse definitivamente en la soledad y en el tiempo. Pero entonces se produce la prodigiosa reacción. Dante, que se encuentra con la vida literalmente deshecha, la rehace a su modo y con todo el ímpetu de su genio creador y combativo. Le negaron una y él se fabrica otra grandiosa con el sobrehumano poema donde cita a todos los poderes divinos, humanos e infernales, y en el que dialoga y juzga a la humanidad entera.

Frente al nuevo trance vital en el que se encuentra, el poeta se vuelve filósofo. Es el pensamiento escolástico el que le sirve para trazar el plano y levantar el edificio de su concepción cósmica. De estos estudios filosóficos sabemos poco. No está probado su presunto viaje a París, la capital teológica de entonces, pero en cambio tenemos constancia por el propio Dante de su intervención en una disputa sobre cuestiones del mar y de la tierra sostenida en la corte de Can Grande de la Scala, en Verona y en la que nuestro poeta se presenta modestamente como el menos entre los verdaderos filósofos: "inter vere philosophantes minimus".

Se cumple en este caso aquella transición que marca según Baltazar Gracián el paso de la poesía juvenil al de la "juiciosa y cortesana filosofía" de la varonil edad. Pero en Dante no es un simple proceso de maduración anímica lo que lo lleva desde la inmersión estética en la realidad a la meditación penetrante sobre su sentido y esencia. Hay algo mucho más importante: se trata de salvar la vida, que de otro modo podía considerarse completamente frustrada ante un amor muerto al nacer y un hogar de patria cerrado violentamente como en una nueva expulsión del Paraíso.

Pocos ejemplos tenemos tan patentes como este del carácter agónico y dramático del quehacer filosófico. Dante recurre a la filosofía en su doble camino que es el de la justificación personal —encontrarle sentido a la existencia—, y el de la explicación coherente y ordenada del cosmos, en el que esa vida se proyecta y a la que en algún modo racional debe de incorporarse so pena de quedar marginado y ajeno como un obscuro e incomprensible silencio. La poesía, la filosofía escolástica y la religión, le brindaron los medios para realizar la incomparable proeza de insertar su propia biografía en el orden universal de la física y en el destino trascendente de la gloria.

La Alta Edad Media, el siglo de Dante, nos ofrece el espectáculo tan raro en la historia humana, de una sociedad que ha alcanzado por todos los caminos una visión unitaria, armónica, del hombre, la sociedad, la naturaleza y el espíritu.

La lucha política entre el Papado y el Imperio es la última tensión en busca de una potestad universal que ordenaría bajo un solo cetro a todos los pueblos cristianos. La unidad de la fe se mantiene victoriosa sobre los intentos cismáticos y heréticos; la religión se consolida con la lucha frente al aislamiento y encuentra su acabada expresión orgánica en las Sumas Teológicas y en el arte comunitario de las iglesias góticas. Tal como en los mosaicos del baptisterio de San Juan, la Comedia de Dante despliega en una sola visión el pasado y el futuro, la historia y el siglo

venidero, sobre los que resplandece como presente eterno el símbolo de Dios, rodeado por la rosa luminosa de la beatitud, de los ángeles y de los santos.

La visión mística final corona el mecanismo concertado de los astros que giran en sus esferas celestes, tal como se creía desde los tiempos de Ptolomeo. Los cielos del motor inmóvil, o sea de la divinidad, hasta el más cercano correspondiente a la Luna, se ordenan en una jerarquía que conduce grado por grado de la tierra hasta el reino de las ideas puras. La Física y la Ética de Aristóteles, dominantes en la filosofía escolástica, forman la estructura del edificio por donde recorre como soplo poético vivificante la platónica omnipresencia del amor, impulso humano que es regla para medir los pecados y las virtudes, e impulso divino con el cual Dios, sin moverse a sí mismo, mueve al universo entero: "l'Amor che move il sole e l'altre stelle".

Dante, el expulsado menesteroso y errabundo, se pasea por los cielos a donde lo ha dejado Virgilio, confiándolo a la mano de Beatriz, transfigurada en luz pura de la gracia, y es recibido por los más grandes santos y teólogos. Santo Tomás le narra la vida de San Francisco; San Bernardo, Santiago y San Pedro, lo examinan en cuestiones de fe y le explican problemas teológicos y hasta es admitido al mismo Empíreo, en el foco del universo, donde el poeta percibe como un relámpago la visión del Dios, Uno y Trino. El soñador ha triunfado de la vida adversa. Desde su nueva morada, desde su poema altísimo, ve lejano el mundo de los insensatos cuidados, de los que siguen negocios y pleitos judiciales, silogismos y aforismos, codicia, lujuria y ociosidad, fraudes y violencias, mientras que él "de todas estas cosas desligado / con Beatriz me era subido al cielo / tan gloriosamente acompañado". En su persona afinan dulcemente la antigua sabiduría clásica de poetas y filósofos que le enseñan el camino de la razón, y la ciencia escolástica que concilia el saber con la creencia; todo esto transido por la forma poética del trovador, el alma combativa del tribuno, el saber del escolar dedicado al "lungo studio" y el espíritu brioso del amante.

En un reciente terrible libro autobiográfico, ha dicho Sartre que "la cultura no justifica; la cultura no redime". La vida y la obra de Dante demuestran justamente lo contrario.

Por que, a fin de cuentas, la cultura no es otra cosa que la realidad creada por el hombre para justificar su existencia, encontrándole un sentido que la trascienda, y que trascendiéndola la redime de la caducidad del tiempo y de la muerte. Cada paso de la vida de Dante tiene una significación duradera en el contexto grandioso de su obra, y ésta, a su vez, resultaría vacía y vana si pretendiéramos arrancarla del drama personal de su autor. Vemos así que Dante no es especialista en rama alguna del saber, sino poeta que organiza todos los saberes en función de su propia experiencia. La vida personal es el hilo interior que otorga a la masa de vivencias su espléndida unidad. De esta suerte el hombre, cada hombre, es, como dijera Tomás Mann, el meridiano por el que pasa el Universo.

Absortos de nuevo ante el misterio del tiempo, advertimos ahora una sucesión cronológica de acontecimientos que, en cuanto hechos por los hombres, pertenecen a la naturaleza y son irrepetibles. Desde este punto de vista el pasado está definitivamente perdido. Pero, en cambio, lo que aquellos hombres crearon en el espíritu trascendió los límites de su propia vida y se hizo intemporal, al extremo de que realmente vivimos nosotros aquellas vidas pasadas. Por eso, si la historia narrativa pertenece al pasado, la historia de la cultura es siempre actual.

Dante transformó la realidad y su propia vida en substancia poética. Con ella creó el mundo acabado de la cultura medieval. Poco tiempo después de su muerte la gran unidad se trizó ante los embates del pensamiento renacentista, como una cáscara laboriosamente formada, deshecha de golpe por las fuerzas que en su interior

venían desarrollándose. En nuestro tiempo los cielos del Dante, la Luna, Venus y Marte, son objetivos espaciales que impúneamente recorren sacrílegos cohetes. El Universo crece y se aleja de nuestra mirada y nuestra comprensión. Asistimos nuevamente a ese esfuerzo interminable que es la construcción de una morada para el hombre. El modelo medieval hace mucho tiempo que dejó de sernos útil, pero extraviados ante la pérdida del alma y del mundo, a las que está expuesto el hombre contemporáneo, buscamos en experiencias pasadas, en la lección de la historia viva, ejemplos, fuerzas, esperanzas. Para celebrar el recuerdo de Dante no nos contentamos con sacudir el polvo de su estatua. Sabemos que si vivimos como él, jugándonos apasionadamente la vida a un ideal, se abrirá también para nosotros en los cielos que él soñara, una sonrisa de mujer hecha divina claridad.

Arturo Givovich: El valdiviano

ESTUDIOS Y COSTUMBRES NACIONALES

— CUANDO llega un mueblaje nuevo a una casa, suele suceder que los muebles que hasta entonces adornaban la sala, pasan a las piezas interiores, y con el tiempo, continuando en su decadencia, van a parar a los aposentos de los criados o a algún desván.

Con la suerte de estos muebles tiene cierta semejanza la de nuestras costumbres nacionales: otras costumbres importadas del extranjero se han instalado en los principales centros, y las nuestras tenemos que ir a buscarlas en los pequeños pueblos o en los campos, y si las hallamos en las primeras ciudades de la república, no es por cierto en los grandes salones, sino en los hogares modestos.

Los que pisan los tramos más altos en la escala de la fortuna han sido y siguen siendo los primeros en adoptar las costumbres venidas de ultramar, y ahí los tenemos que saludan en inglés, visten en francés, cantan en italiano y bailan en polaco. En cambio los que pisan los tramos inferiores, los pobres rotos y los huasos pobres, permanecen fieles a sus hábitos tradicionales, y ahora como antes, saludan con las riendas, visten poncho, cantan "a lo divino" y bailan su querida cueca. Los que posan sus pies en los travesaños intermedios de la escala, según se hallen más próximos a aquéllos o a éstos, olvidan o conservan las costumbres nacionales tanto más o menos cuanto mayor o menor sea la proximidad a que se encuentran de los extremos.

Aquella parte de la sociedad que ya algunos han dado en llamar "el gran mundo" por no tomarse la molestia de traducir con más exactitud las palabras francesas *le monde*... (aunque cómo habían de verterlas en buen castellano, cuando en tal caso perderían todo su sabor parisiense, que es justamente lo que se quiere conservar...) aquella parte de la sociedad toma su tono del diapason de París o de alguna otra gran capital europea. Buscar en ella costumbres peculiares de nuestro país sería trabajo perdido.

Para hacer un estudio de éstas en las ciudades, sin salir a los campos, donde sí se encontraría abundante material, será preciso dirigirse, como antes lo decía, a los hogares modestos.

Todas estas reflexiones las hacía, y en presencia de mi amigo Pepe, un alegre joven que, fiel a su carácter, trata de pasar la vida lo más alegremente posible; conoce a medio mundo y va a todas partes; una noche se pone el frac y los guantes blancos y asiste a un baile; la noche siguiente sin cambiarse el traje con que en el día ha estado en su oficina, concurre a una jarana de arpa y vihuela, y en ambas partes está como el pez en el agua.

—Tienes razón, me dijo Pepe; yo he viajado por varios países, y cuando ahora me hallo en un gran baile o en una gran comida, no sé en qué país me encuentro; siempre en los ricos hogares las danzas y los guisos son los mismos. Pero cuando me hallo en una jarana donde se baila zamacueca o al lado de una mesa en que se sirve cazuela, valdiviano o charquicán, sé positivamente que estoy en Chile. Mas dime a propósito de qué me has endilgado toda esa especie de discurso sobre las costumbres nacionales.

—A propósito de que tengo deseo de escribir un artículo sobre alguna de ellas.

—Pues en tal caso yo puedo hacerte un servicio, que es darte un tema, un asunto que aún no ha sido tratado, al menos que yo sepa; de esta manera no escribirás sobre lo mismo que ya otros han escrito antes. Las costumbres más notables de nuestra tierra han sido ya descritas por diversos autores...

—Seguramente me dices todo esto para prepararme el ánimo, porque el asunto que vas a proponerme no es muy importante.

—Precisamente; pero en cambio el artículo te dará poco trabajo, pues voy a obsequiártelo hecho.

—¿Acaso lo has escrito tú?

—No; mas voy a referirte algo, algunas escenas en que fui actor hace pocas noches, y para tener tu artículo no necesitarás más que escribir lo que yo te cuente.

—Váyase lo uno por lo otro; te escucho.

He aquí la narración de Pepe.

.....

—Como sabes, aquí en Valparaíso los días de lluvia disminuyen en gran manera el movimiento del comercio; se trabaja poco, y antes de la hora habitual, los empleados comienzan a retirarse de sus respectivos almacenes, tomando el camino de sus casas y haciendo muchos de ellos a la pasada una ligera estación en algún café para abrir ahí el apetito con una copa, como los demás días; en esto no hay mayor novedad.

Un sábado, hace dos o tres semanas, desde la mañana había estado cayendo una copiosa lluvia, y en la tarde veloces y opacas nubes que venían del norte revelaban que el cielo tenía intenciones de continuar regándonos toda la próxima noche; este anuncio era confirmado por dos bolas negras izadas en el asta de bandera de la Bolsa Comercial, las cuales daban a saber al público que el mercurio del barómetro había descendido hasta indicar temporal.

Poco antes de las cinco nos encontrábamos reunidos en un café cuatro amigos. Tomábamos una copa, charlábamos y fumábamos; tres cosas que pueden hacerse a un tiempo sin gran trabajo. Uno de nosotros era mister John.

La conversación rodaba alegremente sobre diversas materias.

De pronto uno dijo aprovechando una pausa:

—¡Cómo aprieta la lluvia! No tiene trazas de parar antes de mañana. ¡Vamos a tener una noche como mandada hacer para un valdiviano!

—Tienes razón, Ernesto, contestó otro; ya había yo pensado en ello.

—Y no sólo había pensado en ello, añadió yo, sino que estaba esperando un momento oportuno para invitarlos...

—¿A un valdiviano? —exclamaron dos de mis amigos con alborozo.

—Precisamente.

—¿Será un valdiviano con todos sus arreos?

—Un valdiviano en regla, un valdiviano clásico; ya saben ustedes que a mí no me gustan las cosas a medias.

—Lo sabemos, querido Pepe, y de ahí proviene nuestro entusiasmo... Acepta do... venga esa mano... ¡Eres un grande hombre!...

Míster John miraba y escuchaba con asombro estas demostraciones.

—¿Qué cosa está valdiviano? —preguntó con interés en el castellano de su uso.

Ernesto respondió:

—Un poco de charqui machacado con una porción de cebolla picada y un poquillo de aji; todo se hace hervir en agua y se tiene un valdiviano.

—¡Y por esta pequeña cosa hacer tanta bulla! —exclamó admirado el inglés.

—Nuestro entusiasmo no es producido únicamente por el valdiviano, sino por todo lo que le cuelga, sus arrees, atavíos, arrequives, adherentes y aditamentos...

—Primeramente usted decir que estar solamente charqui, cebollo y aji.

—Esa es la base, es el tronco, lo demás son las ramas y las hojas; en un árbol el tronco es la parte sólida; pero las ramas, las hojas y las flores, es lo que halaga la vista y perfuma el ambiente...

—Mí no entende perfectamente bien.

—Le explicaré el asunto. Un valdiviano, para merecer el título clásico, que Pepe ha dado al de que se trata, al que nos ofrece para esta noche, necesita satisfacer muchas condiciones. Así como la tortilla ha de ser ardida en kirsch, el sandwich remojado con cerveza y las ostras con vino blanco, el valdiviano debe de ser acompañado con chicha. Sin la chicha el valdiviano es un guiso viudo; el que sabe comer a la chilena, desde septiembre en que desaparece la generosa baya, no toma valdiviano hasta después de las próximas vendimias. Ahí tiene usted una de las condiciones de que le he hablado. Viene en seguida otra: algunas gotas del jugo de una naranja agria deben alinear el sabroso guisado cuando ya está servido en los platos. El jugo de limón será más aromático, no lo niego; pero, para este caso, es necesario la naranja agria y nada la puede reemplazar, porque... porque así está escrito en las tablas de la tradición.

—¿Con chiche y naranja agrio está valdiviano clásico?

—¡Oh no, míster John! todavía falta mucho... Las condiciones mencionadas bastan solamente respecto al gusto y al olfato; pero un valdiviano clásico tiene que halagar todos los cinco sentidos, y aun sólo hemos tratado de dos, nos quedan tres; nos falta lo de contentar la vista, el oído y el tacto. Prosigo: el valdiviano ha de ser hecho y traído a la mesa en un lebrillo de barro...

—¡Ho! shoking...

—No se espante, míster John; no crea que de barro como ese que ahora está formando la lluvia en la calle... Diré un lebrillo de greda, y continúo. Y ha de ser hecho y traído a la mesa no en cualquier día ni a cualquier hora; debe de ser un día de lluvia, y mejor aún si es de temporal, y no cuando la luz del sol enturbiada por las nubes alumbraba todavía, sino en la noche, tarde, después de las doce; esa es la grande hora. Pero no crea usted que uno va a esperar la media noche bostezando o sólo y silencioso como la niña que la espera en la vigilia de San Juan para hacer un sortilegio, no tal; se la aguarda al son del arpa y de la vihuela y al compás de la zamacueca, en compañía de niñas y en medio de grande algazara. Cuanto más hermosas sean las niñas y cuanto más estrepitosa sea la algazara, tanto más exquisito será el valdiviano. Cuando por intervalos cese un instante la música, debe oírse el ruido de la lluvia acompañado de los recios golpes que da la cocinera machacando el charqui. Así, pues, el valdiviano debe estar rodeado de todo ese cortejo de chicha, naranjas agrias, lebrillo de barro, lluvia, medianoche, arpa, vihuela, niñas buenas mozas, zamacueca y grande algazara; sólo con todas estas condiciones está en regla un valdiviano y es un valdiviano clásico.

—Valdiviano pareciendo estar cosa muchi bueno.

—Ya lo creo; y si usted quiere quedar completamente convencido de ello, acompañenos esta noche.

—¡Cómo no! ¡cómo no! mí acompañando muchi contento —exclamó mister John entusiasmado.

Un momento después nos despedimos, quedando convencidos en reunirnos ahí mismo a las siete y media de la noche para dirigirnos al lugar donde debía de aderezarse, celebrarse y comerse el valdiviano del convite.

Doña Manuela era una señora viuda. Si su finado esposo le hubiera legado una cuantiosa herencia, sus dos simpáticas hijas tocarían el piano, se ocuparían en adornarse y esperarían que los buenos mozos las cortejaran para elegir entre ellos el esposo de su agrado; pero como todo lo que heredó del difunto fue una pequeña casa en la cual vive, sus dos hijas tocan solamente la guitarra, se ocupan en trabajar y no atreviéndose ni a ambicionar siquiera el derecho de poder elegir un marido, se darían por muy felices con que alguno las eligiera a ellas, aunque el tal no fuera muy de su gusto.

Tanto a la madre como a las hijas les gusta divertirse un poco; pero lo hacen sólo de cuando en cuando, pues, como son pobres y honradas, necesitan dedicar su tiempo y su atención al trabajo.

Desde el principio del invierno me tenía doña Manuela invitado a un valdiviano para la primera noche de sábado que lloviera. Elegía tal noche porque así, aunque la tertulia durara hasta muy tarde, poco importaba, puesto que el día siguiente, siendo domingo, no había que trabajar y se podía dormir hasta cualquiera hora.

Como lo dije antes, aquella noche era la de un sábado, y todo anunciaba que la lluvia no terminaría tan pronto. Había llegado, pues, la ocasión, y de ahí que yo, a mi vez, convidara a mis amigos.

Luego que llegué a casa, después de separarme de ellos, envié a buscar un coche.

—Lleve usted esta carta a la calle de la Q número 163; aquí espero la contestación, dije al cochero entregándole una misiva dirigida a doña Manuela, en la cual le anunciaba que, habiendo llegado el esperado momento del valdiviano, iría a cobrarle la palabra empeñada llevando en mi compañía a tres amigos, y le pedía me contestara si no había algún inconveniente.

También en cuatro letras le advertía que no se molestara en buscar chicha ni charqui, pues yo sabía dónde encontrarlos de superior calidad y me encargaría de ello. Esta advertencia era muy importante, porque aunque doña Manuela estuviera en muy buena disposición para la fiesta, su bolsillo podía no hallarse en iguales circunstancias para hacer los gastos: al bolsillo del pobre, como al ganado flaco, no hay que apurarlo.

A las siete y media en punto llegaba yo en un coche al café, el lugar de la cita. Ya estaban ahí Ernesto, mister John y el otro amigo invitado cuyo nombre era López.

Me recibieron con una salva de aplausos.

—Mister John, me dijo Ernesto, piensa interrogarte formalmente.

—¿Sobre qué?

—Sobre si podrá llevar consigo, dos botellas de coñac.

—De eso no habrá necesidad, porque allá no ha de faltar con qué remojar la función.

—Un hombre nunca debiendo decir no habrá necesidad, replica mister John, porque un hombre nunca pudiendo saber cuánta sed pudiendo tener más tarde.

Este filosófico razonamiento me obliga a contestarle que si tenía empeño en ello no había inconveniente para llevarlas.

En seguida salimos del café y subimos al coche. Ahí tuvimos que sentarnos con las piernas encogidas porque el hueco destinado a éstas estaba ocupado por dos damajuanas de chicha y un canasto de fiambres y otras provisiones que yo había traído, y que para librarlas de la lluvia, no las había hecho poner en el pescante.

—¡Aquí está un cargamento! exclamó el inglés con voz bastante alta para oírse a pesar del ruido producido por el carruaje, que ya se había puesto en marcha.

—Ya ve usted como no había necesidad de que se tomara la molestia de traer esas dos botellas.

—Mí lo decir francamente, mí tener una predilección por el coñac.

—De esa predilección lleva usted una muestrá en la punta de la nariz, gritó Ernesto riendo.

—Mí entiende perfectamente, replicó el inglés, que era de buen humor; para pudiendo poner mi nariz colorada, mí durante diez años tener que beber trescientas botellas de coñac por año.

—Entonces la púrpura de su apéndice nasal es la esencia de tres mil botellas de coñac; cara es la tintura; pero en cambio es muy fina, no destiñe ni con potasa...

Las chanzas y las risotadas continuaron sin interrupción hasta que el coche se detuvo frente a la casa de doña Manuela.

El atento cochero había colocado su vehículo de modo que la portezuela de éste quedaba a dos pasos de la puerta de la casa; mediante esta precaución podíamos entrar allí sin recibir más que unas pocas gotas de la lluvia, que no cesaba.

Doña Manuela estaba en el umbral.

Yo fui el primero que salté del coche. Mis amigos me siguieron, y uno por uno fui presentándolos a la dueña de casa que los hacía pasar a una salita.

—Aquí me tiene usted que vengo a cobrarle la palabra, dije a la señora al quedarme solo con ella en el zaguán.

—Ha hecho muy bien; en el día nosotras nos habíamos estado acordando; pero creíamos que usted se habría olvidado...

—¡Qué pobre idea tienen ustedes de mi memoria!... ¿Y cómo están las niñas?

—Buenas, gracias.

—¿Dónde, le diremos al cochero que ponga algunas cosillas que he traído?

—Que las pase para acá, contestó la señora, y añadió, llamando: —¡Tomasal!

Una muchacha, sirviente de la casa, acudió.

Obedeciendo a una orden mía, el auriga sacó del carruaje las dos damajuanas y el canasto, de todo lo cual se hizo cargo la criada.

—Y ¿qué es de su compadre Roque? pregunté a doña Manuela; ¿no tendremos el gusto de tenerlo por acá esta noche? Él y su familia también estaban comprometidos para el valdiviano.

—Como ha estado lloviendo tanto, no me he atrevido a mandar a la sirviente a su casa; pero le envié un recado con un hombre conocido que vive cerca de él, más no he recibido contestación, de modo que no sé si se vendrá o no.

—Entonces hay que hacer una cosa.

—¿Qué?

—Ir a buscarle.

—Bueno sería.

—Yo me encargo de esto; le iré a llamar en nombre de usted. Voy a saludar a las niñas, y en seguida parto.

Entramos en la salita. Ahí estaban solos mis tres amigos; pero en ese mismo instante aparecieron por otra puerta Luisa y María, las dos hijas de doña Manuela.

Me adelanté a saludarlas y a presentarles a mis compañeros.

Terminados los saludos de estilo, dijo Luisa:

—Con este día tan lluvioso no tiene un ánimo para vestirse ni para peinarse; así es que nos ha encontrado usted como estábamos en casa.

—De todas maneras han de estar encantadoras, me apresuré yo a contestar.

—Favor que usted les hace, replicó doña Manuela que con esta frase quiso dar muestras de modestia y buena crianza a la vez.

Es lo cierto que los peinados de ambas niñas por su brillo y lisura demostraban que el peine acababa de andar por ellos, como sus vestidos, sin la más mínima arruga, decían que acababan de bajar de la percha; pero ellas tal vez querían darnos a entender que todavía podían emperifollarse mucho más... Al fin y al cabo cada uno es dueño de su amor propio.

Después de un momento de conversación, di parte a mis amigos de la comisión que iba a cumplir, y salí.

Doña Manuela, que me acompañó hasta la puerta, me dijo:

—Es seguro que Petita, la hermana de mi compadre Roque, va a poner mil dificultades para venir; tendrá usted que tener paciencia para rogarla... Ella es así...

—Ya conozco su genio; confíe en mí... No me vendré sin ella y su compañera, el arpa, de la cual tan gratas melodías sabe arrancar.

Monté en el coche y grité:

—Calle de Chacabuco.

El carruaje rodó en dirección de la calle nombrada.

La calle de la Q está en el barrio del Almendral y sube desde la orilla del mar hasta donde comienzan los cerros; la casa de doña Manuela es la última que se halla subiendo, y está edificada en un terreno que se ha formado cortando el cerro a pico

En pocos minutos los caballos del coche recorrieron las diez cuadras que me separaban de la casa de don Roque, quizás los pobres rocines hicieron tal hazaña porque aquel camino era también el de su caballeriza, donde es de presumir que tendrían ganas de llegar, pues no creo que les hiciera mucha gracia andar paseándose por las calles con la lluvia que caía.

La puerta de calle estaba abierta. Llamé y un individuo gordo, carirredondo y completamente afeitado, que traía en las manos un paraguas cerrado, acudió preguntando:

—¿Quién es?

—Yo, don Roque, contesté.

—¿Es usted, don Pepito?... ¿Tanto de bueno por acá?... adelante, adelante, pues, adelante...

Y está diciendo, me condujo a un aposento donde estaban sus dos hijas y su hermana.

Después de saludar a todas estas personas y tomar asiento, dije al dueño de casa:

—Aquí me tiene usted de mensajero. Vengo de parte de su comadre Manuela a preguntarle si recibió un recadito que le mandó esta tarde.

—Sí, sí... recibí el recado... pero la casa de mi comadre está tan lejos... y tanta lluvia... Para mí no es nada... con mis zuecos y mi paraguas... pero las niñas... y más mi hermana Peta... las niñas irían... estas bárbaras no le tienen miedo al agua... pero mi hermana Peta, que para el agua es como los gatos... y cómo dejarla sola en casa... Yo aquí con el paraguas en la mano... ya iba a salir para donde mi comadre Manuela... a darle una satisfacción que la familia no iba... tanta lluvia...

Este discurso que no puede llamarse mal hilvanado, porque se compone de retazos sueltos por ningún hilván unidos, es de los que acostumbra don Roque, quien al fin y al cabo, muy bien se hace entender con sus pedazos de frases; ese discurso, decía, me dio a saber que era preciso vencer la resistencia de Petita, para que aquella familia animara con su presencia el valdiviano de esa noche.

—Doña Petita tiene razón, dije yo; mojarse es tan desagradable...

—Por supuesto, me interrumpió ella vivamente; después de ahí vienen las enfermedades; y luego sufra usted quién sabe qué: un constipado, una pulmonía tal vez, por ir a pasar un rato de diversión.

—Es muy justo lo que usted dice; pero como tengo un coche a la puerta, podemos llegar hasta la casa de doña Manuela sin recibir ni una gota de lluvia; en consecuencia, no hay temor de atrapar una enfermedad.

—Claro está, añadió Julia, una de las niñas, que yéndose en coche no hay peligro de mojarse.

—Pero... y ¿el frío? replicó la tía.

—Va usted bien abrigada con su pañuelo de lana.

—Y ¿el aire?

—Se cierran las ventanillas del carruaje.

—¡Todo lo allana con la palabra! exclamó Petita. Es una cosa de locos salir en una noche como ésta, que parece que el cielo se viene abajo.

—No creo que en casa de doña Manuela haya de llover más fuerte que aquí.

—Pues yo no estoy dispuesta a irlo a experimentar personalmente.

Viendo que las razones nada podían con Petita, decidí recurrir a los ruegos. Larga tarea fue ésta, porque la dichosa tía tenía una gracia especial para resistir a las súplicas de todos. Por fin logramos que dijera:

—Hacen de una lo que quieren...

Esta era la frase que ella acostumbraba para anunciar que concedía su gracia.

En seguida pasó a otra pieza acompañada de sus sobrinas que como ella iban a buscar sus abrigos.

Un momento después regresó Julia.

—Espero, le dije, que su tía no dejará aquí su melodioso instrumento.

—Justamente venía a hablarle de eso; no diga usted ni una palabra sobre el arpa delante de mi tía, pues no consentiría en llevarla. Ella es así... ya lo sabe usted.

—Pero... el arpa nos va a hacer allá mucha falta.

—Cuando estemos todos en el coche la sirvienta nos la llevará y la metemos adentro...

—Comprendo... respondí yo contentísimo porque de esa manera me libraba de tener que empezar nuevamente a rogar a la tía.

Don Roque agregó riendo:

—Estando ya en el coche... enojarse de balde... el coche andando...

.

Un momento después estábamos todos en el carruaje. Éramos cinco, aunque debía decir seis, porque para ese caso don Roque con sus abultadas dimensiones valía por dos.

De pronto la tía Petita lanza una exclamación como de espanto, al ver que una mujer, la sirvienta, introducía un gran bulto.

—¡Qué es esto!... ¡el arpa!... ¡por ningún motivo!... muchacha, llévatela...

Pero ya el coche iba rodando y la muchacha no podía oírla.

—¡Habrás visto igual locura!... ¡y el arpa no cabe toda adentro; queda la mitad afuera del coche!... ¡se va a mojar!...

—No, tía, ¿no ve que está envuelta en dos frazadas?

—¡Aunque lo esté!... ¡Por qué traerla sin mi consentimiento?... esas son cosas tuyas... pero de nada servirá tu travesura, porque no tocaré, no tocaré nada... ustedes verán si mantengo mi palabra... No se saldrán con su porfía...

Petita continuó exponiendo sus propósitos en los mismos términos. Mientras tanto yo pensaba que allá en la casa de doña Manuela habría bastantes personas para rogarla, y yo podría librarle de una faena tan poco entretenida.

Unos diez minutos habrían pasado, cuando de pronto el coche se paró.

—¿Qué ha sucedido? pregunté al cochero.

—El estero que está muy pesao, me respondió.

Me asomé por la ventanilla y vi que estábamos en medio de un río. La calle del Hospital, que en ese instante íbamos cruzando, se había convertido en un caudaloso torrente con el agua de la lluvia bajada de los cerros vecinos.

Los caballos hacían todos los esfuerzos de que eran capaces; pero no lograban avanzar. En balde el látigo del cochero caía silbando sobre sus huesudas ancas.

En el primer momento aquello no nos preocupó; mas, al cabo de algunos minutos, el asunto iba pasando de castaño oscuro, pues ni el azote ni las vigorosas interjecciones del cochero daban fuerzas a los flacos caballos para sacarnos de aquel atolladero.

Por fin el cochero se dio por vencido diciéndome:

—Patrón, hay que alivianar el coche; los caballos no lo pueden tan pesao...

Aquí alzó el grito Petita.

—¿No lo decía yo?... ¡éstas son las consecuencias de salir con este tiempo!... ¡Qué vamos a hacer!... ¿cómo vamos a salir de este río!... ¡Estas cosas le pasan a una por ser condescendiente!...

—No se aflija, señora, repliqué; voy a bajarme yo; teniendo menos peso el coche, quizás puedan moverlo los caballos.

—Pero se va a mojar en este torrente.

—No hay cuidado; ando con botas de lluvia; el agua no las pasa.

Bajé del carruaje, y afortunadamente, el agua del arroyo sólo me llegaba hasta las rodillas, de modo que las cañas de mis botas me libraban de mojarme las piernas.

Mi descenso fue poco alivio para los caballos, que recibieron una nueva azotaina sin lograr moverse.

Don Roque, a quien esta ocurrencia ponía tan de buen humor como malhumorada a su hermana Peta, dijo:

—Yo con mis diez arrobas de peso... Aquí está clavado el coche... Fuera zapatos y medias, y al agua pato...

—¿Qué vas a hacer, hombre de Dios?... ¡sacarte los zapatos; meterte descalzo al agua!... te vas a constipar...

—Déjame, hermana Peta... yo no me constipo nunca... Eso queda para ti...

Y don Roque descalzo, con los pantalones arremangados hasta los muslos y con los zapatos en la mano, saltó al agua y vino a juntarse conmigo que a pocos pasos estaba cobijado bajo el alero de una casa para librarme de la lluvia.

Nuevamente comenzaron los caballos a recibir cruel zurrubanda en castigo de una falta que no habían cometido, sino sentido: la falta de alimento competente, que los tenía sin fuerzas para sacar el coche de la gran zanja en que estaba metido.

El cochero azotaba y juraba como un condenado en el reino de Plutón; Petita rabiaba contra sí misma por haber sido condescendiente; las niñas clamaban que no azotaran más a aquellos pobres brutos, y don Roque reía a carcajadas, porque, a su juicio, aquel percance era una cosa muy divertida.

Al cabo de algunos minutos de inútiles empeños hubimos de convencernos de que el carruaje no se movería. Lo más corto era sacar a las niñas y a Petita en peso y seguir nuestra marcha a pie.

Y esto fue lo que se hizo en medio de las protestas de Petita que primero no quería salir del coche y después pretendía regresar a su casa aunque fuera sola; pero don Roque, que fue quien cargó con ella, en vez de dejarla al lado de allá del estero, la trajo para este lado, por más que ella le gritaba y pellizcaba, de modo que tuvo que seguirnos.

Don Roque se puso sus zapatos; yo me eché el arpa al hombro, y emprendimos la marcha lo más ligero posible, porque la lluvia no mermaba y nos hallábamos sin paraguas.

Durante el camino, a pesar del ruido del agua, llegaban hasta nosotros los poco armoniosos ecos de los votos, juramentos y chicotazos del cochero que persistía en la porfía de hacer rodar su coche.

Por fortuna, solamente una distancia de dos cuadras nos separaba de la casa de doña Manuela, y como íbamos casi corriendo, pronto llegamos allá.

Doña Manuela, sus dos hijas y mis tres amigos estaban en la salita donde los había dejado. Luisa, una de las niñas, tañía una vihuela y cantaba una canción.

Al vernos llegar se levantaron todos presurosamente a recibirnos con exclamaciones de admiración.

—¡Cómo es esto!... ¿se han venido ustedes a pie!

—La mitad en coche y la mitad a pie, para diferenciar.

En breves palabras pusimos a todos al corriente del percance que nos había ocurrido.

Las preguntas y respuestas se cruzaban en distintos tonos.

Mientras tanto, mi amigo Ernesto se había acercado a una mesa en que se veía una sopera y varios vasos; llenó dos de éstos con un líquido que contenía la sopera y vino hacia nosotros diciéndonos:

—He aquí un preservativo para librarse del resfriado que podría proporcionarles la mojada.

—Sí, hijitas, agregó doña Manuela dirigiéndose a sus amigas; tomen un buen trago; es ponche caliente; esto les viene bien.

—Y no podía venir más a tiempo, añadió don Roque, cogiendo un vaso lleno que tuvo la satisfacción de dejar vacío en un santiamén.

En seguida Petita y sus sobrinas fueron invitadas por las de la casa a pasar a otra pieza para examinar sus calzados y sus trajes y cambiarlos si estaban muy mojados.

Quedamos un momento los hombres solos.

—Te envidio, me dijo Ernesto acercándose a mí. ¡Cuánto siento no haber tenido mi parte en el lance del coche!

—¿Tantas ganas tienes de mojarte?

—En un caso como éste, es decir, cuando uno va en compañía de personas que se dirigen a comer un valdiviano, una aventura como la del coche y una mojada con el agua de la lluvia, son aliños del suculento guiso, y el que ha pasado por aquello encontrará más sabroso y aliñado el valdiviano.

—Tiene razón este caballero... eso anima... mojarse un poco... ese es el gusto... la diversión... sin diversión no hay valdiviano bueno...

—Veo que usted, don Roque, sabe comprender lo que es un verdadero valdiviano. Me gusta una persona así... deseo tomar una copa con ella.

Ernesto y don Roque alzan sendos vasos y nosotros los imitamos.

Entretanto, mister John murmura filosóficamente:

—Valdiviano estar una cosa que necesitar muchas otras cosas.

En ese momento comienzan a regresar las niñas.

Ernesto se apresura a ofrecerles ponche caliente diciéndoles que les conviene para evitar una constipación.

En seguida agrega que para completar la obra del ponche, es preciso que las que se han mojado calienten los pies por medio de una zapateada zamacueca.

Y va a coger la guitarra que pone en manos de Luisa.

Luego se dirige a una de las hijas de don Roque, a Julia, y solicita su compañía para un baile.

Suena la música, rompe el canto, y el baile comienza.

Don Roque, que está a mi lado y que es un profundo conocedor de esta clase de diversiones, me dice:

—Primera cueca... siempre floja... más tarde la animación...

Mi amigo López, que a su vez es un gran conocedor práctico de los efectos del licor, replica señalando la sopera que ahora desempeña el oficio de ponchera:

—La animación está ahí, e irá pasando a nosotros a medida que el líquido que ese tiesto contiene pase a nuestros cuerpos.

Concluida la zamacueca, López coge dos vasos y va desfilando con ellos delante de los circunstantes, a quienes hace probar su contenido, seguramente con el fin de trasfundir la animación.

Otra pareja sale al medio del estrado; es formada por Clorinda, la otra hija de don Roque, y mi humilde persona.

.....

Cuando terminé mi baile, me dirigí al lado de Petita.

Yo había dejado el arpa en el pasadizo; las niñas la habían desenvuelto, secado y dejado en la sala.

Ya sabía yo que antes de lograr que Petita rasguñara su arpa había que rogarle hasta el cansancio; pero quise ver en qué disposiciones se encontraba.

—Espero, le dije, que nos hará usted oír las melodías...

—No me hable de tocar, replicó interrumpiéndome; ya se lo había prevenido.

—Es verdad, es verdad, me apresuré a contestar, pues no quería acometer la empresa de rogar a la tía y prefería dejársela a otros de mayor paciencia.

En ese momento López me hizo una seña. Fui allá.

—Hombre, me dijo en voz baja, voy a bailar y espero que me harás *aro*: ya sabes que son las copas lo que da animación a estas fiestas.

Prometí cumplir lo pedido y López se puso en baile.

En el momento oportuno tomé dos vasos de ponche y yendo hacia la que cantaba lancé el impetuoso grito de *¡aro!*

Interrumpióse al punto la música y el baile; de los vasos que yo les brindaba bebieron cantantes y danzantes, y luego continuó el canto y la danza con más bríos.

—Oyéndose el primer *aro*... buena seña... comienza el entusiasmo...

Era cierto esto que decía don Roque, pues ya se notaba más alegría en los semblantes, y algunos de los presentes con palmoteos marcaban el compás de la zamacueca.

En ese instante Ernesto se acercó a mí diciéndome:

—Esto marcha, esto se anima; creo que ya es tiempo de que vibren las cuerdas del arpa, pues supongo que no has traído al hombro ese voluminoso instrumento sólo para que tengamos el gusto de estarlo mirando.

En cuatro palabras le expliqué lo de que Petita necesitaba ser urgida por muchos ruegos para decidirse a tocar.

—Sí la tal Petita quiere que le rueguen, se le rogará, y eso desde luego; lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano. Voy allá.

Y Ernesto yéndose a sentar la lado de la tía dio principio a su tarea. Pero los ruegos y súplicas de mi amigo expresados en elocuentes discursos, nada podían contra la inflexibilidad de Petita, que parecía hallarse dispuesta a no pellizcar una cuerda de su arpa en toda la noche. Viéndolo en tal apuro, acudieron todos en su ayuda aduciendo cada uno razones a destajo. Por fin, cuando Petita sintió satisfecho su amor propio o su manía, cuando hubo recibido el rosario de preces que le pareció suficiente, cuando obtuvo el triunfo de ser tan rogada como una niña bonita (no siendo una ni otra cosa), pronunció la frase con que anunciaba que concedía su gracia:

—Hacen de una lo que quieren.

Una salva de palmoteos, o sea aplausos, le respondió.

—Por fortuna, me dijo doña Manuela al oído, no hay que rogarla más que una vez, porque cuando ella toma el arpa no la suelta tan fácilmente... y aun suele haber que rogarla de nuevo para que la deje.

Los primeros preludios del arpa redoblaron la animación. Esta idea la expresé en ese instante en voz alta. López que me oyó se acercó a mí y me dijo:

—No le des toda la gloria al arpa: mira.

Y me señaló la sopera. La miré y la vi vacía.

—Comprendo, respondí. Como lo decías, la animación en forma de ponche estaba en la sopera, y como ahora éste está en nuestros estómagos, la animación está en nosotros.

López exhaló un suspiro y dijo:

—Un vaso, una botella o una ponchera, estando vacías, me producen vaga tristeza.

Mi amigo iba tal vez a lanzar un nuevo suspiro; pero éste se cambió en una plácida sonrisa al ver que la fámula entraba en ese momento con otra sopera llena hasta los bordes.

.....

La función había tomado un nuevo aspecto.

Tañíanse acordes el arpa y la vihuela, y las voces de las cantoras salían más vigorosas que antes llenando los ámbitos con las coplas de la zamacueca.

Este aumento de sonoridad incitaba a los bailarines a aumentar ellos también

su brío en la danza, con lo cual demostraban gran cordura, puesto que, según el refrán, es de acuerdos "bailar al son que tocan".

Los mirones "animaban" la cueca con palmadas y gritos.

Apenas una pareja regresaba a su asiento, otra la reemplazaba; de modo que no se cortaba el hilo de la danza.

Mi amigo López, como eximio conocedor de los efectos del ponche, estaba alerta para hacer *aros* y para hacer andar los vasos de mano en mano, de manera que el entusiasmo no decayese ni un grado.

—Ya esto está en punto... está que se arde...

Así decía don Roque, y ya sabemos que su voto era de peso en la materia. Sus palmoteos eran los más estrepitosos que se oían, cosa muy natural, pues sus manos tenían respetables dimensiones. Igualmente, sus gritos de animación eran los más sonoros, y entre ellos, a cada rato pronunciaba estas tres palabras con cierta modulación:

—¡Te estoy viendo!

Este era un dicho que repetía a menudo siempre que estaba en una fiesta como aquella, desde que se había bebido el tercer vaso.

Ernesto estaba ahí como el pez en el agua, estaba en su elemento; se encargaba de desempeñar muchas tareas y para todas le alcanzaba el tiempo; ya se le veía bailando, ya sentado al lado de alguna de las niñas y cortejándola, ora tamboreando el arpa o la guitarra, ora sirviendo ponche o chicha; gritaba, reía, cantaba y hacía todo lo conveniente para que el valdiviano fuera completamente digno del nombre de clásico.

Mister John estaba contentísimo y expresaba su alegría exclamando a cada momento:

—¡Muchi bueno valdiviano!

Hubo un instante en que se acercó a mí y me interrogó en esta forma:

—¿Poder uno aquí conversar con las senioritas uno palabrita?

—Cuantas usted guste, mister John.

—Perfectamente; entonces, ¿por qué cuando mí hablar con las senioritas, este caballero (y designaba a don Roque) gritar a mí: *¡Te estoy viendo!*?

—Oh, mister John, contesté riéndome, no es a usted ni a nadie a quien le dice eso; es al aire: esas palabras son en su boca una exclamación de alegría.

La animación había llegado a un alto grado. La música, el canto, los gritos, las risas y las palmadas formaban una algazara constante; cuando uno deseaba hacerse escuchar tenía que alzar grandemente la voz, y como eran varios los que sentían ese deseo a un mismo tiempo, aquello era una Babilonia.

Cuando entre cueca y cueca mermaba un tanto el bullicio, se oía el ruido del agua pluvial que caía de las canales, y los golpes sordos y acompasados de la cocinera que machucaba el charqui del valdiviano. También se agregaba a éstos otro ruido parejo, monótono, producido por un arroyo que, bajando del cerro, corría por el desagadero de la casa.

Para que hubiera variedad y para descanso de los bailarines, se alteraban las cuecas con tonadas y canciones que eran aplaudidas por todo el auditorio con un entusiasmo propio de las circunstancias.

Todos estaban contentos; los semblantes revelaban la alegría de los corazones.

Las niñas oían sonriendo las declaraciones de los jóvenes que con el baile, el ponche y la chicha, ardían en fuego amoroso. Esas placenteras sonrisas se trocaban en sonoras carcajadas cuando la declaración partía de mister John, quien convertido en un Lovelace, una por una, había ido expresando sus ardientes sentimientos a todas las niñas que ahí estaban, concluyendo por decir:

—Mi teniendo amor con todas las senioritas.

—*Hurrah for mister John!*, había gritado Ernesto, que no es exclusivista, que no ama a una sola, sino al género, en general.

Don Roque, libre ya de los flechazos de Cupido, recordaba con su comadre Manuela sus buenos tiempos, aquellos tiempos en que él pesaba un quintal menos y nadie le cedía la palma en lo *guaroso* para bailar la cueca.

Por fin, doña Manuela anunció que la mesa estaba puesta.

—¡Ya! —exclamó Ernesto, admirado, y luego sacando su reloj y mirándolo, añadió: —¡Son las dos!, me desdigo de mi exclamación... ¡Ay, cómo vuelan las horas felices!... yo pensaba que serían las diez... ¡El tiempo nos engaña cuando no nos aburre!

El comedor de doña Manuela no tenía, por sus dimensiones, la menor semejanza con el refectorio de un convento; era un aposento pequeño. Después de esto no hay necesidad de decir que la mesa no era grande, puesto que si lo hubiera sido, no habría cabido en ella. Seis personas podían comer en ella con comodidad; pero nosotros éramos once.

—Es lástima, dijo doña Manuela, que la mesa no sea tan grande como la voluntad; vamos a estar estrechos; sin embargo, otras veces nos hemos sentado aquí catorce personas.

Con esto ya podíamos quedar consolados; ¿qué importaba que nosotros fuéramos a estar apretados, cuando antes otros lo habían estado más?

Pero los ánimos no estaban para fijarse en estas pequeñeces.

Doña Manuela y una de sus hijas se sentaron a la cabecera, y don Roque al otro extremo de la mesa; a los lados nos colocamos los demás, alternados los jóvenes con las niñas.

La charla, las risas y los dichos no se habían interrumpido.

El comedor tenía una puerta que daba al patio; por consiguiente, el ruido de la lluvia llegaba hasta nosotros con toda su fuerza.

La mesa presentaba un agradable aspecto; se veía en ella una gallina fiambre, un trozo de jamón, aceitunas, queso, un salchichón, un gran jarro de chicha, algunas botellas de vino, y al lado de cada cubierto una naranja agria.

Don Roque miraba todo eso con expresivos ojos, y sonriéndose, repetía su dicho:

—¡Te estoy viendo!

—En esta mesa, dijo Ernesto en voz bastante alta para hacerse oír y mirando a mister John, tenemos un neófito.

—¿Qué cosa es ñófito?, preguntó don Roque, creyendo sin duda que se trataba de alguna sabrosa golosina.

—Digo un neófito, un novicio, a quien vamos a iniciar en los secretos del valdiviano; es él, mister John, que aun sólo de nombre conoce nuestro popular guiso, y que...

Ernesto se interrumpió, y poniéndose de pie, clamó a gritos:

—¡Alegre concurrencia, un viva al valdiviano!

Lo que había provocado esta explosión de mi amigo, era la entrada de la sirvienta que traía en las manos un gran lebrillo de greda con el guiso de la fiesta.

Estrepitosos vivas y palmo-teos respondieron al entusiasta Ernesto, y en medio de esta grande ovación, el lebrillo fue colocado triunfalmente sobre la mesa.

Doña Manuela iba a destaparle; pero mi amigo le dijo extendiendo la mano:

—Permitame, señora, tener yo el honor de alzar la tapa que cubre este delicioso manjar. ¡Míster John, mire y admire!

Y con gran solemnidad levantó la tapa.

—*Hurrah for the valdiviano!*, exclamó el inglés, contagiado seguramente por el entusiasmo de Ernesto.

—¡Hurrah!, ¡bravo!, ¡viva!, gritamos todos, palmoteando sobre la mesa.

Doña Manuela comenzó a servir, y los platos fueron pasando de mano en mano hasta que cada uno tuvo el suyo.

El baile y las libaciones nos habían abierto el apetito, de suerte que mientras saboreábamos el valdiviano, guardábamos silencio. Sólo se oía el ruido constante de la lluvia y la voz de Ernesto que de cuando en cuando decía:

—Míster John, no se olvide de la naranja agria. —Míster John, cada tres cucharadas de valdiviano un trago de chicha.

—Mí no olvidar; mí querer comiendo valdiviana perfectamente clásic.

Todos para hacer los honores al valdiviano, después de concluir un plato comenzaban otro. Ernesto al dejar el suyo vacío, dijo:

—Aunque los brindis vienen a los postres, permítanme que pronuncie uno entre dos platos de valdiviano, puesto que va a ser en loor y alabanza de éste.

—Permitido, respondieron varias voces.

Mi entusiasta compañero, de pie y con un vaso de chicha en la mano, se expresó así:

—Cuando la codicia condujo al conquistador don Pedro de Valdivia a esta región antártica famosa, como dijera el cantor de la *Araucana*, pudo pensar que su nombre serviría para dar uno a las tierras conquistadas; mas nunca se le ocurrió, sin duda, que tres siglos más tarde las generaciones venideras habían de aprovecharlo para denominar un sencillo, pero delicado guiso, el valdiviano. Ya veis que la vianda que en este momento deleita nuestros paladares, y conforta nuestros estómagos, tiene una etimología ilustre. No merecía menos. El valdiviano es el guisado del viajero que trasmonta los Andes, del soldado en campaña, del pobre que acabando de recibir un esperado salario, quiere convertirlo prontamente en un suculento alimento que restaure sus fuerzas; éste lo adereza en la olla *curada*, ése en el plato de la *caramayola* y aquél en el hueco del estribo de madera, y todos ellos obtienen del fácil guiso, hecho en cinco minutos, vigor para continuar su pesada tarea. En estos casos el valdiviano reducido a su más simple expresión, despojado de todos sus adornos, contenta solamente los estómagos; pero cuando, como en esta noche, lo vemos rodeados de todos sus adherentes y aditamentos, acompañado de la chicha, aderezado en lebrillo de greda, aromatizado por la naranja agria, arrullado por la lluvia, celebrado con la cueca, hechizado por el arpa, endulzado por la vihuela, festejado con la alegría de todos, ensordecido con la algazara general y poetizado por la hermosura de las gentiles niñas que nos acompañan, entonces el valdiviano, además del estómago, contenta el espíritu, alegra el ánimo, provoca el entusiasmo y me incita a mí, orador improvisado, sin más retórica que los impulsos del corazón, a alzar la voz para ensalzarlo y a alzar la mano para beber y pedirlos que bebáis por él. ¡Una copa por el valdiviano!

Estrepitoso fueron los aplausos que obtuvo Ernesto con su brindis, lo cual era natural, pues todos los circunstantes participaban de sus opiniones.

A medida que se iba satisfaciendo el apetito, las conversaciones tornaban a tomar la animación anterior, y las expresiones y palabras agudas iban en aumento.

Don Roque fue el que más demoró en volver a hacer uso de la voz, pues tenía la boca muy ocupada en la nutritiva tarea de probar de todo lo que había en la mesa.

Luisa, que estaba sentada a mi lado, se había levantado de su asiento y salido. Cinco minutos después regresaba. Poco me habría llamado la atención su salida a no ser porque la vi volver muy risueña y como tratando de reprimir su risa.

La interrogué sobre lo que motivaba esa alegría, y me contestó en voz baja:

—Su amigo, mister John, debe de ser muy aficionado al coñac.

—Lo es en grado superlativo.

—Ya lo había adivinado, pues cuando estábamos en la sala, todos tomábamos ponche o chicha; pero él, con cierto disimulo, se servía copitas de coñac puro del que servía para el ponche. Cuando nos vinimos para el comedor, él cautelosamente se trajo la botella de coñac y la puso debajo de su silla. También trajo una copita, y ahora, de cuando en cuando, creyendo que no lo observan, baja las manos y a tientas debajo de la mesa llena la copita; luego, como si fuera a atusarse el bigote, la lleva a la boca disimuladamente y bebe su trago. Ahora tengo ganas de ver qué cara pone en el próximo que tome, pues le he cambiado la botella de coñac por una de agua.

Pronto supieron todos la broma que Luisa había preparado a mister John, y expresamente fingían no mirarlo; pero estaban alertas.

El súbdito de S. M. B., aprovechando sin duda la circunstancia de que todos parecían distraídos, comenzó a manipular bajo la mesa. Luego alzó la mano llevando oculta la copita, y de un sorbo apuró su contenido. Al punto la expresión del pasmus más completo se dibujó en su semblante.

Un estruendo de carcajadas acogió los gestos y el asombro de mister John.

—¡Valiente cosa! —gritó Ernesto haciéndose oír en medio de las risas generales; ¡usted, usted, mister John, bebiendo agua!, ¡faltando de tal manera a sus usos y costumbres!

Pero el inglés, como ya lo he dicho, era de buen humor, y lejos de enojarse, exclamó levantándose y alzando la botella de la broma:

—¡Usted decir que esto estar agua!... usted tranquilizando a mí... Mí no beber agua por diez años... mí olvidando qué gusto tener y mí creyendo que esto estar un veneno... ahora mí tranquilo y contento por sabier que estar agua...

Nuevas risas acogieron esta salida de mister John, que mereció también un aplauso unánime.

Después de muchas chanzas y dichos a que dio lugar la broma recién hecha, entró en escena la vihuela que Ernesto fue a traer de la sala y puso en manos de Luisa, quien retiró un poco su silla de la mesa para tener espacio y poder tocar.

Comenzaron las tonadas.

No hay necesidad de decir que con las continuas libaciones las cabezas estaban algo agitadas, de suerte que los circunstantes no se hallaban dispuestos a formar un silencioso auditorio, y cada cual acompañaba a Luisa en el canto del modo que su voz y sus conocimientos musicales se lo permitían. Esos coros dejaban mucho que desear por el lado artístico; pero hacían bulla, que era lo que se quería.

Mas, al fin de cada tonada, dejaban que Luisa sola *echara el cogollo*, o sea, que cantara una copla dedicada a alguno de los presentes.

Ninguno se quedó sin su *cogollo* más o menos picaresco, y todos eran celebrados y aplaudidos con frenesí.

El de mister John produjo grande entusiasmo. Era así:

*Viva siempre mister John
Cogollo de tulipán,*

*Que quiere a todas las niñas
Pero más quiere al coñac.*

En medio de las sonoras risotadas, el aludido gritaba:

—¡No estando cierto!... mí querer niñas y coñac igualmente... no más no menos...

En ese momento, a pesar de las risas, se hizo oír el ruido de la lluvia que iba aumentando rápidamente hasta semejarse a un redoble de tambores. Era una fuerte nubada que caía.

—¡Esto es bello!, exclamó Ernesto.

—¡Merece una copa!, añadió López

—¡Te estoy viendo!, repetía don Roque que, habiendo logrado por fin llenar su espacioso vientre, tornaba a usar su estribillo favorito.

Grandes fueron las aclamaciones con que todos recibieron aquel desahogo de los cielos, que parecía una breve copia del diluvio. La concurrencia había llegado a tal grado de entusiasmo, que se hallaba dispuesta a celebrar todo suceso, sea cual fuere.

—¡Por la lluvia que ha dado ocasión para solazarnos con este valdiviano!, clamó Ernesto.

Se aplaudió, y todos los vasos fueron empinados.

De repente una de las niñas grita asustada:

—¡Ay!... ¿qué es esto?... ¡en los pies siento agua!...

—¡Y yo también!, exclama otra.

—¿A ver el suelo?

—¡Jesús!, ¡si esto es una laguna!

—¡Ay, miren la puerta!

Todos miramos y vemos que viene entrando un correntoso arroyo de agua turbia. En ese instante aparece la sirvienta gritando:

—¡Señora, el zaguán se ha tranco!, ¡la casa se está *aniegando!*...

Aquí fue Troya.

Gritos, carreras, saltos, desorden y confusión completa.

Las niñas se suben sobre las sillas; doña Manuela, que vela por sus intereses, lanza clamores viendo que los aposentos contiguos también están convertidos en lagunas; don Roque, con una prontitud admirable, atendida su corpulencia, se saca los zapatos como lo hiciera algunas horas antes.

—¡Calma! ¡calma!, vocea Ernesto. ¡Al zaguán, muchachos! ¡adelante, que la patria está en peligro!

Todos los hombres dirigidos por la fórmula salimos y llegamos al pasadizo.

Ahí, cubierto por un tablón está el desagadero, que es lo que la muchacha ha llamado zaguán.

En un segundo quitamos el tablón, que es movedizo, y nos cercioramos de que el conducto se encuentra atascado con la tierra arrastrada por el arroyo que baja del cerro y que ahora está anegando la casa.

Los cinco hombres que ahí estamos, empuñando escobas, tablas o lo primero que hallamos a la mano, nos ponemos a trabajar con furor, y al cabo de diez minutos logramos dejar expedito el cauce, y el agua corre libremente.

El líquido elemento había alcanzado a subir como cuatro pulgadas en la sala y el comedor; pero los dormitorios de doña Manuela y sus hijas estaban a mayor altura y se habían salvado de la inundación. Allá se fueron a refugiarse todas las mujeres.

Don Roque fue el primero en ir a tranquilizarlas, diciéndoles:

—Ya el agua corriendo... el desagadero libre... no hay más peligro...

Nosotros, que habiendo concluido aquel impensado trabajo ya no podíamos ser útiles en aquella casa, viendo que todas las niñas se habían guarecido en los dormitorios, comprendimos que sería una imprudencia permanecer ahí más tiempo y resolvimos partir.

La despedida fue breve, como era natural, a causa del trastorno producido por la anegación.

Por fortuna, como suele suceder, tras de aquel recio chaparrón cesó la lluvia.

Aprovechando esta coyuntura salimos de la casa.

Alegremente emprendimos el camino de nuestros hogares los cuatro amigos, y el más alegre de todos era mister John, que no cesaba de repetir:

—¡Muchi bueno valdiviano!

Guillermo Feliu Cruz: Patria y chilenidad

ENSAYO HISTORICO Y SOCIOLOGICO SOBRE LOS ORIGENES DE ESTOS
SENTIMIENTOS NACIONALES AFECTIVOS

Del Instituto de Chile: Academia de la Historia
De la Academia Nacional de Historia del Perú

LA GUERRA del Pacífico contra Bolivia y el Perú (1879-1884), hizo estallar el patriotismo chileno en todas las clases sociales. Especialmente, la eclosión produjo en las populares en forma espontánea. Fue incontenible, delirante, explosiva, avasalladora y agresiva. La movilización de hombres para llenar los cuadros de las fuerzas militares y navales, fue muy superior a las necesidades de la defensa nacional. La afluencia a los cuarteles se mantuvo con la misma impetuosidad durante los cuatro años que duró la guerra. El gobierno se vio obligado a prohibir la conscripción de regimientos que hacíanse en las ciudades de las provincias, por las asociaciones y círculos patrióticos, a fin de reclutar voluntarios para el ejército en campaña.

El país respondió a la gravísima emergencia guerrera como movido por un golpe automático, sin ninguna vacilación. Debe señalarse que la exaltación del alma nacional ni siquiera titubeó en sus bríos cuando conoció el medio en que se desarrollaría la campaña. Iba a combatirse en otro ambiente físico, diferente del habitual del chileno, en diversa latitud, en otro campo geográfico. Desde el primer momento del conflicto con Bolivia, y luego con el Perú y, en seguida, muy presumiblemente con Argentina por su felona actitud, se comprendió que la guerra debía hacerse fuera de las fronteras nacionales. El teatro principal de los hechos de armas, lo señalaba el norte, más allá, mucho más allá del río Salado, convencionalmente el límite de Chile con el despoblado de Atacama. Era en Antofagasta donde se encontraban indefensos los intereses chilenos, burlados por el gobierno del Altiplano, al desconocer el valor de los convenios o tratados internacionales suscritos con el de Chile. En esta región tendrían que desarrollarse los sucesos militares determinantes del curso de la guerra. Era una etapa decisiva.

El mar del litoral del norte, configuraba también el primer escenario de las campañas navales en las aguas del Pacífico. Esenciales serían ellas, porque Chile necesitaba el dominio del mar para movilizar el ejército y situarlo en la región salitrera de Antofagasta. La guerra militar de ocupación iba a invadir la zona de los desiertos nortinos. Precisamente en ellos, en los territorios de Antofagasta y de Tarapacá, los chilenos habían descubierto, conquistado y explotado para la industria nacional, el "oro blanco", el salitre. Habían establecido empresas de gran volumen económico. A un millón de libras esterlinas ascendían las inversiones de la Compañía de Salitres de Antofagasta en 1879. Era una cantidad inmensa para esa región y lo era para el conjunto de las industrias chilenas de ese tiempo. En el mineral de Caracoles, en los años de 1872 a 1873, el capital invertido por los chilenos alcanzó a dos millones de libras. Las expectativas fáciles de ganancias para los empresarios y de crecidos jornales para los trabajadores, arrancó de la población chilena, en un verdadero éxodo, brazos útiles para la agricultura e inteligencias distinguidas para la prospección de los recursos naturales del país. Esos brazos y esas inteligencias partieron en lotes sucesivos desde 1872 hacia el litoral marítimo del norte y hacia el interior de los salares.

*La eclosión
del patriotismo
en 1879*

*El teatro de
la guerra: el
desierto*

*Guerra fuera
de las fron-
teras nacio-
nales*

*Las empresas
industriales
chilenas*

El esfuerzo del chileno. La obra realizada

El chileno parecía cumplir así con su destino. Andariego, vagabundo, husmeador incansable de oportunidades, confiado en su suerte, sin rumbo, el norte le atrajo como un imán. Le sedujo la aventura. De este modo, pobló una parte del desierto, edificó ciudades, construyó muelles, levantó puentes, colocó los rieles del ferrocarril, organizó la vida civil disciplinadamente y estableció el respeto a la ley, de acuerdo con lo que había hecho en su patria y era la herencia de su tradición. El censo de 10 de noviembre de 1878, efectuado en el Salar del Carmen, Mantos Blancos, Punta Negra, Salinas y Carmen Alto, localidades pertenecientes a la circunscripción municipal de Antofagasta, alcanzaba a una población de 8.507 habitantes. De éstos, 6.554 eran chilenos y el resto de otras nacionalidades. El recuento de todo el litoral general de Antofagasta llevado a efecto en 1879, dio el monto de la distribución de la población, la que arrojó para la chilena el 85%, un 5% para la peruana, un 5% para la boliviana y un 5% para la europea. La población boliviana estaba exclusivamente compuesta de funcionarios y soldados.

Chilenización de Antofagasta

En cinco años, más o menos, desde 1874 a 1879, todo lo que había en Antofagasta era chileno, menos el territorio. El sentimiento de la chilenización en esa extensa región, era absoluto. Sin embargo, el gobierno de la Moneda, en ninguna época ni por circunstancia alguna, pretendió ejercer actos de soberanía apoyados en los nacionales o en la fuerza. Ni siquiera en las horas turbias de las reclamaciones bolivianas, basadas en la chicana, entrevió la posibilidad de la ocupación. Declarada la guerra por Bolivia, Antofagasta se constituyó en el campo de la acción militar del Ejército de Chile.

Las campañas de la Araucanía

Las campañas que iba a emprender no tenían nada de común con las que hasta entonces había emprendido en el sur del país, más allá de la línea del Bio-Bío y a la que los jefes se encontraban acostumbrados. La guerra de la Araucanía era totalmente distinta de la del desierto. La de la Araucanía se desenvolvía en terrenos fértiles, en campos feraces, cruzados por ríos, lagos, bosques, montañas, a veces cubiertos de espesos bosques o matorrales. La alimentación era fácil. La vida sin exigencias. Pero las campañas duras y monótonas, y a veces insostenibles. El escenario ahora, desde esta región, se trasladaba al norte, fuera de la frontera chilena. La guerra se haría en los arenales ardientes del desierto. Guerra colonial, como las del África. Un sol de fuego, tórrido, abrasaría al soldado. El paisaje que contemplará su pupila en el día, tendrá aspecto verdaderamente lunar. Serranías, cerros redondeados, arenas sueltas; ni un musgo, ni una brizna. En las tardes, al venir el crepúsculo, al oscurecer, fríos escalofriantes hasta la amanecida. Los huesos serán traspasados por el hielo y las carnes pinchadas como por agujas. En las montañas, sol de fuego o camanchacas tupidas, recias. No permitirán descubrir el horizonte. Los ascensos y descensos de la temperatura son aquí violentos, desconcertantes para el hombre sureño, mortales. Aun la costa le será extraña. Los acantilados son de altura sobre el nivel del mar, cortados a pique. Impresionan y dan la sensación del vértigo cuando se les contempla al borde de ellos.

¡El desierto!

Un mundo extraño

Todo lo que presentaba la zona norte del desierto de Antofagasta al chileno, era nuevo, desconocido, misterioso, abrumador, inmenso e insondable. Una majestuosa soledad envolvía el paisaje. Tenebroso era además. Lo embargaban sorpresas, espectros trágicos: la sed, el hambre, las fiebres tercianas, enloquecimiento, insolaciones, calenturas, calcinaciones, angustias, extravíos en los arenales, desolaciones, espejismos. En suma, el delirio, la desesperación, el martirio, la agonía y, finalmente, si Dios era piadoso, la muerte. Este era el precio que iba a imponerse el patriotismo del chileno, mejor dicho, el de su responsabilidad cívica, al cumplir con sus deberes para con la patria. Pero el infierno que se le presentó, no lo detuvo. La guerra había conmovido algo más que su patriotismo. Detrás de las eclosiones externas de

esas formas activas y realizadoras de la indignación, se agitaban conscientes, serenas e inflexibles, las obligaciones morales, que a su espíritu de chileno le imponía su dignidad, mejor dicho, su orgullo. Las sintió el ciudadano de la más alta clase social y el de la más modesta, en una absoluta solidaridad y congruencia de ideales, nacidos exclusivamente de la homogeneidad de la raza. Se había formado en las exigencias de una ruda existencia, regida por las normas de la ley.

Cuando el ciudadano chileno diose cuenta de que en las sombras de las cancillerías peruana, boliviana y argentina, se había fraguado un tratado secreto contra Chile para humillar a la Patria, sojuzgarla, invalidar sus fronteras y empedregarla como nación soberana, por sus venas corrió henchida la indignación. Su sangre hirvió de ira y su mente contempló ahorrada su libertad conquistada con tan duros sacrificios como viriles esfuerzos. Sintió su hogar, su mujer, sus hijos, la familia, amenazados, entregados a la suerte de un vencedor animado de odios feroces. Reaccionó en defensa propia. Le exaltaron los dolores morales inferidos a Chile. Lo vio herido a mansalva, ignominiosamente, con una injusticia inhumana. La reacción también esta vez golpeó en la extrema sensibilidad de la propia estimación, en el orgullo nacional. La conciencia del chileno se conmovió hasta las fibras más delicadas y profundas de su ser. No miró nada de lo que podía ayudarle en el desarme desalentador en que se encontraba. No pensó cómo iba a defenderse. Las palabras del más notable de los estadistas chileno de ese tiempo, las de Antonio Varas, sintetizaron el pensamiento del alma nacional. "Cuando a un hombre se le escupe la cara —dijo— no debe meter la mano al bolsillo para cerciorarse de si carga o no revólver. Acepto la guerra, porque la creo justa; allá veremos cómo la haremos". Un hombre del pueblo, autor de cartas sobre la guerra escribía a su padre al comenzar el conflicto: "nos hemos venido a servir a la Patria que es el deber más sagrado de servir al país donde uno ha nacido...". La frase es la de un hombre del pueblo, en el cual palpita la idea clara, precisa, exacta, de la nacionalidad. Luego veremos cómo ella fue adquiriendo conciencia en el alma popular. La misma idea fue la de un aristócrata. El senador Rafael Larraín Moxó, hacendado emprendedor dijo: "Serviremos a Chile con todo lo que tenemos, porque todo lo merece la Patria". El poderoso industrial Gerónimo Urmeneta manifestó: "La Patria no sufrirá atropellos. Al defenderla, le daremos todo lo que tenemos".

Lo que inspiraba las manifestaciones del patriotismo y del orgullo, era la virilidad de un pueblo sano. Tenía antecedentes en el ancestro del chileno. Las diferentes capas sociales, así las de arriba como las de abajo —y no eran entonces más— habíanse formado en la dureza del trabajo. Esa había sido la escuela. La alta, sobria, honrada, tenaz en sus propósitos, poseedora de innegable don de mando, dirigió en las ciudades y en los campos las faenas de su espíritu progresista requirió, y lo hizo con gran conciencia de la responsabilidad. La baja, realizó materialmente el trabajo con inteligencia, aunque a veces con inconstancia, pero siempre en un esfuerzo alegre y en grata armonía con el patrón. En plena colaboración. Así el obrero, el artesano, el gañán, el peón, el campesino, el inquilino, en resumen, las clases trabajadoras chilenas, vivieron durante el coloniaje en una dependencia paternalista de los patrones. Con los esclavos ocurrió lo mismo y con más acentuación todavía. Esta dependencia contribuyó a mantener a esos elementos sociales adentro de un régimen estrictamente jerárquico que se estratificó sólo en el tiempo por la concentración del poder económico en unas cuantas personas o familias de alto rango. Contribuyó a hacer más fuerte esta influencia, la de la iglesia católica, que exigió del patrón, como un deber moral ineludible, el ejercicio de la caridad, dispensándola como un favor individual al de mejor conducta y cuidado, respecto de los intereses patronales, y no como un deber de conciencia frente a un hecho social.

Obligaciones morales del patriotismo. Unanimidad en las clases sociales

La realidad de un pueblo sano. La escuela del trabajo en las clases sociales

Los intereses del trabajador unidos a los del patrón

Los intereses de los trabajadores se amalgamaron con los de los patrones en las explotaciones de las incipientes fuentes de riqueza. La agrícola —la única estable—, la de la minería, las muy insignificantes manufactureras y textiles, establecieron la dependencia económica del trabajador. La vida del comercio dejó más en libertad al dependiente. La conjugación de todos estos factores produjo una unión espiritual que tendrá una importancia decisiva en los grandes hechos de la historia nacional. Muchos de los viajeros que visitaron a Chile en diferentes épocas del siglo XIX, testifican la circunstancia. Oigamos al alemán Eduardo Poeppig, que viajó por el país entre 1826 y 1829. "Si se trata al chileno de las clases bajas con justicia, pero con resuelta severidad —escribe—, uno puede tener la certeza de contar con su leal compañía durante largos meses, pues la revolución ha desarrollado en él un sentimiento definido del propio valor. Seguirá a su patrón a cualquier lejanía, siempre que esté seguro de poder regresar sólo a su patria. El placer de viajar de los chilenos de esta clase es tan grande, que frecuentemente abandonan a sus familias por largo tiempo, después de haber exigido que se entregue a éstas anticipadamente el jornal de algunos meses".

La guerra de la independencia y la guerra civil

La guerra de la independencia en su primera etapa —1810-1814— dividió la sociedad chilena entre partidarios de ella y enemigos de la causa. La escisión tuvo los caracteres de una guerra civil. Los elementos de la clase baja también se dividieron y sirvieron los intereses de sus patrones según fueran las afecciones de aquéllos. La mayoría de la alta clase social del valle central, se hizo partidaria de la independencia. Concepción osciló. Chillán fue dominado en sus sentimientos por la vigorosa acción realista de los padres franciscanos. En Valdivia, Osorno y Chiloé, la causa real se impuso incuestionablemente. En el norte, en Copiapó y La Serena, predominó la idea de la independencia. En el pueblo, se reflejaron las variaciones del patriado. Más bien siguió afecciones que principios. Pudo entender el alcance de la fidelidad al monarca, machacada durante siglos por la iglesia, pero abstracciones como Patria o patriotas, carecían de simbolización espiritual. Los soldados de la primera etapa de la Independencia, se alistaron en las filas militares patriotas por el mandato de los patrones. Los que lo hicieron en los cuadros realistas, no violentaron sus conciencias.

La crueldad española unió sentimientos

La crueldad española modificó estos estados de alma. Durante la Reconquista —1814-1817— las clases bajas apreciaron, en las ciudades y en los campos, las atroces injusticias cometidas con sus patrones de quienes dependían. Las persecuciones, los destierros, las cárceles, los castigos corporales, los cupos de guerra, las confiscaciones, los secuestros, despertaron en el pueblo un sentimiento de solidaridad hacia los patrones, avivó el espíritu de venganza e hizo renacer el instinto militar dormido. El corvo, la honda, la piedra, el palo, fueron las armas empleadas para liquidar o atemorizar a los representantes de la autoridad española y salvar así, cuantas veces fue posible, al patrón. Los crueles y sangrientos soldados del regimiento Talaveras —los talaveras— fueron las víctimas preferidas en estas luchas terribles de la retaliación.

El pueblo en apoyo de los patrones

El rojo se incorporó enhiesto y vengativo para el combate. Todos sintieron y comprendieron que con la defensa del patrón resguardaban lo propio, la casa, el rancho, el trabajo, la herramienta. Al fin, los españoles no representaban lo propio y sus autoridades, crueles y altaneras, eran ajenas al país. Fue éste el primer sentimiento, vago pero firme, de la nacionalidad que entrevió el pueblo en el concepto de Patria. La Reconquista movilizó este sentimiento y, unido a los patrones, formó entusiastamente en las filas de los ejércitos nacionales donde el hombre del pueblo fue calificado de soldado de condiciones superiores. Los viajeros que asistieron a los campos de batalla de Chacabuco y de Maipú —Samuel Haigh y Santiago Begg—, han

recordado el vigoroso espíritu de sacrificio de estos hombres del pueblo y el enardecido patriotismo con que pelearon al lado de sus jefes. También han señalado la voluntad inextinguible con que, sin pertenecer a las filas, sirvieron menesteres difíciles y complicados de la campaña.

Los patrones fueron inculcando en los trabajadores la idea de la Patria. La vincularon a la tierra en que habían nacido y por la cual en un alto grado sentían cariño entrañable. El huaso campesino especialmente formó con su filosofía criolla, surgida de la querencia de la tierra, un lenguaje característico por la intención y profundo por las experiencias seculares. En su poesía consagró, con rico color, la riqueza de la tierra en su paisaje, en sus flores, en su cielo, en sus montañas, en sus aguas. En las canciones alegres o tristes exaltó a la mujer, a la moza, al hombre, al joven, gallardo éste, bizarra aquélla. En fin, del conjunto de todos esos sentimientos filosóficos, estéticos, poéticos de la existencia popular, surgió el cariño al terruño, confundido primero con la veneración al Rey y después reemplazado por el de la Patria.

La identificación de Chile con la Patria es un fenómeno posterior. Durante el coloniaje y hasta más allá de la proclamación de la Independencia el 12 de febrero de 1817, Chile era Santiago. Tanto en el sur como en el norte, decíase al hacerse un viaje a la capital: "voy a Chile". Era una expresión genérica sin sentido de la nacionalidad, y sólo un concepto geográfico no identificado con la noción concreta del terruño. Lo advirtieron los gobernantes cuando la nacionalidad daba sus primeros pasos y empezaba la difícil etapa de la organización. El 30 de julio de 1824, el gobierno del Director Supremo General Ramón Freire, con su Ministro de Gobierno General Francisco Antonio Pinto, ordenaba por Decreto, la sustitución de la voz *Chile* en lugar de la de *Patria*. Decía el decreto: "Conociendo el Gobierno la importancia de nacionalizar cuanto más se pueda los sentimientos de los chilenos, y advirtiendo que la voz *Patria* de que hasta aquí se ha usado en todos los actos civiles y militares es demasiado vaga y abstracta, no individualiza la Nación, ni puede surtir un efecto tan popular como el nombre del país a que pertenecemos: deseando además conformarse en esto con el uso de todas las naciones, he acordado y decreto lo siguiente:

19 En todos los actos civiles en que hasta aquí se ha usado de la voz *Patria*, se usará en adelante la de *Chile*, y

20 En todos los actos militares, y al quién vive de los centinelas, se contestará y usará la voz *Chile*".

El proceso psicológico de la concepción de un país libre, soberano, fue largo. Las clases del pueblo advirtieron que luchaban por los intereses de los patrones y en cierto modo por los suyos, en los primeros tiempos de la Independencia. Durante la Reconquista esos intereses, ya idealizados, se transformaron en el símbolo de la Patria. Patriota fue aquel que detestaba al español y lo proveniente de España. Apodosospectivos usáronse para denigrarlos y cuanta palabra rebajase moralmente a la nación española, se la empleó para individualizarla como enemiga de la luz. El criollo de la clase alta, sintiéndose americano —español-americano en la colonia y después ya independiente, sólo americano—, sintió profundo amor por su tierra. Fue característica de su psicología este amor al país de su nacimiento en el continente. Pudo muy bien, sin esfuerzo, concebir a su país en estado libre, soberano, organizado con instituciones propias, bajo la forma republicana y con un nombre propio. Desde su posición elevada socialmente, traspasó a las clases que de él dependían la idea de la *Patria* convertida en un *Chile*, independiente de los "godos", "maturrangos", "realistas", etc. La nueva forma fue entendida por la influencia moral del patrón sobre la servidumbre de todo orden que controlaba en la vida urbana y en la

La idea de la Patria

La identificación de Chile con la Patria

La concepción de un país libre y soberano

Amor del criollo a la tierra

rural. Casi toda esa servidumbre en diversas esferas y en distintos roles, había servido al amo, y conoció su valentía, arrojo, audacia, para sobrellevar las mayores penalidades y rigores, junto con los más duros sacrificios por la *patria chilena*.

El ejemplo del criollo en el pueblo. Las virtudes del hombre del pueblo

La imagen de ese ejemplo se grabó muy fuertemente en la pupila del trabajador y del soldado. Desde el fondo dormido de sus condiciones físicas y morales, afloró la virilidad, descubriéndose a sí mismo. Despertaron, a la vez, las aptitudes del soldado y sus dotes militares. La conciencia sintió la responsabilidad de defender la tierra que amaba, porque era chilena y Chile un país libre. La escuela primaria se encargó de fortalecer esta sencilla noción en el alma de los niños del pueblo en una repetición incesante. La Guardia Civil Nacional, institución eminentemente popular, por otra parte, canalizó en el alma del pueblo, en una orgullosa idealización, casi mística, por su fuerza de expansión, la idea heroica de Chile, de su intangibilidad como nación, de país invicto, de país dotado por la mano de Dios para un gran destino, cuya raza superior por sus virtudes, lo convertía, por su disciplina social, fervor en el trabajo, conciencia política e institucional, honradez cívica, seriedad y respetabilidad financiera, progreso de la cultura, en el Estado en forma, rector de la América Española. La superioridad del chileno sobre sus hermanos de las otras repúblicas, fue un hecho cierto incuestionable a partir de 1830.

Graduación de las idealizaciones

Sin embargo, la reafirmación de estas idealizaciones están señaladas por ciertos hechos graduales que coinciden con el progreso material e intelectual del país. El año de 1830 es sólo indicativo del comienzo de una estabilidad institucional que se prolongó hasta 1891, durante sesenta y un años, tiempo en el cual el Estado realizó fundamentalmente todas las conquistas políticas que exigía la organización republicana en el siglo XIX. Una clase social aristocrática, con honda raigambre en la Colonia, de origen rural, agrícola, de espíritu auténticamente liberal, promovió las reformas políticas tendientes a asegurar la república democrática, autoritaria primero y en seguida parlamentaria. Abrió los cauces para la incorporación de las clases inferiores a la escuela primaria. Fundó escuelas para hombres y mujeres en todo el territorio. Creó liceos de enseñanza secundaria. Permitió los estudios superiores a las jóvenes. Creó, antes de la segunda mitad del siglo XIX, la Universidad de Chile, de tipo profesional y académico. Fundó bibliotecas públicas y las estableció obligatoriamente en todos los establecimientos de enseñanza. Lo que hizo, fue preparar el advenimiento de una clase media y señalar la ruta para que le siguiera la popular, y ambas fueron inspiradas en un ardiente patriotismo. La prédica política revolucionaria, basada en el odio que ha caracterizado la de nuestro siglo, fue en la del XIX esencialmente dirigida a la conquista de los derechos y garantías individuales y no envenenó el espíritu sano y vigoroso del chileno. En estos evidentes progresos políticos y en esta sólida estabilidad económica hasta 1877, en que la ley inmoral de ese año permitió la inconvertibilidad del billete y frustró la iniciativa individual y el espíritu de ahorro, se fortificó el sentimiento de la chilenidad. El chileno de ese siglo, consciente de su valía, de cualquier clase que fuese, se convirtió en hombre de empresa. Se expandió fuera de las fronteras. Se estableció en California, en las tierras auríferas. Trabajó en Panamá en la zona del istmo. Exploró minerales en Bolivia. Construyó en el Perú los más audaces ferrocarriles concebidos por la ingeniería. Pobló los estrechos y pequeños valles cordilleranos vecinos a la Argentina, con el nombre de *chilecitos*. Pescó perlas en Oceanía. Comerció con Australia, Filipinas, China y el Oriente. Fue empresario, capataz, peón, gañán, obrero, capitalista. Lo fue todo y si era necesario, para subsistir, vivió a salto de mata; se hizo ladrón, contrabandista, jugador. Nunca jamás tratante de blancas. Todo lo hizo en su inquietante vida trashumante, pero siempre fue orgullosamente chileno, virilmente chileno, heroicamente chileno en la mala como en la buena for-

El chileno hombre de empresa. Espíritu aventurero

tuna. Pensó siempre en su tierra suave, cariñosa, y en la familia esclavizada en el trabajo. La madre y la tierra fueron sus grandes amores.

La conciencia del patriotismo del chileno se levantó airada cuando comprendió que una guerra injusta le era impuesta por una autoridad omnipotente. La declarada por la dictadura civil y legal de Portales contra la Confederación Perú-boliviana, fue impopular. El pueblo no respondió a la recluta en un gesto de patriotismo activo, como manifestación de rechazo. Un Intendente —el de Curicó— al remitir al Gobierno una partida de voluntarios para enrolarlos en el Ejército, al complacerse de su aporte a la campaña, rogaba la devolución de los grillos con que entregaba los voluntarios a la autoridad. La impopularidad de la guerra costó la vida al Ministro Portales. Pero ella se hizo. Al conocerse las intrigas del autor de la Confederación en los preparativos del asesinato de Portales, el patriotismo del pueblo se irguió herido y concurrió a los cauteles. "Ahora hay un entusiasmo por alistarse, que en nada se parece a lo que anteriormente ocurría cuando la guerra a nadie interesaba", le escribía el Intendente de Concepción al Ministro del Interior. Por otra parte, el fracaso de la primera campaña, cubierta honrosamente con el Tratado de Paucarpata, hirió en lo más íntimo la sensibilidad del alma nacional. El chileno había sido derrotado por sus cabales siempre combatiendo, sin rendirse jamás. Un ejército entero, sin luchar, había capitulado. Eso era humillante, desdorado para una noble tradición y contrario al honor nacional, a la dignidad de los chilenos. En sus oídos resonaba, como pronunciada por trompetas de bronce, la espartana sentencia de la ordenanza militar: "el soldado que tenga que mantener su puesto, lo hará". Lo que había ocurrido era una vergonzosa rendición sin disparar un solo cartucho, sin probar la suerte, sin entregarse al destino del dios azar donde el soldado chileno con su ardiente patriotismo, el recuerdo de su patria, el sentido heroico de la responsabilidad, o triunfa o muere. En Paucarpata, se había manchado y cubierto de lodo todo un pasado y señalado para el porvenir un camino de vergüenza.

La reacción surgió rápida, espontánea e inmediata. El Gobierno desaprobó los tratados y llamó a una nueva campaña. Los soldados brotaron como por encanto en todas las provincias y las tripulaciones de la escuadra llenáronse con la misma vehemencia. Los chilenos volvían a recorrer caminos de gloria que no les eran desconocidos. ¿Cuántos años hacía? Quince o un poco más, que los habían hollado. En 1820, en la Escuadra Libertadora, el mayor esfuerzo naval de la voluntad nacional en las aguas del Pacífico de todos los tiempos, los chilenos se habían embarcado como marinos. Los mejores del mundo los llamó el Almirante Cochrane. Como soldados, lo habían hecho en el Ejército Libertador y, sin banderas, dispersados en los cuerpos colombianos, venezolanos, ecuatorianos y peruanos, combatido en Ayacucho, y sellado allí la independencia de América, que las batallas de Chacabuco y Maipo, decisivas de la libertad, habían contribuido a asegurar. Era un ciclo heroico el que el chileno completaba al expandirse fuera de sus fronteras por ideales de libertad y en servicio de la autonomía de los pueblos, como era el caso del Perú, sojuzgado por un militar afortunado de poderosas condiciones de organizador, y al que Chile le iba a devolver su libre destino.

La Expedición Restauradora organizada por Portales, fracasada dolorosamente en Paucarpata, renació vigorosa al sentirse burlado el patriotismo. Un nuevo ejército abrió la campaña. Cinco mil cuatrocientos hombres de las tres armas fueron embarcados el 4 de julio de 1838 en 16 transportes convoyados por cuatro buques de guerra con 79 cañones. Desembarcaron en la costa de Ancón. La campaña fue larga y extremadamente penosa. La salud de los soldados se resintió. El clima les fue adverso y en los hospitales quedó algo de la recia energía que los entusiasmaba. El fuego del patriotismo los animó, sin embargo. Así, en los combates como en las batallas, aun

Frente a una guerra injusta

Reacción del patriotismo herido

en aquellos hechos de armas más difíciles y reñidos en que peligró seriamente el triunfo, un vigor físico sobrehumano —tal es la palabra— se encontró aliado con la fuerza mística indestructible, incólume, granítica, del soldado, del hombre del pueblo, que prefería morir gritando ¡viva Chile! a exponerse a una derrota aunque le asegurara la vida.

*Chile como
entidad
moral*

En la campaña del Ejército Restaurador, los soldados avivaron a Chile como la entidad moral que significaba para ellos lo más sagrado que debían respetar, defender y perpetuar por sobre cualquiera otra cosa de la vida. Los símbolos que materializaban esa entidad tomó formas al transfigurarse la noción de Patria en el concepto concreto de Chile, en la bandera nacional, en el escudo nacional y en la canción nacional. Bajo esos símbolos combatieron y fueron invictos al triunfo el "roto"; el "pije", el caballero, "el siútico", el peón, el gañán, unidos en una sola comprensión: defender a Chile. En la Portada de Guías, en Matucana, en el Puente Buin, en Yungay, en Pan de Azúcar y en el combate naval de Casma, el chileno se condujo como héroe por el ideal de la Patria chilena. Yungay fue el anticipo de Tarapacá y Pisagua; el asalto de Pan de Azúcar, el de la toma del Morro de Arica y el combate naval de Casma sincronizó con el de Iquique en la contienda del Pacífico.

*Definición de
la nacionali-
dad después
de la batalla
de Yungay*

Hubo algo más. Un fenómeno psíquico colectivo se produjo después de Yungay. La nacionalidad definió su contenido moral en lo que se ha dado en llamar un "Estado en forma". "Fue —como ha dicho Encina— la chispa eléctrica que determinó la eclosión del sentimiento adulto de la nacionalidad, y de las fuerzas espirituales que el azar feliz iba a transfigurar en estado en forma, en el curso de un accidentado proceso de veinte años de duración".

*La mujer en
la formación
del senti-
miento na-
cional*

La mujer participó en el asentamiento de esta mística. Durante la guerra de la independencia los caracteres de su individualidad habíanse hecho presentes en los nombres de la desgraciada esposa de Juan José Carrera, la bella e infortunada Ana María Cotapos y en la fortaleza de otra hermosa mujer de voluntad indomable, Javiera Carrera. Los colores nacionales de la Patria Vieja radiantemente los exteriorizó esta mujer en su vestido de gala en un baile de la casa de la Moneda en 1812, deslumbrando a quienes en ella vieron la imagen de la Patria. Luisa Recabarren sufrió con entereza heroica las prisiones de la Reconquista. Agueda Monasterio soportó los suplicios de ese régimen hasta la muerte. Rosario Rosales acompañó a su anciano padre, el vocal de la primera Junta Nacional de Gobierno, Juan Enrique Rosales, al destierro en la isla de Juan Fernández en 1814, y allí, en medio de las penalidades de un verdadero infierno, con su fe y la ilusión en la causa de la revolución, mantuvo el fuego ardiente en la resurrección de la Patria. Mercedes Fontecilla, apenas enlazada con José Miguel Carrera, ve abrirse las puertas del exilio. En pos del esposo, o en espera de él, a lo largo de sus viajes y campañas, en las pampas, en las aldeas, en los cuarteles, en las tolderías indígenas, se detendrá para alumbrar en la miseria a sus hijos. La fe de su patriotismo, entendido en el personalísimo de su marido, no decayó jamás.

*Las mujeres
del pueblo
La "Pan-
chita"*

Las mujeres del pueblo por esos mismos días supieron allegar el concurso de su apoyo a la causa de la liberación en los días de la Reconquista. Escondieron a Manuel Rodríguez; protegieron a Miguel Neira; nunca supieron nada de Justo Estay. Alentaron al "roto" para derribar con el corvo, con la piedra y el puñal al altivo y presuntuoso soldado Talavera, o ellas mismas, fingiéndoles amor, lo derribaron en las chinganas. De esos modos servían a la "Panchita", nombre con el cual identificaron a la Patria. Por la "Panchita" fueron sometidas a prisión, a la pérdida de sus joyas, a encarcelamientos y malos tratos, la madre de O'Higgins, Isabel Riquelme y su hermana Rosa Rodríguez. Pobrezas y amarguras tendrán ambas que padecer todavía en Mendoza, donde para subsistir y servir con sus ahorros la causa de la

revolución chilena, dedicáronse a vender cigarrillos. Vieron saqueadas la casa habitación de Chillán y talada e incendiada la hacienda de "Las Canteras" y los animales arrebataados en el robo y el pillaje. Esa estancia era base de la fortuna del héroe de Rancagua. La madre de Freire se ocupó en iguales menesteres y amasó el pan para los soldados del Ejército de Los Andes del "Plumerillo".

Ejemplar en su patriotismo por la "Panchita", hasta ahogar el sentimiento maternal, fue el de la hija del Conde de la Conquista Ana María Toro de Gamero, madre de los oficiales Gamero, muerto uno en el sitio de Chillán en 1813 y el otro en la defensa de Talca en 1814. La madre al saber el sacrificio de sus hijos, ofreció con la entereza de una mujer romana, los otros que le quedaban para defender la Patria. Paula Jara Quemada se impuso a la soldadesca goda con el heroísmo de su presencia de ánimo. Turbó al capitán de los Talavera y lo hizo abandonar corrido las casas de su fundo, cuando pretendió violar el hogar e incendiarlo, por pertenecer a una patriota. Mujer caritativa, dulce, afectuosa, hecha para el bien y servir a los demás, dominada por la conciencia de que debía a Chile entregarle cuanto tenía por reclamarlo así el amor a su tierra, Manuela Rosas fue señalada como paradigma de virtudes cívicas, y heroína. Era sobrina de Juan Martínez de Rozas. Sirvió la causa de la independencia con todo el poder de sus vastas relaciones sociales, con su ejemplo entero y sin desmayo y toda su fortuna, la que puso enteramente a disposición de los patriotas. Cuando se la amenazaba con castigarla por sus ideas revolucionarias, decía a las autoridades realistas: "¿Intentáis castigarme porque amo a mi Patria? Podéis hacerlo como queráis, pero jamás lograréis extinguir en mi corazón ese sentimiento". Manuela Rosas era de extirpe sureña, pencona, como se decía.

En las regiones del sur de Chile, en Chiloé, en Valdivia, en Osorno, en Chillán, en Concepción, la guerra de liberación tuvo los caracteres de una guerra civil o de una resistencia terca y obstinada a la aceptación de las ideas reformistas que conformaban el fondo ideológico de la revolución. Tal ocurrió, por ejemplo, con el mundo chilote. En cambio, en las otras ciudades la alternativa de los sentimientos condujo a veces a que esas poblaciones fueran patriotas o realistas. El caso se dio varias veces en Chillán. Aquí también en 1817 se destacó una mujer joven de espíritu, pero no en años y de cierta hermosura. Poseyó el don de la palabra y fue un tribuno. Era vehemente, apasionada, fogosa. Su palabra fue oída en Chillán en todas partes, en la ciudad, en el suburbio, en los hogares ricos como en los pobres. Hablaba de la libertad, de la necesidad de acabar con los opresores de la Patria. Predicaba la lucha contra los tiranos. Los primeros en denunciarla fueron los fieles. El rumor de la feligresía se comunicó a las autoridades eclesiásticas, se difundió en los conventos y la campaña contra esta brava mujer patriota, indefensa en su fragilidad, pero fuerte en las convicciones de sus sentimientos, la iniciaron los frailes franciscanos. La autoridad civil debió tomar parte ante la presión eclesiástica. Se había resistido a intervenir, y hasta había sido cortés y amable con esta desembozada patriota, por las relaciones de parentesco con antiguas y respetables familias realistas, de poderosas influencias. María Cornelia Olivares se llamaba esta mujer. Un día fue tomada presa y arrojada en una celda. Se cuenta que en el acto de la aprehensión, una partida del pueblo la defendió protegiéndola. Quería salvar a la patroncita, la hija del hacendado, buen patrón. Los soldados disolvieron el grupo. Ya en la celda la vejaron. Para envilecerla en su condición femenina, le raparon el cabello y las cejas y la expusieron en la plaza pública desde las 10 de la mañana hasta las dos de la tarde. Ahí quedó amarrada al rollo. Inmóvil miró desafiante a quienes se burlaban de ella, y éstos eran los realistas. El pueblo, desde ese día la hizo su heroína y la adoró en su martirio. Cuenta la tradición con acento grave de

Los caracteres de la revolución en el sur de Chile

fe, que cuando los realistas la ridiculizaban, ella con solemnidad deciales: "La afrenta que se recibe por la Patria en vez de humillar engrandece". La inspiración que estas palabras comunicó a las almas femeninas del pueblo, dio origen a muchas heroínas anónimas, cuyos actos patrióticos la historia ha recogido, y aunque la leyenda los ha adornado, en el fondo son ciertos.

Los crímenes de la soldadesca española en 1814 en Rancagua

Las venganzas de la soldadesca después de concluido el sitio de Rancagua el 2 de octubre de 1814, alcanzaron proporciones siniestras. Un cronista las refiere de esta manera: "Pero la escena más horrible —escribe el padre Franciscano José Javier Guzmán— que se puede presentar de la barbarie de aquellas infernales furias, fueron los escandalosos y criminales hechos que cometieron en la misma iglesia después de concluida la acción. Refugiados allí los principales del pueblo y una multitud de mujeres ancianas con sus hijos e hijas de todas edades clamaban a Dios y a María Santísima con tiernísimas lágrimas y muy humildes súplicas, se dignasen librarlas de la muerte y del furor de aquellos desalmados hombres, pero estos desmoralizados bárbaros, sin atender a que en aquella iglesia existía realmente el adorable y sacramentado cuerpo de Jesucristo, Dios y Juez de vivos y muertos, allí mismo disparaban a las gentes sus fusiles, herían a unos con sus sables, desnudaban a otros y aun a muchas tiernas jóvenes les quitaban la ropa que traían en sus cuerpos, las dejaban desnudas y hacían con ellas mil insolencias, a vista de sus madres, y aun llegó el caso de violarlas. El pudor me obliga a silenciar un escandaloso suceso a este respecto en los términos que lo oí contar a personas fidedignas por no ofender los castos e inocentes oídos de los que lean esta historia". Lo que en su relato ha guardado el padre Guzmán, fue confirmado por otro sacerdote, el presbítero Laureano Díaz. Una hermosa joven fue desnudada y violada en el templo en una escena de lascivia salvaje, y en medio de una lucha brutal. El cuadro que contempló otra mujer aterrada, le quitó la vida. La vergüenza y el horror le paralizaron el corazón. Otras que allí estaban acorraladas al ver el espectáculo siniestro, brutal y salvaje de la violación, mataron al miserable que yacía sobre la hermosa joven. Y con fuerzas sobrehumanas cargaron sobre los talaveras que encontraron. Con las propias armas de la soldadesca los mataron. A su vez, esas heroicas mujeres, al defender su honra, defendían la Patria, fueron asesinadas y liberadas así de la ignominia: ¿Cómo se llamaba la joven martirizada? ¿Cómo las mujeres que allí fueron rendidas? Sobre ellas pasó el manto del anonimato, perdiéndose para siempre sus nombres.

El sacrificio de una joven

Los nombres anónimos

El último cañonazo de Maipo

En otros casos ocurrió lo mismo. Cuenta Vicuña Mackenna que "el último cañonazo de Maipo fue disparado por una mujer heroica y desconocida", según refiriósele en Lima en 1860, un caballero anciano llamado Zárate, natural de Arequipa, y que concurrió a la batalla y se encontró en la retirada de Rodil, como teniente del batallón del lugar de su nacimiento. Sea esta una leyenda, sea una conseja, sea, en fin, lo que se quiera, lo que la imaginación ha querido perpetuar es el entusiasmo, por una parte, y la fe, por la otra, en la causa de la revolución que alentaban las mujeres por la Patria independiente. En ellas, lo que al comienzo fue un sentimiento vago, inexpresivo, sin forma, ni contenido, adquirió consistencia. La mística fue alimentada por los sufrimientos, desvelos, preocupaciones, las incertidumbres morales y alternativas en que vieron las esposas vivir a los maridos, a los hermanos, los hijos, los padres, a todo el conjunto familiar, en resumen. La idea de la Patria la identificó como el nido. El hogar, creado por ellas, fue expuesto una y mil veces a las vicisitudes de la guerra, de las persecuciones, destierros y prisiones, exterminio y muerte. Desde ese momento, emocionalmente, la idea se transformó en fuerza de acción espiritual irresistible. Quedó muy viva en el alma femenina de todos los estratos sociales. He aquí un ejemplo. El sentimiento del patriotismo ardió con for-

Fortalecimiento del patriotismo en la mujer

mas sublimes en otra mujer del pueblo, en la famosa Sargento Candelaria Pérez, heroína máxima en el asalto a la fortaleza inexpugnable del cerro de Pan de Azúcar en Yungay, durante la campaña restauradora contra la Confederación Perú-Boliviana en 1839. De Valparaíso, donde residía, se embarcó en 1833 con destino para el Callao al servicio de una familia holandesa. Mal avenida con ella, se alejó de sus patronos para regresar a Chile, sin que sus medios se lo permitieran. Con la ayuda de un súbdito inglés, en ese puerto peruano estableció una fonda. Allí era personalmente conocida con el nombre de la "chilena". La rodeaba una atmósfera de mujer trabajadora, resuelta y valiente. Cuando la escuadra chilena llegó al Callao, por intermedio de un oficial de la marina norteamericana, se puso en contacto secreto con el jefe. Fue denunciada por una esclava y encerrada en un calabozo, hasta que el General Guarda le concedió la libertad por su carácter simpático, jovial y franco. Apenas se vio libre, se unió al Ejército Restaurador, acompañándolo en toda la campaña. Peleó en Pan de Azúcar como el más bravo de los hombres y en un momento en que la muerte asolaba el campo. Peleó como soldado en defensa de su tierra y lidió como mujer para vengar los agravios a su sexo. Jadeante ascendía el cerro con su amante, un capitán del Carampangue caído en la refriega, "y esta mujer del pueblo que, presa de una crisis mística, debía acabar sus días en la austeridad y en el recogimiento del ascetismo, sin detenerse a cerrar los ojos de su amante, siguió ascendiendo a la cabeza de los pocos sobrevivientes del Carampangue, y al producirse el entrevero, derribó por sus manos al soldado que le insultaba su heroísmo y su sexo" (Encina). Con un corvo se hizo justicia.

Cerrado el ciclo de la guerra de liberación en sus etapas de 1817 con Chacabuco, 1818 con Maipo, 1820 con la toma de Valdivia y 1826 con la incorporación de la isla de Chiloé al dominio de la República, la paz interna y externa que vivió el país a partir de 1830, no obstante las guerrillas de los bandoleros Pincheiras, fortificó el sentimiento nacional de la chilenidad bajo las más diferentes formas. El nombre de Chile se antepuso a cualquiera otra denominación. El de República, Estado, Nación, careció de sentido popular. Fue usado para la designación de cuanto noblemente convenía a la iniciativa particular. "Colegio de Chile", "almacén Chile", "tienda Chile", "librería Chile", "bodega Chile", "chingana Chile", "imprenta Chile", "fundo Chile", etc., son nombres que se registran con la mayor frecuencia en los periódicos de esa época. En las fiestas sociales íntimas, aun en las de alto rango, era una manifestación de alegría, de espíritu sano, "enflorar el pavo", el lechoncito, el chanchito novato, con los colores nacionales. El grado ya superior de la alegría, era dejar los bailes clásicos propios del sarao, para danzar una "cueca" llamada de salón con su consabido tamboreo y huifas. Los versos que la animaban contenían alusiones a Chile y hablaban de una chilenidad robusta, vigorosa, varonil. Las canciones también se inspiraban en el paisaje chileno. En las clases populares la chilenidad sirvió para magnificar las cualidades que se creían propias del hijo de la tierra. La malicia, la socarronería, cierto gracejo, el ingenio fértil y punzante, se las atribuyó a cosas propias del carácter nacional y éstas eran las cualidades de la chilenidad. Ella destacó como virtud enaltecedora la virilidad. Un chileno no es un explotador de mujeres. La lealtad es la otra virtud. La generosidad es una de sus mejores prendas morales. El amor al terruño, confundido con el sentimiento patrio, orgulloso de Chile, formó un hombre responsable de sí mismo en la defensa y cuidado del país.

En los cuarenta años transcurridos desde 1839, en que se moldeó definitivamente el sentimiento nacional de Chile, hasta la guerra del Pacífico en 1879, el país se había organizado bajo todas sus formas. Gobernantes respetuosos y sagaces lo habían dirigido. Una sociedad culta ejercía su poderosa influencia sobre las clases popula-

*La sargento
Candelaria
Pérez*

*Vigor del senti-
miento de
la chilenidad
de 1839 a
1879*

*El nombre
de Chile co-
mo símbolo.
Las virtudes
del "roto"*

*La institucio-
nalidad de la
república.
Solidez legal*

La superioridad del chileno

res, dirigiéndolas y sosteniéndolas. Un ejército y una marina exclusivamente consagradas a sus labores profesionales, daban a las instituciones un resguardo granítico. La instrucción se difundía. Las finanzas seguían el curso de un país pobre en que el esfuerzo del trabajo contribuía a mejorar lo que faltaba. Progresaba la industria con las explotaciones del salitre en el norte, en el desierto, de otros ricos minerales en el norte chico y en el sur con los yacimientos del carbón de piedra. Todo progresaba a un ritmo, a un compás de aceleración, que ningún país de América Latina podía presentar tan uniforme. La superioridad del chileno surgió colectivamente en su conciencia por la vía objetiva de la comparación con el estado de las repúblicas hermanas. La homogeneidad racial acentuó esta propia estima. El encontrarse a la cabeza del progreso intelectual y material de América, lo confirmó en la creencia. La solidez institucional garantizaba ese sentimiento. Sabiendo que el suyo era el país rector del continente, buscó en una filosofía romántica la hermandad de los pueblos hispanoamericanos y dio origen a una doctrina que llamó "americanismo". Todavía revivían los ideales de la lucha emancipadora en esta doctrina americanista. Pero ella había de ser fuente de grandes desengaños y lastimó con sus desilusiones el patriotismo nacional. Por concurrir a la defensa de las repúblicas ofendidas por la España en 1865, Perú, Bolivia y Ecuador, el país hizo gravitar sobre sus débiles finanzas empréstitos y deudas que sumaron treinta millones de pesos. Esas deudas agobiaron la situación económica chilena para el porvenir. Valparaíso fue bombardeado en 1866 y ese hecho representó una sangría de quince millones de pesos. Se perdió la marina mercante nacional.

El americanismo

Los daños del americanismo

El americanismo disminuyó el nivel de Chile en el continente, constituyéndolo en un país de tercer orden. Junto con ello se cerró el horizonte internacional. La Argentina, en nombre de la "argentinidad" y nosotros en el del americanismo, nos exigió y entregamos la Patagonia y abrimos con ello el cauce a las vergonzosas claudicaciones del decoro nacional hasta ahora mismo. El Perú ocupó el primer rango en el Pacífico sur. En nombre de la "peruanidad", Chile fue aislado como un país conquistador. Bolivia, robustecida por la "peruanidad" se volvió contra Chile invocando rescates territoriales e industriales. El americanismo chileno paralizó el impulso vital de la chilenidad. Fue este candoroso sentimiento de solidaridad continental, el primero que lesionó el patriotismo nacional, deteriorándolo. Pero estos hechos de carácter psicológico, primero y, en seguida, sociológicos, no alcanzan a influir en la contienda internacional que se inició en 1879. Obran posteriormente y se incorporan al proceso de la crisis moral chilena iniciada con la ley de la invertibilidad del billete, de 1877. Todo lo anterior a esa ley, desde 1865, son los antecedentes de la descomposición de la decadencia del sentimiento de la nacionalidad y con ella, del patriotismo.

Estímulos incitadores del patriotismo

En 1879, al estallar la guerra contra el Perú y Bolivia, las mejores y más puras condiciones que formaban el patriotismo chileno se encontraban intactas, llenas de fuerza y de vigor. La concepción de la nacionalidad, como primer sentimiento del deber moral del chileno, era, en todas las clases sociales sin distinción, el primer atributo, la mejor virtud, de la chilenidad. Sobre este ardiente sentimiento se agregaron los estímulos del odio para levantar el patriotismo al frenesí. Contra Bolivia, como nación traidora en sus compromisos y contra los bolivianos, especialmente contra el cholo, el chileno sintió animadversión espiritual muy decidida. Carácter franco el suyo, abierto, preciso en sus decisiones, la natural hipocresía del hombre del altiplano, convertido en autoridad en la zona del salitre, lo exasperó. Con el cholo el entendimiento fue imposible. Los esfuerzos y las realizaciones industriales de los chilenos para hacer la ciudad de Antofagasta y explotar las salitreras,

forman en la historia de los antecedentes de la guerra páginas de sangre, de suplidos, de dolor, y de angustia contra el trabajador, el empleado y el jefe chilenos. En esta lucha se fue generando un odio contra el boliviano y el cholo que la guerra iba a vengar. Al confiscar Bolivia en abril de 1879 la Compañía de Salitre, ésta paralizó las faenas y quedaron sin ocupación dos mil chilenos de capitán a paje. En cada uno de ellos, el deseo de vengar agravios y saldar cuentas alcanzó las proporciones de un deber sagrado. Esos dos mil chilenos, rotos, caballeros, peones, gañanes y artesanos, que en Antofagasta habían perdido el trabajo por la aplicación de una ley, violatoria de un tratado internacional, fueron la primera sábana con que contó el ejército chileno que allí se organizó. La decisión inquebrantable en esos hombres era hacerse justicia con sus propias manos y como soldados, castigar al cholo traidor y al boliviano falso y voluble.

Para con el Perú, en el alma nacional se había ido formando un sentimiento de rivalidad, de antipatía y hasta de odios. La hegemonía espiritual y social que ejerció el virreinato sobre Chile en el coloniaje, fue indiscutible y aun económicamente pesó en el progreso de la modesta Capitanía General. El Perú por esta influencia y por esa protección, miró a Chile como un país débil, socialmente compuesto por hombres de muy baja extracción y que culturalmente se encontraba a distancia muy considerable de la que había alcanzado la corte del virrey. El peruano se acostumbró a pensar en tono de virreinato, es decir, de superioridad. Siempre se sentirá adherido a ese pasado histórico. Chile, en cambio, superó su modesta y triste condición con la independencia. Para lograr la liberación de su vecino, fue en su ayuda en un esfuerzo gigantesco al organizar por partida doble la más poderosa flota, la más grande que había visto América, de la Escuadra Libertadora y el Ejército Libertador, el mejor organizado y equipado hasta entonces. Los jefes, oficiales y soldados chilenos, entraron en Lima en 1820 y proclamaron al año siguiente, 1821, la independencia del poderoso y opulento virreinato, convirtiéndolo en estado independiente. La miserable colonia de Chile, "asiento de criminales rematados", había logrado la hazaña. El peruano sintió lastimado su decoro. En 1823, una nueva expedición militar chilena concurrió a afianzar la independencia del Perú. Los soldados entraron otra vez a Lima.

Ya habían aparecido hacia entonces las primeras manifestaciones de la rivalidad peruana contra Chile.

El puerto de Valparaíso comenzó a desplazar al Callao en importancia comercial. Las naves venidas de Europa y aun del Asia, encontraron en Valparaíso el puerto intermedio exacto de recalada cuando pasaban el Cabo de Hornos, o venían de la China, el Japón, Australia, Filipinas, Oceanía, etc. Además, Valparaíso se había convertido, al amparo de una amplia libertad de comercio, en el asiento cómodo, preferido, de una numerosa colonia inglesa de comerciantes donde fundaron sus hogares. Del comercio comenzó a desplazarse hacia la industria minera en el norte chico.

En 1836, cuando el General boliviano Santa Cruz conculcó la independencia del Perú uniéndolo en una confederación a su patria, Chile volvió a luchar por la libertad del Perú. La confederación satisfizo a muchos peruanos. Era el virreinato reconstituido y con algo más. Restauraba el incanato como eran los ensueños de Santa Cruz, hijo de una princesa coya. En sus planes entraba la incorporación de Ecuador, Chile y parte del norte argentino. Los chilenos acreditaron, peleando bajo sus banderas, contra la confederación, las condiciones militares innatas que poseían y también el fuerte sentimiento de nacionalidad que los distinguía. Combates y batallas casi perdidas, por esos dos impulsos místicos, las convirtieron en victorias.

El trabajador chileno del salitre convertido en soldado

Sentimientos de rivalidad contra el Perú

Preponderancia de Valparaíso sobre el Callao

Chile lucha por el Perú.

La serie de esas victorias era larga. Se llamaban —como ya se ha dicho— Portada de Guías, Matucana, Puente Buin, Pan de Azúcar, Yungay.

El progreso de Chile. Las revoluciones del Perú

Por tercera vez el Ejército chileno ocupó Lima. La epidermis peruana, tocada ya en dos ocasiones, se sentía otra vez herida. Mientras tanto, el progreso de Chile avanzó a pasos agigantados y el del Perú fue en retroceso a consecuencia de las vergonzosas contiendas internas y de las revoluciones ordinariamente acaudilladas por un militarismo descontrolado y por políticos en quienes el sentimiento nacional careció de firmeza. Pero el peruano siguió pensando en virreinato y aun en confederación. El desarrollo comercial de Chile con la expansión de su órbita, agudizó la rivalidad peruana y el cobro hecho por Chile de la deuda ocasionada por la guerra de la independencia y contra la confederación, dio pábulo a que surgieran odios que estaban latentes. Los antagonismos del curso histórico seguido por los dos países en su destino, los avivó también. El Perú sentía una preocupación vital por el dominio que ejercía Chile en el Pacífico con su flota mercante, proporcionalmente mayor que la francesa, y con su escasa marina de guerra. El ambiente contra Chile se fue acibarando. Desde 1840 hasta 1865, el mayor empeño de la diplomacia chilena acreditada ante el Rímac, y el de la Cancillería de la Moneda, fue solicitar del gobierno de Lima un trato igual para el chileno que el ofrecido a cualquier extranjero. Pendenciero, altanero, bebedor, jugador, mujeriego, ladrón, tramposo, audaz, orgulloso, las condiciones negativas de su carácter, valían nada ante otras superiores como trabajador. Inteligentísimo, de fácil comprensión, con iniciativa propia, diligente, infatigable en las más rudas faenas, fue músculo y cabeza en cualquiera empresa a que se le destinara. Por sus aptitudes para el trabajo, triunfó en el Perú, pero se le maltrató. Chile sólo pedía justicia. Arreció el mal cuando el Perú, a consecuencia de su triunfo sobre la escuadra española en el asalto del Callao el 2 de mayo de 1866, se sobrepuso a Chile con este hecho naval y su escuadra se hizo superior a la de su vecino.

Agudizamiento de la rivalidad

El dominio del Pacífico sur

Persecuciones de chilenos en el Perú

Los errores del americanismo

Opinión de Gonzalo Bulnes

La quimera del "americanismo" sostenida por los políticos chilenos, produjo el cambio de situaciones. El dominio del Pacífico pasó al Perú. La superioridad, hizo más dura la vida del trabajador chileno. "Durante ese tiempo —escribe Gonzalo Bulnes— lo que produjo reclamaciones frecuentes de Chile en el Perú fueron los malos tratamientos que daban las autoridades de este país a nuestros connacionales, en el ferrocarril de Oroya, en el de Mollendo a Puno, en el de Ilo a Moquegua. El peón chileno, heroico y aventurero, se había lanzado a las costas peruanas en busca de trabajo que los agentes de la emigración le ofrecían pagar a precio de oro, sin tomar en cuenta las enfermedades endémicas, ni la carestía de los artículos de consumo, encontrándose al fin de poco tiempo más pobre que en su patria. El trabajador chileno fue el obrero de mano de las obras públicas del Perú. Levantó las máquinas salitreras, explotó las pampas, hizo en los puertos el embarque del salitre y construyó los ferrocarriles peruanos que desafían las obras más gigantes de la ingeniería contemporánea. Centenares, si no millares de ellos, llenaron los hospitales o poblaron los cementerios. Hubo una época en el Perú, la del guano, que tiene algo de fantasía de las "Mil y una Noches". Los millones del guano corrían por los mercados de Lima, improvisando fortunas colosales. El vapor penetraba en las soledades de los Andes por dos puntos a la vez y trepaba alturas que tal vez hoy mismo no han sido superadas. Cuando sonó la hora de la rendición de cuentas, las empresas se paralizaron y los trabajadores chilenos se recogieron a las ciudades, hambrientos y enfermos. En el Perú había prevención contra el chileno que trabajaba y moría por labrar su progreso, y fue necesario ampararlo con energía para que no se le hiciera víctima de mayores ultrajes. El Ministro de Relaciones de Chile, Alfonso, dando cuenta de estos hechos al Congreso Nacional, decía que revelaban "una hos-

tilidad sistemática a la nacionalidad". Lo mismo en el litoral boliviano que en una parte de la costa del Perú, especialmente en la provincia de Tarapacá, la gran mayoría de la población era chilena y esto dio a la guerra de 1879 en ambas partes el carácter popular. Por las causas recordadas, la guerra fue un arreglo de cuentas entre el trabajador chileno y el país que lo había hostilizado. El obrero de las salitreras y de los ferrocarriles peruanos fue el soldado de los primeros regimientos que se organizaron en Antofagasta".

"La medida de expulsar a los chilenos del Perú —continúa Bulnes— fue cruel, pero en sí era inevitable, sobre todo en la provincia de Tarapacá donde se calculaba que la población chilena alcanzaba a diez y seis mil almas, predominando entre ella los varones solteros que llegaban de Chile en busca de trabajo. No hacerlo habría importado casi lo mismo que entregar ese territorio a nuestro Ejército. Por lo demás, la medida era de dos filos, dejarlos, un peligro; arrojarlos, enviar soldados al Ejército de Antofagasta". "Fuera del núcleo de Tarapacá había chilenos diseminados en todo el Perú. Fue un éxodo doloroso y cruel el que le impuso el decreto de Prado, porque careciendo en una semana del tiempo indispensable para realizar sus cortos bienes, los proscrios tuvieron que salir del país perdiendo cuanto tenían, viajando a pie, seguidos de sus mujeres e hijos, por no tener dinero para arrendar una acémila o pagar un boleto de ferrocarril. Pero marchaban contentos pensando que iban a servir a su Patria, cuya noble imagen es más grande y querida cuando se la contempla desde el extranjero. Los chilenos empujados a la costa por las autoridades subalternas que los trataban sin ninguna consideración, se aglomeraron en los puertos y tomaban por asalto los vapores para seguir a Chile. En ninguna parte ese éxodo revistió caracteres más inhumanos que en las costas de Tarapacá. Grupos de hombres y mujeres desvalidos fueron arrojados a las lanchas a esperar la llegada de un vapor, y hubo casos en que los asilados en las lanchas carecieron de alimento y de agua". "...Muchos casos podría citar que darían realce y colorido a esta página de la guerra. Estos ultrajes a la humanidad y a la clemencia despertaron en los pechos esforzados de aquellos hombres un anhelo de venganza que fue difícil contener en el curso de la campaña".

Las tropas frescas del Ejército de línea movilizadas en ferrocarril desde el sur del país con destino a Valparaíso, para conducir las en los transportes de guerra de la Escuadra y desembarcarlas en Antofagasta para proceder a la ocupación de esa ciudad en la parte que Chile reivindicaba como de su dominio por el quebrantamiento que Bolivia había hecho de un tratado, no estaban impregnadas por el odio que se alimentaba en los chilenos expulsados del Perú y del Altiplano. En el pecho de ellas ardió la llama de la indignación, del patriotismo, cuando difundieron los detalles de la gestación del tratado secreto contra Chile suscrito entre el Perú y Bolivia para reducirlo en su desenvolvimiento económico y someterlo como fuerza internacional a la impotencia, arrastrando en la celada a la mala amiga de siempre, la Argentina. Ante estos hechos, el patriotismo de todos los hombres de Chile explotó con inusitada violencia. Un testigo de la eclosión, el mismo Gonzalo Bulnes, ha escrito estas bellas palabras que confirman lo expresado: "El patriotismo y los hombres iban surgiendo como los *geisers* de las colinas de Islandia del fondo de esta sociedad chilena amasada en los sacrificios de la guerra, desde que los conquistadores pasearon por sus selvas vírgenes el estandarte de la civilización. Toda su historia ha sido una lucha, ora aquí, ora allá, y el patriotismo, un producto tan espontáneo de su suelo, como la planta trepadora que se enreda en el roble secular de sus florestas. El patriotismo se iba despertando, hoy, con el paso de un cuerpo que venía de la frontera de Arauco y que al cruzar las poblaciones que hay a lo largo de la vía sembraba un reguero de entusiasmo; mañana con otro que se embarcaba en

Valparaíso, en medio de las aclamaciones de multitudes apiñadas a su paso; aquí, la puja de la juventud acomodada para llenar las filas, los escritorios que se vaciaban, los bancos que se desdoblaban, los empleados de las oficinas públicas que desertaban sus puestos, y en todas partes la presión popular, dominadora e invisible, empujaba a las filas rodeando de simpatía al que partía al Norte, con su menosprecio al que no lo hacía. Este cuadro no tiene nada de recargado. Al revés, lo encontrarán pálido los que sintieron la impresión de aquellos días. Así se fue engrosando el Ejército como la ola que se hincha azotada por el tiempo".

*Juicio de
nuestra
generación*

Nuestra generación tiene otros elementos de juicio para verificar aún con más precisión el estado anímico del pueblo chileno en esos momentos y en el curso de la guerra. El chileno, ordinariamente sobrio en sus palabras, cauteloso de su pensamiento y mucho más si tiene que escribirlo, desconfiado por el temor al ridículo, contrarió las normas habituales de su carácter y desbordó su impulso vital de hombre de acción, esta vez de soldado, para dejar testimonio escrito de lo que contemplaban sus ojos. Todos escribieron. Los jefes y oficiales llevaron diarios de campaña. Se valieron de la correspondencia para consignar familiarmente sus impresiones. Los que no escribieron memorias entonces, lo hicieron después. Los soldados y marinos, por medio de cartas dirigidas a sus deudos, nos han dejado las visiones vivas, sinceras, pero ingenuas, sencillas pero verdaderas, de sus sentimientos. En toda esa correspondencia el tono es uno, monótono, cansador, aplastador por su insistencia. El patriotismo cálido, vibrante, sostenido con una fe religiosa por el éxito de Chile y en que Chile saldrá triunfador de la contingencia a que ha sido arrastrado con injusticia, con alevosía. Cada hombre sólo piensa de este modo. Si se le hubiese hablado de una derrota, se habría vuelto contra su interlocutor para matarlo. Tenía conciencia absoluta de la organización de la Patria y de la eficacia y eficiencia de las instituciones. Vicuña Mackenna reunió veinte mil cartas de cuantos actuaron en la guerra. Igualmente llegaron al historiador, los diarios de campaña, memorias, recuerdos de hechos o sucesos. Las cartas y los diarios, están escritos por hombres de los más diversos lugares del país, edades, situaciones, educación, etc. A veces son los parientes de los soldados los que relatan la forma en que éstos abandonaron el hogar o el trabajo para enrolarse en las filas. En esa correspondencia, todos contaron sus hazañas, dieron a conocer sus opiniones, criticaron los planes de guerra o los aceptaron, señalaron los defectos de la administración, pronunciaron juicios sobre los jefes. Todo lo revisaron con ojo crítico, pero con una sola preocupación: Chile. La energía nacional le daría el triunfo. "Lo que caracterizó aquella guerra —dijo en una ocasión un político que la vivió con las emociones que ella producía en el Congreso, Enrique Mac-Iver— fue la confianza absoluta del país en el éxito. Esta confianza era de tal naturaleza, que habría existido lo mismo si la guerra hubiese sido no sólo con el Perú y Bolivia, sino también con la Argentina". Algunas de estas cartas se han publicado. Han visto también la luz las memorias de los soldados. Falta, sin embargo, la obra de conjunto que reúna toda esa correspondencia popular, con los diarios y memorias, para destacar la vibración del alma nacional en un grave y trágico momento de Chile. Entonces se conocerá en su esencia el valor moral del patriotismo del chileno de ese tiempo, que alcanzó las formas épicas.

El patriotismo como expresión es-crita

Abstracción de los sentimientos patrióticos.

Los sentimientos patrióticos nacionales simbolizáronse siempre en concepciones abstractas. Nunca la Patria fue identificada ni con un caudillo militar ni con uno civil. La Patria era Chile y no una cuestión de personalidades. El patriotismo emergía como una obligación moral ineludible del chileno. El ciudadano chileno para la clase alta debía ser patriota, porque la mejor forma de amar a Chile, a la Patria, era sirviéndolo. En ello debía llegarse al propio sacrificio personal. El afecto profundo a la tierra chilena se unió al concepto de la Patria. Incorporó

el solar del nacimiento. Se afianzó en la familia. Se vinculó a la religión, porque la Virgen, los santos, los ángeles, arcángeles y querubines, la voluntad de Dios, en fin, fue siempre propicia a Chile. Además, la "Estrella Solitaria del Pacífico", obra del Hacedor Supremo, protegía el destino de la Patria Chilena. El templo de la Gracitidad Nacional, fue consagrado a la Virgen del Carmen como la "Patrona de los Ejércitos" por haberlos conducido a la victoria. A esa misma Virgen los Padres de la Patria, lograda la independencia después de la batalla de Maipo, prometieron levantar otro templo, el Votivo Nacional. El Diablo fue el responsable de las malas aventuras nacionales. Los desastres, las catástrofes, las causaba su cola. A diferencia de lo ocurrido en otros países hispanoamericanos, donde la Patria se identificó con el caudillo militar o civil, mostrándolos como paradigma de las virtudes ciudadanas, encarnando ellos el patriotismo, estas incitaciones hacia las individualidades no alcanzaron en Chile ninguna resonancia. Cuando se recurrió a ellas fue como ejemplo legendario, como expresión de heroísmo, como significado de fuerza moral para alentar las voluntades en las grandes jornadas del triunfo, o en las horas de la adversidad. Representaban la idea de la independencia, la imagen de la libertad, la dignidad del chileno. Esas individualidades se llamaban Lautaro, Caupolicán, Colocolo, Fresia, Teguvalda y los otros héroes araucanos. Ejemplarizaban conducta cívica, deberes de hombre, voluntad de lucha. Rara vez los héroes de la independencia fueron evocados en este mismo sentido. Manuel Rodríguez fue la excepción. En la admiración de todas las clases sociales, su nombre significó la audacia, la impavidez ante el peligro, el patriotismo ardiente del chileno. La chilenidad era él. Ni O'Higgins, ni Carrera, ni Freire, ni Blanco Encalada ni Bulnes, ninguno de los héroes de la independencia, encarnó la nacionalidad. Eran héroes llenos de laureles. Tampoco ni Infante, ni Portales, ni Montt, ni Varas, ni Santa María, ni Balmaceda, entre los civiles, mereció semejante identidad. Si no fueron héroes, fueron los grandes estadistas constructores de un país. Es que la Patria para el chileno era la entidad moral contenida en el territorio geográfico. La entendió organizada en la ley, institucionalizada en el derecho, organizada o estructurada en la justicia. El personalismo le era ingrato, contrario a sus sentimientos de decoro y hombría. Nada aclara mejor la raíz del patriotismo nacional que lo que vamos a referir. "Después de las batallas de Lima, recorría Lynch el hospital de sangre en compañía del almirante francés Du Petit Thouars, —cuenta Gonzalo Bulnes— quien no podía comprender el resultado, recordando la opinión que había emitido a la vista de las fortificaciones. Lynch se ofreció para explicárselo. Se acercó a dos heridos peruanos y junto con dirigirles palabras consoladoras, les preguntó separadamente: ¿Y para qué Ud. tomó parte en estas batallas? Yo, le contestó uno: "por don Nicolás"; el otro, "por don Miguel". Don Nicolás era Piérola; don Miguel, el coronel Iglesias. Dirigió después la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno y ambos le respondieron con profunda extrañeza: ¡Por mi Patria, mi General! Y Lynch volviéndose a Du Petit Thouars le dijo: Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria; los otros por don Fulano de tal. A lo cual replicó el Almirante francés: Ahora comprendo. Eso era lo que había vencido; la superioridad de una historia sana y moral sobre otra convulsionada por los intereses personales. No diré —concluye Bulnes, de quien son estas palabras— que era la única causa de la derrota, pero sí que tuvo parte en ella".

El autor del epistolario que ahora publicamos era un chileno genuino de su tiempo. Participaba del sentimiento activo y ardoroso de su nacionalidad y de un patriotismo exigente como deber cívico. ¿Quién fue el autor anónimo de esta correspondencia? Sólo sabemos que se llamaba Abraham Quiroz. Era posiblemente natural de Quillota. Como voluntario se enroló en un regimiento en los primeros momentos

El personalismo no alcanzó en Chile resonancia

El autor del epistolario

en que estalló el conflicto. La instrucción militar la recibió en San Bernardo. En el Campo de Marte de Santiago, fue revista su unidad por el Ministro de la Guerra y, en seguida, partió para Antofagasta. Aquí se encontraba en septiembre de 1879. Es inútil buscar su nombre entre los soldados que hicieron las campañas de la guerra. Se le nombra. No hay más datos. Mientras tanto, el retrato moral del hombre surge muy claro de su correspondencia. Huyó de su hogar para hacer la campaña en unión, al parecer, de otros amigos que no menciona. El padre le reprendió por este acto, acaso por ser menor de edad. Quiroz, sin titubear le respondió que había ido a servir a la Patria, "que es el deber más sagrado el de defender el país donde se ha nacido". ¿De qué condición social era Quiroz? Su instrucción era sencilla. Había cursado la escuela primaria y posiblemente seguido los primeros años de las humanidades. Escribe naturalmente, con soltura. Sabe ordenar el pensamiento y lo expone con claridad. La manera de hablar, de comunicarse, revela el fondo de su espíritu. Era sensato, práctico, sincero. Poseía un fuerte espíritu de familia. La situación de su padre le preocupaba y le ayudaba con una mesada. ¿Era campesino? Nunca nombra a su madre, posiblemente fallecida. En cambio, recuerda a los hermanos. La campaña, iniciada con tanto entusiasmo, tuvo un contratiempo al enfermar. Contrajo las fiebres tercianas en las expediciones a la sierra. Desde ese momento, se nota un decaimiento en su espíritu y un deseo apenas insinuado de regresar a los lares. Se percibe que la enfermedad le maltrató la moral. Pero su ardiente patriotismo jamás cedió a los quebrantos físicos y morales. Las cartas en su sencillez son valiosas por lo que dicen de una guerra que impuso sacrificios tremendos a quienes, llevados de un vigoroso patriotismo, la sostuvieron con su esfuerzo y con el corazón lleno de entusiasmo.

Santiago, enero de 1966.

Abraham Quiroz: Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico. 1879-1884

1879

Nº 1.—San Bernardo, Julio 23 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.

Mi apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta Ud. se encuentre gozando de una completa salud; e igualmente mis hermanos y primos, yo por acá quedo bueno, a sus órdenes.

El objeto de ésta es decirle lo siguiente: hemos recibido dos cartas y en el contenido de ellas nos echa una reprensión porque nos hemos venido a servir a la Patria, que es el deber más sagrado de servir al país donde uno ha nacido y por lo tanto Ud. no se debía afligir, porque les estamos sirviendo a la Patria; desde que me vine de mi casa no he tenido nunca pensamientos de volver por donde he venido, porque sería una deshonra.

*Reprensión
por haber ve-
nido a servir
a la Patria.*

Estamos de partida, pero no sabemos si esta noche, mañana o pasado y así hágame el favor de venir a la estación; con eso, les digo adios, porque nosotros vamos seguramente a morir. Reina mucho entusiasmo entre la tropa; nadie ha titubeado abandonar al Coronel Barbosa porque es un hombre valiente y pocos hay en Chile como el Coronel que tenemos.

Partida

Sin más que esto, quedo de Ud. atento y seguro servidor.

ABRAHAM QUIROZ

Me olvidaba decirle que Ud. pone en su carta que aquí se padece mucho. No es cierto. El soldado que entra a servir a su patria no debe pensar en lo que se padece, porque aquí no hay favores. Se levanta a las cinco de la mañana, a las diez almuerzo, a las 4 se come y se acuesta a las 7 y media de la noche. Todos se hacen a estas costumbres.

*No se debe
pensar en
lo que se pa-
dece*

Nº 2.—San Bernardo, septiembre 3 de 1879.

Señor Don Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Deseo que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa felicidad Ud. y mis hermanos; yo por acá quedo como siempre bueno, solo con el deseo de verlo.

El objeto de ésta, mi padre, es saber de Ud. y de mis hermanos, yo no tengo espe-

Temor de morir no tengo por defender la honra de la Patria

ranza de salir, porque muy luego vamos a partir al Norte. Estamos esperando de un momento a otro, y hoy casualmente íbamos a partir. Ahora ya no se sabe cuando. Mesada no he querido dejarle. El motivo es que una vez estando en el Norte no la dan en el primer mes, porque dicen que uno ha muerto. Lo que mejor he pensado, es mandarle de allá un giro postal. Por eso, quiero que siempre me anuncie adonde se encuentra. Ahora, por lo presente, no puedo mandarle nada. El sueldo es muy poco y lo he empleado todo en ropa. Temor de morir no tengo por defender la honra de nuestra querida Patria. A más de esto, estamos confesados y comulgados. Aquí no lo paso mal; lo único es que no nos dan puerta franca.

Tenemos el estandarte de colores nacionales. Es lo mismo que la bandera nuestra, con la diferencia de que en lugar de estrella tiene un hermoso escudo y arriba con la inscripción en letras de oro, tiene "Dios y Patria" y abajo "Cazadores del Desierto".

Sin más que esto de Ud. su hijo,

ABRAHAM QUIROZ

Muchas expresiones a todos mis parientes y demás conocidos, principalmente a mi primo Pascual, que tengo muchas ganas de verlos.

Nº 3.—San Bernardo, septiembre 8 de 1879.

Señor Don Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Es en mi poder la muy apreciada suya, fecha 5 del presente en la que he tenido el mayor gusto de saber de Ud., como igualmente de mis hermanos. Yo quedo bueno. Respecto de las mesadas de ninguna manera le conviene, porque tiene que venir las a buscar a Santiago y otra que ya las han repartido hace más de un mes. Si es que pueda dejarle, le dejo.

Marcha a Santiago. El Campo de Marte

El sábado con mochila a la espalda marchamos a Santiago, como a las diez de la mañana y nos dirigimos al Campo de Marte, donde hicimos un largo ejercicio desde la una hasta las cinco de la tarde. Desde ahí, nos dirigimos a la Artillería a cambiar los Remington por los nuevos fusiles Gross de bayoneta espadín. Concluidos, nos marchamos a San Bernardo sin más novedad. Se me había olvidado decirle que, lo hicimos a presencia de don Domingo Santa María, el Coronel don Cornelio Saavedra y los Jefes y Oficiales del "Esmeralda" y "Valdivia". Ayer domingo tuvimos un simulacro de ataque con la Brigada "Maipú" que estaba atrincherada en la estación. Nosotros, divididos en dos partes, los atacamos; la avanzada tiró cinco tiros y se tocó a la carga. Los Cívicos se desbandaron y se fueron a hacer fuertes a la Plaza de Armas, donde hubo un choque terrible. A bayonetazos salieron algunos todos rasguñados y uno de los Cívicos fue muerto. A un Subteniente le hicimos pedazos la espada. Me parece que no volverán a hacer la misma cosa. Se dice que nos iremos para Santiago, sin más que esto queda de Ud. atento y S. S.

Simulacros de combate que son combates

Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 4.—Antofagasta, septiembre 30 de 1879.

Señor Don Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud como igualmente nuestros hermanos, yo quedo bueno y a sus órdenes.

El objeto de ésta es para que sepa que hemos llegado buenos, salimos de San Bernardo a las ocho de la noche y salimos de Santiago a las diez en el tren nocturno y por esto paramos en todas las estaciones. Yo pensé que se hubiese encontrado cuando pasamos por Quillota donde nos estaba esperando la banda del "Lautaro". Por una casualidad vi en la estación a Heive y no me acordé de mandarle la papeleta de la mesada; llegamos a Valparaíso a las seis y media. El tren llegó hasta la estación del puerto, y nos embarcamos en el momento en el transporte "Limari". Estando en el vapor vi otra vez a Heive, y con él le mandé la papeleta a quien le doy las gracias por la molestia que se ha tomado.

Salimos de Valparaíso en la misma tarde acompañados por nueve vapores entre los que figuraba el "Almirante Cochrane" y la Corbeta "O'Higgins". En la navegación no tuvimos novedad en alta mar, llegando a Caldera el martes por la mañana, de donde salimos costeando, llegando a Antofagasta el jueves a mediodía. No nos pudimos desembarcar por la braveza del mar y sólo al otro día por la mañana en el muelle nos esperaban tres bandas de música, y fuimos acompañados de la banda de los Navales hasta el Cuartel que se nos tenía preparado. Sin más novedad. En cuanto al clima no lo he encontrado ni tan frío ni tan caluroso, no he extrañado ni siquiera el agua, pues la encuentro mucho más dulce. El rancho es mucho mejor. Tenemos un pan y un jarro de café por la mañana. A las diez el almuerzo y a las cuatro la comida. Ejercicios no tenemos más que por la mañana y en seguida puerta franca y en la tarde nos vamos a bañar sin más novedad.

Con esto se despide su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Me hace el favor de contestarme para saber de Ud. y de todos mis hermanos.

Nº 5.—Antofagasta, octubre 5 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa y cabal salud, que yo por acá quedo bueno.

Voy a escribirle con el profundo sentimiento de que ya Ud. no va a recibir tan luego noticias de nosotros, porque mañana marchamos para el interior, quizás para Chiu-Chiu y tal vez por los días que se demoraran las cartas en llegar. Por esto, le pido que me conteste tan pronto como reciba las cartas. Hace pocos días que le escribí una carta, quizá Ud. la habrá recibido ahora y no tiene necesidad de gastar sello. De la escuadra no se sabe nada; aquí se encuentran los Batallones siguientes: el Buin, el Segundo, Tercero y Cuarto, los Navales, el Bulnes, el Valparaíso, Granaderos y Cazadores, Artillería y nosotros que vamos a partir. El Regimiento Esmeralda partió hace pocos días para Carmen Alto. El Chacabuco está en Mejillones. A sus órdenes, atento S. S., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Sírvase darle memorias a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí.

Nº 6.—Calama, octubre 22 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una

*Embarque
para Santia-
go*

*En Valparai-
so*

*Salida de
Valparaíso.
Caldera. An-
tofagasta*

*Hacia el in-
terior de
Chiu-Chiu*

*La Escuadra.
Batallones en
Antofagasta*

completa salud Ud. y mis hermanos. Yo por acá quedo bueno, solo con el deseo de verlos.

*Lo que es
Calama*

Por el contenido de mis cartas anteriores Ud. se habrá enterado de nuestra marcha, que fue bastante penosa. Ahora entraré a darle un pequeño detalle de lo que es actualmente Calama. Esta se encuentra situada en un gran valle cerrado por los dos lados por cerros y bañada por el río Loa. La Cordillera se encuentra como a 9 leguas de distancia y se divisa un volcán de donde le entra el agua salada y la descompone poniéndola salobre. Al lado Norte, se dirige un camino que va a dar a las ricas minas del Inca. Antes de llegar al camino del cerro, y como a una legua de la población, se pone una avanzada, el otro camino que viene del Sur es el que tiene que pasar por el puente donde se pone el destacamento y no se deja pasar a nadie sin pasaporte.

*Fuerzas en
Calama*

Las casas parecen ramadas y no tiene forma las pocas que quedaron paradas cuando tuvo lugar el combate. Casi todas quedaron demolidas. Aquí no se encuentran más fuerzas que nosotros. Las Compañías de la Brigada de Marina partieron para Tocopilla; y la Compañía de Bulnes, partió para Antofagasta. El General Campero se sabe que está con tres mil hombres, pero se encuentra como a 90 leguas de aquí.

Me hace el favor de escribirme cada 6 u 8 días, porque si se pone a esperar la contestación se demora como 18 días.

Sin más que esto quedo a sus órdenes atento y S. S., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Muchas expresiones a mis hermanos y demás conocidos.

Nº 7.—Calama, noviembre 15 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud Ud. y mis hermanos, yo quedo bueno a sus órdenes.

Me es sumamente extraño de que Ud. no me haya contestado mis cartas fechadas a 18 de octubre, siendo de que otros han recibido cartas con fecha 6 del presente. Una carta cuando más se puede demorar 12 días. Ud. las habrá recibido como el 30 del mes pasado.

*La toma de
Pisagua*

Aquí fue recibida con mucho entusiasmo la toma de Pisagua por nuestras fuerzas, siendo los héroes de la jornada los Batallones "Atacama" y "Zapadores", los cuales supieron dar una buena lección a nuestros enemigos, desalojándolos de sus formidables trincheras. Atendida la situación y el número de nuestros enemigos, la victoria ganada por Chile es una de las espléndidas y decisivas. Dentro de pocos días más, sabremos la toma de Iquique y la Noria.

*Situación ge-
neral de la
campana*

Se corre el rumor de que nosotros vamos a marchar primeramente a Antofagasta y de ahí iremos a reforzar las fuerzas expedicionarias a los puertos del Perú; de aquí se hizo una expedición al interior, pero sin provecho ninguno alcanzando hasta Santa Bárbara, distante de aquí como 30 leguas. El telégrafo está al servicio del público como 15 días, así es que supimos anticipadamente la noticia de la toma de Pisagua, y así seguiremos recibiendo noticias tanto de Santiago como de nuestro valiente Ejército. Por este lado, no tenemos esperanza de combatir, porque el enemigo se encuentra situado en Canchas Blancas, distante de aquí como 100 leguas.

En lo montado, se anda en 10 días y a pie en el doble; se dice que son 5.000 bolivianos los que obedecen al General Camperos.

Pero no se animan a avanzar ni siquiera a Santa Bárbara. San Pedro está ocupado por los Cazadores de Atacama, y no fueron capaces de hacerles frente a siete Cazadores a Caballo cuando les tomaron los 85 bueyes. Ninguno de ellos hubiera llegado aquí siendo que los persiguieron 25 de los Colorados de Daza y 40 de Infantería con buen armamento. Salió solamente herido uno de los paisanos, pero levemente. Queda probado así el valor de nuestros contrarios. Aquí llegaron 100 hombres de Granaderos a Caballos.

Queda de Ud. a sus órdenes, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 8.—Calama, diciembre 1º de 1879.

Señor Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de completa salud, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno a sus órdenes.

Recibí su apreciable suya fecha 16 del pasado, en que tuve mucho gusto saber de Ud. y mis hermanos.

Nosotros vamos a marchar para el Perú, no sabemos si esta noche o mañana, así es que tenemos que atravesar de nuevo el desierto, tampoco sabemos si nos iremos a embarcar en Antofagasta o en Tocopilla.

Aquí no hay nada de nuevo. Hemos sabido del Combate de aguas Dolores, en que 6.000 chilenos hicieron arrancar a 11.000 aliados. Posteriormente, se supo que se había rendido Iquique sin resistencia y también se había rendido la Pilcomayo con 170 hombres de tripulación.

Sin más que esto quedo de Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Cuando me conteste dirija la carta a la 4ª Compañía.

Nº 9.—Calama, diciembre 8 de 1879.

Señor don Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, y demás de la familia. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

El objeto de ésta es decirle, que recibí su muy apreciable carta fecha 25 de noviembre último, por la cual tuve el mayor gusto de saber que estaba bueno como igualmente mis hermanos. Yo quedo bueno solo con el gran deseo de verlos, lo que se cumplirá si Dios nos concede vida y salud para volver a nuestra Patria que tan distante está.

Aquí ha habido mucha alarma con motivo de que en días pasados, cuando llegó el parte de que había habido un Combate en Tarapacá de 2.500 chilenos, con 6.000 aliados, los que obligaron a retirarse a los nuestros con grandes pérdidas, y que habiéndoles llegado un nuevo refuerzo los peruanos se retiraron en desesperada fuga hacia Arica. Ese mismo día llegó un propio anunciando de que había llegado a Chiu-Chiu una partida boliviana. Que había apresado al Subdelegado y a todos

Los bolivianos no avanzan

Hacia el Perú

*Combate de Dolores.
Otros hechos*

La Patria distante

Batalla de Tarapacá

Partida boliviana. En Chiu-Chiu

los chilenos que se encontraba ahí y que habían muerto a uno. Esa misma noche se hicieron salir a todas las Compañías pensando que se dejarían caer aquí; pero sucedió lo contrario, pues se dirigieron a Atacama donde hay una partida de Granaderos de 25 hombres, de aquí salieron todos los demás que quedaban al mando de su Capitán, y divisaron al enemigo. El Capitán no quiso atarcarlos, diciendo que era una simple polvareda.

Otros movimientos militares

A pesar de lo que aseguraba el Capitán y todos se volvieron para esta plaza y perdió una ocasión de atarcarlos con ventaja, pues andaban montados en mulas y burros, y los nuestros en buenos caballos y se asegura que los 25 Granaderos que había en Atacama fueron atacados por los bolivianos y que habían librado solo tres. De Caracoles se sabe que habían marchado dos Compañías del Batallón Cívico con dirección a Atacama. También se anunció que nos vienen refuerzos de Antofagasta, porque Campero viene con 5.000 hombres. Yo lo creo imposible, porque los lugares que tiene que atravesar son muy estériles y sólo pueden hacerlos en pequeñas partidas. Con todo, hay que estar prevenido; nosotros los esperamos con grandes deseos.

Sin más, reciba un grande recuerdo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 10.—Calama, diciembre 13 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de la presente se halle gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos. Yo acá bueno y a sus órdenes.

Recibí su muy apreciable suya, fecha 19 del corriente, por la cual he tenido el mayor gusto saber que Ud. se encuentra bueno, como finalmente saber de mis abuelitas y hermanos.

El montonero Carrasco

Por aquí siempre se cree que Carrasco, el montonero que atacó en Atacama a los 25 Granaderos se encuentra en una quebrada escondido y a eso salió la expedición; los Granaderos se encuentran en Chiu-Chiu. Se han tomado tres espías bolivianos, pero todavía no se ha podido sacar nada; sin más que esto, quedo a sus órdenes, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 11.—Calama, diciembre 21 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de la presente se halle gozando de buena salud, como también mis hermanos y demás familia. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Días tediosos

El objeto de ésta es contestarle su apreciable nota, fecha 10 del presente, en que tuve el mayor gusto de saber de Ud. como igualmente de mis hermanos. Yo aquí sigo contando los días que me parecen tan largos, hasta que llega un nuevo correo que me viene a sacar de mi letargo. Debo advertirle que el último correo que llegó y trajo su apreciable carta, venía con cinco días de atraso. Ud. dispensará de que

la contesta no llegue tan a tiempo; también le digo que la expedición que salió para Atacama ha llegado a su destino, pero con tantas penalidades que no se pueden comparar con lo que sufrimos en nuestra marcha de Carmen Alto aquí.

También se ha sabido que se han echado de menos algunos soldados, porque aquí han llegado como 13 soldados que han perdido en el camino.

También se dice que Carrasco el montonero, que estaba en Toconao se había retirado para el interior.

Noticias del Ejército no sé ninguna. Lo único que sé es que había estallado una revolución en La Paz, y que había tomado el mando del Gobierno Núñez del Prado; por esta razón todos los Jefes bolivianos tal vez se vayan para el interior, porque cada uno aspira a la Presidencia. Campero que está más cercano a nosotros se irá a La Paz y también Daza a recuperar la Presidencia.

Sin más que esto lo saluda su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

*Expedición
para Ataca-
ma*

*Noticias del
Ejército. Re-
volución en
La Paz*

Nº 12.—Calama, diciembre 29 de 1879.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, y finalmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes, por la gracia de la Providencia.

Recibí su muy apreciada suya fecha 12 del presente en que tuve el mayor gusto saber de Ud. y mis hermanos. Ahora paso en decirle que por aquí no hay nada de nuevo más que un Combate en Agua Santa de 180 Cazadores a Caballos y otros tantos bolivianos, en donde salieron triunfantes los nuestros.

Se corre la voz de que nosotros vamos también a partir para el Perú, pero todavía no se sabe de cierto. Con ese nuevo refuerzo que dice Ud. vienen del Sur en que sube a 4.000 hombres, tendrán que verse mucho más apurados los peruanos. Le anuncio también de que yo le he escrito cuatro cartas y supongo de que Ud. las habrá recibido. En cuanto a la mesada, me es muy extraño de que no las hayan pagado. Nosotros reclamaremos por eso.

Sin más que esto, quedo de Ud. su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

*Combate de
Agua Santa*

*Refuerzos del
sur de Chile*

1880

Nº 13.—Calama, enero 18 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos, yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Recibí su muy apreciable suya fecha 4 del presente, en que tuve el mayor gusto de saber de Ud. y que se encuentre bien. Mi salud siempre sigue buena, y por esto le doy gracias a Dios que ha tenido la gran felicidad de conservarme con la salud perfectamente.

Fuga del Presidente del Perú a Europa. El Presidente Daza. Piérola

Por partes recibidos hemos sabido todo lo que Ud. me mandó decir en su carta; que Prado se fugó a Europa y Daza se encuentra a bordo de un buque mercante; que la revolución la encabezó Piérola en Lima, proclamándose Dictador y que atacó a La Cotería con los batallones de la guardia peruana N^o 8 y otro batallón cuyo nombre no recuerdo, y que hubo muchos muertos y heridos. También se supo la toma del puerto de Ilo sin resistencia y la ciudad de Moquegua, por cuyo motivo hubo aquí una salva de 21 cañonazos.

Toma del puerto de Ilo y de Moquegua

Padre: de cuanto Ud. me manda decir de Emilio Ramírez, no sé nada, porque él es de la 2^a Compañía y parece que salió en la primera expedición a Atacama. Hace como seis días que salió otra parte del Batallón para Chiu-Chiu, quedando aquí solamente la 4^a Compañía y todos los enfermos. Nosotros esperamos otro Batallón que nos releve, pero me parece que no llegará nunca.

Hágame el favor de mandarme los diarios más nuevos, porque todos estos que me mandó los he visto.

Sin más que esto, quedo de Ud. su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Frutas de Atacama

Le voy a dar ahora un pequeño detalle de las frutas que se traen de Atacama. Las peras son del porte de un durazno de la Virgen, con poca diferencia y se dan una docena por 10 centavos. Las brevas son del porte de los higos de por allá pero muy dulces y se venden a 20 centavos la docena. También he visto damascos pero muy chicos y no los he probado. No sé de la demás fruta que pueda producir este suelo calichoso. En Calama, no se da más que el maíz y la alfalfa. Del maíz se mantienen los cholos. Las cholas aquí son tan extravagantes. Yo no les hallo comparación. Se visten con unos vestidos cortos de bayeta de todos los colores de su bandera, como sigue: verde, colorado y otros muchos con pliegues hasta las rodillas. Sus cuerpos no tienen nada de elegantes, pues aunque se vistan como las gentes, siempre parecen gallinas cluecas.

Los cholos

N^o 14.—Antofagasta, febrero 5 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de la presente se encuentre bueno, igualmente mis hermanos, y yo por acá quedo bueno a sus órdenes.

Recibí su muy apreciable suya fecha 18 del pasado, por la cual tuve gusto saber de Ud. y de mis hermanos.

A Ud. le extrañará de que no le hubiese contestado su carta, pues que la recibí cuando veníamos en marcha, es decir, en Agua Salada, y ésta se encuentra a dos jornadas de Calama.

Relación de la marcha de Calama a Agua Salada

Voy a hacerle ahora una pequeña relación de nuestra marcha. Repentinamente recibimos un parte en que nos venía a relevar el Melipilla, y como a los dos días, llegó dicha fuerza por la mañana, es decir, el 7 de enero. Nosotros estábamos que no cabíamos de gusto; después de almorzar abandonamos a Calama, pero no fue cierto. Nos llevaron a acampar al lado O. de dicho pueblo, y al otro día salimos de Calama dirigiéndonos al camino con el corazón lleno de gusto. En la noche nos hicieron subir en carretas y fuimos a amanecer al alto de la cuesta. De aquí nos fuimos a pie hasta Agua Salada donde llegamos como a las tres de la tarde preparándonos un excelente rancho: cazuela de cordero y café mejor que el que habíamos comido en Caracoles. Después de descansar toda la tarde, salimos en la

noche en derechura a Punta Negra, dejando atrás a Caracoles, llegando al otro día como a las 10 A. M. Aquí también tuvimos el rancho lo mismo que en Agua Salada; descansamos todo el día y en la noche salimos para Carmen Alto, donde llegamos por la mañana. Después de almorzar salimos en la locomotora como a las once y media, llegando a Antofagasta a las cinco de la tarde, donde pasamos una vida regaladísima.

*Hacia el
Carmen Alto*

Antofagasta

A nosotros nos dicen que nos llevaron al terreno de la guerra. Sin más por ahora se despide su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Llegamos aquí el 30 de enero del 80.

Nº 15.—Antofagasta, febrero 9 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de esta lo encuentre gozando de una completa salud; como igualmente mis hermanos; yo quedo bueno a sus órdenes.

*En visperas
de salir ha-
cia el norte*

Recibí su muy apreciable de Ud. fecha 2 del presente, en que tuve el mayor gusto de saber de Ud. Nosotros nos encontramos en visperas de salir más al Norte. Se dice que el martes saldremos juntos con los Granaderos y el Colchagua. El Aconcagua quedará aquí cubriendo guardia. Sólo se espera que llegue algún transporte.

De noticias de nuestros Ejércitos no se sabe nada. Quedo de Ud. atento y S. S. su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Sírvase darle muchas memorias a todos mis parientes y demás conocidos que pregunten por mí.

Nº 16.—Iquique, febrero 20 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Sin más tiempo que el necesario para escribirle estas líneas, saludo a Ud. y mis hermanos deseándoles una completa salud y felicidad. En contestación a la suya no tengo más que contestarle y anunciarle lo siguiente:

El 12 del presente mes salimos de Antofagasta en el transporte de guerra "Angamos" y al otro día desembarcamos en este puerto, como a las 2 de la tarde. Aquí lo pasamos bien lo mismo que en Antofagasta. El "Angamos" es un transporte bastante veloz y su artillería es de la mejor. Sólo tiene un cañón a proa en medio del buque. El proyectil es de a 150 libras y se carga por la culata.

*Salida de
Antofagasta
para Iquique
El transporte
"Angamos"*

Iquique es un puerto de aspecto bastante regular. En la plaza hay como una especie de torre y tiene relojes por las cuatro caras, lo que es bastante agradable a la vista. También hay un pequeño islote separado de tierra como por 4 ó 6 cuerdas. Aquí está situado el faro. Este islote se encuentra un poco al Sur.

Iquique

También le anuncio que la mesada la aumenté a 8 pesos y que le servirá para alguna cosa. Mándeme si puede sierras y los diarios más nuevos para leerlos.

Sin más por ahora, le desea su mejor salud su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 17.—Campamento de Dolores, marzo 4 de 1880

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Tengo el gusto de saludarlo a Ud., e igualmente a mis hermanos, deseándoles una completa salud y felicidades. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Me es sumamente extraño el no haber recibido contestación a mi carta que le dirigí desde Iquique con fecha 18 del pasado. Van transcurridos como 13 días, o no la ha recibido, o Ud. no la ha contestado. Me sería sumamente satisfactorio de que al momento de recibir mis cartas pudiese contestarlas.

Al Alto de Molle

El 28 del pasado abandonamos a Iquique en la máquina que debía conducirnos al interior, después de haber subido un enorme cerro llegamos al Alto de Molle, y pasamos sucesivamente por Santa Rosa y San Juan la Central. De aquí tomamos otra línea, es decir, la que debía conducirnos a Pozo Almonte. La otra sigue para La Noria. Llegamos a Pozo Almonte y nos desembarcamos. Estuvimos acampados todo el resto del día y como a las ocho de la noche nos embarcamos de nuevo para la Oficina de la Peña, término del ferrocarril. Estuvimos ahí hasta el otro día en la tarde, y salimos con todo nuestro equipo, teniendo que hacer una jornada como de ocho a diez leguas. Seguimos por un desecho, y al otro día, aclarando, avistamos a Agua Santa. Grande fue nuestro júbilo al pensar que ya no íbamos a andar más a pie. Pero como a las dos horas de estar descansando, seguimos nuestra marcha, no para Agua Santa (de donde nos mandaron un tonel de agua) sino para la Estación de Deleujo; al otro día, llegaron a nuestro campamento los batallones "Caupolicán" y "Chillán" y a los tres días de permanencia de ese punto salimos el 29 en la noche para este campamento.

Pozo Almonte

Agua Santa

Santa Catalina

Accidente desgraciado

Al amanecer, llegamos a Santa Catalina y después de dos horas de descanso salimos para Dolores, de donde nos separaba como dos leguas donde permanecemos. Me olvidaba decirle que en la noche en que llegaron los demás batallones, ocurrió un accidente desgraciado. Los tres salieron de avanzada y el batallón que estaba más cercano a la línea era el "Caupolicán" en seguida el "Chillán" y después nosotros. La máquina había venido con dos o tres carros a dejarnos agua y demás provisiones. El centinela más avanzado del "Caupolicán" sintió un ruido y pensando que era de la caballería enemiga, preguntó el quién vive y no respondiéndole, hizo fuego. Es de advertir que la máquina venía sin farol y no silbó. Los tiros del centinela pusieron en alarma a todo el campamento. Los del "Chillán" que estaban en una altura hicieron fuego sin rumbo, y nosotros formamos, saliendo herido un palanquero que murió al otro día, un sargento 1º y un soldado del "Caupolicán". Cuando pasamos por Agua Santa todavía quedaban señas del combate de nuestros "Cazadores"; los cuerpos estaban por encima tapados con un poco de tierra, lo mismo de aquí, se encuentran por todas partes.

Muchos son los deseos que tengo de verlos, pero mientras no demos fin a la guerra, no podremos hacerlo, porque se corre el rumor que se han tomado Arica. Sin más que esto, lo saluda su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 18.—Campamento de Dolores, marzo 9 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Es en mi poder la muy apreciable suya fecha de 1º del presente,

en la que tuve el mayor gusto de saber de Ud., como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Por sus cartas he venido a informarme de que el aumento de las mesadas no las han pagado. Las listas las mandaron de Iquique.

Sobre noticias de la guerra, solo se corren algunas "bolas". Arica está bombardeada y el Ejército se dice que ha desembarcado en Ilo y ha llegado hasta Moquegua.

Me le dará memorias a todos mis parientes y demás conocidos, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 19.—Campamento de Dolores, marzo 20 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: El objeto de ésta es mandarle la papeleta de aumento de la mesada, es decir, que ahora va a recibir ocho pesos, con lo que tendrá mejor para suplir las circunstancias. Me hará también el favor de mandarme dentro de su carta algún billetito que no le hará mucha falta.

Noticias del Ejército: se sabe que desembarcaron en Ilo sin resistencia y nada más.

Del combate del "Huáscar" en Arica poco se sabe y solo que ha muerto el Comandante Thompson y un aspirante y varios soldados; la "Magallanes" no tuvo más que un herido.

Ante de ayer pasó para San Francisco el batallón Concepción.

Saluda a Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 20.—Dolores, marzo 23 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí la muy apreciable carta fecha 12 del presente, en que tuve el mayor gusto de saber de Ud., como también de mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

En contestación le diré que la papeleta de la mesada se la mandé en mi anterior y también le mandé decir que no se olviden de los diarios que le mando pedir y algunas otras cosas que por aquí son bastante escasas y caras. Todo es mucho más caro que en Calama, y no sé nada si por aquí nos pagarán.

Sin más por ahora saludo a Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 21.—Dolores, abril 6 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí su muy estimada de Ud. fecha 24 del pasado, en la que tuve mucho gusto saber de su importante salud, como también de mis hermanos. Yo quedo bueno y a sus órdenes.

En mis anteriores, le he mandado pedir diarios y nuevamente se los suplico para que no se le vayan a olvidar. En cuanto a la venida de mi abuelita estoy muy contento de ello, y le dará muchas expresiones, y a la familia de mi primo Pascual, a mi tía Cruz y Ud. el más afectuoso saludo de éste su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 22.—Dolores, abril 9 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Recibí la estimada de Ud. fecha 29 del pasado, por la cual tuve el mayor gusto saber de Ud., como finalmente de mis hermanos. Yo quedo bueno y a sus órdenes.

En contestación a la suya, le diré que he recibido lo que me ha mandado, de lo que estoy muy agradecido. En cuanto a la papeleta de la mesada ya se la mandé en otra carta y supongo la habrá recibido.

A nosotros se dice que nos van a sacar para Ilo con el "Valdivia". Sin más por ahora, se despide su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 23.—Dolores, abril 19 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud; como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno.

El objeto de ésta es decirle que no he recibido ninguna carta, sino un paquete conteniendo seis de tabaco y papel. Cartas no he recibido ninguna, por lo que creo difícil que Ud. no haya contestado la mía de fecha 20 del pasado en que le mandé la papeleta de aumento de la mesada y por las cosas que Ud. me mandó supongo la habrá recibido. Es mi único deseo saber de Ud. y que Ud. sepa de mí sobre este particular.

Nosotros no sabemos cuándo nos moverán. Hace pocos días el General Villagrán pasó revista a todos los Cuerpos de esta línea. Antes había tenido lugar la consagración del monumento destinado a recordar los héroes de Dolores. Asistió todo el Estado Mayor, los Comandantes de casi todos los Cuerpos y nosotros todos formados y una batería de Artillería, hizo los honores al enterrar los restos del doctor Argomedo; después se fueron a comer donde los brinde, y así siguieron como hasta las diez de la noche.

Se despide su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 24.—Dolores, abril 21 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Recibí la muy estimada de Ud. fecha 8 del presente, en que tuve sumo gusto al saber de Ud., como también de mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

En contestación a la suya le diré que he recibido lo que Ud. mandó hace como tres días y la carta me vino a llegar ahora no más y no sé cómo sea esto, si la carta la han retenido en alguna oficina o Ud. la ha mandado después. No hallo cómo darme cuenta de esto, porque yo no le he escrito ninguna carta fecha 23.

Sin más por ahora lo saluda su hijo que verlo desea.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 25.—Dolores, abril 28 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí sus apreciables cartas fechadas el 12 y el 18 del presente, en que tuve el mayor contento al saber de Ud. como igualmente de mis hermanos que se encuentren buenos. Yo por acá quedo bueno.

En contestación a la suya, le diré que he recibido todo lo que Ud. se ha servido mandarme de lo que estoy muy agradecido y contento y al mismo tiempo también porque Ud. recibió la papeleta, y ahora me hace el favor de mandarme papel, cierros y plumas de que no tengo nada.

Se han embarcado para el Norte el 29 "Atacama", "Chillán" y "Caupolicán" y a nosotros nos han dejado atrás. Creo que luego partiremos.

Sin más que esto, le dará muchos recuerdos a mis parientes y demás conocidos que pregunten por mí. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 26.—Ite, mayo 20 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Es en mi poder la muy apreciada suya fecha 26 del presente. Tuve el mayor gusto al saber de Ud. y que se encuentra bueno como también mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

En contestación a la suya le diré que la papeleta de la mesada ni yo mismo sé cómo se pagará. Reciba lo que le den, porque así debe ser.

Pasaré a decirle algo sobre el viaje de nosotros. El 3 de mayo, salimos de Dolores en la tarde y caminamos toda la noche. Llegamos a Pisagua al otro día como a las 9 y nos embarcaron en el "Itata". A bordo se encontraba el "Caupolicán". Salimos ese día y llegamos a esta Caleta al otro día. El mar estaba muy bravo, y no pudimos desembarcar; seguimos para Ilo y desembarcaron el "Caupolicán". Al otro día, salimos para acá y pudimos desembarcar. En tierra se encontraba el "Chillán", "Zapadores", "Cazadores", "Carabineros" y "Granaderos". Todos han salido para el interior, menos nosotros. Saldremos ahora o mañana.

Quedo de Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Le advierto que he recibido 4 diarios y 6 paquetes de tabacos y nada más.

Nº 27.—Tacna, junio 14 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí su muy apreciable suya de fecha 12 del pasado, en que tuve el mayor gusto saber de Ud. que se encuentra bueno, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno.

El objeto de ésta es narrarle lo acontecido después de mi última carta fecha de Ite, el 23 del pasado.

El curso de un viaje

*Los restos del
Ministro de
la Guerra,
Rafael Soto-
mayor*

Por la mañana, llegaba a esa caleta el Jefe del Estado Mayor General acompañando los restos del señor Sotomayor. Inmediatamente nos alistamos para marchar a las dos de la tarde. En efecto, como a esa hora dejamos la caleta para reunirnos a la vanguardia. Anduvimos toda la noche y al otro día 24 como a las dos de la tarde, llegamos a Yara, habiendo recorrido una extensión como de 13 a 14 leguas. Al otro día 25, estábamos de nuevo listos para partir a combatir a Tacna. Desde por la mañana comenzaron a desfilar los Cuerpos de la vanguardia y con ellos también nosotros. Quedan de reserva el "Buin", el 39, el 49 y el "Bulnes", y otros Cuerpos más, así es que daba gusto mirar para atrás o para adelante el lindo espectáculo de nuestras tropas y en especial la Artillería y Caballería desplegando al viento sus banderas. Al subir un cerro, se divisó una avanzada enemiga pero huyó. En la noche, nos perdimos y por casualidad dimos con el camino.

*Batalla de
Tacna. 26 de
mayo de 1880*

Y llegando donde estaban los Cuerpos que venían adelante, nos encontramos a una distancia de legua y media a dos, y nos acostamos a dormir. Al otro día, el trueno del cañón nos despertó. Luego se tocó diana con música y los vivas atronaron los aires; después nos pusimos en marcha tocándonos a nosotros el ala izquierda. El fuego del cañón continuaba dispersando las avanzadas enemigas. Como a las once y cuarto de la mañana, se rompió el fuego de fusilería por el ala derecha y un viva atronador se sintió, prolongándose por mucho rato.

El fuego era tan nutrido que más bien parecía redoble de tambores. Fueron entrando en combate como por la conversión a la derecha Cuerpo por Cuerpo, hasta que nos tocó el turno. Apenas se rompió el fuego la guerrilla en que yo iba, que estaba en este momento a retaguardia del Batallón, nos corrimos a la izquierda para tomar el ala de éste, cuando cayó una granada como a distancia de 20 pasos. Casualmente, no hizo daño ninguno y desde este momento se tupió el fuego. La derecha de los cholos nos sobrepasó y como a la media hora entró por la izquierda de nosotros el 29 batallón "Lautaro", o si no los cholos nos habían tomado entre dos fuegos. Los cholos venían avanzando, pero luego cuando nosotros avanzamos, comenzaron a hacer fuego en retirada y ya nos encontrábamos bajo las baterías del fuerte que estaba armado de 6 cañones y ametralladoras. Los cañones eran Krup de montaña, y el fuerte estaba hecho de sacos de arena. La primera fila de abajo era de sacos, disminuyendo para arriba. Por eso nuestros cañones ni los movían, no había siquiera señas de hacerles algo. Cuando nos acercamos los cholos arrancaron como cuando salen ratones de las cuevas. Entonces fue cuando cayeron más y ahí se tomaron doce banderas, y en seguida pasada una lomita, una batería de artillería, hizo unos cuantos disparos a las guerrillas que volaban y a los leones que se iban escondiendo. En la tarde bajamos al valle, pero no entramos adentro de la población. En estos días se supo la toma de Arica.

Los muertos a mi cálculo serán como de 5.000 de ambas partes. En mi Compañía no ha muerto ninguno, pero han salido como 15 heridos, entre ellos Emilio Ramírez.

En este momento recibo otra carta y su contenido me hace creer que Ud. no sabe si nosotros hemos peleado.

Sin más que esto, quedo de Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Me parece que dentro de poco estaremos en nuestra querida patria. Me olvidaba decirle que la batalla fue el día 26 de mayo y concluyó a la una tres cuartos. Siempre tendré un recuerdo para los días que hemos pasado en Tacna, comiendo camotes cocidos asados en charquicán, puchero y toda clase de comidas con camotes con todo el Ejército. Los hemos acabados y ya no quedan frutas. Sólo quedan Guallabas.

Nº 28.—Pachia, julio 20 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Recibí la muy apreciable de suya fecha 4 del presente, en que tuve el mayor gusto saber de Ud. y que se encuentra bueno, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Después de escrita mi anterior carta, nos encontramos como a 12 cuabras afuera de Tacna para el lado de Pachia y Calama, es decir para el interior, como a los cinco días marchábamos para los lugares indicados la 3ª y 4ª División, compuesta de la 4ª Brigada de Marina, "Chacabuco" 3ª "Lautaro" y nosotros, la 3ª quedó en Calama y la 4ª en Pachia. Es todo cuanto tengo que comunicarle.

En estos momentos se sabe que una bandada de salteadores bolivianos han muerto como a tres oficiales del "Lautaro" que andaban de guarnición en Caliente y se avanzaron muy adentro y por eso los han pillado. La Caballería ha salido a perseguirlos.

Con su contestación, me hace el favor de mandarme diarios, papel para escribir y varias otras cosas que Ud. pudo enviarme y también me da el nombre de la calle y número en que vive mi tía Pascuala Polanco.

Sin más por ahora, saludo a Ud., como también a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 29.—Pachia, agosto 20 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí su apreciable carta fecha 7 del presente. Por ella que tuve el mayor gusto saber de Ud. que se encuentra bueno, como igualmente mis hermanos y demás familia. En contestación a la suya, le diré que noticias no sabemos ninguna. No se corren más que bolas. Unos dicen que la primera División se va para Paita y otros dicen que la 4ª. Es lo que se corre.

Los diarios que Ud. me mandó los había visto en el otro Correo anterior, pero no deje de mandármelos y también, si puede un billetito, porque por aquí nos hacen mucha falta. Todo lo que Ud. me mandó lo he recibido. Me faltan cierros que sin duda no se acordó. Memorias a mis abuelitas y a mis hermanos y para Ud. un afectuoso saludo. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 30.—Pachia, septiembre 10 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de la presente se encuentre gozando de buena salud, igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

El objeto de ésta es anunciarle que disolvieron el Batallón, repartiendo la tropa en el 3º de línea, "Lautaro" y "Chacabuco", tocándome a mí en el 3º. No hemos sabido cuáles han sido los motivos que haya tenido el Gobierno para disolvernos; pero con todo nos contentaremos.

Mándeme decir si han retirado la mesada, para reclamar y mandarle de aquí la

*En Pachia y
Calama*

*Salteadores
bolivianos*

Bolas

*Disolución
del Batallón*

papeleta que le envié. La plata que le mandé pedir no ha llegado a mi poder.
Sin más que esto, saludo a Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Escribame al Regimiento 39 de línea, 3ª Compañía del 1.er Batallón.

Nº 31.—Pachia, octubre 17 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí su muy estimada suya fecha 26 del pasado, y junto con ella lo que Ud. me mandó. La otra carta se ha perdido. Desde ahora en adelante, ninguna se extraviará, así es que Ud. me puede mandar cualquier cosa. En cuanto a la mesada, me parece que no la retiraron, porque aquí nos estuvieron apuntando los que teníamos mesada. Debe ser para mandar las listas para las diferentes partes. Antes que disolvieran el Batallón, le escribí a mi tía Pascuala y no he recibido ninguna contestación, o se ha perdido lo mismo que la carta suya.

Sin más que esto, quedo de Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 32.—Calama, 7 de noviembre de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de la presente se encuentre gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

*Protección
de la Provi-
dencia*

Recibí su muy apreciable nota fecha 22 del pasado, por la cual he tenido el mayor gusto saber de Ud. como también de mis hermanos que se encuentran buenos. Tengo mucho gusto de que Ud. y demás familia hagan votos a la divina Providencia por nuestra vida y salud, para que la bala enemiga no me sea traidora y después de mis campañas tener el gusto de volverlos a ver.

*El enemigo
en sus guar-
idas*

El enemigo no abandonará sus guaridas del interior, por motivos de que no tiene recursos y también que le falta el valor; así es que Ud. no tiene motivo para estarse alarmando tanto. Si Ud. conociera las pampas que se encuentran por estos mundos, le aseguro que no se animaría a dar siquiera un paso, y los bolivianos a pesar de su famosa coca no se animan. Es cierto que puedan andar tres días sin sentir sed ni hambre, pero a los tres días tienen que comer todo lo que no habían comido antes, es decir que viene saliendo lo mismo. Fue lo que le sucedió a Daza cuando salió de Arica a unirse con el General Buendía. A los cuatro días tuvo que abandonar su viaje, por la razón de que no llevó recursos para una larga marcha por el desierto.

La coca

Aquí en Calama no se cultiva más que el maíz y la alfalfa. En Atacama es más fértil. De allá traen brevas, peras, damascos, etc. Con esto Ud. se habrá tomado unos pequeños datos de lo que son estas sierras.

*Cultivos de
Calama y de
Atacama*

Sobre noticias del Norte no sé absolutamente nada. Hace como dos días que hubo una salva de veintiún cañonazos con un cañón que hay montado encima de la explanada de una casa, pero no sé lo que esto significa.

Sin más que esto, dele muchas expresiones a mis abuelitas y a mis hermanos y Ud. un afectuoso saludo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Me alegro mucho de que hayan recibido la mesada, pero no se olvide de mandarme diarios. Esto mismo le mandé decir en la otra carta que supongo la haya recibido. vale.

Nº 33.—Calama, noviembre 19 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.
Quillota.

Apreciado padre: Recibí la muy apreciable suya fecha de 31 del pasado. Tuve el mayor gusto al saber de Ud. que se encuentra bueno, igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno.

La papeleta de la mesada se la mandaré luego. Aquí nos apuntaron a todos los que teníamos mesada.

El viaje a Lima está próximo. La Primera División se puso en marcha y nosotros partiremos de aquí el lunes o martes de la semana entrante.

Memorias a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 34.—Calama, diciembre 9 de 1880.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos y demás familia. Yo por acá quedo bueno.

El objeto de la presente es decirle que estamos prontos a partir para el Norte. No pasa de hoy o mañana; todos estamos contentos, porque sólo así podrá concluir de una vez esta guerra larga y desastrosa.

Todos tienen seguridad en el triunfo. No se ha oído decir alguno que dude de nuestros triunfos. Ud. podrá estar contento por esta parte, pero no por lo que me puede suceder a mí. Espero en Dios y María Santísima volver a verlos.

Junto con ésta recibirá la papeleta de la mesada, para que así de este modo la pueda Ud. aprovechar.

Memorias a mis abuelitas y tía Cruz y para Ud. un cariñoso saludo. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

1881

Nº 35.—Lima, marzo 4 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: No sé cuál es el motivo para que Ud. no me escriba, porque aunque no haya recibido las dos cartas que le mandé, habrá, a lo menos, visto las listas de los muertos y heridos de todos los Regimientos, así es que le encargo mucho que me escriba aunque no reciba cartas mías.

La papeleta de la mesada se la mandé el 10 de diciembre, el día antes de partir de Calama.

Las batallas han sido largas y sangrientas, pero omito decirle algo, porque uno no ve más que por donde anda.

Sin más, dele muchas memorias a todos los de la familia y a todos los conocidos que pregunten por mí. Su hijo.

*Uno no ve
más que por
donde anda*

ABRAHAM QUIROZ

Nº 36.—Lima, abril 6 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Respetado padre: Celebraré que al recibo de ésta se encuentra gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Recibí su muy apreciable carta fecha 27 del pasado, por la que tuve el mayor gusto saber de Ud. que se encuentra bueno. El mayor placer ha sido para mí el haber recibido de Ud. una carta que me ha llenado de goce, porque no había ninguna de Ud.

Recuerdos de familia

Desde Lima, yo pensaba que ya se hubieran olvidado de mí a pesar de que le había escrito; me hace el favor de decirle a mi tía y a mi abuelita que si me quieren ver, recibirán con anticipación la noticia; me he alegrado mucho al saber que iban a venir a verme.

La vuelta a la Patria

Yo quisiera, al volver a mi Patria, encontrar reunida a toda mi familia, para tener el gusto de verlos a todos.

Escapadas milagrosas de las batallas.

Padre: me sería sumamente grato que anunciase a todos mis hermanos que he salido con vida y salud en todas las campañas, librándome milagrosamente de los enemigos como en cuatro batallas, pero no así de la terciana que la he tenido como dos semanas. También quiero que les diga que nosotros no sabemos cuando marcharemos al Sur.

Aniversario de la batalla de Maipo. 5 de abril de 1818

Ayer 5 de abril, aniversario de la Batalla de Maipo, ha habido una gran parada militar y salvas y declarado día festivo. Nos ha tocado a nosotros el hacer la policía en lugar del "Bulnes" que ha marchado al Callao.

Sin más que esto, sírvase darles memorias a todos los de la familia y demás conocidos que pregunten por mí. Su hijo que verlos desea.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 37.—Lima, abril 26 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, como igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno.

El objeto de ésta es decirle que estoy muy necesitado de plata y si Ud. puede me haga el favor de mandarme unos cinco pesos. Tengo que retratarme y mandarle mi retrato y comprar otras cosas más.

Persecución de Piérola

Para el interior, hay como 1.800 hombres en perseguimiento de Piérola, es decir, para Jauja. En el diario de ayer salió que ya la expedición estaría allá, no hay nada más de nuevo que poderle anunciar. Nosotros siempre seguimos haciendo la guarnición del pueblo.

Memorias a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 38.—Lima, mayo 13 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Recibí su apreciable carta fecha 12 del pasado por la cual tuve el mayor gusto de saber de Ud. e igualmente de mis hermanos y demás familia. Yo por acá quedo bueno y a sus órdenes.

La terciana

La terciana me volvió otra vez y me ha tenido enfermo más de una semana, y por ese motivo no le había contestado su carta. Ahora que ya he mejorado le con-

texto la suya, diciéndole que por acá quedo sin novedad, no teniendo esperanzas de irnos para el Sur, y no se crea Ud. que pedir permiso no es así no más. Estar de militar no es como estar empleado, que puede pedir permiso, y más también estamos en campaña. No le dan permiso ni a los mismos Oficiales.

*El rigor mi-
litar*

Hágame el favor de mandarme decir si está en posesión de la mesada. No sé si Ud. la estará recibiendo, ya que nunca me manda decir nada.

Sin más por ahora, reciba el cariño de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 39.—Lima, julio 13 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Me alegraré que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud, como finalmente mis hermanos. Por acá quedo bueno y a sus órdenes.

Recibí su apreciable del 7 de mayo, por la cual recibí lo que Ud. me mandó. No podía a Ud. contestarle, ni tampoco podía retratarme, que era el objeto para que Ud. me había mandado el dinero, porque estaba gravemente enfermo. Ahora ya estoy mejor y lo haré, y se lo mandaré a Ud.

Enfermo

Memorias a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 40.—Lima, agosto 7 de 1881.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Celebraré que al recibo de la presente se encuentre gozando de una completa salud, e igualmente mis hermanos. Yo por acá quedo bueno.

El objeto de ésta es anunciarle que he retirado la mesada. No me alcanza lo que tengo para los gastos personales. Cuando me conteste, dígame como se encuentra Ud., porque puede suceder que manden algunos Cuerpos para el Sur y nos toque a nosotros; y también anúncieme todo lo ocurrido por esos mundos. Ah, ya hace más de un mes que le escribí y todavía no he recibido contestación ninguna. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

1882

Nº 41.—Campamento de Canta, enero 5 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Apreciado padre: Con el mayor placer tengo el gusto de escribirle después de muchos meses de silencio en el cual no he recibido ninguna carta suya, y yo siempre esperando las suyas no le escribía y ahora que hemos llegado a este pueblo le escribo, porque andamos en marcha. Saliendo del Campamento de Camacho el 19 de este mes y año, y en 8 días de marcha hemos llegado a este pueblo, situado en pintorescas lomas que forman cuatro pueblos, casi en la misma Cordillera, y de aquí no sabemos adonde marchamos.

Ud. me hará el favor de mandarme decir si ha recibido la mesada, y me anunciará de todo lo ocurrido por esos mundos, como también de mis hermanos, que

me acuerdo mucho de ellos, y también adonde vive, que no sé adonde dirigir la carta.

Memorias a todos los de la familia y demás conocidos que pregunten por mí, deseándoles una completa salud, queda de Ud. su atento y S., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 42.—Lima, febrero 14 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Apreciado padre: Con mucho placer recibí su estimada del 27 del próximo pasado, por la cual tuve la gran dicha de saber de Ud., como también de mis hermanos y familia.

*Diversas ex-
pediciones*

En la última carta que le escribí desde Canta le mandé decir que habíamos salido de Camacho, llegando el 7 de enero a dicho punto. De ahí nos dirigimos el 9 para Chicla, subiendo unos grandes cerros para tomar altura. Pasamos por dos pueblos situados en las laderas y llegamos en la tarde a otro donde alojamos. Al otro día 10, salimos por las cordilleras. Como a las 9 y media nos empezó a nevar hasta las 3 y media de la tarde. Después nos siguió lloviendo hasta la noche, llegando a un pueblo donde alojamos toda la noche. El 12 salimos. Habíamos andado como dos leguas y pasado dos pueblos más, cuando llegó contra orden y nos volvimos para Chosica. Anduvimos los días 12 y 13. El 14 en la tarde estábamos en Chosica, y aquí nos embarcamos en la máquina y llegamos a Lima.

*La marcha
más larga*

Esta ha sido la marcha más larga que hemos hecho, la que ha durado 15 días por las sierras, donde no cabía por el camino más que un hombre de a uno en fondo. Los animales había que descargarlos en muchas partes para poder pasar. Mañana o pasado salen 3 Compañías para el interior y tal vez nosotros sigamos después. Las Compañías que marchan son las tres de la izquierda y yo soy de la segunda.

Respecto de la mesada no sé yo cómo puede ser esto. Todos los que la han retirado dicen que la orden no ha llegado del Ministerio de la Guerra y así uno no puede entender.

Sin más, tengo el gusto de saludarlo a Ud. y mis hermanos. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 43.—Lima, marzo 16 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Quillota.

Respetado padre: Con sumo placer recibí su apreciable de Ud. fecha 27 del pasado, por la cual he sabido que Ud. se encuentra algo enfermo y lo mismo mi hermano Juan y que solo Aurora goza de buena salud.

*Reflexiones
familiares*

Me es muy sorprendente que Ud., que es ya algo viejo, no se quite los pensamientos que le atormentan en lo más vivo de su corazón, es decir, el amor a sus hijos, porque no está en razón de que Ud. se esté mortificando por nosotros que le debemos tanto. Nosotros somos jóvenes y aguantamos con más fuerzas las vicisitudes que la suerte nos depare.

*Situación
grave. El
hospital*

Me encuentro en una situación algo grave. Las tropas, a mi parecer, no se moverán quien sabe hasta cuando y tendré que aguantar de grado o por la fuerza. El estar de militar es duro y no se puede salir, según Ud. me dice, con un pretexto que no sea verdadero y lo presente con buen sentido como individuo de la tropa.

Los Oficiales pueden pedir permiso; y el irse a un hospital es aún peor, porque va arriesgando su propio pellejo si va sano. Las medicinas que tome, no estando enfermo, no le harán bien, y sí mal. He conocido varios que se han ido al hospital a descansar como ellos dicen, pero es una verdad que han pasado a mejor descanso. Con esto sólo le tengo miedo al hospital. Sólo me queda la esperanza de que llegará pronto el día en que concluya la guerra para irnos para nuestra querida Patria.

Me parece que llegando a mi Patria me voy a encontrar con el Edén, según me lo figuro con sus campos los más vistosos, sus hermosos parajes. Cansado estoy de ver desiertos sin aguas o sierras intransitables como las de Canta a Chicla.

Le da un abrazo a mis hermanos. Sin más por ahora saluda a Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 44.—Huancayo, mayo 7 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: He recibido la de Ud. con mucha alegría y habría sentido mucho se hubiera perdido la mía, atendido a que iban en ella los retratos que le mandé.

Pasando a otra cosa, le diré que el 22 de marzo abandonamos Lima, tomando el ferrocarril que se dirige al interior. Al llegar a Cacachara, tuvimos que desembarcarnos y reembarcamos por motivo que la línea estaba cortada a consecuencias de las fuertes lluvias. Proseguimos nuestro camino y fue grande mi admiración al pasar el famoso puente de Aguas Berrugas, siendo mucho más largo y alto que el de los Maquis, todo construido de fierro y sólo afirmado en las extremidades.

La línea sigue unas veces subiendo cerros, o baja y pasa el río muchas veces, hasta llegar a Chicla que es su término. A consecuencias de los derrumbes, tuvimos que desembarcarnos en San Mateo y proseguir a pie la marcha.

Aquí reina el soroche. Es insoportable. Hasta los hombres de a caballo lo sienten. Desde San Mateo hasta Chicla, que dista 3 leguas, el soroche me hizo reventar en sangre de narices dos veces. Con el soroche se siente un cansancio al pecho que le va oprimiendo poco a poco la garganta hasta el punto de que no pueden más las narices. Parece que las tuviera doble, y adentro del pecho, como si le hubieran refregado aji.

El camino es esencialmente malo. Es sólo de subida. Unas dos cuabras que se anden, los cerros que ha dejado atrás, los ve a sus pies y son tan fragosos que sólo los pájaros pueden subir. Hay algunos farellones de piedra lisa como la palma de la mano. Es esto en medio de una quebrada que no tiene media cuadra de ancho, de manera que por los recodos del camino sólo se ve el cielo.

Llegamos a Chicla en la tarde. Alojamos. Al otro día 24, emprendimos la marcha y llegamos en la tarde a Casapalca. Alojamos, y al otro día temprano salimos de nuevo. Esta vez teníamos que pasar la Cordillera y en efecto como a las doce del día estábamos en la cumbre. Compónese ésta de una sola cadena de cerros nevados, pero por el bajo que pasamos no se encuentra nieve. Lo que hay una brisa tan penetrante que produce un dolor de cabeza muy fuerte como Ud. no se puede figurar. Pasando la Cordillera, se ve a lo lejos otra cadena de montañas. Y entre aquella y esta cadena de cerros más o menos altos que la principal, en lo comprendido entre estas dos cordilleras es lo que se llama sierra. De Casapalca a Pachachaca, donde fuimos a alojar, hay 7 leguas y al otro lado de la Cordillera hay muchas lagunas.

Seguida de las que nace el río, que pasa por Jauja, de Pachachaca llegamos a la Oroya, que dista como 4 leguas. Oroya no es más que un pequeño caserío muy afamado y como tal nos admiramos de tan pequeña población. Después de descansar

Añoranzas

Salida de Lima

Puentes notables

La línea férrea

El soroche

Los síntomas del soroche

El camino

Chicla. Casapalca

La cordillera

Pachachaca

Oroya

Tarma

un día, salimos a la mañana siguiente para Tarma, distante como 8 leguas. Tarma es una población regular, habiendo una portada de regular vista a su entrada. Descansamos un día y seguimos nuestra marcha con el resto de las compañías que habían salido de Lima primero que nosotros a Jauja, distante 9 leguas peruanas, y 13 leguas 20 cuadras de las de nosotros, llegando a dicha ciudad como a las 10 de la noche, donde descansamos otro día. Proseguimos nuestra marcha desde aquí a La Concepción, distante 5 leguas. El camino es bueno, porque está en plano, es decir, por el valle. Este lo divide el río en dos partes, formando grandes poblaciones a uno y otro lado, desde Jauja a La Concepción. Pasamos como por más de 6 pueblos desde La Concepción a Huancayo, donde nos encontramos otros tantos. Aquí se encuentran los cuerpos siguientes: 29, 39, 69 y "Lautaro", una Brigada de Artillería y 4 Compañías de Carabineros y últimamente llegaron 3 Compañías del Santiago y esperamos que lleguen los restantes y el 49, para que nosotros nos vayamos para Cerro de Pasco, y desde ahí a Lima.

Encuentros con las montoneras

Han habido muchos encuentros con las montoneras. Sólo nos separaban de ellas el río que es grande y caudaloso. Ocupaban éstas todos los pueblos de la banda y el 39 fue mandado para Jauja para que, pasando el río por esa parte, se viniera quemando los pueblos. Tuvo varios encuentros y lo mismo en el pueblo que está al frente de éste se pasó el río a caballo ahogándose dos del 29 y varias bajas que tuvo la Caballería en unas cargas que hizo. El resultado fue que se quemó el pueblo y se tomó prisioneros un Coronel y dos Oficiales más, los que se fusilaron al otro día. El 39 tuvo un Sargento muerto y dos ahogados en la pasada del río y la 69 también. Combatieron antes 30 hombres como con 3.000 indios, de lo que dio por resultado un muerto y varios heridos. Los detalles los sabrá Ud. mejor por la prensa.

*Fusilamientos**No soy escritor*

Dispenso lo descompuesto de la relación. Como no soy escritor no lo puedo hacer mejor. Lo que le narro lo hago sólo por complacerlo.

El otoño en Chile. La civilización del Perú

El otoño con sus frutos reinará en Chile y nosotros en medio de indios salvajes, como son todos desde Chichla y todo el interior. El Perú es sólo civilizado en la costa. Aquí no se encuentra gente que hable el castellano sino el quichua y vestidas las mujeres de bayeta y los hombres de lo mismo, con un calzón corto. Son muy feos todos en general.

Sin más por ahora, deles un abrazo a mis hermanos y Ud. un recuerdo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 45.—Cerro de Pasco, junio 28 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Recibí su muy apreciable de fecha 28 del pasado. Me dice que tanto Ud. como mis hermanos quedan buenos. Yo lo estoy igualmente. Por lo que respecta a la mesada, no se puede hacer nada y no se puede tampoco poner mesada hasta que el Jefe del Cuerpo no les diga a todos, y así en la primera oportunidad que se ofrezca lo haré.

Marcha de Huancayo a Cerro de Pasco

Ahora paso a darle una ligera reseña de la marcha de Huancayo hasta aquí. El miércoles 10 del pasado salimos por la mañana y llegamos a La Concepción a las tres de la tarde. Al otro día temprano, salimos de nuevo llegando a Jauja. Al siguiente, llegamos a Pacharcas, lugar situado en las laderas de un cerro. Al otro día, llegamos a Tarma, recorriendo el camino que habíamos andado cuando nos vinimos de Lima, es decir, 18 leguas peruanas. Desde este punto ya entramos en camino desconocido, saliendo el domingo de Tarma por la Quebrada que sigue al interior,

hasta llegar a Apocabamba. Desde aquí se dirige el camino en dirección al Nor-Oeste con poca subida por entre una quebrada no muy angosta, llegando a Pascamayo, distante 6 leguas. Al siguiente día salimos y tuvimos que pasar por unas cuevas de caracol, llegando al mediodía a un pueblo llamado Caca, donde nos esperaban con almuerzo. Saliendo de ahí subimos otra cuesta y entramos a las famosas pampas de Junín, donde se libró la batalla que se dio en 1824 contra los españoles, recordándose este hecho con una pirámide que dista como 2 leguas del pueblo arriba indicado. Llegamos al entrarse el sol.

El pueblo de Junín es un pueblo de indios como casi todos los de las sierras. Salimos al siguiente día y llegamos a Carchuamayo. De aquí se adelantaron la Compañía de Carabineros que iba con nosotros y 50 del Cuerpo montado. Al siguiente día, salimos como a las cuatro de la mañana y al amanecer habíamos pasado la laguna que se encuentra en la misma pampa. En ese día pasamos por el Pueblo de Pasco que estaba casi desierto. Al anochecer llegamos al famoso Cerro de Pasco, pueblo situado en el declive de un cerro. Se encuentran en este sitio las minas, en las mismas casas y muchos tajos en los alrededores; pero demasíadamente pobres en beneficios. El comercio es floreciente.

Las costumbres de los indios es usar unos pantalones hasta las rodillas, pero tan anchos que parecen gallinazos, medias y ojotas. El modo de hablar es muy diferente del de Lima y así cuando hablan castellano no se les puede entender. Las mujeres se visten puramente de bayeta. El clima es pésimo, pues estando situado el pueblo a más de 6.000 varas sobre el nivel del mar, no llueve nunca. Cae granizo o plumilla, de manera que algunas veces suele quedar el suelo cubierto más de una cuarta de nieve. Nosotros no estábamos acostumbrados a tal hielo y así se nos ha partido la boca y no se puede lavarse la cara porque el agua no se sufre.

Dentro de dos o tres días, parten para Huanuco dos Compañías y tocándole a la mía. De allí se trae aquí frutas, leña y todo. Aquí no se ve ningún árbol. La leña que se conoce son champas, estando el suelo cubierto de un pasto que no sube de una pulgada. Se corta en pedazos regulares y lo secan y lo que sirve para el fuego.

Se dice que nos iremos dentro de un mes o más. Primero vamos a Huanuco, mas entrando el invierno se cierra la Cordillera.

Sin más que esto, tengo el gusto de saludarlo, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 46.—Lima, agosto 14 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: He recibido la suya fecha 24 del pasado, y a ella me refiero, alegrándome infinito de que gocen de salud todos los de la casa, que yo por acá quedo bueno.

Hemos llegado a Lima desde el Cerro de Pasco. El 3 de julio desertaba en el Destacamento de Junín y dirigiéndose a Chanchamayo, todo el destacamento, quedando sólo dos soldados, el Sargento y el Oficial. Inmediatamente se nombró un destacamento para guarnecer dicho punto, tocándome a mí. El 23 replegamos a Tarma todo el destacamento compuesto de 50 hombres. En la misma noche que llegamos, toda la división ya estaba en marcha, siguiendo al Oroya donde estuvimos ocho días esperando noticias del resto del Cuerpo que quedó en Cerro de Pasco, y sólo en este espacio de tiempo se supo que el 39 había llegado a Pachachaca. Al día siguiente, seguimos la marcha a Lima, llegando a Pachachaca, de aquí salimos, atravesamos la Cordillera y llegamos a Casapalca después de haber quemado todos los pueblos desde la Oroya y cortado el puente. Al fin, al otro día llegamos a

Junín

Costumbres
de los indios

Partida a
Huanuco

En Lima

Deserciones

Movimientos
de tropas

Chicla, término del ferrocarril. A los tres días salimos de aquí, el 39 por tierra y las demás tropas por tren hasta San Mateo. Embarcaron a unos pocos y nosotros nos fuimos por tierra, tocándome a mí ir hasta Matucana. Cuando se movió el convoy, descolgaron unas galgas que felizmente no alcanzaron a caer en los carros. Se siguió después una lluvia terrible de galgas del enemigo y de balas de parte de nosotros.

*Los cholos
posesionados
de las altu-
ras*

Los cholos estaban posesionados de las alturas hasta llegar a Matucana, hirridonos a nosotros con piedra. Uno felizmente lo pudimos cojer en su caballo, lo traía el Mayor Plaza, y el otro cazado a bala, murió. Al siguiente día alcanzamos a llegar a Surco, sucediéndonos la misma cosa. Salió herido el Mayor Plaza de bala y muchos otros. Siguiendo la marcha, nos quedaba que pasar un solo paso malo antes de llegar a San Bartolo. Más para allá no quedaba peligrosa la línea. Se entraba al valle dejando los cerros a un lado.

Bajas

El total de bajas de los tres Cuerpos con que veníamos, asciende a 3 muertos y 26 heridos de bala y piedra. Llegando a San Bartolo seguimos fácilmente hasta Chosica y poco después a Lima, llegando como a las 8 de la noche. Esto es todo lo que ha sucedido. Lo que omito son los detalles por no tener más tiempo.

Memorias a todos los de mi familia y Ud. un cariñoso saludo, su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 47.—Lima, octubre 23 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

La mesada

Respetado padre: Recibí su estimada de 19 del corriente, por la que me he impuesto que todos están buenos de lo que me alegro. Yo por acá siempre bueno. El objeto de ésta es decirle que la mesada que le he impuesto es de 6 pesos, y me parece que no va a tener necesidad de papeleta, porque hasta la fecha no han dado ninguna, pero si la dan se la remitiré en el acto.

Aquí no hay nada de notable. Memorias a todos en general. Sin más que esto, lo saluda su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 48.—Chosica, noviembre 30 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Es en mi poder su muy estimada de 12 del presente, la que contesto. La papeleta de la mesada no la puedo mandar todavía; porque quedó en Lima. Tan pronto como regresemos a ésta, se la mandaré, lo que será el 10 del entrante.

Después de mi última no tengo más que comunicarle.

*En Chosica
de avanzada
Las municio-
nes de boca
de un solda-
do de avan-
zada*

Me encuentro en Chosica de avanzada por un mes, viaje que se hace de Lima en dos horas por ferrocarril. Lo pasamos bien, pero no en cuanto al servicio, porque hay como una legua de subida a una avanzada y no se lleva más municiones de boca que un pedazo de carne y dos panes para veinte y cuatro horas; una carambola de agua, añadiéndole una copa de pisco. Es esta avanzada la más mortificante de las seis que rodean el campamento.

El lugar se compone sólo de las casas de la estación y las bodegas de la misma. Existe una pequeña casa de campo en los alrededores

*El valle de
Santa Eula-
lia. Frutas*

El Rimac forma aquí un angosto valle, habiéndosele unido antes el Santa Eulalia. Casi en la confluencia, se encuentra la población del mismo nombre, en la que no se ha sembrado más que un poco de maíz y todo el resto del terreno, lo ha sido de

alfalfa, que le da un aspecto muy feo. Lo demás no tiene nada de notable, a no ser porque fue el Cuartel General de Cáceres. En el valle de Santa Eulalia hay mucha abundancia de frutas como ser chirimoyas, plátanos, paltas, etc. y todo esto se lleva a Lima.

Cuartel General de Cáceres

Noticias de montoneros no sabemos. Una vez nos quisieron atacar cortando el telégrafo que une esta plaza con Lima. Nosotros esperamos en vano, perdiendo las esperanzas que teníamos de pelear con la claridad del día.

Cuando llegue a Lima le escribiré otra donde le mandaré la papeleta. Sin más que esto, lo saluda su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 49.—Lima, diciembre 14 de 1882.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Grande es mi alegría. He llegado a Lima después de un mes de continuos servicios en el destacamento de Chosica. Y mayor será mi alegría todavía si al recibo de ésta se encuentra Ud. bueno, como también mis hermanos.

Nuevamente En Lima

Juntamente con ésta le remito a Ud. la papeleta de la mesada que le impuse y que deben pagársela desde septiembre inclusive, es decir, que Ud. recibirá juntos los meses ya nombrados, octubre, noviembre y diciembre, si llega ésta después del 1º de enero del 83. Siento mucho que sea tan poco lo impuesto, pero así lo permiten las circunstancias, porque ahora que nos pagan mensual, nos obligan a comprar casi todo el sueldo en faltas que tiene uno de ropa y otras cosas por el estilo y hay muchas cosas que le obligan al soldado.

Obligaciones del soldado con el placarte

Infinitos recuerdos a mis hermanos y Ud. el más respetuoso saludo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

En su última que tengo a la vista, me manda preguntar acerca de Jesús Cortés, del 2º de línea que se encontraba hacia como un mes en el interior. No lo vi nunca cuando recibí la suya. Me encontraba en Chosica y el 2º en Lima, de manera que no he podido averiguar nada. Ahora que estoy en Lima haré las diligencias posibles para saber de él.

1883

Nº 50.—Lima, enero 19 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Es en mi poder su apreciable del 17 del pasado mes y año, por la cual, entre otras cosas, me dice que Ud. mis hermanos quedan buenos y yo por acá también quedo bueno.

La papeleta de la mesada se la remití en cuanto llegamos a ésta, y a la fecha debe estar ya en su poder. Dígale a la Aurora que me conteste la carta que le escribí, para que aprenda y no esté ignorante de lo que ya debe saber.

Anoche para festejar el Año Nuevo hubo retreta general de todas las bandas de la guarnición en la plaza principal, desde las diez hasta las doce de la noche. A esta hora se izó nuestro tricolor saludado con el himno nacional y salvas de la Artillería y alumbrándose casi todo el Palacio con una profusión de luces de bengala.

Año Nuevo en Lima

Saludos a Ud. y demás familia. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 51.—Lima, febrero 24 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Recibí su estimable carta fechada el 14 del mes pasado y quedo enterado de ella. Se que todos están buenos y yo siempre estoy bueno de salud.

*Siempre la
mesada*

En su anterior me manda decir algo sobre la mesada y que no le han pagado el mes de septiembre. No haga ninguna diligencia sobre esto, ni menos sobre la mesada antigua, por el motivo de que de la mayoría del Cuerpo ha pedido informe a todas las Tesorerías de la Nación y después teniendo estos datos se procederá al ajuste del cuerpo. Movimientos en el Ejército: sólo ha salido el "Buin", pero no he sabido adónde se dirige. Es muy probable que vaya a Canta.

*Movimientos
del Ejército*

Saludo a Ud. y a todos los de mi familia y para Ud. el más respetuoso saludo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 52.—Lima, abril 15 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Recibí su muy apreciada de Ud., fecha 5 del pasado, por la cual he sabido que todos se encuentran buenos. Yo también me encuentro bueno. Sobre el encargo de saber noticias de Jesús Cortés, no se puede hasta que no lleguen los cuerpos del interior y tan pronto como regresen haré las diligencias.

*La División
del Coronel
García*

En el mes pasado, salió una División al mando del Coronel García. Después de un pequeño encuentro en que los dispersaron completamente, Cáceres llegó a Tarma y dichos soldados en partidas de 20-30 se han desbandado en todas direcciones. El bandolero hacía sus preparativos para dirigirse al Sur; además, el pueblo de Tarma ha enviado un Comisionado, un Jefe de las fuerzas expedicionarias rogándole que vaya a ocupar la ciudad. A Cáceres por los pueblos que ha pasado le han enarbolado bandera blanca en señal de paz y piden que vaya a continuar el orden, con las autoridades del General Iglesias; por lo que se ve, va ganando terreno la autoridad del General Iglesias y tal vez, los beneficios de la paz.

*Cáceres en
Tarma
El General
Iglesias*

Memorias a todos los conocidos que pregunten por mí y para Ud. el cariño de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 53.—Lima, mayo 16 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Recibí su estimada carta fecha 27 del mes pasado, y enterado de ella, veo con satisfacción que su salud marcha bien, como igualmente a Aurora y Juan y demás familia. Yo quedo bueno.

*La fiebre
amarilla*

La fiebre amarilla de que Ud. me habla en su carta, no se ha desarrollado gracias a las oportunas medidas tomadas por las autoridades. Han habido varios casos, tanto aquí como en el Callao. Donde ha hecho muchos estragos ha sido en Pisco, Ica y Cañete. Como ya ha entrado el invierno, no se teme la propagación de ese terrible mal.

*El guerrillero
Cáceres*

De Cáceres se sabe que está en Tarma y en disposición de proseguir su marcha al Sur, es decir, hacia Ayacucho, su antiguo Cuartel General. Ha habido un buen encuentro con sus fuerzas de Canta un poco al interior. Las nuestras se componían de 125 hombres de infantería y caballería. Marcharon a ocupar un pequeño pueblo donde había dejado Cáceres a sus mejores tropas y muchos Oficiales para formalizar

bataillones en la provincia de Canta. Casi todos han sido muertos como también una fuerza de los mismos que venían a reforzarlos. No sabiendo que los nuestros estaban allí, entraron distraídamente. De estos, muy pocos han librado. Solamente los que tomaron las de Villadiego; todos los prisioneros que se hicieron fueron pasados por las armas. Entre los que cayeron, cuéntase un Coronel, cuyo nombre no recuerdo, que había quedado encargado del mando de Canta.

Ahora nuestras fuerzas se encuentran en Chicla y cubre la línea férrea hasta ese punto. Se cree que llegaron hasta Tarma, al otro lado de los Andes. Algunas bolas corren sobre la paz. Que se espera solamente tomar a Cáceres, pero que ésto no se conseguirá tan fácilmente porque el gamo es corredor. Iglesia gana cada día más terreno en partidarios de su política, y él debe ser el que suscriba la paz con nuestro Gobierno.

Sin más que esto quedo de Ud., su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 54.—Lima, junio 24 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Con el mayor placer contesto la suya del 3 del corriente. Siento mucho que su salud no marche bien, pero me consuela el que ahora esté mejor y pueda dedicarse a sus ocupaciones. Yo me encuentro bueno. Respecto a mis hermanos, he recibido con placer la noticia de que ya se encuentra Juan en el colegio, y pueda con el tiempo ser útil a sus padres y a su patria, y también que el resto de la familia se encuentren buenos. Les deseo toda clase de felicidades.

Después de las noticias que le di en mi anterior, ha ocurrido lo siguiente: la División que al mando del Coronel García perseguía a Cáceres, pasó la Cordillera, ocupando a Tarma el 22 del pasado después de dos pequeños encuentros con los monotoneros, resultando como 50 muertos de su parte, siguiendo después a Cerro de Pasco y Huanuco. Al insigne General Jefe del Ejército del Centro no se ha podido echarle el guante. Tiene muy buenas piernas y ha huido al Norte. Ha dirigido dos proclamas, una a los pueblos del centro en que les dice que era necesario huir de nuestras fuerzas, para impedir que su Ejército no se concluyera, no teniendo ventajas positivas en número y posesiones. Que el país lo haría responsable de las fuerzas que le había confiado. Que después que destruya a Iglesias volverá con grandes elementos a concluir con los invasores. La otra proclama a su Ejército es del mismo tenor de siempre. "El Pueblo", diario que se publica por peruanos y es órgano de Iglesias, refuta con bastante claridad sus proclamas.

Estamos en la estación de las lluvias o garúas. En este tiempo se desarrollan muchas enfermedades, entre ellas la terciana y fiebres intermitentes. Hay muchos enfermos.

Memorias a mis hermanos y Ud. reciba el más sincero cariño de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 55.—Lima, julio 25 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Recibí la suya del 8 del presente y a ella me refiero. Quedo enterado de su contenido. Veo con placer que su salud marcha bien como también mis hermanos, de lo que me alegro. Yo por acá quedo bueno.

A Juan sígalo siempre animándolo, para que pueda ser algún día un hombre de provecho.

*En Chicla
Siempre las
bolas
Iglesias*

*Persecución
del General
Cáceres*

*El diario "El
Pueblo"*

*La batalla de
Huamachuco*

Un gran acontecimiento ha venido a cambiar la faz de la guerra. La División del Coronel Gorostiaga, encargada de cortar la retirada al Norte a Cáceres, empujó una batalla campal en las alturas de Huamachuco, la que dio por resultado la completa derrota de los montoneros. Se les tomaron 11 piezas de artillería, más 800 rifles y todo el parque. De nuestra parte tenemos como 200 bajas y a los enemigos de 800 a mil entre muertos y heridos. Cáceres herido y Recabarren también, y muertos Leoncio Prado y muchos de los principales Jefes. Con esta nueva victoria, queda todo el centro y Norte del Perú por Iglesias y seguirá adelante los trabajos para llegar a la paz tan deseada por todos.

*Muertos y
heridos*

Muchos recuerdos y abrazos a mis hermanos y demás conocidos que pregunten por mí y para Ud. un cariñoso saludo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 56.—Lima, agosto 25 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Es en mi poder su estimada de 12 del corriente y enterado de ella, celebro que todos se encuentren buenos, sintiendo no sepa nada de mis abuelitas. Yo quedo bueno.

*Abandono de
Lima. Expedición a Ayacucho.
Itinerario*

El 27 del corriente debemos abandonar Lima, para hacer una expedición a Ayacucho, con el objeto de dispersar las nuevas fuerzas de Cáceres que se pusieron al mando de la División Dávila, después de huida de Huamachuco.

El itinerario que seguiremos será la ruta de Ica, por estar más cerca por ese lado, y estas son las grandes marchas que se tendrán que hacer por el camino de Jauja. El General Iglesias sigue siempre en Cajamarca. Esta expedición que se hace continuamente es sólo con el objeto de afianzar su poder que no puede establecerse donde haya fuerzas del caudillo del centro, es decir, que a costa de sangre chilena. La peruana no la toman en cuenta y sólo con la chilena se afianzará su poder y podrá ser Presidente del Perú.

El 29, 49 y "Aconagua" llegarán del interior.

Un abrazo a mis hermanos. A Juan que siga por su camino y que así se hará acreedor al de su hermano. Se despide su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 57.—Huancayo, noviembre 27 de 1883.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: De vuelta de la expedición a Ayacucho, en ésta he recibido una carta suya, fecha 7 de septiembre. En ella veo con satisfacción que su salud y la de mis hermanos siguen bien. Yo quedo bueno y a sus órdenes.

*Porvenir de
Juan, su hermano*

Me alegro que Juan sea aplicado y principalmente a su edad que es muy difícil dejar los juegos de la niñez y dedicarse al estudio, cosa más provechosa para lo venidero. Siento que Ud. se esté sacrificando en acomodar lo más posible nuestra casa y comprar lo necesario para tener alguna pequeña comodidad; llegando a Lima, veré si puedo recompensar en todo lo que pueda lo que Ud. ha hecho por mí.

*Una nueva
expedición.
De Lima a
Huancayo*

Paso ahora a darle algunas noticias de la reciente expedición: salimos de Lima el 27 de agosto y llegamos a Huancayo el 8 de septiembre. Aquí se formó la División al mando del Coronel Urriola, compuesta de las fuerzas siguientes: Batallones 39 de línea y "Miraflores" de Infantería, un Escuadrón de Granaderos a Caballos y otro de Carabineros de "Yungay" de Caballería y una Batería de Artillería de seis cañones de montaña; el bagaje y unos cuatro médicos y practicantes, y teniendo por Jefe

de Estado Mayor al Sargento Mayor don Virgilio Méndez. Hacía un total como de 1.800 hombres. No encontramos en ninguna parte seria resistencia, sino tiros aislados que nos hacían de las alturas y galgas donde podían ofendernos.

En el puente de Iseuchaca, situado sobre el río Mantaró que corre muy encajonado entre dos cerros, fue donde nos hicieron la mayor resistencia, hiriéndonos un soldado del "Miraflores" y en la entrada del Valle de Huanta también un poco a la Caballería que iba a la vanguardia. A Ayacucho entramos sin novedad el 19 de octubre, habiendo salido de ésta el 13 de septiembre. Hemos recorrido como 45 leguas por un camino sumamente quebrado a consecuencia de las interminables cadenas de montañas de que se compone la sierra. En estas 45 no están incluidas las que distan de ésta a Lima.

Permanecimos en Ayacucho hasta el 12 de noviembre en que nos retiramos, tomando la ruta del camino de Pampas, pueblo distante 12 leguas de Jauja. El río Mantaró lo pasamos en la confluencia con otro río, cuyo nombre no recuerdo, no por puentes, porque los habían cortado, sino vadeándolo, empleando toda la caballería en pasar la División. Aquí nos hirieron un soldado, el único que nos han herido en esta campaña. Otro murió helado en una parte que nos llovió. Otro fue asesinado en Ayacucho. Del "Miraflores" han habido como 12 bajas entre muertos y heridos y de la Caballería como 4. Por lo que se ve, el "Miraflores" ha andado con menos suerte que nosotros. En toda la retirada no nos han dejado de incomodar los montoneros, echándonos galgas, tirándonos balazos, pero casi todos la han pagado bien. Cáceres, durante nuestra permanencia en Ayacucho, estaba en Andahuaylas, distante 30 leguas de aquí. El nunca se movió siquiera a incomodarnos. Ayer no más, hemos llegado a ésta. El "Miraflores" y la Artillería se retiraron a Lima que se dice está desocupada. Nosotros estamos incomunicados, y no sabemos más.

*Permanencia
en Ayacucho*

Las galgas

Cáceres

Un abrazo a todos mis hermanos. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

En otra le mandaré más pormenores. Quedamos aquí de guarnición.

1884

Nº 58.—Huancayo, enero 18 de 1884.

Señor Luciano Quiroz

Respetado padre: Hace más de un mes que le dirigí una carta en contestación a otra suya que recibí cuando llegamos de vuelta de la expedición a Ayacucho, y como hasta la fecha no recibo contestación ninguna, y sabiendo que se han perdido varios paquetes de correspondencias procedentes del "Chorrillos", entre éstas quizás haya venido la carta suya, le dirijo la presente para saber de su salud y mis hermanos y darle algunos detalles de la expedición de Ayacucho desde la salida de Lima hasta el regreso a esta plaza.

Le agradecería a Ud. que me informara extensamente de mis hermanos que no sé nada de ellos desde tanto tiempo atrás. Comprendo la natural zozobra y deseos que tendrá Ud. de tener noticias de ellos. Figúrese ahora cómo no tendré deseos de verlos y abrazarlos después de una separación de seis años.

*Recuerdos de
familia*

Ahora que he hecho un recuerdo de todo, principio mi relación: el 27 de agosto del año próximo pasado, salimos de Lima, abandonándola con muy malas ganas por estar ya muy relacionados con sus habitantes, embarcándonos en la estación de Montserrat. Tomamos el tren que marcha a Chicla en dos convoyes de a tres Compañías cada uno, habiendo dejado la banda y los enfermos. Eramos por todos

*Otras infor-
maciones de
la expedición
a Ayacucho*

650 individuos de tropa y los cornetas. En el tren pasamos alegremente las diez horas del trayecto, comiendo las municiones de boca, de que íbamos bastante provistos, y copas que no escaseaban. Los "Esmeraldinos" cubrían la guarnición de la línea hasta el mismo Chicla y en todas las estaciones, éramos objeto de ovaciones por su parte, deseándonos felicidad y pronto regreso del interior.

Trayecto prodigioso

El trayecto de la línea es de lo más prodigioso. El río Rímac, corre con mucha velocidad a causa del mucho declive del terreno, entre dos cadenas de cerros inmensos en altura. La línea tiene que pasar desde Chosica, segunda estación que se encuentra de Lima, pues la primera es Santa Clara, tres veces el río hasta que llega a Tornamesa. Desde aquí no puede continuar por el lecho del río y vuelve para atrás, para tomar altura, pasa por San Bartolo, pequeño pueblo situado en una inminencia con un pintoresco valle al pie, abundante en frutas de todas clases y sigue por la falda de los cerros de la margen izquierda del Rímac. Se pasa el famoso puente de Aguas Berrugas, el más alto de la línea, tres socavones, bajando al valle y encontrándose la estación de Surco. Parece que se baja, pero no es así, porque la línea sube siempre y como por el mucho descenso del río y lo poco que puede subir rectamente el tren, tiene que precisamente encontrarse con el valle.

Se despide hasta el próximo correo su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Las cartas irán numeradas, y Ud. me acusará recibo de ellas.

Nº 59.—Huancayo, enero 25 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Continuación del trayecto

Querido padre: Sigo la continuación de mi carta del 18 de enero. Esto mismo sucede hasta llegar a Chicla. Después de cada estación vuelve para atrás para encontrarse otra vez con el valle y en algunas partes tiene verdaderos caminos de zig-zag. De Surco sigue Matucana, pueblo de regular apariencia, con algunos buenos edificios, situado en una pequeña explanada y en la confluencia del Rímac con unos arroyos que bajan de la cima de los cerros. De este último, Tambo de Viso no tiene más edificio que una casa en que vive el guarda y un lugar apropiado para el embarque de mercaderías y que sirve a los indios que viven en las alturas para embarcar con destino a Lima. Después está San Mateo. Este pueblo está situado a ambas márgenes del Rímac y no es más que un pueblo de indios. Todos los techos de las casas son de paja y la Iglesia lo mismo.

Los pueblecillos comarcas

La estación

La estación se encuentra a orillas de la línea que pasa por la media falda del cerro. De aquí a pocos minutos de camino, hay un paraje digno de admirar: los cerros son de piedra viva y cortados a pique. Se estrechan tanto que no dejan más espacio que por donde pasa el agua del río. Se entra a un túnel tan largo que casi uno se asfixia por el soroche y el humo que arroja la máquina, y cuando se sale de este pequeño infierno y respira el aire libre, vese suspendido en un abismo: un puente alto casi como el de Aguas Berrugas. El río forma una pequeña cascada de regular altura y hace un ruido extraño por la grande elevación de estos cerros y la poca o casi ninguna extensión que hay. Pasado el puente se entra en otro socavón, un poco más chico que el primero; y hasta que, por fin, se llega a Chicla, término del ferrocarril de la Oroya, a las 6 P. M. Pasamos 42 socavones y 37 puentes entre grandes y chicos. Nada más majestuoso en estos lugares que cuando hay tempestad: los relámpagos lo dejan a uno ciego y no es raro que caigan rayos. Casi siempre los truenos hacen un ruido semejante a un sostenido fuego de cañón y fusilería en una

Paraje digno de admirar

Las tempestades

gran batalla. Uno se queda atónito y admirado del siniestro aspecto de estos lugares y el gran poder de la naturaleza.

Permanecemos en Chicla dos días. El 28 las Clases de la 5ª Compañía del Batallón "Esmeralda" nos festejaron a los Sargentos del Cuerpo con una comida. Reinó la mayor animación. Se brindó por la armonía del Ejército y las glorias conquistadas en la campaña, deseándonos ellos felicidad y pronto regreso de la expedición que íbamos a emprender, sintiendo al mismo tiempo no poder acompañarnos y compartir con nosotros las glorias y las fatigas consiguientes a una penosa marcha por las sierras del interior del Perú. Continuará en el próximo correo. Su hijo.

Festejos

ABRAHAM QUIROZ

Nº 60.—Huancaayo, enero 29 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Querido padre: Continúo mi relación de mi carta del 25 de enero. Salud y felicidades les deseo a todos.

Día 30. Abandonamos Chicla. Adiós venturosos viajes de recreo, cómodamente ejecutados en el tren. Ahí veíanse los rostros alegres, no faltando nunca alguna chanzoneta o alguien de quien reírse. Ahora, por el contrario, todos llevaban el rostro sombrío y macilento; la respiración jadeante, la garganta oprimida y todo por el soroche y la subida. El camino no es muy malo, pues tiene grandes subidas. Salimos cargando 50 tiros a bala. Los rollos se cargaron en llamas, lo que era un gran alivio. Estos animales son los que se usan para la carga en todo el interior. Son tan soberbios que si se les carga un poco más de lo acostumbrado, se echan al suelo y ahí mueren por más que se les de palos.

Noticias de la expedición

Las llamas

Algunos cholos se trajeron para cuidar las llamas, pero no eran suficientes para tantas; así es que muchas se fugaron para las alturas con la carga que llevaban. Llegamos a Casapalca como a las cuatro de la tarde, habiendo salido a las 11 A. M. y recorrido una distancia de dos leguas y media.

Los cholos y las llamas.

Casapalca

Día 31. A las 6 de la mañana nos pusimos en marcha. Esta jornada fue bastante brava tanto por la distancia de 7 leguas, como por tener que pasar la Cordillera. El camino tiene grandes subidas hasta que se llega a la misma cima, donde las nieves son eternas, quiero decirle en los grandes picos, mas no en el paso que existe, pues sólo cae nieve allí cuando hay grandes temporales.

Los cerros engañosos

Los cerros, mientras más se acerca uno a la gran cordillera, los ve a sus pies. Los terraplenes del ferrocarril se ven todos por la cima de los cerros de la izquierda; después ya en la cima se deja los terraplenes a la derecha, donde se encuentra la entrada del gran túnel que atraviesa los Andes, y también el nacimiento del Rimac. Vese también en un pico bastante elevado una gran bola, que dicen algunos es de vidrio, especie de faro de diversos colores. Para el otro lado, se baja por una pendiente bastante accidentada hasta Morococho, que es una gran fundición de metales, los cuales se extraen de las minas de los alrededores.

El nacimiento del Rimac

La fundición de Morococho

Divísase a lo lejos una cordillera nevada, y en todo el espacio entre estas dos cadenas, una inmensa aglomeración de cerros más o menos altos. Esto es, lo que se denominan "Sierras". El camino sigue por las orillas de una gran sucesión de lagunas de bastante extensión hasta llegar a Pachachaca. Llegamos a este punto a las 7 de la noche. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

N^o 61.—Huancayo, enero 31 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Continúa la relación Respetado padre: Saludo a Ud. y todos mis hermanos, deseándoles felicidades. Sigo mi relación de mi de 29 de enero.

Pachachaca Pachachaca es un pueblo de pocos habitantes. Los techos de las casas son todos de paja y no encontramos dónde guarecernos del excesivo frío de estas alturas, ni tampoco combustible, pues lo incendiamos cuando nos retiramos a Lima en julio del 82. Las cadenas de cerros que se desprenden de la gran cordillera no son agrestes, como las del lado del Pacífico. Son casi planas, y se produce un pasto que es idéntico al que en Chile lo llaman *coidón*, del que se alimentan rebaños de llamas y ganado lanar. Tienen su confluencia frente de este pueblo dos ríos, uno que viene de las lagunas que mencioné y que deja a su izquierda el pueblo, y el otro de la derecha. Este forma, antes de reunirse, unos graciosos contornos a manera de zigzag: después siguen a reunirse con el Mantaró del que son tributarios. El terraplén del ferrocarril sigue por la margen del río hasta la Oroya.

El paisaje Es una lástima ver tanto trabajo perdido y que no podrán continuar quién sabe hasta después de qué tantos años.

Trabajo perdido Día 19 de septiembre. A las 7 A. M. abandonamos Pachachaca. El camino es plano y llegamos a Oroya a las 2 P. M., recorriendo cuatro leguas. Este punto no la componen sino unos cuantos ranchos situados a ambas márgenes del río de este nombre. También se llama Jauja o Mantaró. Es caudaloso y corre muy encajonado. El puente que hay para pasar es de cimbra y algo angosto.

Oroya Día 2. A las 5½ A. M. seguimos la marcha. Subimos una cuesta de dos leguas, aunque no muy parada. Al llegar a la cumbre y descendiendo ya para Tarma, tiene su nacimiento el río Perené que pasa por este pueblo.

El río Perené Después de un descenso de cinco leguas por una estrecha quebrada que forma el río nombrado y donde no se encuentra ningún árbol, a medida que se baja se hallan pequeños arbustos. Por fin, se divisa Tarma en medio de un hermoso valle, al que llegamos a las 3 P. M. Tarma es un hermoso pueblo. Casi todas sus casas son de dos pisos. En su Iglesia principal hay buen reloj. La plaza tiene un pequeño jardín. A la entrada por el camino de Lima tiene una hermosa portada. Este pueblo, encerrado por todas partes por grandes cerros, tiene bonito aspecto, es abundante en frutas de diversas clases. Los árboles que más abundan son los frutales y sauces que llaman en nuestro Chile "brutos", se producen muy hermosos. No puedo extenderme más porque no lo visité enteramente, pues sólo permanecimos el día 3.

Tarma Memorias a todos. Un abrazo a mis hermanos. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

N^o 62.—Huancayo, febrero 11 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Querido padre: Ayer he tenido el gran placer de recibir una carta suya, fecha 30 de diciembre del año próximo pasado. En ella veo con satisfacción que su salud sigue bien, después de haber sufrido una larga y penosa enfermedad de tres meses y medio, lo cual siento mucho, y que mis hermanos también se encuentren buenos, lo mismo la demás familia. Yo por acá estoy bueno.

Expedición a Ayacucho Quedo a Ud. sumamente agradecido de las noticias que se ha servido comunicarme, pues no sabía más que la retirada del Ejército a Chorrillos. Por esto quedo con Ud. doblemente obligado hacerle una relación de la expedición a Ayacucho:

ya le he remitido cinco cartas, y supongo que algunas de ellas estarán ya en su poder. Se servirá Ud. acusarme recibo, cada quince días. En ésta inserto el relato hasta la llegada a esta plaza.

Día 8. A las cinco y media de la mañana abandonamos este pueblo testigo de tanto heroísmo. Subimos una pequeña planicie, y extendiendo la vista divisase a nuestra espalda, casi perdido en lontananza, entre la bruma de la mañana, Jauja. El río cruza por medio del valle, como hilo de plata, forma varios brazos. Todos los pueblos de "la banda", como se les llama aquí, divisanse más o menos bien, principiando por Huanpampas, que los separa de Jauja. El río fue teatro de un hecho de armas en que nuestro Cuerpo perdió algunos hombres cuando la expedición de Estanislao del Canto el 82. Siguen muchos otros pueblos que no pude averiguar su nombre y enfrente de Huancayo vese también Chupaca, que fue cañoneado también en la expedición de del Canto, durante dos días. Después se pasó el río por un vado y fue completamente incendiado.

A poca distancia de este sitio, encuéntrase San Gerónimo, pueblo de indios, y después de haber recorrido 4 leguas llegamos a Huancayo. Los alrededores de este pueblo son bastante fértiles; riégalos tres riachuelos que bajan de la cordillera situada al Este. El pueblo tiene un buen aspecto. Es casi una sola calle muy ancha, que es la continuación del camino. Tiene buenos edificios. En la plaza, hay una hermosa pila y alrededor un pequeño jardín. Los días domingos son los de feria y acuden a cambiar sus productos todos los indios de los alrededores, así es que casi no se puede transitar por la calle y plaza, por la multitud de gente. Aquí estaba de guarnición el "Miraflores" y piquete de Artillería y Caballería y el Coronel Urriola de Jefe.

Un abrazo a mis hermanos. En otra continuaré mi relación. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 63.—Huancayo, febrero 22 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Querido padre: Salud. Tengo el gusto de adjuntarle la papeleta de la nueva mesada. En agosto del año próximo pasado, de orden superior, se retiraron todas las mesadas y se impusieron nuevas, mas sólo ahora han venido a dar las papeletas. A Ud. me parece que se la habrán seguido dando, supuesto que no me ha dicho nada sobre el particular; o de lo contrario, la cobrará Ud. desde el mes de septiembre de 1883.

Continúo mi relación. En este pueblo se formó la División "Pacíficadora del Centro" que debía operar sobre Ayacucho, componiéndola las siguientes fuerzas al mando del Coronel Urriola: Infantería Batallones 3º de línea y "Miraflores"; Artillería, una Batería de Montaña del Regimiento Nº 2, seis cañones, Caballería, un Escuadrón del Regimiento Granaderos a Caballos y otro de Carabineros de "Yungay"; bagaje, doctores y practicantes necesarios. El total compondrían la División unos 1.400 ó 1.500 hombres.

Muchos paisanos antes de salir, conocedores del camino de Ayacucho, no nos prometían un feliz viaje. Decían que no nos dejarían pasar en las angosturas y que nos echarían galgas, principalmente en el puente de Iscuchaca. Aquí se estrellaría nuestro valor por las formidables posiciones del enemigo. Estas son propias de una obstinada resistencia. Que todos los indios de esas regiones estaban sublevados para impedir nuestro tránsito a la famosa ciudad del centro. Nosotros nos reíamos, contestando "los veremos". Por lo que le relataré más adelante, no eran exageradas sus noticias. Debo advertir también, que mi Coronel venía nombrado desde Lima como

Jauja
Los pueblos
de "la banda"

Huanpampas

Chupaca

San Gerónimo,
pueblo
de indios

Los alrededores
de
Huancayo

Relato de la
expedición.
"La División
Pacíficadora
del Centro"

Malos augurios

Los augurios
fueron ciertos

Jefe de la División, mas en los días que estuvimos en ésta, se mandaba desde allá que lo fuera el Jefe que le dejé dicho.

En Pucará

Dejamos algunos enfermos, y el 12 pasamos la revista de Comisario.

Día 15. A las 10 A. M. y con un hermoso día abandonamos este pueblo, acampándonos en Pucará a las 2 P. M., distante 2 leguas y media. Aquí concluye el Valle de Jauja y se principia a recorrer el terreno más quebrado que se puede Ud. imaginar. Este pueblo estaba medio destruido.

El pueblecillo de Nahuenpuquio

Día 14. A las 6 A. M. principiamos a subir una gran cuesta. Al llegar a la cima, como sabíamos que los montoneros estaban a la vista, pasó la Caballería adelante, más no pudieron alcanzarlos. Como a las tres de la tarde pasábamos el pueblecillo de Nahuenpuquio. Fuimos sorprendidos por la denotación de una descarga de fusilería, mas las balas no se vieron. Quizás sería para que supiéramos que estaban ahí y no pasáramos sin saludarlos. Se hizo con un cañonazo, no haciéndose más, por no gastar pólvora en gallinazos. Ibamos por un valle de estas alturas, angosto como son todos, sin árboles, y donde se cría el pequeño pasto que le he dicho. Una Compañía del "Miraflores" iba por la falda de los cerros de la derecha. La Caballería iba a la vanguardia y eran Granaderos. Al llegar a las inmediaciones de Acostambo les hicieron fuego. Inmediatamente se fueron a la carga, muriendo quince montoneros.

Acostambo

Continuaré. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 64.—Huancaayo, abril 14 de 1884

Señor Luciano Quiroz.

Escaramuzas

En este pueblo acampamos. Llegamos a las 4 P. M., habiendo recorrido 3 legua y media. Por la misma dirección del camino que teníamos que pasar al día siguiente había una loma cubierta de cholos. Bastó un solo cañonazo para dispersarlos. Había grande abundancia de chanchos y gallinas. Estos animales inofensivos la pagaron en lugar de los cholos que no pudieron ser habidos, pasándose a cuchillos casi todos.

Izenchaca

Día 15. A las 6 A. M. salimos tomando el camino de la altura, es decir, por la media falda. Una Compañía de nuestro Cuerpo iba por la cima y consiguió tomar prisionero a un Teniente de montoneros que traía correspondencia. El camino era bastante cansado. Encontrábamos quebradas profundas, teniendo que subir y bajar, lo que era aburridor. Así llegamos como a las cuatro de la tarde por las alturas frente a Izenchaca. No lo veíamos por estar en un profundo barranco cortado a pique por donde corre el río Mantaró. Sólo divisábamos un pueblo al otro lado en una la ladera y en el borde del barranco una porción de cholos. Venían al trote a ocupar unas trincheras. Se ordenó bajar el "Miraflores" por la derecha y nosotros por la izquierda, por una quebrada tan pesada que no podíamos sostenernos al bajar al paso sino corriendo. Llegamos a una explanada y entonces los cholos parapetados en el otro lado del río rompieron el fuego. Mandaron a responderles a una Compañía y después a dos. Al oscurecerse, se sintió diana que tocaban los cornetas. El puente estaba tomado. No tuvimos ninguna baja. En la misma noche, bajó el resto de la División. Los cadáveres se echaron al río. En la noche se pusieron fuertes avanzadas, pero los cholos las tenían dominadas por ocupar las alturas. Dejaban caer sin cesar galgas. Esto sucedía en la avanzada del cerro; ahora por el valle se aprisionaron hasta encontrarse con la avanzada que les hizo una descarga a quema ropa; eso sí, que todos estaban borrachos y tocando pitos y un bombo. Así pasaron toda la noche. La distancia es de tres leguas.

Operaciones

Día 16. Descansamos de las fatigas del anterior. Yo, aprovechando los momentos que tuve libre fui a visitar el puente. El río Mantaró corre encajonado entre dos grandes cadenas de cerros y no alcanzará a tener un cuarto de cuadra de anchura. Es muy profundo y correntoso. El puente se compone de un solo arco y es de piedra bastante ancho. Del lado del pueblo tiene una torre de dos cuerpos cuadrada, teniendo que pasar por debajo de ésta. Aquí tiene una gran puerta compuesta de barrotes muy gruesos de fierro. Esta la hicieron trincheras, tapándola con piedras hasta la altura de un hombre.

*El río Man-
taró y el
puente*

Día 17. A las doce de la noche salieron tres Compañías del 39 a tomar una altura que dominaba un paso peligroso, cual era un cerro bastante elevado y casi vertical. El resto de la División salió a las tres de la mañana. Quedamos cortados por las muchas galgas que echaron los cholos del cerro que dejo dicho. Se mandaron 25 hombres al mando de un Oficial para tomar el cerro por la retaguardia. Sólo así se consiguió pasar, llegando a Huanco a la 1/2 P. M. La distancia es de dos leguas.

*Llegada a
Huanco
Hacia Huan-
cavelica*

18. Seguimos a Huancavelica, saliendo a las 6 A. M. Subimos una cuesta de dos leguas y bajamos otras dos. 6 leguas dista, Llegamos a las 9 1/2. No tuvimos novedad; lo que sí, un poco cansados.

Nº 65.—Continuación.

Días 19 y 20 de septiembre de 1883. Lo pasamos en ésta. El Dieciocho no fue celebrado el aniversario de nuestra patria. El pueblo es bastante grande y situado en una quebrada un poco estrecha y en la confluencia de dos riachuelos. Hay muchas Iglesias, demasiadas para los habitantes del lugar y todas muy lujosas. Cuéntanse como 10.

*El pueblo
Las iglesias*

Día 21. A las 6 1/4 A. M. abandonamos este pueblo, célebre por sus minerales de azogue situados un poco al interior hacia la cordillera, tomando el camino de la altura. Nos nevó como tres horas. Llegamos a la Hacienda de Chancapa. Distancia 6 leguas.

22. Seguimos la marcha saliendo a las 6 A. M. Después de muchas subidas y bajadas, se nos entró el sol, comenzando a llover despacio primero y fuerte después. Por desgracia, nos perdimos del camino por la obscuridad. Como una hora estuvimos parados cayéndonos una lluvia tropical. Como el Cuerpo venía a retaguardia, se hizo tocar interrogaciones, pero no respondieron los de adelante. En fin, los más atrevidos siguieron quebrada abajo y los otros se quedaron por las casas que encontraron. Yo seguí a los primeros, consiguiendo llegar al pueblo de Acotamba, pero con más de 20 golpes y todos embarrados. Del resultado murió un soldado muy muchacho de la 6ª Compañía del 39. Al otro día, llegó el resto. Distancia 6 leguas. Al cargo del Alcalde quedó un soldado apostado del 39. 24. Descanso.

*Extravío del
camino*

25. A las 7 A. M. marchamos a Caspa, distante 4 leguas de 1 a 2 P. M.

Caspa

26. A las 6 A. M. salimos y subimos una gran cuesta muy parada. Desde la cima, divisamos a nuestros pies el valle, bajando en seguida nos acampamos en campo raso, en una explanada. Habían como cinco casas. Este lugar lleva el nombre de Mascas, 2 leguas de distancia.

Mascas

27. Bajamos todavía 3 leguas por un camino muy malo, saliendo a las 3 de la mañana, para llegar al puente del río Mairo. En seguida, continuamos por el valle bastante fértil y hermoso. La Caballería que iba de vanguardia tuvo un encuentro con los cholos matando muchos. Llegamos a Huanta a las 6 P. M. Lo encontramos completamente saqueado por los montoneros. No perdonan ni a sus mismos paisanos. La distancia que recorrimos fue de cinco leguas.

*El puente del
río Mairo
Encuentro.
Saqueo de
Huanta por
los montone-
ros
Ayacucho*

28, 29 y 30. Descanso. Anduvimos 4 leguas, acampándonos en el valle del río que viene de Ayacucho.

19 de octubre. Seguimos a Ayacucho, llegando a las 10 A. M., término de la jornada. Ahora le haré una pequeña descripción de la famosa capital de los departamentos del centro y asiento del Gobierno de Cáceres, el famoso General que pensó arrojarnos del Perú. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 66.—Sin fecha. Continuación.

Señor Luciano Quiroz.

<i>Descripción de Ayacucho</i>	Querido padre: Voy a hacerle la descripción de Ayacucho que le prometí. El pueblo ocupa como unas diez cuadras cuadradas de superficie y sus calles no son en su mayor parte rectas, siendo muy desaseadas. En casi todas las esquinas de algunas calles hay caños, donde la gente viene por agua para beber, y en los cuales se lavan las tripas e intestinos de los animales que se matan, siguiendo todas estas inmundicias el curso del agua derramada del caño por las calles debido al declive natural del terreno, produciéndose así en el ambiente no muy buen olor.
<i>Los caños</i>	
<i>Edificios</i>	De sus edificios, no hay ninguno de importancia. La mayor parte de las casas son de dos pisos, sin ninguna arquitectura moderna. La plaza es de una cuadra cuadrada, cerrándola en sus cuatro costados portales viejísimo que no están ni siquiera pintados. La Iglesia Catedral, que ocupa uno de los ángulos de la plaza, no es de ninguna importancia. Tiene, sí, un regular reloj en una torre de poca altura.
<i>La plaza</i>	
<i>La Catedral</i>	
<i>Conventos</i>	Cuéntanse como 12 Conventos y 2 Monasterios de monjas. Las calles en su mayor parte son empedradas, y es muy rara la que no está en este estado. Las veredas son muy angostas. Sólo caben dos personas de frente. Sus habitantes no saben castellano.
<i>Las calles y las veredas</i>	
<i>El idioma español</i>	Sólo los educados lo hablan cuando tienen necesidad, pues para entre éstos y aquéllos no hablan más que el quichua: nosotros nos veíamos siempre cortados cuando preguntábamos por algo nos respondían siempre "mano en cancho", expresión negativa que significa, no sé, no quiero.
<i>Vestimenta</i>	Se visten los indios de bayeta negra gruesa, pantalón corto muy ancho, abierto en los costados, chaqueta hasta la cintura ajustada al cuerpo, un poncho grueso, sombrero grande color de los animales pacientes, borricos y ojotas ajustadas en la punta del pie, formando berrugas, dejando el resto en descubierto. Con esto, tendrá Ud. una idea de la forma cómo visten en algunos pueblos los habitantes del Perú.
<i>Vestimenta de las mujeres</i>	Pasando ahora a las mujeres, visten del mismo género ajustándose al cuerpo, en forma de hábito, una bata hasta un poco más abajo de las rodillas, y no hay más que el hábito. Se ponen un pedazo cuadrado de Castilla que varía en todos el color. No son muy uniformes en esto. En forma de talma, se abrochan hasta la garganta, y con otro pedazo igual se cubren la cabeza, doblándolo en tres o cuatro partes. Añado a esto que son de poca estatura en general y que andan con un calzado que no acaba nunca. El rostro es redondo; la nariz un poco chata, la boca grande, los labios regulares, los ojos negros chicos, las orejas proporcionadas, las cejas y el pelo negro. Este último lacio y un poco corto. Con pocas diferencias, se visten las mujeres por casi todos los pueblos que he recorrido.
	Hay sus excepciones en cuanto a belleza. Los descendientes de españoles y otros extranjeros son regulares, pero de poca estatura. Se puede decir, en verdad, que sólo los negros de la costa son robustos.
<i>Producciones</i>	Las producciones más principales son la tuna, que abunda más que los álamos en nuestro Chile, las papas y el maíz; quirigua, habas y arvejas y algunas frutas. Es todo lo que se encuentra.
<i>Alimento del indio</i>	Estas producciones son exclusivas a toda la sierra. El alimento de los indios consiste en papas cocidas, maíz y habas tostadas y machucada la carne. La comen

sólo cuando repican fuerte y para comerse un cordero se junta todo un pueblo. Crian gallinas y ganado lanar y vacuno, pero jamás hacen uso de ellos sino para venderlos; nos decían cochinos, porque comíamos gallinas y huevos, alimento el más exquisito, como Ud. sabe. El clima es casi lo mismo que el de Chile. Lluève y truena mucho a causa de la gran elevación del terreno sobre el nivel del mar.

La plaza de armas sirve de mercado. Está llena de agujeros donde las cholitas ponen en un palo largo quitasol de paja, colocándose ellas debajo a expender sus negocios. Les sirve para resguardarse del sol. Es raro que en poblaciones tan grandes como son casi todas las de la sierra, mantengan un edificio separado para expender los artículos de primera necesidad. Por esto, se puede ver el gran atraso en que se encuentra el interior del Perú. No sucede lo mismo en Chile, pues el más pequeño pueblo tiene su mercado. Debo añadir que todos los indios son fanáticos, y todo lo que tienen es del señor Cura. A los curas los adoran se puede decir con propiedad y ellos tienen la culpa de que los indios anden en revueltas, pues los aconsejan que no dejen invadir su territorio. Para mayor claridad, le incluiré un catecismo que me encontré en Izcuchaca, y por él se convencerá de lo que le digo. Su hijo.

El mercado

ABRAHAM QUIROZ

Nº 67.—Sin fecha. Continuación.

En esta ciudad en los primeros días de nuestra llegada, sucedió que un soldado del 39 se excedió en el licor y fue convidado por unos cholos hacia afuera de la población a seguir bebiendo. Lo que hicieron estos traidores fue que lo asesinaron ignominiosamente. Se hicieron muchos prisioneros, resultando culpados un cura y como quince paisanos. De los cuales, tres fueron fusilados y el cura pagó una multa en plata, creo que dos mil pesos. Su Iglesia fue demolida juntamente con las propiedades de los culpables que no fueron habidos. Creo que fue un castigo muy justo.

Asesinato de un soldado chileno

Tuvimos otra baja más de nuestro Cuerpo. Un sargento murió de la peste.

Otra baja en el cuerpo

Ocupamos la ciudad de Ayacucho por espacio de un mes 12 días, y en tan poco tiempo ya no se encontraban víveres de ninguna clase ni aun forraje para los animales. No teníamos comunicación por ninguna parte, puesto que en todos los caminos había montoneros. Según algunos, Cáceres se aproximaba de su Cuartel General de Andahuailas a rodearnos con más de 30.000 indios, armados de lanzas. Esto es muy probable por los muchos y grandes pueblos que se encuentran en estas regiones, y más todavía si se considera que Cáceres es el Dios de la Sierra. Se dijo que soldados armados sólo contaba con unos 1.500, pero sin munición.

Incomunicación. Las montoneras

Voy a referirle ahora la retirada.

La retirada

Día 12 de noviembre de 1883. Abandonamos Ayacucho a las 7 A. M. Casi todos con ojotas, por habérsenos concluido el calzado. Llegamos a Pacayase, distante 3 leguas, a las 3 P. M.

13. A las 6 A. M. salimos. El "Miraflores" iba a la vanguardia y fue recibido a balazos a la entrada del pueblo de Huanta, matándole tres soldados y a los Granaderos otro. Las Compañías del 39 atacaron al lado del cerro, matando muchos cholos; con esto concluyó la función, alojando tranquilamente en el pueblo.

En Pacayase

Los cerros estaban llenos de cholos. Yo no sé de dónde sacan tantos cañazos (aguardiente de caña) los Jefes para emborrachar a estos cholos, pues si no fuera por el licor, nunca se pondrían al frente, y, con todo eso, apenas nos divisan se ponen en fuga 3 leguas de distancia.

14. Permanecemos en este pueblo repartiéndonos toda la munición del parque.

15. Seguimos la marcha. A la salida del valle, desde un montecito nos hicieron varios disparos, hiriendo a un Miraflores y a un Granadero. Se mandaron fuerzas a proteger los flancos y la retaguardia de la División. A la pasada del río, una fuerza del "Miraflores", que había quedado en una altura, protegiendo la pasada del puente, le mataron un soldado, el que se lo llevó el río. El puente que había sobre el Mantaró lo cortaron, teniendo que pasar la Caballería a toda la División. Sólo el "Miraflores" pasó este día. En las alturas se colocaron avanzadas del 39, sosteniendo éstos un largo tiroteo en toda la tarde. El río es bastante caudaloso. Lo pasamos en tres brazos. Cuatro Miraflores y algunos cholos que venían cargando las camillas y animales se los llevó el río. El Mantaró y el Mairo, tienen aquí su confluencia. Primero pasamos el Mantaró.

16. Pasó el resto de la División, perdiéndose rifles del 39. A las avanzadas, le hirieron un soldado. Este es de mi Compañía, pero no fue de gravedad. Protegió las avanzadas una pieza de artillería y la 4ª Compañía del 39 en la pasada. Seguimos la marcha subiendo una gran cuesta, empleando todo el resto del día hasta las 9 de la noche que llegamos al pueblo de Churcampa. La distancia desde Huanta a este pueblo será como de 8 leguas.

17. Descanso.

18. Recorrimos sin novedad como 6 leguas hasta el pueblo de Porcambamba por el camino de las alturas. Salimos a las 4 A. M. Llegamos a las 5 P. M.

19. Marchamos a Pucabamba, distante 2 leguas.

20. En la noche llovió copiosamente. Al amanecer nos encontramos rodeados de un círculo de nieve. Donde se encuentran situados estos pueblos es un pequeño valle rodeado de altas montañas, y era de admirarse la gran cantidad de nieve que cayó como para impedirnos la marcha. Debíamos haber salido a las 3 de la mañana y sólo lo hicimos a las 9 del día.

Carabineros y 300 iban de vanguardia; a los primeros les hirieron un soldado con galgas. Se tomó la altura y entonces se pudo pasar. Llegamos a una hacienda, no le sé su nombre.

Nº 68.—Sin fecha. Continuación.

A las 5 P. M. Distancia poco más o menos 4 leguas.

21. Seguimos a Coleabamba. La parte del camino que recorrimos se diferencia de toda la sierra. Los cerros son agrestes. El vallecito que seguimos era enteramente bello. Había grandes árboles y en una bajada, luego que llegamos al plan, pudimos admirar una cascada formada por el arroyo del valle y a ambos lados un bosque espesísimo. El sol que en ese momento se dejaba ver vino a aumentar la belleza del paisaje. ¡Cosa rara! Me acordé de mi bello Chile, lo que no me sucedía andando de marcha. Mi pensamiento voló hacia a mi familia, la que tanto tiempo no la veo. Más allá encontramos cañaverales.

Llegamos al puente a la 1 P. M. Coronando cuatro alturas estaban al frente de nosotros los cholos. Se les hizo algunos disparos con una pieza de artillería. Distancia, 3 leguas.

22. Seguimos por un camino sumamente malo. Los cholos nos echaron galgas que no hirieron a nadie. Dos Compañías del 39 tomaron la altura, matando muchos de los que las coronaban el día anterior, pues los sorprendieron. Llegamos a la cima del cerro, siguiendo el camino del Inca. Se nos oscureció en esta cordillera y tuvimos que experimentar un frío terrible. No se encontraba leña. Al otro día nos levantamos casi empalados. Recorridos cuatro leguas.

23. Marchamos al amanecer. La vanguardia tuvo algunos tiros. Llegamos a

Pamjas, pueblo situado en un regular valle, a las 4 de la tarde. La distancia, 4 leguas.

24. Descanso.

25. Marchamos a Paso, caserío distante 7 leguas. Las avanzadas del "Miraflores", que iban por los cerros. Les mataron un soldado los montoneros.

Paso, un caserío

26. Llegamos a este pueblo, distante 5 leguas.

Disolvióse la División. Marchó el "Miraflores" a Chorrillos. Se han mandado de aquí dos expediciones, una a Pampas y otra a Chongo Alto. La primera, fue infructuosa; de aquí mismo les mandaron un aviso a los montoneros y tuvieron tiempo de mudarse. Lo pagó bien el que hizo la gracia, 2.000 pesos plata y 100 palos y una mujer, que era ésta querida del Coronel Maldonado, Jefe de la montonera.

La otra sorprendió a los montoneros, haciéndoseles muchas bajas, y también trajeron bastantes animales.

Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

Nº 69.—Tarma, junio 8 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: He recibido su estimada de 11 de mayo, por la cual he sabido con satisfacción que Ud. se encuentra bueno, como también mis hermanos. Yo quedo bueno.

Paso a decirle cómo me encuentro en esta Plaza. El 5 de mayo abandonamos a Huancayo, alojándonos en La Concepción. El 6 llegamos a Jauja. Estuvimos hasta el 12 que salimos para Tarma. Como no alcanzamos a llegar nos alojamos en Tarmatambo, distante dos leguas del primero de los puntos dichos. Al otro día, entramos a este pueblo. De manera que habiendo quedado abandonados todos los pueblos del valle de Jauja, Cáceres no tardó en presentarse en Huancayo y Jauja. Cometió mil excesos contra los habitantes de esas poblaciones. Será el fin de este caudillo. Por él sólo andamos todavía por estas sierras, sufriendo las consecuencias de una rigurosa campaña de más de un año; nadie sabe nuestros sacrificios. Mi Coronel, viendo llegar a este pueblo muchas familias que ponían el grito en el cielo por que los librara de un tirano tan odioso y temido como Cáceres, salió el mismo 3 del presente al mando de la División, compuesta del "Buin", 4 Compañías del 3º, las 6 piezas de Artillería, Carabineros y todo el bagaje con dirección a Jauja.

En Tarma. Andanzas

Abandono de los pueblos del valle de Jauja

Cáceres

Hemos sabido que llegó sin novedad. Vinieron ayer aquí los arrieros por viveres y dicen que dos Compañías del 3º y 2 del "Buin" salieron para Huanpampas, lugar situado al otro lado del río, frente de Jauja. En esta Plaza sólo hemos quedado la 1ª y 2ª Compañías a cargo de los enfermos.

Hacia Huanpampas

Cáceres en Huancayo

Cáceres se sabe que está en Huancayo. Quizá si se resuelve a aceptar el combate. Dios quiera que así sea, y acabaremos de una vez con el caudillo, y entonces quedarán libres estos pueblos de un presor de sus bolsillos y haciendas y nosotros podemos volver a nuestro Chile tan amado.

Recuerdos a la familia, y un abrazo a mis hermanos y Ud. cuente con el recuerdo de su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

En contestación, dígame si ha recibido desde el Nº 1 hasta el último todas las cartas que le mandé sobre la expedición de Ayacucho.

Nº 70.—Iquique, agosto 12 de 1884.

Señor Luciano Quiroz.

Respetado padre: Salud. En Chorrillos recibí una carta suya, en la que tuve mucho gusto saber de Ud. e igualmente de mis hermanos.

*La División
se retira de
Jauja. Tratado con Cáceres*

El 11 del mes anterior principié a retirarse la División de Jauja, después de haber arribado a un tratado con Cáceres, cuyo contenido ignoro. El 23, todas las fuerzas se habían replegado a Chorrillos, y el 3 del presente las fuerzas del Ejército de Chile a las 5 P. M. abandonaban definitivamente el territorio peruano. El Buin y artillería fueron embarcados en el "Amazona", 3º y Carabineros en el "Cacha-poa" y el Cuartel General en el "Abtao". Los peruanos habían ya enarbolado en el Alto del Fraile su famoso bicolor, de lo que nosotros nos reíamos, pues de ahí mismo lo bajamos tres años ha.

*Fin de la
campaña
Despedida*

Lima tendrá que acordarse siempre de los chilenos. Muchas mujeres lloraban más porque se quedaban y otras porque daban quizás el último adiós a la tierra que las vio nacer, porque seguían al invasor. Francamente, casi todos sentíamos algo parecido. Era la melancolía al alejarnos para siempre en donde tuvieron lugar grandes batallas. Salimos victoriosos, y clavamos también nuestro querido tricolor en el Palacio de los Virreyes de la histórica Lima.

*Cinco años
de ausencia*

Padre: La campaña está concluida. Como lo prometí, después de 5 años de ausencia, tendré el gusto de verlo como también a mis hermanos y demás familia. Su hijo.

ABRAHAM QUIROZ

*Correspondencia del soldado Abraham Quiroz con su padre residente
en Quillota, Luciano Quiroz*

Carta	Fecha	Año	Lugar
1879			
1	Julio	23	San Bernardo
2	Septiembre	3	" "
3	"	8	" "
4	"	30	Antofagasta
5	Octubre	5	"
6	"	22	Calama
7	Noviembre	15	"
8	Diciembre	19	"
9	"	9	"
10	"	13	"
11	"	21	"
12	"	29	"
1880			
13	Enero	18	Calama
14	Febrero	5	Antofagasta
15	"	9	"
16	"	20	Iquique
17	Marzo	4	Campamento de Dolores
18	"	9	" " "
19	"	20	" " "
20	"	23	Dolores
21	Abril	6	"
22	"	9	"
23	"	19	"
24	"	21	"
25	"	28	"
26	Mayo	20	Yte
27	Junio	14	Tacna
28	Julio	20	Pachía
29	Agosto	20	"
30	Septiembre	10	"
31	Octubre	17	"
32	Noviembre	7	Calama
33	"	19	"
34	Diciembre	9	"
1881			
35	Marzo	4	Lima
36	Abril	6	"
37	"	26	"
38	Mayo	13	"
39	Julio	13	"
40	Agosto	7	"

<i>Carta</i>	<i>Fecha</i>	<i>Año</i>	<i>Lugar</i>
<i>1882</i>			
41.	Enero	5	Campamento de Canta
42	Febrero	14	Lima
43	Marzo	16	"
44	Mayo	7	Huancayo
45	Junio	28	Cerro de Pasco
46	Agosto	14	Lima
47	Octubre	23	"
48	Noviembre	30	Chosica
49	Diciembre	14	Lima
<i>1883</i>			
50	Enero	19	Lima
51	Febrero	24	"
52	Abril	15	"
53	Mayo	16	"
54	Junio	24	"
55	Julio	25	"
56	Agosto	25	"
57	Noviembre	27	Huancayo
<i>1884</i>			
58	Enero	18	Huancayo
59	"	25	"
60	"	29	"
61	"	31	"
62	Febrero	11	"
63	"	22	"
64	Abril	14	"
65	Sin fecha		Continuación de la de Abril
66	" "		" " " " "
67	" "		" " " " "
68	" "		" " " " "
69	Junio	8	Tacna
70	Agosto	12	Iquique

Pedro Grases: Las ideas fundamentales de Mariano Picón-Salas

"...como son las palabras las que producen las más enconadas e irreparables discordias de los hombres, a veces he cuidado —hasta donde es posible— la sintaxis y la cortesía, con ánimo de convencer más que de derribar". "¿A qué gritar, cuando las gentes pueden también entenderse en el tono normal de la voz humana?".

MARIANO PICÓN-SALAS, "Pequeña confesión a la sordina", Prólogo a *Obras Selectas*, 1953.

LA MUERTE de Mariano Picón-Salas (1901-1965), escritor venezolano, uno de los nombres más preclaros de las letras contemporáneas en Hispanoamérica, interrumpió, entre otras empresas de gran magnitud que llevaba entre manos, el curso de veinte lecciones que con el título general de "Visión de América Hispana", estaba desarrollando en la Fundación Eugenio Mendoza, en Caracas. Uno de los temas no explicados por él había sido anunciado del siguiente modo: "Los problemas de las sociedades hispanoamericanas después de la Independencia", y como núcleo central de esta exposición, definitivamente no nata, figuraba la cuestión capital: *Independencia e insuficiencia*. En algunos de sus ensayos había hablado del "doble drama de esperanza e insuficiencia que acongoja a nuestra vida histórica". Tuve el privilegio, como coordinador del curso, de oírle algo más respecto al asunto que deseaba someter a la meditación de su auditorio. Se proponía exponer la angustia acerca de la orientación actual de la civilización en el Continente hispanohablante y los interrogantes que tiene que contestar hacia su porvenir. En el fondo, reponía como pregunta para nuestros días la misma inquietud que le había llevado a bautizar en sus mocedades su primer libro en 1920, con el título de *Buscando el camino*. Los cuarenta y cinco años transcurridos no le habían dado respuesta definidora. Seguía viviendo la misma preocupación reflejada en sus páginas iniciales. El pensamiento esencial de la copiosa producción de ensayos es el de hallar la clave que descifrase esas "preguntas de Edipo a la Esfinge", como denominó en más de una oportunidad a sus reflexiones sobre este enigma.

En la cultura hispanoamericana es antigua y continua la obra de los escritores que han meditado sobre este punto. Desde los mismos días de la lucha emancipadora, a todo lo largo del siglo XIX, encontramos huellas vivas de esta preocupación escrutadora acerca de la definición cultural en las nuevas sociedades y de la fijación —como primera necesidad— de unas normas para la vida futura. El desgaje de la unidad hispánica produjo, entre otras muchas, esta consecuencia. Y las experiencias vividas —influencia francesa, la presión e imagen del poderoso vecino norteamericano, desilusión ante Europa después de las dos grandes guerras mundiales, etc.— han mantenido en primer plano este problema en lo que llevamos vivido del siglo XX. El nombre de Picón-Salas ha de asociarse a los de escritores como Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y Alfonso Reyes (1889-1959), copartícipes en esta misma constante indagación (Recuérdese el famoso libro de Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, 1928). El remedio a los males sociales y a las frecuentes quebras de la democracia en la historia de las Repúblicas hispánicas debía encuadrarse, de querer una permanente solución, en el nuevo rumbo orientador de la civilización, meta final de las reflexiones de mentalidades como la de Mariano Picón-Salas.

Parte en los primeros trabajos elaborados en su Mérida natal (la ciudad de los Andes venezolanos que por recoleta y señorial invita a la meditación), de la contra-

Tiempo

posición del binomio "Naturaleza y Cultura", que Spengler hizo famoso en la inmediata primera postguerra. Sus tanteos iniciales, de Picón-Salas, realmente precoces, señalan las vías por las que ha de transitar en admirable proceso de perfección su excelente pluma de estilista y su mentalidad de agudísimo observador. Residente luego en Chile (1923-1936), al mismo tiempo que completa su preparación universitaria, sigue ejercitándose en sus investigaciones histórico-filosóficas, de que serán señales visibles sus dos libros *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); e *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* (1935). Cuando acontece en 1936 el fin de la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela, al decidir su regreso a Caracas, lleva Picón-Salas la esperanza de que será posible poner las piedras sillares de la reconstrucción de su pueblo con las doctrinas que ha madurado durante los años de alejamiento. Su prosa gana en vibración expresiva y habla el lenguaje firme y seguro de quien ha llevado a término un profundo examen de la realidad presente y de sus causas y antecedentes. Amplía luego su horizonte con viajes y prolongadas residencias europeas y en diversos países americanos. Recorre toda la geografía continental, del Canadá al Cabo de Hornos, en aventura de argonauta, como le place autodefinirse. Irá dando la expresión de su ideario civilizador en unos cuantos libros de ensayos, sobre la vida actual o el pasado histórico, siempre referido al gran objetivo: desentrañar el sentido de la evolución de los pueblos americanos de habla castellana. "Civilización palabra frágil", así intitula un hermoso ensayo en el que trata de lo delicado y difícil que es el evitar que la civilización perezca, lo que exige un "esfuerzo de cultura y prudencia... casi mayor que el impulso de crearla".

*El destino
hispano-
americano*

Su teoría para Hispanoamérica está regada en un conjunto de libros que irá dando sucesivamente a las prensas hasta el fin de sus días, en infatigable cumplimiento de la misión que se impuso como deber de su existencia¹. Adopta una postura de humanista ante los sucesos de nuestro tiempo: "La medida de toda cultura no es nivelar los hombres en la vulgaridad cotidiana sino hacerles desear la belleza"², puesto que para Picón-Salas: "El Humanismo no es sino una forma superior de tolerancia, moderación y conducta". Se acerca a la interpretación histórica, con su habitual sagacidad, provisto del acopio de abundantes lecturas y el fruto de sosegadas meditaciones, pero estremecido por la hondura misma del tema acometido, "... como suma representación y proyección de lo humano, teñida del amor y temor de toda vida, es lógico que el hombre sienta ante la Historia la misma cautela y zozobra que ante el cambio y la muerte". Y en la contemplación del fin de la segunda hecatombe mundial que puso el ser humano al borde del aniquilamiento, pronuncia en Puerto Rico su discurso "Apología de la pequeña nación" (1946), en el que escribe: "quizás el proceso ecuménico del hombre que llamamos Historia Universal no sea más que el conflicto entre la voluntad de poder y la voluntad de cultura, entre las fuerzas de derroche y de destrucción y las de creación y conservación". Antes había formu-

¹Los títulos principales: *De la conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944); *Europa-América, preguntas a la Esfinge de la cultura* (1947); *Comprensión de Venezuela* (1949, 1955); *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana* (1952); *Crisis, cambio, tradición* (1955); *Regreso de tres mundos, un hombre en su generación* (1959); *Los malos salvajes. Civilización y política contemporáneas* (1962); *Hora y deshora. Temas humanísticos, nombres y figuras, viajes y lugares* (1963), y su mensaje póstumo: *Prólogo al Instituto Nacional de Cultura* (1965).

²Se entiende la capacidad de comprensión de Picón-Salas en afirmaciones como ésta: "ante la historia todos somos un poco Robinsones que necesitamos experimentar lo que pasó al lado nuestro, o crearnos alas en la imaginación para ser un poco contemporáneos de los grandes hombres; para entender la cólera de Dante o la sonrisa de Cervantes".

lado, en sus primeras *Preguntas a Europa* (1937) ensanchadas luego en la refundición *Europa-América* (1947), la tesis fundamental de su cavilación por la acción civilizadora en Hispanoamérica: "Cuando la Cultura pierde el contacto de la Naturaleza, se convierte en intelectualismo frío, en el cálculo abstracto e inhumano. La Naturaleza sin la Cultura es el reino sombrío y carnal del instinto, la sorpresa hecha terror, la crueldad sedienta, el pánico del que no sabe. 'Hay una barbarie de la reflexión como hay una barbarie del instinto', decía Schiller. Los grandes momentos de la humanidad son aquellos en que —como en la clara mañana del clasicismo griego— la inteligencia y la vida pueden marchar juntas: el espíritu no niega al cuerpo, sino lo comprende y lo integra. La Cultura de Europa, y la Naturaleza de América se desean, pues, y se buscan, como en un vasto sueño de humanidad total. Es una idea que, desenvuelta y ejemplarizada a través de los itinerarios y los paisajes cambiantes, sirve de "leit-motiv" a este pequeño libro". Y desanuda entonces sus impresiones y sus juicios sobre Francia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, España y la Europa nazi.

La violenta transformación de Hispanoamérica en las últimas décadas y la feroz deshumanización en que cayó Europa en los años 30, para verse envuelta luego en la segunda conflagración mundial, "drama presente de la cultura", le lleva a expresar el dolor ante la guerra y la imposición del poderío brutal. Proclama la urgencia "de superar ya por la educación y el convencimiento la 'libido dominandi', la voluntad de fuerza autónoma...", porque "las culturas comienzan a morir cuando agotada su belleza, su libertad y veracidad interior se hace preciso simular la fuerza". Escribe, como apotegma y resumen de su credo civilizador:

Si la Cultura sirve para algo es para canalizar el desorden y el frenesí.

Concepto que reitera en toda ocasión, trabándolo en la idea de pedir para Hispanoamérica, la lección de la civilización europea, que cifra en el Mediterráneo clásico, como base y fuente de cultura. "El viaje de regreso a las raíces de nuestra cultura conduce forzosamente a las playas del Mediterráneo y a la prosa platónica". "Soportar la Historia con sus ejemplos estimulantes y su adversidad aleccionadora es la prueba de madurez de los pueblos; trocar el patriotismo de frenesí y pasión explosiva en comprensión y deber ético es el signo de plenitud de las culturas". No cree que exista la antítesis: Europa-América, ni se adhiere tampoco al sistema educativo norteamericano, para el que tiene términos de dura condenación: "la manera de hacer popular la Cultura —en su educación de masas— era entontecerla y disminuirla. Esto nos hacía preferir a los sudamericanos el contacto con Europa, y hacía de tan baja calidad los esfuerzos de la pedagogía pragmática a la yanqui, que se intentaron entre nosotros". Aunque Europa pasaba por una tremenda crisis, Pícon-Salas sostenía que sin prejuicios del francés, del alemán o del inglés, los hispanoamericanos debían "consultar a cada Cultura —como Edipo a la Esfinge— algo del secreto de nuestro propio destino"³.

³Sin embargo, hay una evidente desilusión de Europa, en su libro *Los malos salvajes* (1962). El espectáculo de los últimos años es, para Pícon-Salas, de confusión, donde "hay más fórmulas que creación y más teóricos que creadores". Como observador siente la inquietud y la angustia de hallarse ante una suerte de "descivilización". El fin de esta obra es: "Pensar a dónde el hombre va, y cómo utiliza mejor la cultura que lleva a sus espaldas y ya parece ahogar más que fecundarlo". De carácter universal es esta tremenda resignación al comprobar el predominio de los poderes destructivos fabulosos aparecidos en los últimos años: "Ante el poder atómico ya no se explican ni Aquiles ni Bolívar. El antiguo héroe personal es impotente ahora ante la tiranía de las cosas".

Formula en numerosos ensayos su tesis para Hispanoamérica. Quizás sea uno de los más expresivos y concretos el siguiente fragmento: "El destino de América se suele mirar bajo la forma de dos mitos que me parecen igualmente peligrosos. Uno es el mito romántico de los que creen que la Cultura surge como la gracia, especie de ser divino caído del cielo, que de pronto encarnaría en nosotros y extraería de las más profundas zonas del alma, las revelaciones que estuvieron dormidas. Muchos soñadores sudamericanos, partidarios de la pereza obligatoria, aún esperan que esa profecía de América hable por sus bocas en el momento más inadvertido, así como el médium en estado de trance suele transmitir el mensaje —generalmente poco interesante— de los muertos. Pero una Cultura no se hace de inspiración o de abandono mesmérico, sino de voluntad y propósito. Otros confunden —y son los más— la Cultura con el progreso material y con la obra de tecnificación que manos y capitales extranjeros realizan en nuestras ciudades sudamericanas. Contra estos dos mitos de la incuria y de la conformidad, asume mi pequeño libro una posición beligerante"⁴.

Dos principios esenciales sujetan las indagaciones de Picón-Salas respecto a la cultura de Hispanoamérica: la vinculación a la civilización de Occidente; y la indivisibilidad de la Historia y destino en los países del Continente. En estos dos puntos es rotundo: "no podía escindirse América del común destino de la civilización occidental, y principalmente de aquella familia de pueblos latinos más próximos a nosotros por el linaje y afinidad histórica"⁵. "Esta historia común que nos envuelve no es para nosotros sólo pasado y lejanía, sino también futuro que debe delinearse, responsabilidad que compete a intelectuales, educadores y políticos. Es la angustia y la utopía —y a ratos la frustración— de un destino histórico indiviso. Ser dependientes o independientes; fortalecerse y unirse o disgregarse más, es todavía el dilema que nos presenta —como en el tiempo de Bolívar— esta inmensa porción del Continente donde más de cien millones de hombres hablan español". Para la comprensión de los caracteres propios, singulares, de la América Hispana acude al estudio de la historia para descifrar los rasgos peculiares: "Tenemos pasado y tradición, y ella también permite entender el presente". "Entender el pasado, pero con espíritu y actitud contemporánea, en solidaridad de Historia que no se detiene, sino prosigue ensanchando la tarea y el destino común". "Y aun para inventar el futuro, es necesario repensar el pasado. El recuerdo de un buen amor parece darnos de la energía y la esperanza para seguir amando".

Con pleno dominio de la literatura hispanoamericana, utiliza Picón-Salas los ejemplos que le brindan para su interpretación las figuras más eminentes de las letras del Continente. La inestabilidad del siglo XIX no permitía el trabajo sosegado y fecundo, como lo reconoce al decir: "quizás el tiempo histórico de estos primeros educadores, poetas y escritores de la América Hispana se resume en tres verbos que brotan con suma insistencia en su lenguaje: combatir, llorar, construir". Esta tensión creadora, a pesar de las circunstancias, suscita en el ánimo de Picón-Salas la mayor admiración, pues en el trabajo individual radica la única virtud formadora de pueblos. Tal es el caso de Bello, ante quien prorrumpe: "Pocos hombres y vidas encarnan ese esfuerzo de la cultura hispanoamericana en que la adversidad debe ser vencida por la esperanza, como la figura tutelar de Andrés Bello". "Cuando en su vida longeva, testigo de un tremendo cambio histórico, Andrés Bello escribe sus tratados más importantes, pudiera compararse con aquellos humanistas del Renacimiento

⁴*Preguntas a Europa* (1937).

⁵O esta aseveración concreta: "Andrés Bello —y en esto coincidía Bolívar— entiende la Independencia no como ruptura con la cultura de Occidente, cuyos primeros reflejos nos llegaron a través de España, sino como libre afirmación de todo lo que deberíamos aprender de ella aún, para que nos ilumine en el descubrimiento de nuestra realidad".

español, albaceas, asimismo, de una grande Historia revuelta, y para quienes la buena lengua y la claridad del pensamiento escrito eran los más eficaces instrumentos de la razón, y en medio de la violencia en que nacía el mundo moderno, querían descubrir los caminos de la concordia". Y como proclama de la vida del mundo hispánico en América para el porvenir, escribe en el Prólogo a uno de sus mejores libros de madurez, *De la conquista a la Independencia* (1944): "Es la lengua española el instrumento de identificación mayor y más válido entre los pueblos que viven desde las estepas del río Bravo hasta la helada pampa patagónica. Idioma e historia tienden, contra los obstáculos de la naturaleza, un sentimiento de fraternidad que precediendo a los bloques económicos y políticos que acaso surjan en el futuro, sostiene la esperanzada y más promisoría garantía del mundo hispanoamericano. Toca a los escritores y pensadores de nuestros países fortalecer cada vez más las bases de este entendimiento, y desenvolver la dialéctica con que suba al plano de la conciencia activa lo que hasta ahora vivimos puro impulso emocional, como instinto que alienta sin organizarse, en el alma de nuestra mente criolla".

Venezuela es punto de partida y permanente acicate en las indagaciones de Picón-Salas. En el fondo, aunque su pensamiento discurió por el ámbito de todo el Continente americano y por el de Europa, y extendió sus disquisiciones hasta el mundo clásico greco-latino, su objetivo último, siempre presente, fue Venezuela, y toda exploración, universal o concreta, inquietante o reposada, era siempre referida a su tierra, a sus gentes. Vibra siempre este tema, como bordón infatigable, en todo cuanto compuso. De Venezuela parten sus inquietudes hasta los más amplios asuntos de la Cultura; hacia Venezuela revierten todas sus mediciones. "Sólo deseo ser un contemplador de mi tierra; un hombre que mirando el pasado y el presente quiera colaborar a la medida de su fe y su entusiasmo en el descubrimiento de nuestro alucinante destino". Y la pasión por el país arranca a su pluma descripciones y conceptos excepcionales en su estilo habitualmente sosegado y de mesura:

Contemplador desde Venezuela

"Dentro del mapa suramericano, Venezuela parece un inmenso hueso de enlace entre el alegre y ruidoso mundo caribe esa Sur América andina, más grave y melancólica que se fija en los altiplanos de Colombia".

"Venezuela, sus ríos, sus gentes y sus paraísos, el sueño de las multitudes que habrán de llenarla, la experiencia de su mestizaje, las tierras que tiene por descubrir, la música de su inmensidad, es un tema demasiado grande para un solo poeta. El verdadero gran poeta venezolano será el que por sobre las fórmulas y los convencionalismos de las retóricas vigentes se trague y se sumerja en esa materia germinal; arranque su canto del misterio que todavía somos, coincida en la actitud anímica y en la palabra reveladora con todos los que lo están aguardando. Así Dante se fue por los caminos, doblegado de las visiones, los odios y los rostros de sus terribles compatriotas toscanos; y el viejo Withman se puso a acunar su rollizo y ansioso pueblo de los Estados Unidos. Se constituyó en protector de las espigas y de las estrellas".

A descifrar las razones históricas, las características contemporáneas y el mensaje para el porvenir, dedica Picón-Salas todas sus energías y la mayor parte de su tiempo de reflexión y estudio. El año de 1936, al desaparecer la dictadura de Gómez, representa para él un momento promisor, abierto a todas las esperanzas. Son múltiples los pasajes en su obra, donde expresa reiteradamente esta ilusión de futuro: "Con el mismo calor desordenado con que fueron escritas, entrego estas páginas de emoción y de interrogación venezolanas. Ante la magnitud de cuestiones nacionales que sur-

⁶Miranda (1946).

⁷"Ciclo de la moderna poesía venezolana" (1940).

gieron a nuestros ojos en 1936 cuando la muerte del viejo Dictador abrió el país a las corrientes de la vida moderna y reveló una dolorosa realidad autóctona que los escribas del César, su policía y la ignorancia cultivada hasta entonces como sistema de gobierno, habían mantenido velada, muchos compatriotas se pusieron a trazar programas técnicos⁸.

Y a continuación, escribe lo que podía ser título general de gran número de ensayos emanados de sus desvelos:

Y a buscar lo entrañable de Venezuela; las esperanzas y los símbolos de esa gran patria libre y justa he destinado estas meditaciones⁹.

Y fija el destinatario de su quehacer, en expresiones que hallamos asimismo en muchas de las obras escritas por Picón-Salas: "Que estas páginas sirvan no a los desengañados ni a los demasiado sabios, sino a los que están metidos en la patética esperanza de una Venezuela siempre mejor; a los jóvenes, a los que no han perdido la fe, a los que conservan el alma íntegra y no mutilada por tantas pruebas y tan reciente tragedia, es mi única aspiración"¹⁰. Pide entusiasmo y entrega total a la empresa que los venezolanos tenían por delante: "Necesitamos —como en cada patria joven de América— este optimismo que no es el del satisfecho ni el del impasible, sino el del que vibra y se enciende con el fuego y responsabilidad de la creación futura. El pesimismo crítico sobre lo que somos y sobre lo que nos falta, no excluye este optimismo final sobre lo que debemos ser". Completa su alentador mensaje con esta sentencia: "La voluntad del hombre y de las generaciones resueltas se imprime en el torrente del devenir y suele cambiar el curso de la Historia"¹¹. Más adelante hemos de ver que vivió la angustia torturante que suscita la contemplación del vértigo disociador y sin rumbo en la vida contemporánea de la América hispana.

En noviembre de 1938 empezó la publicación periódica de la *Revista Nacional de Cultura*, cuyo fundador y primer piloto fue Picón-Salas. En las palabras iniciales con que se abre la primera entrega está su íntimo pensamiento respecto al futuro de Venezuela, expresión alborozada de su deseo de rehacer el país en su recobramiento, "empresa de Cultura y Justicia", enfrentamiento al "misterio y la esperanza", en la visión de días mejores para la patria. Vuelve sus ojos a la tradición, único medio por el cual se fija "un derrotero moral, un espíritu de perduración en la historia. El pasado —ahora lo sabemos— puede ser no sólo culto mortuorio sino revisión y rectificación de la existencia colectiva; germen capaz de reverdecer en nuevas creaciones". Glosa el ideario y la conducta de los héroes civiles venezolanos a cuya estirpe él mismo pertenece: Pedro Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Cecilio Acosta, nombres que aparecen con singular frecuencia en todos sus intentos de interpretación del alma nacional para averiguar y saber utilizar en nuestros días su doctrina y su conducta. "Qué pensaron ellos o qué sorpresa para repensarnos guarda su obra". "Sentir lo venezolano no sólo en la historia remota y el justo respeto a los próceres que duermen en el panteón, sino como vivo sentimiento de comunidad, como la empresa que nos hermana a todos.

⁸1941. *Cinco discursos...* (1940).

⁹Id.

¹⁰Id. Véase, además, la expresiva dedicatoria de su ensayo, de 1936, *Para un retrato de Alberto Adriani*: "A los hombres jóvenes de Venezuela en memoria de una juventud laboriosa, seria para cumplir su tarea, contraída y honesta en el servicio común como fue la irreparable juventud de Alberto Adriani".

¹¹*Odisea de Tierra Firme*, 2ª edición (1938).

El venezolanismo de nuestros hombres ejemplares —de Bolívar, de Miranda, de Bello, de Simón Rodríguez, de Fermín Toro— tampoco se quedó enclavado a la sombra del campanario, sino salió a buscar en los libros, las instituciones y los caminos del mundo, como enriquecerse y aprender de la humanidad entera¹².

La misma ambición de universalidad anima las reflexiones de Picón-Salas en sus meditaciones sobre el pasado nacional, en el que ve fundamentalmente dos generaciones. Una, la de quienes realizaron la independencia; y otra, "la de aquellos más tranquilos pero no menos inteligentes, cuyo doloroso testimonio de la tierra quedó expresado por ejemplo en los discursos y discusiones de la convención de Valencia en 1958"¹³. No debe olvidarse la sana ideología de quienes vivieron transidos por hallar la recta y eficaz orientación de la vida civil de la nación. Si se halla preterido su recuerdo se debe a que se ha buscado "el instinto más que la reflexión", pero "el problema de la inteligencia nacional es el de aprovechar la energía perdida, de hacer consciente lo que hasta ahora fue como rápida iluminación de algunos escritores y algunos artistas; de abrir —para los que estaban perdidos y ciegos— las ventanas y los caminos que se proyectan sobre el mundo"¹⁴. Los desvelos de Picón-Salas se dirigen a lograr la clave del futuro en las observaciones que lleva a término en lejanas latitudes. La convicción de estar sobre terreno firme la manifiesta con harta reiteración: "Los mejores hombres de América, de las dos o tres Américas, ya se llamen variadamente Bolívar, Jefferson, Miranda, Andrés Bello, José Martí o Rubén Darío, descubren a través del universalismo europeo su propio destino nacional o continental"¹⁵.

El dolor ante la historia turbulenta del tormentoso siglo XIX, con dos Venezuelas enfrentadas "sin posibilidad de diálogo y comunicación, dos Venezuelas irreconciliables"; así como el desconcierto que en la Venezuela moderna produce una civilización del "poseer" y el "parecer", le hace invocar la absoluta necesidad de hallar en la propia historia "entre tantas generaciones beligerantes, una posibilidad de acuerdo". Cree contemplar en la generación a que pertenece "una especie de cambio de rumbo en alta mar", para lo cual recomienda con ahínco: "Sentir lo que acontece, es aún adelantarse al proceso de mañana; iluminar mágicamente la realidad, buscar en lo particular y local la más auténtica raíz del hombre"¹⁶. Y su deber de escritor "ante tan comprometido destino", lo proclama rotundamente: "Se escribe sobre la patria con extrema tensión y apremio; acosado por los problemas y como una forma de deber cívico más que de arte gratuito. La Cultura y los métodos que uno pudo aprender al contacto de otros libros, lenguas o civilizaciones quiere emplearse como reactivo para juzgar o mejorar lo próximo. Los países como las personas sólo prueban su valor y significación en contacto, contraste y analogía con los demás"¹⁷. Si Venezuela abandona el azar y la sorpresa con que se ha vivido y asienta su futuro sobre una sólida base moral, en la paz y sosiego de la comprensión, lograda como está la "igualdad criolla", característica eminente de la sociedad venezolana, el país habrá de forjar su destino futuro: "Naturalmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la volun-

¹²*La aventura venezolana* (1963). Traza un programa de revisión de la historiografía nacional con ampliación de las fuentes de las disquisiciones históricas, en su *Discurso de incorporación a la Academia* (1947).

¹³*Comprensión de Venezuela* (1949).

¹⁴*Id.*

¹⁵*Regreso de tres mundos* (1959).

¹⁶*Estudios de literatura venezolana* (1961).

¹⁷*Comprensión de Venezuela* (1948).

tad creadora"¹⁸. Su plan de trabajo se asienta sobre tres palabras: *cultura, organización, entusiasmo*. Y todo, como misión de las nuevas generaciones. Su fe en la juventud como gozne para la nueva orientación, va consignada en numerosos pasajes de su obra, de los cuales es exponente esta cita:

Corresponde a los jóvenes combatir por ese otro estilo de convivencia; la que acerca a los hombres por la cultura, la solidaridad, la cooperación; la que cohesiona para el común destino nacional los grupos inorgánicos y recelosos; la que reemplaza por un trato moral más alto la hosca guazábara en que nos anarquizamos y autodefendimos en los días de nuestro desamparo y nuestra disgregación; la que moviliza la irradiante virtud del entusiasmo.

Y concluye esta proclama con una sentencia dramática, grito o súplica a la juventud de su tiempo: "Bastaría la fervorosa tarea de una generación para transformarnos!"¹⁹.

Picón-Salas ha sido el escritor venezolano de mirada y perspectiva más universal en las letras contemporáneas, con profundo contenido nacional, y aun, como matiz más delicado, enraizaba sus sentimientos y convicciones en su ciudad natal, la Mérida andina, "donde valía la pena vivir", según su propia definición. Este aire de provincia, nunca provincianismo ni localismo, llega a considerarlo como refugio contra lo desmesurado —"¡cuidado con lo colosal!", había escrito— y así dice: "La salvación por las provincias, consigna que podría ser útil a los artistas que en el abélico cosmopolitismo de estos días quieren salvar algo de su patrimonio étnico, ser fieles a la sangre y la tierra de donde brotaron. Porque el mundo marcha a una descolorida uniformidad, a esa extraña monotonía de los días sin color ni símbolo"²⁰. A su Mérida natal dedica un conjunto de escritos "en que nada se enseña sino un poco de alegría y amor, devolviendo a mi ciudad algo de la deuda de nostalgia y ensueño que me dio para peregrinar por la vida"²¹. Este sentimiento convertido en convicción está también en su *Apología de la pequeña nación* (1946), referida a Puerto Rico equivalente a una auténtica provincia por su tamaño y por su realidad, al referir a dimensiones geográficas más humanizadas las empresas de cultura "más ágiles y universalistas por su propia pequeñez".

Idioma y estilo

Recuerdo que hace algunos años le preguntaron a Picón-Salas para una encuesta periodística que indicase qué palabra castellana le parecía más expresiva y contestó que a su juicio era la voz *donaire*. Acaso sería esta la mejor definición de su propio estilo literario. Como maestro de la prosa castellana Picón-Salas dio a la cultura moderna páginas de fresco primor como las del *Viaje al amanecer* o el delicioso encanto de *Pequeña historia de la arepa*, junto a las graves meditaciones de sus ensayos hasta la prosa finamente barroca de *Pedro Claver, el Santo de los esclavos*. Gracia y perfección, virtudes que él veía amenazadas por el estrépito moderno, son rasgos determinantes de su estilo, en el que ya señalaría, además, el arte consumado de adjetivar con extraordinaria exactitud, los interrogantes como recurso expresivo; y el uso magistral de un vocabulario amplísimo, en el que predominan ciertos vocablos que denominaríamos "palabras entrañables" (sosiego, concordia, equilibrio, asco, sutil, riguroso, deleite, venturoso,

¹⁸Id.

¹⁹*Auditorio de juventud* (1941). En su mensaje póstumo, *Prólogo al Instituto Nacional de Cultura* (1965), reitera la invitación a la obra, pero cierto desaliento, dolorido y dramático, campea en sus palabras.

²⁰*Crisis, cambio, tradición* (1955).

²¹*Las nieves de antaño* (1957). Este libro, conjunto de ensayos, enlaza con el encantador relato de *Viaje al amanecer* (1943).

ademán, dones, acorde, regocijo, fascinación, tolerancia, generoso, camino, acento, diáfano, luminoso, pulir, acaso, veracidad, libertad, señoría, limpio, esmerarse, promisor, apenas, decantado, desinterés, frescura, ecuanimidad, recatado, garbo, fino, agudeza, vivacidad, horizonte, acento, solvencia, plenitud, esfuerzo, servidumbre, desvelado, claro, eficaz, hábil, brioso, cavilación, simpatía, mengua, clarificar, etc., escogidas entre las que he anotado de empleo más frecuente en la prosa de Picón-Salas). De todas ellas, quizás *sosiego*, *aseo* y *deleite* sean las que usa con particularísima preferencia. Si a todo ello unimos un claro sentido de humor y la absoluta necesidad de precisión en todo cuanto escribe, tendremos algo abocetado el perfil del escritor.

Lector excelente, Picón-Salas captó —con buen gusto poco común el secreto de la lengua castellana que en sus manos cobró un acento singular, personalísimo. En plena conciencia de la evolución del idioma, hallamos expuestas sus observaciones y sus propias ideas en múltiples pasajes de sus obras: "...el lenguaje es un producto histórico, continuamente configurado por el proceso creador de las generaciones". "Hay un ritmo interno de la lengua en que influye, forzosamente, la manera de ver y sentir de cada época. Lo mismo que la Plástica y la Música, la literatura de un idioma —que es su suprema expresión— se desarrolla en historia de estilos". "Y qué gusto viajar en esa lengua cambiante —mensajera de los siglos— que va de lo primitivo a lo clásico, a lo barroco, de lo barroco a lo moderno, transmitiendo las mejores añoranzas y utopías de los hombres"²². La libertad individual en la creación literaria es principio indeclinable para Picón-Salas, con la natural dependencia a un espíritu permanente de la lengua, pero sin someterse a trabas normativas: "...cada gran artista —a pesar de las limitaciones académicas²³— encontrará su peculiar manera de decir las cosas". "De obedecer a los puristas y si no fuese por el impulso histórico que cambia los idiomas y aporta —según la época— palabras nuevas para nuevos usos y cosas, y por la fuerza creadora del escritor que tiene que encajar, de alguna manera, en las palabras sus vivencias, el castellano se habría congelado en los siglos XIII y XIV, en los días de Alfonso el Sabio o, cuando más, del Arcipreste"²⁴. Y referido el lenguaje moderno, escribe: "¿Hubiera podido escribir Unamuno y Ortega y Gasset —los más significativos escritores hispánicos de este siglo— si siempre hubieran hecho caso a las reglas de la Academia? Su genio creador hará, precisamente que las palabras que usaron aparezcan como clásicas en los futuros Diccionarios de autoridades". Insiste, todavía, en el mismo concepto: "A pesar de que hayan empleado neologismos y aun inventado palabras cuando las requerían, escritores contemporáneos como Unamuno y Ortega y Gasset son ya autoridades en materia de lengua, nuevos clásicos de nuestra literatura en la misma medida en que lo son Quevedo, Cervantes o Fray Luis de León"²⁵. Rubrica, además este derecho a la creación personal con esta ironía: "Los llamados escritores correctos solían ser los más fastidiosos".

²² *Estudios de literatura venezolana* (1961).

²³ Respecto a las Academias, Picón-Salas entonó una suerte de mea culpa en su *Discurso de incorporación a la de la Historia* (1947): "A medida que la natural insurgencia juvenil descubre que nunca se nace por generación espontánea, que nuestro pequeño aporte o mínima pericia personal sólo se explica en función de lo que hicieron los antecesores y de lo que harán los descendientes; a medida que el individualismo altanero de los veinte años es sustituido por una conciencia más solidaria de comunidad, empieza a explicársenos esa tarea serena, de permanencia pacífica que realizan instituciones como ésta".

²⁴ *Estudios de literatura venezolana* (1961).

²⁵ *Id.*

Consecuentemente, establece para el lenguaje hispánico el principio siguiente: "Se puede ser el más perfecto clásico usando *zapero*, *tequiche*, *guayoyo* o *zaparanda*". Pero siguiendo la doctrina de Bello, a quien cita expresamente, dice: "Lo grave son los atropellos a la sintaxis que ahora brotan con tanta frecuencia en escritos venezolanos como resultado del mayor cosmopolitismo, el enorme intercambio con los Estados Unidos y la influencia de masas inmigratorias"²⁶. Proclama como norma la del "buen uso" o sea el de la gente educada, "que se le ofrecía a nuestro don Andrés Bello como el arranque inicial de toda gramática". Y en su teoría del uso legítimo de los venezolanismos, esboza una interpretación muy aguda de su valor expresivo: "A través de estas palabras en que el español se hizo mestizo se sigue un camino apasionante de nuestro vivir venezolano. Cuántas y cuáles indican afectuosidad, coraje, desorden, derroche, intuición; qué dialectalismos o refranes peninsulares se modificaron aquí con nuevas metáforas, son indicio admirable de nuestro modo de concebir el mundo. Tienen interés para el sociólogo, el poeta, el historiador"²⁷. Los vocablos son pesados, medidos y gustados por Picón-Salas²⁸ y recomienda al escritor "para que sus palabras sirvan y no queden enredadas como aserrín en la garlopa, hay que usar también escuadras e invisibles instrumentos de cálculo"²⁹. La fina percepción del lenguaje logra exactas definiciones de usos del idioma en otros escritores. Por ejemplo: "...la sencilla lengua, casi socrática, en que Bello velaba con elegancia su densa sabiduría", "...ese español rico y concreto, [de Teresa de la Parra] síntesis maravillosa de su aprendizaje madrileño y del más anecdótico y vivaz criollismo, con ese poquito de espíritu francés que en los hispanoamericanos más refinados suaviza los colores demasiado fuertes o las antítesis violentas del alma castellana"; o esta afirmación relativa al estilo de Pedro Emilio Coll, "...no es de ningún modo el tropicalismo estrepitoso, sino un arte más íntimo de sugestión, de protitud metafórica y hasta de amable ironía..."

En el camino de continua perfección hacia la maestría de su estilo, Picón-Salas superó escollos, que nos vienen explicados en su prosa limpia y persuasiva: "Lo primero que tuve que suprimir en este proceso de simplificación y resignada conquista de la modestia, fue el abuso del *yo*". Sigue luego en su confesión: "A los 19 años me encantaba la prosa de Azorín, hasta me esmeraba en imitarla, pero ¿de qué rincones viejos y patinadas rutas de don Quijote iba a hablar en este tormentoso y cambiante mundo hispanoamericano? A algunos de los grandes amigos de América en España desde Menéndez Pelayo hasta el muy comprensivo y genial Unamuno (a quien hubiéramos otorgado título de *gaucho*, *guajiro* o *llanero* honorario), les faltó la experiencia directa del escenario americano y de toda la problemática que aquí suscitan el inmenso espacio geográfico, el mestizaje, la inmigración, la imperiosa vecindad de un enrarecido mundo tec-

²⁶*Barbarismos y Venezolanismos* (1952).

²⁷*Estudios de Literatura venezolana* (1961).

²⁸Son curiosas ciertas confesiones; por ejemplo, la aversión a la palabra *problema*; la repugnancia a la palabra *pureza* "porque ella parece eludir a lo que mantuvo en su originaria virginidad sin experimentar el roce caliente con la vida", por lo que opone las voces: *propiedad* o *adecuación lingüística*, porque la palabra *propiedad* acepta los cambios y continuos impactos que la civilización dispara en los usos y sensibilidad de las gentes", mientras *pureza* "es concepto estático"; o la sugerencia: "...la palabra *páramo*, tan semejante a *desamparo*, con que se nombra la helada soledad de las rocas andinas".

²⁹*Crisis, cambio, tradición* (1955).

nológico y supercapitalista como el de Estados Unidos³⁰. Y en el desarrollo de su conciencia de hombre de letras, la de que siente "que la palabra no se le dio como juguete personal, sino como medio de comunicarse con los demás hombres y hacer más habitable el mundo"³¹, transformó la finalidad de su obra, con un profundo contenido humano: "No nos basta el arte tan sólo, porque aspiramos a compartir con otros la múltiple responsabilidad de haber vivido".

Al sorprenderle la muerte, poco antes de cumplir 64 años, Mariano Picón-Salas llevaba ya realizada una obra muy valiosa en volumen y significación, tanto por la hondura de contenido, cuanto por las cualidades de lenguaje. Realmente, de Picón-Salas aún podía esperarse mucho más, pues sus últimas meditaciones habían alcanzado pleno vigor y seguridad en el razonamiento y limpia perfección expresiva. Deberá vincularse en la historia de las ideas contemporáneas en Hispanoamérica, con los grandes intérpretes y orientadores de la fascinante y acelerada transformación de esta parte del mundo del habla hispánica.

Hemos relacionado su mensaje con los de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Cada uno con su matiz personal, peculiar, ha indicado el destino futuro de la civilización de un Continente, en las indagaciones y en su obra de creación.

Picón-Salas habrá de ser considerado como uno de los valores más legítimos de la cultura hispanoamericana contemporánea.

Caracas, marzo de 1965.

Contribución a la Bibliografía de Mariano Picón-Salas, 1901-1965. (Libros, folletos, prólogos y ediciones).

Nota preliminar. De acuerdo con la calificación que de sus propios escritos hizo don Mariano Picón-Salas ("Historia, ensayo, y creación son las tres vertientes de mi obra"), he ordenado las referencias biográficas en esos tres grandes capítulos, precedidos de las dos ediciones antológicas, y seguidos de las notas a las publicaciones que hizo como prologuista y como editor de libros y revistas.

La bibliografía de los artículos y colaboraciones de Picón-Salas en revistas y periódicos exige una investigación a fondo en un gran número de publicaciones americanas y europeas, cuyo examen sistemático habrá de hacerse algún día como trabajo monográfico. Se hará indispensable, si ha de realizarse la edición de las Obras Completas, que han sido decretadas por el Gobierno Nacional. Sólo con la debida catalogación y compulsas de cuanto publicó en vida, se estará en condiciones de precisar exactamente la totalidad de los escritos de Mariano Picón-Salas.

Por estimarlo útil y orientador, he dispuesto un breve esquema biográfico, basado en la propia información de Mariano Picón-Salas, dada para la fecha biobibliográfica contenida en la obra *Venezuela Independiente, 1810-1960*, en la que colaboró (Cf. N° 81 de la relación de publicaciones).

Esquema biográfico

1901. Nace en Mérida el 26 de enero. Estudia su primaria y secundaria en su ciudad natal.

1920. Prosigue en Caracas sus estudios universitarios.

1923. Se traslada a Santiago, donde concluye en la Universidad de Chile su carrera hasta titularse Profesor de Historia.

1928. Se gradúa de doctor en Filosofía y Letras.

³⁰*Obras Selectas*, Prólogo (1953). Añade: "Si a los veinte años la literatura puede confundirse con una invitación a lo artificioso, a los cincuenta —y si perdura nuestro amor por ella— es más bien pasión de expresar lo concreto".

³¹"Profecía de la palabra" (1945).

- 1929-1936. Ejerce de Profesor en Liceos y en las Facultades de Humanidades y Educación y en la de Bellas Artes de la Universidad de Chile.
1936. Regresa a Venezuela. Ejerce el cargo de Superintendente del Ministerio de Educación.
- 1936-1937. Encargado de Negocios de Venezuela en Checoslovaquia.
- 1938-1940. Director de Cultura y Bellas Artes en el Ministerio de Educación, Caracas.
- 1942-1944. Profesor visitante en la Universidad de Columbia, Middlebury College, Smith College y en la Universidad de California, en Estados Unidos.
- 1946-1947. Decano-fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela.
- 1947-1948. Embajador de Venezuela en Colombia.
- 1949-1951. Profesor Visitante en la Universidad de Puerto Rico, San Juan.
1951. Profesor Visitante en la Universidad de California, Los Angeles, y en el Colegio de México.
- 1951-1958. Profesor en la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad Central de Venezuela.
1954. Premio Nacional de Literatura.
- 1958-1959. Embajador de Venezuela en Brasil.
- 1959-1962. Delegado Permanente de Venezuela ante la UNESCO, París.
1962. Embajador de Venezuela en México.
1963. Secretario General de la Presidencia de la República, Caracas.
1964. Presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes.
1965. 1º de enero. Fallece en Caracas.

PUBLICACIONES

I. COMPILACIONES ANTOLOGICAS

1. *Ensayos escogidos*. Prólogo de Ricardo A. Latcham. Selección y nota preliminar de Juan Loveluck. Santiago, Zig-Zag, 1958. xxiii, 233 p.
2. *Obras Selectas*. Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1953. xv, 1152 p.
Segunda edición, corregida y aumentada. Madrid-Caracas, 1962. xv, 1465 p.

II. OBRAS (libros y folletos)

a) Historia

3. *De la conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 255 p.
Segunda edición. Corregida y aumentada. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1950. 220 p.
Tercera edición. México, Fondo de Cultura Económica, 1958. 220 p.
Hay versiones al francés y al inglés de esta obra.
4. *Discursos leídos en el acto de la recepción pública del académico de número Don Mariano Picón-Salas. Contestación de don Augusto Mijares*, Caracas, 1947. 23 p.
5. *Imágenes de Chile: vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos... Selección y notas de Mariano Picón-Salas y Guillermo Feliú Cruz*. Santiago, Editorial Nascimento, 1933. 339 p.
Segunda edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1937. 336 p.
6. *Miranda*. Buenos Aires. Editorial Losada, 1946. 249 p.
Segunda edición. Caracas, Aguilar, S. A. de Ediciones, Sección Venezolana, 1965. 264 p.
7. *Pedro Claver, el Santo de los esclavos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1950. 210 p.
Segunda edición. Caracas, Aguilar, S. A. de Ediciones, Sección Venezolana, 1954. 194 p.
Tercera edición. Segundo Festival del Libro Venezolano. Lima, Editora Latinoamericana, 1959. 176 p.
8. *Simón Rodríguez (1771-1854)*. Caracas. Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953. 58 p.
9. *Suramérica, período colonial*. México, Editorial Fournier, 1953. 52 p.
10. *El último inca*. Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires, S. A., pp. 327-330 (Sobretiro de la "Revista de la Universidad de Buenos Aires", v época, año III, Nº 3).

b) Ensayos

11. *Apología de la pequeña nación; discurso pronunciado en la cuadragésimosegunda colación de grados de la Universidad de Puerto Rico el 31 de mayo de 1946*. Río Piedras, 1946. 37 p.

12. *Buscando el camino*. Caracas, Editorial Cultura Venezolana, 1920. 149 p.

13. *Comprensión de Venezuela*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, 1949. 181 p.

Nueva edición corregida y aumentada. Prólogo de Hernando Téllez, Madrid, Aguilar, 1955. 607 p.

Incorpora un buen número de monografías a la primera edición. Duplicó el volumen. A su fallecimiento dejó preparada otra ordenación de ensayos venezolanistas, con el título de *Suma de Venezuela*.

14. *Crisis, cambio, tradición (ensayos sobre la forma de nuestra cultura)*. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1955. 239 p.

En la solapa de la edición, el libro se denomina: *La crisis y el aire de nuestra cultura*.

15. *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas, Cruz del Sur, 1952. vi, 145 p.

16. *Despedida do Brasil*. Rio de Janeiro, Associação Brasileira do Congresso pela liberdade da Cultura, 1959. 33 p.

Traducción de Arino Peres. Mariano Picón-Salas, por Afranio Coutinho.

17. *The dispersion of free Spain*. Texas, 1961, pp 21-24.

Separata de "The Texas Quarterly. Special issue: Image of Spain. Spring 1961". Traducción de Robert H. Williams.

18. *En las puertas de un modo nuevo (Ensayo de crítica social)*. Mérida, Universitatis Andinensis, Tip., 1918. 29 p.

— *Estudios de literatura venezolana* (Cf. Nº 20).

19. *Europa-América, preguntas a la esfinge de la cultura*. México, Cuadernos Americanos, 1947. 246 p.

20. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1940. 271 p.

Apéndice a la bibliografía de la literatura venezolana entre los años 1930 a 1940, por Pascual Venegas Filardo, pp. 251-262.

Segunda edición. Caracas, Editorial Las Novedades, 1945. 270 p.

Tercera edición. Caracas, Editorial Las Novedades, 1948. 245 p.

Cuarta edición. México, Editorial Diana, 1952. 245 p.

En 1961, el autor publicó el libro, con nuevo título y muchas adiciones ("Coda final", "Algunas páginas sobre escritores venezolanos"). Explica que lo hace "para rescatarlo de la peligrosa aventura pirática" que sufrió el libro. La nueva edición es:

Estudios de literatura venezolana, Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1961, 320 p.

21. *Gusto de México*. México, Porrúa y Obregón, 1952. 98 p.

Segunda edición. Caracas, Tip. La Nación, 1952. 139 p.

22. *Hispanamérica; posición crítica (Una conferencia y tres ensayos)*, Santiago, 1931. 40 p.
23. *Hora y deshora. Temas humanísticos, nombres y figuras, viajes y lugares*. Caracas, Ediciones del Ateneo de Caracas, 1963. 177 p.

24. *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1935. 139 p.

En *Registro de huéspedes* (Cf. Nº 41) anuncia por publicar una colección de ensayos intitulada *Viaje al pasado*, que quizás sea esta misma obra con cambio de denominación.

25. *Los malos salvajes. Civilización y política contemporáneas*. Buenos Aires, 1962. 132 p.

26. *1941, cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*. Caracas, Editorial La Torre, 1940. 142 p.

27. *Las nuevas corrientes del arte, disertación leída en la Ilustre Universidad de los Andes de Mérida la noche del 28 de octubre de 1917*. Mérida, Tip. "El Lápir", 1917. 19 p.

28. *On being good neighbors*. Washington. Pan American Union, Division of intellectual cooperation, 1944. 10 h.

29. *Para un retrato de Alberto Adriani*. Praga, Orbis, 1936. 23 p.

30. *Preguntas a Europa*. Santiago, Editora Zig-Zag, 1937. 143 p.

Lleva el subtítulo de *Viajes y ensayos*.

31. *Problemas y métodos de la historia del arte. Dos conferencias didácticas*. Santiago, Editorial Nascimento, 1934. 49 p.
32. *Prólogo al Instituto Nacional de Cultura*. Caracas, Cronotip. 1965. 5 p.
33. *Regreso de tres mundos; un hombre en su generación*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959. 145 p.
34. *Rousseau en Venezuela*. s. p. i., pp. 195-201.
Sobretiro de "Philosophy and phenomenological Research", Vol. iv, Nº 2, december, 1943.
35. *Tesoro del bouquinista*, s. f., pp. 29-36.
Separata de la "Revista Shell", Caracas, 1962.
36. *Tiempo de Humboldt*. Caracas, 1959. 7 p.
Reimpresión por el Ministerio de Educación, como anexo a la "Revista Nacional de Cultura". Figura el trabajo en *Dependencia e independencia en la historia de Hispanoamérica* (Cf. Nº 15).
37. *Un viaje y seis retratos*. Caracas, Editorial Elite, 1940. 93 p.
Es el Nº 24, de los "Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos".

c) Creación

38. *Mundo imaginario. Los recuerdos impresionantes. La vida de un hombre. Historia de un amigo. Tema de amor*. Santiago-Concepción, Editorial Nascimento, 1927. 143 p.
El autor le da el subtítulo: "Prosa poemática y narraciones".
39. *Las nieves de antaño; pequeña añoranza de Mérida*. Maracaibo, Ediciones de la Universidad de Zulia, 1958. 140 p.
Homenaje a la Universidad de Los Andes en el iv centenario de la Fundación de Mérida. El "Ofrecimiento" va firmado por Herculino Adrianza.
40. *Odisea de Tierra Firme (Vida, años y pasión del trópico)*. Novela, Santiago, 1931. 186 p.
Segunda edición. Santiago, Zig-Zag, 1940. 139 p.
En esta segunda edición se publica una portadilla de Mariano Azueta, con un fragmento de carta, y un artículo de Ricardo A. Latham. Lleva asimismo una nota del autor.
41. *Registro de Huéspedes*. Novelas. Santiago-Concepción, Editorial Nascimento, 1934. 147 p.
En esta obra, anuncia tener preparada por publicar, una novela intitulada, *Travesía de un hombre sin plata*, que nunca vio la luz.
42. *Los tratos de la noche*. Barquisimeto, Editorial Nueva Segovia, 1955. 206 p.
43. *Viaje al amanecer*. Prólogo de E. Abreu Gómez. México, Ediciones mensaje, 1943. 202 p.
Ha tenido varias reediciones.
Nota. Parece haber dejado una novela inédita a su muerte. Se publicó un fragmento con el título de "Luto en la familia", en *El Nacional*, Caracas, 20 de enero de 1965.
44. ACEVEDO ESCOBEDO, ANTONIO. *Los días de Aguascalientes*. México.
El Prólogo de Mariano Picón-Salas a esta obra está reproducido en *Crisis, cambio, tradición*, 1955 (Nº 14).
45. ADRIANI, ALBERTO (1896-1936). *Labor venezolanista*. Caracas, Tip. La Nación, 1937. 288 p.
Prólogo por Arturo Usilar Pietri y Mariano Picón-Salas.
46. ALVARADO, LISANDRO (1858-1929). *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*. Caracas, 1956. xv, 662 p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
47. *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX (1830-1900)*. Caracas, Empresa El Cojo, 1940, vi, 346 p.
Prólogo firmado: M. P. S.
48. ARCILA FARÍAS, EDUARDO. *Sudor; cuentos del mar y de la tierra*. México, 1941. 131 p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
49. "La aventura venezolana", en: *150 años de vida republicana (1811-1961)*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1963. Tomo I, pp. 35-48.
50. BELLO, ANDRÉS (1781-1865). *Temas de historia y geografía*. Caracas, 1957, LXIV, 572 p.
Prólogo sobre "Bello y la historia", por Mariano Picón-Salas.
51. BRICEÑO IRAGORRY, MARIO (1897-1958). *Casa León y su Tiempo (aventuras de un anti-héroe)*. Caracas, Editorial Elite, 1946, VII-XXIII, 242 p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
Otras ediciones: Caracas, 1947; Madrid, 1954.

52. CARACAS. UNIVERSIDAD CENTRAL. *Don Rómulo Gallegos, doctor Honoris Causa en Humanidades y Educación*. Caracas, 1958. 24 p.
- Discurso de Mariano Picón-Salas.
53. "Caracas en 1957", en: *390 años de Caracas*. Ilustraciones de Marcel Floris, Caracas, ARS Publicidad, S. A., 1957.
54. CARRILLO MORENO, JOSÉ, 1922. *Matías Salazar, Historia Venezolana*. Caracas, Ediciones Garrido, 1954. XI, 133 p.
- "Ecolio de Matías Salazar", por Mariano Picón-Salas.
55. D'SOLA, OTTO, 1912. *Antología de la moderna poesía venezolana (selección y compilación de Otto D'Sola)*. Caracas, Editorial Impresores Unidos, 1940. 2 v.
- "Ciclo de la moderna poesía venezolana (1880-1940)", por Mariano Picón-Salas, Vol. I, pp. v-xxxv.
56. D'SOLA, OTTO, 1912. *De la soledad y las visiones*. Publicaciones Viernes. Caracas, Editorial Elite, 1941. XIII, 76 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
57. DE GRUMMOND, JANE LUCAS, 1905. *Las comadres de Caracas; historia de John G. A. Williamson*. Barquisimeto, Editorial Nueva Segovia, 1955. 268 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
58. DÍAZ ALFARO, ABELARDO. *Terrazo*. San Juan, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1947. 118 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
59. *Diccionario biográfico de Venezuela*; editores: Garrido Mesquita y compañía. Madrid, 1953. LI, 1558 p.
- "Doscientos años de biografía", prólogo de Mariano Picón-Salas.
60. DURÁN, RENÉ, 1910. *Algunos poetas venezolanos contemporáneos: Enrique Planchart, Fernando Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, José Ramón Heredia, Luis Fernando Alvarez, Antonio Arráiz, Vicente Gerbasi, Juan Liscano. Textos escogidos y traducción al francés con una presentación de los autores*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1954. XI, 243 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
61. FEBRES CORDERO, TULLIO (1860-1938). *Mitos y tradiciones*. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1952. 221 p.
- "Don Tulio, rapsoda de Mérida", prólogo firmado de Mariano Picón-Salas.
62. FEBRES CORDERO GONZÁLEZ, JULIO. *Hacia una nueva geografía; esquema arbitrario de la tierra venezolana*. Caracas, Editorial Grafolit, 1947. 178 p.
- Carta-prólogo firmada: Mariano Picón-Salas.
63. FONSECA, JOSÉ FÉLIX. *Hojas errantes, poesías. Atardeceres, poesías. Recuerdos de mi parroquia, prosa*. Trujillo, Ediciones del Ejecutivo del Estado, 1959. 237 p.
- Opinión de Mariano Picón-Salas.
64. GÓMEZ PICÓN, RAFAEL, 1900. *Orinoco, río de Libertad; interpretación geográfica, histórica, social y económica desde el descubrimiento hasta nuestros días*. Madrid, A. Aguado, S. A. 1953. 501 p.
- "Aproximación al Orinoco", prólogo firmado: Mariano Picón-Salas.
65. GONZÁLEZ, JUAN VICENTE (1810-1866). *Biografía del General José Félix Ribas y artículos polémicos*. Buenos Aires-Nueva York, W. N. Jackson, Inc. 1946. LVII, 354 p.
- Selección y "Reseña de la historia cultural de Venezuela", por Mariano Picón-Salas.
66. GONZÁLEZ, JUAN VICENTE (1810-1866). *Páginas escogidas*. Caracas, Antologías "Victoria", Manrique & Ramírez, Angel, 1921. XIV, 246 p.
- Selección y notas de Mariano Picón-Salas.
67. GRAMCKO, IDA, 1924. *Poemas (1947-1952)*. México, Editorial Atlante, 1952. XII, 231 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
68. GRAMCKO, IDA, 1924. *Poemas. La vara mágica (poesías). La hija de Juan Palomo (comedia infantil). Belén Silvera (autosacramental)*. Madrid, Aguilar, 1955. 692 p.
- "Nota a los poemas", por Mariano Picón-Salas.
69. MENOZZI SPOSITO, ENILIO (1892-1951). *Cantos bárbaros*. Caracas, Imprenta Bolívar, 1926. 81 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.
70. OLIVER, BARTOLOMÉ. *El Legado de Cicerón*. Caracas-Barcelona, Ediciones Ariel, S. L. 1958. 192 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas. pp. 11-18.
71. PADRÓN, JULIÁN (1910-1954). *Obras Completas*. México, Aguilar, 1957. XXIV, 1594 p.
- Prólogo de Mariano Picón-Salas.

72. PARRA, TERESA DE LA (1895-1936). *Cartas*. Librería Cruz del Sur, 1951. ix, 133 p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
73. "Perspectiva de la pintura en Venezuela", en: *La Pintura en Venezuela*. Caracas, Cromotip, 1954. 220 p.
74. PICÓN FEBRES, GONZALO (1860-1918). *El Sargento Felipe*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1956. 204 p.
"Memoria de Gonzalo Picón Febres; retrato provincial", prólogo de Mariano Picón-Salas.
75. *Promesa de Venezuela*. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1964.
"Comentario" de Mariano Picón-Salas, pp. 5-7.
76. ROSENBLAT, ANGEL, 1902. *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1956. 2 vol.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
77. SPINETTI DINI, ANTONIO (1900-1941). *Antología poética*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1957. 163 p.
"Memoria de Antonio Spinetti Dini", por Mariano Picón-Salas; pp. 7-14.
78. "Unidad y nacionalismo en la historia hispanoamericana", en: *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo*. México, 1951. pp. 315-342.
79. USLAR PIETRI, ARTURO, 1906. *Las lanzas coloradas*. Santiago de Chile, Empresa Letras, 1932. 159 p.
"La novela de Uslar Pietri", por Mariano Picón-Salas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956. 208 p.
80. USLAR PIETRI, ARTURO, 1906. *Las nubes*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1951. 239 p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.
Otra edición: Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956. 208 p.
81. "Venezuela; algunas gentes y libros", en *Venezuela Independiente, 1810-1960*. Caracas, Edición de la Fundación Eugenio Mendoza, 1962. pp. 3-20.
82. VILLANUEVA, LAUREANO (1840-1912). *Ezequiel Zamora (vida del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora)*. Barquisimeto, Editorial Nueva Segovia, 1955. 302. LXIX p.
Prólogo de Mariano Picón-Salas.

IV. PUBLICACIONES PERIODICAS

83. *Almanaque para 1952. Resumen y deleite de lo venezolano*. Caracas, "El mes financiero y económico de Venezuela", 1952.
Director: Mariano Picón-Salas.
84. *Almanaque para 1953. Resumen y deleite de lo venezolano*. Caracas, 1952.
Director: Mariano Picón-Salas.
85. *Aristides Rojas. Revista ecléctica*. Mérida, 1918.
Director: Mariano Picón-Salas.
86. *Revista Nacional de Cultura*. Nº 1. Caracas, noviembre de 1938.
Director-fundador: Mariano Picón-Salas.
87. *Mar de cosas*.
Falleció Mariano Picón-Salas con el proyecto de editar *Mar de Cosas*, como revista dedicada a la juventud venezolana, órgano del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, que presidía Picón-Salas.
Febrero de 1965.
(Rev. N.ºs 167-169. Caracas, enero-junio de 1965).

David D. Anderson: La Literatura norteamericana en su contexto cultural

LA EDUCACION general, como cualquier otra tentativa para dar una base liberal a la educación especializada que exige una sociedad compleja, es un todo compuesto de muchas partes. Ha habido muchos tropiezos y confusiones al tratar de determinar la naturaleza de estas partes, lo que ha dañado la reputación de este movimiento en muchos círculos intelectuales durante los años en que estaba batallando por su identidad. Afortunadamente, parece que ahora están en retirada los que veían el movimiento como adaptación a la vida, y la filosofía que lo está controlando se basa en la creencia de que un programa de educación general debe derivar su fuerza de las disciplinas humanísticas liberales tradicionales.

El estudio de la historia literaria norteamericana tiene su lugar dentro de este programa. No debe considerársele como una tentativa ni para barnizar levemente a los estudiantes con una abstracción tan vaga como la cultura, ni para transformarlos a todos en historiadores literarios. Tiene su lugar en el programa, sin embargo, porque ilustra claramente las ideas más importantes que han dominado a Norteamérica en los años en que emergía la identidad nacional.

*Historia
literaria
norteamericana*

Este énfasis es necesariamente peligroso porque la literatura misma se presenta dentro de cursos de Estudios Norteamericanos o de Civilización Norteamericana que contiene un gran número de documentos subliterarios o no literarios, y los estudiantes se ven en aprietos para determinar lo que es literatura y lo que no lo es. En este trabajo, me propongo esbozar un enfoque que ya ha tenido éxito al capacitar a los estudiantes para ir más allá del análisis ideológico de un trabajo y para determinar la naturaleza de los otros elementos allí presentes que lo hacen algo más que mera propaganda o la expresión de una opinión, y le dan pretensiones literarias.

Para aclararle esta diferencia a los estudiantes, hay que señalar que una obra literaria plena, se diferencia de las formas subliterarias por la naturaleza de su composición, que es la fusión de tres dimensiones: a) fondo, que es el aspecto más obvio de una obra literaria, y que comprende personajes, argumento y lugar; b) técnicas, como estilo, dicción y enfoque, y c) actitudes, que son esencialmente los cimientos filosóficos que culminan en una declaración temática. Hay que hacer notar que en todas estas dimensiones, las características generales identifican escuelas literarias, mientras que las características específicas identifican a individuos o grupos diferentes dentro de las escuelas.

A partir de esta base, se puede capacitar a los estudiantes para identificar trabajos y tendencias literarias y para verlos en perspectiva, en la relación que tienen con las fuerzas más importantes que han dado forma al pensamiento norteamericano desde sus primeros días. Para llevar a cabo esto en forma eficiente, a menudo es

necesario contar con un breve resumen del desarrollo literario norteamericano en relación a su contexto cultural. Esto es lo que viene a continuación. Lo incluyo porque ha servido para darle al estudiante la perspectiva histórica que necesita al ir recibiendo impresiones de la tradición literaria en los documentos que examina.

Después del largo período de desarrollo colonial, durante el cual la literatura norteamericana tuvo un énfasis casi exclusivamente pragmático debido a las presiones políticas y religiosas de la época, hubo una seria tentativa por dar forma a una literatura norteamericana propia, tentativa que coincidió con los años formativos de la joven República. Estos esfuerzos realizados por hombres como Philip Freneau y Charles Brockden Brown, dieron lugar al uso de escenas auténticamente norteamericanas, y a la vez, marcaron los comienzos de la primera literatura norteamericana tridimensional identificable.

Esta literatura nueva coincidió y fue incluida por la creciente importancia del papel del individuo en la vida norteamericana. Políticamente, la democracia, con Jefferson primero y con Jackson después, comenzó su largo dominio del pensamiento político-social norteamericano; en el campo religioso, el Calvinismo se batía en retirada, y la literatura nueva inició la celebración de Norteamérica y del individuo. El primer movimiento literario reconocible puede ser caracterizado como idealismo norteamericano.

En el período entre el fin de la Guerra de 1812 y el comienzo de la Guerra Civil, los literatos reaccionaron igual que los teóricos políticos democráticos: reconociendo que la Revolución Americana había sido un rechazo tanto político como social.

*Período
romántico*

El idealismo norteamericano culminó entre 1830 y 1850, en lo que se llamó Período Romántico. Durante esos años, tres dimensiones literarias identificables se fundieron para formar la nueva literatura. Como temas el idealismo eligió la naturaleza, el pasado y el paisaje común —casi invariablemente las variedades norteamericanas de éstos. Las técnicas usadas estaban fuertemente ligadas a una premisa filosófica que les servía de base, ya que existía un esfuerzo consciente para utilizar las apariencias superficiales como punto de partida desde el cual intentar alcanzar la realidad espiritual que yacía bajo ella. La actitud idealista básica era reconocer que la verdad espiritual fundamental se encuentra más allá de lo físico, y lo que es más importante, que el hombre puede llegar a la perfección al tratar de encontrar esta realidad fundamental.

*Subliteratura
popular*

Esta actitud básica contribuyó grandemente al ímpetu que hizo de la época Idealista una época de reforma. El deseo de ayudar al hombre a conseguir la perfección, hizo que los idealistas intentaran reformar condiciones sociales para que su medio ambiente fuese un factor conducente a la vida perfecta. En el nivel práctico, la actitud produjo grupos para los Derechos de la Mujer, de Temperancia, Anti-bélicos y de Reforma Social, todos los cuales llegaron a ser poderosos, terminando por combinar sus esfuerzos en el movimiento abolicionista.

A la vez, en esta época emergió la tradición elegante de la subliteratura popular, que exigía delicadeza de temas y técnicas decorosas y refinadas. Esta tradición, popularizada por Oliver Wendell Holmes, Henry Wadsworth Longfellow y otros, todavía subsiste entre nosotros. Los idealistas de mayor importancia, como Emerson, Thoreau, Melville, Whitman y Hawthorne estaban interesados principalmente en definir un ideal norteamericano nuevo y apropiado. Durante el proceso, no sólo ayudaron a conducir los destinos de Norteamérica y de sus propias filosofías a un período de destrucción que llegó a amenazar las existencias de la una y las otras, sino que llegaron a ver sus filosofías personales totalmente destrozadas.

En el período entre los años 1850 y 1865, se empezó a derrumbar la armonía ideal norteamericana, como resultado de la creciente ferocidad de la controversia sobre la esclavitud, del creciente desarrollo de las ciencias físicas y biológicas que culminó en *El Origen de las Especies* y fundamentalmente, debido a la Guerra Civil. Los cimientos del idealismo norteamericano se vieron sacudidos por tres aterradoras posibilidades: 19 el deseo de progreso y de perfección de los hombres podría no ser innato, como parecía demostrar la esclavitud; 29 la ciencia moderna parecía apoyar la tesis de que la realidad fundamental bien podría ser más física y mecánica que espiritual, y 39 la inhumanidad del hombre para con el hombre en la Guerra Civil, que culminó en la masacre de Fort Pillow, Andersonville y en Camp Douglas, dio evidencias de que el hombre podía estar retrocediendo en lugar de progresar espiritualmente.

Los efectos que tuvieron estas posibilidades entre los idealistas de mayor importancia fueron asombrosos. Después de 1850, Emerson escribió poco; trató de reconciliar el Darwinismo con el Trascendentalismo, y fracasó. Después de haber sido un abolicionista acérrimo, que pedía castigos mortales durante la guerra, perdió la memoria antes de morir, en 1882. Entre 1862 y 1892, Melville abandonó todo intento serio de escribir; tentó una síntesis filosófica a partir de la apariencia y la realidad en *Billy Budd*, pero murió sin haber resuelto el problema. Whitman, probablemente menos dotado filosóficamente, pasó gran parte de su tiempo reescribiendo *Leaves of Grass*, donde encontró refugio en un misticismo secular y patriótico. Al morir Thoreau y Hawthorn, el uno en 1862 y el otro en 1864, evitaron confrontarse con el dilema.

La tradición elegante, entretanto, florecía ignorando la dicotomía filosófica de la era, y sus filas aumentaban con nuevos literatos, entre los que contamos a Louisa May Alcott, Elizabeth Stuart Phelps y Thomas Bailey Aldrich. En los años de postguerra, esta tradición se transformó en un campo extraordinariamente fértil, ya que ofrecía refugio sentimental a los que querían evadirse de la guerra y de los problemas planteados por el materialismo, que entonces comenzaba a emerger.

Destruída la síntesis filosófica al fin de la guerra, y con el idealismo en franca retirada, la literatura norteamericana importante comenzó a tambalearse en sólo dos dimensiones, en tanto buscaba una base ideológica. En competencia con la tradición elegante, había una nueva tendencia que acentuaba las peculiaridades de lugar, personaje y argumento, combinándolas con una técnica que intentaba reproducir ritmos y modismos lingüísticos locales y regionales. Esta nueva tradición, mejor conocida como "color local", no logró satisfacer, sin embargo, a muchas figuras literarias de la postguerra. Algunas de ellas intentaron darle a la literatura una tercera dimensión que aceptaba las premisas que habían destruido al idealismo.

Entre estos nuevos escritores, Mark Twain obtuvo prominencia rápidamente. Enraizado en la tradición del color local, tendió, a la vez, a aceptar las nuevas evidencias del determinismo. *The Gilded Age* (La Edad Dorada), 1879, y *A Connecticut Yankee* (Un Yanqui de Connecticut, 1889) lo llevaron directamente a los pronunciamientos pesimistas de *The Man Who Corrupted Hadleyburg* (El Hombre que Corrompió Hadleyburg, 1601), *What Is Man* (¿Qué es el Hombre?) y *The Mysterious Stranger* (El Forastero Misterioso). Para Mark Twain, cegado por las evidencias a su alrededor, la verdad fundamental no existía; sólo existía el horror inmediato.

William Dean Howells, que al igual que Mark Twain había heredado la experiencia de la frontera, buscó una tercera dimensión en su obra acentuando "fidelidad a la experiencia y probabilidad de motivo". En realidad, ésta no era una premisa filosófica, sino una norma literaria que realzaba la técnica. Este énfasis llevó a tentativas de reproducir literalmente la superficie y los fenómenos psicológicos de la

vida, lo que dio margen al movimiento realista. El realismo de Howells, como todo el nuevo realismo, siguió siendo bidimensional a pesar de las normas agregadas a su técnica, y el mismo Howells fue pasado a llevar, para convertirse en el gran anciano de las letras norteamericanas, respetado por todos, pero al que nadie prestaba mayor atención.

Henry James también buscó una tercera dimensión a través de la refinación de la técnica y el examen del campo psicológico. A la manera de Howells, rehusó aceptar las nuevas evidencias y fracasó en su tentativa por encontrar una base de verdad filosófica para su obra.

Los tres contribuyeron, sin embargo, con una nueva técnica literaria que daba énfasis a los verdaderos fenómenos de la vida humana: esta técnica, el Realismo, dominó las letras norteamericanas durante más de cincuenta años. Este concepto, íntimamente asociado con las actitudes filosóficas que le siguieron, y que tardaron más en desenvolverse, ha causado gran confusión crítica y popular. Twain, Howells y James, aunque aceptaron la premisa de total honradez en sus obras, nunca llegaron a entender cabalmente las implicaciones de la nueva evidencia, y sus obras son esencialmente bidimensionales...

De los tres, es Twain el que más se aproxima a una dimensión filosófica reconocible, y con esto señaló el camino a la literatura tridimensional que iba a aparecer con posterioridad a la destrucción de la síntesis idealista. La asimilación final de las nuevas evidencias y de sus implicaciones, que daban énfasis a las premisas de Darwin y del determinismo económico, dieron las bases para la nueva actitud literaria que iba a darse en llamar Naturalismo.

El Naturalismo no es un "Realismo intensificado", como han mantenido tantos críticos literarios superficiales. En realidad, es una actitud literaria que podría ser resumida en la premisa de que el hombre es el prisionero de la herencia y del ambiente, que es un animal físico, y que la naturaleza mecanista del universo es, en el mejor de los casos, indiferente a su suerte.

Esta nueva actitud determinista estaba unida al tema al que se habían dedicado tanto los idealistas como los localistas, esto es, esencialmente, el paisaje común, mostrado esta vez en forma mucho más desolada por énfasis en los efectos adversos del medio ambiente, y con la norma que Howells había traído a la técnica realista, que exigía estricta fidelidad a los fenómenos vitales. A estas alturas la norma realista fue reforzada por la premisa científica de que las evidencias (que para el escritor constituyen los fenómenos vitales) puede ser medida, y por lo tanto es física. En tal premisa no se contempla la penetración intuitiva más allá de lo físico, que había atraído tanto a los idealistas románticos.

Para el naturalista de 1890 no había nada más allá de lo físico, ya que las únicas fuentes de evidencia dignas de crédito son las impresiones sensoriales. Cualquier cosa no susceptible de ser observada a través de los sentidos constituía una tontería para ellos, o en el mejor de los casos, una suposición simpática. Las tres dimensiones del nuevo naturalismo se reducen a una severa aceptación de la evidencia determinista al efecto de que la vida humana es breve, transitoria y desprovista de significado.

Stephen Crane y Theodore Dreiser, dos de los primeros y más consistentes naturalistas, nos dan imágenes bien claras de las tres dimensiones de la nueva literatura. *Maggie: A Girl of the Streets* (Maggie: Una Muchacha de las Calles) y cuentos como *The Open Boat* (El Bote) de Crane, son claros ejemplos de la actitud determinista agregada al realismo tanto en tema como en técnica. *Sister Carrie* (Hermana Carrie), *Jennie Gerhardt* y más tarde *An American Tragedy* de Dreiser, evidencian un enfoque similar al de Crane. Vale hacer notar que Crane murió en pleno auge de sus convicciones deterministas, mientras que Dreiser, que alcanzó una avanzada

edad, moderó considerablemente las suyas en *The Bulwark* (El Baluarte) y en *The Stoic*, sus últimas novelas, escritas después de un largo y creativo silencio. El naturalismo puro es una filosofía demasiado severa por la cual regirse.

En realidad, es difícil sostener que el naturalismo en la literatura pudiera haber sobrevivido sin suavizarse. Ya a comienzos del siglo xx había empezado a disminuir su rigidez. La actitud naturalista, igual que el Idealismo, su predecesor, era un absoluto en un área donde se caben los absolutos, y por lo tanto, no podía mantenerse como tal. La posición filosófica era clara: en un universo determinista la vida carece de significado. Pero para el escritor, la aceptación completa de la premisa significaba que la base de su arte tenía bien poca importancia, y que no había ninguna razón para escribir.

Pero los nuevos escritores del siglo xx que venían emergiendo no estaban dispuestos a creer que su arte no tenía sentido, de modo que comenzó a predominar una nueva confusión filosófica. Esto es evidente, especialmente en las novelas de Frank Norris y de Jack London. *The Octopus* (El Pulpo) y *The Pit* (El Foso) de Norris, después de la desolación de *McTeague*, señalan una tentativa por encontrar una vaga respuesta espiritual a pesar de las evidencias. En *The Sea Wolf* (El Lobo Marino) y en *Martin Eden* de London, el ataque contra el concepto nietzscheano del superhombre tiene que ver con problemas morales que no caben dentro del determinismo (en tanto que sus novelas autobiográficas se desplazan hacia un rechazo de las prisiones deterministas de la herencia y el ambiente).

En este momento, en 1910, comenzó a cobrar forma una nueva síntesis literaria, que fue esencialmente una reacción contra las rígidas leyes del determinismo. Contemporánea al rechazo del determinismo económico por parte de William Jennings Bryan, Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson, y otros, la nueva síntesis también intentó un rechazo. Aunque aceptaba el tema esencialmente desolador a la vez que la técnica realista del naturalismo, comenzó también a indagar más allá de la evidencia física del determinismo con el fin de encontrar una realidad con la que fuese posible vivir.

Con estas indagaciones apareció una nueva rama del idealismo. Tentativamente, y posiblemente sin constituir un esfuerzo consciente, había comenzado una reacción contra el naturalismo, aunque el naturalismo mismo hubiera recién alcanzado la mayoría de edad. Con esta liberación, se hizo sentir una nueva era de liberación entre los nuevos escritores que se congregaron en pequeños e intensos grupos en Chicago y Nueva York, y que comenzó a expresarse en declaraciones de independencia tanto individuales como colectivas.

El movimiento de liberación fue esencialmente un rechazo idealista de los standards y normas sociales, especialmente del materialismo, y la búsqueda romántica de la realización del individuo, del significado de la vida, y de los medios de expresión.

De haberse oído llamar románticos algunos, las personalidades prominentes de los grupos se habrían resentido: ellos se consideraban tozudos realistas, aunque en espíritu eran los nietos de Emerson, Whitman y Thoreau, y padres de los Beats, igualmente románticos.

Entre los legados literarios de la liberación, sobresalen los poemas de Edgar Lee Masters y de Vachel Lindsay, y los cuentos y novelas de Sherwood Anderson. Todos tratan de penetrar más allá de la apariencia superficial de la vida para poder revelar la esencia de la humanidad reprimida, esencia espiritual y buena. Masters, *The Spoon River Anthology*, Anderson en *Winesburg, Ohio* y Lindsay en gran parte de sus poemas cortos, ilustran esta tentativa. Cada uno de ellos estaba buscando una fe nueva, una tabla de valores a la vez espiritual e idealista, sobre la que se pudiera

Los nuevos
escritores
del siglo xx

construir una sociedad nueva y humanizada. Desde luego hubo confusión, lo que es notorio en la tentativa que hace Anderson de hablar de actitudes en términos de técnica en *An Apology for Crudity* (Una Apología a la Crudeza), pero la confusión es más de terminología que de propósito.

La Primera Guerra Mundial provocó un retroceso que confundió aún más a otra generación de escritores. Los nuevos idealistas, golpeados y perdida su potencia debido a su horror, sólo podían vagar, beber y protestar por lo que el mundo les había hecho en términos sexuales y violentos. La gente en *The Sun Also Rises* de Hemingway, está triste porque podría haberlo pasado tan bien, pero como el Teniente Henry en *Farewell to Arms* se limitan a caminar por la lluvia, cada vez que el horror de la realidad los abate. O bien, abrumados, como F. Scott Fitzgerald por la locura materialista de la postguerra, intentaron realizarse en las cosas que sabían habrían de destruirlos. Pero la vuelta a la cordura en la década de 1930-40, y el horror del fascismo le dio nuevo impulso a la búsqueda. A fines de la década, Hemingway entregó sus soluciones idealistas tentativas en *For Whom the Bell Tolls* (Por quien doblan las campanas), y Fitzgerald llevó a cabo su trágico gesto final al día siguiente de su regreso a Babilonia.

El shock que produjo la Segunda Guerra Mundial no tuvo la magnitud del anterior, y la búsqueda continuó, no sólo en los trabajos de escritores anteriores, como en *The Old Man and the Sea* (El Viejo y el Mar) de Hemingway, y en los constantes sondeos culturales de Faulkner, sino también entre la gente joven, en trabajos tan diversos como *The Gallery* de John Horne Burn, *The Naked and the Dead* de Norman Mailer, y *The Pistol* de James Jones. Puede que la búsqueda sea fútil, pero sigue adelante. Actualmente parece estar desarrollando un nuevo y moderno tipo de tragedia y una nueva declaración respecto al significado de la vida humana, cuando hemos aceptado el materialismo en la vida nacional como manera de vida, a la vez que el Nuevo Trato, el Trato Justo y la Nueva Frontera han tratado de darle un significado y dignidad nuevos al individuo, en una mezcla de idealismo jeffersoniano-jacksoniano y de distribución más liberal de los productos del nuevo materialismo.

Pero lo que resta pertenece al futuro, y aunque especular es entretenido, es también peligroso. Para el estudiante, al que se le ha presentado la civilización norteamericana en perspectiva y que ha examinado la literatura norteamericana en el contexto de esa perspectiva, los perfiles del futuro pueden ser emocionantes también, a medida que especula, identifica, y tal vez eventualmente llega a entenderlos. El entendimiento firmemente enraizado en el pasado, puede también que él se sume a la búsqueda del significado del futuro en el que transcurrirá su destino. Y después de todo, éste es el propósito de la educación general.

Lutfi Abdel Badi: Un dramaturgo egipcio: *Tawfik al-Hakim*

EL TEATRO egipcio inició su vida contemporánea con la comedia popular acompañada de canciones de tono patriótico. Fue entonces alimentado por la llama del nacionalismo que flameaba en las calles de El Cairo durante la Revolución de 1919.

Se destacaron en esta época, Naguib al-Raihan (actor y autor), el cual ha podido ser llamado el Moliere de los árabes; Zaki Okasa, el escritor Amin Sidqui y el compositor Sayed Darwish.

Fue en este ambiente de exaltación patriótica, de lucha política y de riqueza teatral popular, cuando el joven Tawfik al-Hakim, el dramaturgo que será más comentado y más traducido entre los dramaturgos egipcios, atravesaba los años más importantes de la vida, estos van de 18 a 25 años. Sus obras fueron publicadas en francés, inglés, ruso, alemán, español e italiano. Sus piezas han sido estrenadas en Londres, París, Palermo, Estocolmo y Salisburgo. Su novela, bellamente traducida al castellano por Emilio García Gómez, ha sido clasificada en Estados Unidos entre las mejores sesenta obras aparecidas entre 1920 y 1950.

Su primera obra, *El huésped indeseable*, compuesta en 1918, fue prohibida por la censura. Se trata evidentemente de Inglaterra que es la invitada, a la cual nadie le había dirigido una invitación y que sin embargo no quiere dejar la casa.

La producción de Tawfik al-Hakim está envuelta en contrastes, sorprende por el realismo de los detalles y por la profundidad de los símbolos filosóficos. Emociona por su humor y por la delicadeza de su poesía; llama la atención por su modernismo, sacado sin embargo de los clásicos. Percute por la constante agitación de la vida y la evasión del arte. Porque Tawfik al-Hakim es además un artista, no solamente el más artista de los escritores egipcios, sino es uno de los artistas de los grandes escritores actuales en el mundo. Ha guardado el trato con los antiguos griegos, el respeto del trabajo bien hecho y el amor por un teatro que pone en escena el destino del hombre a través de una anécdota simbólica; tratado no obstante, en detalle, con mucho realismo psicológico, histórico, político y social al mismo tiempo. Ha sabido encontrar algo del humor y espíritu de Aristófanes y de la poesía trágica de Eurípides o de Sófocles. Ha encontrado, sobre todo con frecuencia, este equilibrio soberano entre tan diversos elementos, algunos sacados de la vida, otros de la imaginación, la sensibilidad o la pasión, pero siempre que ordene el símbolo y que haga del pensamiento el maestro de la escena, después, la muerte o la caída de los héroes y la salida de los actores.

Esto no ocurre solamente en las obras escritas sobre temas antiguos: Pygmalion, Praxágora, Edipo, es donde Tawfik al-Hakim manifiesta sus cualidades. Después de haber asimilado el secreto de la fabricación de los griegos, ha sabido aplicarlo a otros temas y crear otros símbolos. La literatura árabe de la Epoca de Oro, desde

las Mil y una Noches, hasta la poesía de al-Barudi, pasando por Abu Nuvas o al-Mutanabbi y la literatura europea de Shakespeare y Racine a Maeterlink, Ibsen, Girandoux, Pirandello o Cocteau, son fundidas igualmente en su personalidad de artista, pero hay obras en donde permanece el equilibrio y la preocupación por lo bello de los grandes maestros de Grecia.

Sin embargo, junto a este deseo al arte y el arte clásico, lo mismo que los símbolos eternos, se advierte en Tawfik al-Hakim un agudo sentido del modernismo. Este clima se destaca tanto por el realismo psicológico, que denuncia el acceso a la cultura contemporánea y el psicoanálisis de un modo particular, como por la sutileza y la complejidad artística, jugando sobre distintos planos, a veces con discordancias intencionadas que dan a sus obras un aire un poco sofisticado.

Pero el arte no opone de ningún modo a la vida en Tawfik al-Hakim; al contrario, le permite producir un sonido pleno y auténtico con todos los ecos y resonancias, que aporta, o mejor dicho que el artista escoge, por ser significativos.

Sheherazade es tal vez en el teatro la obra artística más perfecta. El autor imagina lo que pasa en el día siguiente de estas Mil y una Noches durante las cuales la princesa ha conducido al rey a todos los países, todas las clases sociales, le ha mostrado distintas costumbres; en resumen, le ha contado toda la realidad del mundo.

Este aparatoso viaje ha sido traspuesto por el autor contemporáneo sobre el plano espiritual y es el alma del rey que evoluciona de una etapa a otra.

Esclavo de sus deseos, Shehrayar, exige que cada noche le entreguen una virgen que debería perecer a la hora del alba. Así era Shehrayar la noche cuando Sheherazade le fue entregada... Despertar del amor... Este sensual se convirtió en sentimental. Sin embargo la llamada ardiente, no tardará en llegar a ser, purificándose, una luz pálida, dulce y serena. El sultán no se confía más en el sentimiento, tiende al conocimiento. No quiere quedarse en lo transitorio, ha sido acosado por la inquietud de lo trascendental, de lo absoluto.

Estas tres etapas psicológicas en la vida de Shehrayar, que se espacian ampliamente en el tiempo, han sido puestas simultáneamente a través de un feliz arreglo en escena. Encarnándolas en tres personajes. El primero es el esclavo negro, feo y vil que simboliza el apetito físico. El segundo, el joven visir, sentimental, enamorado de Sheherazade. El tercero, es justamente Shehrayar en su última etapa. En cuando a Sheherazade, es la misma naturaleza.

En esta calidad se presenta a los tres, y cada uno no ve en ella más que su propia imagen. Cuando la obra se estrenó en París, escribió Alexandre Arnoux: "Tawfik al-Hakim, poeta y dramaturgo, ha trazado en este gran tema que impresiona lo esencial del hombre, de sus esperanzas y desesperanzas, con una fuerza interior inagotable". Sin embargo, Tawfik al-Hakim sabe adaptar la calidad del arte a las exigencias del tema y El Alma encontrada en sus cuentos.

En reflexiones sobre el arte y la Justicia, en sus comedias, el arte siempre está presente en la construcción de la obra y en el estilo, pasa casi inadvertido, dejando la apariencia de una imagen puramente realista. Este es el caso de *Para nuestra Tierra*, donde el escritor ha intentado la experiencia de emplear un lenguaje totalmente popular, que obedece sin embargo a la gramática del árabe clásico. He aquí un ejemplo del arte disimulado que permite proyectar la realidad en todo su sabor popular y terreno.

Incluso podemos decir de la vida de Tawfik al-Hakim que el arte ha sido su substancia. El no tenía vocación ni acción política fuera de su arte. Es a través de su alma de artista que el hombre en él veía los acontecimientos políticos, las personas queridas, las situaciones íntimas o nacionales. Tímido frente a la gente y a la vida, cuya violencia dionisíaca e informe, le aterraba. Ha expresado en el arte

sus penas y decepciones para realizar en el mundo artificial y maravilloso del teatro sus tendencias y para reconstruir una realidad, obedeciendo a formas y leyes impuestas por el artista. El arte, y especialmente el arte del teatro, ha constituido para Tawfik al-Hakim un refugio frente a la vida. Ha tenido la promesa de este paraíso artificial que cada niño había imaginado sobre el teatro de la feria de los actores ambulantes.

Pero esto no quiere decir que Tawfik al-Hakim es un partidario del arte para el arte o que está encerrado en su torre de marfil, porque a través de su arte toda la substancia del mundo, tal como lo ve con sus inquietudes, sus lindas mujeres apasionadas, se encuentra llevado sobre el plano del arte que le informa y rescata.

Tawfik al-Hakim ha vivido su vida a través de su arte, ha participado en la lucha nacional, política y social, hablando a través de la máscara de sus antiguos actores.

¿Cuál es entonces el pensamiento que averigua las realidades de la vida que Tawfik al-Hakim lleva en los grandes mitos de su obra?

Las gentes de las cavernas, Sheherazade, Salomón el Sabio, Pygmalion, Edipo el rey, nos otorgan las llaves principales de esta filosofía.

Tawfik al-Hakim opone cierta filosofía europea y sobre todo la de Nietzsche. Para Nietzsche, y esto también es el caso de André Gide por ejemplo, el hombre es absolutamente solo en el universo. Tawfik al-Hakim ha querido demostrar en sus obras que el hombre no es solo y que tampoco está totalmente libre. "Su grandeza viene de la lucha valerosa para ganar una guerra imposible contra los maestros invisibles de su destino", le gustaba decir. El escritor recuerda la antigua sabiduría que expresa tan poderosamente la tragedia griega, pero coloca este profundo pensamiento en un contraste moderno. Estas fuerzas invisibles que determinan su destino y contra las cuales la lucha es inevitable y sin fin, no son ya los antiguos dioses ni el mismo destino. Son para Tawfik al-Hakim fuerzas naturales que emanan de la existencia misma del hombre, fuerzas que se encuentran también en el hombre mismo.

Por ejemplo la noción del tiempo no es ya Cronos el temible, padre de los dioses, sino una ley natural del hombre, una realidad que compone entre otras leyes su textura, que le hace vivir y le aprisiona al mismo tiempo. Las gentes de la Caverna, basada en una de las narraciones de El Corán recuerda la leyenda de los Siete Durmientes de la Iglesia de Efeso, la de tres jóvenes que fueron encerrados con su perro, en una caverna en la que vivieron adormecidos durante trescientos nueve años para ser despertados y volver a la ciudad pagana, y en ella descubren un mundo nuevo que hace tiempo había adoptado una fe monoteísta, es una prisión del Tiempo, prisión sin materia que sin embargo compone nuestra substancia hasta tal punto que la comunicación entre sus habitantes y los hombres que no son sus contemporáneos resulta imposible.

La otra fuerza que impide la libertad del hombre es su misma humanidad, o sea, es la condición de un ser que se encuentra entre la animalidad y la espiritualidad. La crisis vital de Shehrayar.

Edipo el rey, obra antinietzscheana y antigidiana, ilustra cómo la voluntad nietzscheana del hombre actúa en un cuadro más vasto de otra voluntad invisible. La grandeza del hombre está en el reconocimiento de estas fuerzas invisibles que tiene que combatir incesantemente.

Esta lucha es necesaria para vivir, porque la vida no está dada, estática, sino está hecha de un combate perpetuo de fuerzas que se oponen en el interior de nosotros mismos. Pygmalion, por ejemplo, personifica la lucha perpetua entre el idealismo

y el realismo. En Salomón El Sabio, el hombre está dominado igualmente por su potencia propia que le hace perder a veces su sabiduría.

No se puede encuadrarlo ni entre los pesimistas ni entre los optimistas, porque ejerce un realismo verdadero en el terreno del pensamiento y la concepción del mundo. También está a la misma distancia del otro extremo que cree con el existencialismo moderno que la vida es puramente absurda y que la existencia del hombre no tiene sentido. La misión del escritor consiste en representar el hombre en su dimensión real frente al universo, descubrir y señalar los peligros internos y externos que le amenazan, y precisar los medios de combates necesarios para vivir y progresar hacia la libertad y las aspiraciones superiores.

Sin embargo, en sus novelas y obras nacionales o sociales, Tawfik al-Hakim, que pinta allí las fuerzas y los peligros que amenazan al individuo, es resueltamente más optimista. Para el combate de la revolución nacional, el alma de Egipto será encontrada, tema que ha sido tomado de nuevo y ampliado en Isis. "Para nuestra Tierra", nuestros campesinos están en una lucha contra su condición social y atestiguan la posibilidad de la victoria. Allí las fuerzas interiores del hombre son el egoísmo, la astucia y la hipocresía por un lado y la solidaridad por otro, la fuerza invisible es la fuerza del dinero. El autor demuestra que esta lucha puede ser empeñada y será ganada. De esto resulta que su realismo no consiste solamente en representar los detalles de las condiciones materiales, sino la realidad de las condiciones psicológicas y morales inherentes en la naturaleza del hombre y de su medio ambiente.

Daniel Cohen: Debate sobre la luna y los planetas. Opinión de doscientos astrónomos

(Traducción de Guillermo Valenzuela A.)

LA DISCUSION trabada en una reciente conferencia de astronomía acerca de la Luna y los planetas, hizo recordar a uno de los presentes el cuento de seis ciegos y el elefante. El primer ciego tocó la trompa del elefante y pensó que era una serpiente, el segundo palpó un costado del animal y dijo que era una pared, el tercero al tomar la cola pensó que tenía entre sus manos una cuerda.

Por supuesto, los doscientos astrónomos que celebraron una conferencia de seis días en Pasadena, California, bajo los auspicios del Instituto de Tecnología de California (CALTECH) y del Laboratorio de Propulsión a Reacción (JPL), pueden ser tenidos muy difícilmente como ciegos. Pero el sistema solar es como un enorme elefante y solamente en los últimos años los astrónomos han sido capaces de "ver" o "sentir" varias partes de él. Hasta ahora, no están seguros de lo que significa y, como los ciegos, sus interpretaciones difieren ampliamente.

Según el Dr. Lee A. Du Bridge, presidente de CALTECH, la conferencia fue llamada para señalar el renacimiento del interés en el sistema solar. Expresó que el año 1960 se habían realizado más progresos en la astronomía planetaria que en todo el período que va hasta los días de Galileo y Kepler. Los nuevos descubrimientos han dejado las viejas teorías a mal traer y los astrónomos de CALTECH están procurando poner orden en el presente caos.

He aquí algunas de las ideas discutidas en la conferencia:

El Dr. V. S. Troitski, del Instituto de Investigación de Radio Física, dijo que sus observaciones indican que la superficie lunar se halla cubierta con una capa de material semejante al polvo, de un espesor de 20 pies. Sus radio-señales indican que la temperatura de la Luna aumenta a unos 20 pies debajo de la superficie y luego la temperatura baja. Una capa de polvo de 20 pies de espesor que cubre la superficie lunar puede ser la causa de ese cambio, opina el Dr. Troitski.

Trabajando desde otro ángulo, el Dr. Donald Gault, del Centro Ames de Investigaciones de NASA, ha llegado a una conclusión análoga. El Dr. Gault comparó las fotografías de los cráteres de la Tierra que han sido formados por explosiones o impactos de cohetes, con las fotografías de la Luna tomadas por los satélites Rangers. Y concluyó que el material suelto debería tener un espesor de unos 26 pies.

Un tercer hombre de ciencia llegó a la misma conclusión, estudiando la cosa desde un tercer ángulo. El Dr. Leonard D. Jaffe, de JPL, empleó las fotografías del Rangers para construir modelos de cráteres. Calculó que el espesor del material suelto es de 16 pies.

A pesar de estos tres estudios se puede decir que no hay unanimidad de pareceres entre los astrónomos respecto del polvo lunar. Tomaba parte en la conferencia el Dr. Gerard P. Kuiper, astrónomo de la Universidad de Arizona, quien no cree que

La Luna

la Luna posea una capa apreciable de polvo. Y no cambió de opinión durante los debates¹.

Otras de las conclusiones del Dr. Troitski estimularon una casi unánime reacción —pero fue de desacuerdo. El Dr. Troitski expresó a la conferencia que sobre la base de sus complejos cálculos estimaba que la Luna es cuatro o cinco veces más rica que la Tierra en materiales radiactivos, y que puede haber una corteza fundida que equivale a la tercera parte de la masa lunar. Pero la mayoría de los hombres de ciencia no cree que la Luna tenga una corteza fundida ni cosa que se le parezca.

El Dr. Troitski observó que sus hallazgos no descartan la vieja pero ampliamente negada teoría que pretende que la Luna fue arrancada de la masa de la Tierra en los primeros años de su historia geológica y dejó la gigantesca cuenca ocupada hoy día por el Océano Pacífico.

La corteza fundida debe corresponder también con los flujos de lava en que creen algunos astrónomos, aunque no todos, que constituyeron el principal material de la superficie lunar.

*El calor de
Venus*

John Strong, astrofísico de la Universidad de Johns Hopkins, sostiene en una memoria el punto de vista de que Venus puede ser suficientemente fresco en algunos puntos como para poder disponer de vida. Expresa que los estudios practicados con telescopios instalados en globos, indican que la temperatura de la superficie de Venus varía entre 450 grados F., en el lado hacia el Sol, y 338 grados F., en el lado opuesto al Sol y hasta unos pocos grados bajo cero en los polos. El Dr. Strong no se manifiesta convencido con los datos transmitidos por el Mariner II, que se aproximó a Venus, que señalan que la temperatura del segundo planeta es de unos 800 grados F., muy por encima, como sabemos, del punto en que se puede mantener la vida.

El Dr. Strong dice también que sus observaciones telescópicas indican la presencia de una considerable cantidad de vapor de agua de nubes que cubren al planeta. Basándose en esos hallazgos, otros hombres de ciencia dicen que las nubes de Venus son semejantes a los cirros de la Tierra.

Inevitablemente, los descubrimientos podían ser interpretados de una manera muy diferente. El Dr. Lewis D. Kaplan, de JPL, dijo que las observaciones del Dr. Strong podrían deberse a la presencia de bióxido de carbono en vez de agua. Y el Dr. Hyron Spinrad, de la Universidad de California, Berkeley, piensa que sólo hay una cantidad muy pequeña de vapor de agua en Venus —no mayor que la que existe en Marte.

El Dr. Strong reconoce que ha estado formulando sus ideas para mantener el interés de Venus entre los astrónomos, y "Los Angeles Times" cita a un profesor de CALTECH, que expresa: "Si doscientos hombres oyeran a Strong es seguro que el noventa y nueve por ciento no estaría de acuerdo con él".

*Los meteoritos
han acribillado a
Marte*

El Dr. Guido Mundy, profesor de astronomía del Instituto Tecnológico de California, comparó recientemente algunas características observadas en Marte con las de Venus y las encontró enigmáticas. El Mariner IV halló que Marte posee una tenue y fría atmósfera, dice, mientras que el Mariner II encontró que Venus tiene una espesa y calurosa atmósfera. Se había especulado que la falta de campo magnético en Marte permite que las partículas solares suban la temperatura, lo cual con-

¹Según las recientes fotografías de la Luna, tomadas por el satélite ruso Lunik 9, la superficie lunar presenta un terreno rocoso, no recubierto por la espesa capa de polvo que se tenía.

tribuye a que se disipen los gases del planeta; ahora bien, hay también una casi total falta de campo magnético en Venus.

Poco después de cerrarse la conferencia de CALTECH, "Science", la revista oficial de la Asociación Norteamericana para el Avance de la Ciencia, publicó informes de tres grupos diferentes que desafían las interpretaciones preliminares de las fotografías de Marte, tomadas por el Mariner IV a mediados de julio. Este informe preliminar, compilado por hombres de ciencia de CALTECH y de JPL, estima que la superficie de Marte puede hallarse bombardeada por más de 10.000 cráteres de meteoritos. "Por analogía con la Luna", dice, el informe preliminar expedido en agosto, "muchos de la superficie marciana profundamente aplastada por cráteres, puede ser muy antigua —tal vez de dos mil millones a cinco mil millones de años". Como los antiguos cráteres muestran pocas señales de erosión, los hombres de ciencia han llegado a la conclusión que nunca el planeta ha tenido una atmósfera muy densa, que hubiera servido de escudo a la corteza de la superficie contra la caída de meteoritos, ni una cantidad suficiente de agua para formar ríos y mares causantes de la erosión.

Aunque desde este punto de vista las fotografías no descartan la posibilidad de la existencia de vida en Marte, ellas sugieren "que la busca de fósiles aparece menos prometedora", puesto que el agua es indispensable para la vida.

No es así, dicen las informaciones publicadas en "Science". Ellos ven la superficie de Marte como formada mucho después de dos mil millones a cinco mil millones de años. Y si esos cráteres son nuevos, con el andar del tiempo la superficie puede haber sido sometida a un alto grado de erosión en el curso del pasado.

Edward Anders, de la Universidad de Chicago, y James Arnold, de la Universidad de California, San Diego, expresan que una cantidad mucho mayor de cuerpos celestes que forman cráteres, han llovido en Marte que en la Luna. De manera que si la superficie de Marte hubiera estado abierta al bombardeo cósmico tanto tiempo como la Luna privada de aire, tendría seis veces más cráteres que los indicados en las fotografías del Mariner. Ambos hombres de ciencia estiman que los cráteres tienen solamente entre trescientos millones y ochocientos millones de años. Otros estiman que la edad de los cráteres es aún más antigua. Investigadores del Instituto de Investigaciones Tecnológicas de Chicago, afirman que los cráteres marcianos tienen cuando más trescientos millones de años. En un tercer informe, Ralph Baldwin, de Oliver Machinery Co., Gran Rapids, Michigan, calcula que los cráteres tienen de trescientos cuarenta millones a seiscientos ochenta millones de años.

Los astrónomos reunidos en el Instituto de Tecnología de California, también causaron perplejidad con el descubrimiento tal vez más inesperado de todos, hecho durante las recientes observaciones del sistema solar. Es la posibilidad de que el ritmo de la rotación de Júpiter, el mayor de los planetas del sistema solar, haya aumentado alrededor de 1960. La rotación de Júpiter es sumamente rápida en toda ocasión (9 horas, 50 minutos), y resulta difícil ver cómo esa enorme masa podría haber adquirido una velocidad adicional sin desafiar ninguna ley física básica.

A lo menos un hombre de ciencia objetó la validez de las observaciones acerca del aumento de velocidad. Puesto que la superficie de Júpiter no es visible, su rotación ha sido calculada sobre la base de "Marcas", que son en realidad brotes o estallidos de energía radial originados en puntos específicos, situados dentro de la atmósfera. Sin embargo, la mayoría de los hombres de ciencia aceptan las observaciones como válidas. Sobre la base de esas observaciones, el Dr. James W. Warwick, de la Universidad de Colorado, ha notado que Júpiter ha vuelto a su ritmo de rotación anterior.

*La rotación
de Júpiter*

La naturaleza de la superficie de Júpiter figuró también entre los temas discutidos. Muchos astrónomos conjeturan que este planeta gigante no posee un límite divisorio definido entre su atmósfera y el comienzo de su esfera planetaria. Los investigadores han observado a los gases circundantes hacerse más y más densos a mayores profundidades, cambiar del estado de gas al de líquido y después al de sólido para convertirse, finalmente en la corteza interior fundida del planeta. Hubo un cambio en la velocidad de la rotación de esta corteza fundida, que causó la aceleración observada en 1960, según el Dr. Raymond Hide, del Instituto de Tecnología de Massachusetts: si la corteza interior hubiera retardado su movimiento de rotación en 1960, la rotación de la corteza exterior habría aumentado en una cantidad correspondiente. Esto habría conservado el momento angular de Júpiter y mantenido el cambio de rotación dentro de los límites de la teoría física ortodoxa.

El problema de la rotación de Júpiter, como todos los otros problemas discutidos por los astrónomos de hoy día, aún no se halla resuelto, y parece que continuará así durante algún tiempo. Sólo en los últimos diez años se han practicado observaciones radiales de este planeta, tiempo demasiado corto para decir si el cambio en la rotación de esas "Marcas" radiales ocurren regularmente o no, o aun si constituyen una medida válida de la rotación del planeta.

Las herramientas y las técnicas de que ahora disponen los astrónomos son nuevas, y todo el tiempo se han ido agregando otras más avanzadas. Tradicionalmente, los astrónomos han hecho observaciones durante décadas y aun siglos antes de que ninguna síntesis pudiera lograrse de ellas. Las informaciones reunidas por la radioastronomía y otros métodos modernos, datan cuando más de unos pocos años.

Para el astrónomo, el previsible futuro será un período animado y estimulante pero un tanto desordenado.

Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional

Segundo semestre de 1965

LAS ACTIVIDADES de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional en este período, pueden distribuirse en conferencias, actos académicos, conciertos, cine educativo y exposiciones.

Hubo un total de cuarenta y dos conferencias en este semestre, además de una docena de discursos pronunciados en actos académicos. Algunas de ellas fueron de temas dispersos y otras estuvieron agrupadas en ciclos, según su materia. Las conferencias de la primera categoría fueron las del profesor Mr. Neville R. Fleming, sobre "El poeta Thomas S. Eliot, premio Nóbel de Literatura" (2 de julio); de Virginia García Lyon, sobre "Maquiavelo" (15 del mismo mes); del periodista Sr. Jorge Pinochet, sobre "El factor económico en las relaciones interamericanas" (27 de julio); del Dr. Carlos Mouchet, sobre "Situación mundial del derecho de autor" (30 de julio); del periodista José María Navasal, "Europa en Julio de 1965" (5 de agosto); del catedrático Sr. Fotios Malleros, "Introducción al teatro griego" (8 de octubre); del poeta y novelista Jorge Luis Borges, "El tango" (21 de octubre), y del crítico Sr. Milton Rossel sobre "Perfil literario y humano de Mariano Latorre", el 21 de diciembre.

Los grupos de conferencias integraron cinco ciclos. El primero, sobre Parapsicología, comprendió las conferencias del Dr. Brenio Onetto acerca de "El Estado actual de las investigaciones parapsicológicas en la Unión Soviética" (23 de junio) y del profesor Sr. Eduardo Chiarrini sobre "La parapsicología o un mundo extraño de la mente" (23 de julio).

Sucedió un ciclo de nueve conferencias del profesor Sr. Federico Bieregel sobre Astronomía y Astronáutica. Después de dos charlas destinadas a estudiar los preparativos y posibilidades de viajar a la luna (19 y 8 de julio), realizó un curso de Iniciación astronómica los días 12, 16, 23, 26 y 30 de agosto y 2 y 9 de septiembre.

Cronológicamente nos encontramos en seguida con un ciclo de siete conferencias en que especialistas en la historia de nuestra literatura realizaron una especie de inventario de la novela chilena, desde sus orígenes. Tales conferencias fueron las de los señores Raúl Silva Castro, "Los orígenes de la novela chilena: Blest Gana y sus contemporáneos" (6 de agosto); Raúl Torres Martínez, "La novela burguesa: Luis Orrego Luco" (13 de agosto); Germán Sepúlveda, "La novela criollista y costumbrista: Latorre, Durand y otros" (19 de agosto), y "La novela alegórica y exótica: Prado, d'Halmar, Genaro Prieto", por el mismo conferencista (27 de agosto); de Fernando Uriarte, "La novela proletaria: Edwards Bello, Alberto Romero, Nicomedes Guzmán y otros" (3 de septiembre); de Edmundo Concha, "La sensibilidad femenina en la novela" (8 de septiembre), y Raúl Silva Castro, "Realismo y naturalismo en la novela chilena: ensayo de síntesis" (10 de septiembre).

Arribamos ahora a lo que sin duda constituyó lo más significativo dentro de las actividades de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional en el segundo trimes-

tre de 1965: la conmemoración del primer centenario de la muerte de don Andrés Bello, ocurrida el 15 de octubre de 1865. Como a tal evento le ha sido consagrado una publicación especial, aquí sólo nos referiremos al ciclo de conferencias y a la exposición bibliográfica e histórica realizados en su homenaje.

Un ciclo de nueve conferencias se propuso presentar al ilustre ciudadano y hombre de letras en algunos de los aspectos sobresalientes de su rica personalidad. Fue inaugurado el 5 de octubre, con unas "palabras introductorias" del Jefe de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, señor Armando González Rodríguez, en las que puso en claro el sentido cultural y americanista de esta conmemoración rendida por la Biblioteca Nacional, a la vez que esbozó a grandes rasgos los perfiles sobresalientes de don Andrés Bello, como diplomático y hombre de Estado, como educador de una democracia en formación y cultor de casi todas las disciplinas intelectuales: las ciencias, la filosofía, la historia, la filología y la gramática, la poesía, la oratoria, la crítica literaria y el derecho. En seguida el escritor Sr. Raúl Silva Castro disertó sobre "Bello, periodista". Las restantes conferencias de este ciclo de Bello fueron dadas en las fechas, con los títulos y por las personas que se indican a continuación. "Bello, humanista", por el Sr. Fernando Durán (día 7 de octubre); "La obra internacional de Bello", por el Sr. Fernando Márquez Bretón (11 de octubre); "Bello y la Biblioteca Nacional", por el Director de ésta, Sr. Guillermo Feliú Cruz (20 de octubre); "Bello, poeta lírico", por el Sr. Pedro Lira Urquieta (22 de octubre); "Bello, gramático", por Carlos Vicuña Fuentes (26 de octubre); "Bello y el teatro", por el Sr. Orlando Rodríguez (27 de octubre), cuya disertación fue ilustrada con lecturas dramatizadas de piezas de la época traducidas por Bello, a cargo de artistas del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile; "Reforma de nuestro Código Civil, bajo la inspiración de Bello", por Fernando Fuyo Laneri (28 de octubre), y "Bello y la historiografía chilena", por Guillermo Feliú Cruz.

El último de los ciclos de conferencias del semestre estuvo a cargo del catedrático y ex Director de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, Dr. Benjamín Viel Vicuña, quien desarrolló el tema de "La sobrepoblación en el mundo, en América y en Chile", a través de seis conferencias y un foro. Las mencionaremos en detalle: "El problema biológico y el problema numérico" (19 de diciembre); "El problema ético y el problema social" (3 de diciembre); "El problema económico" (9 de diciembre); "Malthus — Verhultz — Marx, y neo-malthusianismo o planificación familiar" (10 de diciembre); "Los métodos anticonceptivos" (15 de diciembre), y "El problema poblacional en Chile y América Latina" (17 de diciembre). El 22 del mismo mes se realizó un foro, en el cual varios de los asistentes expusieron sus propias ideas en torno a los problemas tratados o plantearon dudas o solicitaron ampliaciones y aclaraciones al conferencista, quien satisfizo ampliamente esas interrogaciones.

• • •

En este período hubo siete actos académicos en el Auditorio de la Biblioteca Nacional.

El 28 de julio se verificó la incorporación a la Academia de Medicina (Instituto Chile) del catedrático Dr. Manuel Avilés Beúnza. Los discursos de estilo estuvieron a cargo del catedrático Dr. Hernán Alessandri y del propio Dr. Avilés.

El 12 de agosto se hizo entrega solemne a la Biblioteca Nacional de los archivos personales que dejaron el Presidente de la República José Manuel Balmaceda y don Emilio Bello Codecido, obsequiados por la familia. A nombre de ésta pronunció el discurso de oportunidad el Dr. José Manuel Balmaceda Ossa, a quien agradeció, en nombre de la Biblioteca Nacional, su Director, señor Guillermo Feliú Cruz.

El martes 7 de septiembre se inauguró en el Auditorio de la Biblioteca Nacional la Convención de la Asociación Nacional de la Prensa, con discursos de los señores Germán Picó Cañas, presidente de la institución, y del Sr. Eugenio González, Rector de la Universidad de Chile. El 13 del mismo mes se verificó en solemne ceremonia la entrega de bustos del Abate Molina, así como de diplomas y pergaminos conmemorativos a las siguientes instituciones y personalidades, seleccionadas por la Comisión que tuvo a su cargo estos homenajes al ilustre naturalista: Presidencia de la República, Congreso Nacional, Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministerio de Educación, Universidad de Chile, Biblioteca Nacional, Universidad Católica, Arzobispado de Santiago, Obispos de Talca y Linares, Municipalidades de Linares, San Javier y Villa Alegre, Universidad de Concepción, Universidad del Norte, Instituto de Chile, Museo de Historia Natural, Embajada de Chile en Roma, Liceos de Hombres de Talca y de Linares, Compañía de Jesús, Sociedad Científica de Chile, y señores Guillermo Feliú Cruz, Hugo Günckel, Hugo Sievers, Germán Greve, Carlos Muñoz Pizarro, Hernán Díaz Arrieta y Rodolfo Jaramillo. Hicieron uso de la palabra el Sr. Guillermo Feliú Cruz, en su calidad de presidente de la mencionada Comisión, el Sr. José Illic, alcalde de Villa Alegre, y el Sr. Rodolfo Jaramillo, secretario de la misma Comisión Conmemorativa.

El 27 del mismo mes se inauguró el Tercer Congreso Latinoamericano de Zoología, con discursos del Sr. Ministro de Educación, Juan Gómez Millas, del Director del Centro de Investigaciones Zoológicas de la Universidad de Chile, Dr. Guillermo Mann, y del Dr. Raúl Ringeler, investigador argentino.

En dos sesiones solemnes, de los días 14 y 15 de octubre, rindieron homenaje a las Naciones Unidas las Organizaciones Femeninas de Chile, y realizaron sendos foros. En el de la primera de las fechas indicadas se dilucidó lo referente a la ayuda otorgada a Chile por gobiernos y entidades internacionales, con especial participación de la Sra. Amanda Labarca, María Correa de Irarrázaval, Dr. Julio Santa María, Sr. Hernán Santa Cruz y otros. En la segunda fecha se trató de la ayuda a nuestro país de organizaciones y fundaciones privadas, e intervinieron las señoras Amanda Labarca y Brunilda Cáster y los señores Arturo Venegas, Hernán Santa Cruz y otros.

• • •

Hubo el 7 de julio una función de cine educativo, bajo el patrocinio del Instituto Chileno-Italiano de Cultura, en que se dieron dos películas de largo metraje, en colores: "La obra de Miguel Angel" y "La represa de Dez (Irán)". Esta gran obra de ingeniería moderna ha sido realizada por ingenieros italianos.

• • •

Hubo en este semestre treinta y dos conciertos, que clasificamos: nueve de piano, cuatro de violín, dos de cello, seis de música de cámara, siete de coros y cuatro de canto individual.

La concertista francesa Cecile Ousset dio un recital de piano el 19 de julio, con música de Mozart, Beethoven (la *Appassionata*), Chopin, Paganini-Liszt (Campanella), Fauré, Chabrie y Saint-Saens. El 26 del mismo mes actuó el pianista Iván Núñez Franulic, ejecutando a Haydn, Beethoven ("Waldstein"), Debussy (Estampas) y Chopin (Sonata opus 58, en *Sí menor*). En agosto hubo dos conciertos de piano: el día 3, de Elisa Alsina (Bach, Beethoven, Alfonso Letelier, Ravel —"Valses nobles y sentimentales"— y Schumann ("Estudios sinfónicos"), y el 17, de Malcolm Troup (canadiense), quien interpretó a Milhaud ("Candelabro de siete brazos"), Olivier Messiaen, León Schidlowsky ("Cinco trozos 1956") y Debussy (doce estudios).

Los restantes conciertos de piano fueron: el de Margarita Herrera, del 18 de octubre, con obras del Padre Soler, Beethoven, Debussy, Francisco Mignone (brasileño) y Chopin; el del pianista ruso Mitrofan Zverev (11 de noviembre), quien interpretó a Alexander Scriabin (dos sonatas, varios estudios, mazurcas, poemas y preludios); de Mariana Grisar (7 de diciembre), con la suite inglesa n. 3 en Sol menor, de Bach, la sonata K. 333 de Mozart, *Quaderno musicale di Annalibera* y tres piezas de Guarneri; de alumnos del profesor R. Lehmann, del Conservatorio Nacional de Música, los que ejecutaron obras de Beethoven, Schubert, Chopin, Debussy y Allende (día 14 de diciembre), y, por fin, el 16 del mismo mes, de alumnos del curso de Flora Guerra en el mismo plantel, los que ofrecieron sus versiones de Ravel y de Chopin.

Los conciertos de violín de este período fueron los de Manuel Díaz (acompañado al piano por Pauline Jenkin) el 6 de julio: Marcello, Bach, Carlos Botto, Hindemith y Ravel; de David Serendero (al piano Elvira Savi), el 29 del mismo mes: Blas Galindo, Rodolfo Halffter (ambos músicos mexicanos), Boris Blacher, Debussy y Brahms; de Patricio Salvatierra (al piano, Eliana Valle), el 25 de agosto: Sonata n. 7 en Do menor de Beethoven, Chacona de Bach y trozos sueltos; y el de Fernando Ansaldi (al piano, Frida Conn), el 28 de septiembre: Haendel, Beethoven y César Franck.

Los dos conciertos de cello del semestre fueron los de Menahem Meir (al piano, Walter Aufhäuser), el 18 de agosto: Bach, Brahms, Debussy, Partos y Joaquín Nin, y el de Roberto González (al piano, Oscar Gacitúa) el 19 de octubre: G. B. Sammartini, Brahms y Prokofieff.

Hubo seis recitales de música de cámara. El primero, el 10 de agosto, en que actuaron Patricio Salvatierra, violín, Edgar Fischer, cello, y Julio Laks, piano, para ejecutar el trío n. 1 de Haydn, la sonata para violín y cello de Ravel y el trío opus 99 de Schubert. En el concierto del 30 de septiembre participaron Manuel Díaz, viola, Paulina Jenkin, piano, Magda Mendoza, contralto, y Beverly Siebert, clarinete, e interpretaron música de Vitali, Schumann, Stravinsky, Brahms y Mozart. Los días 16, 23 y 30 de noviembre fueron ofrecidos los tríos de Beethoven para violín, cello y piano, por Fernando Ansaldi, Roberto González y Frida Conn, en los instrumentos respectivos. Ese repertorio se distribuyó así. Concierto del 16: trío en Si bemol mayor; trío en Si bemol mayor op. 11; trío en Si bemol mayor op. 70 n. 2 y trío en Si bemol mayor op. 1 n. 1. Concierto del 23: Variaciones op. 44; trío op. 1 n. 3; trío en Mi bemol mayor, inconcluso, y trío op. 1 n. 2. Recital del 30: trío en Re mayor op. 70 n. 1; variaciones op. 121 y trío en Si bemol mayor op. 97.

En el último recital de música de cámara, el del 2 de diciembre, alumnos del curso de Arnaldo Tapia Caballero, del Conservatorio Nacional de Música, nos proporcionaron trozos de Loeillet, Schumann, Telemann, Bach y Brahms, en que los instrumentos fueron el piano, el oboe, el clarinete, la flauta y la guitarra.

La Federación de Coros de Chile ofreció este semestre siete recitales, en los que actuaron varios de los conjuntos que la integran. En cuanto a solos de canto, en este período hubo cuatro, que fueron el de María Teresa Reinoso, acompañada con guitarra por Edmundo Vásquez, el 5 de julio, para ejecutar obras de los siglos XIII al XVI y diez canciones de García Lorca; el de Zdenka Liberon, acompañada al piano por Sergio Valenzuela, el día 6 de septiembre, con música de Haendel, Bach, Brahms, Cimara y Respighi; el de Clara Oyuela, acompañada al piano por Rudolf Lehmann, el 13 de octubre, quienes interpretaron a Schumann, Domingo Santa Cruz, Carlos Botto y Ravel, y el del 13 de diciembre, en que alumnos de piano y canto de varios profesores del Conservatorio Nacional de Mú-

sica, ejecutaron trozos de Hummel, Field, Schumann, Beethoven, Orrego Salas, Berg, Leng, Dallapiccola, Schönberg y Botto.

• • •

Nos resta reseñar las exposiciones, para completar este cuadro de las actividades de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional en el segundo semestre de 1965.

Dos de esas exposiciones tuvieron por objeto conmemorar a personajes o sucesos históricos cuyos aniversarios se habían cumplido en el mes anterior. En la que se abrió entre el 6 de julio y el 6 de agosto, fueron recordados Mahoma, Pierre Loti, el P. Coloma, Dickens, el duque de Rivas, la batalla de Waterloo y la abdicación de Napoleón. Esta agrupación de personajes y acontecimientos tan dispares los unos de los otros, obedece al simple hecho de que todos incidieron en el mes de junio de los años respectivos. La segunda exposición de esa índole, la de los primeros días de agosto, permitió recordar a Miranda, Bolívar, Jefferson y Adams.

Entre el 19 de agosto —aniversario de la Biblioteca Nacional— y el 27 de septiembre, estuvo a la vista del público la colección de todas las publicaciones realizadas por aquella institución, que abarcan libros, folletos y revistas escalonados entre 1854 y nuestros días. Es innecesario reproducir aquí la nómina completa de las mismas, pues ella figura al comienzo de esta propia revista *Mapocho*, en sus páginas verdes. Aquí sólo destacaremos algunas de tales publicaciones, por la importancia que les cabe dentro de la bibliografía chilena. Mencionaremos en primer término la "Colección de Historiadores de la Independencia de Chile", de la que ya van cuarenta volúmenes. La "Colección de antiguos periódicos chilenos", lleva ya dieciséis volúmenes. El "Anuario de publicaciones periódicas chilenas" viene dando la lista completa de lo que cada año dan a luz nuestras prensas en materia de diarios, revistas y periódicos. Tal "Anuario" comenzó a editarse en 1916 y se mantiene al día, si exceptuamos el tramo comprendido entre 1935 y 1951, en que circunstancias que no es del caso recordar impidieron su publicación. El "Anuario de la prensa chilena" registra todos los libros, folletos e impresos en general, no periódicos. Se halla la colección completa, desde 1877 hasta 1964. Es decir, allí aparecen registrados todos los impresos no periódicos de Chile, desde 1876 hasta la fecha. Con la "Estadística de la literatura chilena" del Sr. Ramón Briseño —ex director de la Biblioteca Nacional, que abarca nuestra bibliografía desde 1812 hasta 1875, y la obra monumental "Impresos chilenos" (1776-1818), editada por la misma Biblioteca Nacional en 1963, con ocasión de su sesquicentenario, se completa el inventario completo de la bibliografía chilena, desde su primer impreso, del año 1776, hasta nuestros días. Probablemente no hay otra nación de la América Latina que pueda exhibir un repertorio semejante de su propia imprenta.

• • •

Entre el 20 de octubre y el 30 de noviembre se mantuvo abierta la Exposición bibliográfica, histórica e iconográfica de don Andrés Bello, en coincidencia con el ciclo de conferencias dadas en homenaje al primer centenario de su muerte. En esa gran exposición pudieron verse todas las obras del maestro, ordenadas según sus temas y según sus fechas, y en sus variadas ediciones, chilenas y extranjeras. Especial relieve tuvieron algunos ejemplares en cuyo margen hay anotaciones de pluma y letra de Bello, que él hacía con miras a corregir o ampliar ediciones futuras. Junto a las obras mismas de Bello se exhibieron algunos de sus manuscritos y objetos de su uso personal, así como los originales o copias de los retratos

y esculturas más notables que han conservado su efígie. Finalmente, se hallaban expuestas todas las obras referentes a Bello —biografías, bibliografías, estudios críticos, etc.— de autores así chilenos como extranjeros, diarios de la época con informaciones referentes a su persona, y, finalmente, retratos de los personajes ilustres que fueron sus discípulos, sus amigos o colegas en sus diversas actividades. En suma, esta exposición nos presentó a “Bello, en su mundo”.

Notas Bibliográficas

FERNANDO URIARTE

Notas de literatura, por Theodor W. Adorno. Ediciones Ariel. Barcelona, 1962.

Encontramos una noticia sobre Adorno entre las páginas confesionales de un novelista, jugando en ellas un papel muy remoto, por cierto, del que como penetrante y singular pensador asume en su libro *Notas de Literatura*.

"Theodor Wiesengrund Adorno nació en 1903 en Frankfurt, sobre el Main. El padre era judío alemán; la madre, cantante, es la hija de un oficial francés de origen corso (y más lejos de origen genovés) y de una cantante alemana... Adorno, que así se llama con el apellido de la madre, es un hombre de mentalidad afín, trágicosabía y exclusivista. Educado en un ambiente de intereses puramente teóricos (también políticos) y artísticos, sobre todo musicales, estudió filosofía y música y en 1931 se desempeñó como *Privatdozent* en la Universidad de Frankfurt"¹.

Esta presentación, más complicada que las que acostumbra a hacer el novelista, lleva un acompañamiento de ojos en blanco, remilgos, insinuaciones y disculpas que terminan por conferir un tamaño de singular relieve a la enigmática persona del músico-filósofo-sociólogo que tan útil resultó al novelista como asesor en la redacción de algunos capítulos, plagados de tecnicismos, de su novela *Doktor Faustus*.

"Este es mi hombre", se dijo el novelista, y no cabe dudar de la certeza de su elección si se consideran las indignas reclamaciones que, a poco de publicada la novela, presentó Schönberg por el manejo literario que hizo Thomas

Mann del estilo musical dodecafónico concebido por Schönberg, a juicio de éste, propiedad intelectual intangible.

Bastaría este antecedente —colaborador decisivo en los fundamentos de un libro famoso— para considerarlo exponente de selección del más estricto intelectualismo europeo, aunque no queden sobrando otras excelencias nada despreciables de su *curriculum*: Universitario de inobjetable limpieza, de sangre académica, con dos o tres ciencias completas en su haber, etc.

Su libro de Ensayos —*Notas de Literatura*— viene encabezado por uno, *El Ensayo como Forma*, de notable exactitud y rigor, aunque paradójicamente Adorno se solace en él, de la manera más desenvuelta y airosa, objetando el academismo hermético que domina la universidad tradicional alemana, tan desdeñosa siempre ante expresiones espirituales que sacrifican el aparato técnico en beneficio de una mayor espontaneidad y soltura. Y esto, siendo Adorno un burilado exponente del *fachgelehrte*.

No es un caso aislado. Se da de vez en cuando, con una frecuencia que mantiene la continuidad del gesto rebelde. La solemne academia se espina terciamente, como un erizo, para mantener su identidad cuando de sus gabinetes salen hombres como Nietzsche, Ortega o Curtius entre otros.

Lo primero que afirma Adorno es la inexistencia del Ensayo en Alemania, y esto por motivos nada casuales. El Ensayo es un juego difícil, que tiene sus reglas más o menos precisas, reglas elásticas que contradicen radicalmente las pretensiones de los amplios sistemas de verdades deducidas de primeros principios, indefectiblemente renovados en cada uno de ellos. La formulación canónica y notoriamente representativa de la filosofía de cátedra es el sistema, logro muchas veces forzado y laborioso, muchas veces

¹Thomas Mann: *La novela de una novela*.

conseguido a fuerza de violencia intelectual. El humanista, el hombre de letras, el limpio jugador intelectual no se ha sentido atraído por las grandiosas estructuras conceptuales, a riesgo, naturalmente, de ganar una calificación sensiblemente inferior en la severa ordenación de los señores del olimpo.

"La elogiosa calificación de *écrivain* —apunta Adorno— sirve aún hoy para tener excluido del mundo académico al destinatario del elogio".

Este ensayista del ensayo, enfila su andanada contra todas las filosofías de la identidad y se centra bruscamente en el pensamiento de Heidegger para oponerse a la pretendida dignidad de lo universal y originario que transita sobre el lomo del Ser de los seminarios de filosofía, en beneficio de la forma ensayística, campo propicio para el juego abierto del intelecto con todo lo culturalmente preformado y expresado, tarea concreta que no precisa el respaldo del utopismo originario.

"En vez de producir científicamente algo o de crear algo artísticamente, el esfuerzo del ensayo refleja aún el ocio de lo infantil, que se inflama sin escrúpulos con lo que ya otros han hecho. El ensayo refleja lo amado y lo odiado, en vez de presentar el espíritu, según el modelo de una ilimitada moral de trabajo, como creación a partir de la nada. Fortuna y juego le son esenciales. No empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre, termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno: así se sitúa entre las di-ersiones. Sus conceptos no se construyen a partir de algo primero ni se redondean en algo último".

El esfuerzo de Heidegger por desmontar a Parménides para permitir que hable el Ser mismo, es juzgado por Adorno como "expresión de astucia campesina recompuesta como originariedad" avalando una filosofía que no hace más que acercarse "a la más lixivada cháchara cultural".

La novedad de todo esto queda referida a la amena agresividad de Adorno, si se repara en que ya los *Essais* de Michel de Montaigne (1533-1592) ponen a contribución lo preformado culturalmente: lecturas, libros, hechos. Montaigne, al abstenerse de juzgar dogmáticamente, estableció un contraste con la rigidez de los estoicos, por desconfianza en la razón. A éste sigue Leibniz (1646-1716) que en-

cajó su teodicea en ensayos polémicos, abordando concepciones ya existentes sobre la moral y la conducta de Dios. Leibniz aborda estos temas como especulador y se evita con ello el trabajo de crear verdades *ex-nihilo*, puesto que la verdad de sus conclusiones está referida a entidades culturalmente formadas, según reitera Adorno. En efecto, Leibniz titula su libro *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*.

Por la misma época, John Locke (1632-1704), escribe su extenso *Ensayo sobre el entendimiento humano*, que considera los límites de la inteligencia, al margen de cualquier principio originario. El filósofo inglés, sostiene que no existen verdades innatas, que todas ellas derivan directamente de la experiencia. En cierto modo, Locke se anticipa a Kant al formular su profunda intuición: no son innatas las ideas, sino las funciones formales del espíritu. Empero, tal presentimiento quedó fuera de su sistema. La coincidencia de Adorno con el empirista inglés es de sobre evidente: la instancia suprema del ensayo es lo ya preformado, cultural o experimentalmente. Y casi un siglo antes, Francis Bacon (1561-1626) concibió unos ensayos o "consejos políticos y morales" sobre hechos de la experiencia de la vida, sabiduría cómoda y reticente que lo empareja a Baltazar Gracián.

Otro pensador que refuerza el sagaz concepto de Adorno, es el alemán Karl Leonhard Reinhold en su *Ensayo de una nueva teoría de la representación*.

Reinhold (1758-1823), se enfrenta, sin más, al sistematismo kantiano que es algo ya culturalmente preformado.

Otro ensayista ilustre, George Berkeley (1685-1753), partiendo de convicciones bien cuajadas y preexistentes —*Ensayo para una nueva teoría de la visión*—, afina un sensualismo extremado que culmina en el célebre *Esse est percipi*, es decir, nada de lo que percibimos existe en la naturaleza; existir no puede ser sino "ser percibido".

En fin, el ensayo, como actitud intelectual formalmente lograda, puede considerarse vigente desde Platón, porque es de sobre patente en el filósofo de la *Academia* una voluntad de parcelación de la realidad espiritual, propia del ensayo, como materia electiva del conocimiento (El Sofista, o del Ser; Filebo, o del placer; El Banquete, o del amor; Fedro, o de la belleza, etc.), realizando,

en cada caso, el alumbramiento especulativo del sector de realidad acotado. El razonamiento dialogado termina súbitamente, por derrota de alguno de los dialogantes o por haberse presentado un tropiezo aporético insalvable. En todo caso, Platón se refiere siempre a los frutos ya logrados en la reflexión o en la experiencia de la vida y asume, sin invenciones *ex nihilo*, el contenido de verdad dialéctica que palpita en cada tema. Contraposición, comparación —recursos metódicos del ensayo— son, también aquí, manifestaciones de una forma muy segura de pensamiento sobre lo dado como problema. Todo se resuelve en breve plazo, y las consecuencias derivan, sin ulterior trascendencia, de la naturaleza del campo problemático prefijado.

Como se ve, no es despreciable el aporte que la evolución y progreso del conocimiento debe al ensayo en todas las épocas, para que sea legítimo el desdén que por él sienten los seminarios más estrictos y las altas academias. Adorno, con mucho empaque conceptual, enaltece las cualidades que como modo válido de pensar caracterizan al ensayo. Debemos hacer notar, sin embargo, que la elocución intelectual de Adorno es poco flexible, aunque tal vez sea peligroso achacarle a él por entero esta ticsura tan poco afín con el ensayo, y no a la gratuita colaboración del traductor.

Resumiendo los caracteres esenciales que Adorno asigna al ensayo, tenemos lo siguiente:

19 El ensayo no piensa más que lo ya pensado en lo dado; aspira a la verdad de lo ya propuesto; por esto, corre peligro de enredarse demasiado en el éxito y prestigio de los productos triviales en el mercado. Asigna a Saint-Beuve la culpa de promover esta tendencia que inunda el ensayo de "indigna literatura cultural". "Libre de la disciplina de la servidumbre académica, la libertad espiritual misma se hace servil y acepta gustosamente la necesidad socialmente preformada de la clientela".

29 El ensayo ha de referirse siempre a la cosa, sea la que sea: libro, problema, hecho, etc. No debe aceptar préstamos de la poesía como ha hecho Heidegger que fabrica poesía con piezas de Parménides y algún otro, consiguiendo sólo "acercarse a la más lixiviada cháchara cultural". El paso antihideggeriano revela el violento enfado de Adorno, que la sequedad de su estilo no logra disimular. "Con astucia campesina recom-

puesta como originariedad, esta filosofía se niega a cumplir las obligaciones del pensamiento conceptual, obligaciones que, sin embargo, ha suscrito en cuanto se puso a utilizar conceptos en la proposición y el juicio, mientras que su elemento estético no pasa de ser una aguada reminiscencia de segunda mano de Hölderlin, o del expresionismo, o a veces incluso del *modern styl*, porque ningún pensamiento puede confiarse tan ilimitada y ciegameamente al lenguaje como finge la idea del decir originario".

39 El ensayo debe aceptar la separación entre arte y ciencia, pero en ningún caso sacrificarse en los altares de una cultura organizada por cajones especiales. "Se exige del espíritu un significado de competencia administrativa". Al ensayo le está dado conocer reflexivamente hechos de la vida de la conciencia y puede acotar un amplio feudo de saberse inalcanzables a la red científica del conocimiento.

Adorno ofrece ejemplos concretos de la historia de la cultura: "La obra de Marcel Proust, que está tan poco falta de elemento científico-positivo como la obra de Bergson, es toda ella un único intento de expresar conocimientos necesarios y constructivos acerca del hombre y de las conexiones sociales, conocimiento que, a pesar de esos caracteres, no pueden ser recogidos sin más por la ciencia, a pesar de que la aspiración de esos conocimientos a la objetividad no queda en absoluto disminuida ni reducida a vaga plausibilidad". Es válido el empeño del ensayo en comunicar experiencias.

49 El ensayo es siempre crítica al sistema; es radical en el no-radicalismo porque tiene en cuenta la conciencia de no-identidad. "El ensayo no obedece a las reglas del juego de la ciencia y de la teoría organizada según la cual, como dice la proposición de Spinoza, el orden de las cosas es el mismo orden de las ideas".

El ensayo no es construcción cerrada; retrocede espantado ante la violencia del dogma.

59 No acepta *protodatos* el ensayo, y crítica sus propios conceptos. Desconfía de las seguridades que provienen de la definición. Una vez pensados los conceptos los introduce "sin ceremonias, inmediatamente, tal como los concibe y los recibe".

69 Las cuatro reglas del *Discurso del Método* son contradichas brutalmente

por el ensayo, porque éste parte siempre de una totalidad dada, como de los más complejos, y no de lo más simple según el consejo cartesiano. El ensayo tiene "la ingenuidad del estudiante que no se contenta, y aun a medias, sino con lo difícil y formidabile "frente" a la adulta pedantería que con amenazador dedo exhorta al pensamiento a comprender primero lo sencillo, antes de atreverse con ese otro complejo que es lo que propiamente le atrae".

79 El ensayo no agota su tema. Por lo demás, ninguna otra forma de pensamiento logra tal propósito, puesto que cada cosa tiene infinitos aspectos que dependen de la intención del que conoce. Adorno menciona aquí la crítica kantiana al estilo de *rapsodia* del pensamiento de Aristóteles.

89 El ensayo es fundamentalmente relativo; se estructura siempre considerando su brusca comprensión.

Finalmente, el ensayo es, en su actualidad, anacrónico. Vive un momento adverso, aplastado entre una ciencia organizada "en la que todos se arrojan el derecho de controlar a todos y a todo... y una filosofía que se contenta con el vacío y abstracto resto de lo que no ha sido aún ocupado por la empresa científica..."

Colofón de tantos distingos, precisiones y desdenes parece la impresionante sentencia terminal de Adorno: "la más íntima ley formal del ensayo es la herejía..."

Las proposiciones de Adorno sobre la forma intelectual que el ensayo supone parecen lanzadas desde una barricada cuya bandera es la discrepancia con el oficialismo filosófico. Algunas de ellas alcanzan la penetración de las que Ortega ha hecho pasar a todas las antologías.

Agregaremos, sin mayor pretensión, que ensayar es una aventura erudita sobre un punto de la realidad que se deja sorprender e iluminar súbitamente, y cuyos límites están fijados por el radio que esa luz tiene. Se trata de un instante tenso, sin fatigas, que deja de rendir al primer asomo de laxitud. "Una descarga de 'intelección' que no generaliza y, por tanto, se opone a todo dogma. Funciona por sí sólo ante su objeto, en su forma más corriente. Pero también suele funcionar dentro de la amplitud de un sistema de filosofía. En este caso, se parece a una coda que resume a la vez que da un vigor insuperable al pensamiento que discurre, paso a paso, en la

estructura. Produce una conmoción, un apresuramiento en la marcha metódica del raciocinio, que descarga súbitamente un epítome denso de significaciones. Sirva como ejemplo de la función del ensayo dentro de una filosofía lo que hace Ortega al promediar su libro sobre Leibniz. Altera repentinamente el filósofo la trama de su laborioso tejido intelectual, y allí irrumpe el ensayo, jugoso, resumidor, cruzado en todas direcciones por luminosas fosforescencias que centuplican la expresividad de la lenta marcha analítica.

"Sobre lo que pasó a Aristóteles con los Principios", es en la entraña de ese libro un ensayo genial, que actúa como tensor irradiante. Sin interrumpir el curso del libro, subraya lo alcanzado en la meditación anterior y queda a ella referido como en una última perspectiva de revisión y autocrítica.

Son de sospechar las dificultades que tuvo que superar el traductor, Manuel Sacristán, para trasvasar la críptica elocución de Adorno, que usa y abusa de la elipse, entendiéndola tal vez que su libro está destinado a lectores de la más exquisita cultura.

LUIS VARGAS SAAVEDRA

Motivos de San Francisco, por Gabriela Mistral. Editorial del Pacífico. Santiago, 1965.

Acaba de ser reeditado este libro por la Editorial del Pacífico, S. A., Santiago de Chile. Hubo una primera edición hace ya varios años en una editorial católica en Santiago. Fue esa una especie de tanteo permitido por la propia Gabriela que quizás quería ayudar al surgimiento de una empresa de libros. Antes de ello los *Motivos* fueron publicándose como artículos de colaboración para el diario santiaguino "El Mercurio". El primero apareció el 21 de octubre de 1923. El segundo el 28 de octubre. Pasa algún tiempo y continúa el 16 de marzo de 1924: *Los labios*. 2 años más tarde: el 3 de octubre de 1926: *Infancia de San Francisco de Asís*. El 24 de octubre: *Los compañeros de San Francisco de Asís*: Bernardo de Quintaval.

En total son 5 los artículos mencionados en el trabajo catalogador del padre Alfonso M. Escudero, O. S. A. (*La prosa de Gabriela Mistral*. Ediciones

de los *Anales de la Universidad de Chile*. Serie Roja. N.º 14. Santiago de Chile, 1957, p. 23, 28). El libro actualmente editado trae 23 más, hasta un total de 28 trozos.

Según Doris Dana, albacea literaria de Gabriela Mistral, la autora obtuvo del diario "El Mercurio" los artículos para continuar corrigiéndolos en sus últimos años. Es por ello que César Díaz-Muñoz Cormatche dice (en su bello prólogo) "entregamos, provisionalmente, el texto que sigue"...

Un texto que parece traer unas muy leves y muy escasas erratas o cambios. En p. 86 creo que donde dice "lo aprieta enamoramiento, a su copa o a su verso", debería ser: "lo aprieta *enamoradamente*"... Y en p. 127: En vez de "Sólo la sombra salta del surco como un dardo vivo y sube como bebida por el cielo arriba, canta en el temblor de la claridad matutina" — debería leerse: "Sólo la *alondra*"... Pues tal es el título del Motivo y porque el sentido se aclara cabalmente, corrigiendo la extrañeza de imaginar una sombra que saltase y que saltase para subir al cielo, y capaz todavía de cantar.

La edición está embellecida por las ilustraciones de Eduardo Cristi Anriquez, que dan el sabor de la época tanto del Santo como de la redacción probable de la obra: 1920 y tantos, la "proyección" de Mauricio Amster es tan limpia y proporcionada como siempre.

El libro, corto pero profundo, sorprenderá el gusto de quienes no hayan conocido los momentos literarios que permitieron la destilación de esta obra. Hubo, en 1920 y en los años vecinos, un renacer biográfico hacia aquel santo que estimulaba a la sensibilidad romántica, victoriana y prerrafaelista, y fuera de tomárselo como tema de cuadros, se le poetizó y se le fue rastreando el pensamiento en las palabras de los libros que las mantenían.

Es honda y constante la vinculación de Gabriela con el santo suave: dejó encargada a la Orden de San Francisco de vigilar por la distribución de los dineros recaudados de sus libros. Perteneecía, desde joven, a la Orden Tercera y fue enterrada bajo el sayal que es su emblema eterno. Estos son algunos de los hechos que ejemplifican de un modo "visual" (por así decirlo) la amistad y la veneración de Gabriela hacia San Francisco de Asís, quien debe ser llamado su santo predilecto. Su mejor patrono.

Para Gabriela habían hondísimas causas personales que le atraían al Pobrecillo. El era "su" Santo — con la misma urgencia síquica ella se acercará más tarde a Buda, santo suave él también.

Lo cotidiano podía ser embellecido y ser nobilificado según el alma de San Francisco. Toda su actitud hacia las cosas y las criaturas era un evangelio para ser realizado con la misma caridad que ya viviera Jesús respecto de los hombres. Aquel era el evangelio para un poeta. El más atinado, y que parecía especialmente hecho considerando su vocación. Y como a pocos amantes le fue dado el saber nombrar, de precioso nombre, a las criaturas... Otros santos no eran así, Francisco; descuidaban o desdaban su lenguaje con sus hermanos inferiores, cuidando sólo el del Señor (p. 76).

Gabriela revela en estos motivos de San Francisco una saturación en el Santo y asimismo en la literatura que lo estaba descubriendo. Sus "Florejillas" están asimiladas y las referencias no exceden lo lateral, presuponiendo una lectura que excuse el alargamiento de las citas o la repetición de los relatos.

Aun sin saber nada de nada e ignorando incluso quién era San Francisco, el libro puede ser leído con gusto por quien quiera. La prosa no es ni tan espesa ni tan suntuosa de conceptos como la de algunos "Recados"; es más parecida a la de Juan Ramón Jiménez, Tagore o Pedro Prado. *Prosa poética*, muy cuidada de claridad y hecha con imágenes sencillas.

Por ejemplo, en la estampa de La Muerte dice: "Se te iba acercando muy callada, con talones de silencio y blanda mirada"... "notaste cómo te subía por ellas (las rodillas), no un frío, una pequeña frescura como de agua de piscina que asciende, lenta"... "llegó al corazón, se derramó sobre él como una ola fresca, parándote el aliento"... "el murmullo de la oración se fue atercivando. Su *harina delgada* iba *espolvoreándose* en los ojos abiertos"... "dejó caer poco a poco como muchas *felpas espesas* sobre los oídos haciéndote lejanos los rezos de los frailes que estaban a tu lado"... "la pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las *aguas profundas de la inconsciencia*" (Mío lo destacado).

En todas estas imágenes se está visualizando la muerte con referencias a líquidos y a polvos: el agua que suete y

se derrama subiendo como el veneno de la cicuta; la harina que se espolvorea cancelando los ojos; las felpas repetidas que se pliegan y se repliegan sobre los oídos. La muerte, según este modo de ver, posee una fluidez de avance *líquido*. Su fase primera ha sido pausada pero efectiva: "como agua de piscina que asciende, lenta". El silencio que gradualmente inunda los oídos del Santo agónico es descrito mediante una suite de imágenes que han brotado de aquella que decía: "el murmullo de la oración se fue aterciopelando". Esta serie se produce de aquella palabra: "aterciopelando", la cual ha suscitado las asociaciones táctilo-visuales de polvo: "Su harina delgada iba espolvoreándose en los ojos abiertos"... "Dejó caer poco a poco como muchas felpas espesas sobre los oídos"...

Lo vívido de la palabra en este trozo del libro produce un estado de suspenso que acelera la lectura, pone avidez en el lector y lo estremera del relato mismo. Cosa parecida ocurre en *La Lepra* y en *Rosa Helada*; son zonas en donde el lirismo se punza de acción hasta volverse épico. La adjetivación y las metáforas verbales contribuyen a realzar la hermosa del estilo, del tema y de su enseñanza. Todo se suma para deslumbrarnos.

El portentoso franciscanismo de Gabriela creo que queda muy patente en esta frase en donde describe el beso de santo a los leprosos: "Cuando besó al otro en la mano, los huesos le fingían alguna firmeza; es otro este beso dado sobre los labios, grandes como un belfo, en que se siente la blandura indecible del gusano"...

Hasta la náusea ha sido transformada en belleza. La imagen es un milagro de metamorfosis; primero hay la exactitud de la captación (de un hecho imaginado), después hay la franciscana actitud de enternecer y purificar a la materia, por muy putrefacta que ella esté.

También plenamente dentro del espíritu de San Francisco quedan todas las alusiones, mejor: las presencias de vegetales, que convierten las páginas en un vergel. Desde la primera lectura hallamos a ese prójimo vegetal: "Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla la forma de algunas flores de corola bipartida" (p. 21).

"La cabezuela de estambre dentro de

la flor, tenía una mecedura llena de gracia" (p. 43).

"Tal vez le crepitaba el cuerpecillo como crepitan de ardor los cactus áridos" (p. 44).

De sus cabellos expresa: "esa ensortijadura italiana que se parece a las yerbas más tercas y que está llena de energía" (p. 47). "Eran de aquel dorado imperceptible del *césped* que se seca antes de madurar" (p. 47).

De sus manos: "Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado" (p. 51) "se le quedaban esponjadas como si estuvieran siempre guardando una flor"...

De los ojos: "Estaban como la hondura de la flor, mojados siempre de ternura" (p. 55).

De sus palabras: "Quien las oyera cuando el aire está lleno de resonancias secas como un cardo muerto" (p. 59).

De su voz: "apresuraba de amor la savia en los árboles y hacia alojarse de dulzura su abullonado a la rosa"... "Y se hacía en sus entrañas un puñado de flores suavísimas" (p. 59).

De sus pies: "estaban vivos como esas hierbas que por un toque de luz en el ápice, parecen moverse sin viento. Por el color se parecían a aquellas hojas del álamo que el otoño hace transparentes y sonrosa en las puntas, y por lo ágiles, eran como si también tuviesen peciolos como una hoja" (p. 63). "Las hierbas solían gemir en las tardes dulcísimas por su recuerdo: Por dónde andará ahora el pobrecillo, sólo él atraviesa sin doblarnos". "Amaba sus uñas, que son como el esmaltillo de la carne y las cortaba con esa gracia con que iba despuntando el extremo seco de los rosales" (p. 64).

De su alma después de una convalecencia: "Está el alma más fácil para el vuelo como las hojas de largo peciolo que se mecen mejor en el aire" (p. 67). Y hablando en nombre del Santo y de todos los que convalezcan: "Somos tan delicados que oímos el caer de una rosa"; estamos tan enternecidos que un perfume insignificante nos embriega como un montón de espesas gardenias" (p. 67).

De su humildad opuesta al engrandecimiento: "¿Cuándo el lirio tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Si el lirio a cada pétalo que echa esperase el elogio, tardaría en echar el otro pétalo"... (p. 71).

Toda una estampa está dedicada al lirio, con toda la religiosidad lírica de sus prosas en "Desolación". La lección del lirio, gemelo de San Francisco, es "estar en silencio, sentir el dolor que pasa en el viento y tejerse la blancura lentamente del corazón hacia los pétalos" (p. 90).

También el lirio aparece en la doctrina de la delicadeza, ejemplificada en la abeja que sabe penetrar y desprenderse del lirio sin estropearlo, con lo cual éste enseña la caridad que está dándose sin mengua, de par en par: "El lirio se queda después íntegro y sereno". Gabriela desliza aún más su pensamiento en esta "conjugación de valores", y vuelve a declarar su admiración hacia el tránsito leve del Santo que apenas pisaba los pastos: "Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede sólo un rumor dentro de ellas y la suavísima remembranza de que me tuvieron" (p. 93). Allí, en aquella "prosa" que es pura poesía, Gabriela ha descrito líricamente toda la actitud mística del des-asimiento. San Juan de la Cruz hubiera celebrado sus palabras.

Cuando describa la disolución de la osamenta del Santo, la imagen será un eco de la ya empleada para retratarnos cómo eran sus manos ("Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado"). Dirá ahora: "Su esqueleto tan fino como la nervadura de una hoja se desgranó también calladamente". La comprensión visual y táctil entrega a Gabriela la eficacia de estas imágenes, que se responden de una a otra zona del libro. El efecto es doble; es atornasolado: vemos al Santo virarse en planta; sus manos son hojas y su esqueleto también. El *refuerzo de las dos visiones* nos consuma la índole floral de San Francisco —hombre-lirio.

Las portentosas palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo (6: 28 a 29): "Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos"; abrieron la sensibilidad de los hombres hacia las cosas que son más de lo que parecen y que por eso permiten hablar en parábolas. Gabriela pinta verbalmente al lirio así: "las pintaduras del lirio atigrado". Con pupila para captar los esplendores aromáticos y al mismo tiempo con pupila para descifrar el símbolo

que está impregnado en las cosas, ella ha ceñido ambas realidades en una misma ofrenda de lo visible y lo invisible. Esto es *franciscanismo estético*.

Las ideas, tanto como las metáforas, esmaltan el libro con una poética religiosidad, peculiar y sostenida; sólo la dulzura, la delicadeza, el más tenue de los pulsos han sido regalados para la escritura — de allí entonces que las partes intensas, como "La Muerte" y "La Lepra", den azoro debido al tema mismo: que requiera que la dulcedumbre se volviera estremecimiento.

Ejemplos de ideas —de ideas-líricas: "la cosa profunda que es un nombre, el nombre que preside la vida y que debe fundirse con nuestra mirada y con nuestro gesto" (p. 31).

"La exageración que encontramos en las leyendas dice el hambre sublime de los humildes" (p. 27). "Está en ellos menos empañada la memoria de lo divino y cuando encuentran algo semejante lo hospedan fácilmente" (idem).

"El amor es esencia y no agua que requiera grandes vasos" (p. 43).

"Cantar es tener un *estremecimiento*, más que una palabra en la voz" (p. 59).

"La madre cuaja al niño con todas sus emociones" (p. 47).

"La sombra es como (una) soberbia de las cosas" (creo que habría que incluir allí aquel artículo).

"Las palabras son guirnaldas invisibles que se descuelgan hacia las entrañas" (p. 59).

"El Evangelista, esa dalia roja del Nuevo Testamento" (p. 31).

"La belleza de la obra, Francisco, coge como un pulpo a su creador, lo aprieta enamoramiento (sic) a su copa o a su verso" (mejor sería leer: "lo aprieta enamoradamente").

La meditación hecha por Gabriela, larga, honda, en torno de San Francisco de Asís, ha destilado un libro que puede considerarse un friso de parábolas, una secuencia de lecciones exprimidas por la autora, tanto para ella misma, como para todos nosotros. La intención es finalmente didáctica. Ha hecho una ponderación a lo divino de un tema divino, y ha sabido sacar lumbres y vislumbres de cómo vivir mejor: según ese ejemplo santificado.

Si San Francisco es ruta hacia Dios ("El niño sería un camino; pero no para los mulos cargados de telas sino un camino hacia Cristo, tan largo que ha

ceñido la tierra", p. 31). en cada una de sus frases Gabriela ha caminado al Santo, lo ha recorrido amorosamente en una peregrinación a la cual no sólo nos invita sino que nos asiste: la obra nos la deja como un manual de viaje sempiterno.

Como este viaje hacia Lo Absoluto pide una ingravidez casi angélica, Gabriela ha recalado la indecible levedad del Santo, que es una irradiación de sus virtudes: la humildad, la esperanza y la fe. Virtudes que se entreveran en una sola: la Caridad.

De la humildad del Pobrecillo dice: "apenas rayaste el mundo como una sombría delgada" (p. 44). "Solía sentir el mundo como una corola. Y él, posado en sus bordes no quería pesarle más que la abeja libadora" (Dos veces ha dibujado esta imagen de la abeja liviana y fina que cumple su oficio sin dañar la flor).

"Pensaba que la excelencia de las manos está en que toquen sin tocar, como el aliento, y la de las plantas en que resbalen sobre el mundo". "Y pensaba también que el dueño de la tierra no la huella, y que nosotros le hundimos demasiado sus céspedes". (Dos veces también ha trazado la sensación de livianidad perfecta, que cruzaría las yerbas sin moverlas y sin doblarlas siquiera).

De la caridad expresa: "En las llagas de los perros leprosos aquellas manos eran menos que un venticillo de livianas" (p. 51). "Cuando dabas eras tú mismo lo que dabas". "Tú descubriste una verdad escondida; que no tenemos derecho a dar sino a nosotros mismos. Las demás cosas son de la tierra" (p. 120).

Del desposeimiento: "Pero tú entregas la celda a un hermano. Temes que comience en tu pecho la lujuria del poseer, que no se aplaca nunca más" (p. 116).

Del don de poesía: "No quiso buscar al Señor con gemidos en la sombra como Pascal. Lo buscó en el sentido de las canciones gozosas" (p. 60).

Este Evangelio poético se cierra con la oración del perder colmado, del soltarlo todo, Gabriela le ruega al Santo que le enseñe a saber perder: "me parece que me roban en cada despojo y se levanta mi brazo lleno de ira para recuperar".

Al terminar de releer este libro pienso en algunos versos de "Lagar", que narran el triunfo sobre "la lujuria del poseer":

"La bailarina ahora está danzando la danza del perder cuanto tenía..."
"Todo me sobra y yo me sobro"...

De este modo, relacionando los eslabones de su obra entera, los *Motivos de San Francisco*, resultan el jalón indispensable para el propio viaje de Gabriela hacia su Absoluto. El libro es como el memorial de una época de escalamiento y superación y él queda detrás de su partida y llegada, como lazariño, como pista, como el mejor mapa del mejor destino.

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA

Hacia Ortega. El mito del origen del Hombre por Francisco Soler Grima. Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Editorial Universitaria. Santiago, 1965.

¿Cuál es el origen del hombre?

¿De dónde, cómo, en qué condiciones vinieron a surgir los rudimentos de esto que ha llegado a ser la vida humana?

Esta es la pregunta en que se propone introducirnos el autor en este primer tomo recién publicado de su obra sobre Ortega.

Nos iniciamos en el tema del surgimiento del hombre; pero al terminar el libro nos asiste la certidumbre que éste ha sido un pretexto para aclarar la cuestión de fondo que sería la esencia fantástica del hombre, el carácter de su fantasía o imaginación. La función fabuladora definiría lo propio del hombre, o, para decirlo a tenor de una de las tesis capitales que destaca este libro, su *enfermedad específica*.

El tema del origen es, pues, en definitiva el problema del fondo. Por eso la porción más abundante de la obra es un descenso en que nos guía diestramente el autor por los estratos y regiones más recónditas y abismales del ser del hombre: el cuerpo y el intracuerpo, el cuerpo y su contorno, su sensibilidad elemental, el decir en relación con el gesto, el silencio. Estos momentos van llevando la investigación a sus niveles radicales que son el carácter "mítico" y el decir y el pensar, y el carácter fantástico de la razón y del hombre. "El mito está relacionado con las capas profundas de nuestro ser". "Se trata de tomar posesión de todo sí mismo; el sí mismo es algo con...capas o estratos que hay que ir iluminando con 'ideas-emociones' susci-

tadas por imágenes confusas, mitos, para ir posesionándonos de nuestro ser" (p. 135).

No es por tanto aquí el origen del hombre un tema de paleontología, pues la paleontología, el logos o razón del tiempo *paleo* o antiguo es y se mueve, como indica su nombre, en una ya determinada concepción del logos, del hombre. La pregunta '¿Cuál es el origen del hombre?', sería una pregunta prepaleontológica, por la esencia del logos, razón o fantasía: "Biología, etnología, antropología son conocimientos secundarios en el tema que nos ocupa", dice el autor en página 167.

Visto así, el tema de los orígenes se mantiene dentro de una dificultad esencial. ¿Cómo podemos saber de algo, un acontecimiento que ocurre cuando no había hombre ni tiempo y del que no tenemos evidencias, rastros ni "presencias"? Heidegger dice en "Ser y Tiempo", retomando un argumento de "Las Confesiones" de San Agustín —"Ser y Tiempo era en su origen un trabajo sobre la antropología agustiniana—, que no se puede hablar de un tiempo anterior al hombre —anterior a la creación del mundo diría San Agustín—, pues recién con el hombre empieza a haber un tiempo, un antes y un después. El autor expresa así esta dificultad que formula dialógicamente poniéndola en boca del lector: "Bien señor, eso que dice Ud. está muy bien, pero ¿cómo sabe Ud. eso que está diciendo? Porque Ud. no estaba allí cuando aconteció el nacimiento del hombre, por la sencilla razón de que ni Ud. ni ningún otro hombre había nacido todavía. ¿Cómo sabe usted del origen del hombre?" (p. 137). Antes también ha dicho: "Quizá se pueda afirmar que todo decir sobre los orígenes es mito. No es admisible que a ningún pensador se le escape la objeción que puede enfrentársela a su hablar sobre el origen del hombre: ¡bien amigo! y ¿cómo sabe usted eso que dice?" (p. 34).

¿Por qué —se preguntará el lector— todo decir sobre los orígenes es mítico?

Cabe responder por lo menos de dos maneras:

1. Porque de lo más remoto no sabemos nada.

2. Porque en el origen de todo origen lo que hay es la vida humana y ésta es la que introduce el logos y el mito. En este sentido y por esta razón, con el tema del origen del hombre el autor nos conduce e invita a una incursión mítica

por las regiones liminares de lo humano que es efectiva e irremediamente una investigación sobre los confines de lo racional.

El tema del origen humano se desarrolla en tres tramos o niveles. En el primero se plantea la cuestión tal como se ve desde la ciencia. Esta es un indicio, una vía de comprensión del tema que no puede ser dejada de lado, pero que no nos dice lo definitivo sobre la cuestión. De la ciencia es recuperable desde luego el hecho de ser el hombre "algo así como un animal". Este dato servirá de clave interpretativa. No basta, sin embargo, leer lo que dice la ciencia, hay que "leer en los animales", y leer interpretativamente en ellos, escudriñarlos, semblantearlos.

El segundo nivel es el de la experiencia de los animales. Aquí se perfila un rasgo: el de la atención vertida hacia dentro o hacia fuera. Lo constitutivamente propio del hombre es el vuelco de la atención hacia su sí misma; y "esa torsión de la atención es incomprendible zoológicamente" (p. 106).

En este punto y para introducir en el tercer nivel, el autor se detiene en el análisis de dos palabras —"funambulesco" y "emocionante"— en la obra de Ortega. El método de análisis que allí se sigue es interesante, muy original y sorprendente. Consiste en desentrañar ciertas implicaciones secretas en la obra del autor estudiado, a partir de un análisis muy ceñido a diferentes textos en que aparecen esas palabras. Puede concertar este método, ya que nada hace pensar que esas dos palabras, o al menos una, "funambulesco", tenga en la obra de Ortega propiamente un uso formal y técnico. El uso terminológico del lenguaje está habitualmente reservado a los substantivos y verbos; la adjetivación y sobre todo la adjetivación metafórica queda excluida por norma de este empleo del lenguaje.

"Funámbulo", es bueno recordarlo, es el volatiner, el hombre que hace ejercicios sobre una cuerda; y "funambulesco" remite a la trabazón o textura práctica en que está el funámbulo, o sea, al equilibrio, a la destreza que exige, a la precisión corporal, al instinto madurado en el hábito, a un cierto género de peligro, etc.

Ortega se presta para esta forma de análisis por razones que sería difícil enunciar sin mediar para ello largas justificaciones y desde luego un examen de

la muy peculiar y entrañable ligazón en él existente entre realidad (vida), estilo y pensamiento. Es el caso, en efecto, que el autor resulta teniendo éxito en su empresa de desentrañar de diferentes pasajes algunos importantes alcances e implicaciones para el tema del origen del hombre. Esto nos hace pensar en una cierta exactitud o rigor de las metáforas, en la idea de un "campo teórico-verbal" referible al campo pragmático de las palabras; también a la idea de "galaxia mental" mencionada alguna vez por Ortega. El campo "teórico" tendría, o debería tener —puede imaginar el lector— algo del campo verbal y del pragmático y supone un género de teoría con un principio de textura viviente.

La emoción es el primer puente tendido desde la vida consciente o superior a la vida elemental o primaria. Lo común a estas dos vidas es el mito: no es casual por eso que Ortega refiera un mito para aludir al tránsito de la vida elemental a la propiamente humana.

El tercer nivel es el de la zona de vitalidad esencial y primaria, más elemental que la emoción y el sentimiento, que sería el receptáculo de la función simbólico-mítica. Esta zona guarda estrecha relación con la forma más elemental del decir y del símbolo.

Escudriñar esta región abisal de nuestro ser sería la clave para tender el puente hacia el reino animal.

Mito es la forma universal de la fantasía; es la función imaginaria que ha ido siendo ganada en una "secuencia inexorable", en un trabajo ineludible y mil veces milenar. Son mito todas las formas de ideación, fabulación o teoría: religión, poesía, ciencia, filosofía y desde luego la forma histórica del mito *sensu stricto* y propiamente tal. Todas ellas son "formas de atenuamiento a lo real" que responden a exigencias y urgencias que la vida misma nos va poniendo.

En un sentido peyorativo se llama mito a un modo insuficiente, extraño, aberrante y deficiente de la verdad. Entonces "mito" es contrapuesto a claridad y evidencia, y significa habladoría: es el hablar de la gente, lo que "se anda diciendo por ahí". Esta apelación desdeñosa provendría de un estrechamiento de la razón operado por el terrorismo imperialista de la física que en un momento se unió él mismo en el único conocimiento legítimo. (Ortega y Gasset. *Obras Completas*. Volumen III, p. 347).

Pero el mito, cada mito, corresponde

a una experiencia de la realidad. En los mitos se cree cuando son tales. Entre mito y creencia hay una relación entrañable. El mito, nos lo define el autor, "es una manera de atenerse a lo real, un modo de vida, un mundo, en que durante milenios vive un pueblo" (p. 287). "El hombre mítico [es] un tipo de hombre sobremanera crédulo;... este hombre es incapaz de dudar ni de someter a crítica lo que sobre el universo se le dice; es un hombre que no ha tropezado todavía con un sistema de creencias contrapuestas a las suyas" (p. 289).

Pues bien, el mito referido por Ortega sobre los tiempos del más remoto paleolítico en su libro sobre Toynbee y que suscita las meditaciones de este ensayo, dice en el pasaje más decisivo: "esa especie más antigua que los pitecos era una especie enferma. Imaginemos, pues, el hombre como un animal enfermo de una enfermedad que simbólicamente llamo paludismo porque vivía sobre pantanos infestados. Y esta enfermedad, que no logró destruir la especie, le causó una intoxicación que produjo en él una hiperfunción cerebral; ésta originó una consiguiente hipertrofia de los órganos cerebrales que trajo consigo, a su vez, un grado mayor de hiperfunción mental —cuyo resultado fue que el hombre se llenó de imágenes, de fantasías".

Anotemos aquí un hecho sorprendente que por sí solo puede valer muchas explicaciones sobre la idea de campo teórico-verbal que recién ha quedado mencionada: las palabras "paleolítico", "paleología", "paleografía" viven de la raíz latina *palus* que significa ante todo antiguo, remoto. Pero *palus* significa también, curiosamente, ¡pantano! "Paludismo" se origina también en este *palus* o pantano. El texto recién citado subraya que la enfermedad se llama simbólicamente paludismo. Tendríamos, pues, un campo simbólico-pragmático en donde el núcleo aglutinante es el *palus*, o pantano paleolítico en donde surge el símbolo paludismo. (Cf. Ernout et Meillet. *Dictionnaire Etymologique de la langue latine*. Paris, 1959).

De este relato quizás pudiéramos concluir que lo propio del mito —aparte de aquellas consideraciones que remiten toda forma del pensamiento a lo que tienen de común con el mito *sensu stricto*— es el referir simbólico-alegóricamente un contenido concreto sobre un acontecimiento de valor y significado universal; o, como hace Hegel por ejem-

plo con la historia, en un llevar y elevar la forma sensible a su significado profundo y esencial. En el caso que nos ocupa, el significado que tendría este mito, uno de ellos, es mostrar un lado esencial del hombre: la razón como falencia, enfermedad o carencia y la imposibilidad natural de la vida humana. Ortega habría dicho de este mito que coloca al hombre como ser nativamente imposible, utópico y que establece por ende los principios de una antropología terrible.

ARMANDO GONZÁLEZ R.

El debate de los hombres comunes, por René Montero. Editorial Universitaria, Santiago, 1965.

Bajo la forma literaria de un diálogo en que intervienen cuatro opinantes —o tres, si eliminamos al dueño de casa, "Anfitrión", quien en realidad habla muy poco—, el hoy escritor y ayer sucesivamente soldado y político, don René Montero, ha publicado recientemente un ensayo intitulado "El debate de los hombres comunes", que trae por subtítulo "El hombre, el universo, Dios".

Hace bien en denominarlo "ensayo", porque, en realidad, el "diálogo" como género literario no es sino un ensayo en que el autor procura eludir un tanto la responsabilidad de las ideas vertidas, poniéndolas en labios de dialogantes ficticios, con ninguno de los cuales debe necesariamente ser identificado. Esta es la ventaja del escritor en el caso del diálogo; pero es a la vez su desventaja, pues el lector no queda satisfecho con el mero intercambio de ideas, sino que apetece conocer al "autor responsable".

En tiempos en que solía ser peligroso aventurar opiniones diversas de las comúnmente aceptadas, algunos letrados recurrieron al diálogo precisamente para frustrar una eventual persecución.

Ha sido usada esta forma para verter ideas de literatura o estética pura, como lo vemos en el *Diálogo de los oradores* de Tácito, en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, o en el *Diálogo sobre la poesía* de Federico Schlegel. Pero particularmente ha sido escogida para tratar asuntos trascendentales de filosofía, cosmología o ética, cual lo comprobamos, desde luego, en Platón; en algunas de las obras de Cicerón (*Las Tusculanas*, *De la naturaleza de los dioses*, *De la vejez*, etc.); en *Los diálogos de los muertos* de

Luciano de Samosata; en el *Diálogo sobre los grandes sistemas del mundo*, de Galileo; en los *Diálogos sobre la religión natural*, de Hume, etc.

La obra de nuestro presente comentarista no es una excepción: "el hombre, el universo, Dios", es el tema que le asigna su autor. Ambicioso tema, porque ¿existe algo que quede fuera de su ámbito? Naturalmente, será enfocado desde un ángulo filosófico, y esto hace que estemos en presencia de un breve y liviano ensayo y no de una enciclopedia. Si apuramos las cosas, concluiremos que no hay allí una teoría del hombre, ni una del universo, ni de Dios, aunque no escaseen las ideas dispersas tocante a esas tres entidades. Y algunas calan en problemas muy hondos. Permítasenos una cita textual: "Dios es eterno, luego no tuvo principio ni tendrá fin. Aceptada la historia del paraíso ¿cuántos millones de millones de milenios durarían antes que El decidiera fundar al Universo y al hombre, tal como aparece en el llamado Libro de los libros; ¿por qué este mundo inmenso y esta creatura vertical dotada de razón permanecieron en la nada una longitud de tiempo que ni una cifra que cruzara el universo puede expresar?" (p. 65).

Esta es una de las más graves objeciones que cabe oponer a la hipótesis de un mundo creado por un Dios. Pero el autor —perdón, el interlocutor del diálogo— no insiste, no desarrolla su argumento y lo abandona a las cavilaciones y al espíritu metafísico que pueda tener o no tener el lector.

Diríamos que el tema real o concreto de la obra es la divinidad de Jesucristo y de la religión por él fundada. Pero no abordado en la forma sistemática propia de un tratado de apologética o de un libro de controversia, sino como puede o suele serlo en una conversación improvisada de tres hombres inteligentes, cultos y que... saben hablar.

Nada sabemos de la historia íntima del señor René Montero. Pero este libro debe encerrar una dosis de confidencia. Lo natural es que haya sido escrito por un hombre que "en el medio del camino de la vida" se ha visto asaltado por la preocupación del más allá, de los problemas del origen y destino del hombre y la humanidad. A pesar de la disparidad de opiniones de los dialogantes, la tesis que parece disfrutar de las preferencias del autor es la de que Jesucristo es Dios, ambos Testamentos bíblicos son

de inspiración divina y, por tanto, la religión cristiana es sobrenatural.

¿Coincide esta posición con la del reconocimiento de la Iglesia católica, apostólica, romana como depositaria oficial y exclusiva de la verdad? Parece que no. Desde luego, se plantean a instituciones católicas como el celibato eclesiástico y la confesión, objeciones muy serias, en que la debilidad conceptual del interlocutor que ensaya refutarlas parece traicionar cuáles son las convicciones personales del autor.

En cuanto a la factura de la obra, digamos que, después de un segundo diálogo —ocurrido en 1965, según lo exigen las alusiones al Concilio— los interlocutores convinieron en juntarse y proseguirlo el domingo siguiente. No lo hicieron, pues uno enfermó gravemente y murió, y el otro debió ausentarse a Europa. Vuelven a reunirse los tres sólo al cabo de doce años, en circunstancias de que un ataque nuclear de China a Rusia y la réplica inmediata de ésta acaban de desatar la tercera guerra mundial.

Este último diálogo o visión futurista en la casa de campo de Anfitrón, se abre bajo la impresión del más agobiante y lúgubre pesimismo: todos temen estar asistiendo a lo que puede ser la agonía y el final del hombre sobre la tierra.

De pronto perciben el rumor de otras voces humanas. Se aproximan sigilosos —“no es hora de escrúpulos”— y escuchan el diálogo de dos amantes después de la mutua entrega. El y Ella alternan arcádicamente en un verdadero canto lírico al amor, al fruto esperado de su unión, a las promesas del mundo y de la vida.

Esto hace tornar la fe en los destinos humanos a nuestros apesadumbrados y ensombrecidos filósofos. Comprenden o sienten que la humanidad tendrá que reponerse de esta nueva catástrofe y reanudar su interrumpido camino. Y uno de ellos formula esta especie de moraleja o apotegma: “La verdad no está en el libre vuelo del pensamiento, sino en el cerrado cofre del corazón”. Esto es, el conocerla o descubrirla no es cosa de razonar y de saber, sino de sentir y de intuir.

¿Será ésta la conclusión a que ha llegado “el hombre de carne y hueso” —para hablar a lo Unamuno— que hay en René Montero, después de su requisitoria a la Esfinge?...

Es necesario anotar que estos diálogos suscitan y sostienen nuestro interés y se leen con agrado. Excelente prosa, la del autor. Fluida, ritmada por esa cadencia que fue grata a los escritores castizos del habla, desde Cervantes hasta Valera, y que hoy va siendo cada vez más rara. Muy apropiada al estilo oratorio, que suele ser el del diálogo cuando traspasa determinado nivel.

JORGE TEILLIER

Registro, de Sergio Hernández. Editorial Nascimento. Prólogo de Pablo Neruda. 58 pp. 1965.

El alud anual de libros que se dicen de poemas, suele acallar la aparición de un verdadero libro de poemas. Los pocos lectores de poesía que sobreviven en este país retroceden espantados al entrar a reinos en donde en renglones irregulares y sin gracia se refugia el pensamiento alógico, según decía nuestro amigo el difunto Teófilo Cid, provocando un rechazo que al fin se transforma en un fastidio e indiferencia que envuelve a todos los libros. Contribuye no poco a esta situación confusa una serie de modalidades chilenas: la desmesurada laudatoria nacida del compadrazgo (sin mayor motivo se compara a cualquier autor con Rimbaud, Lautréamont, Whitman, Faulkner, Homero); la actitud de poner al individuo antes de la obra (el susceptible autor toma como ofensa personal alguna crítica aunque sea bien inspirada, sin pensar que entregó su libro a esta misma crítica) y, por otra parte, la falta de conocimiento poético o de seriedad de la mayoría de quienes ofician en nuestra crítica periodística. El lector que quiere informarse termina de pronto por creer que da lo mismo Chana que Juana, para hablar campechanamente.

En fin, toda esta introducción es para decir que cuando aparece un verdadero libro de poemas es preciso empezar por señalarlo con este carácter, lo que en otras circunstancias parecería obvio. Y ahora tratamos un libro de poemas no redactado sino que vivido, fruto de muchas experiencias, acompañado de una forma grata y precisa. Tal es el caso de este *Registro* de Sergio Hernández.

Delgadamente nostálgica es la voz de Sergio Hernández. Las palabras le vienen solas, son palabras cotidianas, los temas son los pueblos que ha recorrido,

los niños, la nostalgia por la infancia (su verdadera patria en el tiempo), todo arrastrado en una plácida corriente en que la pena y la alegría están dichas con cauta y contenida voz, configurando una grata poesía, una verdadera poesía. Hay destreza formal, conseguida sin esfuerzo, casi al desgaire, en que lo ayuda una voz española, poco común entre nosotros.

Así la poesía de Sergio Hernández es una poesía que llega al corazón y a los sentidos, especialmente en sus dos últimos poemas: *Canto en Yo* y *Carta a Dios*, en donde la experiencia es mayor, en donde hay desgarramiento. "No soy yo el que canta sino muchos", dice con razón el poeta. Está, pues, en una veta que podríamos llamar *neorromántica* y no está solo sin duda, en este año hemos visto libros que algo se le asemejan: *Los ángeles caídos* de Eduardo Embry, *La ciudad que fue* de Eliana Navarro, *Bajo el sol de cada día*, de Rubén Campos Aragón. Ellos y otros poetas contribuyen a que la poesía vuelva a su pureza, a que algún día llegue al lector común y cotidiano, ennoblezca la vida cotidiana con sus mismos materiales.

Pero, sin pretender ser dómines, no podemos abstraernos de los "peros".

Nos parece que a Sergio Hernández lo pierde, a veces, la facilidad extrema, el uso del lugar común poético en extremo (sobre todo en sus poemas que podemos llamar "geográficos", ambientados en distintos lugares del país). Suele no haber imágenes nuevas, ni transformación del mundo por las palabras, lo que es la piedra de toque de un poema (palabras cotidianas bien usadas, sí, pero que no revelan un significado más allá de ellas). La corriente de la poesía de *Registro* arrastra versos como hojas delicadas, pero débiles. "Encumbrado pétalo" por volantín no es una comparación feliz. Tampoco es un hallazgo calificar de "verde pelo" el ramaje de los sauces. O al pimiento como análogo a un "faro en el mar". Es preciso en una poesía como la suya ahondar más y el camino está, sin duda, en el *Canto en Yo* y la *Carta a Dios*, plenos de intensidad, de vida interior y de más largo aliento.

Desde hace años, desde el encuentro en los patios del Instituto Pedagógico, y más tarde en Valdivia, vimos siempre en Sergio Hernández a uno de los pocos que llevan (para hablar en lenguaje hesseniano) la "marca" en la frente. Nos alegra verlo sin prisa, serenamente, con-

tinuando la bella tarea empezada en *Cantos de pan*, su primer libro (1959), porque él sabe que la poesía debe aparecer como el sol, sin estruendo, sin fanfarrias, como alguna vez lo dijo William Saroyan.

TOMÁS P. MAC HALE

Tres dimensiones del pensamiento de Bello: religión, filosofía, historia, de Walter Hanisch S. J. Ediciones Historia, 1965.

El centenario de la muerte de don Andrés Bello motivó la publicación de diversos estudios: *Don Andrés Bello* y *Antología de Andrés Bello*, de Raúl Silva Castro, *Actualidad de Bello*, de Pedro Lira Urquieta, *La labor internacional de Andrés Bello*, de Francisco Orrego Vicuña, fuera de numerosas conferencias sobre los diversos tópicos abordados por el sabio caraqueño.

A ellos se agrega *Tres dimensiones del pensamiento de Bello: religión, filosofía, historia*, del R. P. Walter Hanisch, conocido por sus investigaciones sobre la historia de las ideas en Chile. Su más reciente aporte tiene el mérito de la oportunidad con que fue concebido este homenaje, a la vez que haber ahondado en concepciones fundamentales en la trayectoria de Bello.

En efecto, tanto su postura ante la religión, la filosofía y la historia conforman aspectos ineludibles si se desea conocer en profundidad su magisterio. El P. Hanisch ha dividido en tres estancias la actividad infatigable del maestro: Caracas, Londres y Santiago de Chile, recorriéndolas con acuciosidad; de este modo se pueden advertir evoluciones significativas.

Naturalmente, el autor ha puesto énfasis en las ideas religiosas de Bello, tema por demás controvertido por las crisis y dudas que lo atormentaron, de las cuales existen testimonios en prosa y verso. Afirma el P. Hanisch que Bello tenía sólidos conocimientos religiosos y escriturísticos; en el Código Civil aplicó principios inequívocamente católicos y que, en fin, fue consecuente con sus principios.

El autor precisa los hitos de su formación filosófica antes de examinar los principios contenidos en la *Filosofía del entendimiento*, sometida a un asedio completísimo. Son precisadas las principales ideas de Bello y las observaciones

que éstas merecen. Se trata de una revisión crítica a la que se habrá de prodigar cuidadosa atención en el futuro.

No menos prolija es la parte que se refiere a la historia, referida a puntos sustantivos. Las concepciones de Bello sobre España y América cobran vitalidad y algunas de ellas sorprenden por el tiempo en que fueron formuladas. Fue un visionario anticipándose a su época y propiciando medidas que hoy se encuentran en el tapete de las discusiones, como la integración americana.

En suma, el P. Walter Hanisch ha realizado un estudio de valía, adentrándose en el pensamiento creador de Bello, en su intimidad religiosa, en su doctrina sobre la historia. No pocos de los temas en que dividió los capítulos no habían sido enjuiciados entre nosotros.

Historiador experimentado, el P. Hanisch ha recorrido con soltura a un humanista que abarcó casi todas las ramas del saber. Analizar las bases del conocimiento, determinar las conexiones que tuvo, su vigencia o caducidad no es cosa fácil. El autor ha proporcionado una visión de conjunto esclarecedora e instructiva, perdurable homenaje a Bello en una fecha de tan alta importancia para Chile.

Nos habría interesado que se hubiera hecho referencia a las relaciones entre Bello y Portales en el párrafo *Bello y Chile*. Terminadas las guerras de la Independencia, Chile como otras naciones americanas sufrió las consecuencias de la inestabilidad política. La desorientación, las ambiciones en juego, el desconocimiento de las prácticas democráticas dieron origen a la pequeña anarquía, que en manera alguna puede compararse a la de otras repúblicas del continente, la cual continúa aún para no pocas de ellas.

En ese momento crucial para la historia patria surgió don Diego Portales, con cuya acción benéfica el orden y la prosperidad dieron al país un sitio de primera importancia en el hemisferio, afianzada luego con el triunfo sobre la Confederación Perú-Boliviana.

Esas favorables características posibilitaron que don Andrés Bello pudiera realizar su maestrageo entre nosotros. Si Portales fue perspicaz, malicioso, práctico, decidido, Bello era sobrio, ajeno a todo impresionismo y sentimentalidad, frío en su trato.

Con el concurso de ambos Chile obtuvo en fecha ya remota un bien ganado prestigio. Se daba aquí un régimen esta-

ble, respetuoso de la Constitución —a la que ambos cooperaron— y de las leyes, camino del bienestar, sin turbulencias retardatarias, donde la cultura brillaba. Expresión de ella fue el Movimiento Intelectual de 1842, que tuviera como cabeza central a Bello.

Por esos años Portales ya no existía. Pero su visión genial y precursora había forjado el cimiento de la República, sobre el cual Bello asentara sus doctas enseñanzas.

El P. Hanisch proyecta continuar sus investigaciones sobre la filosofía en Chile ocupándose pronto de José Joaquín de Mora, José Miguel Varas y Ventura Marín. Así, en el futuro existirá un panorama completo de las vicisitudes de esta disciplina en nuestro país, que abarcará desde el siglo XVI hasta el XIX. Es una hermosa tarea la que se ha propuesto el jesuita Hanisch continuando una tradición de historiadores de su orden.

LUIS VARGAS SAAVEDRA

Lyrisme de Dante, por Georges Mounin. Presses Universitaires de France, París, 1964.

"¿Dante est-il encore vivant?". Con esta tremenda pregunta comienza el primer capítulo de este libro. Es la gran incógnita que mucha gente tiene ahora respecto de ese tremendo escritor. A muchos, su lectura ha sido imposible o desgraciada, y ellos se han alejado dejando caer, tal como Atahualpa, el libro famoso...

En este año conmemorativo de la muerte del Dante es más que lógico, es del todo sensato, preguntarse si él está... muerto o vivo.

La primera frase de Georges Mounin es de una precisión francesa: "Concernant la Comédie, le vrai problème à résoudre, aux yeux d'un Français, reste le même après des siècles: essayer de comprendre pourquoi Dante est aussi peu lu chez nous" (chez nous: entre los franceses — conste).

Para remachar esta aseveración enfilea los siguientes hechos:

1. El Dante no fue leído por una gran muchedumbre de grandes escritores tales como: Rabelais, Charles D'Orleans, Villon, Marot, Montaigne, Pascal, Racine, Corneille, La Fontaine, Moliere y Boileau.
2. El requisito para entender plena-

mente al Dante —según Papini ("Dante Vivo", 1933)— es ser "un católico, un artista, un florentino".

3. La influencia del Dante en Francia habría tenido un cenit en el siglo xviii —pero sin ser más de una influencia lejana, de prototipo. Después del Romanticismo "l'influence de Dante est, visiblement, quasi nulle".

4. En cuanto a Italia, la Comedia valía como texto de Teología versificada, hasta fines del siglo xvi; como "catecismo didáctico, y como crónica florentina rimada". En los siglos siguientes, poco más de literatura real en torno a sus valores verdaderamente literarios. Galileo no le dedica nada. Bettinelli, corresponsal de Voltaire, la considera un poema "stupide et barbare". Después de haber sido poco menos que canonizado, el Dante será hecho por la Contrarreforma un sujeto poco menos que nefando. Su "De Monarchia" es prohibida por la Inquisición. La primera edición romana no expurgada de la Comedia sólo viene a aparecer en 1791.

En el siglo xix es Francia quien extrae más del Dante. Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine, Vigny, Ingres, Delacroix, Carpeaux y Rodin —todos ellos se inspiran así como tanto antes que ellos, lo hicieran Michelangelo y Botticelli.

5. En la Italia del 1800, Dante produce una especie de reverberación idiomática. Se le respeta y estudia por su lengua: pero ni D'Annunzio (a pesar de Francesca da Rimini) ni Pascoli le deben nada, *estéticamente* hablando. Y es su influjo estético nulo lo que más prueba la semimuerte del Dante para el hombre del siglo xviii y xix. Se le ha estudiado; se le ha desmenuzado, disecado, cernido y vuelto a cerner; se ha creado hasta una ciencia dantológica y por fin se le ha asesinado de monumentalismo...

Para los escritores italianos actuales, la Divina Comedia es un depósito de citas, una veta de giros sintácticos arcaizantes: piedra vetusta de toque venerable. Nunca manantial lírico.

Papini intentó precisar humanamente al coloso y restaurarlo a su rango de poeta, devolverle su verdadera estatura. Esta tendencia es la que sigue y propugna Georges Mounin, como medio de llegar a conocer y a estimar *el arte del hombre Dante*. Y sin hincharlo de premoniciones de casi todo el Arte Europeo, puesto que ha existido la tendencia si-

guiente: si el Dante preconizaba la monarquía universal, entonces los dantólatras aseveraban que ya él había previsto los estados unidos del mundo y las Naciones Unidas; asimismo, por haber amado los símbolos ya lo creían estante de toda la poesía de Mallarmé, y por fabricar palabras de toda índole, vaso que ya contenía a James Joyce integro, y por ser lírico y teológico, Claudel es su mero reflejo lejano, y debido a su intelectualidad, Dante ya les equivalía a Paul Valery, y finalmente, el sueño épico —que eso es su Comedia— ya les profetizaba y realizaba al Surrealismo completo. Con esta actitud plenamente, 1933, Papini descontrapesó su propio intento de humanizar con precisión al Dante, ya que, mientras por un lado lo podaba de aparatizaciones heroicas, por otro lado lo revestía de una serie tal de anticipaciones que lo dejaban hecho o un super Leonardo da Vinci..., o un monstruo mitológico...

Para Georges Mounin la labor fundamental de todo interesado en Dante es "reestablecer la comunicación con el Dante enmurallado detrás del espesor de siete siglos de Talmud dantesco".

El segundo capítulo, "Le Temps de Dante", es un espléndido resumen de aquellos datos que pueden ser considerados imprescindibles. Todo el imbroglío feudal de Florencia con sus "incastellati e inurbati", la "Società delle Torri", los "Fanti della Giustizia" y el "popolo grasso", clase que dominaba en aquel sistema mitad bélico y comercial. Según Georges Mounin, los conflictos más o menos "políticos" entre Blancos y Negros, produjeron una situación que haría del Dante una víctima —y una víctima que no llegó nunca a comprender la lucha que lo dañaba con el exilio. Pero de ella se nutrieron su obra y toda su vida durante un cuarto de siglo.

Los dos capítulos siguientes continúan detallando relevancias históricas del medio ambiente formador.

El quinto capítulo clava con toda claridad el profundo asunto de *si el sentimiento religioso del Dante posee valor poético*.

Esto importa más que averiguarse la pureza de su ortodoxia o las posibles herejías de su obra. El ensayista no se pronuncia pero deja entrever su juicio negativo.

El capítulo vi trata de "La Poesía de Dante". Entre sus puntos principales resumo éstos:

1. Dante aplica "conscientemente" la poética de su tiempo: la poesía no es para él otra cosa sino el arte de "disimular, bajo la palabra ornada de fábulas, una enseñanza saludable". Este concepto ya nos pone de aviso ante el hondón que nos separa en relación a su gusto y a su formación literaria. Como expresa Manfredi Porena, Dante hubiera antologado su Divina Comedia asombrándonos con sus preferencias. Probablemente su orgullo iría a seleccionar aquellos fragmentos "donde nosotros hallamos más virtuosidad retórica, que poesía".

2. Gestación del poema —¿La Divina Comedia ha surgido cabalmente lista del seso de Dante, o fue siendo destilada en una larga secuencia de ensayos? Tampoco responde Georges Mounin a esta otra pregunta por él mismo lanzada.

Consejos para llegar a querer y gozar la poesía de Dante, según G. Mounin:

Procurar hacerse un alma del siglo XIV, para participar cuanto más podamos, conociendo e imaginando las sensaciones de entonces: el modo de gobernar los cinco sentidos, la lucha feudal por la vida, las creencias desesperadas o luminosas de fe. Y de este modo, llegar a ver la Divina Comedia "como el largo panfleto político que ella quiere ser, y que ella es, pero restituyéndola a su enmarque de "serventesios": de poemas de *servicio* (nosotros diríamos de propaganda), de diatribas vehementes contra los Papas, contra el Emperador y contra los Teutones, contra Roma o contra tal o tal príncipe"... Para ello es imprescindible conocer la historia, y en particular la literaria, para allegarse bien a la realidad que esclarezca y no sahume la perspectiva real del hombre Dante en su medio, con "sus problemas vivos, sus soluciones y sus fracasos vivos". Restituir al lírico su atmósfera poética: verlo como era. Quebrar las caparatuces de pátina que sepultan su rostro legítimo de florentino medieval.

Asimismo, leer la Divina Comedia como si fuera un relato de viaje —al estilo del Libro de las Maravillas de Marco Polo, o incluso, al modo de las obras de Jules Verne. "Y es el Jules Verne de su siglo: su Infierno es una inmensa exploración espelológica —admirablemente traducida por Gustave Doré—, el Purgatorio es materialmente la ascensión de un alpinista, el Paraíso, uno de los primeros grandes relatos de viaje en el espacio (y Dante ha buscado, con todos los medios de su época traducir física-

mente la sensación de viaje a la velocidad del sonido); como él acumula las precisiones topográficas, concernientes a los escalamientos, las orientaciones, las paradas, cada puente cruzado, cada río vadeado... todos los detalles que engañan tan bien a los amateurs de la fidedignidad matemática o cosmográfica, pero que mantienen de punta a cabo la credibilidad novelesca de su itinerario".

Reparar en el rasgo más neto de su arte: *el realismo*. "El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso le recuerdan a cada instante los Alyscamps de Arles, los diques de Wissant, el estrecho de Messina, el puente de Pola, las márgenes de l'Adrige, el arroyo en Viterbo, la Maremma en Cecina, las carreras de caballos en Verona, un sendero perdido de la codta ligure cerca de la frontera con Francia, un faro a la entrada de un puerto, un marino que se sumerge a la búsqueda de un ancla, el arsenal de Venecia, los delfines de la mar Tirreniana, Roma en 1300, luchadores de feria...".

Su viaje imaginario está construido con el relato de cosas vistas.

(Según mi modo de pensar, en este realismo habría también una intención didáctica, par a la par con el impulso narrador. Dante sabía cómo visualizar los conceptos de modo que se nos quedaran estampados en la memoria. Su metáfora está siempre construida con lo cotidiano, con lo más común y corriente de la vida diaria de un florentino de aquella época. Este es un rasgo que en nuestra literatura contemporánea ha logrado poseer y dominar T. S. Eliot, y tal vez sea por ello que el poeta inglés se siente tan atraído hacia el florentino. La poesía del Dante, por comparación con la suya, me parece de un lirismo naturalmente más crudo. Traduciéndolo a lo visual, mejor, a lo pictórico, es como comparar a Giotto con Rilke).

En el capítulo VII, esboza con su mismo modo elusivo la opinión, ya muy popular, de que el Dante "sans la Divina Comedia", sería una curiosidad literaria, más o menos caducada y en el olvido.

Como traductor que él es, G. Mounin dedica un capítulo al problema de cómo traducir el florentino al francés. El capítulo es simple, honrado, pero no tiene el interés del IX, que es el último. Aquí ha hecho una antología de opiniones acerca del Dante "par les autres". Algunas son formidables. Por ejemplo la de Nietzsche: "Dante, la hiena poética de los cementerios". De Voltaire: "Todo

aquello ¿está en el estilo cómico? No. ¿Todo aquello está en el género heroico? No. ¿En qué gusto está, pues, este poema? En un gusto bizarro". De un Anónimo de 1752 (que bien pudiera ser Voltaire mismo, o... Wilde): "Imagínese el Sexto Libro de la Eneida en 14.000 versos, 15 veces más relatos y nada más de acción; un degradamiento del interés... y del calor, observado trozo a trozo. Primero el Infierno, lo que tiene de más fuerte y de más picante; el Purgatorio, después del Infierno, no podía ser más que tibio; pero su Paraíso es de una insipidez, de una eternidad de aburrimiento". De Thomas Corneille: "El tenía mucho genio, y según lo que dice Petrarca, su pureza de costumbres no respondía en absoluto con la de su estilo". De Pierre Bayle (1697): "Recordemos que él se aplicó diligentemente al estudio durante su exilio y que él compuso libros en donde hizo entrar más fuego y mayor pujanza que la que hubiera puesto de haber gozado una situación más tranquila".

El libro de Georges Mounin finaliza con una antología de los trozos más poéticos (en su opinión) de la Divina Comedia: *Francesca da Rimini*. *Filipo Argenti* (Infierno, VIII, 31-64). *El Enviado Celestial* (Infierno, IX, 64-103). *Farinata degli Uberti* (I, X, 22-114). *Los Centauros* (I, XII, 52-99). *El Bosque de Suicidas* (I, XII, 22-57). *La Caza Infernal* (I, XIII, 109-142). *Bruneto Latino* (I, XV, 13-90). *Gerión* (I, XVI, 124-136). (XVII, 1-37). (XVII, 79-136). *Ulises* (I, XXVI, 90-142). *Mahoma* (I, XXVII, 22-63). *Los Falsarios* (I, XXX, 49-135). *Nemrod* (I, XXXI, 10-81). *Antea* (I, XXXI, 112-145). *La Muerte de Ugolino Casella* (Purgatorio, II, 67-133). *Belacqua* (Purg., IV, 97-139). *La Partida de Dados* (Purg., VI, 1-12). *El Padre Nuestro de los Orgullosos* (Purg., IX, 1-24). *Oderisi da Gubbio* (Purg., XI, 74-117). *Paseo del Purgatorio* (P., XII, 118-136). *El Águila de Fuego* (P., XVII, 70-114). *En la Constelación de los Gemelos* (Paraíso, XXII, 133-154).

FERNANDO DEBESA

Dos libros sobre Lord Cochrane.

Todos sabíamos que Lord Cochrane había aceptado el ofrecimiento de ir a Chile como Almirante en 1818 a raíz de un enojoso asunto judicial en Inglaterra. Con una discreción perfecta, los historiadores chilenos corrieron un velo sobre el

"enojoso asunto", temerosos de empañar la gloria del héroe. Pero los historiadores británicos, que no temen empañar nada, procedieron con una indiscreción que aquí se considera la primera cualidad de un historiador.

Dos libros importantes aparecidos en 1965 enfrentan en forma decidida el "enojoso asunto". Mientras el primero presenta una defensa completa de Lord Cochrane, el segundo constituye un ataque más implacable de que él ha sido objeto.

Para comprender tanto apasionamiento por hechos ocurridos hace ciento cincuenta y un años, hay que volver la mirada al acontecimiento que desencadenó esta causa célebre. A la una de la mañana del 21 de febrero de 1814, un hombre vestido de rojo apareció en el puerto británico de Dover, anunciando noticias dramáticas: los franceses habían sido derrotados y Napoleón había muerto. El rumor, como reguero de pólvora, llegó en la mañana a Londres, provocando ruidosas reacciones. La de la Bolsa de Comercio fue notable. Como al abrir sus operaciones, tanto corredores como inversionistas conocían la noticia, y ella suponía un triunfo británico, los bonos de Gobierno subieron de inmediato. Cuando el alza alcanzó un nivel apreciable, muchos inversionistas vendieron sus bonos. Entre ellos había algunos relacionados con la familia Cochrane, quienes realizaron una buena ganancia.

Pronto se descubrió que todo había sido un fraude, y que Napoleón seguía vivo. Una acusación judicial fue suscrita contra Lord Cochrane, su tío Andrew Cochrane Johnstone y cuatro personas más, quienes debieron comparecer ante el tribunal del Old Bailey el 20 de abril. Fue un proceso agitadoísimo, en que intervinieron poderosas influencias, algunas relacionadas con la familia real. Lord Cochrane, fuera de destacado oficial naval, era entonces miembro del Parlamento, lo que lo hacía particularmente vulnerable. El juez principal era Lord Ellenborough, abogado de fama y hombre incorruptible. Junto con otros tres jueces dictó sentencia, declarando culpables a los seis acusados: Lord Cochrane debía permanecer preso durante un año, pagar una multa de mil libras, y lo más grave de todo, ser expuesto a la vergüenza pública en la picota durante una hora, frente a la Bolsa de Comercio de Londres.

En atención a los servicios prestados al país, la Corona le perdonó la pena de la

picota. Pero para el futuro décimo Conde de Dundonald, su honor y su orgullo habían sido ultrajados; la ofensa estaba hecha. Jamás ni él ni sus descendientes perdonarían a Lord Ellenborough.

Comenzó así una enemistad implacable, una verdadera batalla entre las familias Cochrane y Ellenborough. Una batalla entre aristócratas, naturalmente, en que se usaron los bisturís más finos, la ironía más glacial. Los hijos, nietos y biznietos, junto con el título honorífico, heredaron el odio, y cada uno procuró atacar más a fondo al adversario.

Todas las armas sirvieron en esta lucha, desde nuevas acusaciones judiciales, hasta lo que la elegancia británica llama "rumores inspirados". Pero el grueso de la artillería lo constituyeron libros y panfletos. Inició la serie la "Carta a Lord Ellenborough" del propio Lord Cochrane, folleto de 177 páginas, en que, fuera de acusar al juez de parcialidad y de ocultar documentos de la defensa, daba opiniones duras sobre De Berenger, el hombre de uniforme rojo de Dover. Este replicó con un libro feroz, "El Noble Corredor de la Bolsa", contestado por Lord Cochrane con otro folleto, "De Berenger al Descubierta". En marzo de 1816 él mismo presentó una acusación de trece artículos contra Lord Ellenborough en la Cámara de los Comunes, rechazada por 89 votos contra cero. Sin descorazonarse, Cochrane presentó acusación de perjurio contra Davidson, amigo de De Berenger.

En abril del año siguiente llegó a Londres don José Álvarez Condarco, comisionado por el gobierno chileno para contratar personal para la marina. Un mes después Lord Cochrane había aceptado en principio su proposición, y se embarcó para Chile en agosto de 1818. Ese mismo año moría Lord Ellenborough.

Después de servir en forma ilustre a Chile, Brasil y Grecia, el Lord vuelve a instalarse en Inglaterra en 1828. Dos años después se publica un panfleto titulado "Revisión del Caso de Lord Cochrane", que, llegado a manos del rey Guillermo IV, obtiene el perdón del Lord y su vuelta a la Marina británica.

En 1847 aparece un nuevo panfleto, "Observaciones sobre Asuntos Navales", que revisa una vez más el proceso de 1814. Diez años después Lord Campbell publica "Vidas de los Jueces Supremos de Inglaterra", que contiene una "Vida de Lord Ellenborough" con juicios severos sobre su proceder.

Lord Cochrane tiene ochenta y cuatro

años en 1859. Siente que le queda poca vida, y decide resumir sus experiencias y su defensa. Ese año edita su famosa "Narración de Servicios en la Liberación de Chile, Perú y Brasil del dominio español y portugués" (publicada al año siguiente en Valparaíso bajo el título "Memorias de Lord Cochrane") y en 1860 su "Autobiografía de un Marino". En octubre de ese mismo año murió.

Pero su muerte estuvo lejos de terminar el asunto. Nueve años después su hijo, el undécimo conde de Dundonald, publicó una biografía de su padre en dos volúmenes. Su sucesor, el duodécimo conde, publicó una segunda edición de la "Autobiografía de un Marino", en 1890, con nuevos documentos. El historiador J. W. Fortescue, pocos años después, trazó un cuadro oscuro de la conducta de Lord Ellenborough en su obra "Dundonald".

Era demasiado. La familia del juez no podía guardar silencio. El nieto de éste reunió gran cantidad de material y lo puso en manos de otro distinguido historiador, J. B. Atlay, quien publicó en 1897 "El Juicio de Lord Cochrane". No contento con esto, el quinto Lord Ellenborough lanzó, con nuevos documentos, un libro terrible: "La Culpabilidad de Lord Cochrane". Esto ocurrió en 1914, justo un siglo después del proceso.

¿Iba a ser ésta una batalla de cien años? En absoluto. Después de 1930 aparecieron tres nuevas biografías del lord, cada una, por supuesto, con opiniones particulares sobre el proceso. Y ahora en 1965, con unos pocos meses de diferencia, han aparecido dos libros con versiones absolutamente opuestas de los hechos. "Cochrane, Vida del Almirante Conde de Dundonald", de Warren Tute, presenta un retrato vibrante, romántico del lord, al que en muchas ocasiones llama "héroe" y "genio". Respecto al proceso, Tute ve a su protagonista engañado por su tío Cochrane Johnstone, De Berenger y Butt, a los que califica de "pillos y aventureros de gran estilo". Su opinión de Lord Ellenborough no es suave: "un Tory extremista, puritano, rencoroso, intensamente hostil a las ideas reformadoras que animaban a Cochrane y a sus amigos".

El aspecto inaceptable de este libro para los chilenos es la imagen que traza de nuestro país y de nuestros grandes hombres. Veamos. Desde luego, en incontables ocasiones llama al lord "libertador de Chile". Esto constituye al menos una exageración, si se piensa que al llegar

Cochrane a Chile, éste era ya una república libre. El lord liberó la ciudad de Valdivia, no a todo el país. Pero Warren Tute va más allá todavía. En la página 174 dice: "El Almirante Brown, Cochrane y un General con el atrayente y mezclado nombre de Bernardo O'Higgins, junto con un General argentino José de San Martín, fueron los verdaderos libertadores de Argentina y Chile".

Refiriéndose a los conflictos en que el lord se vería envuelto en Chile, declara: "Para comprender los acontecimientos de esos años hay que recordar constantemente el ambiente de comedia musical ("musical comedy background"), junto con los personajes principales que dominaban la escena". He aquí la opinión de Tute sobre éstos: "en muchos sentidos, sus nuevos colegas (de Cochrane) eran tan corrompidos como los gobernante españoles que estaban tratando de expulsar".

Veamos cómo analiza estos personajes. De Bernardo O'Higgins dice: "educado en Inglaterra, tenía un serio conocimiento de los ideales ingleses y del sistema inglés de proceder. Pero era débil y perezoso. Parecía, sin embargo, ser honrado, y en el ambiente político de esos días, esto lo hacía un ser único. Sólo por este motivo Cochrane lo respetaba y obedecía sus órdenes".

Respecto a San Martín, el ministro Zenteno y otros políticos, dice Tute después de nombrarlos explícitamente: "Estaban allí por razones de interés personal, y formaban un grupo celoso, difamador, difícil de manejar, incluso cuando las cosas marchaban bien".

La indignación que se siente al leer estos juicios se refresca de humor frente a desatinos como éste: "En Concepción había una guarnición bajo el mando de un francés, Monsieur Freire, que más tarde iba a llegar a ser Director Supremo".

Hay un juicio gravísimo en el libro, que aunque se aplica a toda Sudamérica, está colocado en el capítulo referente a Chile y en relación con la partida de la expedición libertadora del Perú en 1820. Dice así: "Cualquiera con el más mínimo conocimiento de Sudamérica puede comprender contra qué obstáculos lucha Cochrane. Las ideas de honestidad e incorruptibilidad en la vida pública eran una novedad para la mentalidad latinoamericana. Un sentido de justicia y de correcto proceder a la inglesa o a la norteamericana tiene es-

casas raíces en esa región aún hoy día. Lo que importa es el poder, y la ley puede comprarse siempre, o cambiarse si es necesario".

El actual conde de Dundonald, Presidente de la Sociedad Anglo Chilena, redactó un prefacio elogioso para este libro, sin medir quizás la gravedad de sus juicios sobre Chile. Pero ellos produjeron tal impresión en los miembros de la Sociedad, que el conde creyó conveniente presentar su renuncia.

"Materia de Especulación", de Henry Cecil, no abarca la biografía completa del lord, sino analiza en detalle el proceso de 1814. Su título tiene, por supuesto, un intencionado doble sentido: se refiere tanto a que el fraude fue un "asunto de especulación en la Bolsa" como al hecho de que la culpabilidad de Lord Cochrane es "materia para especular...".

La técnica del libro es ingeniosa. En su primera parte presenta los antecedentes, interrogatorios y declaraciones de los testigos, preguntándole al final al lector: "¿Cuál habría sido su veredicto?". La segunda parte analiza la sentencia de Lord Ellenborough y describe los acontecimientos posteriores a ésta. La lógica de la argumentación es férrea, y de silogismo en silogismo, y de ironía en ironía, lleva al lector a la conclusión irrefutable de la culpabilidad del lord.

¿Dije "irrefutable"? Bueno, no del todo. Inmediatamente después de este libro, Douglas Cochrane, primo del actual conde de Dundonald, ha publicado un folleto en que refuta en parte a Henry Cecil. Es de suponer que éste responderá con un nuevo ataque. O sea, que después de cinco cincuenta y un años, la batalla continúa.

OLGA FERNÁNDEZ LATOUR

Cantos a lo divino y a lo humano en Aculeo, por Juan Uribe Echevarría. Editorial Universitaria. Santiago, 1962.

Juan Uribe Echevarría es un investigador del folklore chileno, de quien sólo conocemos dos trabajos: *Contrapunto de alféreces en la provincia de Valparaíso* (1958), y *Cantos a lo divino y a lo humano en Aculeo*, Folklore de la Provincia de Santiago, cuya reciente incorporación a nuestra biblioteca motiva este comentario. En ambos libros se advierten las mismas caracte-

terísticas: enfoque certero del fenómeno local, documentación de primer orden en cuanto a los aspectos generales de la cultura estudiada y a los particulares del tema elegido, conocimientos actualizados de bibliografía, presentación orgánica, buenas ilustraciones, estilo claro y de lectura agradable. Hay en su obra un notorio énfasis por ubicar a la poesía folklórica en función social que nos recuerda algo el peculiar trabajo de Desiderio Lizana *Como se canta la poesía popular* (1912) ya elogiado por Bruno Jacovella¹, pero se evidencia en ella, además, conocimiento y aplicación de los métodos preferidos por la investigación folklórica moderna.

Cantos a lo divino y a lo humano en Aculeo, comienza con una introducción que comprende cinco capítulos: "La décima glosada", "La Cruz de Mayo de Aculeo", "La música y el canto", "El lenguaje" y "Biografías de cantores y poetas". Entre los pasajes más importantes de este denso estudio merecen mención especial los dedicados a la nomenclatura usada por los poetas y cantores populares chilenos en el ejercicio de su arte, de capital importancia para comprender sus explicaciones sobre la técnica de los cantos que entonan, así como la tabla de valores que entre ellos rige para justipreciar a un poeta o a un simple cantor. Este enfoque "funcional" de la documentación del folklore poético-musical, adquiere especial importancia en el capítulo titulado "La Cruz de Mayo en Aculeo", en el cual describe la fiesta (folklóricamente llena de motivos de interés), para pasar luego a los aspectos referentes al canto. Lo más interesante de este trabajo es tal vez el haber logrado establecer un verdadero acercamiento entre el lector y el cantor popular, por haber puesto a aquél en posesión no sólo de las particularidades lexicográficas sino especialmente de las "reglas del arte" de los cantores y poetas de esa comunidad. Uribe Echevarría se refiere claramente a esta intención suya en varios pasajes, como expresa con respecto a la colección de cantares que constituye la segunda parte del libro:

"En el Cancionero que sigue a continuación, hemos tratado de dar una imagen fiel de la sucesión del canto, tomado directamente y en el orden en que las décimas por un mismo fundamento fueron cantadas. Sólo así puede apreciarse

el contrapunto, la competencia natural que preside la actuación de los cantores.

Esta competencia atiende, desde luego, no sólo a la calidad del verso, que puede ser original o aprendido (verso hecho), sino también a la potencia o dulzura de la voz; a la pronunciación correcta (cantar clarito); a la seguridad y gallardía (canto arrogante o canto bizarro)".

Con respecto a la vigencia de los hechos folklóricos documentados interesa transcribir un párrafo del autor en que expresa:

"Los versos anotados suman la intervención de los cantores de Aculeo que acudieron a la celebración de la Cruz, el 30 y 31 de mayo de 1959, el 4 y 5 de junio de 1960 y el 13 y 14 de mayo de 1961. En este último año se interrumpió la novena y no se cantó la última noche por duelo de los dueños de casa".

En la colección de piezas que forma el *Cancionero de Aculeo* podemos apreciar no sólo cuáles son las estructuras poéticas más características (entre las que se destaca la glosa en seis décimas: una de introducción que incluye el tema, cuatro glosadoras y una de despedida), sino también la manera en que se realiza el canto ("El canto corre de izquierda a derecha —dice por ejemplo—. Cada uno de los participantes debe cantar su propia introducción hasta llegar de nuevo al guitarrista que inicia el canto de la segunda décima, y así sucesivamente. El canto completo de las seis décimas de cada verso, en una reunión normal de seis a ocho cantores, ocupa más de media hora").

Este valioso material recogido con tan buen criterio sobre el terreno ha sido también satisfactoriamente comparado, tanto en lo que respecta a los antecedentes del tema dentro del ámbito chileno, como en lo que hace a los rasgos generales de su entronque con el cancionero español. Con relación a este último enfoque nos parece útil hacer sin embargo dos observaciones. La primera, de forma, es acerca de la adopción del término *contrafactum* propuesto por Wardropper² para las divinizaciónes de textos profanos, cuyo plural no puede ser de ningún modo las contrafactas sino, evidentemente, los contrafacta, tal como lo usa Wardropper. En la segunda, de carácter puramente bibliográfico, señalamos que, en cuanto a la glosa española,

¹Las especies literarias en verso. (En: *Folklore Argentino*, de J. Imbelloni y otros, Buenos Aires, Nova, 1959), p. 131.

²Wardropper, Bruce. *Historia de la poesía lírica a lo divino en la cristiandad occidental*. Madrid, Ed. de la Revista Occidente, 1958.

se ha consultado la obra publicada por Hans Janner en 1946³, sin mencionar un trabajo anterior del mismo autor⁴, no desdeñable dado lo escaso del material bibliográfico sobre este tema. Entre las bien escogidas fuentes de información citadas no se mencionan otros trabajos americanos referentes a glosas y cantos "a lo divino" lo que respetamos pues se trata, evidentemente, de un criterio seguido conscientemente para limitar el área de comparación.

El saldo que nos deja la lectura de este libro de Uribe Echevarría es, en fin, totalmente positivo, y nos obliga a reconocer, al mismo tiempo, que un estudio de esta suerte no ha sido realizado entre nosotros, lamentablemente, ya que la glosa parece haber perdido casi totalmente su vigencia entre los grupos *folk* de nuestro país. Sin embargo, la aplicación de un método de trabajo como el usado por Uribe Echevarría, en nuestros medios *folk*, podría establecer relaciones totalmente nuevas y llevar a insospechados resultados. Para los recolectores de cantares folklóricos —de cualquier tipo que éstos sean—, que decidan emprender esta ingente y urgente tarea, la obra que aquí comentamos de Juan Uribe Echevarría dará la indicación de un buen camino.

RAÚL SILVA CASTRO

La evolución de la crítica literaria en Chile. Ensayo y Bibliografía por John P. Dyson. Editorial Universitaria. Santiago, 1965.

En diversas ocasiones, yo he señalado, para deplorarla, cierta inclinación nativa entre los críticos literarios chilenos de atender a las obras de autores extranjeros. Parece como que todos ellos, formados en el estudio de letras de diferentes países y lenguas, hubieran compuesto íntimamente un escalafón de apreciación, una especie de escalinata de juicio, en la cual escalinata ocuparían las obras nacionales y de consiguiente los escritores chilenos, las gradas más bajas, las más vecinas al suelo. Yendo a otro aspecto de la cuestión, creo que al crítico que de tal modo piensa se le podría decir desde fuera:

Sí, señor, acepto que la literatura chilena ocupa, en el escalafón mundial de las literaturas, el más menguado sitio, y que en consecuencia sus autores son prácticamente invisibles desde algunas alturas superiores, que también se dan en aquel escalafón. Y si esto es así, los señores críticos literarios chilenos deben aceptar que sus propias obras son invisibles, o casi, a la distancia, y que no puede ser de otra manera si la parte sigue la suerte del todo.

Esta posición espiritual en que he querido colocarme, y a la cual, como ya dije, he dado expresión en diversas formas, no es la más corriente. La más corriente es la otra, la de la negación sistemática, la mofa, la burla, la automutilación. Y tanto es así, que también alguna vez he hablado del *canibalismo* que comete el crítico chileno cuando elimina grupos enteros de las letras nacionales, el teatro en unos, la novela en otros, la poesía en los de más allá. Y he señalado que es muy fácil tratar en seguida del cuerpo orgánico llamado Literatura Chilena si previamente se han desgajado de él, para enviarlos al osario, unos cuantos de sus órganos o partes.

Presentadas las cosas de este modo, nada pudo ser más auspicioso que ver aparecer este libro en el cual, según todo hacía esperarlo, un espíritu no prevenido podía poner las cosas en su sitio y decir algo nuevo sobre el espectáculo literario que había escogido. Nótese bien: escogido. Nosotros los chilenos, no podemos escoger propiamente el centro de nuestros estudios, si somos críticos de letras. A pesar de aquella animadversión a lo nacional señalada hace un momento, en definitiva habremos de volver a lo nacional. Es muy agradable escribir sobre Goethe, por ejemplo, vasto océano lleno de hermosos peces, pero cuando después de publicar docientos monografías sobre Goethe nos damos cuenta de que ellas en Alemania no son ni traducidas, ni estudiadas, ni comentadas, y que no logran hacer volver la cabeza a los muchos eruditos en Goethe que allí existen, entonces nos volvemos mansitos a estudiar en Chile a los señores Pérez y Martínez, menos decisivos sin duda que Cervantes y Shakespeare en el equilibrio espiritual del mundo, pero más fáciles de aprehender. Pues el señor Dyson ha caído, sin darse cuenta, acaso por ingenuidad juvenil, si su edad sólo es de veintisiete años como aquí se informa (p. 175), en la misma trampa que he-

³Janner, Hans. *La glosa en el Siglo de Oro*. Madrid, Ediciones Nueva Epoca, 1946 (Colección Ene).

⁴Janner, Hans. *La glosa española. Estudio histórico de su métrica y de sus temas*. (En: "Revista de Filología Española", tomo xxvii, pp. 181-323, Madrid, 1943).

mos denunciado para los críticos chilenos.

Su obra revela a cada paso conocimiento incompleto de sucesos literarios ocurridos en Chile, los cuales han sido más de una vez inspiradores de las propias obras críticas que él iba a estudiar a lo erudito, es decir, con ánimo de profundizarlas. Se dirá que todos debimos haberle ayudado. Es cierto; pero aun cuando el autor no lo diga, el firmante de esta reseña en más de una ocasión le tendió la mano al señor Dyson y le manifestó su deseo de poner a su disposición el amplio archivo crítico que mantiene en vigencia. Una vez en Chile, el señor Dyson no hizo uso de esa franquicia, lo que no quiere decir que ella no haya existido. Según parece de diferentes informaciones que hallamos en el texto, el autor dispuso del archivo del Instituto de Literatura Chilena (p. 8), que debemos suponer, por definición, más rico que el de cualquier particular. A mayor abundamiento, y como prueba de ello, aquel Instituto edita el libro en una de sus series.

Pero nos hemos llevado la gran desilusión. El señor Dyson quiso innovar en el tratamiento de su materia, y en lugar de trazar un panorama cronológico de la crítica literaria (cual se sugería, además, con la palabra *evolución* empleada en el título), creó una serie de linajes (gramatical, humanístico, histórico, sociológico, impresionista y estético) en donde hizo caber a los escritores que iba a considerar. Fuera de que estas jaulas dan aspecto barroco al conjunto, la verdad es que sirven además para confundir al autor, sea por inexperiencia o sea porque ellas son, en sí mismas, ineficaces para el objeto lucubrado. Soy de la segunda opinión. Son ineficaces, y como tales, estorban, confunden y hacen perder el tiempo al autor y, según temo, también a los lectores. Algunas de las categorías mencionadas podrían reducirse, como ordena la lógica, en la más genérica, y todas, en conjunto, impiden la recta apreciación de los esfuerzos individuales aplicados a la crítica.

Notorio es que el autor de este pequeño libro ha querido hacer confesar a cada crítico el ideal literario manifestado en sus escritos y la filosofía conforme cuyos dictados iba a juzgar la obra de arte sometida a su estudio. El procedimiento es irrefutable en teoría, pero la práctica del señor Dyson es muy irregular. Pongamos un ejemplo. Copia

algunas palabras de Rómulo Mandiola (pp. 64-5), en virtud de las cuales le abre sitio en el linaje sociológico (sic), pero no dice una palabra más. La verdad es que Mandiola llamó la atención en sus días por la perspicuidad de su obra crítica, y no en la abstracción de declaraciones de principios, que bien puede en seguida el autor olvidar, sino en el ejercicio mismo de la crítica. Sus artículos (algunos recopilados en la edición de 1911, que el señor Dyson cita en la bibliografía, p. 146) fueron ardiente motivo de discusión cuando el autor los daba a luz en diarios y revistas. La crítica de Mandiola no es, como sugiere la clasificación del señor Dyson, de orientación sociológica, lo que es fácil de comprobar leyendo sus piezas fundamentales.

En suma, nada importa que el autor juzgue a Mandiola incorporado en el linaje sociológico, o en otro cualquiera. Lo que sí interesa es que Mandiola, cuya obra de crítica ha sido siempre atendida en Chile, aquí aparece soslayada o borrada por error de clasificación.

Si bien el estudio revela copiosas lecturas, al autor por lo que se divisa se le escapa totalmente el hecho de que la crítica literaria de Chile tuvo como norma, hasta hace pocos años, un cabal y perfecto desprecio por la obra literaria escrita en el país. Cruz escribe con disgusto y lo dice a menudo, Astorquiza encuentra necios a los autores, con la sola excepción de un puñado, Alone se burla donosamente y con discreción, pero se burla de casi todos los escritores a quienes considera en sus escritos. Otros autores, en tanto, han postulado la inexistencia o la nulidad de grupos y de géneros. Lastarria, por ejemplo, creyó que la literatura del período colonial pertenecía a España y no a Chile. Amunátegui Solar, seguido de otros, proclamaba la ineptitud general de los chilenos para hacer poesía. Vistos en conjunto, los críticos literarios de Chile aparecen agrios, descontentadizos, muy incómodos porque deben escribir de libros chilenos y no de libros ingleses, franceses o alemanes. Crean a las letras de su patria inferiores a un esquema ideal dentro del cual se mueven, y no vacilan en decirlo así, a veces con términos acres. El estilo de Pedro N. Cruz y de Astorquiza es, en ocasiones, cuanto cabe de desapacible. Ganas dan, cuando se les lee, de preguntarles dos cosas que son,

por lo demás, válidas para todos los demás autores de su especialidad:

¿Por qué escriben de libros chilenos si los encuentran tan insignificantes, tan deplorables, tan indignos de su atención?

Si los libros chilenos, en conjunto, son necios y sin sustancia, ¿no ocurrirá lo mismo con los artículos que a ellos se dedican? De no ser así, se daría el caso ciertamente peregrino de que en Chile los únicos listos, agudos, perspicaces, diestros y aptos para manejar el lenguaje literario, serían los críticos.

El libro del señor Dyson habría avanzado grandemente en el conocimiento del fenómeno a que estamos asistiendo, si teniendo presentes las observaciones ya hechas hasta el momento, y si se hubiera formulado las dos preguntas anteriores, u otras similares, hubiese querido responderlas. Tal como es, forma un apreciable archivo de informaciones sobre obras y autores, carente precisamente de la organicidad que parece haber aspirado a tener. Y debe notarse que algunas de estas informaciones son de orden algo privado. En la bibliografía (p. 127) leemos: "Eliodoro Astorquiza. *Crónicas literarias chilenas*, ed. Norberto Pinilla. Libro inédito de 614 páginas. Santiago, 1934 (sic). Recopilación de la obra crítica completa de Astorquiza; en el Instituto de Literatura Chilena". Yo creo que es en general ilegítimo citar libros inéditos; pero si no lo es, el autor podría haber citado asimismo otras obras que se encuentran en originales y que son, como es presumible, susceptibles de ser algún día publicadas. Yo, por ejemplo, en mis archivos, conservo varios títulos de Astorquiza y de otros autores, los cuales también podrían haber sido mentados.

Algunas de las observaciones del estudio dan la impresión de que al autor leyó a medias las obras mencionadas. En la página 54, por ejemplo, leemos: "En *Creadores chilenos de personajes novelescos* (1952), *Panorama de la novela chilena* (1955) e *Historia crítica de la novela chilena* (1960), el señor X traza el desarrollo de ese género, aunque los dos últimos volúmenes pierden algo de su novedad después de haberse leído el primero". La verdad es que se trata de segunda y tercera edición de un mismo libro, y en ellas el autor aprovechó la oportunidad para hablar de más autores, para citar más obras de los mismos y para enfocar el problema con aporta-

ción de nuevos datos. Finalmente, en *Historia crítica* hay un apartado de *Conclusiones generales* (pp. 409-12) que no se observa en los otros dos libros. Como yo soy persona de muy buen humor, me sonrío con el chiste que ha querido hacer el señor Dyson, pero me pregunto en seguida si es lícito forjar un libro con observaciones críticas que no se apoyan en el conocimiento exacto de los hechos aducidos.

Hay asimismo graves discordancias entre el texto y la bibliografía, que sería conveniente allanar en una segunda edición. Es importante, por ejemplo, la parte que se concede en la crítica a Alberto Baeza Flores, cuya bibliografía contempla siete títulos (p. 127), sin que al autor mismo se le dedique una línea en el texto. Los dos Briseño que aparecen mentados en la bibliografía (p. 130) son dos personas distintas, y no una sola, como creyó el autor. Víctor Castro, mencionado en la bibliografía con cinco estudios (p. 131), no ha sido contemplado en el texto como crítico digno de mención. Idéntica observación cabe acerca de Carlos René Correa, representado en la bibliografía con cinco estudios (pp. 132-3), dos de ellos por lo menos en forma de libros, sin que se dé cuenta de él en la relación crítica.

Nótese bien el espíritu de la observación que estamos haciendo. No es que nos parezca mal que se nombre a esos señores, pero sí irregular que a escritores algo más recientes y con menos obra a su haber, se les mencione en términos auspiciosos (cual puede verse en la pág. 105) y se les conceda, en fin, una parte en el desarrollo histórico de las letras chilenas que en cambio se escatima a los otros. Mención similar a la de los autores beneficiados en aquella página pudo hacerse de los siguientes, citados en la bibliografía pero no en el estudio: Paulius Stelingis, Hernán del Solar, Fernando Uriarte, Claudio Solar, Andrés Sabella, Fernando Durán Villarreal, Pablo García y varios otros, que sería prolijo citar. El metro que ha manejado el señor Dyson en su obra algo tiene, como se ve, de elástico.

La información del señor Dyson parece en otros casos proceder del contacto directo con el escritor mencionado. Así puede verse en la pág. 57 donde leemos que el señor X es "de obra muy reducida hasta la fecha. Sin embargo, demuestra en ella la apreciación estética que ha faltado tanto en este linaje (el histórico, dentro del cual le ha incluido el señor

Dyson) y que es el elemento que más necesita para vigorizarse. En X ha encontrado este vigor". Hemos omitido el nombre de la persona mentada, para que se vea cómo nuestra observación va con el señor Dyson y no con el señor X, cuya obra nos parece asimismo apreciable y promisoría. Pero debe aceptarse que con todas las limitaciones que el señor Dyson señala, el señor X debe estar muy en los comienzos de su carrera. A escritores más fogueados, como Milton Rossel, por ejemplo, no se le menciona sino a propósito de tercero (p. 110), sin que su obra de crítico literario merezca una palabra de aprobación o de censura al señor Dyson. Todo esto, además, a pesar de que Rossel aparece mencionado con alguna abundancia en la bibliografía (p. 155). Lo que, a su turno, suscita una pregunta. Si Rossel, cual allí se ve, es autor de diez estudios de crítica literaria, publicados casi todos en fuente tan accesible como *Atenea* ¿por qué no se le estudia con el mismo detenimiento que se puso en juzgar a Norberto Pinilla (pp. 102-3) y a Manuel Rojas (p. 107)? Y en este último caso, obvio es aclarar que este libro no trata de Rojas cuentista, novelista y poeta sino del autor de estudios sobre el "fenómeno artístico crítico", para emplear la misma terminología que usa el señor Dyson.

Algunas proposiciones sustentadas por el señor Dyson nos parecen insostenibles. En la pág. 117 leemos: "Contra la norma en la mayoría de los casos, Chile tuvo un gran crítico, Andrés Bello, antes de tener una literatura". Y no la podemos aceptar, porque la literatura chilena es un solo todo, que comienza en el siglo XVI con Ercilla y se continúa hasta el día. Es verdad que esta corriente padeció algunos fenómenos temporales de delgadez o debilidad, en contraste con el mayor caudal de otros; pero de allí no se sigue que la literatura misma, como expresión psicológica y social, desapareciera. En las letras españolas, también, es dable observar que en el siglo XVIII hay menos ingenios, si se les compara con los de siglos anteriores, que producen poco y, en fin, no todo lo que lo gran son obras maestras. Sería muy forzado cortar la literatura española en dos, porque en aquel período la fortuna anduvo escasa. Pues lo propio sucede en Chile. Es verdad que en el período colonial se cuentan pocos escritores después de Ercilla, pero la literatura misma ya existía.

O no existía, si se prefiere; pero esta segunda sección de la alternativa no es la que predica el señor Dyson. Para el señor Dyson, desde luego, la literatura chilena existe, pero no hasta los tiempos de Bello sino sólo después de ellos. Tal es el sentido exacto, preciso, obvio pero también insito de las palabras transcritas.

De vez en cuando, además, el autor cae en la chabacanería de las cifras, con evidente falta de gusto. En la misma pág. 117 leemos: "Entre los críticos buenos y malos, profesionales y aficionados, constantes y ocasionales, hay cerca de quinientos individuos. De esos quinientos son de alto valor menos del diez por ciento". Si le seguimos en el lenguaje por él empleado, algo así como cuarenta y cinco (menos del diez por ciento) serían de alto valor. Bien está, pero ¿qué ganamos con estas comprobaciones meramente numerales? Si los críticos literarios de los Estados Unidos se cifran, por ejemplo, en algo así como doscientos mil, y de ellos no más del diez por ciento (veinte mil) son de alto valor, nos quedamos en las mismas. Es decir, hemos hecho una laboriosa operación aritmética, como para ofuscar al lector, pero nos mantenemos en las exterioridades del fenómeno. A mí, personalmente, no me interesa cuántos son los críticos chilenos sino, si es posible, saber cómo actuó cada uno de ellos frente al fenómeno literario que le tocaba examinar; es decir, necesito nociones, obras, hechos, definiciones, relaciones de contacto y de diferencia. Nada de eso nos lo da la extraña división en linajes, donde hay errores increíbles, como el ya señalado a propósito de Mandiola, que no es naturalmente el único.

No sería equitativo dejar de agradecer al señor Dyson la generosa empresa que tomó en sus manos, para la cual, además, hubo de molestarse en el largo viaje a este país. La sola permanencia de un norteamericano entre nosotros, donde tantas oportunidades se le dan de añorar todo lo que dejó en su patria, es una verdadera oblación de amor a Chile, que debemos agradecer de todo corazón. Lo que sí tememos es que este libro, donosamente impreso y puesto bajo el amparo del Instituto de Literatura Chilena, oriente mal o desorienta a quienes deseen conocer por dentro el fenómeno literario chileno. La literatura crítica de Chile constreñida en seis jaulas, limitadas por insalvables barrotes, no

muestra una buena faz. La habríamos querido más libre, menos constreñida, menos sujeta a la pueril convención de los linajes, que al señor Dyson pueden haberle parecido muy serios pero que en Chile sin duda hacen sonreír. Creemos, en suma, que con buena fe (que no ponemos en duda en el señor Dyson) se ha trazado una caricatura donde se había prometido un retrato. ¿Fal-

tó espacio? ¿El señor Dyson no dispuso del tiempo necesario para la empresa? ¿Sobró juvenil ingenuidad? Vaya uno a saberlo: tal vez las tres cosas son, en algún grado, ciertas. El hecho es que en esa caricatura no podemos los críticos chilenos reconocernos, y sin condenar al autor, debemos hacérselo presente para que, en lo futuro, desconfíe de clasificaciones y de linajes.

Bibliografía Chilena

Selección de los libros y folletos ingresados a la Biblioteca Nacional (Sección Chilena) por concepto de la ley de depósito legal.
Cuarto trimestre de 1965.

OBRAS GENERALES:

Biblioteca Nacional. Anuario de la prensa chilena. 1964. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. Ivi, 288 p.

Biblioteca Nacional. Gazeta Ministerial de Chile. Tomo 3, N.os 17-38. 1821-1822. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 317 p. (Colecc. de Antiguos Periódicos Chilenos).

Boizard B., Ricardo. Picotazos de Picotón. Selección de Alfredo Gandarillas Díaz. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 195 p.

Honorato vda. de Ibáñez, Amanda. Treballa. Stgo., Imp. El Imparcial, 1965. [64] p.

Montané M., Julio C. Bibliografía selectiva de antropología chilena (4ª parte) Índice de autores. La Serena, Imp. Diario "El Día", 1965. 97 p.

Subercaseaux, Benjamin. Interrogaciones: 94. Diálogo entre dos generaciones. Stgo., Ed. Ercilla, 1965. 333 p.

FILOSOFÍA Y RELIGIÓN:

Avicena, Jacques. El libro de los siglos. Stgo., Imp. Fantasía, 1965. 147 p.

Lira, Osvaldo. Ortega en su espíritu. I. Metafísica y estética. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 443 p.

Soler Grima, Francisco. Hacia Ortega. I. El mito del origen del hombre. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 312 p.

CIENCIAS SOCIALES:

Alcalá-Zamora, Niceto. Estudios de Derecho Probatorio. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. xvi, 348 p.

Banco Central de Chile. Departamento de Estudios. Balanza de pagos de Chile. Año 1963. Stgo., Imp. Roma, 1965. 99 p.

Barra V., Eduardo de la. Los gastos de traslado. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 124 p.

Barros P. C., Jaime. Muerte al imperalismo yanqui. Cuatro discursos del senador comunista espartaquista. Stgo., Imp. Entrecerros, 1965. 48 p.

Benavente, Darío. Derecho Procesal. Reglas comunes a todo procedimiento. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 138 p.

Bravo R., Mario. Aporte económico del Estado a la solución del problema habitacional. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 68 p.

Caja Autónoma de Amortización de la Deuda Pública. Informe que presenta al Ministerio de Hacienda sobre las operaciones realizadas en el año 1964. Stgo., Imp. Artes y Letras, 1965. 34 p. cuadros pls.

Carrasco González, Luis Dalberto. Aspectos sicosociológicos y prevención de la delincuencia minoril. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 207 p.

Casa de Moneda de Chile. Memoria. 1954-1963. Stgo., Talls. de Impresión de la Casa de Moneda, 1965. 178 p.

Castán Vásquez, José María. Sucesión forzosa y sucesión contractual. Concepción, Esc. Tipo. Salesiana, 1964. 110 p. (Apart. Rev. de Der. y Ciencias Soc., N° 127).

DESAL, Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina y

- desarrollo social*. Stgo., Imp. Esc. Tipo. Salesiana "La Gratitude Nacional", 1965. 2 v.
- CORFO, Corporación de Fomento de la Producción. Recursos humanos en la edificación. 2ª ed. Stgo., Mimeografiado, 1965. vii, 99 p.
- Corvalán, Luis*. Seguir avanzando con las masas. Texto completo del Informe Central al 13º Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile. Stgo., Imp. Horizonte, 1965. 99 p.
- Chile*. Leyes, estatutos, etc. Anexo de las subvenciones consultadas en la ley de presupuestos del Ministerio de Hacienda en el ítem 08/01/27.6.2 para el año 1965. Stgo., Imp. "La Nación", 1965. 96 p.
- Chile*. Leyes, estatutos, etc. Plan habitacional. D.F.L. Nº 2, de 1959. Texto completo de las disposiciones sobre plan habitacional. Concordancias legales actualizada para 1965. Stgo., Imp. Gutenberg, 1965. 72 p.
- Chile*. Leyes, estatutos, etc. Proyecto anexo del personal, ley de presupuesto de la Administración Pública para el año 1966. Stgo., Imp. La Nación, 1965. 208 p. cuadros pls.
- Chornik Steingard, Salomón*. Análisis financiero del sistema libre de ahorro y préstamo. Stgo., Mimeografiado, 1965. 67 p.
- Espina Marconi, Leonidas*. Siempre más alto [por] Leonidas Espina Marconi y Gabriela Hernández de Espina. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 371 p.
- Etcheberry, Alfredo*. Derecho Penal. v. 4. Parte especial. Stgo., Imp. Sopech, 1965. 267 p.
- Federici Rojas, José Luis*. Tarifas, entradas y gastos de la Empresa de Ferrocarriles del Estado de Chile. Stgo., 1965. xii, 153 p.
- Fernández Pucheu, Gabriel*. La prueba en general, la recepción de la causa a prueba y el término probatorio. Comentario de jurisprudencia. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 111 p.
- Fuchslocher Petersen, Edmundo*. Derecho de menores. Delincuencia juvenil y menores inadaptados. Valparaíso, Imp. Mercantil, 1965. 383 p.
- Fuenzalida Pereyra, Jorge*. Un siglo de estudios jurídicos en Concepción. 1865-1965. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 176 p.
- Gajardo Ch., Rubén*. La riña en el Código Penal. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 76 p.
- Galté Carré, Jaime*. Manual de Organización y Atribuciones de los Tribunales. 2ª ed. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 465 p.
- García Fernández, Nina*. Análisis histórico-jurídico de la sindicalización agraria chilena. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 88 p.
- Giannini, Humberto*. Reflexiones acerca de la convivencia humana. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 140 p.
- Grassau S., Erika*. Elementos de estadística. 2ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 131 p.
- Guerra C., Alejandro*. El conflicto limítrofe entre Ecuador y Perú. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 125 p.
- Guía legal práctica para empresarios*. Publicación de carácter técnico. Leyes y reglamentos del Servicio Nacional de Salud; Servicio de Seguro Social; Trabajo y Previsión Social. Octubre, 1965. Stgo., Prensa Latinoamericana, 1965. 80 p.
- Humeres Magnan, Héctor*. Patrones y obreros. 2ª ed., Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 240 p.
- Illanes E., Oscar A.* La Comisión Antimonopolios y su Jurisprudencia. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 183 p.
- INSORA, Instituto de Organización y Administración. Estudio de recursos humanos de nivel universitario en Chile. 3ª parte. Profesores de enseñanza secundaria. Stgo., 1965. xi, 170 p.

- López G., Osvaldo.* Jurisprudencia de la circunstancia agravante del Nº 12 del Código Penal. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 51 p.
- MacKay Barriga, Rafael.* El delito de desobediencia en el Código de Justicia Militar de Chile. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 190 p.
- Marín M., Juan R.* Historia de la Pampilla. Coquimbo, Imp. Modernista, 1964. 57 p.
- Marín Salas, Carlos.* Las sentencias de mera declaración. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 185 p.
- Mattelart, Armand.* Atlas social de las Comunas de Chile. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 127 p.
- Ministerio de Educación Pública.* Dirección de Educación Primaria y Normal. Programas de estudio para la educación primaria común. Texto completo. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 148 p.
- Ministerio de Hacienda.* Dirección de Presupuestos. Exposición sobre el estado de la Hacienda Pública. Presentada por el Ministro de Hacienda don Sergio Molina Silva a la Comisión Mixta de Presupuestos en 24 de noviembre de 1965. Folleto Nº 108 - Nov. de 1965. Stgo., Imp. La Nación, 1965. 108 p.
- Ministerio de Obras Públicas.* Memoria. 1961. Stgo., Imp. Dirección de Planeamiento, [1965] 186 p.
- Ministerio de Obras Públicas.* Memoria. 1962. Stgo., Imp. Dirección de Planeamiento, [1965] 203 p.
- Ministerio de Obras Públicas.* Memoria. 1963. Stgo., Imp. Dirección de Planeamiento, [1965] p. v.
- Monsalve Jara, Quintiliano.* Notas sobre legislación de aguas. (Apart. del Nº 129 de la Rev. de Derecho y Ciencias Sociales) Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1964. 120 p.
- Muñoz Guzmán, Mario.* La revolución de los mineros. Extracto histórico. Apuntes históricos y leyendas de la minería chilena en los siglos XVIII y XIX. Stgo., Imp. Gutenberg. 1965. 80 p.
- Otárola Sotomayor, Eladio.* Guía del trámite. Tramitación de: Actos civiles, derechos y beneficios de empleados y obreros en qué consisten, cómo y dónde tramitarlos y obtenerlos. Stgo., Imp. Bio-Bío, 1965. 152 p.
- Pinto, Francisco A.* Política económica. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. v. 2.
- Poehler E., Mario A.* Capital propio. Sus fundamentos legales. Teoría y aplicación práctica [por] Mario A. Poehler E. y Joaquín Liu Cam. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 248, 12 p.
- Politoff, Sergio.* Los elementos subjetivos del tipo legal. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 147 p.
- Presidencia de la República.* Departamento de Publicaciones. Revolución en libertad. Resumen informativo de un año de Gobierno. Noviembre 1964-noviembre 1965. Stgo., Imp. La Nación, 1965. 104 p.
- Ramírez Necochea, Mario.* Síntesis del Derecho Internacional Privado chileno. v. 1: Teoría General. Stgo., Imp. El Imparcial, 1965. 102 p.
- Ramos Pazos, Adela.* La función legislativa. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 64 p.
- Rojas, Robinson.* Estados Unidos en Brasil. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 207 p.
- Rojas Infante, Marcial.* Los tribunales de menores en el Derecho chileno. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 123 p.
- Roncagliolo Rodríguez, Alejandro.* Legislación de imprenta actual y comparada. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 120 p.
- Sepúlveda S., Carlos.* Los indicadores económicos. Stgo., Imp. Inst. de Economía, 1965. xiii, 134 p.
- Ullrich Burchhardt, Kurt.* Agricultura y tributación. Dos ensayos [por] Kurt Ullrich Burchhardt y Ricardo Lagos Escobar. Stgo., Mimeografiado, 1965. xiv, 188 p. (Public. del Inst. de Economía, Nº 75).

- Universidad de Chile.* Anexo estadístico presupuesto, 1964. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. [76] p.
- Universidad de Chile.* Instituto de Investigaciones Estadísticas. Prueba de Aptitud Académica para selección a la Universidad. N° 1 - 1965. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 61 p.
- Vera, Mario.* La encrucijada del cobre [por] Mario Vera y Elmo Catalán. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 142 p. (Confederación Nac. de Trabajadores del Cobre).
- Vidal E., Jorge.* La jurisdicción obligatoria de la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 92 p.
- CIENCIAS PURAS Y APLICADAS:
- Figueroa Róbinson, Ernesto.* Manual de puericultura. 2ª ed. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 273 p.
- Howard, Jorge E.* Curso de neurología infantil. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 304 p.
- Jorquera Galaz, Luis.* Fabricación, cálculo y control de calidad de tubos de hormigón simple para instalaciones sanitarias. Stgo., Mimeografiado, 1965. 37 p.
- Medina L., Ernesto.* Epidemiología de enfermedades crónicas y accidentes en Chile. Stgo., Imp. Stanley, 1965. v. 1.
- Niemeyer, Hermann.* Bioquímica general. 2ª ed. corregida. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 558 p.
- Pasmanik, Isidoro.* Terapéutica externa en dermatología. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 115 p.
- Pérez Molina, José.* Sintomatología y tratamiento de las urgencias toxicológicas. Stgo., Ed. Salesiana, 1965. 280 p.
- Schmidt Herman, Luis.* El perro y el gato. Cria-higiene, alimentación, enfermedades. (Incluye las transmisibles al hombre). Stgo., Imp. Sopech, 1965. 286 p.
- Schmidt-Hebbel, Herman.* Química y tecnología de los alimentos. Sgo., Ed. Salesiana, 1966. 320 p.
- Schoenheimer, Rudolf.* Dinámica de los constituyentes celulares. Traducción, prólogo y notas de Osvaldo Cori. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. xix, 111 p.
- Sociedad Chilena de Cancerología.* Actualidades en Cancerología. 29 Congreso Internacional de Cáncer del Pacífico Sur. 49 Congreso Chileno de Cancerología. 9ª Semana de la Liga Chilena contra el Cáncer. Santiago - Viña del Mar, 23 - 26 de octubre de 1963. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 479 p.
- Uribe Arce, Armando.* Repertorio de palabras de la ley penal chilena. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. xxiii, 299 p.
- Zaviezo M., Salomón.* Manual de control químico de malezas. Stgo., Imp. Stanley, 1965. 138 p.
- LITERATURA Y BELLAS ARTES:
- Alvear, Jorge.* Allá en la pampa. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 125 p.
- Araya, Enrique.* Francalía. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 37 p.
- Arruazú, Angel de.* Música coral. Cantos originales y versiones corales de melodías famosas. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. v. 2.
- Arteche, Miguel.* De la ausencia a la noche. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 195 p.
- Aeze Bastidas, Elías.* Señores de la tierra. (Rastrilladas de bárbaros). Novela. Stgo., Imp. Bustos y Letelier, 1965. 375 p.
- Bartholomew, Roy.* Romances y orillas del Bio-Bio. Concepción, Imp. de Concepción, 1965. 31 p.
- Blanco, Marta.* La generación de las hojas. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 203 p.
- Cañas, Hernán.* Arco iris nocturno. Stgo., Imp. Horizonte, 1965. 80 p.
- Castro, Baltazar, Légamo.* Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 273 p.
- Céspedes Liarte, Gioconda.* Instantes irascibles. (Poemas). Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 29 p.

- Coloane, Francisco.* El último grumete de "La Baquedano". 11ª ed. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 139 p.
- Coloane, Francisco.* Tierra del Fuego. 4ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 195 p.
- Couve, Adolfo.* Alamiro. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 47 p.
- Drago, Gonzalo.* Cuentos escogidos. Selección y prólogo de Manuel López. Stgo., Imp. Horizonte, 1965. 168 p.
- Droguett, Carlos.* Patas de perro. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 314 p.
- Faval, Pierre.* seud. Memorias de un buey. Prólogo de Alfonso Bulnes. 8ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 254 p.
- Frank, Miguel.* Nunca como antes. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 282 p.
- Gana, Federico.* Obras completas. Días de campo. Otros cuentos. Manchas de color. Siluetas de artistas. Entrevistas. Recuerdos. Edición al cuidado de Alfonso M. Escudero. Postfacio de Aloñe. 2ª ed., Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 307 p.
- Garrido Merino, Edgardo.* El hombre en la montaña. Novela. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 351 p.
- Gertner, María Elena.* Después del desierto. 2ª ed. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 195 p.
- Heiremans, Luis Alberto.* Seres de un día. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 249 p.
- Hernández, Sergio.* Registro. (1959-1964). Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 58 p.
- Ibáñez Mellado, Francisco L.* Renovales del camino. Padre Las Casas, Imp. San Francisco, 1965. 116 p.
- Inostrosa, Jorge.* Los húsares trágicos. 2ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. v. 4.
- Jorquera de Carvajal, Emilia.* Obra imperfecta y montaña. Stgo., Imp. Fantasma, 1965. [16] p.
- Kabila... ese hermoso mundo de Nahib.* Relato quimérico que ha pensado y escrito Kabila. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 67 p.
- Kase Svestka, Beatriz S.* Mechanical elements as dramatic symbols in the plays of T. S. Eliot. Stgo., Imp. Esc. "La Gratitude Nacional", 1965. 159 p.
- Lamberg, Fernando.* Poemas australes. Stgo., Imp. Horizonte, 1965. 54 p.
- Latorre, Mariano.* On Panta. 9ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 163 p.
- León, Carlos.* Sobrino único. Las viejas amistades. Sueldo vital. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 173 p.
- Marambio, Albertina.* Pasos en la arena. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 45 p.
- Medina, José Ramón.* Una visión de la literatura venezolana contemporánea. 2ª ed. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 96 p.
- Merino Reyes, Luis.* Matriarcado. Cuentos. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 101 p.
- Mersán, Divel.* El altar de mis senderos. 1ª ed. Stgo., Ed. Entreceros, 1965. 78 p.
- Morel, Alicia.* El jardín de Dionisio. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 101 p.
- Moreno, Inés.* Mi mano en tu mano. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 45 p.
- Moreno Monroy, Miguel.* Guitarra solitaria. Prólogo de Hernán del Solar. Stgo. Ed. del Pacífico, 1965. 69 p.
- Osses G., Luis.* Memorias de un navalino. Concepción. Imp. Univ. de Concepción, 1965. 240 p.
- Palazuelos, Juan-Agustín.* Muy temprano para Santiago. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 239 p.
- Poblete Varas, Hernán.* Rosenthal. Stgo. Ed. del Pacífico, 1965. 113 p.
- Rocha Fernández, Osvaldo.* Alma ante el espejo. Sonetos. Stgo., Imp. El Imparcial, 1965. 61 p.
- Rodríguez Lefebre, Javier.* Doce cuentos. Stgo., Imp. Iberia, 1965. 111 p.
- Rozas Larrain, Carlos.* El nómada. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 398 p.

- Ruz, Omar. Versos al pasar. Stgo., Ed. "Laura", 1965. 122 p.
- Sánchez Latorre, Luis. Los expedientes de Filebo. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. xiv, 315 p.
- Schkolnik, Saúl. Cuentos de por qué. Stgo., Imp. Cultura, [1965] [48] p.
- Segovia Torres, Humberto A. El dibujo técnico al servicio de la educación fundamental, vocacional experimental y normal de Chile [por] Humberto A. Segovia Torres y Héctor A. Alamos Figueroa. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 232 p.
- Sepúlveda, Germán. Influencia del Islam en La Divina Comedia. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 95 p.
- Serrana, Elisa. seud. Una. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 211 p.
- Silva Castro, Raúl. El modernismo y otros ensayos literarios. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 279 p.
- Solovera, Clara. Borriquito de Belén. Rondas y canciones infantiles. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 45 p.
- Soria, Dora. A mis amados hermanos. Poesías. Viña del Mar, Imp. Lourdes, 1965. 93 p.
- Teatro Juvenil. Bocetos. Stgo., Ed. Salesiana, [1965] 141 p. (Serie Chispas y Burbujas, Libro 1).
- Teatro Juvenil. Sainetes. Stgo., Ed. Salesiana, [1965] 183 p. (Serie Chispas y Burbujas, Libro 2).
- Urzúa, María. El presidente. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 53 p.
- Vargas, Moisés. La diversión de las familias. Lances de Noche Buena. Prólogo y notas de Juan Uribe Echevarría. Stgo., Ed. Universitaria, 1954. 306 p.
- Vulliamy, Luis. Isla firme. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 218 p.
- Yocanovic E., Juan. Psicología aplicada al arbitraje. Básquetbol y fútbol. Valparaíso, Imp. Victoria [1965] 64 p.
- ANTOLOGÍAS ESCOLARES Y OBRAS DIDÁCTICAS:
- Aguilar Vidal, Oscar. Manual de geografía de Europa física, política y económica. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 191 p.
- Dussuel Gálvez, Mario. Texto guía para el bachillerato en Física. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 143 p.
- Gárate Canessa, Mario. Texto guía para el bachillerato en Biología. 2ª ed. corregida, conforme al nuevo programa. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 327 p.
- Gebauer C., Claudio. Nociones fundamentales de Química. (Apto para bachillerato e iniciar estudios universitarios). Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 242 p.
- Livacic G., Ernesto. Literatura española. Con nuevos temas exigidos por el programa del 4º año de Hdes. 5ª ed. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1966. 512 p.
- Livacic G., Ernesto. Páginas Amigas. Libro de lectura para el 3.º año de Hdes. 6ª ed. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1965. 256 p.
- Margaño Mena, Luis. Educación musical. Folklore, apreciación y repertorio. I. 3ª ed. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 85 p.
- Mercado Schüler, Carlos. Curso de Física, Mecánica. 4º año de Hdes. 5ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 246 p.
- Morgado, Benjamin. La sociedad y la cultura. Apuntes de clases para los 6º y 7º años de la enseñanza comercial. 2ª ed. Stgo., Imp. Bio-Bio, [1965] 88 p.
- Pino Morales, Guido del. Orientación para el bachillerato en Matemáticas, v. 1: 1ª y 2ª partes. v. 2: 3ª y 4ª partes. 2ª ed. corregida. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 2 v.
- Pröschle, Francisco W. Curso de matemáticas elementales. Álgebra correspondiente a los años 4º, 5º y 6º de Hdes. 24 ed. Stgo., Imp. Universo, 1966. 477 p.

- Torrealba de Villota, Victor.* Niñez y juventud. Libro de lectura moral para los niños. Stgo., Imp. Fantasía, 1965. 109 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* Mi amigo. Antología auxiliar de lectura para el 1.er año de Hdes. Stgo., Ed. Lord Cochran, 1966. 212 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* Mi Amigo. Libro auxiliar de lectura para el 2º año de la escuela primaria (2ª preparatoria). Stgo., Ed. Lord Cochran, 1965. 207 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* Mi Amigo. Libro auxiliar de lectura para el 3.er año de la escuela primaria (3ª preparatoria). Stgo., Ed. Lord Cochran, 1966. 212 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* Mi Amigo. Libro auxiliar de lectura para el 4º año de la escuela primaria (4ª preparatoria). Stgo., Ed. Lord Cochran, 1966. 224 p.
- HISTORIA Y GEOGRAFÍA:**
- Academia Chilena de la Historia.* Archivo de don Bernardo O'Higgins. v. 29: Gaceta Ministerial de Chile. Dirección y recopilación de Luis Valencia Avaria. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 317 p.
- CORFO, Corporación de Fomento de la Producción.* Geografía económica de Chile. Texto refundido. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. xxiv, 885 p.
- Chelén Rojas, Alejandro.* El guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos. Precursores de la democracia y la libertad. 2ª ed., Stgo., 1964. xvi, 303 p.
- Edwards Bello, Joaquín.* El bombardeo de Valparaíso y su época. Nueva edición. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 199 p.
- Encina, Francisco A.* Bolívar y la Independencia de la América Española. v. 8. 3ª parte: El duelo con el sino. (La lucha por la estructuración política de los pueblos libertados). Stgo., Ed. Nascimento, 1965. v. 8.
- Guzmán, Leonardo.* Un episodio de la historia nacional. (Julio-noviembre de 1931). Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 207 p.
- Instituto Central de Historia y Geografía, Universidad de Concepción.* La geografía en Francia. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 77 p.
- Jara, Alvaro.* Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile. Legislación. Tomo 1. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. xix, 247 p.
- Medina, José Toribio.* Estudios históricos, biográficos, críticos y bibliográficos sobre la Independencia de Chile. Compilados y ordenados con una introducción por Guillermo Feliú Cruz. Stgo., Ed. Universitaria, 1964. v. 1, 3 y 4.
- Mundt, Tito.* Memorias de un repórter. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 217 p.
- Olavarría Bravo, Arturo.* Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. v. 3 y 4.
- Orrego Vicuña, Francisco.* La labor internacional de don Andrés Bello. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. [17] p. (Separ. de Rev. de Der. Público, N° 4, 1965).
- Ramírez Necochea, Hernán.* Los Estados Unidos y América Latina. (1930-1965). Stgo., Ed. Austral, 1965. 298 p.
- Rosende Merino, M. Ana.* La espiritualidad de Paulina von Mallinckrodt. Stgo., Ed. Salesiana, 1965. 224 p.
- Schmittiel, Agnes.* Paulina von Mallinckrodt. Stgo., Ed. Salesiana, 1965. 232 p.
- Silva Castro, Raúl.* Pedro Prado. (1886-1952). Stgo., Ed. Andrés Bello, 1965. 191 p.
- Sotomayor Valdés, Ramón.* Historia de Chile bajo el Gobierno del General don Joaquín Prieto. 3ª ed., Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. v. 2.

Noticias Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de este número de la revista

DAVID D. ANDERSON

Profesor, ensayista y crítico literario norteamericano.

LUFTI ABDEL BADI

Profesor de la Universidad de Heleópolis de El Cairo. Doctorado en la Universidad Central de Madrid. En la actualidad desempeña la Cátedra de Lengua y Literatura Árabe en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

Obras: *El Islam en España. Don Juan en la literatura universal. El pensamiento árabe. Catálogo de manuscritos árabes.*

El Instituto Chileno-Árabe de Cultura publicó su libro *La épica árabe y su influencia en la épica castellana.* (Talleres de Arancibia Hermanos. Santiago, 1964).

JUAN GODOY

Cuentista y novelista. Profesor de Literatura de la Universidad Técnica del Estado. Ex profesor del Instituto Nacional.

Obras: *Angurrientos* (1940). *La cifra solitaria* (1945). *Un inspector de sanidad* (1950). *El gato de la Maestranza* (1952). *Sangre de murciélago* (1959).

ELEAZAR HUERTA VALCÁRCEL

Poeta, profesor y crítico literario. Ex Decano Vitalicio Honorario de la Universidad Austral de Valdivia y actual catedrático de Composición Castellana de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Cursó estudios de Filosofía y Letras y de Derecho en la Universidad de Madrid (1923-1928), que amplió en Francia. Colaboró en las revistas españolas "Agora", "Altozano", "Revista de las Españas".

Crítico literario, por muchos años, del

diario *Las Últimas Noticias*. Colaborador de las revistas "Atenea", "Occidente" y "Revista Nacional de Cultura", de Venezuela.

Obras: *Cancionero Mozo* (poemas). *Poética del Mio Cid* (1948). *Unamuno, novelista. Esquema de Poética* (1962). Edición con prólogo y notas de *Don Alvaro* y de los *Romances históricos* del Duque de Rivas (1958). Colaboró en el homenaje de la Universidad de Oxford a Américo Castro con un trabajo sobre *La primera hoja del Mio Cid* (Oxford, 1965).

JORGE GUILLERMO LLOSA

Diplomático, crítico y ensayista peruano. Ex Agregado Cultural de la Embajada del Perú en Chile. Autor de *El Libro de Odiseo* (Edit. Zig-Zag, 1963).

PATRICIO MARCHANT

Profesor de Filosofía del Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

ENRIQUE MOLLETO

Cuentista y autor teatral. Dos de sus relatos, *¿Recuerdas?* y *El Testamento*, aparecieron en la *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Ed. Zig-Zag, 1954) y en *Cuentos de la generación del 50* (Ed. Nuevo Extremo, 1959).

Obras teatrales: *Un cambio importante* (1960) y *La Torre* (Premio Gabriela Mistral). *El Sótano* (Premios *Alerce* y *Municipalidad de Santiago*).

El Sótano fue estrenada por la Compañía de Teatro Contemporáneo "Celino Hernández", en el Teatro *Atelier*.

PLATH ORESTE

Seudónimo de César Octavio Mueller Leiva. Poeta y folclorólogo de dilatada

obra. Ha realizado estudios de folklore comparado en las universidades de San Marcos y de Río de Janeiro. Colaborador de la revista *En Viaje*, de los suplementos literarios del diario *La Nación* y de diversas revistas especializadas en temas folklóricos de España, México, Argentina y Brasil.

Obras: *Poemario* en colaboración con Jacobo Danke. *Ancla de Espejos. Poetas y poesías de Chile. Aspectos de Museos y del Folklore en Brasil. Baraja de Chile. Alimentación y Lenguaje Popular. Fraseología Folklórica Chilena en la Anatomía y Patología del Individuo. Santuario y Tradición de Andacollo. Folklore Chileno* (1966).

GUILLERMO QUIÑONEZ ALVEAR

Poeta y crítico porteño. Colaborador de las revistas "Multitud", "Caballo de Fuego" y de los suplementos literarios de diarios chilenos y colombianos. Hasta el momento se ha negado a recoger su obra en un volumen. De sus poemas más famosos citaremos: *Canto a la Primavera*,

Balada del mes de Junio, Canto al Cartero y Candela para Pío Baroja.

BENJAMÍN VIEL VICUÑA

Médico Cirujano. Estudios en la Universidad de Chile y en la Universidad de Harvard. Becado por la Fundación Rockefeller. Profesor Extraordinario de Higiene y Medicina Preventiva. Ex Director de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Profesor visitante en las Universidades de Puerto Rico, Costa Rica, Nacional de México, Uruguay y Nacional de Venezuela.

Autor de *La Medicina Socializada y su aplicación en Gran Bretaña, Unión Soviética y Chile.*

OLGA FERNÁNDEZ LATOUR

Folkloróloga argentina. Colaboradora de los "Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología", que edita la Subsecretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia de Argentina. Autora de *Un poeta glosador que vivió en Jachal (San Juan)* en el siglo XIX: *Don Víctor José Capdevila.*

Índice

	PÁGS.
Benjamin Viel: <i>Algunos cambios sociales derivados del crecimiento poblacional</i>	5
Carlos Krumm S.: <i>Viajes espaciales: tiempo y relojes</i>	13
Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larrain: <i>La subdivisión de la propiedad rural en Chile en 1919</i>	20
Hilda Ortiz Veas: <i>Contribución al estudio del surrealismo en Chile</i>	30
Juan Godoy: <i>Sombras</i>	50
Eleazar Huerta: <i>Semana Santa en Tobarra</i>	53
Oscar Espinosa Moraga: <i>El precio de la paz chileno-argentina</i>	64
Oreste Plath: <i>Folklore alimentario</i>	76
Fernando Uriarte: <i>El criollismo alucinante de Alejo Carpentier</i>	90
Enrique Molleto: <i>La confesión</i>	102
Guillermo Quiñónez Alvear: <i>Balada de la galleta marinera</i>	106
Patricio Marchant: <i>Esencia y Existencia en la ontología de Nicolás Hartmann</i>	112
Jorge Guillermo Llosa: <i>Dante en su tiempo y en el nuestro</i>	131
Arturo Givovich: <i>El Valdiviano</i>	140
Guillermo Feliú Cruz: <i>Patria y chilenidad</i>	157
Abraham Quiroz: <i>Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico. 1879-1884</i>	175
Pedro Grases: <i>Las ideas fundamentales de Mariano Picón-Salas</i>	217
David D. Anderson: <i>La literatura norteamericana en su contexto cultural</i>	233
Lutfi Abdel Babi: <i>Un dramaturgo egipcio: Tawfik al-Hakim</i>	239
Daniel Cohen: <i>Debate sobre la luna y los planetas. Opinión de doscientos astrónomos</i>	243
<i>Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional</i>	247
<i>Notas Bibliográficas</i>	253
<i>Bibliografía Chilena</i>	278
<i>Noticias Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de este número de la revista</i>	285

Publicaciones del Servicio para el Canje Internacional de la Biblioteca Nacional

(CREADO POR DECRETO DEL 12 DE MAYO DE 1871)

(Sólo para el exterior)

Lista Nº 4 — 1966

- Abascal, B. Manuel.** Pepe Vila. La zarzuela Chica en Chile. 1955. (Teatro musical). 4 ejemplares.
- Academia Chilena de la Lengua.** Estatutos de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española. 1916. 30 ejemplares.
- Acevedo Hernández, Antonio.** La Cueca. 1963. (Folklore). 18 ejemplares.
- Aguirre, Margarita.** Cuadernos de una muchacha muda. 1951. (Literatura). 3 ejemplares.
- Alessandri P., Arturo.** La Reconstrucción de un Pueblo. 1938. (Ciencias Sociales). 72 ejemplares.
- Alone (Hernán Díaz Arrieta).** Gabriela Mistral. 1946. (Biografía y crítica). 13 ejemplares.
- Álvarez.** "Aritmética Elemental". 1911-12. 96 ejemplares.
- Banco Central de Chile.** Trigesima sexta, séptima, octava y novena Memoria Anual. 1961, 1962, 1963 y 1964. = 24, 20, 40 y 20 ejemplares.
- Barceló Lira, Luis.** "Compendio de la Historia Antigua de los Pueblos Orientales". 1903. 15 ejemplares.
- Barquero, Efraín.** La Piedra del Pueblo. 1954. (Poesía). 7 ejemplares.
- Barrios, Eduardo.** Gran Señor y Rajadiablos. 1960. (Novela). 11 ejemplares.
- Bello Codesido, Emilio.** Recuerdos Políticos de la Junta de Gobierno de 1925. 1954. 11 ejemplares.
- Biblioteca Nacional.** Anuario de la Prensa Chilena. 1877-1885; 1915; 1916; 1917-1921; 1922-1926; 1927-1931; 1932-1936, 1ª y 2ª parte; 1937-1941, 1ª y 2ª parte; 1942-1946; 1947-1951; 1952-1956; 1957-1961; 1962 y 1963. Números variables de ejemplares. 28 ejemplares. (Bibliografía).
- Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.** Años 1952, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963. Número de ejemplares variables. 630 ejemplares.
- Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación.** Nº 1. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario.** Nº 2. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- García Lyon Virginia y Viña Fuentes, Carlos.** Centenario de Los Miserables (1862-1962); 1963. (Literatura y crítica). 40 ejemplares.
- Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana.** 1957. Organizada por el Director de la Biblioteca Nacional, don Eduardo Barrios y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, don Guillermo Feliú Cruz. (Bibliografía). 41 ejemplares.
- Chile:** Su futura alimentación. 1963. (Autores: Carlos Keller R.; Julio Santa María; Hugo K. Sievers W.; Osvaldo Quinteros Cerda. Introducción de Guillermo Feliú Cruz). (Nutrición). 40 ejemplares.
- Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile.** Publicada bajo la dirección de Guillermo Feliú Cruz. 1957-1959. Tomos xxxix y xl. Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Doctor José Antonio Rodríguez Aldea. 39 ejemplares.
- Ensayo de una Bibliografía de la Historia de Francia.** s/f. 74 ejemplares.
- Colección de Antiguos Periódicos Chilenos.** Publi-

- cada bajo la dirección del Profesor Guillermo Feliú Cruz. Volúmenes editados: 19.
- ¡Viva el Rey! *Gazeta del Gobierno de Chile. Ilustración Araucana sacada de los Arcanos de la Razon. El Augurio Feliz.* (1813-17). 1952. 28 ejemplares.
- ¡Viva el Rey! *Gazeta del Gobierno de Chile. Tomo II.* (1813-1817); 1954. 33 ejemplares.
- ¡Viva la Patria! *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile. Semario de Policia. Clamor de la Justicia e Idioma de la Verdad; El Patriotismo; La Justicia en Defensa de la Verdad; El Amigo de la Ilustración* (1817). 1951. 33 ejemplares.
- Gazeta de Santiago de Chile.* N.os 1-37. (1817); 1952. 33 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* N.os 38-72. (1818); 1952. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* N° 73-100 (1819); 1954. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 1-55. (1819-1820); 1958. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 56-78, y 33 números extraordinarios (1820-1821) 1963. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 79-100 y Tomo III, N.os 1-16. Números extraordinarios: 34 a 48 (1821); 1964. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo III, N.os 17-38. 1821-1822. 1966.
- Cartas Pehuenches.* El Telégrafo. (1819-1820); 1958. 28 ejemplares.
- El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Sol de Chile. El Chileno.* (1818); 1955. 28 ejemplares.
- El Cosmopolita. El Diario de la Convención. El Observador Chileno. El Tizon Republicano. El Clamor de la Patria y Apéndice: Correspondencia entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo don Ramón Freire.* (1822-23); 1962. 28 ejemplares.
- El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corresponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. Apéndice.* (1823); 1963. 28 ejemplares.
- El Censor de la Revolución. Colección de Noticias. La Miscelánea Chilena. El Independiente. El Mercurio de Chile.* (1822-1823); 1960. 30 ejemplares.
- Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa.* (1824-1825); 1965. 58 ejemplares.
- El Liberal. Redactor de las Sesiones del Soberano Congreso. Redactor Extraordinario del Soberano Congreso. Notas sobre las Operaciones en el Congreso de Chile.* (1823-1824); 1965. 58 ejemplares.
- Bombal, María Luisa.* La Amortajada. 1962. (Novela). 11 ejemplares.
—La Última Niebla. 1962. (Novela). 15 ejemplares.
- Brandau, Valentín.* Al Servicio de la Verdad. I, II y III Serie. Ejemplares variables. 1953, 1954 y 1955. (Política). 450 ejemplares.
—El Legado Político de Atenas y las Democracias Modernas. 1956. (Sistemas políticos). 55 ejemplares.
- Bulnes, Alfonso.* Juan Francisco González. 1933. (Bellas Artes). 16 ejemplares.
- Bunster, Enrique.* Mar del Sur. 1951. (Relatos). 15 ejemplares.
- Campos Menéndez, Enrique.* Sólo el Viento. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Castillo, Homero.* La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América. 1963. (Hist. de la Lit.). 40 ejemplares.
- Castro, Juan Modesto.* Frolán Urrutia. 1942. (Novela). 11 ejemplares.
- Cejador y Frauca, Julio.* Epistolario de Escritores Hispanoamericanos. Recopilación, introducción y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo: La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana por Guillermo Feliú Cruz. Vols. I y II; 1965. 40 ejemplares.
- Coloane, Francisco.* Tierra del Fuego. 1963. (Relatos). 18 ejemplares.
- Condal, Lucía.* Presencia de Otoño. 1946. (Poesía). 6 ejemplares.
- Contraloría General de la República.* Recopilación de los Decretos con Fuerza de Ley. Tomo 48.

- Vols. I y II; 1960. 41 ejemplares.
- Recopilación de Leyes. Tomo 47. 1960; Tomo 49, 1961; Tomo 50, 1963; Tomo 51, I y II Vols. 1963-1965; ejemplares variables. 155 ejemplares.
- Recopilación de Reglamentos. Tomo 15. 1963. 38 ejemplares.
- Coolidge*. Tacna y Arica. 1925. (Derecho Internacional). 46 ejemplares.
- Chile. Congreso Nacional*. Manual del Senado. Santiago, Chile. 1923. 10 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Extraordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888-1889; 1889-1890; 1902-1903; 1903-1904; 1904-1905; 1905-1906; 1918-1919; y 1919. 8 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Ordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888; 1889; 1892; 1904; 1905 y 1906. 6 ejemplares.
- Dario, Rubén*. Obras Escogidas. Publicadas en Chile. 1939. (Poesía). 12 ejemplares.
- D'Halmar, Augusto*. Juana Lucero. 1961. (Novela). 18 ejemplares.
- Diario Oficial de la República de Chile*. Años: 1945 a 1965. 3 colecciones de cada año.
- Díaz Garcés, Joaquín*. A la Sombra de la Horca. 1964. (Relatos). 18 ejemplares.
- Páginas de Angel Pino. 1927. (Relatos). 7 ejemplares.
- Díaz Meza, Aurelio*. Leyendas y Episodios Chilenos. En Plena Colonia. Tomo III, 1930. (Crónicas). 15 ejemplares.
- Drago, Gonzalo*. El Purgatorio. 1951. (Novela). 13 ejemplares.
- Dublé Urrutia, Diego*. Fontana Cándida. 1953. (Poesía). 18 ejemplares.
- Durand, Georgina*. Mis Entrevistas. 1945. (Relatos). 10 ejemplares.
- Edwards Bello, Joaquín*. Crónicas. 1964. 18 ejemplares.
- Egaña, Juan*. Escritos Inéditos y Dispersos. 1949. (Historia). 26 ejemplares.
- Tractatus de re Logica, Metaphisica, Et Morali. 1827. (Filosofía). 58 ejemplares.
- Encina, Francisco Antonio*. La Cuestión de Límites entre Chile y la Argentina desde la Independencia hasta el Tratado de 1881. 1959. (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Las Relaciones entre Chile y Bolivia. (1841-1963). (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Espejo, Juan Luis*. La Provincia de Cuyo en el Reino de Chile. Tomos I y II; 1954 (37 tomos de c/u). (Historia). 74 ejemplares.
- Espinosa Moraga, Oscar*. El Aislamiento de Chile. 1961. (Historia Política). 15 ejemplares.
- Bolivia y el Mar. 1965. (Historia Política). 11 ejemplares.
- La Cuestión del Lauca. 1964. (Política Internacional). 18 ejemplares.
- Eyzaguirre, Jaime*. Chile y Bolivia. Esquema de un Proceso Diplomático. 1963. (Derecho Internacional). 14 ejemplares.
- Feliú Cruz, Guillermo*. Correspondencia de Claudio
- Gay*. 1962. (Biografía). 40 ejemplares.
- El General don Manuel Bulnes. 1937. (Biografía). 10 ejemplares.
- Historiografía Colonial de Chile. Tomo I, 1957. (Historia). 98 ejemplares.
- José Toribio Medina, Historiador y Bibliógrafo de América. 1952. (Biografía). 18 ejemplares.
- Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. (1854-1963). 1964. (Bibliografía). 10 ejemplares.
- Fogh, Anamaria*. 29 Hombres en la Vida de una Mujer. 1957. (Novela). 11 ejemplares.
- Gallardo, Eudomilia*. La Canción de la Campana. 1925. (Teatro). 8 ejemplares.
- Garay, Félix*. Una Vida para que vivió David Mendel. 1949. (Novela). 5 ejemplares.
- García, Ramón V.* Tratado de la Verdadera Religión. 1948. 15 ejemplares.
- Garfias, Domingo A.* El Proceso Plebiscitario de Tacna y Arica. 1926. (Derecho Internacional). 8 ejemplares.
- Garrido Merino, Edgardo*. El Barco Inmóvil. 1928. (Cuentos). 10 ejemplares.
- El Hambre en la Montaña. 1933. (Novela). 10 ejemplares.
- La Saeta en el Cielo. 1934. (Novela). 10 ejemplares.
- Giaconi, Claudio*. El Sueño de Amadeo. 1959. (Novela). 20 ejemplares.
- Góngora, Luis de*. Poesía Escogida. 1939. 5 ejemplares.
- González, Angel C.* El Cautiverio Feliz. 1948. (Relatos autobiográficos). 5 ejemplares.

- González Vera, José Santos.** Algunos. 1959. (Biografías). 9 ejemplares.
 —Cuando era Muchacho. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Grassel, Armin.** Manual del Bibliotecario. Tomo II, 1914. 6 ejemplares.
- Greve, Ernesto.** El Conquistador Francisco de Aguirre. 1953. (Biografías). 70 ejemplares.
- Guzmán P., Jorge.** Cumbres Oceánicas. 1951. (Novela). 11 ejemplares.
- Guzmán, Nicomedes.** La Luz viene del Mar. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
- Hanke, Lewis Fr.** Bartolomé de Las Casas. 1954. (Bibliografía). 66 ejemplares.
- Heiremans, Luis Alberto.** Puerta de Salida. 1964. (Cuentos). 14 ejemplares.
- Hernández, Horacio.** El Periodismo. 1949. 7 ejemplares.
- Himno Patrio de la República de Chile.** 1910. 37 ejemplares.
- Huneus, Jorge.** Producción Intelectual de Chile. 1910. (Biblioteca de Escritores de Chile). Tomo I. 10 ejemplares.
- Iris.** Fue el Enviado. No lo Olvidemos. 1951. (Biografía). 16 ejemplares.
- Jara, Marta.** Surazo. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
 —El Vaquero de Dios. 1949. (Cuentos). 11 ejemplares.
- Jaramillo, Hernán.** La Bueñamoza y el toro. 1951. (Novela). 38 ejemplares.
 —Cuero Duro. 1958. (Novela). 8 ejemplares.
- Lafourcade, Enrique.** Ase-dio. 1956 (Novela). 15 ejemplares.
 —El Libro de Karen. 1950. (Novela). 18 ejemplares.
 —Fábulas de Lafourcade. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.
 —Pena de Muerte. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Lagarrique, Luis.** Disciplina Intelectual. 1925. (Ciencias Sociales). 5 ejemplares.
 —Incorporación del Proletariado a la Sociedad Moderna. 1920. (Ciencias Sociales). 6 ejemplares.
 —Positivismo y Comunismo. 1925. (Ciencias Sociales). 9 ejemplares.
 —Question Sociale. 1920. (Ciencias Sociales). 54 ejemplares.
 —San Pablo según sus Epístolas. 1949. (Ensayos). 12 ejemplares.
 —Sociocracia. s/f. (Ciencias Sociales). 12 ejemplares.
- Latorre, Mariano.** La Isla de los Pájaros. 1959. (Novela). 24 ejemplares.
 —Zurzulita. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Laval, Ramón.** Memoria Presentada sobre la Biblioteca Nacional. 1921. 14 ejemplares.
- Lazo Baeza, Olegario.** Hombres y Caballos. 1951. (Cuentos). 18 ejemplares.
- Letelier, Valentín.** Sesiones de los Cuerpos Legislativos. Tomos I a X. (1811-1845). 20 ejemplares.
 —Dictámenes. 1924. (Derecho Administrativo). 250 ejemplares).
- Leyton, Vidal.** Araucanía, Rostro de una Raza Altaiva. 1945. (Arte Araucano). 41 ejemplares.
- Lillo, Samuel A.** Primavera de Antaño. 1951. (Poesía). 34 ejemplares.
- Lindo, Hugo.** Movimiento Unionista Centroamericano. 1958. (Política). 42 ejemplares.
- Marín, Juan.** Paralelo 53 Sur. 1955. (Novela). 18 ejemplares.
 —Viento Negro. 1944. (Novela). 18 ejemplares.
- Medina, José Toribio.** Actas del Cabildo de Santiago. 1810-1814). 1960. (Historia). 130 ejemplares.
 —Los Aborígenes de Chile. 1954. (Historia). 62 ejemplares.
 —Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile (hasta 1817). 1960. 130 ejemplares.
 —Biblioteca Hispanoamericana. Tomo I. 1958. (Bibliografía). 103 ejemplares.
 —Cartas de Pedro de Valdivia. 1953. (Historia). 68 ejemplares.
 —Colección de Documentos Inéditos. Tomos III, 1959; IV, 1960; V, 1962; VI, 1963. (Historia). 97 ejemplares de c/t.
 —Cosas de la Colonia. 1952. (Historia). 65 ejemplares.
 —León Pinelo Antonio. Discurso sobre la Importancia, Forma y Disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Estudios Bibliográficos por José Toribio Medina. 1956. (Bibliografía). 97 ejemplares.
 —Ensayo Bibliográfico sobre Hernán Cortés. 1952. (Bibliografía). Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 68 ejemplares.
 —Estudios Cervantinos. 1958. (Historia). 96 ejemplares.
 —Historia de la Imprenta en América. 1958. (Historia). Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 95 ejemplares.
 —Historia de la Inquisición en Chile. 1952. 60 ejemplares.

- Historia de la Inquisición en Lima. 1956. 71 ejemplares.
- Melfi, Domingo.** Tiempos de Tormenta. 1945. (Relatos). 7 ejemplares.
- Méndez C., Armando.** Juan Firula. 1948 (Cuentos). 8 ejemplares.
—La Mala Intención. 1958. (Novela). 15 ejemplares.
- Mendoza, Humberto.** Socialismo, camino de Libertad. 1945 (Política). 10 ejemplares.
- Merino Reyes, Luis.** Muro de cal. 1946. (Novela). 5 ejemplares.
—La Vida Adulta. 1962. (Novela). 18 ejemplares.
- Ministerio de Agricultura.** La Agricultura Chilena en el quinquenio 1956-1960. 50 ejemplares.
- Ministerio de Relaciones Exteriores.** El Alegato de la República de Chile presentado al Señor Presidente de los EE. UU. (Tacna y Arica). 1924. (Derecho Internacional). 20 ejemplares.
—Anexos del contra alegato de la República de Chile. (Tacna y Arica). (Derecho Internacional). 15 ejemplares
- Montt, Luis.** Bibliografía Chilena. Tomo II, 1904. 20 ejemplares.
- Montenegro, Ernesto.** Mi tío Ventura. 1963. (Cuento). 18 ejemplares.
- Mundt, Tito.** De Chile a China. 1964. (Relatos) 18 ejemplares.
- Mundy, Evangelina.** Joaquín Díaz Garcés. 1944. (Biografía). 16 ejemplares.
- Nabuco, Joaquín.** Balmaceda. 1914. (Biografía). 211 ejemplares.
- Orrego V., Eugenio.** Ensayos. 1947. 7 ejemplares.
- Oviedo, Benjamín.** Las Logias de San Juan. 1930. (Filosofía). 38 ejemplares.
—Fundamentos Masónicos. 1930. 6 ejemplares.
—La Masonería en Chile. 1929. 9 ejemplares.
—Ritos Masónicos. 1930. 38 ejemplares.
- Osses, Mario.** Filosofía del Quijote. 1947 (Crítica literaria). 18 ejemplares.
- Oyarzún, Mila.** Estancias de Soledad. 1946. (Poesía). 2 ejemplares.
- Padilla, Miguel Ángel.** Don Judas Romero. 1963. (Novela). 8 ejemplares.
- Palma Riesco, A.** Índice de los Discursos de la Real Academia Española. 1920. 34 ejemplares.
- Pereira Salas, Eugenio.** Juegos y Alegrías Coloniales en Chile. 1947. (Folklore). 10 ejemplares.
- Pinilla, Norberto.** La Controversia Filológica de 1842. 1945. 10 ejemplares.
—Biografía de Gabriela Mistral. 1946. (Biografía). 8 ejemplares.
- Pino Saavedra, Yolando.** Antología de Poetas Chilenos del siglo XX. 1940. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XVI). 28 ejemplares.
- Pinto, Aníbal.** Finanzas Públicas, Mitos y Realidades. 1951. (Economía Política). 3 ejemplares.
- Pissis, A.** Atlas de la República de Chile. 1875. (Cartografía). 25 ejemplares.
- Plath, Oreste.** Baraja de Chile. 1946. (Relatos). 7 ejemplares.
- Prado, Pedro.** Un Juez Rural. 1964. (Novela). 10 ejemplares.
- Prats de S., T.** Educación Doméstica de las Jóvenes. 1909. 10 ejemplares.
- Presidencia de la República.** Primer Mensaje del Presidente de la República don Eduardo Frei Montalva. 1965. 40 ejemplares.
- Reyes, Salvador.** Amistad Francesa. 1954. (Ensayos). 8 ejemplares.
—Los Defraudados. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.
—Ruta de Sangre. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Riquelme, Daniel.** Cuentos de la Guerra y otras Páginas. 1931. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XII). 92 ejemplares.
- Risopatrón.** Diccionario Geográfico de Chile. 1924. 194 ejemplares.
- Rivas Vicuña, Manuel.** Historia Política y Parlamentaria de Chile. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Vols. I, II y III; 1964. (Historia política). 40 ejemplares.
- Rojas, Manuel.** Punta de Rieles. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
—Sombras contra el Muro. (Novela). 18 ejemplares.
- Sánchez A., V.** Angol, Ciudad de los Confines. 1953. (Monografías). 6 ejemplares.
- Santiván, Fernando.** Bárbara. 196. (Novela). 18 ejemplares.
- Sarah, Roberto.** Mi Querido Infierno. 1951. (Novela). 14 ejemplares.

- Saguel, Gerardo.* Continúa-
ción del Horizonte. (Poe-
sia). 1944. 7 ejemplares.
- Silva, Víctor Domingo.* Gol-
ondrina de Invierno.
1964. (Novela). 18 ejem-
plares.
- Silva Castro, Raúl.* Alberto
Blest Gana. 1941. (Bio-
grafía). 20 ejemplares.
.- Bibliografía de don Juan
Egaña (1768 - 1836).
1949. 200 ejemplares.
.- Eduardo de la Barra.
Páginas Escogidas. 1952.
- (Biblioteca de Escritores
de Chile, Tomo xviii).
108 ejemplares.
.- Poemas y Poesías de
José Antonio Soffía. 1950.
(Biblioteca de Escritores
de Chile, Tomo xvii). 97
ejemplares.
- Silva Cruz, Carlos.* Balmace-
da. 1925. (Biografía). 7
ejemplares.
.- Luz de Intimidad. 1946.
(Novela). 12 ejempla-
res.
- Silva de la F., Alejandro.*
Cuestiones Constituciona-
les. 1953. 27 ejemplares.
- Silva L., Luis.* El Conquis-
tador Francisco de Aguirre.
1953. (Biografía). 70
ejemplares.
- Silva Vildósola, Carlos.* Dis-
curso de la Academia Chi-
lena de la Lengua. 1935.
47 ejemplares.
- Sófocles.* Antígona. 1951.
(Teatro). 68 ejemplares.

Fondo Histórico y Bibliográfico

José Toribio Medina

Ley N° 10.361, de 28 de junio de 1952.

DIRECCION: BIBLIOTECA NACIONAL

OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

- 1.—*Una Excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá.* 1880-1881. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Agotado.
- 2.—*Los Aborígenes de Chile.* Introducción de Carlos Keller. Reimpresión de la edición de 1882. 1952. Precio: E° 12,00.
- 3.—*El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.* Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Precio: E° 6,00.
- 4.—*Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile.* Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Series, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952. Precio: E° 12,00.
- 5.—*Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.* Introducción de Elías Almeyda Arroyo. Reimpresión de la edición especial de 1889. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Precio: E° 6,00.
- 6.—*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile.* Prólogo de Aniceto Almeyda. Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890. 1952. Precio: E° 15,00.
- 7.—*Tres Estudios Históricos.* I - *El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago.* II - *El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810.* III - *¿Quiénes firmaron esa Acta?* Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Precio: E° 3,00.
- 8.—*Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.* Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Agotado.
- 9.—*Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés.* Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1952. Precio: E° 10,00.
- 10.—*Cartografía Hispano-Colonial de Chile.* Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953. Precio: E° 50,00.
- 11.—*Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile.* Introducción de Jaime Eyzaguirre. *Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia,* de Victor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Méry. 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929. Precio: E° 24,00.
- 12.—*Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).* 2 tomos. Prólogo de Marcel Bataillon. Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956. Precio: E° 20,00.
- 13.—*Estudios Biobibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.* Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956. Precio: E° 10,00.

- 14.—*Estudios Cervantinos*.
El Disfrazado autor del "Quijote" impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Ercilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Caliope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación. Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe. 1958.
Precio: E° 12,00.
- 15.—*Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Dos tomos. Con prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. 1958.
Precio: E° 30,00.
- 16.—*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie*:
Tomo I (1558 - 1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956.
Tomo II (1573 - 1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957.
Tomo III (1577-1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.
Tomo IV (1590-1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.
Tomo V (1599 - 1602) - Pedro de Vizcarra - Francisco de Quiñones. 1961.
Tomo VI (1561 - 1603) - Informaciones de méritos y servicios.
Precio: E° 15,00 c/u.
- 17.—*Biblioteca Hispanoamericana*.
Reimpresión facsimilar.
Tomo I (1493 - 1600). 1958.
Tomo II (1601 - 1650). 1959.
- Tomo III (1651 - 1700). 1960.
Tomo IV (1701 - 1767). 1961.
Tomo V (1768 - 1810). 1961.
Tomo VI (sin fechas). 1962.
Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.
Precio: E° 200 la colección.
- 18.—*Biblioteca Hispanochilena*.
Reimpresión facsimilar. 3 vols. (1523-1817).
Precio: E° 90,00.
- 19.—*Actas del Cabildo de Santiago durante el periodo llamado de la Patria Vieja (1810-1814)*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 15,00.
- 20.—*Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 15,00.
- 21.—*Viajes Relativos a Chile*.
Tomo I - J. Lemaire y G. Schouten - H. Brouwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Brizuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston.
Tomo II - J. F. Coffin - R. L. Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 70,00.
- 22.—*Estudios sobre la Independencia de Chile*.
Tomo I - Un precursor chileno de la Revolución de la Independencia de América.
Tomo II - Un libro de familia: Los Errázuriz.
Tomo III - El Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - D. Manuel Antonio Talavera - Un folleto de propaganda hasta ahora desconocido sobre la Revolución de la Independencia de Chile - Las Medallas de la Revolución de la Independencia - Ensayo de una Bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera.
Tomo IV - La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas del Pacífico - Biografía del General de Brigada don José Rondizzoni - Para la biografía de don Antonio de Quintanilla - La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui.
Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 80,00.

DE OTROS AUTORES

- 23.—Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 3,00.
- 24.—Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 3,00.
- 25.—Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas*. 1952.
Precio° E° 3,00.

- 26.—Carlos Stuardo. *Indice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena*. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Precio: E° 3,00.
- 27.—Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francisco de Aguirre*. Reimpresión de la edición de 1904. 1953. Precio: E° 5,00.
- 28.—Ernesto Greve. *El Conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y Complementos*. 1953. Precio: E° 5,00.
- 29.—Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Dos volúmenes, 1953. Precio: E° 10,00.
- 30.—Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica*. 1954. Precio: E° 15,00.
- 31.—Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana*. Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956. Precio: E° 80,00.
- 32.—Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I (1796-1886). 1957. Precio: E° 15,00.
- 33.—Sturgis E. Leavitt. *Revistas Hispanoamericanas. Índice Bibliográfico 1843-1935*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960. Precio: E° 25,00.
- 34.—Augusto Capdeville. *Arqueología de Taltal*. Tomo I, texto; II, láminas. Prólogo, recopilación y notas de Grete Mostny. 1964. Precio: E° 25.—

En preparación:

Gerónimo de Bibar. *Crónica copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, escrita en 1558 y publicada por primera vez.

José Toribio Medina. *Estudios sobre la literatura colonial de Chile*. Recopilación.

José Toribio Medina. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile*. Tomo VII (1595-1598).